

CLIVE CUSSLER

y DIRK CUSSLER

**EL COMLOT
DE LA MEDIA LUNA**

Lectulandia

En un antiguo barco hundido en el mar Egeo, Dirk Pitt padre encuentra unas monedas del Imperio Otomano junto con otros valiosos objetos romanos. Una vez en Estambul, entrega todo a su amigo, el doctor Rey Ruppé del Museo del Palacio de Topkapi. Mientras examinan el hallazgo de Dirk, un grupo de ladrones armados entra y se lleva importantes pergaminos y reliquias del profeta Mahoma. Casi al mismo tiempo, Dirk junior es testigo del robo de unos pergaminos de la excavación de la ciudad israelí de Caesarea. Descubrirán que las mismas personas están detrás de estos robos y forman parte de un plan de destrucción masiva de lugares sagrados al Islam.

Lectulandia

Clive Cussler & Dirk Cussler

El complot de la media luna

Dirk Pitt - 21

ePub r1.0

TaliZorah 31.10.13

Título original: *Crescent Dawn*
Clive Cussler & Dirk Cussler, 2011
Traducción: Alberto Coscarelli

Primer editor: Alicantino79
Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Teri y Dayna.
Que lo hacen todo divertido.

PRÓLOGO

HORIZONTES HOSTILES

Año 327. Mar Mediterráneo.

El tambor resonaba en los mamparos de madera con un ritmo vivaz de una precisión perfecta. El *celeusta* golpeaba la piel de cabra de su tambor de un modo suave y sin embargo mecánico. Podía golpear durante horas sin perder el compás; su formación musical se basaba en la resistencia más que en la armonía. Aquella cadencia constante era meritoria, pero su público, integrado por los remeros de la galera, estaba deseando que la monótona interpretación acabase cuanto antes.

Lucio Arceliano se frotó la palma sudada en el calzón y luego agarró la empuñadura del pesado remo de roble. Hundió la pala en el agua con un movimiento fluido y enseguida acompasó su ritmo al de los hombres que le rodeaban. Nativo de Creta, hacía seis años que se había enrolado en la marina romana atraído por la buena paga y la posibilidad de obtener la ciudadanía romana con el retiro. Sometido a un rigor físico extremo en los años transcurridos, solo aspiraba a ascender a una posición menos exigente a bordo de la galera imperial antes de que sus brazos no pudiesen más.

Contrariamente al mito de Hollywood, las antiguas galeras romanas no eran llevadas por esclavos. Los remeros que propulsaban las naves recibían una paga, y por lo general se los reclutaba en los pueblos marineros gobernados por el imperio. Al igual que los legionarios del ejército romano, los alistados soportaban semanas de dura preparación antes de hacerse a la mar. Eran hombres magros y fuertes, capaces de remar durante doce horas al día si era necesario. Pero a bordo de una galera birreme liburnia, una nave de guerra pequeña y ligera que solo llevaba dos bancadas de remeros a cada lado, éstos aportaban una propulsión suplementaria a la gran vela cuadrada en el mástil central.

Arceliano miró al *celeusta*, un hombre muy bajo y calvo que golpeaba el tambor y tenía un mono atado a su lado. No pudo evitar fijarse en el sorprendente parecido entre el amo y el mico. Ambos tenían orejas grandes y un rostro redondo y alegre. El tamborilero sonreía a la tripulación con una expresión burlona, ojos chispeantes y dientes amarillos y desportillados. En cierto modo, su imagen conseguía que bogar resultase más fácil; Arceliano comprendió que el capitán de la galera había acertado al elegir a ese hombre.

—¡*Celeusta*! —gritó uno de los remeros, un sirio de piel oscura—. El viento sopla con fuerza y el mar está revuelto. ¿Por qué nos han ordenado que rememos?

En los ojos del tamborilero brilló la risa.

—No seré yo quien cuestione la sabiduría de mis oficiales; de lo contrario, ahora estaría empuñando un remo —respondió con una sonora carcajada.

—Estoy seguro de que el mono remaría más rápido que tú —replicó el sirio.

El *celeusta* miró al mono, acurrucado a su lado.

—Es pequeño pero bastante fuerte —comentó, dispuesto a seguir con las bromas—. En cuanto a tu pregunta, ignoro la respuesta. Quizá el capitán desea que su charlatana tripulación haga ejercicio. O quizá solo ansia correr más rápido que el viento.

De pie en la cubierta superior, muy poco por encima de sus cabezas, el capitán de la galera tenía la vista fija en el horizonte a popa. Un par de puntos distantes de color azul grisáceo cabeceaban en las aguas turbulentas; su tamaño crecía a cada instante. Se volvió para mirar la vela henchida por el viento y deseó navegar mucho, mucho más rápido que el viento.

De pronto, una profunda voz de barítono desvió su atención.

—¿Es la furia del mar la que debilita tus rodillas, Vitelio?

El capitán se volvió. Un hombre fornido y con coraza le miraba con desdén. El centurión romano llamado Plautio estaba al mando de los treinta legionarios destinados a la nave.

—Dos naves se aproximan por el sur —contestó Vitelio—. Estoy casi seguro de que ambas son piratas.

El centurión miró con despreocupación las naves distantes y se encogió de hombros.

—Insectos —comentó con indiferencia.

Vitelio no se engañaba. Los piratas habían sido la némesis de las naves romanas durante siglos. Si bien la piratería organizada en el Mediterráneo había sido barrida por Pompeyo el Grande hacía cientos de años, pequeños grupos de ladrones independientes actuaban todavía en mar abierto. Los barcos mercantes que navegaban en solitario eran sus objetivos habituales, pero los piratas sabían que las galeras birremes a menudo llevaban mercancías de gran valor. Al pensar en la carga que transportaba su nave, Vitelio se preguntó si los piratas habrían recibido un soplo después de que su barco abandonase el puerto.

—Plautio, no hace falta que te recuerde la importancia de nuestra carga —afirmó.

—Claro que no —replicó el centurión—. ¿Por qué crees que estoy en esta maldita nave? Es a mí a quien han encomendado que garantice su seguridad hasta que se realice la entrega al emperador en Bizancio.

—Si fracasáramos, las consecuencias serían nefastas para nosotros y nuestras familias —dijo Vitelio pensando en su esposa y su hijo en Nápoles. Observó el mar de proa y no vio más que grandes olas color pizarra—. Ni rastro todavía de nuestra escolta.

La galera había zarpado de Judea hacía tres días con un gran trirreme como escolta. Pero la noche anterior, tras un violento aguacero, los barcos se habían

distanciado y desde entonces no rabian vuelto a ver a la nave escolta.

—No tengas miedo de los bárbaros —espetó Plautio—. Teñiremos el mar de rojo con su sangre.

La bravuconería del centurión era parte de la razón por la que a Vitelio le había caído mal desde el primer momento. Pero su capacidad como guerrero estaba fuera de duda, y el capitán daba gracias por tenerlo a bordo.

Plautio y su contingente de legionarios eran miembros de la *Scholae Palatinae*, un cuerpo militar de élite cuya misión principal era proteger al emperador. La mayoría eran veteranos curtidos que habían combatido con Constantino el Grande en la frontera y en su campaña contra Majencio, un César rival cuya derrota había permitido la reunificación del imperio dividido. El propio Plautio tenía una fea cicatriz en el bíceps izquierdo, recuerdo de un feroz encuentro con un soldado visigodo que casi le costó el brazo. Exhibía su cicatriz con orgullo, como una condecoración por su bravura, un atributo que nadie que lo conocía se atrevía a cuestionarle.

Mientras los dos barcos piratas se acercaban, Plautio llamó a sus hombres a cubierta, junto a los demás miembros de la tripulación. Cada hombre iba armado con el equipo de combate romano al uso: una espada corta llamada *gladius*, un escudo redondo laminado, y una lanza o *pilum*. El centurión dividió rápidamente a sus soldados en pequeños grupos que defenderían ambas bandas de la galera.

Vitelio tenía la mirada clavada en sus perseguidores, ya claramente visibles. Eran dos naves, propulsadas por velas y remos, de veinte metros de eslora, más o menos la mitad del tamaño de la galera romana. La una exhibía velas cuadradas azul claro y la otra, grises, y ambas tenían el casco pintado de color peltre para que se confundiera con el mar, un viejo ardid muy popular entre los piratas cilicios. Llevaban velas gemelas, de ahí su velocidad superior con viento fuerte. Y ahora el viento soplaba con ganas, lo que significaba que los romanos tenían pocas posibilidades de escapar.

Atisbaron un rayo de esperanza cuando el vigía de proa gritó que avistaba tierra. Vitelio entrecerró los ojos y vio el vago perfil de una costa rocosa al norte. El capitán solo podía imaginar cuál era. La tormenta de la noche los había desviado mucho del rumbo original y navegaban a estima. Vitelio rogó en silencio que se hallasen cerca de la costa de Anatolia, donde quizá encontrarán otras naves de la flota romana.

Se volvió hacia el fornido marinero que manejaba el pesado timón de la galera.

Gubernator, pon rumbo a tierra y hacia las aguas a sotavento que pueda ofrecernos. Si conseguimos quitarles el viento de las velas, lograremos dejar atrás a esos demonios con nuestros remos.

Bajo cubierta, el *celeusta* recibió la orden de tocar el ritmo rápido de boga de combate. La charla entre Arceliano y los otros remeros había acabado, solo se oían los fuertes resoplidos de su respiración. La noticia de que los perseguían dos naves

piratas había llegado allí abajo, y cada hombre tenía toda su concentración puesta en mover el remo con la mayor rapidez y eficiencia posible, pues sabían que su propia vida estaba en juego.

Durante casi media hora, la galera mantuvo la distancia que la separaba de sus perseguidores. Con el impulso de la vela y los remos, el *navío* romano se abrió paso entre las olas a una velocidad de casi siete nudos. Sin embargo, las naves piratas, más pequeñas y con mejor aparejo, volvieron a ganar terreno. A la vista de que los remeros estaban al borde del agotamiento, se les permitió que volviesen a la boga larga para que conservaran energías. Cuando la masa de tierra marrón se alzaba ante ellos, los piratas les dieron alcance e iniciaron el ataque.

Mientras su compañera se mantuvo a popa de la galera, la nave de las velas azules se colocó de través y, en una curiosa maniobra, continuó avanzando hacia la proa del *navío* imperial. En cubierta, una variopinta horda de bárbaros armados insultaban a los romanos a voz en cuello. Vitelio no hizo caso de las provocaciones; tenía la mirada puesta en la costa. Las tres naves se encontraban a solo unas millas de la orilla, y vio que el viento amainaba un poco en la vela cuadrada. Temió que fuese demasiado poco y demasiado tarde para sus exhaustos remeros.

El capitán observó la costa, cada vez más cercana, con la esperanza de llegar a la orilla y que los legionarios pudiesen combatir en tierra, donde eran más fuertes. Pero el litoral era un muro de altos acantilados rocosos que no ofrecía ninguna entrada segura donde atracar la galera.

El *navío* pirata que estaba casi un cuarto de milla por delante viró de pronto. En una hábil maniobra dio media vuelta y avanzó a gran velocidad hacia la galera. A primera vista parecía una maniobra suicida. La estrategia naval romana confiaba desde hacía siglos en la embestida como una táctica de batalla básica, e incluso el pequeño birreme estaba equipado con un pesado espolón de bronce. Quizá los bárbaros tenían más músculos que cerebro, pensó Vitelio. Nada le habría gustado más que embestir y hundir la nave, pues a buen seguro la segunda emprendería la retirada.

—Cuando vuelva a virar, si es que vira, *síguela* y clávale el espolón cueste lo que cueste —ordenó al piloto.

Un joven oficial apostado en la escalerilla esperaba las órdenes que debería repetir a los remeros. En cubierta, los legionarios sujetaban el escudo en una mano y la lanza en la otra, a la espera de la primera sangre. El silencio se extendió por la nave mientras todos permanecían expectantes.

Los bárbaros mantuvieron la proa apuntada a la galera hasta que se hallaron a unos treinta metros. Entonces, tal como Vitelio había anunciado, viraron de pronto a babor.

—¡Golpéala! —gritó el romano en el mismo momento en que el piloto giraba el timón al máximo.

Bajo cubierta, los remeros de estribor invirtieron las paladas para ayudar al viraje de la galera hacia su lado. Con la misma rapidez, volvieron a la propulsión hacia delante para unirse al titánico esfuerzo de sus compañeros de babor.

El barco pirata, más pequeño, intentó eludir a la galera, pero el *navío* romano le acompañó en la maniobra. Los bárbaros perdieron impulso cuando las velas se aflojaron en el viraje mientras la galera seguía avanzando. En un instante, el cazador se había convertido en la presa. El viento volvió a hinchar las velas del barco, que saltó hacia delante, pero no lo suficientemente rápido. El espolón de bronce topó contra la banda de popa de la nave pirata y abrió una brecha hasta la borda. Con el impacto, la nave estuvo a punto de zozobrar, pero consiguió mantenerse a flote, aunque con la popa hundida.

Los legionarios romanos estallaron en una ovación, y Vitelio se permitió una sonrisa: creía que la victoria de pronto se había puesto de su lado. Pero cuando se volvió hacia la segunda nave comprendió al instante que habían caído en la trampa.

Durante el enfrentamiento, la otra nave se había acercado con sigilo. En el momento en que el espolón se clavaba en el casco enemigo, el barco de las velas grises se colocó a babor de la galera. El estrépito de los remos rotos llenó el aire al tiempo que una lluvia de flechas y garfios de abordaje caía sobre la cubierta. En cuestión de segundos, los dos barcos quedaron unidos y una horda de bárbaros armados con espadas saltó por la borda.

La primera oleada de atacantes apenas había puesto los pies en cubierta cuando se vieron atravesados por una descarga de lanzas de puntas afiladas como navajas. Los honderos romanos tenían una puntería letal, y una docena de asaltantes cayeron muertos en el acto. El ritmo de la invasión, sin embargo, apenas se enlenteció, pues otra docena de bárbaros ocuparon sus lugares. Plautio contuvo a sus hombres hasta que los piratas avanzaron por la cubierta, y entonces ordenó el ataque. El choque de las espadas sonaba por encima de los gritos de agonía mientras la matanza continuaba. Los legionarios romanos, mejor adiestrados y disciplinados, repelieron sin problemas la embestida inicial. Los bárbaros estaban acostumbrados a asaltar barcos mercantes poco menos que indefensos, no a luchar contra soldados bien armados, y flaquearon ante tan férrea resistencia. Tras destrozar a la partida de abordaje, Plautio envió a la mitad de sus hombres a presionar en el ataque y él en persona dirigió a los romanos en la persecución de los piratas para hacerles volver a su nave.

Los bárbaros rompieron filas a toda prisa, pero en cuanto se dieron cuenta de que superaban en número a los romanos se reagruparon. Cambiaron de táctica: formaron grupos de tres o cuatro que atacaban a un único legionario hasta que acababan por derribarle. Plautio perdió a seis de sus hombres antes de organizar a su tropa en un cuadrado.

Vitelio, en la cubierta de popa, vio cómo el centurión partía a un pirata en dos con un golpe de espada y continuaba avanzando entre los bárbaros como una guadaña. El capitán, con mucha valentía, había mandado llevar la galera hacia tierra durante el combate, con su oponente amarrado a la borda. La maniobra fracasó cuando el barco pirata lanzó un ancla de piedra que acabó por tocar fondo y detuvo a las dos embarcaciones.

Mientras tanto, la nave de las velas azules había virado e intentaba sumarse al ataque. El agua que entraba por el maltrecho casco enlentecía su torpe avance hacia la banda de estribor, desprotegida, hasta que, imitando el movimiento de su compañera, se deslizó de través y la tripulación lanzó los garfios de abordaje.

—¡Remeros a las armas! —gritó Vitelio—. ¡Todos a cubierta!

Bajo cubierta, los exhaustos remeros respondieron a la llamada. Formados primero como soldados, todos los miembros de la tripulación estaban preparados para defender la nave. Arceliano se sumó a la fila de sus compañeros para beber un trago de agua fría de un cántaro de arcilla y después corrió a cubierta con una espada en la mano.

—Mantén la cabeza gacha —le dijo al *celeusta*, que había repartido las armas y ahora le seguía al final de la fila.

—Prefiero mirar al bárbaro a los ojos cuando le mate —respondió el tamborilero con su sempiterna sonrisa.

Los remeros se incorporaron al combate en el mismo momento en que la segunda oleada de piratas saltaba por la borda de estribor. La tripulación de la galera se enfrentó a los asaltantes en una masa de aceros y carne.

Cuando Arceliano puso el pie en cubierta se quedó atónito ante la carnicería. Había cadáveres y miembros amputados dispersos por todas partes entre charcos crecientes de sangre. Novato en batallas, se quedó paralizado por un momento, hasta que un oficial que pasó a la carrera, le gritó:

—¡Corta los cabos de los garfios!

Vio un cabo tenso en la proa de la galera, echó a correr y lo cortó con un golpe de espada. Observó cómo el cabo cortado volvía con un latigazo hacia la nave de velamen azul, cuya cubierta se hallaba a más de un metro por debajo de la suya. Después Arceliano recorrió la borda con la mirada y descubrió que había media docena más de garfios bien sujetos.

—¡Cortad los cabos! —vociferó—. ¡Alejemos a los bárbaros!

Sus palabras cayeron en saco roto, pues se dio cuenta de que todos los tripulantes que tenía cerca estaban combatiendo contra los bárbaros a vida o muerte. Le animó ver que el *celeusta*, en la popa, se había sumado al esfuerzo e intentaba cortar un cabo con una hachuela de abordaje. Pero el tiempo se agotaba. A bordo de la nave pirata, que se hundía lentamente, los bárbaros estaban decididos a saltar en masa a la galera,

pues sabían que su barco no tardaría en irse a pique.

Arceliano pasó por encima de un tripulante moribundo, llegó al siguiente garfio y alzó rápidamente la espada. Antes de que la hoja bajase, oyó un silbido que atravesaba el aire y una flecha de punta afilada se clavó en la cubierta a menos de un palmo de su pie. Sin hacer caso, cortó el cabo de un solo tajo, se agachó bajo la borda y otra flecha le pasó por encima. Se irguió un poco para ver a su atacante: un arquero cilicio en lo alto del mástil de la nave pirata. El arquero se había olvidado ya del remero y apuntaba su siguiente flecha a popa. El rostro de Arceliano reflejó su horror cuando se dio cuenta de que estaba apuntando al *celeusta*, que se disponía a cortar un tercer cabo.

—¡*Celeusta*! —gritó.

El aviso llegó demasiado tarde. Una flecha se clavó en el pecho del tamborilero y se hundió casi hasta las plumas. El *celeusta* soltó un grito ahogado y cayó de rodillas mientras la sangre teñía su torso de rojo. En un último acto de lealtad, descargó la hachuela de abordaje contra el cabo y cayó muerto.

El agua empezó a tragarse al barco pirata y los bárbaros corrieron a intentar saltar a la galera. Solo dos cabos mantenían ya las naves unidas, pero entre los piratas únicamente el arquero lo había visto. Encaramado en lo alto del mástil, apuntó de nuevo a Arceliano, disparó y esta vez la flecha pasó casi rozando su cabeza.

El remero vio que los dos cabos restantes estaban en la mitad del barco; los dos *navíos* se tocaban por la popa y era allí donde los combates eran más feroces. Arceliano se puso a gatas y avanzó, protegido por la borda, hasta el primer cabo. Cerca yacía un bárbaro moribundo con los intestinos a la vista. El fornido remero se acercó y con un movimiento ágil se cargó el pirata al hombro y luego se volvió y continuó hasta el cabo. Casi en el acto oyó un zumbido y una flecha se clavó en la espalda del moribundo. Con la mano libre, Arceliano blandió la espada y seccionó el cabo mientras una segunda flecha impactaba en su escudo humano. El remero se echó al suelo, se quitó de encima al bárbaro muerto y recobró el aliento.

Casi exhausto por la terrible experiencia, Arceliano miró el último garfio: estaba sujeto a uno de los puños de la vela, a unos cuatro metros de su cabeza. Echó un vistazo por encima de la borda y vio que el arquero enemigo por fin había abandonado su posición y bajaba a cubierta. Comprendiendo que aquélla era su oportunidad, Arceliano se puso en pie de un salto, echó a correr y trepó a la borda para alcanzar el cabo que bajaba en diagonal. Una vez recuperó el equilibrio, comenzó a levantar la espada, pero la tensión hizo el trabajo por él.

El cabo no pudo soportar la fuerza ejercida por las dos naves divergentes y el garfio de acero se soltó del puño. La tremenda tensión lanzó el garfio como un proyectil que describió un arco hasta el agua. La punta afilada pasó junto a Arceliano, que se salvó por los pelos de un sangriento final. Pero la cuerda se enrolló alrededor

de su muslo, lo arrancó de la borda y lo arrojó al agua justo delante de la proa del barco pirata.

Arceliano, que no sabía nadar, comenzó a dar manotazos en el intento de mantener la cabeza fuera del agua. En uno de los manotazos notó algo duro y lo sujetó con las dos manos. Era un trozo de madera de la borda del *navío* pirata al que habían embestido, y era lo bastante grande para mantenerle a flote. De pronto, vio que el barco de las velas azules se le echaba encima y movió las piernas desesperado por escapar de su camino. En el proceso, se apartó aún más de la galera y le atrapó una corriente a cuya fuerza, debilitado como estaba, no podía oponerse. Continuó moviendo las piernas con la poca energía que le quedaba, y observó con los ojos como platos que el barco pirata aprovechaba una racha de viento y, con la cubierta casi a ras del agua, aceleraba hacia la costa.

Mientras Arceliano se ocupaba de cortar los cabos de los garfios de estribor del *navío* romano, Vitelio y uno de sus oficiales habían despejado la banda de babor, excepto por un garfio que aún quedaba cerca de la popa. Inclinado sobre el timón con una flecha clavada en el hombro, el capitán llamó al centurión, que luchaba en el otro barco.

—¡Plautio! ¡Vuelve a la nave! —gritó todo lo fuerte que le permitía la debilidad—. ¡Nos hemos soltado!

El centurión y sus legionarios seguían luchando a brazo partido contra los piratas, aunque el número de combatientes se había reducido. Plautio arrancó su espada ensangrentada del cuello de un bárbaro y miró hacia la galera.

—¡Salva la carga! ¡Yo me ocuparé de los bárbaros! —respondió a voz en cuello al tiempo que atravesaba con su espada a otro atacante.

Solo quedaban tres legionarios a su lado, y Vitelio comprendió que tardarían muy poco en sucumbir.

—¡Tu valentía será recordada! —gritó el capitán, y con un golpe de espada cortó el último cabo—. Adiós, centurión.

Libre del barco atacante anclado, la galera saltó hacia delante en cuanto el viento hinchó las velas. Muerto el *gubernator*, Vitelio giró el timón hacia tierra; la madera resbalaba bajo sus manos por su propia sangre. El extraño silencio que se extendió por cubierta le incitó a caminar tambaleante hasta la balaustrada y mirar abajo. Lo que vio le dejó boquiabierto.

A lo largo y ancho de la cubierta había una masa de muertos y cuerpos desmembrados, romanos y bárbaros, en un baño rojo.

Aproximadamente el mismo número de piratas y tripulantes se habían enfrentado en un combate mortal. Nunca había presenciado una carnicería tal.

Estremecido por la visión y debilitado por la pérdida de sangre, miró al cielo.

—Protégenos por tu emperador —suplicó.

Volvió a popa, sujetó el timón con sus cansados brazos y corrigió el rumbo. Los gritos de socorro de los hombres que quedaban en el agua resonaban por todas partes, pero el capitán hizo oídos sordos mientras la nave se abría paso entre ellos. Con expresión ausente y la mirada fija en la costa, aferró el timón con la poca energía que le quedaba y luchó por los últimos instantes de su vida.

Vagando a la deriva en las aguas turbulentas, Arceliano vio con sorpresa que la galera romana navegaba libre y que se dirigía hacia donde él estaba. Mientras gritaba pidiendo ayuda, vio, angustiada, que la nave pasaba de largo en absoluto silencio. Un momento más tarde, pudo ver el barco de perfil y comprendió horrorizado que no quedaba nadie en la cubierta principal. Tan solo la solitaria figura del capitán Vitelio inclinado sobre el timón en la popa. Luego las velas flamearon con el viento, la galera continuó su viaje hacia la costa, y no tardó en perderla completamente de vista.

Junio de 1916. Portsmouth, Inglaterra.

En el muelle la actividad era frenética a pesar de la fría llovizna, los estibadores de la marina real trabajaban a un ritmo febril al pie de una grúa de vapor que subía alimentos, suministros y murtones al gigante gris amarrado al muelle. A bordo, los cajones se apilaban ordenadamente en la bodega de proa, mientras incontables marineros abrigados con gruesos tabardos de lana preparaban la nave para hacerse a la mar.

El HMS *Hampshire* seguía impecable a pesar de llevar más de diez años de servicio y de su reciente participación en la batalla de Jutlandia. Era un crucero acorazado de la clase Devonshire con un desplazamiento de diez mil toneladas, uno de los *navíos* más grandes de la flota británica. Dotado con una docena de cañones de gran calibre, también era uno de los más mortíferos.

En un almacén vacío a unos cuatrocientos metros del muelle, un hombre de pelo rubio apostado junto a una puerta abierta observaba con unos prismáticos de latón la carga del buque, estuvo casi veinte minutos con los prismáticos pegados a los ojos, hasta que un Rolls-Royce verde cruzó el muelle y se detuvo al pie de la escalerilla principal. Observó con atención mientras un grupo de oficiales de la marina con uniformes color caqui rodeaban el coche y a continuación ayudaban a los ocupantes del vehículo a subir la escalerilla. Por su vestimenta dedujo que los recién llegados eran un político y un oficial del ejército de alto rango. Se fijó en el rostro del oficial y sonrió para sí mismo al advertir que lucía un grueso bigote.

—Es hora de hacer la entrega, Dolly —dijo en voz alta.

Entró en las sombras, donde había un viejo carromato enganchado a una yegua con montura. Guardó los prismáticos debajo del pescante, subió al asiento y sacudió las riendas. Dolly, una vieja yegua picaza, levantó la cabeza con enfado y luego avanzó tirando del carromato hacia la lluvia.

Cuando unos minutos después el hombre detuvo el carro junto al buque, los estibadores apenas le prestaron atención. Llevaba un desteñido chaquetón de lana, pantalones sucios y una gorra plana con la visera tapándole la frente; se parecía a docenas de hombres que sobrevivían trabajando en lo que podían. Pero en este caso estaba representando un papel, adornado por la barba *incipiente* y el olor a whisky barato con el que se había rociado la ropa. Cuando consideró que había llegado el momento de salir a escena, avanzó con Dolly hasta el pie de la escalerilla y bloqueó un acceso.

—¡Quite ese carromato de en medio! —gritó un teniente de rostro rubicundo que supervisaba la carga.

—Traigo una entrega para el *Ampshire* —respondió el hombre con acento cockney.

—Déjeme ver sus documentos —exigió el teniente.

El repartidor buscó en el bolsillo interior del chaquetón y le entregó un papel arrugado. Al leerlo, el teniente frunció el entrecejo y después sacudió la cabeza.

—Esto no es un informe de embarque —afirmó sin apartar la mirada del repartidor.

—Es lo que me dio el general. Eso y un billete de cinco —respondió el hombre con un guiño.

El teniente se acercó al carro y echó un vistazo al cajón, más o menos del tamaño de un féretro. En la tapa había unas señas pintadas con pintura negra.

*PROPIEDAD DE LA MARINA REAL
A LA ATENCIÓN DE SIR LEIGH HUNT
ENVIADO ESPECIAL AL IMPERIO RUSO
CONSULADO DE LA GRAN BRETAÑA
PETROGRADO, RUSIA*

—Vaya —murmuró el oficial, y miró de nuevo el documento—. Bueno, lleva la firma del general. Muy bien. —Le devolvió el papel—. ¡Tú! —gritó al estibador más cercano—. Ayuda a subir este cajón a bordo. —Se volvió hacia el repartidor—. Y luego usted llévese el carro de aquí.

Sujetaron el cajón con una cuerda, y una grúa de a bordo lo izó y lo descargó en la bodega de proa. El repartidor se despidió del teniente con un saludo burlón, y sacó

el carro del muelle sin prisa. Giró en un camino de tierra cercano y atravesó un pequeño barrio de almacenes portuarios que acababa en una amplia zona de campos de cultivo. Poco más de un kilómetro y medio más allá se metió en un camino lleno de baches y detuvo el carro delante de una casa desvencijada. Un hombre mayor salió cojeando del granero.

—¿Ha hecho su entrega? —preguntó al repartidor.

—Así es. Gracias por permitirme usar el carro y la yegua —respondió el hombre. Sacó un billete de diez libras de su cartera y se lo dio al granjero.

—Disculpe, señor, pero esto es más de lo que vale la yegua —tartamudeó el granjero, que sujetaba el billete en sus manos como si fuese un bebé.

—Es una yegua soberbia —replicó el repartidor; se despidió de Dolly con una palmada en el cuello—. Que pase un buen día —dijo al campesino, se llevó una mano a la visera de la gorra y, sin una palabra más, se alejó por donde había venido.

Avanzó por el camino con paso tranquilo hasta que oyó el sonido de un coche que se acercaba. Un sedán Vauxhall azul apareció por una curva y aminoró la marcha hasta detenerse a su lado. El repartidor se acercó, la puerta de atrás se abrió y él subió. Un hombre de aspecto muy serio, con el atuendo de un pastor anglicano, se movió en el asiento trasero para dejarle sitio. Miró al repartidor con una sombra de temor en sus apagados ojos grises y luego cogió una botella de brandy del respaldo del asiento delantero. Sirvió un buen trago en un vaso de cristal, se lo dio al repartidor, y ordenó al chófer que reanudara la marcha.

—¿El cajón está a bordo? —preguntó sin rodeos.

—Sí, padre —contestó el repartidor con un tono de reverencia un tanto sarcástico—. Aceptaron el falso informe de embarque y cargaron el cajón en la bodega de proa. —No había en su voz ni rastro del acento cockney—. Dentro de setenta y dos horas podrá despedirse de su ilustre general.

Las palabras parecieron preocupar al pastor, si bien eran las que había esperado oír. En silencio, metió una mano en un bolsillo del abrigo y sacó un abultado sobre lleno de billetes.

—Tal como habíamos acordado. La mitad ahora, la otra mitad después del... acontecimiento —dijo, y le entregó el sobre.

El repartidor miró el fajo de billetes y sonrió.

—Me pregunto si los alemanes pagarían tanto por hundir un barco y asesinar a un general —comentó—. No estará usted trabajando para el káiser, ¿verdad?

El pastor negó firmemente con la cabeza.

—No, éste es un asunto teológico. Si usted hubiera encontrado el documento, esto no habría sido necesario.

—Lo busqué en la casa tres veces. De haber estado allí, lo habría encontrado.

—Eso me dijo.

—¿Está seguro de que lo llevaron a bordo?

—Sabemos que el general tiene concertado un encuentro con el padre superior de la Iglesia ortodoxa rusa en Petrogrado. No hay ninguna duda sobre el propósito. El documento tiene que estar a bordo. Será destruido junto con él, y el secreto desaparecerá para siempre.

Los neumáticos del Vauxhall rodaron sobre los adoquines mojados cuando llegaron a las afueras de Portsmouth. El chófer se dirigió hacia el centro de la ciudad entre altas casas de ladrillo.

En uno de los cruces principales, enfiló el camino que llevaba a la parte de atrás de la iglesia de St. Mary, un edificio de piedra del siglo XIX, justo cuando la lluvia arreciaba.

—Le agradecería que me dejara en la estación de ferrocarril —dijo el repartidor al ver que el coche atravesaba el cementerio de la iglesia y se detenía delante de la rectoría.

—Me pidieron que les trajese un sermón —respondió el pastor—. No tardaré nada. ¿Por qué no me acompaña?

El repartidor contuvo un bostezo. Miró el exterior a través del cristal de la ventanilla salpicado por la lluvia.

—No. Creo que le esperaré aquí. Prefiero no mojarme.

—Muy bien. Volveremos enseguida.

El pastor y el chófer se alejaron. El repartidor se dispuso a contar su dinero manchado de sangre. Sin embargo, advirtió que le costaba leer la impresión «Banco de Inglaterra» de los billetes y que se le nublaba la vista. Sintió una fatiga intensa. Se apresuró a guardar el dinero y se tumbó en el asiento para descansar. Unos minutos después, que a él le parecieron horas, el agua fría le empapó el rostro y se obligó a abrir sus pesados párpados. El rostro severo del pastor le miraba entre una cortina de lluvia. El cerebro le dijo que su cuerpo se estaba moviendo, pero él no sentía las piernas. Consiguió enfocar la mirada lo suficiente para ver que el chófer le sujetaba las piernas y el clérigo, los brazos. Una muda sensación de pánico se activó dentro de su cerebro, y con un tremendo esfuerzo intentó coger el revólver Webley Bulldog de su bolsillo. Pero sus extremidades se negaban a responder. El brandy, se dijo en un instante de lucidez momentánea. Había sido el brandy.

Un techo de hojas verdes llenó su visión cuando entraron en un bosquecillo de robles imponentes. El rostro del clérigo seguía balanceándose por encima de él, una máscara huraña de indiferencia en la que brillaban dos ojos fríos. Entonces el rostro desapareció; mejor dicho, desapareció él. Oyó, más que sintió, que su cuerpo caía en una fosa y aterrizaba con fuerza en un charco de barro. Tumbado boca arriba, miró al clérigo, que estaba en el borde del agujero con cierto aire culpable.

—Perdónanos nuestros pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo —oyó que decía el pastor con voz solemne—. A éstos que ahora damos sepultura.

Apareció el revés de una pala, seguido por una paletada de tierra mojada que cayó y rebotó en su pecho. Cayó otra paletada de tierra, y luego otra.

Su cuerpo estaba paralizado, era incapaz de articular ningún sonido, pero su mente seguía funcionando. Con creciente horror, comprendió que le estaban enterrando vivo. Intentó de nuevo mover los miembros, pero no hubo respuesta. A medida que la tierra se amontonaba dentro de la fosa, sus gritos de terror solo resonaban dentro de su cabeza, hasta que le arrebataron el último aliento.

El periscopio trazó un arco lento en la revuelta agua negra; su presencia era prácticamente invisible en la oscuridad de la noche. A doce metros de profundidad, Voss, un *Oberleutnant* de la marina alemana con cara de niño, giró el visor sesenta grados. Se demoró en unas luces dispersas que se veían muy altas en la distancia. Eran las farolas de las granjas que salpicaban el cabo Marwick, un lugar gélido y barrido por el viento de las islas Oreadas. Voss casi había completado su inspección circular cuando advirtió un débil resplandor en el horizonte oriental. Ajustó el enfoque y siguió con paciencia el movimiento constante de la luz.

—Posible objetivo en cero-cuatro-ocho grados —anunció esforzándose porque la emoción no se reflejase en su voz.

Los otros marineros que se hallaban apretujados en la pequeña sala de control reaccionaron al oír sus palabras.

Mientras Voss seguía vigilando el avance del objeto, la luna creciente se asomó brevemente entre las gruesas nubes de tormenta. Por un fugaz instante, la luz de la luna arrancó un brillo del objeto y reveló sus dimensiones respecto a las islas que tenía detrás. Voss notó que se le aceleraba el corazón y que las manos, apoyadas en las asas del periscopio, empezaban a sudarle. Parpadeó un par de veces, se aseguró de la imagen que veía, y se apartó del visor. Sin decir palabra, salió de la sala de control y corrió hacia popa por el estrecho pasillo que se extendía de un extremo al otro del submarino. Llegó al camarote del capitán, golpeó fuerte y apartó la cortina.

El capitán Kurt Beitzen estaba durmiendo en la litera pero se despertó en el acto y encendió la lámpara sobre el cabezal.

—*Kapitän*, he visto un *navío* de gran tamaño que se acerca por el sudeste a una distancia de cinco millas. Conseguí ver la silueta por un momento. Un buque de guerra británico, posiblemente un crucero acorazado —informó Voss, emocionado.

Beitzen asintió al tiempo que apartaba la manta y se sentaba. Se había acostado vestido; se apresuró a calzarse las botas y luego siguió a su segundo oficial a la sala de control. El capitán, experto en submarinos, miró durante unos minutos por el visor del periscopio de ataque y a continuación comunicó la distancia y las coordenadas del rumbo.

—Es una nave de guerra —confirmó con voz calma—. ¿Ese cuadrante está despejado de minas?

—Sí —respondió Voss—. La descarga más cercana está a quince millas al norte.

—Zafarrancho de combate —ordenó Beitzen.

El capitán y Voss fueron a la mesa de navegación, donde calcularon el rumbo de intercepción preciso y dieron las coordenadas al timonel. Aunque sumergido, el submarino cabeceaba y se sacudía debido a la violencia del mar en superficie, lo que hacía más estresante la urgente tarea que debían realizar.

El U-75, construido en los astilleros de Hamburgo, era un submarino de la clase UE-1, diseñado para la colocación de minas en el fondo marino. Además de las minas, contaba con cuatro lanzatorpedos y un cañón de 105 milímetros en cubierta. Su tarea como minador casi había acabado, y nadie entre la tripulación esperaba tener un encuentro con un buque enemigo.

Al mando de Beitzen, ésta era la segunda misión del U-75 desde que había sido botado seis meses antes. Hasta el momento, la campaña se consideraba un éxito: las minas habían hundido un mercante pequeño y dos pesqueros. Pero ahora se les presentaba la oportunidad de hundir a una presa mayor. Entre la tripulación enseguida se corrió la voz de que se disponían a atacar a un *navío* británico, y la atención y la tensión subieron al máximo nivel. El propio Beitzen sabía que ese hundimiento le haría merecedor de la Cruz de Hierro.

El comandante alemán llevó el submarino a una posición perpendicular al cabo Marwick. Si el buque mantenía el rumbo, pasaría a unos cuatrocientos metros del submarino al acecho. Los torpedos tenían un alcance efectivo de menos de ochocientos metros, lo que obligaba al atacante a situarse en una distancia de tiro incómoda. En la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los barcos mercantes los hundieron los submarinos con el cañón de cubierta. Pero el U-75 no podía utilizarlo contra un crucero acorazado, y menos con ese mar tan agitado.

Situado en la posición de ataque, el capitán volvió al periscopio, a la espera de su presa. Otro destello de la luz de la luna confirmó que el *Oberleutnant* había acertado. El *navío* tenía todo el aspecto de un crucero acorazado, un poco más pequeño que los temibles acorazados *dreadnoughts*.

—Tubos uno y dos, preparados para disparar —ordenó Beitzen.

El crucero se encontraba ahora a menos de una milla de distancia, y su imponente tamaño casi ocultaba el horizonte. Beitzen hizo una rápida verificación del perfil de fuego de los torpedos, y luego volvió a concentrarse en el objetivo. El *navío* se acercaba a toda velocidad a la distancia de tiro.

—Abrir compuertas de proa.

Unos segundos más tarde se oyó la respuesta desde la cámara de torpedos.

—Compuertas de proa abiertas.

—Preparar tubos uno y dos.

—Preparados.

Beitzen siguió al crucero con el periscopio y esperó paciente mientras la tripulación a su alrededor contenía el aliento. Observó hasta que el enorme *navío* apareció exactamente delante de ellos. Separó los labios para dar la orden de lanzar los torpedos cuando un súbito resplandor blanco llenó el visor. Un segundo después, una sorda onda expansiva sacudió los mamparos de acero del U-75.

El capitán miró atónito por el periscopio mientras las llamas y el humo brotaban del crucero y alumbraban el cielo con un resplandor naranja. El gran buque de guerra se sacudió, y en cuestión de minutos la proa desapareció bajo las olas. La popa se alzó en el acto, permaneció unos instantes suspendida en el aire y después siguió a la proa en su descenso hacia el fondo del mar. En menos de diez minutos el colosal crucero desapareció de la vista.

—Voss... ¿está seguro de que no hay minas en ese cuadrante? —preguntó Beitzen con voz ronca.

—Sí, señor —respondió el oficial tras comprobar en la carta la ubicación de las minas.

—Se acabó —masculló Beitzen hacia los miembros de su tripulación, que aguardaban inquietos sus órdenes—. Desmontar torpedos y cerrar compuertas.

Mientras la tripulación volvía decepcionada a sus tareas, el capitán permaneció en el periscopio, con los ojos pegados al visor. Un puñado de supervivientes habían escapado en los botes salvavidas, pero en esas aguas turbulentas no podía hacer nada por ayudarlos. Observó el mar desierto y oscuro que tenía delante e intentó encontrar una respuesta. Sin embargo, ninguna tenía sentido. Los *navíos* de guerra no estallan y se hunden por voluntad propia.

Pasó mucho tiempo antes de que Beitzen se apartase por fin del periscopio para dirigirse en silencio a su camarote. Destinado a morir en combate más adelante, nunca supo la razón del estallido del *Hampshire*. Pero en los días que le quedaron de vida, el joven *Kapitän* nunca borró de su mente la imagen del gigantesco buque de guerra hundiéndose sin causa aparente.

I.

EL SUEÑO OTOMANO

Julio de 2012. El Cairo, Egipto.

El sol de mediodía atravesaba la densa capa de polvo y contaminación que pendía sobre la ciudad antigua como una manta sucia. Con la temperatura por encima de los cuarenta grados centígrados, eran pocas las personas que se demoraban en las piedras ardientes del pavimento del patio central de la mezquita de al-Azhar.

Situada en la zona oriental de El Cairo, a unos tres kilómetros del Nilo, al-Azhar era uno de los edificios más históricos de la ciudad. Construida en el año 970 por los conquistadores fatimíes, la mezquita había sido reconstruida y ampliada a lo largo de los siglos y se la consideraba la quinta mezquita más importante del islam. Las elaboradas tallas de piedra, los imponentes minaretes y las cúpulas bulbosas competían por llamar la atención y reflejaban mil años de arte. Entre sus muros de piedra, propios de una fortaleza, la pieza central del complejo era un gran patio rectangular rodeado de altas arcadas.

A la sombra de estos soportales, un hombre menudo, vestido con pantalones anchos y una camisa suelta, se limpió las gafas de sol y luego observó el patio. A la hora más calurosa del día, allí solo había unos pocos jóvenes que admiraban la arquitectura o paseaban en silenciosa meditación. Eran estudiantes de la vecina Universidad al-Azhar, destacada institución en la enseñanza islámica en Oriente Próximo. El hombre se mesó la espesa barba que cubría su rostro juvenil y se echó al hombro una mochila muy gastada. Con la *kufiya* de algodón blanco en la cabeza, pasaba por un estudiante más de teología.

Salió al sol y atravesó el patio hacia los soportales del sudeste. Advirtió que, por encima de los arcos con forma de quilla, una serie de ornados discos y nichos labrados en el estuco de la fachada se habían convertido en los lugares favoritos de las palomas. Caminó hasta llegar a un arco central coronado por un gran panel rectangular que indicaba la entrada en la mezquita.

Había transcurrido casi una hora desde la llamada al *salat*, la oración, del mediodía, y el interior de la enorme nave estaba prácticamente vacío. En el vestíbulo, un pequeño grupo de estudiantes, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, escuchaban los comentarios del Corán de un instructor universitario. Pasó junto al grupo y se acercó a la entrada. Allí, un hombre barbudo, vestido con una chilaba blanca, le miró con expresión severa. El visitante se quitó los zapatos y recitó en voz baja una bendición a Mahoma; el portero asintió con la cabeza y el hombre entró.

El amplio espacio de la nave estaba cubierto por una alfombra roja y salpicado por docenas de columnas de alabastro que se alzaban hasta el techo de vigas. Como en todas las mezquitas, no había bancos ni adornados altares que fijasen una

orientación. En la alfombra, los dibujos con forma de cúpula que marcaban las posiciones individuales de la plegaria señalaban hacia el otro extremo de la sala. Vio que el portero barbudo ya no le prestaba atención y caminó deprisa junto a las columnas.

Al acercarse a un grupo de fieles que rezaban arrodillados, vio el mihrab al otro lado de la nave. A menudo era un sencillo nicho, en la pared de la mezquita, que indicaba la dirección a La Meca. El mihrab de al-Azhar era de piedra pulida, creaba un doble arco y tenía incrustaciones de piedra de color negro y marfil de un diseño casi moderno.

El hombre avanzó hasta la columna más cercana al mihrab, descargó la mochila, y se arrodilló, en posición de rezo, en la alfombra. Pasados unos minutos, empujó con disimulo la mochila y la apretó contra la base de la columna. Al ver a un par de estudiantes que se dirigían hacia la entrada, se levantó y los siguió hasta el vestíbulo, donde recuperó sus zapatos. Cuando pasó junto al portero barbudo, murmuró «*Allahu Akbar*», y se apresuró a salir al patio.

Fingió admirar una vidriera de la fachada durante unos segundos y después se alejó a paso rápido hacia la Puerta del Barbero, que daba al exterior del complejo de la mezquita. Unas pocas calles más allá, subió a un coche de alquiler que estaba aparcado y se dirigió hacia el Nilo. Al pasar por un decrepito barrio industrial, entró en un patio de ladrillos y aparcó detrás de un muelle de carga abandonado. Allí se quitó los pantalones anchos y la camisa. Debajo vestía vaqueros y una blusa de seda. Se quitó las gafas, junto con la peluca, y por último la barba postiza. El estudiante musulmán desapareció y dejó paso a una atractiva mujer morena de ojos oscuros, mirada dura y pelo negro con un moderno corte escalonado. Arrojó el disfraz a un cubo de basura oxidado, subió de nuevo al coche y se sumó al lento tráfico de El Cairo, para avanzar lentamente desde el Nilo hasta el aeropuerto internacional, en el nordeste de la ciudad.

Estaba en la cola del mostrador de embarque cuando la mochila estalló. Una pequeña nube de humo blanco se alzó por encima de la mezquita de al-Azhar mientras el tejado de la nave volaba por los aires y el mihrab acababa convertido en un montón de escombros. Si bien la explosión se había programado a una hora entre plegarias, varios estudiantes y trabajadores de la mezquita resultaron muertos y varias docenas más, heridos.

Tras la conmoción inicial, la comunidad musulmana de El Cairo se mostró indignada. Primero se acusó a Israel, y luego, cuando nadie reivindicó la responsabilidad del atentado, a otras naciones occidentales. En cuestión de semanas la nave había quedado reparada y se había construido un mihrab nuevo. Pero la furia de los musulmanes de Egipto y del resto del mundo ante el ataque a un lugar tan sagrado duró mucho más. Sin embargo, nadie se percató de que el atentado solo era la

primera salva de un complot estratégico que pretendía transformar la supremacía de toda la región.

2

—Coge el cuchillo y córtala.

El pescador griego parecía muy enfadado cuando le tendió a su hijo un cuchillo de sierra oxidado. El adolescente se quitó los pantalones y saltó por la borda con el cuchillo bien sujeto en una mano.

Habían pasado casi dos horas desde que, para gran sorpresa del griego, la red se había *enganchado* en el fondo; llevaba años *pescando* sin problemas en esas aguas. Había dirigido la barca en todas las direcciones con la esperanza de que conseguiría que la red se soltase, y sus *maldiciones* habían ido en aumento con cada fracaso. Por *mucho* que lo intentara, la red no se movía. Cortarla iba a salirle caro, pero tuvo que aceptar a regañadientes que eran gajes del oficio y ordenó a su hijo que se zambullese.

Pese al viento en superficie, las aguas del Egeo oriental eran cálidas y claras, y el muchacho veía vagamente el fondo, a diez metros de profundidad. Bajar a pulmón quedaba fuera de sus posibilidades, así que detuvo el descenso y comenzó a cortar la red con el cuchillo. Tuvo que realizar varias inmersiones, hasta que cortó el último trozo y volvió a la superficie agotado y sin aliento. Todavía maldiciendo por la pérdida, el pescador puso rumbo al oeste, hacia Chios, la isla griega más cercana a la costa turca, que se elevaba de las aguas azules a corta distancia.

Un cuarto de milla mar adentro, un hombre había estado observando los contratiempos del pescador con curiosidad. Era alto y delgado pero robusto, y tenía la piel muy bronceada por los años al sol. Apartó el anticuado catalejo de su rostro y dejó a la vista unos ojos color verde mar en los que brillaba la inteligencia. Eran ojos de mirada pensativa, endurecidos por la adversidad y los numerosos roces con la muerte, pero que el humor conseguía suavizar fácilmente. Se pasó las manos por su pelo negro salpicado de gris, y se dirigió al puente del *Aegean Explorer*, una nave de investigación científica.

—Rudi, hemos explorado buena parte del fondo desde aquí a Chios, ¿verdad? —preguntó.

Sentado frente a un ordenador, un hombre pequeño con gafas de montura de asta alzó la cabeza y asintió.

—Sí, nuestra última cuadrícula abarcaba una milla de la costa oriental. La isla griega está a menos de cinco millas de Turquía, así que ni siquiera sé en aguas de quién nos encontramos. Habíamos completado el noventa por ciento de la cuadrícula cuando la junta del sensor trasero del VAS se soltó y se llenó de agua salada. Hasta que los técnicos reparen la avería, estaremos por lo menos dos horas de brazos cruzados.

El VAS, o vehículo autónomo submarino, era un robot con forma de torpedo y

equipado con multitud de sensores. Autopropulsado y programado con una cuadrícula de exploración, el VAS navegaba por encima del fondo marino para recoger datos que transmitía de forma periódica a la nave científica en la superficie.

Rudi Gunn volvió a teclear. Vestido con una camiseta rota y un pantalón corto de cuadros, nadie habría adivinado que era el subdirector de la National Underwater and Marine Agency, organización gubernamental responsable de los estudios científicos de los océanos del mundo. Por lo general, Gunn estaba confinado en su despacho de las oficinas centrales de la NUMA, en Washington, y no a bordo de uno de los barcos color turquesa que la agencia utilizaba para recoger información sobre la vida marina, las corrientes oceánicas y la contaminación ambiental.

Este experto gestor disfrutaba escapando de la desmesura de la capital de la nación y ensuciándose las manos realizando el trabajo de campo, sobre todo cuando su jefe también se escapaba.

—¿Cómo es el fondo de por aquí?

—El típico de las islas locales. Una plataforma inclinada que se extiende a poca distancia de la costa y se hunde a profundidades de más de trescientos metros. Aquí hay unos cuarenta metros de profundidad. Si no recuerdo mal, esta zona tiene el fondo arenoso, con muy pocas obstrucciones.

—Justo lo que pensaba —asintió el hombre, con un brillo especial en los ojos.

Gunn no pasó por alto la mirada.

—Detecto un tortuoso plan en la mente del jefe.

Dirk Pitt soltó una carcajada. Como director de la NUMA, había dirigido docenas de exploraciones submarinas, siempre con notables resultados. Desde reflotar el *Titanic* hasta descubrir las naves de la expedición Franklin perdida en el Ártico. Pitt tenía un don especial para resolver los misterios de las profundidades. Un hombre tranquilo, seguro de sí mismo y dotado de una curiosidad insaciable, que se había enamorado del mar a una edad muy temprana. La atracción nunca había disminuido, y lo sacaba con frecuencia de las oficinas centrales de la NUMA, en Washington.

—Está comprobado que la mayoría de los naufragios ocurridos en las aguas costeras los encuentran las redes de los pescadores locales —afirmó en un tono alegre.

—¿Naufragios? —exclamó Gunn—. Si no recuerdo mal, el gobierno turco nos invitó aquí para que localizáramos y analizáramos el impacto de los campos de algas en las aguas del litoral. No dijeron nada de buscar pecios.

—Acepto las cosas tal como vienen. —Pitt sonrió.

—Bien. Ahora mismo no tenemos nada más que hacer. ¿Quieres que lancemos el ROV al agua?

—No, la red de nuestro pescador está enganchada a poca profundidad.

Gunn consultó su reloj.

—Creía que tenías previsto marcharte dentro de dos horas para pasar el fin de semana en Estambul con tu esposa...

—Es tiempo más que suficiente para una inmersión rápida camino del aeropuerto —dijo Dirk con una sonrisa.

—Supongo que eso significa que debo despertar a Al. —Gunn, resignado, sacudió la cabeza.

Veinte minutos más tarde, Pitt arrojó su bolsa de viaje a la Zodiac que cabecaba junto al *Aegean Explorer* y luego descendió por la escala de gato hasta la lancha. En cuanto se sentó, un hombre bajo y panzudo sentado a popa giró el acelerador del motor fueraborda y la lancha neumática se alejó del barco.

—¿Hacia dónde? —gritó Al Giordino, con las telarañas de la siesta de la tarde todavía visibles en sus ojos castaño oscuro.

Pitt había tomado ciertas referencias a partir de varios puntos de la isla vecina. Señaló a Giordino el rumbo hacia la orilla, y poco después le avisó de que parase el motor. Lanzó un ancla pequeña por la proa y la amarró en cuanto el cabo se aflojó.

—La profundidad es de unos treinta metros —comentó con la mirada puesta en una cinta roja atada al cabo y visible debajo de la superficie.

—¿Qué esperas encontrar abajo?

—Cualquier cosa, desde un montón de rocas hasta el *Britannic* —contestó Pitt. Se refería al transatlántico gemelo del *Titanio* hundido por una mina en el Mediterráneo durante la Primera Guerra Mundial.

—Apuesto por las rocas —dijo Giordino mientras se enfundaba un traje de buceo azul cuyas costuras pusieron a prueba sus anchos hombros y sus abultados bíceps.

En el fondo, Giordino sabía que ahí abajo encontrarían algo mucho más interesante que un montón de rocas. Llevaba demasiado tiempo con Pitt como para dudar del sexto sentido de su amigo cuando se trataba de los misterios submarinos. Eran amigos de la infancia, en el sur de California, donde aprendieron a bucear juntos en Laguna Beach. Cuando estaban en las fuerzas aéreas los destinaron temporalmente a un nuevo departamento federal encargado del estudio de los océanos. Decenas de proyectos y aventuras más tarde, Pitt había acabado como jefe de la mucho más grande NUMA, y Giordino trabajaba a su lado como director de tecnología submarina.

—Probemos con una búsqueda en un círculo amplio a partir del cabo del ancla —propuso Pitt mientras abrochaban el chaleco con la botella de aire—. Según mis referencias, la red enganchada se halla ligeramente hacia tierra desde nuestra posición.

Giordino asintió, se metió el regulador en la boca y, sentado en la borda, se dejó caer de espaldas en el agua. Un segundo más tarde, Pitt le imitó y los dos buceadores siguieron el cabo del ancla hasta el fondo.

Las aguas azules del mar Egeo eran muy claras, y Pitt veía sin problemas hasta una distancia de quince metros o más. A medida que se acercaban al fondo, más oscuro, observó complacido que el suelo marino era una mezcla de arena y grava. Gunn no se había equivocado. La zona parecía libre de obstrucciones.

A unos cuatro metros del fondo, los dos hombres se separaron y avanzaron describiendo un lento arco alrededor del cabo del ancla. Un pequeño cardumen de lubinas los observó con desconfianza y se alejó a toda prisa hacia aguas más profundas. Mientras se acercaban a Chios, Pitt advirtió que Giordino le hacía señas. Pitt se dio impulso con un poderoso movimiento de tijera de sus aletas; su compañero señalaba una gran silueta oscura que había un poco más adelante.

Era una sombra marrón muy alta que parecía ondular en la penumbra. Pitt pensó en un árbol sacudido por el viento, con las ramas cubiertas de hojas alzándose hacia el cielo. Al acercarse un poco más, comprobó que no se trataba de un árbol sino de los restos de la red del pescador meciéndose al son de la corriente.

Atentos a no quedarse enredados en las mallas, avanzaron con cautela y se colocaron a favor de la corriente para aproximarse. La red estaba enganchada en un único punto que apenas sobresalía del fondo. Pitt vio una zanja en el fondo de grava y arena que acababa en algo parecido a un palo enredado con la red. Al acercarse vio que se trataba de un ancla de hierro oxidado, con forma de T, de un metro y medio de longitud. Estaba inclinada de lado, con una de las uñas apuntando hacia la superficie y envuelta por las redes, y la otra enterrada en el fondo. Pitt escarbó con las manos alrededor de la base y entonces quedó a la vista que la uña enterrada estaba encajada entre una gruesa viga de madera y un armazón en forma de cruz. El director de la NUMA había explorado suficientes pecios como para saber que esa viga era la quilla de una nave.

Se apartó de las redes y miró la ancha y poco profunda zanja abierta hacía poco en el fondo. Giordino estaba ya recorriéndola para dar con el origen. Como Pitt, había deducido lo que había pasado. Las redes se habían enganchado al ancla en un extremo del pecio y la habían arrastrado a lo largo de la quilla hasta quedar enganchada en el armazón en cruz. Sin pretenderlo, la acción había dejado al descubierto buena parte de un viejo pecio.

Pitt se dirigió hacia Giordino, que estaba apartando la arena de una protuberancia lineal. En cuanto acabó de apartar la capa de sedimento quedaron a la vista varios trozos del armazón en cruz de debajo de la quilla. Giordino miró con ojos brillantes la máscara de Pitt y sacudió la cabeza. El sexto sentido de Pitt acababa de descubrir otro pecio, y a todas luces uno muy antiguo.

Mientras recorrían el perímetro, al tiempo que desenterraban más partes y piezas, dedujeron que la nave tenía unos dieciséis metros de eslora y que la cubierta superior había desaparecido hacía mucho. De hecho, había desaparecido la mayor parte de la

embarcación, solo quedaban intactos unos pocos trozos del casco. Sin embargo, a popa, se veían con claridad varios compartimientos pequeños debajo de la arena. También platos de cerámica, azulejos y fragmentos de cacharros de arcilla sin vidriar, pero nada indicaba qué transportaba esa embarcación.

Como les quedaba poco tiempo de permanencia en el fondo, volvieron a popa y se dedicaron a apartar la grava y la arena en busca de cualquier cosa que pudiese ayudarlos a identificar el barco naufragado. Al meter la mano entre unas maderas sueltas, los dedos de Giordino rozaron un objeto plano debajo de la arena, metió más la mano y encontró una caja de metal pequeña. La acercó a la máscara y vio que tenía un mecanismo de cierre con un candado muy corroído. La guardó con mucho cuidado en una bolsa de buceo, consultó su reloj y luego se acercó a Pitt para indicarle que se disponía a subir a la superficie.

Pitt había encontrado una hilera de tarros de arcilla. Se dio la vuelta para seguir a Giordino a la superficie cuando le llamó la atención algo que brillaba en la arena. Estaba en el lado opuesto de los tarros, donde las aletas habían apartado parte del sedimento. Apartó la arena hasta que quedó a la vista una tapa de cerámica. Pese a las adherencias calcáreas se veía con claridad un motivo floral muy elaborado. Escarbó un poco más hasta meter los dedos debajo de una caja rectangular y la sacó.

El recipiente de cerámica era el doble de grande que una caja de puros y tenía los laterales decorados con un diseño en azul y blanco que hacía juego con la tapa. La caja parecía muy pesada para su tamaño, y Pitt la sujetó con cuidado debajo del brazo antes de volver a la superficie.

La brisa de la tarde soplaba cada vez más fuerte desde el nordeste y rizaba el agua con crestas blancas. Giordino ya estaba a bordo de la Zodiac, recogiendo el ancla, cuando apareció Pitt. Se agarró a uno de los flotadores para pasarle la caja a Giordino, y subió a bordo. Comenzó a quitarse el traje de neopreno.

—Creo que le debes una botella de ouzo a aquel pescador —comentó Giordino, mientras ponía en marcha el motor fueraborda.

—Desde luego nos ha llevado a un pecio muy interesante —dijo Pitt al tiempo que se secaba el rostro con una toalla.

—No es una nave de la Edad del Bronce con un cargamento de ánforas, pero parece muy antigua.

—Diría que es medieval —aventuró Pitt—. Comparado con la mayoría de los pecios del Mediterráneo, no es más que un bebé. Vayamos a la costa a ver qué hemos sacado.

Giordino aceleró el motor hasta que la Zodiac comenzó a planear y se dirigió hacia la isla más cercana. Chios estaba a una distancia de dos millas, pero había otras tres millas hasta la pequeña bahía de un somnoliento pueblo de pescadores llamado Vokaria. Amarraron en un viejo muelle que parecía haber sido construido durante la

era de la navegación a vela. Giordino extendió una toalla en el muelle, y Pitt colocó encima los dos objetos recuperados.

Ambos estaban cubiertos por una capa de concreción arenosa, consecuencia de los siglos que habían pasado bajo el agua. Pitt encontró cerca una manguera de agua dulce y con mucho cuidado limpió la mayor parte de la capa de la caja de cerámica. Limpia y sostenida en alto a la luz del sol, su resplandor cegaba la vista. Un intrincado diseño floral, azul oscuro, rojo y turquesa, destacaba sobre el fondo, de un blanco brillante.

—Tiene algo marroquí —opinó Giordino—. ¿Crees que podrás quitar la tapa?

Pitt metió los dedos con cuidado por debajo del reborde sobresaliente de la tapa. Al ver que solo ofrecía una ligera resistencia, tiró con suavidad y la levantó. Estaba llena de agua fangosa; en el fondo, un objeto oblongo desprendía un brillo débil. Incluyó la caja hacia un lado para vaciarla de agua.

Introdujo la mano y sacó un objeto semicircular casi tapado por las incrustaciones. Para su sorpresa, descubrió que era una corona. La sostuvo con cuidado y notó el peso del oro utilizado en su confección; el metal precioso brillaba en aquellas partes donde estaba libre de sedimentos.

—¿Qué ven mis ojos? —se maravilló Giordino—. Parece sacada de la corte del rey Arturo.

—O de la cueva de Alí Babá —dijo Pitt, que miraba la caja de cerámica.

—Ese pecio no puede ser una vulgar nave mercante. ¿Crees que podría ser una embarcación real?

—Cualquier cosa es posible —asintió Pitt—. Al parecer, llevaba a bordo a un personaje importante.

Giordino cogió la corona y se la puso un tanto torcida en la cabeza.

—Rey Al, a vuestro servicio —exclamó con una reverencia—. Creo que con esto puesto podría atraer a alguna chica bonita de por aquí.

—Junto con unos cuantos tipos con chaquetilla blanca —se burló Pitt—. Echemos una ojeada a tu cofre.

Giordino volvió a meter la corona en la caja de cerámica y luego cogió el pequeño cofre de hierro. Al hacerlo, el candado corroído se partió y cayó sobre la toalla.

—La seguridad ya no es lo que era —murmuró, y apoyó el cofre en la toalla.

Como había hecho Pitt, pasó los dedos por los bordes de la tapa hasta que consiguió levantarla; sonó como si hubiese descorchado una botella. Dentro había muy poca agua, el cofre estaba lleno de monedas casi hasta el borde.

—Nos ha tocado el premio gordo. —Giordino sonrió—. Por lo visto, nos esperaba un retiro anticipado.

—No, gracias. No me apetece pasar mis años de retiro en una cárcel turca —dijo

Pitt.

Las monedas eran de plata, estaban muy corroídas y había varias pegadas unas a otras. Pitt llegó al fondo de la pila y sacó una que brillaba, una moneda de oro que no había sufrido las consecuencias de la corrosión. Se la acercó a los ojos y vio el estampado irregular, señal de que había sido acuñada a golpes de martillo. En ambos lados se veían apenas unas letras árabes rodeadas por un anillo serrado. Pitt no tenía idea de la antigüedad ni el origen de la moneda. Los dos hombres examinaron con curiosidad el resto de las monedas, pero en el estado en que se encontraban no les dieron más pistas.

—Si nos basamos en nuestra limitada experiencia, diría que hemos topado con un pecio otomano —opinó Pitt—. Las monedas no parecen bizantinas; deben de ser del siglo xv o posterior.

—Habrá alguien que pueda datarlas con exactitud.

—Las monedas representan un hallazgo afortunado —asintió Pitt.

—Propongo que financemos el proyecto un mes más y evitemos volver a Washington.

Una destartalada ranchera Toyota se acercó por el muelle y se detuvo delante de los dos hombres. Un joven sonriente de grandes orejas se apeó del vehículo.

—¿Un pasajero para el aeropuerto? —preguntó con voz titubeante.

—Sí, ese soy yo —contestó Pitt. Cogió su bolsa de la Zodiac.

—¿Qué hacemos con nuestros regalitos? —preguntó Giordino, que se había apresurado a envolver los objetos antes de que el conductor los viera.

—Me temo que se vienen a Estambul conmigo. Conozco al director de estudios marítimos del Museo Arqueológico de Estambul. Él encontrará el lugar adecuado donde guardarlos y con un poco de suerte nos dirá qué hemos encontrado.

—Supongo que eso significa que el rey Al no disfrutará de una noche loca en Chios —dijo Giordino. Le entregó el paquete a su compañero.

Pitt miró el adormilado pueblo que se extendía a lo largo de la bahía y después ocupó su asiento en la cabina del Toyota.

—Para serte sincero —dijo cuando el muchacho ponía en marcha la ranchera—, no creo que Chios esté preparado para el rey Al.

3

El pequeño avión aterrizó en la pista del aeropuerto internacional Atatürk en Estambul minutos antes del anochecer. Avanzó entre un montón de jumbos comerciales enormes como un mosquito en una colmena y cuando llegó a la puerta de desembarque asignada se detuvo.

Pitt fue uno de los últimos pasajeros en descender del aparato, y en cuanto entró en la terminal se le echó encima una mujer alta y atractiva con el pelo color canela.

—Se suponía que llegarías antes que yo —protestó Loren Smith después de un largo abrazo—. Estaba temiendo que al final no vinieras. —Sus ojos violeta reflejaban alivio mientras miraba a su marido.

Pitt le rodeó la cintura con un brazo y la besó.

—Un problema con uno de los neumáticos del avión demoró la salida. ¿Hace mucho que esperas?

—Menos de una hora. —Arrugó la nariz y se pasó la lengua por los labios—. Sabes a sal.

—Al y yo encontramos un barco naufragado de camino al aeropuerto.

—Tendría que haberlo adivinado. —Le dirigió una mirada de reproche—. Creí que me habías dicho que no hay que mezclar el vuelo y el buceo...

—Sí. Pero el avión apenas ha superado los trescientos metros de altitud; no he corrido ningún riesgo.

—Como sufras el síndrome de descompresión mientras estamos en Estambul, te mato —dijo Loren abrazándolo fuerte—. ¿Ese pecio es interesante?

—Eso parece.

Levantó su bolsa de viaje, en la que había metido los objetos envueltos en la toalla.

—Hemos recuperado un par de objetos que deberían darnos alguna pista. He invitado al doctor Rey Ruppé, del Museo de Arqueología de Estambul, a cenar con nosotros esta noche con la esperanza de que aporte un poco de luz.

Loren se puso de puntillas y miró los ojos verdes de Pitt con el entrecejo fruncido.

—Cuando me casé contigo, me alegró saber que siempre tendrías al mar como amante —dijo.

—Por fortuna, tengo un corazón lo bastante grande para los dos —replicó Pitt con una sonrisa y abrazándola.

Cogidos de la mano, se abrieron paso entre la multitud hacia la salida. Allí tomaron un taxi que los llevó a un hotel en el barrio de Sultanahmet, el centro histórico de la ciudad. Se dieron una ducha rápida, se cambiaron de ropa y cogieron otro taxi hasta una tranquila zona residencial a una docena de calles del hotel.

—Balıkçı Sabahattin —anunció el taxista.

Pitt ayudó a Loren a bajar a una pintoresca calle adoquinada. El restaurante estaba justo al otro lado, en una casa típica con estructura de madera construida en los años veinte. La pareja pasó entre las mesas de la terraza, hacia la puerta principal, y entraron en un elegante vestíbulo. Un hombre grueso de pelo ralo y sonrisa jovial se les acercó con una mano en alto en señal de saludo.

—Dirk, qué alegría que hayas conseguido encontrar este lugar. —Estrechó la mano de Pitt con la fuerza de una tenaza—. Bienvenido a Estambul.

—Gracias, Rey, es un placer volver a verte. Te presento a mi esposa, Loren.

—Encantado —dijo Ruppé con mucha cortesía, y estrechó la mano de Loren con menos vigor—. Espero que perdone a este viejo aficionado a las excavaciones la intromisión en la cena de esta noche. Mañana por la mañana viajo a Roma para un congreso de arqueología; ésta era la única oportunidad que tenía de hablar con su marido sobre su descubrimiento submarino.

—De intromisión nada, en absoluto. Siempre me quedo embobada con las cosas que Dirk saca del fondo del mar —afirmó Loren con una sonrisa—. Además, nos ha traído a cenar a un restaurante encantador.

—Uno de mis restaurantes de pescado preferidos en Estambul —comentó el arqueólogo.

Una camarera los condujo por un pasillo hasta uno de los comedores de la antigua casa. Se sentaron a una mesa con mantel de hilo junto a un ventanal que daba al jardín trasero.

—Podría recomendarnos algunos de sus platos regionales favoritos, doctor Ruppé —le pidió Loren—. Es mi primera visita a Turquía.

—Llámeme Rey, por favor. En Turquía, si pide pescado nunca se equivocará. Tanto el rodaballo como la lubina que sirven aquí son excelentes. Por supuesto, tampoco me canso nunca de comer kebabs. —Sonrió al tiempo que se frotaba la barriga.

Después de pedir, Loren le preguntó a Ruppé cuánto tiempo llevaba viviendo en Turquía.

—Ya van a ser veinticinco años. Vine un verano desde Arizona para dirigir una escuela de campo de arqueología submarina y ya no me marché. Encontramos un viejo mercante bizantino naufragado en las costas de Kos que estábamos excavando, y desde entonces he estado ocupado.

—El doctor Ruppé es la mayor autoridad en antigüedades marinas bizantinas y otomanas en el Mediterráneo oriental —señaló Pitt—. Sus conocimientos han resultado valiosísimos en muchos de nuestros proyectos en la región.

—Como le ocurre a su marido, los pecios son mi verdadero amor —afirmó Ruppé—. Lamento que desde que dirijo los estudios marítimos del Museo Arqueológico dedico menos tiempo del que me gustaría al trabajo de campo.

—La responsabilidad del cargo —convino Pitt.

Como aperitivo, el camarero les sirvió una fuente de mejillones con arroz que se apresuraron a probar.

—Desde luego, trabaja en una ciudad fascinante —comentó Loren.

—Sí. Estambul hace honor a su apodo de la «Reina de las Ciudades». Nació con los griegos, la criaron los romanos y maduró con los otomanos. Su legado de antiguas catedrales, mezquitas y palacios puede tentar incluso al historiador más insensible. Sin embargo, siendo el hogar de doce millones de personas, también plantea desafíos.

—He oído que el clima político es uno de ellos.

—¿Acaso el cambio es el motivo de su visita, congresista? —preguntó Ruppé con una sonrisa.

Loren sonrió ante la alusión. Si bien hacía años que representaba al estado de Colorado en el Congreso, no se consideraba un animal político.

—En realidad, solo he venido a Estambul para ver a mi díscolo marido. He estado viajando por el Cáucaso sur con una delegación de congresistas y, de regreso a Washington, he hecho un alto en el camino. Un enviado del Departamento de Estado comentó en el avión la preocupación por la seguridad de Estados Unidos a causa del aumento de los movimientos fundamentalistas en Turquía.

—Tiene razón. Como sabe, Turquía es un Estado laico pero el noventa y ocho por ciento de la población es musulmana, la mayoría suní. Ahora ha aparecido un movimiento encabezado por el muftí Battal, que tiene su sede aquí, en Estambul, y que reclama reformas fundamentalistas. No soy experto en estos temas, así que no puedo decirle hasta dónde llegan sus actuales exigencias. Pero Turquía está sufriendo la misma crisis económica que otros países, y eso genera descontento y oposición al statu quo. Los tiempos difíciles que vivimos parecen estar jugando a favor de Battal. Últimamente se le ve por todas partes, siempre atacando al presidente.

—Aparte de la inquietud de los aliados occidentales, no puedo evitar pensar que la evolución de Turquía hacia el fundamentalismo haría de Oriente Próximo un lugar todavía más peligroso —comentó Loren.

—Con Irán controlado por los chiitas, dispuestos a exhibir su poderío militar, me temo que sus preocupaciones son muy válidas.

Les sirvieron la cena. Loren había pedido lubina al horno; Pitt, mero a la parrilla, y Ruppé, rodaballo del mar Negro.

—Lamento estropear la cena con la política; forma parte de los gajes del oficio —se disculpó Loren—. Por cierto, la lubina está deliciosa.

—A mí no me molesta, y estoy seguro de que su marido está acostumbrado. —Ruppé le hizo un guiño—. Bueno, Dirk, hágame de tu trabajo en el Egeo.

—Estamos investigando las zonas muertas por falta de oxígeno en el Mediterráneo oriental —respondió Pitt entre bocados—. El Ministerio de Medio

Ambiente turco ha señalado varios puntos en el Egeo donde las apariciones recurrentes de campos de algas han acabado con la vida marina. Es un problema en aumento que ya hemos visto en otros muchos lugares del planeta.

—En la bahía de Chesapeake, en nuestro propio país, es un tema preocupante —dijo Loren.

—Las zonas muertas en Chesapeake han aumentado mucho en los últimos veranos —convino Pitt.

—¿Y se debe a los agentes contaminantes? —preguntó Ruppé.

Pitt asintió.

—En la mayoría de los casos, las zonas muertas se hallan cerca del delta de un río grande. Por lo general, los bajos niveles de oxígeno son el resultado directo de la contaminación por nutrientes, sobre todo en forma de nitrógeno, que es un residuo de la agricultura y la industria. Los nutrientes en el agua dan lugar al crecimiento masivo del fitoplancton y al florecimiento de las algas. Cuando las algas mueren y acaban en el fondo, el proceso de descomposición elimina el oxígeno del agua. Si el proceso alcanza una masa crítica, el agua se convierte en anóxica, acaba con toda la vida marina y crea una zona muerta.

—¿Qué habéis encontrado hasta ahora en las aguas turcas?

—Hemos confirmado la presencia de una zona muerta no muy extensa entre la isla griega de Chios y la costa turca. Continuaremos con el trabajo de exploración para elaborar un mapa del perímetro y el estado de la zona.

—¿Habéis intentado dar con el origen? —preguntó Loren.

Pitt sacudió la cabeza.

—El Ministerio de Medio Ambiente turco está investigando a los posibles contaminadores industriales o agrícolas de la región, pero ahora mismo estamos muy lejos de identificar la fuente, o las fuentes.

El camarero les retiró los platos y luego trajo una fuente de melocotones y tres cafés. A Loren le sorprendió que el café ya tuviera azúcar.

—Dirk, ¿ese pecio se halla dentro de la zona muerta? —preguntó Ruppé.

—No, pero no está lejos. Nos habíamos detenido para reparar el sensor de un sumergible cuando descubrimos el lugar. Un pescador que perdió allí buena parte de su red nos dio la pista.

—Cuando me llamaste, mencionaste que habías recuperado unos objetos.

—Sí, de hecho los he traído. —Pitt señaló la bolsa negra junto a sus pies.

Los ojos de Ruppé se iluminaron. Consultó su reloj.

—Son más de las once, supongo que ya os he entretenido más de la cuenta, pero el museo está muy cerca. Me encantaría echar un vistazo a los objetos, y si quieres puedes dejarlos en mi laboratorio, es un lugar seguro.

—Pues no se hable más —intervino Loren, para que su marido no se llevara una

decepción—. Ambos no vemos la hora de conocer su opinión.

—Magnífico. —Ruppé sonrió—. Disfrutemos del café, y luego iremos a mi despacho para examinar lo que has encontrado.

Una vez que terminaron el café y pagaron la cuenta, salieron del restaurante y caminaron calle arriba. Ruppé se detuvo delante de un Volkswagen Karmann Ghia descapotable de color verde aparcado junto a la acera.

—Pido disculpas por la falta de espacio. Sé que en el asiento trasero apenas hay lugar para las piernas.

—Estos Volkswagen antiguos me encantan —dijo Loren—. Hacía siglos que no veía uno tan bien cuidado.

—Tiene unos cuantos años, pero sigue funcionando como un reloj —comentó Ruppé—. Es un coche estupendo para moverse por las abarrotadas calles de Estambul, aunque echo de menos el aire acondicionado.

—¿Quién necesita aire acondicionado pudiendo bajar la capota? —señaló Pitt mientras se sentaba en el asiento del acompañante después de que Loren consiguiese acomodarse en el asiento trasero.

Ruppé los llevó de nuevo al centro de la ciudad, y después atravesó por una gran arcada.

—Acabamos de entrar en Topkapi, el antiguo palacio otomano —explicó el arqueólogo—. Nuestro museo está cerca de la entrada al patio interior. Si tenéis oportunidad, deberíais visitar el palacio. Pero a primera hora. Es uno de los lugares preferidos por los turistas.

Ruppé atravesó un parque salpicado de edificios históricos. Subió una ligera cuesta y aparcó el coche en el aparcamiento del personal, detrás del Museo Arqueológico de Estambul. Unos cincuenta metros más allá se alzaba el muro que rodeaba el palacio interior de Topkapi.

Loren y Pitt se apearon del estrecho coche un tanto agarrotados y siguieron a Ruppé hacia el gran edificio de estilo neoclásico.

—En realidad el museo abarca tres edificios —explicó Ruppé—. Está el Museo del Antiguo Oriente, junto al Quiosco de los Azulejos, que alberga el Museo de Arte Islámico. Yo trabajo aquí, en el edificio principal, que es la sede del Museo Arqueológico.

Los llevó por la escalera trasera del edificio, construido en el siglo XIX. En cuanto abrió la puerta los saludó el vigilante nocturno que tenía su puesto ahí dentro.

—Buenas noches, doctor Ruppé —dijo el guardia—. ¿Otra vez trabajando hasta tarde?

—Hola, Avni. Una visita rápida con unos amigos y nos vamos.

—Tómese el tiempo que necesite. Aquí solo estamos los grillos y yo.

Ruppé llevó a sus invitados a través del vestíbulo principal, lleno de estatuas y

esculturas antiguas. A cada lado había salas en las que se exhibían tumbas de todo Oriente Próximo. El arqueólogo se detuvo para enseñarles un enorme sarcófago de piedra con bajorrelieves.

—El sarcófago de Alejandro Magno, nuestra pieza más famosa. Las escenas de los laterales muestran a Alejandro en una batalla. En realidad, nadie sabe quién es el que está dentro, aunque muchos creen que se trata de un gobernador persa llamado Mazaeo.

—Una obra de arte muy bella —opinó Loren—. ¿De cuándo data?

—Es del siglo IV antes de Cristo.

Ruppé los llevó por un pasillo lateral y entraron en un amplio despacho rebosante de libros. Una mesa ocupaba una de las paredes, y en la superficie de acero inoxidable había numerosos objetos antiguos en diferentes etapas de conservación. Encendió los fluorescentes del techo, que alumbraron la habitación con una luz muy fuerte.

—Veamos tus objetos empapados —dijo al tiempo que acercaba un par de taburetes a la mesa.

Pitt abrió la cremallera de la bolsa, sacó la caja de hierro de Giordino y apartó con cuidado la toalla que la envolvía.

—Creo que es una hucha —apuntó—. El cerrojo se desprendió solo —añadió con una sonrisa culpable.

Ruppé se puso unas gafas de lectura y observó la caja.

—Sí, parece el equivalente de una caja fuerte, y muy antigua por el aspecto.

—Tal vez el contenido pueda ayudarte a datarla —señaló Pitt.

En cuanto levantó la tapa, el arqueólogo abrió mucho los ojos. Colocó un paño sobre la mesa y con mucha precaución fue sacando las monedas de oro y plata y dejándolas en el paño. Había siete.

—Tendría que haberte dejado pagar la cena —dijo.

—Vaya, vaya... ¿Es oro de verdad? —preguntó Loren, que había cogido una de las monedas de oro. Pesaba.

—Sí. Parecen acuñadas en una ceca otomana —respondió Ruppé mientras examinaba la inscripción que llevaban estampada—. Había varias cecas por todo el imperio.

—¿Entiende lo que pone? —preguntó ella, admirada por la elegante escritura árabe.

—Diría que «*AllahuAkbar...*», que significa «Dios es grande».

Ruppé atravesó la habitación y recorrió con la vista una de las estanterías llenas de libros hasta que sacó un grueso volumen encuadernado en cuero. Pasó las páginas y se detuvo en una en la que había varias fotos de monedas antiguas. Comparó una de las imágenes con las monedas colocadas en el paño y asintió complacido.

—¿Igual? —preguntó Pitt.

—Exacta. Idéntica a las monedas que se acuñaron en Siria durante el siglo XVI. Enhorabuena, Dirk; es probable que hayas encontrado un pecio otomano de la época de Soleimán el Magnífico.

—¿Quién es Soleimán? —preguntó Loren.

—Uno de los más famosos y admirados sultanes otomanos, únicamente superado tal vez por el fundador del imperio, Osman I. Durante su reinado, a mediados del siglo XV, expandió el imperio por el sudeste europeo, Oriente Próximo y el norte de África.

—Quizá esto era un regalo o una ofrenda para el sultán —dijo Pitt. Sacó la caja de cerámica de la bolsa y retiró con cuidado la toalla que la envolvía.

A Loren se le iluminaron los ojos al ver el intrincado diseño en azul, rojo y blanco que decoraba la tapa.

—Qué preciosidad...

—Los antiguos artesanos musulmanes hacían maravillas con los azulejos y la cerámica —dijo Ruppé—. Pero nunca había visto nada parecido.

Acercó la caja a la luz para observarla con atención. En uno de los lados había una pequeña grieta irregular. La frotó con el dedo.

—El diseño es similar a otros objetos que se conocen como utensilios de Damasco. Es un dibujo de los antiguos y muy conocidos hornos de Iznik, en Turquía.

Quitó la tapa con delicadeza y sacó la corona cubierta de adherencias marinas.

—Dios mío —murmuró Loren acercándose un poco más.

Ruppé no estaba menos impresionado.

—Esto no es algo que uno vea todos los días... —Colocó la corona debajo de un flexo. Cogió una cureta y arrancó unas partículas de sedimento—. Bastará un buen fregado para que quede la mar de limpia. —Al observarla un poco más de cerca, frunció el entrecejo—. Qué curioso —dijo.

—¿Qué? —preguntó Loren.

—Diría que hay una inscripción en el borde interior. Solo alcanzo a ver unas pocas letras, pero parece que es latín.

—No tiene mucho sentido —opinó Loren.

—No —convino el arqueólogo—. Lo sabremos a ciencia cierta después de la limpieza. Sería una pista magnífica para identificar su origen.

—Sabía que habíamos venido al lugar adecuado —intervino Pitt.

—Tu pecio tal vez guarde más de un misterio —dijo Ruppé.

Loren miró la corona con ojos somnolientos y contuvo un bostezo.

—Me temo que es muy tarde para vosotros —comentó Ruppé. Guardó la corona en una caja de seguridad empotrada en una pared y a continuación puso el cofre, las monedas y la caja de cerámica en un cubo de plástico con agua dulce—. Estoy

deseando examinar a fondo estos objetos con la ayuda de mis colegas en cuanto regrese de Roma.

—Me gustaría saber qué hacía en un pecio otomano una corona de oro con una inscripción en latín —dijo Pitt.

—Quizá nunca lo sepamos, pero siento mucha curiosidad por saber qué más hay en el barco naufragado —replicó Ruppé—. Por extraño que parezca, se han encontrado muy pocos pecios otomanos en el Mediterráneo.

—Si puedes notificar nuestro hallazgo a las autoridades turcas, haremos todo lo posible por ayudar —dijo Pitt. Le tendió una carta náutica donde había marcado en rojo la ubicación del pecio—. Se encuentra muy cerca de Chios; puede que los griegos tengan algo que decir al respecto.

—Llamaré mañana a primera hora —prometió Ruppé—. ¿Hay alguna posibilidad de que tú y tu barco ayudéis a iniciar una exploración completa del lugar?

Pitt sonrió.

—Nada me gustaría más que averiguar qué hemos encontrado. Me las apañaré para que el barco esté disponible durante un par de días. Tenemos a un arqueólogo a bordo que puede ayudarnos a dirigir la exploración.

—Bien, bien. Tengo buena relación con el Ministerio de Cultura turco. Les alegrará saber que el pecio se halla en buenas manos.

Miró a Loren, que hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Oh, querida, perdone mis divagaciones históricas. Es muy tarde, hora de que los lleve de vuelta al hotel.

—Más le vale, si no me tumbaré a dormir en uno de los sarcófagos que hay ahí fuera.

Ruppé cerró el despacho, pasaron junto al vigilante y salieron del edificio. Estaban bajando la escalera del museo cuando un par de explosiones sordas sonaron a lo lejos, seguidas del repentino aullido de las sirenas de alarma que resonaban contra los altos muros de Topkapi. El trío se detuvo, estupefacto. Oyeron gritos distantes, seguidos del tableteo de los disparos de armas automáticas que vibraban en el silencio nocturno. El tiroteo continuó, cada vez más cerca. Segundos más tarde, la puerta del museo se abrió y el vigilante corrió hacia ellos con expresión de horror.

—¡Están atacando el palacio! —gritó—. Han saqueado la Cámara de las Reliquias Sagradas de Topkapi, y los guardias de Bâb-üs-Selâm no responden. Debo asegurarme de que la reja está cerrada.

Bâb-üs-Selâm, la Puerta de la Salutación, era la entrada principal al santuario cerrado del palacio de Topkapi. La formaban dos torres octogonales parecidas a las de un castillo de Disneylandia, donde los turistas hacían cola por la mañana para visitar el palacio y los jardines de los grandes sultanes otomanos. Apenas pasada la entrada había una sala de guardia ocupada por los soldados del ejército turco

asignados a la vigilancia nocturna. La puerta, situada a poca distancia del museo, estaba abierta de par en par y no se veía ni rastro de los centinelas.

Avni, el vigilante del museo, pasó a la carrera junto a Ruppé y cruzó el aparcamiento. A unos noventa metros de la puerta, pasó de largo una furgoneta blanca aparcada en el bordillo. El motor se puso en marcha al instante.

Al ver que el vehículo seguía con los faros apagados, Pitt se puso en alerta. Intuyó que algo no iba bien, y el instinto le hizo seguir a Avni.

—Vuelvo enseguida —dijo, y echó a correr.

—¡Dirk! —gritó Loren, desconcertada por la súbita reacción de su marido.

Pero él no se molestó en responder; la furgoneta blanca había empezado a avanzar.

Sabía lo que iba a suceder, pero no podía hacer nada para impedirlo. En el momento en que la furgoneta aceleró, no le quedó más remedio que mirar como si estuviera viendo una película a cámara lenta. El vehículo apuntó al vigilante del museo y ganó velocidad. Pitt, sin interrumpir su desesperada carrera, gritó:

—¡Avni! ¡Detrás de usted!

Pero fue un intento inútil. La furgoneta continuó la marcha, siempre con los faros apagados, y arrolló al vigilante por detrás. El cuerpo voló muy alto por encima del capó, dio una voltereta en el aire y chocó contra el pavimento con un golpe sordo. La furgoneta siguió acelerando y de pronto se detuvo con un frenazo delante de la puerta abierta.

Pitt siguió corriendo hacia el vigilante caído. Por la grotesca posición de la cabeza, comprendió que tenía el cráneo hecho trizas; la muerte había sido instantánea. No podía hacer nada por él, así que echó a correr hacia la furgoneta.

El conductor miraba ansioso a través de la Puerta de la Salutación, abierta de par en par. Con el motor en marcha, no oyó los pasos de Pitt hasta que estuvo al lado de la furgoneta. Cuando se volvió para mirar por la ventanilla abierta, un par de manos se metieron en la cabina y le agarraron por el cuello. Antes de que pudiera resistirse, tenía medio cuerpo fuera del coche.

Pitt oyó pasos que se acercaban, pero mientras forcejeaba con el conductor solo vio una sombra con el rabillo del ojo. Tenía el codo metido debajo de la barbilla del hombre; le faltaba poco para arrancarle la cabeza. El conductor se recuperó y luchó para librarse de la sujeción de Pitt. Encajó las rodillas debajo del volante y sacudió las manos. Pitt consiguió apretarle la garganta hasta impedirle respirar, y el hombre comenzó a perder el conocimiento en sus brazos.

—¡Suéltelo! —ordenó una voz de mujer que sonó como un ladrido.

Pitt, sin soltar a su presa medio ahogada, se volvió hacia el cadáver del vigilante del museo. Loren y Ruppé le habían seguido para ayudar a Avni y ahora se encontraban junto al muerto. El arqueólogo apoyaba una rodilla en el suelo y con una

mano intentaba restañar la sangre que brotaba de un corte en la frente, mientras Loren, a su lado, miraba a Pitt con expresión de miedo.

Junto a ellos se hallaba una mujer baja con pasamontañas, suéter y pantalón negros. Tenía un brazo extendido y en la mano una pistola que apuntaba a la cabeza de Loren.

—Suéltelo —ordenó de nuevo—, o la mujer muere.

Topkapi había sido la magnífica residencia de los sultanes otomanos durante casi cuatrocientos años. El palacio, un inmenso laberinto de edificios decorados con azulejos y construidos en una ladera con vistas al Cuerno de Oro, guardaba muchos de los tesoros de la rica historia de Turquía. Las muy populares y concurridas visitas guiadas permitían conocer la vida privada de los gobernantes, al mismo tiempo que mostraban una impresionante colección de arte, armas y joyas. Entre tanta opulencia real, también había una colección de reliquias islámicas sagradas que eran reverenciadas en todo el mundo. Estas reliquias habían sido el objetivo de los ladrones.

Unos días antes, una furgoneta de una empresa de servicios había introducido en el palacio un pequeño alijo de armas y explosivos. Los ladrones habían entrado en el recinto como turistas a última hora de la tarde y se habían ocultado en una de las casetas de los jardineros. Al amparo de la oscuridad, horas después de que los turistas se hubiesen marchado y las entradas quedaran cerradas, los ladrones habían recogido las armas y los explosivos y a continuación se habían dirigido a la Cámara de las Reliquias Sagradas.

El asalto apenas duró un minuto: volaron con explosivos una pared lateral y mataron de un disparo al guardia de la cámara. Se hicieron con las reliquias que les interesaban y escaparon por el boquete en la pared.

Los ladrones habían programado una serie de explosiones secundarias en diversos puntos del recinto que sirvieron de distracción a su fuga a pie en dirección sur. Una vez pasada la puerta principal, los recogería la furgoneta que los esperaba. Desde allí solo tardarían unos minutos en alcanzar el laberinto de callejuelas de Sultanahmet y perderse en la noche.

Las sirenas de la policía sonaban a lo lejos mientras dos hombres vestidos de negro corrían hacia Bâb-üs-Selâm, cada uno de ellos cargado con una bolsa de lona. La mujer que apuntaba la pistola a la cabeza de Loren impartió de inmediato unas breves órdenes a los hombres en cuanto se acercaron a la furgoneta. Los dos ladrones arrojaron las bolsas al interior del vehículo, luego sacaron al conductor, casi desvanecido, y lo acomodaron en la zona de carga, junto a las bolsas. Uno de los hombres se apresuró a sentarse al volante, y el otro desenfundó un arma y apuntó a Loren. La mujer volvió a gritar a Pitt.

—¡Usted! ¡Apártese de la furgoneta! —le ordenó, al tiempo que le encañonaba—. Esta mujer se viene con nosotros. Si quiere volver a verla con vida, dirá a la policía que escapamos por la Puerta de Gülhane Park. —Señaló con el arma el lado nordeste del recinto.

Pitt apretó los puños; de sus ojos casi salían llamaradas de furia, pero no podía

hacer nada. La mujer percibió su ira y apuntó el arma a su cabeza.

—Ni se le ocurra —dijo.

El hombre de la pistola sujetó a Loren por el brazo y la empujó sin miramientos al interior de la furgoneta, subió detrás y cerró la puerta. La mujer retrocedió hasta la puerta del pasajero, siempre apuntando a Pitt, y subió de un salto. El nuevo conductor pisó el acelerador a fondo y la furgoneta arrancó con los neumáticos echando humo.

Pitt corrió hasta Ruppé, que se había levantado pero se tambaleaba como consecuencia del golpe que la mujer le había propinado en la cabeza.

—Tu coche —dijo Pitt deprisa.

Ruppé se apresuró a sacar las llaves.

—Ve. Yo solo te demoraría.

—¿Estás bien?

—No es más que un rasguño —respondió el arqueólogo con una sonrisa débil y mirando su mano teñida de sangre—. Estoy bien. Ve. Yo me encargaré de informar a la policía cuando llegue.

Pitt asintió, cogió las llaves y corrió hacia donde estaba aparcado el Karmann Ghia. El motor del viejo Volkswagen arrancó a la primera. Pitt metió la marcha y los neumáticos chirriaron cuando salió a toda pastilla en pos de la furgoneta.

La zona exterior de Topkapi tenía más o menos la forma de una A inclinada, con una puerta de entrada en la base de cada una de las patas. Los ladrones, que al parecer esperaban que la policía apareciese por la Puerta de Gülhane Park, en el norte, se habían dirigido a la Puerta Imperial, en el sur. Pese al gran número de autocares de turistas que llegaban todos los días al palacio, las calles, con árboles a los dos lados, eran estrechas y describían muchas curvas, lo que limitaba la velocidad.

Pitt enfiló la calle principal, por donde había salido la furgoneta, pero para entonces el vehículo había desaparecido. A medida que dejaba atrás varias callejuelas laterales, sintió que el corazón se le aceleraba ante el temor de no encontrar la furgoneta. Se repitió una y otra vez que los ladrones profesionales no solían ser asesinos. Lo más probable era que dejaran libre a Loren a la primera oportunidad. Pero entonces su mente recibió como un destello la imagen del guardia del museo arrollado con toda intención. Además, habían oído numerosos disparos al otro lado del muro del palacio. Su inquietud aumentó al comprender que esos ladrones no vacilaban a la hora de matar.

Pisó el acelerador a fondo y se oyó un doloroso aullido del motor refrigerado por aire del Volkswagen. El Karmann Ghia no era un coche rápido, pero gracias a su tamaño y su peso tomaba las curvas con agilidad. Pitt llevó el pequeño coche al límite, cambiaba de marchas una y otra vez mientras recorría a gran velocidad la sinuosa calle. En una ocasión, viró tan fuerte que una de las ruedas traseras golpeó contra el bordillo y el tapacubos salió disparado y se estrelló contra el tronco de un

olmo.

Llegó a un tramo recto que acababa en un cruce. Pitt pisó el freno, el coche derrapó al entrar en el cruce desierto y él se preguntó hacia dónde debía girar. Un vistazo rápido a un lado y a otro le reveló que no había tráfico ni rastro de la furgoneta. La mujer había mencionado la Puerta de Gülhane. No tenía ni idea de dónde estaba, pero recordó que había indicado una dirección con la pistola. A pesar de las vueltas y revueltas que había dado, estaba seguro de que había señalado hacia lo que en ese momento era su derecha. Puso primera, pisó el acelerador, soltó el embrague y salió disparado por la calle que tenía a su izquierda.

El dosel formado por las copas de los viejos robles pasaba como una exhalación por encima de su cabeza mientras aceleraba. Bajó por una ladera poco pronunciada y llegó a otro cruce. Esta vez vio una señal en inglés que indicaba la salida con una flecha hacia la derecha. Sin reducir apenas la velocidad, giró con un derrape y el Volkswagen enfiló el carril contra dirección; por fortuna, no había tráfico.

La calle daba a una recta que pasaba por la Puerta Imperial. Pitt se dio cuenta de que la luz aumentaba a medida que la arboleda de los jardines del palacio daban paso a los apiñados edificios del centro histórico de Estambul. Miró al frente y alcanzó a atisbar unos faros traseros que giraban apenas pasada la puerta.

La furgoneta.

Pitt sintió un hálito de esperanza mientras pisaba el acelerador a fondo en su loca carrera hacia la puerta. Se dijo que los ladrones no se habían equivocado. Si la policía de Estambul había reaccionado a la alarma, aún no había llegado a la Puerta Imperial. Al acercarse, vio lo que parecían los cuerpos de dos soldados turcos caídos a un lado de la calle.

Pasó de largo, cruzó la puerta y de nuevo realizó un viraje cerrado aunque a menor velocidad para que los neumáticos no chirriaran. Un vistazo al frente le permitió ver que la furgoneta había girado al sur, por un bulevar transversal. Pitt se apresuró a seguirla, apagó los faros antes de girar y se acercó al vehículo de los ladrones.

Durante el día, Sultanahmet, el centro histórico de la ciudad, estaba congestionado de coches y gente, pero a esas horas de la noche reinaba la calma. Pitt adelantó a unos cuantos taxis desvencijados y redujo la velocidad al ver que la furgoneta se detenía ante un semáforo en rojo.

Pasaron por delante de Santa Sofía, uno de los principales monumentos de la era bizantina. Edificada como basílica por el emperador romano Justiniano, y convertida después en mezquita, había sido durante mil años el edificio con la cúpula más grande del mundo. Sus frescos y mosaicos antiguos, junto con su imponente arquitectura, hacían de ella uno de los más importantes hitos culturales de Estambul.

La furgoneta giró de nuevo a la derecha para cruzar la plaza Sultanahmet y la

explanada delantera de Santa Sofía, donde un puñado de turistas tomaban fotos del edificio iluminado. Pitt intentó acercarse a la furgoneta, pero su avance se vio interrumpido por dos taxis que se apartaron del bordillo.

La furgoneta redujo la velocidad para no llamar la atención cuando un coche de la policía con las luces de emergencia y la sirena encendidas pasó por la calle lateral colina arriba, en dirección a Topkapi. Los pocos vehículos que había siguieron adelante y una manzana después se detuvieron de nuevo en un semáforo en rojo. Un viejo camión de la basura apareció por la calle lateral y se paró muy cerca de la esquina para recoger las bolsas de basura apiladas. El camión cerró momentáneamente el paso a la furgoneta, que tenía detrás uno de los taxis.

Pitt, sentado dos coches más atrás, observó que el basurero acometía la recogida de las bolsas con lentitud y decidió que la situación le ofrecía la oportunidad de actuar. Sin vacilar, se apeó del Karmann Ghia y, agachado y pegado a los taxis para evitar que le viesan, avanzó hacia la parte de atrás de la furgoneta. Las puertas traseras tenían los cristales tintados, pero Pitt vio, sentada a la derecha, la sombra de una figura que tenía el pelo muy corto o llevaba un pasamontañas.

El semáforo se puso en verde y la furgoneta avanzó apenas y se detuvo de nuevo; al conductor no le quedaba más remedio que esperar a que el cachazudo basurero acabase de retirar las bolsas de basura. Pitt se acercó en cuclillas, luego apoyó un pie en el parachoques y sujetó la manija de la puerta con la mano derecha. La abrió de un tirón y se lanzó al interior con el puño izquierdo preparado para golpear.

Era un movimiento arriesgado, Loren y él podían acabar muertos. Pero contaba con el elemento sorpresa, y no se equivocó al deducir que el pistolero de la parte de atrás habría bajado la guardia y estaría saboreando el éxito del robo. Y había otro motivo mucho más profundo para pasar por alto cualquier precaución. Si no hacía nada y algo le ocurría a Loren, Pitt no se lo perdonaría en la vida.

Con la puerta abierta, sin detenerse, Pitt barrió con la mirada el compartimento trasero. Había acertado en su apuesta: el pistolero ileso estaba sentado en un banco a la derecha. En el lado opuesto se hallaba el primer conductor, que poco a poco iba recuperando el color. Loren se encontraba a su lado, encajada contra la mampara que los separaba de la cabina. En la fracción de segundo que duró su contacto visual, Pitt vio el miedo en los ojos de su esposa.

Hasta tal punto los había pillado desprevenidos, que el pistolero ni siquiera apuntaba a Loren, sino que mantenía la pistola baja y a un lado. Miró a Pitt sorprendido a través del pasamontañas antes de que un tremendo puñetazo le golpease en la barbilla. Con la adrenalina a tope y la furia contenida, Pitt bien podría haber atravesado el costado de la furgoneta. El golpe dejó inconsciente al hombre en el acto, y antes de que pudiese levantar el arma ya estaba tirado en el suelo.

El segundo ladrón reaccionó inmediatamente, dispuesto a vengarse del hombre

que le había atacado antes. Se lanzó sobre la espalda de Pitt, y le aplastó contra el suelo. Intentó sacar el arma que tenía en el bolsillo al tiempo que retenía a Pitt con el otro brazo. Pitt probó a levantarse apoyándose en los brazos, pero no consiguió zafarse del todo. Buscando un punto de apoyo, fijó un pie en el parachoques y a continuación trató de desplazar su peso hacia atrás. Con el atacante pegado a su espalda, Pitt empujó con los brazos y las piernas para lanzarse hacia atrás, fuera de la furgoneta.

El taxi estaba a medio metro de la furgoneta. Los cuerpos entrelazados volaron y cayeron sobre el capó del taxi. El atacante, ahora debajo de Pitt, sufrió toda la fuerza del impacto. El golpe le vació el aire de los pulmones y el hombre se quedó sin aliento. Pitt notó que aflojaba el abrazo. Sin perder ni un segundo, se puso de pie, apartó el brazo que le sujetaba y descargó varios codazos contra la cabeza de su rival. Bastaron para atontar al hombre, que se desplomó sobre el pavimento antes de que pudiese sacar el arma.

Pitt recuperó el aliento y al levantar la vista vio que Loren escapaba de la furgoneta. En la mano llevaba una de las bolsas negras.

—Rápido, vámonos —la urgió agarrándola del brazo y apartándola del vehículo.

Dieron unos cuantos pasos tambaleantes hasta la acera; Loren se resistía a correr.

—Con estos zapatos no puedo correr —se justificó.

Pitt oyó un grito en la dirección de la furgoneta, pero no perdió tiempo en girarse. Se limitó a agarrar a su esposa sin miramientos y la empujó hacia el umbral de un pequeño edificio unos pocos pasos más allá. Se zambulló detrás de ella justo en el instante en que sonaron dos disparos. Unas esquirlas de cemento volaron por el aire cuando las balas impactaron contra el suelo, cerca de sus pies.

Ese portal solo podía darles un cobijo momentáneo. En unos pocos segundos la mujer con la pistola se acercaría lo suficiente para tener una línea de tiro despejada.

—¿Qué hacemos? —jadeó Loren, con el corazón desbocado por el miedo.

Pitt miró una puerta, vieja y desvencijada, que había en lo alto de varios escalones.

—Diría que sólo tenemos una elección —dijo moviendo la cabeza hacia la puerta—. Entremos.

Bastaron dos fuertes patadas contra la puerta de madera para que el viejo cerrojo saltara y la puerta se abriera. Loren y Pitt se colaron rápidamente en un sencillo local vacío, con un mostrador y una caja registradora. Al fondo había una escalera mal iluminada que llevaba a un nivel inferior.

Desde el exterior, les llegó el ruido de pasos que se acercaban deprisa. Pitt se apresuró a cerrar la puerta en cuanto atisbo a la mujer vestida de negro corriendo hacia allí por detrás del taxi. No vio el fogonazo de la pistola cuando la mujer disparó de nuevo, pero sí la bala incrustada en la hoja de la puerta a menos de un palmo de su rostro.

—Creo que debemos bajar —dijo agarrando la mano de Loren y echando a correr hacia la escalera.

Solo habían bajado unos pocos peldaños tallados en la piedra cuando Loren le tiró del brazo.

—Con estos tacones no llegaré muy lejos —afirmó al ver que la escalera se perdía en las profundidades. Se quitó rápidamente los zapatos y luego continuó bajando.

—¿Por qué los diseñadores de zapatos de mujer casi nunca piensan en el aspecto práctico? —preguntó Pitt cuando la alcanzó.

—Solo a un hombre se le ocurriría preguntarlo —protestó Loren, con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

Continuaron bajando; había más de cincuenta escalones. La discusión por el calzado cayó en el olvido, reemplazada por el asombro ante el entorno en penumbra que se abría ante ellos.

Habían bajado a una enorme caverna subterránea hecha por el hombre. Era una estructura del todo inesperada y un tanto extraña; costaba creer que aquello estuviese en el centro de la bulliciosa Estambul. Los escalones acababan en una plataforma de madera desde la que se divisaba la inmensa caverna. Pitt admiró el bosque de columnas de mármol de diez metros de altura que se perdían en la lejanía; los capiteles sostenían un altísimo techo abovedado. Las bombillas rojas que colgaban del techo iluminaban ligeramente el recinto y le daban una apariencia misteriosa, casi infernal.

—¿Qué es esto? —preguntó Loren, y el eco de su voz resonó hasta perderse—. Es asombroso en todos los sentidos.

—Una cisterna subterránea. Por lo visto, una de las grandes. Los romanos construyeron centenares de cisternas debajo de las calles de Estambul para acumular el agua que llegaba por los acueductos desde el campo.

En realidad se encontraban en la cisterna más grande de Estambul, Yerebatan

Sarnici. Construida por el emperador Constantino y ampliada más tarde por Justiniano, el depósito tenía una longitud de casi ciento cuarenta y tres metros. Antiguamente, la cisterna, con las paredes y el suelo de mortero, podía albergar ochenta mil metros cúbicos de agua. Abandonada durante el reinado otomano, se convirtió en un inmenso fangal hasta que el gobierno turco la restauró en el siglo XX. En homenaje a la capacidad constructora de los romanos, el suelo de la cisterna todavía acumulaba cierta cantidad de agua.

En la inmensa cámara reinaba el silencio, roto únicamente por el chapoteo de las gotas que caían del techo. A ese goteo se sumó de pronto el ruido de los pasos de la mujer de negro: había entrado en el local y comenzaba a bajar la escalera. Pitt y Loren echaron a correr por una pasarela elevada de madera que llevaba hacia el final de la cisterna.

La pasarela desembocaba en un espacio circular desde el que los turistas podían ver la multitud de columnas talladas que soportaban el techo de la cisterna. Debajo, las aguas poco profundas y calmas estaban pobladas por cientos de carpas que nunca veían la luz del día. Pitt y Loren no tuvieron tiempo de contemplar los peces mientras pasaban corriendo hacia el otro extremo de la caverna.

Las pasarelas estaban empapadas por el incesante goteo del techo, y Loren, con los pies descalzos, solo protegidos por las medias, no pudo evitar resbalar varias veces. Cuando pasaban por una esquina cerrada, se cayó al suelo y aprovechó para recuperar el aliento hasta que su marido la ayudó a levantarse. El ruido de unos zapatos que bajaban a toda prisa la escalera resonó en el recinto.

—¿Por qué se empeña en perseguirnos? —preguntó Pitt en voz alta mientras arrastraba a Loren detrás de la esquina.

—Quizá tiene que ver con esto —respondió ella, alzando la bolsa negra que llevaba en una mano—. La cogí de la furgoneta. Creí que podía ser importante.

La reacción instintiva de su esposa le hizo sonreír.

—Sí, probablemente sí —admitió—. Pero no tan importante como para dejarse matar.

Los pasos de la perseguidora habían llegado al pie de la escalera, y su sonido cambió a un golpe sordo al bajar a la pasarela de madera. Pitt y Loren corrieron unos metros más y entraron en un tramo de la pasarela que acababa en un punto muerto.

—Devuélvanme la bolsa y podrán marcharse.

La voz de la mujer resonó por toda la caverna en una furiosa repetición. Tras un momento de silencio, volvió a echar a andar con paso ligero. Aunque con aquella luz no podían verla, el sonido les revelaba que se estaba acercando.

—Al agua —susurró Pitt; cogió la bolsa negra de la mano de Loren y acercó a su esposa a la barandilla.

El vestido largo resultó un estorbo a la hora de pasar por encima de la barandilla,

luego Loren dejó que Pitt la ayudase a bajar en silencio hasta el agua; le llegaba a la cintura. Sintió un escalofrío, tanto por la temperatura fría del agua como por la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Ocúltate detrás de la última columna y mantente fuera de la vista hasta que te llame —le indicó Pitt en voz baja.

—¿Dónde estarás tú?

—Devolviéndole la bolsa.

Se inclinó para pasar la cabeza entre los barrotes de la barandilla y le dio un beso. Después la observó chapotear a lo largo de varias filas de columnas hasta que la perdió de vista. Tras comprobar que estaba bien oculta, se volvió para retroceder por la pasarela. El estruendo de una detonación le obligó a detenerse mientras un trozo de madera de la barandilla caía al agua unos pocos metros más allá. Alcanzó a ver la figura de la tiradora a unos treinta metros de distancia y echó a correr hasta una fila de columnas que le protegían.

Su mente funcionó a toda velocidad, pues solo disponía de un margen de seguridad de unos pocos segundos. Miró la bolsa negra, pesaba poco porque solo contenía dos objetos. No había ningún lugar donde ocultarla en las desnudas pasarelas de madera, así que su mirada se dirigió hacia lo alto de las enormes columnas que tenía más cerca. Vio que cada tres columnas había una bombilla roja y los cables que la sujetaban cerca del capitel. Los pasos de la mujer sonaban cada vez más cerca. Pitt levantó la bolsa y separó los objetos a través de la tela. A continuación, retorció la bolsa por el centro hasta darle el aspecto de una pesa, con un objeto en cada extremo.

—¡Suéltela! —oyó que gritaba la mujer.

Pitt se dijo que, en aquella penumbra, la mujer estaba demasiado lejos para disparar con puntería, así que dio dos pasos rápidos hacia la barandilla. La pistola disparó dos veces, dos fogonazos que Pitt vio con toda claridad con el rabillo del ojo, seguidos por el retumbar de las detonaciones en la caverna. Uno de los proyectiles impactó en la barandilla y el otro silbó junto a una de sus orejas. Ya lanzado, no podía hacer otra cosa que seguir moviéndose.

Al tercer paso, levantó la bolsa desde el suelo y la arrojó hacia arriba con todas sus fuerzas. Sin detenerse, apoyó las manos en la barandilla y saltó. La bolsa continuaba subiendo como un molinete cuando Pitt cayó al agua. Se sumergió de inmediato en dirección a los pilares de la pasarela, y luego avanzó hacia la mujer. Con un esfuerzo controlado, nadó bajo el agua poco profunda, con la precaución de no asomar a la superficie. Acostumbrado a bucear a pulmón, recorrió con facilidad unos veinticinco metros antes de sacar la cabeza para respirar.

Permaneció inmóvil, debajo de la pasarela, recuperando el aliento y atento a la posición de la mujer. Había calculado con acierto que la había dejado atrás mientras

ella corría hacia el lugar donde Pitt había saltado. Asomó apenas la cabeza y la vio moverse al otro lado con el arma apuntando al agua.

De nuevo debajo de la pasarela, siguió recorriéndola con mucha cautela en la dirección opuesta hasta que llegó a una esquina. Allí la iluminación era más fuerte de lo deseado, pero la esquina le ofrecía un refugio adecuado para preparar un ataque. Comenzó a trepar por uno de los postes de soporte cuando oyó pasos que bajaban por la escalera de piedra. El claxon de un coche resonaba en la calle.

—¡Señorita María, debemos marcharnos en el acto! —gritó en turco una voz de hombre—. La policía ha ampliado la búsqueda fuera de Topkapi.

Pitt volvió a sumergirse en el agua cuando la mujer corrió en su dirección. Sin moverse, la oyó pasar por encima de su cabeza, y aguzó el oído mientras ella comenzaba a subir la escalera. Casi en la salida, la mujer se detuvo un momento y su voz aguda resonó en todo el recinto:

—¡No pienso olvidarme de ustedes!

El ruido de sus pasos se apagó, y el coche dejó de tocar el claxon. Pitt permaneció en la misma posición en el agua fría, escuchando el siniestro eco de las gotas que caían al agua. Cuando estuvo seguro de que los ladrones se habían marchado, subió a la pasarela y caminó hacia el fondo de la cisterna gritando el nombre de su esposa.

Loren, helada hasta el tuétano, salió de detrás de una columna y chapoteó hasta la pasarela, donde Pitt la izó. Pese a que estaba despeinada, tenía el vestido empapado y temblaba como una hoja, le pareció muy hermosa.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Loren—. ¿Se han ido?

Pitt asintió. La cogió de la mano y juntos caminaron por la pasarela hacia la salida.

—Menudos sinvergüenzas —opinó Loren—. Me pregunto a cuánta gente habrán matado en el atraco.

Pitt no tenía una respuesta.

—¿Te hicieron daño?

—No, pero es obvio que no tenían ningún reparo en matar. Cuando les dije que era una congresista estadounidense no pareció importarles lo más mínimo.

—Tal vez aquí tengan menos respeto por los políticos que en nuestro país.

—¿Le diste la bolsa?

—Mucho me temo que se ha marchado con las manos vacías. Como habrás oído, no tiene intención de olvidarnos.

—¿Dónde la escondiste?

Pitt se detuvo y señaló hacia el capitel de una de las columnas de mármol que se elevaba desde el agua un par de metros más allá. Enredada con el cable de un portalámparas en lo alto de la columna, la bolsa negra pendía sobre el agua.

—No está escondida —dijo Pitt con una sonrisa—. Solo un poco fuera del alcance.

—¿Desea otra taza de té, jeque?

El invitado asintió con un ligero movimiento de la cabeza y el anfitrión le sirvió té. El jeque acababa de cumplir treinta años y era el menor de los cinco hijos de una de las familias de la realeza de los Emiratos Árabes Unidos. Ese hombre menudo llevaba un tocado de color hueso planchado impecablemente y con un *agal* bordado en oro que apenas insinuaba los miles de millones de petrodólares que poseía su familia.

—El movimiento del muftí parece estar ganando terreno en Turquía —comentó; dejó la taza de té—. Me complacen los progresos que ha mencionado.

—El muftí Battal cuenta con seguidores muy leales —señaló el anfitrión; tenía la mirada puesta en el retrato de un hombre de rostro inteligente, ataviado con túnica negra y turbante, que estaba colgado en la pared opuesta—. El momento y las condiciones han propiciado la expansión del movimiento, y la popularidad del muftí ha aumentado el interés por sus postulados. Tenemos delante una gran oportunidad de cambiar Turquía y su papel en el mundo. Sin embargo, para conseguir dichos cambios se requieren recursos considerables.

—Estoy comprometido con la causa de la misma manera que estoy comprometido con los Hermanos Musulmanes en Egipto —afirmó el jeque.

—Como nuestros hermanos egipcios, nos uniremos en el camino de Alá —manifestó el anfitrión con una ligera reverencia.

El jeque se levantó y cruzó el despacho; con su alto techo, tenía todo el aspecto y la atmósfera del interior de una mezquita. En un espacio despejado había varias alfombras para el rezo alineadas frente a un mihrab de azulejos orientado a La Meca. En la pared opuesta, una librería contenía antiguas ediciones del Corán. Solo el sol que entraba por un ventanal enorme daba calor a la austera habitación.

Se acercó a la ventana y admiró el panorama. El edificio de oficinas se alzaba en la orilla asiática del *Bósforo* y ofrecía una vista espectacular del viejo Estambul en la orilla europea, al otro lado del angosto brazo de mar. Contempló los imponentes minaretes de la mezquita Süleymaniye en la distancia.

—Estambul siente un respeto sincero hacia su pasado, como debe ser —señaló—. No se puede alcanzar la grandeza si no se construye sobre el pasado. —Se volvió hacia su anfitrión—. Mis hermanos se educaron en Occidente. Visten trajes hechos en Gran Bretaña y les entusiasman los coches deportivos —añadió con desdén.

—¿Usted no es como ellos?

—No —respondió el jeque, pensativo—. Estudié en la Universidad Islámica de Medina. Me consagré a Alá a una edad muy temprana. No hay mayor propósito en la vida que difundir las palabras del Profeta. —Se apartó despacio de la ventana, con

mirada ausente—. Las amenazas a nuestras costumbres no cesan. El atentado sionista contra al-Azhar, en El Cairo, no ha sido motivo de una condena internacional.

—El muftí Battal y yo estamos indignados.

—También yo. Tales afrentas no pueden ser pasadas por alto —afirmó el jeque.

—Debemos fortalecer los cimientos de nuestra casa para resistir el ataque de las fuerzas exteriores.

El jeque asintió.

—Como sabe, he sido bendecido con una considerable fortuna. Continuaré apoyando el sunismo aquí. Comparto la sabiduría de Estambul en cuanto al respeto a nuestro pasado.

—Sobre él construiremos grandes bendiciones para Alá.

El jeque se dirigió hacia la puerta.

—Realizaré la transferencia de fondos dentro de muy poco. Por favor, transmita mis saludos al muftí Battal.

—Se sentirá halagado y muy agradecido. Alabado sea el nombre de Alá.

El jeque respondió con las mismas palabras y se reunió con el séquito que le esperaba fuera del despacho. En cuanto el grupo árabe salió del vestíbulo, el anfitrión cerró la puerta, volvió a su escritorio y sacó una llave del primer cajón. Fue hasta una discreta puerta lateral, la abrió con la llave y entró en el despacho vecino, casi tres veces más grande que el primero. La habitación no solo era grande sino de un lujo extraordinario; el contraste era evidente. Muy bien iluminada, estaba decorada con una soberbia colección de pinturas contemporáneas y clásicas, alfombras orientales y muebles europeos del siglo XIX. Los focos de luz instalados en el techo resaltaban las vitrinas donde se hallaban valiosas antigüedades y reliquias de la era otomana, entre ellas jarrones de porcelana, tapices y armas con joyas incrustadas. En una urna central se exhibía la pieza más importante de la colección: una túnica bordada con hilo de oro colocada sobre un maniquí. Una placa indicaba que había pertenecido al sultán otomano Mehmed I, que había gobernado en el siglo XV.

Una joven menuda con el pelo negro y corto estaba sentada en un diván leyendo un periódico. Al verla, el rostro del hombre reflejó cierto enojo; pasó junto a ella sin decir palabra. Se acercó a una mesa tallada junto a la ventana y se quitó la *kufiya* y la túnica negra. Debajo vestía una camisa deportiva y un pantalón.

—¿La reunión con el jeque ha sido productiva? —preguntó la joven, que bajó el periódico.

Ozden Aktan Celik asintió.

—Sí, el más imbécil de los cachorros de la carnada real ha accedido a realizar otra inyección de fondos. Veinte millones, para ser exactos.

—¿Veinte? —repitió la mujer, con los ojos como platos—. Tu capacidad para la persuasión es impresionante.

—Basta con enfrentar a un árabe rico y malcriado con otro. En cuanto nuestro benefactor *kuwaití* se entere de la contribución del jeque, su orgullo le llevará a superar la aportación. Por supuesto, tu reciente visita a El Cairo ayudó a subir la apuesta.

—Es increíble cómo se puede utilizar la amenaza sionista para obtener beneficios. Piensa en el dinero que podrían ahorrarse si árabes e israelíes decidiesen hacer las paces.

—Ambos encontrarían otra cabeza de turco —afirmó Celik al tiempo que se sentaba a la mesa.

Era un hombre bien proporcionado, llevaba su escaso pelo negro peinado hacia atrás. La nariz era ancha, pero tenía un rostro fuerte que no habría desentonado en la portada de la revista *Gentlemen's Quarterly*. Solo sus ojos oscuros insinuaban una personalidad cambiante, pues se movían constantemente en una pirueta de intensidad emocional. Temblaron con ira cuando se posaron en la joven.

—María, no tendrías que haber aparecido por aquí tan pronto. Y menos después de tu caótica actuación de anoche. —En su mirada había un claro reproche.

Si pretendía intimidarla, no lo consiguió en absoluto.

—La operación se realizó de acuerdo con el plan. Simplemente, la intervención de unos visitantes entrometidos demoró la huida.

—También impidió conseguir las reliquias de Mahoma —protestó él entre dientes—. Deberías haberlos matado en el acto.

—Quizá. Pero resultó que ambos estaban relacionados con el gobierno de Estados Unidos; la mujer era congresista. Sus muertes habrían eclipsado nuestro objetivo. Y yo diría que conseguimos nuestro objetivo. —Plegó el periódico que tenía en las manos y se lo arrojó a Celik.

Era un ejemplar del *Milliyet*, un periódico turco. Un titular a toda plana decía: «Ladrones asesinos asaltan Topkapi y roban reliquias sagradas».

—Sí, he leído todas las crónicas —dijo Celik—. Los medios de comunicación acusan a delincuentes locales del robo y la profanación de las sagradas reliquias musulmanas de nuestra nación.

Exactamente los titulares que deseábamos. Pero olvidas que pagamos a muchos periodistas. Lo importante es lo que cree la policía.

Maria bebió un sorbo de agua antes de responder.

—No lo sabemos a ciencia cierta. Mi informante en el departamento solo ha podido conseguir una copia electrónica del informe del incidente. Al parecer no tienen ningún sospechoso, aunque la congresista aportó algunas descripciones físicas y declaró que le parecía que nuestro equipo hablaba en árabe.

—Te dije que la idea de utilizar iraquíes no me gustaba.

—Están bien entrenados, hermano, y si los atrapan, servirán como cabeza de

turco. Para nuestros propósitos, un ladrón chiita, incluso de Irak, es casi tan productivo como un infiel occidental. Les pagamos bien y guardarán silencio. Además, creen erróneamente que sirven a sus hermanos chiitas. No podría haber conseguido esto sin ellos —añadió mientras abría una pequeña maleta junto a sus pies.

Metió la mano y sacó un objeto plano envuelto en papel. Se acercó para dejar el paquete en la mesa, delante de Celik. Los ojos inquietos de su hermano se posaron en el paquete; comenzó a desenvolverlo con manos temblorosas. Al retirar el papel quedó a la vista una bolsa de tafetán verde. La abrió y sacó con mucho cuidado el contenido: un desteñado estandarte negro con los bordes deshilachados y rotos. Lo miró durante casi un minuto, luego lo cogió con suavidad y lo desplegó en el aire con actitud solemne.

—Sancak-1 Şerif. El sagrado estandarte de Mahoma —susurró con respeto y asombro.

Se trataba de una de las más valiosas reliquias de Topkapi, y quizá la más importante desde el punto de vista histórico. Hecho a partir del turbante de lana negro de un enemigo derrotado, había sido el estandarte de batalla del profeta Mahoma. Lo había llevado en la crucial batalla de Badr, donde su victoria había permitido la expansión del islam.

—Con esto, Mahoma cambió el mundo —afirmó Celik; había una mezcla de reverencia e ilusión en sus ojos—. Nosotros haremos lo mismo.

Llevó el estandarte hasta la urna donde se hallaba el maniquí vestido con la túnica del sultán Mehmed y lo colocó encima.

—¿Cómo se perdieron las otras reliquias? —preguntó al tiempo que se volvía hacia la mujer.

Maria miró el suelo y reflexionó la respuesta.

—La estadounidense se llevó la otra bolsa cuando escapó de la furgoneta. Se ocultaron en Yerebatan Sarnici. Tuve que marcharme antes de que pudiese recuperarla —añadió con desdén.

Celik no dijo nada, pero su mirada la atravesó como un rayo láser. Sus manos volvían a temblar, pero esta vez de furia. Maria intentó contener la explosión de cólera de su hermano.

—La misión sigue siendo un éxito. Aunque no hayamos conseguido todas las reliquias que queríamos, la repercusión es la misma. El asalto y el robo del estandarte de batalla generarán la respuesta pública que buscamos. Recuerda nuestro plan estratégico. Éste es solo un paso hacia nuestra meta.

Celik se calmó poco a poco, pero necesitaba más explicaciones.

—¿Qué hacían esos dos turistas estadounidenses en Topkapi en plena noche?

—Según el informe de la policía, se encontraban en el Museo Arqueológico,

cerca de la puerta de Bâb-üs-Selâm, con uno de los conservadores. El americano se llama Pitt y es algo así como un experto submarinista del gobierno de Estados Unidos. Al parecer, ha descubierto un pecio cerca de Chios y estaba examinando los objetos recuperados con la ayuda del experto del museo en temas marítimos.

Celik se irguió al oír la mención del barco naufragado.

—¿Un *navío* otomano? —preguntó con la mirada clavada en la túnica.

—No tengo más información.

Su hermano contempló las hebras multicolores de la antigua túnica.

—Debemos preservar nuestro legado —afirmó en voz baja, como si de pronto hubiese viajado atrás en el tiempo—. Las riquezas del imperio nos pertenecen. A ver si consigues averiguar algo más de ese pecio.

—Dalo por hecho —dijo Maria—. ¿Qué hacemos con el tal Pitt y su esposa? Sabemos dónde se alojan. Celik continuó mirando la túnica.

—Me da igual. Si quieres, mátalos, pero hazlo con discreción. Y luego prepárate para el próximo proyecto. Maria asintió; una sonrisa asomó a sus labios.

Sophie Elkin se pasó el cepillo por el pelo negro y lacio y después se miró un momento en el espejo. Vestida con unos pantalones de color caqui muy gastados, una camiseta de algodón a juego, y sin maquillaje, difícilmente habría podido llamar menos la atención. Sin embargo, no había manera de ocultar su belleza natural. Tenía el rostro delgado, los pómulos marcados, la nariz respingona, y los ojos de un suave color aguamarina. Su piel, a pesar de las muchas horas que pasaba al aire libre, era tersa y sin imperfecciones. Había heredado las facciones de su madre, una francesa que se había enamorado de un joven israelí que estudiaba geología en París y con el que después de la boda había emigrado a Tel Aviv.

Sophie siempre había procurado minimizar su belleza y feminidad. Desde muy joven, rechazaba los vestidos que le compraba su madre, prefería los pantalones porque así podía participar en los juegos más bruscos de los chicos del barrio. Hija única, había estado muy unida a su padre, que había ascendido hasta convertirse en director del departamento de geología de la Universidad de Tel Aviv. Esa muchacha de carácter independiente había disfrutado acompañándole en sus trabajos de campo para estudiar las formaciones geológicas en los desiertos vecinos, donde había escuchado embelesada, junto a la hoguera, sus relatos sobre los acontecimientos bíblicos ocurridos en los lugares donde acampaban.

El trabajo de su padre la llevó a estudiar arqueología. Mientras cursaba los estudios, el arresto de un estudiante por haber robado objetos de los archivos de la universidad le causó una fuerte impresión. El incidente la introdujo en el oscuro mundo del mercado negro de las antigüedades, que llegó a detestar por lo que significaba en cuanto a expolio y destrucción de los yacimientos histórico-culturales. Tras acabar el doctorado, dejó el mundo universitario e ingresó en la Autoridad de Antigüedades de Israel. Con entusiasmo y pasión, en unos pocos años consiguió llegar a jefa de la Unidad de Prevención del Robo de Antigüedades. Su entrega le dejaba poco tiempo para lo personal, y hacía muy poca vida social porque prefería trabajar hasta tarde.

Cogió el bolso, salió del pequeño apartamento, en una ladera con vistas al monte de los Olivos, y se dirigió en coche a la Ciudad Vieja de Jerusalén. La Autoridad de Antigüedades tenía su sede en el Museo Rockefeller, un edificio imponente de piedra caliza ubicado cerca de la esquina nordeste de la Ciudad Vieja. La unidad solo contaba con doce personas para realizar la imposible tarea de proteger los casi treinta mil yacimientos histórico-culturales catalogados en Israel.

—Buenos días, Sophie —la saludó el detective superior de la unidad, un hombre desgarrado y de ojos saltones llamado Sam Levine—. ¿Te traigo un café?

—Gracias, Sam, me vendrá de perlas. —La joven contuvo un bostezo mientras se

adentraba en su estrecho despacho—. Han estado haciendo no sé qué obras cerca de casa durante toda la noche. He dormido fatal.

Sam volvió con el café y se sentó al otro lado de la mesa.

—Si no conseguías dormir, podrías haberte reunido con nosotros en la vigilancia de anoche —dijo con una sonrisa.

—¿Alguna detención?

—No. Los ladrones de tumbas de Hebrón se tomaron fiesta. Dimos por terminada la vigilancia a medianoche, pero nos marchamos con un montón de picos y palas.

La que era quizá la segunda profesión más antigua del mundo, el robo de tumbas, ocupaba casi el primer lugar en la lista de actos delictivos de la Unidad de Prevención del Robo de Antigüedades. Varias veces por semana, Sophie o Sam se encargaban de realizar la vigilancia nocturna de las viejas sepulturas de todo el país donde se habían visto señales de excavaciones recientes. Cerámicas, joyas, e incluso los huesos, encontraban un comprador en el mercado negro de antigüedades que funcionaba por todo Israel.

—Ahora que saben que les seguimos los pasos, es probable que se mantengan apartados durante un par de semanas —opinó Sophie.

—O que se vayan a otra parte. Siempre y cuando tengan dinero suficiente para comprar picos y palas —dijo Sam con una sonrisa.

Sophie examinó varios informes y recortes de prensa que tenía en la mesa, luego le pasó uno a Sam.

—Me preocupa esta excavación en Cesarea.

Sam leyó el artículo deprisa.

—Sí, estoy enterado de estos trabajos. Se trata de una excavación de las instalaciones del puerto antiguo patrocinada por una universidad. Aquí dice que han descubierto objetos náuticos del siglo IV y una posible tumba. ¿Crees que este yacimiento podría ser un objetivo para los ladrones?

Sophie se acabó el café y dejó la taza con una mirada de preocupación.

—Al reportero solo le ha faltado poner una bandera e indicadores luminosos. Cada vez que la palabra «tumba» aparece en los periódicos es como un imán. He suplicado mil veces a los periodistas que no divulguen las ubicaciones de las tumbas, pero les interesa más vender periódicos que proteger nuestro legado histórico.

—¿Por qué no nos acercamos y echamos una ojeada? Tenemos programada una vigilancia para esta noche, pero puedo cambiarla. A los muchachos les gustará un viaje a la costa.

Sophie consultó la agenda de mesa y asintió.

—Estoy libre a partir de la una. Supongo que podríamos ir a echar un vistazo y, si nos parece que vale la pena, quedarnos por la noche.

—Así se habla. Solo por eso, iré a robar otra taza de café para ti —dijo Sam

levantándose de un salto.

—Vale, Sam, trato hecho. —Después le miró muy seria—. ¡Pero no utilices la palabra «robar» conmigo!

Cesarea, situada en la costa mediterránea a unos cuarenta y cinco kilómetros de Tel Aviv, era una ciudad pequeña eclipsada por su pasado histórico como sede del poder romano. Fundada por el rey Herodes el Grande, en el siglo I a. de C., como una ciudad portuaria fortificada, mostraba las construcciones más características de la arquitectura romana. Un templo de altas columnas, un gran hipódromo y un ornamentado palacio a la vera del mar embellecían la ciudad, abastecida de agua potable por un enorme acueducto de ladrillo. Sin embargo, la obra de ingeniería más impresionante realizada por Herodes no se encontraba en tierra firme. Mandó diseñar y construir unos magníficos rompeolas que sirvieron para crear el puerto mejor resguardado del Mediterráneo oriental. El éxito del puerto aumentó la importancia de Cesarea hasta el punto de convertirse en la capital de Judea durante el período de la dominación romana, y la ciudad continuó siendo un centro comercial clave a lo largo de otros trescientos años.

Sophie conocía bien las ruinas de la ciudad antigua porque había pasado allí un verano cuando estudiaba arqueología. Salió de la transitada autovía de la costa, atravesó una urbanización de lujo y entró en la zona romana, convertida en parque nacional. Los siglos no habían tratado bien a las construcciones originales; muchos de los antiguos edificios romanos no eran más que ruinas. No obstante, algunos se mantenían intactos, así como una gran sección del acueducto que se extendía por las arenas ocres, no muy lejos del gran anfiteatro que miraba al mar.

Sophie aparcó el coche cerca de la entrada, en lo alto de una colina, donde había algunas fortificaciones de la época de las Cruzadas.

—El equipo de la universidad está excavando cerca del puerto —dijo—. Desde aquí es un paseo.

—Me pregunto si habrá algún lugar donde comer. —Sam contempló con cara de preocupación las peladas colinas del parque.

Sophie le pasó una botella de agua que cogió del asiento trasero.

—Seguro que cerca de la autovía hay restaurantes. Por ahora tendrás que conformarte con una dieta líquida.

Bajaron hacia la playa por un sendero que serpenteaba y que se ensanchaba en varios lugares a lo largo del acantilado. Pasaron por una vieja carretera abandonada que en otros tiempos había estado bordeada de casas y negocios cuyos fantasmales restos no eran más que desordenadas montañas de escombros. A medida que bajaban por el sendero se abrió ante ellos el antiguo puerto. Resultaba difícil establecer los límites, pues los rompeolas habían quedado sumergidos hacía siglos.

El sendero conducía a un amplio claro donde había pequeñas pilas de escombros

en todas las direcciones. Un poco más allá había un grupo de tiendas de campaña color arena, y Sophie vio a unas cuantas personas trabajando a la sombra de un toldo en el centro. El camino se prolongaba otros cien metros colina abajo, donde las aguas del Mediterráneo lamían la playa. Había dos hombres trabajando en una pequeña lengua de tierra, flanqueados por dos generadores que sonaban con fuerza en la distancia.

Sophie se encaminó hacia el toldo instalado sobre una de las excavaciones. Dos muchachas se ocupaban de colar la tierra de un montículo con sendos cedazos. Al acercarse, vio a un hombre mayor agachado dentro de una zanja, escarbando la tierra con una paleta y un cepillo. Con la ropa arrugada, la barba gris y corta, y las gafas en la punta de la nariz, Keith Haasis tenía todo el aspecto de un distinguido profesor universitario.

—¿Cuántos tesoros romanos ha desenterrado hoy, doctor Haasis?

El hombre barbudo se incorporó con una expresión de enfado en su rostro que de inmediato dio paso a una gran sonrisa.

—¡Sophie! —gritó—. ¡Qué alegría verte! —Salió de la zanja y se acercó para estrecharla con un abrazo de oso—. Ha pasado mucho tiempo.

—Nos vimos hace dos meses en la conferencia de arqueología bíblica en Jerusalén —le reprochó Sophie.

—Lo que he dicho, hace mucho tiempo. —El profesor soltó una carcajada.

En sus años de estudiante, Sophie había participado en numerosos seminarios dirigidos por el profesor de arqueología de la Universidad de Haifa, lo que había desembocado en una amistad profesional. Haasis era un contacto muy valioso, como arqueólogo experto y como fuente de información sobre los nuevos yacimientos descubiertos y la actividad de los saqueadores.

—Doctor Haasis, le presento a mi ayudante, Sam Levine —dijo Sophie.

Haasis les presentó a las estudiantes que le acompañaban y después llevó a Sophie y Sam a un círculo de sillas plegables dispuestas alrededor de una nevera. El profesor repartió latas de gaseosa bien frías, se enjugó el sudor de la frente y se sentó en una de las sillas.

—Alguien tendría que poner en marcha la brisa marina —comentó con una sonrisa de cansancio. Luego miró a Sophie—. Supongo que se trata de una visita oficial...

Sophie asintió al tiempo que bebía un sorbo.

—¿Alguna preocupación en especial?

—Una publicidad un tanto exagerada en el *Yedioth Ahronoth* de ayer —respondió la joven. Sacó del bolso el recorte del periódico y se lo dio a Haasis. Miró con frialdad a Sam, que se había bebido la gaseosa casi sin respirar y sacaba otra lata de la nevera.

—Sí, un reportero local vino aquí hace unos días para hacerme una entrevista —comentó Haasis—. Por lo visto, la crónica despertó interés en Jerusalén. —Le devolvió el recorte con una sonrisa—. Nunca viene mal un poco de publicidad para una excavación arqueológica.

—No si no fuese una invitación descarada para todos los saqueadores que tienen una pala —replicó ella.

Haasis movió un brazo en un gesto que abarcaba el yacimiento.

—Este lugar ha sido saqueado durante siglos. Me temo que cualquier «tesoro romano» que hubiera habido enterrado por aquí desapareció hace siglos. ¿Tu agente no opina lo mismo?

—¿Qué agente? —preguntó Sophie.

—Yo me encontraba en Haifa porque tenía una reunión, pero mis estudiantes me dijeron que un agente estuvo aquí ayer y que inspeccionó todo el yacimiento. ¡Stephanie! —llamó por encima del hombro.

Una de las muchachas que trabajaba con el cedazo se acercó a la carrera. La desgarrada veinteañera se detuvo delante de Haasis con una mirada de profunda admiración.

—Por favor, Stephanie, háganos de ese tipo de la Autoridad de Antigüedades que vino ayer por la tarde.

—Dijo que pertenecía a la Unidad de Prevención del Robo de Antigüedades. Quería verificar la seguridad de los objetos, así que le acompañé a recorrer el yacimiento. Mostró un interés especial por las excavaciones del puerto y los papiros.

Sophie y Sam se miraron con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas su nombre? —preguntó ella.

—Yosef algo. Un hombre bajo de piel muy morena y pelo rizado. La verdad, parecía palestino.

—¿Te mostró alguna identificación? —preguntó Sam.

—No, creo que no. ¿Pasa algo?

—No, nada en absoluto —dijo Haasis—. Gracias, Stephanie. ¿Quieres llevar gaseosas a los demás?

Haasis esperó a que la muchacha se marchase cargada con las latas, luego se volvió hacia Sophie.

—¿No era uno de tus agentes?

Sophie sacudió la cabeza.

—Desde luego no es nadie de la Unidad de Prevención del Robo de Antigüedades.

—Tal vez era una autoridad de parques nacionales o de una de vuestras oficinas regionales. Los chicos de ahora recuerdan todo a medias.

—Es posible —admitió Sophie en tono de duda—. ¿Puedes enseñarnos las

excavaciones? Sobre todo me interesa la tumba. Como sabes, últimamente los saqueadores de los alrededores de Jerusalén han montado su propio negocio.

Haasis sonrió y señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Está justo aquí detrás.

El trío se levantó y se acercó a una ancha zanja detrás de las sillas. Una serie de marcadores de plástico rojo clavados en la tierra rodeaban una pequeña sección en la que asomaban varios huesos. Sophie reconoció un fémur entre los restos.

—No es una tumba convencional. Solo encontramos una sepultura en el borde del yacimiento. No guarda ninguna relación con las excavaciones de por aquí —explicó Haasis.

—¿Qué era este lugar? —preguntó Sam.

—Creemos que era un almacén portuario. Nos interesamos por esta área después de que hace unos años descubriesen aquí unas balanzas de bronce. Esperamos recolectar muestras de cereales, arroz y otros alimentos que quizá descargaban en el puerto. Si tenemos éxito, nos permitiría conocer mejor el tipo y el volumen de las mercancías que pasaban por Cesarea cuando era un centro comercial de primera fila.

—¿Qué se sabe de la tumba?

—No hemos trabajado en la datación, pero yo diría que este tipo fue una víctima de la invasión musulmana de la ciudad en el año 683. La sepultura está pegada al exterior de los cimientos del edificio, así que creo que solo encontraremos un cuerpo que enterraron con mucha prisa junto a la pared.

—El artículo decía que era una tumba «rica en objetos» —señaló Sam.

Haasis se echó a reír.

—Una licencia periodística, me temo. Antes de que suspendiéramos la excavación, encontramos unos pocos botones hechos con hueso de animal y el tacón de una sandalia. A eso se reducen los objetos que hemos hallado.

—Nuestros simpáticos saqueadores de tumbas se llevarán una decepción —opinó Sam.

—Desde luego —asintió el profesor—. Los verdaderos tesoros los hemos encontrado a lo largo de la muralla marítima. —Señaló hacia el Mediterráneo, desde donde continuaba llegando el zumbido de los generadores—. Hallamos un papiro que nos tiene entusiasmados. Vamos, bajaremos hasta la orilla y os lo enseñaré.

Haasis precedió a Sophie y Sam hasta el sendero, y luego les guió colina abajo. A su alrededor, pequeños y desperdigados montones de piedras recordaban vagamente la multitud de edificios de la próspera ciudad, reducidos a escombros con el paso de los siglos.

—Utilizando encofrados para verter el hormigón, el rey Herodes construyó dos grandes rompeolas que se cerraban como un par de brazos —les explicó Haasis sin detenerse—. Sobre los rompeolas construyeron los almacenes, y en la bocana había

un faro imponente.

—Recuerdo que una expedición anterior marcó muchas piedras sumergidas que se cree formaban parte del faro —comentó Sophie.

—Es una pena que la obra de Herodes no sobreviviera a los estragos del mar —dijo Sam, que miraba el agua y no veía ninguna evidencia de los rompeolas originales.

—Sí, casi todos los bloques están sumergidos. Pero aquí es donde centro mi interés. —Haasis señaló hacia la rada invisible—. El almacén en lo alto de la colina es un buen lugar para el trabajo de campo de los estudiantes, pero la instalación portuaria es lo que hace única a Cesarea.

Cruzaron la playa y siguieron por una lengua de tierra que se adentraba en el oleaje. Dos estudiantes cavaban con esfuerzo un hoyo profundo en el suelo pedregoso. Cerca, en el agua, vieron un buceador aplicando un chorro de agua a presión bajo la superficie.

—Aquí es donde comenzaba el rompeolas principal —explicó Haasis casi a voz en cuello para que le oyesen por encima del estrépito del compresor—. Creemos que en este lugar se encontraba lo que sería el equivalente de una aduana. Uno de los muchachos encontró el papiro por allí, en un jarrón roto. —Señaló una zanja cercana—. Hemos excavado en varias direcciones pero no hemos hallado más objetos.

—Es sorprendente que se conservase tan cerca del agua —dijo Sam.

—Hemos encontrado partes de los cimientos que están por encima del nivel medio de la marea alta.

Miraron en el interior del hoyo, donde uno de los estudiantes señaló una pequeña sección plana de un suelo de losas de mármol.

—Por lo que parece, han llegado abajo —dijo Sophie.

—Sí, mucho me temo que no vale la pena excavar más.

—¿Qué está haciendo el buceador?

—Es un ingeniero naval que nos ayuda a reconstruir el trazado original de las instalaciones portuarias. Cree que puede haber un pasaje subterráneo hasta la aduana y busca la entrada bajo el agua.

Sophie se acercó al borde y miró al buceador. Trabajaba a unos tres metros de profundidad, casi justo debajo de ella, y apuntaba el chorro de agua contra el compacto fondo. Ajeno a que tenía público, interrumpió el trabajo y comenzó a ascender. Mantenía la boquilla de la manguera hacia arriba, y en el momento en que salió a la superficie lanzó un surtidor de agua hacia las alturas. Sophie acabó empapada de agua salada antes de que pudiese apartarse de un salto.

—¡Maldito idiota! —exclamó; se limpió el agua salada de los ojos con una manga empapada.

El buceador, al darse cuenta de lo que había hecho, se apresuró a desviar el chorro

hacia el mar, nadó hasta la orilla y apagó el compresor. Se volvió hacia su víctima, miró cómo las prendas empapadas se le pegaban al cuerpo y se quitó el regulador de la boca.

—He aquí una diosa del mar —dijo con una gran sonrisa.

Sophie sacudió la cabeza y le volvió la espalda. Su enfado aumentó al ver que Sam se reía a carcajadas. Haasis se aguantó la risa y acudió en su rescate.

—Sophie, tengo toallas en la tienda. Ven a secarte.

El buceador volvió a ponerse el regulador en la boca y desapareció bajo la superficie mientras Sophie seguía al profesor por el sendero. Llegaron a la tienda, donde se secó el pelo y las prendas lo mejor que pudo. La brisa cálida haría el resto enseguida; al sentir el súbito efecto refrescante de la evaporación en su piel húmeda se estremeció.

—¿Puedo ver los objetos que han encontrado? —preguntó.

—Por supuesto. Están aquí mismo.

Haasis la llevó a una tienda grande y abierta en uno de los extremos. Los objetos recuperados en la excavación del almacén de la aduana, en su mayoría fragmentos de cerámica y azulejos, se hallaban alineados en una larga mesa cubierta con una tela de lino. Stephanie, la estudiante, tomaba fotos y numeraba y registraba cada pieza antes de guardarlas en unas delgadas cajas de plástico. El arqueólogo hizo caso omiso de esos objetos y llevó a Sophie a una mesa pequeña al fondo de la tienda. Solo había una caja sellada, y Haasis la destapó con mucha delicadeza.

—Ojalá hubiéramos encontrado más —comentó en tono nostálgico al tiempo que se hacía a un lado para que Sophie pudiese ver el contenido.

Dentro, entre dos placas de vidrio, había un fragmento alargado de un material marrón. Sophie vio de inmediato que era un trozo de papiro, un soporte para la escritura muy generalizado en Oriente Próximo hasta finales del primer milenio. Estaba cuarteado y deshilachado en los bordes, pero las hileras de símbolos manuscritos se veían con perfecta nitidez prácticamente en todo el documento.

—Parece ser un registro de las actividades portuarias. He descifrado referencias a un gran cargamento de cereales y a un rebaño de ganado descargado en el muelle —explicó Haasis—. Sabremos más cosas después del análisis del laboratorio, pero yo diría que es la factura por el pago de tasas aduaneras de una nave mercante que transportaba una carga procedente de Alejandría.

—Es un hallazgo magnífico —le felicitó Sophie—. Con suerte, aumentará la información recogida en el lugar de la aduana.

El profesor se echó a reír.

—Con mi suerte, lo más probable es que se contradigan.

Ambos se volvieron cuando un hombre alto entró en la tienda cargado con un cajón de plástico. Sophie vio que era el buceador, todavía vestido con el traje de

neopreno, y con un pelo castaño revuelto y mojado. Enfadada todavía porque la había empapado, se disponía a hacer un comentario mordaz cuando se encontró con una sonrisa deslumbrante y una mirada de ojos verdes que pareció taladrarla.

—Ah, Dirk, ya estás aquí —dijo Haasis—. Te presento a la encantadora y mojada Sophie Elkin, de la Autoridad de Antigüedades de Israel. Sophie, él es Dirk Pitt júnior, de la National Underwater and Marine Agency, de Estados Unidos, que está colaborando con nosotros.

Dirk, hijo del director de la NUMA, se acercó para dejar el cajón en la mesa. Con la misma sonrisa deslumbrante, estrechó la mano de Sophie afectuosamente. La joven no protestó cuando él se demoró en soltarle la mano.

—Te pido disculpas por la ducha. No me había dado cuenta de que estabas ahí.

—No te preocupes, ya casi estoy seca. —Le sorprendió advertir que el enfado había sido sustituido de pronto por un extraño cosquilleo. Se tocó el pelo con gesto ausente para reafirmar sus palabras.

—Espero que me concedas el honor de invitarte a cenar esta noche para compensarte.

La invitación directa de Dirk la pilló desprevenida, y solo consiguió responder algo ininteligible. Una voz interior le reprochó a gritos que hubiera perdido su imperturbabilidad habitual. Por fortuna, Haasis intervino y la sacó del aprieto.

—Dirk, ¿qué hay en el cajón? —preguntó con una mirada de curiosidad.

—Solo unos cuantos objetos de la cámara subterránea.

Haasis se quedó boquiabierto.

—¿Existe de verdad?

Dirk asintió.

—¿Qué cámara? —preguntó Sophie.

—Cuando exploraba los restos del rompeolas interior, encontré una pequeña abertura bajo el agua, cerca de los hoyos de prueba de Keith. Solo pude meter el brazo, pero noté que la mano había salido a la superficie. Por eso estaba utilizando la manguera a presión, para abrir un agujero más grande a través del barro y los cimientos.

—¿Cuál es el tamaño de la cámara? —quiso saber el arqueólogo, entusiasmado.

—Apenas permite moverse a gatas, no llega a dos metros de profundidad. La mayor parte queda por encima del agua. Me arriesgaría a decir que formaba parte de un sótano utilizado como almacén o para guardar archivos.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —inquirió Sophie.

Dirk secó el cajón de plástico y con mucho cuidado retiró la tapa hermética. En el interior había varias cajas de cerámica, rectangulares y de color naranja rojizo. Sacó una y se la dio a Sophie.

—Quizá tú puedas descifrar el contenido. En la Facultad de Ingeniería Naval no

me enseñaron a leer textos antiguos.

Sophie dejó la caja en la mesa y levantó la tapa con suavidad. Contenía media docena de rollos muy prietos.

—¡Papiros! —exclamó, asombrada.

Haasis no pudo contenerse más: se puso unos guantes blancos y se colocó junto a la joven.

—Déjame ver —dijo. Sacó uno de los rollos y lo desenrolló muy despacio sobre la mesa. Un texto de aspecto curioso pero muy bien ordenado llenaba toda la superficie. La caligrafía daba testimonio de una mano experta.

—Parece griego copto —comentó Sophie, que miraba por encima del hombro del profesor. La escritura copta, desarrollada en Egipto a partir del alfabeto griego, había sido de uso común en el Mediterráneo oriental durante la dominación romana.

—Así es —confirmó Haasis—. Diría que es el registro anual del capitán del puerto correspondiente al pago de las tasas portuarias y amarre. Éstos son los nombres de las naves y el tipo de carga que transportaban —añadió, al tiempo que deslizaba el dedo enguantado a lo largo de las columnas.

—¿Ésta no es una referencia al emperador? —preguntó Sophie; señalaba un recuadro en la parte superior.

—Sí —asintió Haasis; intentó interpretar el texto—. Pone algo así como informe de las tasas portuarias de Cesarea. Escrito para conocimiento del emperador Marco Majencio.

—Si no me falla la memoria, Majencio fue contemporáneo de Constantino.

—Majencio gobernó en Occidente y Constantino, en Oriente, antes de que este último consolidase su poder.

—Por lo tanto, este informe data de principios del siglo IV.

Haasis asintió con un brillo trémulo en los ojos, y después miró los otros rollos.

—Quizá nos ofrezcan una información sorprendente sobre la vida de Judea durante el gobierno romano.

—Seguro que proporcionan material para las tesis de tus estudiantes —opinó Dirk mientras sacaba otras tres cajas de cerámica del interior del cajón. Se puso el cajón vacío debajo del brazo y se encaminó hacia la salida de la tienda.

—Dirk, acabas de sacar a la luz un magnífico hallazgo histórico —dijo Haasis en tono de admiración—. ¿Se puede saber *adónde* vas?

—Voy a empaparme de nuevo como un maldito idiota —respondió con una sonrisa pícaro—, porque donde encontré estas hay muchas más.

Ozden Celik llegó a la mezquita Fatih, una de las más grandes de Estambul, una hora después del *salat* de la mañana y se encontró con que los decorados salones interiores del complejo estaban casi desiertos. Evitó entrar en la sala principal y siguió por un pasillo lateral que llegaba al fondo del edificio y que daba a un patio pequeño. Un pavimento de losas de mármol llevaba a un sencillo edificio ubicado en un lugar al que no tenían acceso los turistas y los fieles. Celik llegó al umbral y abrió la pesada puerta de madera.

Entró en una oficina muy bien iluminada y bulliciosa. Estaba dividida en cubículos grises que se extendían en todas las direcciones a partir de un gran mostrador de recepción. El estrépito de los timbres de los teléfonos y del zumbido de las impresoras llenaba el aire y creaba un ambiente propio de un centro de televentas. Solo el olor a incienso y las fotografías de mezquitas turcas en las paredes indicaban lo contrario. También la ausencia de mujeres.

Celik observó que todos los oficinistas eran hombres barbudos, la mayoría vestidos con túnica, que tecleaban en sus ordenadores en aparente incongruencia. El joven del mostrador de recepción se levantó al ver a Celik.

—Buenos días, señor Celik —le saludó—. El muftí le espera.

El recepcionista acompañó a Celik más allá de los cubículos hasta un amplio despacho en una esquina. El mobiliario y la decoración eran muy sencillos; el único detalle eran las alfombrillas turcas en el suelo. Llamaban la atención las estanterías colmadas de libros que cubrían las paredes. Los numerosos tomos de obras religiosas reflejaban la formación escolástica del muftí.

El muftí Altan Battal, sentado a un escritorio despejado, estaba escribiendo en un bloc, con un par de libros abiertos a cada lado. Alzó la mirada y sonrió cuando el recepcionista hizo pasar a Celik.

—Ozden, has llegado. Por favor, siéntate. Hasan, deja que hablemos tranquilos —añadió para despedir al recepcionista, que retrocedió a paso rápido y cerró la puerta al salir—. Estoy dando los últimos retoques al sermón del viernes —explicó el muftí. Dejó el lápiz en la mesa, junto a un teléfono móvil.

—Deberías dejar que alguno de tus imanes lo hiciese por ti.

—Quizá. Pero creo que es mi deber. Y delegarlo en uno de los imanes de las mezquitas podría provocar celos. Prefiero asegurarme de que todos los imanes de Estambul hablan con una única voz.

Battal, como muftí de Estambul, era el líder teológico de las tres mil mezquitas de la ciudad. Solo el presidente del Diyanet Isleri, un cargo no elegido del gobierno secular turco, tenía en un sentido técnico mayor autoridad espiritual sobre la población musulmana del país. Sin embargo, Battal tenía mucha más influencia sobre

la mente y el corazón de los fieles que acudían a las mezquitas.

A pesar de su cargo, Battal no se parecía en nada al estereotipo del severo clérigo barbudo. Era un hombre alto, de constitución fuerte y presencia imponente. No había cumplido todavía los cincuenta y tenía un rostro alargado y alegre que recordaba la entusiasta disposición de un cachorro de Labrador. A menudo vestía trajes occidentales en lugar de túnica, y tenía un sentido del humor un tanto burlón que hacía que el fundamentalismo islámico casi pareciera divertido.

Sin embargo, pese a su alegre apariencia, el mensaje que propagaba era sombrío. Educado en los principios fundamentalistas más extremos de la interpretación coránica, apoyaba el islamismo y la expansión del islam como movimiento religioso y político. Su forma de ver la vida le llevaba a exigir la supresión de los derechos de las mujeres y a oponerse a la cultura occidental y a sus costumbres. Había construido poco a poco una base de poder hablando en contra de las influencias extranjeras, y después, mientras la situación económica en Turquía empeoraba, contra el gobierno secular. Si bien no había hecho pública una posición militante, creía en la *yihad* para la defensa del territorio islámico. Como a Celik, le impulsaba su tremendo amor propio, y aspiraba en secreto a gobernar el país como líder religioso y político.

—Soy portador de varias buenas noticias en diversos frentes —dijo Celik.

—Mi querido amigo Ozden, siempre estás trabajando entre bambalinas en mi favor. ¿Qué has hecho ahora por nuestra causa?

—Mantuve una reunión con el jeque Zayad, de la familia real de los Emiratos. Está muy complacido con la tarea que estás llevando a cabo y desea hacer otra considerable contribución.

Battal abrió los ojos como platos.

—¿Además de su generosidad anterior? Ésa es una noticia estupenda. Sin embargo, sigo sin entender cuál es su interés por nuestro movimiento en Turquía.

—Es un hombre con visión de futuro —respondió Celik—, que apoya la observancia a los dictados de la *sharia*. Le preocupan las crecientes amenazas contra nosotros, como es evidente por los últimos atentados cometidos contra las mezquitas aquí y en Egipto.

—Sí, unos actos de violencia despreciables contra nuestros lugares sagrados. Y por si fuese poco, han robado las reliquias del Profeta que se guardaban en Topkapi. No podemos tolerar semejantes asaltos a nuestra fe cometidos por fuerzas extranjeras del mal.

—El jeque comparte tus sentimientos. Considera que un gobierno fundamentalista suní garantizará la seguridad de su país y de toda la región.

—Lo que nos lleva a la noticia siguiente, ¿verdad? —Battal lucía una sonrisa de complicidad.

—Vaya, veo que los pájaros han cantado. Bien, como quizá sabes, me reuní con el

comité central del Partido de la Felicidad, y han aceptado que seas su candidato presidencial. De hecho, se mostraron entusiasmados al saber de tu voluntad de reemplazar al imán Keya como su candidato a la presidencia.

—Fue una auténtica tragedia que muriera en la explosión contra la mezquita de Bursa —se lamentó Battal con sinceridad.

Celik ocultó una sonrisa y asintió.

—El comité expresó su voluntad de aceptar tu programa electoral.

—Compartimos la misma filosofía —señaló Battal, con complacencia—. ¿Eres consciente de que el Partido de la Felicidad solo obtuvo el tres por ciento de los votos en las última elecciones presidenciales?

—Por supuesto —respondió Celik—, pero entonces tú no ocupabas el primer lugar de la papeleta electoral.

Era una tentadora llamada al orgullo de Battal, que con su reciente ascenso había aumentado en popularidad.

—Solo faltan unas pocas semanas para las elecciones —dijo.

—Eso juega a nuestro favor —replicó Celik—. Tu candidatura pillará por sorpresa al partido gobernante, y apenas tendrán tiempo de reaccionar.

—¿Crees de verdad que tengo alguna posibilidad?

—Las encuestas indican que si entras en la carrera, te colocará a menos de diez puntos por detrás. Es una diferencia que puede superarse sin problemas por los acontecimientos.

Battal contempló la estantería que contenía los libros musulmanes.

—Podría ser una oportunidad única para borrar los errores de Atatürk y guiar de nuevo nuestra nación por la senda correcta. Debemos seguir los preceptos de la *sharia*, la ley del islam, en todos los aspectos de nuestro gobierno.

—Es tu deber con Alá —afirmó Celik.

—Habrà una fuerte oposición a mi candidatura, sobre todo desde las bases constitucionales. ¿Estás seguro de que podremos superar los desafíos?

—Te olvidas de que el primer ministro es un aliado encubierto de nuestra causa. Ha mantenido su verdadera fe oculta del público, pero estará con nosotros en la formación del nuevo gobierno.

—Me alegra tu confianza, Ozden. Por supuesto, tendrás un papel clave en la dirección de nuestro nuevo Estado, alabado sea Alá.

—Cuento con ello —dijo Celik con aire de suficiencia—. En cuanto al anuncio de tu participación en la carrera presidencial, ayudaré a tus consejeros a organizar una gran manifestación pública. Con parte del dinero del jeque, podremos montar una campaña en los medios que avasallará a la oposición. Estoy trabajando también en otros programas que aumentarán tu popularidad.

—Entonces, que así sea —dijo Battal al tiempo que se levantaba y estrechaba la

mano de Celik—. Contigo a mi lado, amigo mío, ¿qué no podremos conseguir?

—Nada, maestro. Nada en absoluto.

Celik se marchó del despacho con paso animoso. «A este tonto se le puede llevar de la nariz sin que se entere», pensó. Si por casualidad a Battal se le ocurría cambiar de opinión, Celik se reservaba un montón de sucias tretas para mantener al muftí controlado.

Al salir de la mezquita, bajo un cielo despejado y un sol resplandeciente, sintió que el futuro no podía ser más prometedor.

En un cubículo casi en penumbra detrás de los vigilados muros de Fort Gordon, en Georgia, Estados Unidos, el intérprete de turco George Withers escuchaba la conversación a través de unos auriculares. Withers, un empleado del Georgia Regional Security Operations Center de la Agencia Nacional de Seguridad, era miembro de un ejército de lingüistas que espiaban las comunicaciones de Oriente Próximo desde la base del ejército instalada en las boscosas colinas que rodeaban Augusta.

A diferencia de su trabajo habitual, que consistía en traducir en tiempo real las llamadas telefónicas captadas por las transmisiones vía satélite, esta conversación había tenido lugar varias horas antes. La información procedía de un puesto de escucha en la embajada de Estados Unidos en Estambul que había interceptado una llamada de móvil a la Organización de Inteligencia Nacional turca. La llamada había sido grabada y cifrada digitalmente y luego retransmitida a Fort Gordon a través de una estación repetidora de la Agencia Nacional de Seguridad en Chipre.

Withers no sabía que la llamada había partido del móvil que Battal tenía sobre la mesa. El terminal había sido activado por control remoto por la agencia de inteligencia turca. Como la mayoría de los teléfonos móviles modernos, el de Battal tenía de fábrica un sistema de rastreo que permitía su conexión a un software secreto. Aunque no conectado, el micrófono del móvil podía activarse a distancia para que captase todos los sonidos a su alrededor. Una vez activado, la señal de audio podía transmitirse a través de una llamada de móvil normal sin el conocimiento del usuario. El muftí había pasado a formar parte de una lista de vigilancia por orden del director de la inteligencia turca, un firme laicista cada vez más preocupado por la creciente popularidad y poder de Battal. La conversación de Battal con Celik, y con cualquier otra persona que entrara en su despacho, era transmitida de forma automática a la organización. Así pues, el lingüista estadounidense que estaba escuchándola era un espía que espiaba a otro espía.

Withers valoró la naturaleza de la llamada, supuso que se trataba de una interceptación no autorizada y decidió que valía la pena pasarla a un analista de inteligencia para una segunda evaluación. Consultó el reloj de mesa y, al ver que era la hora de comer, se apresuró a teclear en el ordenador. Unos segundos más tarde

apareció en la pantalla una transcripción escrita de la conversación, realizada por medio del programa de reconocimiento de voz de la agencia. Withers repasó el texto, corrigió unos pocos errores, aclaró un par de comentarios que el programa no había descifrado, y a continuación añadió sus propios comentarios en una hoja aparte. Lo envió por correo electrónico a la sección de asuntos turcos de la agencia, y después salió del cubículo y se fue a la cafetería pensando que probablemente el informe dormiría el sueño de los justos.

El director de la Inteligencia Nacional escuchaba en silencio durante la reunión semanal de su equipo experto en asuntos de Oriente Próximo y Eurasia. Braxton, un taciturno general retirado, era el jefe de Inteligencia del presidente en su relación con el Departamento de Defensa, Seguridad Interior, la CIA y otra docena de agencias responsables de proteger la seguridad de la nación.

Los temas principales de la reunión eran las actualizaciones de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Afganistán, Paquistán, Irak e Irán. Un desfile de agentes de Inteligencia y oficiales del Pentágono entraba y salía de la segura sala de conferencias situada en el Liberty Crossing Intelligence Campus, la nueva sede del director de Inteligencia Nacional ubicada en McLean, Virginia.

Llevaban tres horas de reunión cuando el orden del día llegó a Israel. John O'Quinn, delegado de la Inteligencia Nacional para Asia occidental, se levantó con discreción de la enorme mesa para servirse una taza de café mientras un agente de la CIA hablaba de los últimos sucesos ocurridos en Cisjordania.

—De acuerdo, de acuerdo, allí no pasa nada nuevo —le interrumpió Braxton, impaciente—. Pasemos al resto del Mediterráneo. ¿Qué se sabe del atentado en la mezquita de al-Azhar, en El Cairo?

O'Quinn se apresuró a volver a la mesa porque como agente de la CIA le correspondía responder a esa pregunta.

—El número total de muertos asciende a siete; la explosión se produjo en un momento de escasa concurrencia. No sabemos si la hora se escogió intencionadamente o no. Hubo una única explosión, y provocó graves desperfectos en la sala principal de oraciones. Como ya saben, al-Azhar es la más importante mezquita chiita de Egipto, además de ser uno de los más antiguos y venerados lugares del islam. La indignación pública ha sido enorme, con varias manifestaciones multitudinarias contra Israel en las calles de El Cairo. Estamos prácticamente seguros de que las protestas han sido organizadas por los Hermanos Musulmanes.

—¿El Cairo sabe quién es el responsable del atentado?

—No —respondió el hombre de la CIA—. Nadie con un mínimo de credibilidad ha asumido la responsabilidad, nada sorprendente dada la naturaleza del atentado. Nos preocupa que los Hermanos Musulmanes saquen tajada del atentado para ganar votos y conseguir más escaños en el Parlamento egipcio.

—Solo nos faltaría que los egipcios se volvieran fundamentalistas —farfulló Braxton sacudiendo la cabeza—. ¿Qué dice nuestra inteligencia sobre los posibles autores?

—En realidad aún no sabemos nada, señor. Estamos investigando las presuntas vinculaciones con al-Qaeda, pero hasta el momento no tenemos nada. Hay un detalle

curioso facilitado por la policía nacional egipcia: afirman que han encontrado residuos de HMX en el lugar de la explosión.

—¿Y eso qué significa?

—El HMX es un explosivo muy controlado. Es un explosivo de gama alta, por lo general se utiliza en los artefactos nucleares y como propulsor de cohetes. No es algo que podamos asociar con al-Qaeda, y nos parece un tanto extraño que aparezca en Egipto.

O'Quinn, que estaba sentado junto al hombre de la CIA, sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Carraspeó.

—¿Está seguro de que era HMX? —preguntó.

—Estamos esperando el resultado de nuestras pruebas, pero eso es lo que dijeron los egipcios.

—¿Significa algo para usted, O'Quinn? —preguntó el general Braxton.

El oficial de inteligencia asintió.

—Señor, en la mezquita Yeil de Bursa, en Turquía, hubo una explosión tres días antes del atentado en al-Azhar. Quizá leyó el informe. Hubo tres víctimas mortales, una de ellas el líder del Partido de la Felicidad, un grupo político marginal. Como la de Egipto, se trata de una antigua mezquita muy venerada. —Bebió un sorbo de café y luego añadió—: Las autoridades turcas han confirmado que el explosivo utilizado era HMX.

—Por lo tanto, tenemos dos bombas que estallaron en dos países con una separación de tres días —señaló el general—. Ambas en mezquitas históricas, al parecer detonadas en momentos de escasa concurrencia, y con el mismo material explosivo. De acuerdo, ¿alguien puede decirme, por favor, quién y por qué?

Por unos instantes reinó un silencio incómodo en la sala, hasta que O'Quinn se atrevió a hablar.

—Señor, creo que hasta ahora mismo nadie tenía conocimiento de la similitud entre los dos explosivos.

El hombre de la CIA asintió.

—Pondremos a unos cuantos analistas a investigar el posible vínculo. Dada la naturaleza del explosivo, me atrevería a decir que los iraníes podrían estar implicados.

—¿Qué opinan los turcos? —preguntó Braxton.

—Como en Egipto, nadie ha reivindicado su autoría. Nada indica que los turcos hayan identificado a ningún sospechoso.

El general comenzó a removerse en su asiento; la mirada de sus ojos azul cobalto pareció taladrar a O'Quinn. Llevaba menos de un año trabajando para Braxton, pero poco a poco se había ganado su respeto profesional. La actitud del director le revelaba que esperaba más, y por fin acabó por pedirlo.

—¿Cuál es su valoración? —preguntó con voz áspera.

La mente de O'Quinn funcionó a toda velocidad para encontrar una respuesta coherente, pero tenía más preguntas que respuestas.

—Señor, no puedo decir nada sobre el atentado de Egipto, pero en lo que se refiere a la explosión en la mezquita de Bursa, se cree que podría estar vinculada con el reciente robo de varios objetos en el palacio de Topkapi, en Estambul.

—Sí, leí el informe —manifestó el general—. Una congresista se vio involucrada en el incidente.

—Loren Smith, de Colorado. Recuperó algunos de los objetos robados, pero le faltó poco para perder la vida en el proceso. Por lo visto, ha conseguido de alguna manera que su nombre no aparezca en los periódicos.

—Parece que me vendría bien tenerla en mi equipo —masculló el general.

—Creo que en el asalto de Topkapi también se utilizaron explosivos —continuó O'Quinn—. Me informaré sin demora de si se utilizó el mismo que en los atentados de Bursa y El Cairo.

—¿Cuál podría ser el motivo?

—Los atentados contra mezquitas, como hemos visto en Irak, son ataques chiitas en mezquitas suníes o viceversa —respondió el agente de la CIA—. Aunque, en el caso de Turquía, creo que los musulmanes chiitas del país son una minoría no violenta.

—Exacto —confirmó O'Quinn—. Los separatistas kurdos serían los culpables más probables. Turquía celebrará elecciones generales dentro de menos de cuatro semanas. Es posible que los ataques turcos fuesen instigados por los kurdos o por un grupo político marginal que pretenda crear una situación de inestabilidad, pero no veo cómo podría explicar eso la vinculación con El Cairo.

—Creo que las autoridades turcas se habrían apresurado a culpar públicamente a los kurdos de haber tenido algún indicio de que se hallaban detrás de los atentados —dijo Braxton.

—Es probable que tenga razón —señaló O'Quinn. Buscó entre sus notas. Sus dedos se detuvieron en la copia de la interceptación de la Agencia Nacional de Seguridad traducida por George Withers—. Señor, en el frente turco hay otros acontecimientos que podrían ser causa de alarma.

—Adelante —dijo el general.

—Según una llamada telefónica interceptada por la Agencia Nacional de Seguridad, Altan Battal, el muftí de Estambul y uno de los principales clérigos fundamentalistas de Turquía, se presentará como candidato a las elecciones generales turcas.

—El presidente Yilmaz lleva años en un gobierno muy bien consolidado —opinó Braxton—, y Turquía es una nación laica desde hace muchos años. No concibo que

ese Battal pueda representar nada más que una candidatura marginal.

—Me temo que no sea así —replicó O’Quinn—. La popularidad del presidente Yilmaz ha bajado mucho debido a la crisis económica, y también se ha visto perjudicado por los recientes escándalos de corrupción que implican a miembros de su gobierno. El muftí Battal, por otro lado, es una figura en ascenso en todo el país, sobre todo entre las clases más pobres y los desempleados. Es difícil saber cómo le irá como candidato político, pero muchos temen que represente un desafío real para el gobierno actual.

—Hábleme más de ese personaje —pidió el general.

—Verá, señor, según la biografía oficial, quedó huérfano a una edad muy temprana y tuvo que luchar para sobrevivir en los barrios más pobres de Estambul oeste. Escapó de una vida de pobreza cuando acudió en ayuda de un anciano que fue asaltado por uno de los matones del barrio. Como muestra de su gratitud, el hombre, miembro del consejo de una mezquita, envió a Battal a una escuela musulmana privada y se hizo cargo de todos los gastos para su mantenimiento hasta bien entrado en la adolescencia. La escuela era fundamentalista, y marcó los principios que Battal defiende en la actualidad. Erudito y muy capacitado para la oratoria, no tardó en escalar en la jerarquía musulmana de Estambul. Ahora es el teólogo más reputado de la ciudad. Tiene mucho carisma, pero en sus escritos y sermones defiende las mismas interpretaciones del islam que los talibanes, con continuas referencias a las maldades de Occidente y los peligros de las influencias extranjeras. No hay forma de saber qué ocurriría si saliera electo, pero debemos prepararnos para la posibilidad muy real de perder Turquía de un día para otro.

—Pero ¿tiene alguna posibilidad de ganar las elecciones? —preguntó Braxton, y esta vez había temor en su voz.

O’Quinn asintió.

—Creemos que sí. Y si los militares turcos aceptaran el resultado, no habría más que hablar.

—¿Un gobierno fundamentalista en Turquía? —exclamó un coronel de la fuerza aérea—. Sería un desastre total. Turquía es miembro de la OTAN^[1] y uno de nuestros más firmes aliados en la región. Tenemos un gran arsenal en el país, incluidas armas nucleares estratégicas. La base de las fuerzas aéreas en Incirlik es de una importancia vital para nuestras operaciones en Afganistán.

—Y qué decir de las estaciones de escucha en territorio turco que nos permiten controlar a los rusos y los iraníes —añadió el hombre de la CIA.

—En estos momentos, Turquía es un punto clave para el transporte de suministros a Afganistán, de la misma manera que lo fue cuando Irak —señaló un comandante del ejército que se hallaba sentado junto al coronel—. La pérdida de esas rutas de abastecimiento pondría en peligro toda nuestra campaña en Afganistán.

—Cabe prever toda clase de posibles escenarios desastrosos —añadió O’Quinn en voz baja—. Desde el cierre del Bósforo, y el corte del suministro de petróleo y gas ruso, hasta un Irán envalentonado. Todo Oriente Próximo se vería afectado, y el impacto de dicho cambio en el equilibrio de poder es prácticamente imposible de predecir.

—Por otra parte —intervino el hombre de la CIA—, Turquía es amigo discreto y socio comercial de Israel, adónde exporta gran cantidad de alimentos y agua potable, además de otras cosas. Si Turquía y Egipto escogen la vía del fundamentalismo, Israel se encontrará cada vez más aislado. Además del envalentonamiento de Irán, yo temería una agresión mayor por parte de Hamas, Hezbollah y otros adversarios fronterizos de Israel, lo que solo conduciría a una violencia todavía mayor en la región. De hecho, un cambio de tanta magnitud en la estructura de poder podría convertirse en el detonante que tanto hemos temido, la chispa que desate la Tercera Guerra Mundial desde el corazón de Oriente Próximo.

El silencio reinó en la sala mientras Braxton y los demás asimilaban estas palabras con creciente inquietud. Finalmente, el general barrió esa incómoda tensión y comenzó a dar órdenes.

—O’Quinn, quiero un informe completo del muftí Battal en mi mesa a primera hora de mañana. También necesitaré un resumen ejecutivo para la sesión informativa con el presidente. Nos reuniremos de nuevo el viernes, y para entonces espero una evaluación del Departamento de Estado y de la CIA. Asignen todos los recursos que sean necesarios —añadió con un tono que no admitía réplica—, pero no dejemos que esto se nos escape de las manos. —Cerró la agenda con un golpe y después miró al hombre de la CIA con cara de pocos amigos—. ¿La Tercera Guerra Mundial? ¡No mientras yo esté de guardia!

La llamada al *salat* de la mañana se coló por la ventana abierta de la habitación del hotel y despertó a Pitt antes de lo que quería. Dejó el agradable calor del cuerpo de Loren, se levantó de la cama y fue a asomarse a la ventana. Las puntas negras de los minaretes de la mezquita Azul rascaban el cielo brumoso unas pocas calles más allá. Pitt pensó con ironía que la llamada a la oración ya no la realizaba un muecín gritando desde lo alto de un minarete sino los altavoces colocados alrededor de la mezquita.

—¿Puedes apagar ese escándalo? —murmuró Loren desde debajo de la manta.

—Tendrás que pedirselo a Alá —respondió su marido.

Cerró la ventana y luego observó a través del cristal la imponente arquitectura de la mezquita cercana y, más allá, las aguas azules del mar de Mármara. Una larga hilera de barcos de carga esperaban su turno para cruzar el estrecho del Bósforo. Loren salió de la cama, se puso la bata y se reunió con su marido junto a la ventana.

—No sabía que ese estruendo provenía de la mezquita —se disculpó—. Es muy hermosa. Supongo que la construyeron los otomanos, ¿no?

—Sí, creo que a principios del siglo XVII.

—Desayunaremos y luego iremos a verla. Pero después de las aventuras de anoche, creo que no estaré para más visitas turísticas —comentó con un bostezo.

—¿Nada de comprar en el Gran Bazar hasta que no puedas más?

—Quizá la próxima vez. Quiero que nuestro único día completo a solas en Estambul sea relajante.

Pitt se fijó en un barco de carga rojo que se alejaba de la costa.

—Creo que tengo la receta ideal.

Se ducharon, se vistieron, y pidieron que les sirviesen el desayuno en la habitación. Se disponían a salir cuando sonó el teléfono. Contestó Pitt. Habló durante unos minutos y colgó.

—Era el doctor Ruppé desde el aeropuerto. Quería tener la seguridad de que estabas bien —explicó.

—Me sentiría mejor si me hubieras dicho que la policía había capturado a esos asesinos.

Pitt sacudió la cabeza.

—Al parecer no es así. Rey está enfadado porque los medios culpan del robo y los asesinatos a un movimiento antimusulmán. Se ve que los ladrones no hicieron caso de las joyas más valiosas de Topkapi y en cambio se llevaron varias reliquias de Mahoma.

—Has dicho «asesinatos» —precisó Lauren.

—Sí. Mataron a cinco agentes de seguridad.

Loren hizo una mueca.

—¿El hecho de que varios de los asesinos parecían iraníes no ha llevado a la policía en otra dirección?

—La policía tiene nuestras declaraciones. Estoy seguro de que están investigando a partir de un escenario distinto. —En lo más profundo, Pitt tenía sus dudas, pero disimuló su furia al pensar que los secuestradores de su esposa escaparían impunes—. La otra noticia, según Ruppé, es que han mantenido en secreto nuestros nombres y nuestra participación en los hechos. Por lo visto, el robo ha suscitado una indignación generalizada; lo consideran un grave insulto a la comunidad musulmana.

—Aunque si la experiencia casi nos cuesta la vida, estoy de acuerdo —murmuró Loren—. Por cierto, ¿qué robaron exactamente?

—El estandarte de batalla que perteneció a Mahoma. Por lo visto, la indignación sería todavía mayor si no hubieses rescatado la segunda bolsa.

—¿Qué contenía?

—Una capa de Mahoma, conocida como el Manto Sagrado, y una carta escrita de su puño y letra. Es parte de lo que se conoce como los Legados Sagrados.

—Es terrible que alguien intentase robar esas reliquias —opinó Loren, y sacudió la cabeza.

—Venga, vamos a ver el resto de la ciudad antes de que desaparezca algo más.

Salieron del vestíbulo del hotel a las bulliciosas calles del viejo Estambul. Pitt advirtió que un hombre con gafas de espejo miraba a Loren cuando entraba en el hotel. Alta y con la figura de una bailarina de ballet, Loren siempre atraía las miradas masculinas. Vestida con un pantalón claro y una blusa color amatista casi del mismo color que sus ojos, se la veía llena de vida pese al incidente de la noche anterior.

Caminaron un par de calles y se detuvieron delante del escaparate de una tienda de alfombras llamada Punto of Istanbul y admiraron una elegante alfombra Serapi colgada en la pared. Al llegar al final de la calle, cruzaron el Hipódromo, un parque largo y estrecho donde se habían disputado las carreras de cuadrigas en la era bizantina. Un poco más allá se alzaba la mezquita del sultán Ahmet I.

Inaugurada en 1617, era la última de las grandes mezquitas imperiales de Estambul. El exterior mostraba una cascada de cúpulas y medias cúpulas que subían en altura y esplendor hasta culminar en una enorme cúpula central. Cuando Pitt y Loren entraron en el patio, la mayoría de los fieles de la mañana habían sido reemplazados por turistas con cámaras de fotos.

Fueron hasta la enorme sala de oraciones, iluminada por la suave luz que entraba por los vitrales. En lo alto, los arcos de las cúpulas estaban cubiertos por azulejos que dibujaban un intrincado patrón, muchos de ellos en tonos azules, lo que había dado al edificio el nombre de mezquita Azul. Pitt observó una arcada con azulejos de diseños florales que le resultaron conocidos; procedían de la cercana ciudad de Iznik.

—Mira ese diseño —le dijo a Loren—. Es casi idéntico al dibujo de la caja de cerámica que rescatamos del pecio.

—Tienes razón —convino Loren—, aunque el colorido es un poco diferente. Felicidades, es otra prueba de que tu nave se hundió alrededor del siglo XVI.

La satisfacción de Pitt duró muy poco. Al observar una pared de mosaicos verdes en el lado opuesto de la sala de oraciones, advirtió la presencia de un hombre con gafas de espejo que miraba en su dirección. Era el mismo que había mirado embobado a Loren fuera del hotel.

Sin decir palabra, Pitt llevó a Loren hacia la salida a paso lento, manteniéndose deliberadamente cerca de un grupo de turistas alemanes que participaban en una visita guiada. Observó con expresión despreocupada la multitud dispersa alrededor de la mezquita con la intención de distinguir algún posible socio del hombre de las gafas. Se fijó en un iraní delgado con un gran bigote y expresión ceñuda que no estaba muy lejos. Llamaba la atención entre los demás turistas, que echaban la cabeza hacia atrás para contemplar el techo. Pitt se dijo que era poco probable que los ladrones de Topkapi hubiesen podido localizarlos tan pronto, pero recordó la amenaza de la mujer en la cisterna. Decidió comprobarlo.

Pitt y Loren salieron de la sala de oraciones detrás de los alemanes, se calzaron los zapatos que se habían quitado al entrar y siguieron a los turistas de la visita guiada por el patio. Controló con el rabillo del ojo si el iraní los seguía.

—Quédate aquí —le pidió a Loren, y luego cruzó a paso rápido las losas de mármol del patio en dirección al hombre.

El iraní se volvió de inmediato y fingió observar la columna que tenía detrás. Pitt llegó a su lado y miró al hombre; era una cabeza más bajo que él.

—Perdón —dijo Pitt—, ¿podría decirme quién está enterrado en la tumba de Atatürk?

El iraní intentó eludir la mirada de Pitt; miró hacia la salida de la sala de oraciones, donde en ese momento se hallaba el hombre de las gafas. Al ver que el otro sacudía la cabeza, se volvió para mirar al director de la NUMA con expresión de desprecio.

—No sé dónde está enterrado ese perro —respondió con una mirada de arrogante intimidación; ese hombre se había curtido en las calles. Desde luego no era un policía de paisano.

En cuanto Pitt vio el bulto de un arma debajo de su holgada camisa, decidió no insistir. Le dirigió una fría mirada de complicidad, dio media vuelta y se alejó. Mientras volvía junto a su esposa, casi esperó recibir un disparo por la espalda; rogó para sus adentros que la multitud y los guardias de seguridad de la mezquita bastasen para impedir un ataque inmediato.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó Loren.

—Solo quería saber la hora. Vamos, a ver si podemos coger un taxi.

El grupo de turistas alemanes avanzaba sin prisa hacia la salida del patio, pero Pitt agarró la mano de Loren y la llevó a la carrera para adelantarlos antes de que llegasen a la puerta. No se molestó en mirar atrás; sabía que el hombre de las gafas y el iraní los seguían. Empujó a Loren a la calle, y tuvo la suerte de pillar un taxi que una pareja de turistas mayores acababa de desocupar.

—Al muelle del transbordador de Eminönü, lo más rápido que pueda —indicó al taxista.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Loren, un tanto agitada porque su marido casi la había metido a empujones en el coche.

—Creo que nos siguen.

—¿El hombre con el que has hablado en la mezquita?

—Y otro con gafas de sol al que vi cuando salíamos del hotel.

El taxi se unió al tráfico y Pitt miró por el parabrisas trasero. Un coche pequeño de color naranja arrancó deprisa con solo el conductor. En la mezquita, el grupo de alemanes continuaba delante de la salida. Sonrió al ver al iraní intentando a duras penas abrirse paso entre la multitud.

—¿Por qué no vamos a la policía? —preguntó Loren con un miedo creciente en su voz.

Pitt le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—¿Y perdernos nuestro único día relajante en Estambul?

El taxi amarillo se perdió entre el caos del tráfico en cuanto desaparecieron del espejo retrovisor la cúpula y los minaretes de la mezquita. Si el taxista hubiera ido hacia el norte y se hubiese zambullido en el laberinto de calles de la histórica ciudad vieja, habría despistado fácilmente al coche naranja. Pero el sensato chófer, dispuesto a cumplir con la indicación de Pitt, giró hacia el sur y enfiló la autovía Kennedy Caddesi.

Los perseguidores intentaron desesperadamente darles alcance. Después de recoger a los dos pasajeros, el coche naranja se alejó de la mezquita a gran velocidad y a punto estuvo de chocar contra un autocar de turistas al adentrarse en el tráfico.

—Creo que han girado a la derecha —dijo el conductor sin ninguna seguridad.

—Adelante —ordenó el hombre de las gafas de sol, sentado en el asiento del pasajero al tiempo que le hacía un gesto para que siguiese sus instintos.

El coche giró hacia el sur, se saltó un semáforo en rojo y tuvo que reducir la velocidad al encontrarse con una procesión de vehículos que avanzaban a paso de tortuga. El iraní, sentado atrás, vio un taxi amarillo que dos calles más allá giraba para entrar en Caddesi.

—¡Creo que ése es su taxi! —gritó.

El conductor asintió, y sujetó con fuerza el volante. No podía hacer nada para salir de aquel atasco, y maldijo nervioso a los demás vehículos mientras pasaban los segundos. Por fin, al ver una brecha en el carril en dirección contraria, se coló por allí, avanzó una manzana y volvió al carril derecho. El tráfico avanzó, y en cuanto giró por Caddesi, pisó el acelerador a fondo y enfiló la autovía como un piloto de Fórmula 1.

La autovía trazaba una curva por el límite oriental de Topkapi, junto a la orilla del Bósforo. El tráfico era fluido mientras la carretera giraba al norte y luego al oeste, a lo largo del Cuerno de Oro, el brazo de mar que dividía el sector europeo de Estambul. Pitt tenía la atención puesta en una gran draga verde que removía las aguas de la orilla. El taxi se acercó al puente de Gálata, que atravesaba el Cuerno de Oro y comunicaba con el barrio de Beyoglu, cuando de pronto se encontró con un tremendo

atasco de coches y autobuses que apenas se movían. El taxista salió de Caddesi a la primera oportunidad y se dirigió hasta el muelle del transbordador que había cerca de la base del puente.

—El muelle de Bogaz Hatti en *Eminönü* —anunció el chófer—. El siguiente transbordador zarpa de allí —añadió con un gesto—. Si se dan prisa, podrán cogerlo.

Pitt le pagó el viaje, añadió una generosa propina, y a continuación miró a un lado y a otro y bajó del vehículo. No vio rastro del coche naranja, y más tranquilo escoltó a Loren hasta la taquilla.

—Eres incapaz de mantenerte apartado del agua, ¿verdad? —comentó Loren, con la mirada puesta en los grandes transbordadores amarrados.

—Pensé que un relajante paseo por el Bósforo nos sentaría de maravilla.

—La verdad es que suena tentador —admitió Loren, dispuesta a disfrutar de las vistas—. Siempre y cuando estemos solos y el plan incluya la comida.

—La comida está garantizada. Y creo que hemos perdido a nuestros amigos —respondió Pitt con una sonrisa.

Compraron los billetes, fueron hasta uno de los muy concurridos muelles y subieron a uno de los modernos transbordadores. Se sentaron junto a una ventana. Tres toques de bocina anunciaron la partida antes de que recogiesen la pasarela.

El coche naranja frenó con un chirrido de neumáticos y dos de sus ocupantes se bajaron de un salto. Pasaron junto a la taquilla en una desesperada carrera hasta el muelle y no pudieron hacer otra cosa que mirar impotentes cómo el transbordador se alejaba por el estrecho. Mientras intentaba recuperar el aliento, el hombre de las gafas de sol se volvió hacia el iraní.

—Consigue una lancha —ordenó—. ¡Ya!

El estrecho del Bósforo, treinta y dos kilómetros de longitud y una anchura que en pocas ocasiones supera los mil seiscientos metros, es una de las vías de agua más transitadas y que ofrece las mejores panorámicas. Divide el corazón de Estambul, y ha sido una ruta comercial histórica, utilizada en la Antigüedad por los griegos, los romanos y los bizantinos. En los tiempos modernos, se ha convertido en la principal salida para las embarcaciones de Rusia, Georgia y otros países que bordean el mar Negro. Buques cisterna, cargueros y portacontenedores surcan continuamente la angosta vía de agua que separa el continente europeo del asiático.

El transbordador navegaba hacia el norte a velocidad de crucero; el irregular horizonte de Estambul discurría con suavidad bajo un cielo azul sin una nube. El barco no tardó mucho en pasar por debajo del puente del Bósforo y luego del puente Fatih Sultán Mehmet, dos imponentes puentes colgantes que se elevaban muy altos sobre el estrecho. Pitt y Loren bebían té mientras contemplaban el paso de las otras embarcaciones y las edificaciones de las colinas. La atestada orilla se convirtió poco a poco en una hilera de majestuosas mansiones, embajadas y antiguos palacios sobre

un fondo de bosques.

La nave realizó varias escalas antes de aproximarse casi a la vista del mar Negro.

—¿Quieres subir a la cubierta superior para disfrutar mejor del panorama? —preguntó Pitt.

Loren sacudió la cabeza.

—Demasiado viento para mi gusto. ¿Qué tal otro té?

Pitt aceptó de inmediato. Fueron al bar y pidieron dos té. De haber subido a la cubierta superior, Pitt quizá hubiese visto la pequeña lancha rápida, con tres hombres a bordo, que surcaba el estrecho a gran velocidad en dirección al transbordador.

El ferry no tardó en girar hacia la costa europea, donde amarró junto a otros dos transbordadores más pequeños en el puerto de Sariyer. El antiguo pueblo de pescadores conservaba el histórico encanto turco de muchas localidades del Bósforo que poco a poco iban siendo ocupadas por jubilados ricos.

—Se supone que aquí hay varios restaurantes de pescado muy buenos —dijo Loren, que leía una guía turística—. ¿Qué te parece si desembarcamos para comer?

Pitt estuvo de acuerdo, y enseguida se unieron a los turistas apiñados frente a la pasarela para desembarcar. El muelle estaba cerca de una colina bastante alta, y el pueblo se extendía por la zona llana de la derecha. La calle principal acababa en un parque pequeño en primera línea de mar. Pitt se fijó en el parque porque en ese momento un viejo *Citroën* Traction Avant atravesó el césped.

Pasaron por el pequeño mercado de pescado y se entretuvieron mirando cómo descargaban cajones de lubinas de una barca. Pasaron por delante de varios restaurantes y se decidieron por uno que estaba al final de la calle. Una alegre camarera con el pelo negro y largo los condujo hasta una mesa en la terraza, al borde mismo del agua, y después se apresuró a ofrecerles los habituales meze, pequeños platos de diversas especialidades turcas servidos como aperitivos.

—Tienes que probar los calamares —dijo Loren, y metió un trozo de carne gomosa en la boca de Pitt.

Pitt aprovechó para morderle un dedo.

—Un buen acompañamiento con el queso blanco —comentó en cuanto tragó el trozo de calamar frito.

Disfrutaron de la comida sin prisa, observando el tráfico marítimo en el estrecho y el bullicio turístico en los restaurantes contiguos. Pitt acabó su plato y se disponía a coger la copa de agua cuando de pronto Loren le aferró el brazo.

—¿Te has tragado una espina? —preguntó Pitt al ver que su mujer apretaba los labios.

Loren sacudió la cabeza y aflojó la presión.

—Hay un hombre en la calle, junto a la puerta. Es uno de los que estaban anoche en la furgoneta.

Pitt bebió un sorbo de agua y volvió despreocupadamente la cabeza hacia la entrada del restaurante. Vio a un hombre de piel oscura y camisa azul muy cerca de la puerta. No alcanzaba a verle el rostro porque el hombre miraba hacia la calle.

—¿Estás segura? —preguntó Pitt.

Loren advirtió que el hombre los miró un momento a través de la ventana y luego volvió a girarse. Miró a su marido con expresión de miedo y asintió.

—Tiene los mismos ojos —respondió.

Pitt pensó que ese perfil le resultaba conocido, y la reacción de Loren le convenció de que no se equivocaba. Tenía que ser el hombre al que Pitt había golpeado en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Cómo han podido seguirnos hasta aquí? —preguntó Loren, con la voz un poco ronca.

—Fuimos los últimos en subir al transbordador, debían de estar lo bastante cerca para vernos embarcar —razonó Pitt—. Probablemente nos siguieron desde otra embarcación. Recorrer los restaurantes que hay cerca del muelle no puede haberles llevado mucho tiempo.

Aunque por su actitud parecía tranquilo, Pitt estaba muy preocupado por la seguridad de su esposa. La noche anterior, los ladrones de Topkapi habían demostrado que no tenían ningún reparo en asesinar. Solo había una razón para que se hubieran tomado el trabajo de seguirlos hasta allí: la represalia por haberles desbaratado el robo. De pronto la amenaza formulada por la mujer en la cisterna no parecía en absoluto baladí.

Se acercó la camarera para retirar los platos y preguntarles si tomarían postre y café. Loren comenzó a negar con la cabeza, pero su marido dijo:

—Sí, por supuesto. Tomaremos *baklava* de postre y dos cafés.

La camarera se marchó deprisa a la cocina, y Loren miró a su marido con expresión de reproche.

—Soy incapaz de comer un solo bocado más. Y menos ahora —añadió echando un vistazo a la puerta.

—El postre es para él, no para nosotros —explicó Pitt en voz baja—. Haz como si fueses al lavabo, y espérame junto a la cocina.

Loren respondió en el acto. Fingió susurrarle algo al oído y luego se levantó con calma y enfiló el corto pasillo que llevaba a los lavabos y la cocina. Pitt advirtió que el hombre se ponía en tensión al ver que Loren se levantaba y que de nuevo se tranquilizaba al ver que la camarera les servía los postres y el café. Con mucho disimulo, dejó sobre la mesa liras turcas más que suficientes para pagar la cuenta, y a continuación clavó el tenedor en la porción de *baklava*. Miró hacia la puerta y vio que el hombre de la camisa azul se volvía de nuevo hacia la calle. De inmediato, dejó el tenedor y se levantó de la mesa.

Loren esperaba al final del pasillo cuando Pitt apareció, la cogió de la mano y la llevó a la cocina. El cocinero y el pinche detuvieron sus tareas y los miraron sorprendidos cuando Pitt los saludó con una sonrisa y pasó entre los fogones con Loren pegado a él. La puerta trasera daba a un pequeño callejón que giraba hacia la calle principal. Llegaron a la esquina y se disponían a alejarse del restaurante cuando Loren le apretó la mano.

—¿Y si tomamos ese trolebús?

Un viejo trolebús descubierto que servía para llevar a los locales y a los turistas de un extremo al otro del pueblo avanzaba lentamente en su dirección.

—Subamos por el otro lado —respondió Pitt.

Cruzaron la calle y se apresuraron a subir al trolebús. No había ningún asiento libre, así que tuvieron que permanecer de pie cuando el vehículo pasó delante del restaurante. El hombre de la camisa azul continuaba apostado junto a la puerta y observó el paso del trolebús. Pitt y Loren se volvieron e intentaron ocultarse detrás de otro pasajero, pero apenas los tapaba. El hombre se quedó atónito al ver la blusa roja de Loren y luego se giró y acercó el rostro a la ventana del local. Pitt vio su expresión de sorpresa mientras miraba cómo el trolebús se alejaba. Echó a correr detrás del vehículo al tiempo que sacaba un móvil del bolsillo y marcaba un número.

Loren miró a su marido con expresión de disculpa.

—Lo siento, creo que me ha visto.

—No importa. —Pitt intentó disipar su inquietud con una sonrisa llena de confianza—. Es una ciudad pequeña.

El trolebús hizo una breve parada en el mercado de pescado, donde se bajaron la mayoría de los pasajeros. Al ver que el perseguidor se hallaba a una manzana de distancia, Pitt y Loren se sentaron y agacharon la cabeza mientras el trolebús reanudaba la marcha.

—Creo que antes vi a un policía cerca del muelle —dijo Loren.

—Si no está, quizá podamos tomar otro transbordador.

El trolebús recorrió otra manzana y se acercó a la parada final, cerca del muelle de los transbordadores. Las ruedas del viejo vehículo todavía giraban cuando Pitt y Loren se apearon de un salto y salieron disparados hacia el muelle. Sin embargo, esta vez fue Pitt quien sujetó a Loren de un brazo y se detuvo.

Delante de ellos el muelle estaba desierto; el siguiente transbordador no zarpaba hasta al cabo de media hora. Pero lo que a Pitt le preocupó fue la aparición de dos hombres cerca de la entrada. Uno era el iraní de la mezquita Azul y el otro, su amigo de las gafas de sol.

—Creo que lo mejor será buscar otro medio de transporte —dijo Pitt, y guió a Loren en la dirección opuesta.

Fueron a paso rápido hasta la calle, por donde en ese momento pasaba un Peugeot

descapotable de los años sesenta seguido por un grupo de locales que se encaminaban al parque, en primera línea de mar. Pitt y Loren se acercaron a los turcos e intentaron mezclarse con ellos para que les sirviesen de pantalla. El intento fracasó en cuanto el hombre de la camisa azul del restaurante apareció en la calle. Llamó a gritos a sus compañeros del muelle y señaló en dirección a Pitt.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Loren al ver que los hombres del muelle se dirigían hacia ellos.

—Continúa caminando —respondió Pitt.

Sus ojos se movían en todas direcciones en busca de alguna vía de escape, pero la única opción inmediata era seguir avanzando entre la multitud. Llegaron con el grupo al parque y se encontraron con que en el césped había coches antiguos aparcados en dos hileras irregulares. Pitt vio que muchos de los relucientes vehículos eran *Citroën* y *Renault* fabricados en los cincuenta y sesenta.

—Debe de ser un encuentro de un club de coches franceses —comentó.

—Ojalá pudiéramos verla con calma —dijo Loren, que no dejaba de mirar por encima del hombro.

Cuando el grupo que los rodeaba comenzó a dispersarse por el parque, Pitt llevó a Loren hacia unos cuantos espectadores en primera fila. Los aficionados se habían reunido alrededor de la estrella de la muestra, un resplandeciente *Talbot-Lago*, de principios de los cincuenta, cuya carrocería era una creación del diseñador italiano *Ghia*. Mientras se abrían paso hasta el fondo del grupo, Pitt se volvió para observar a los perseguidores.

Los tres hombres acababan de entrar en el parque a paso rápido. Estaba claro que el tipo de las gafas de sol era el jefe. Ordenó de inmediato a los otros dos que fueran cada uno por un lado del parque mientras él se dirigía hacia los coches, en el centro.

—No creo que podamos salir por donde entramos —dijo Pitt—. Vamos a intentar llevarles la delantera. Quizá por el otro extremo del parque podamos salir a la calle principal y allí tomar un taxi o el autobús.

—A estas alturas no me opondría a que robáramos un coche —afirmó Loren con tono grave.

Caminó deprisa, zigzagueando entre los coches expuestos, con Pitt un par de pasos más atrás. Intentaban en lo posible que la gente los tapase, pero a medida que avanzaban el público menguaba. No tardaron en llegar al último coche, un descapotable de dos puertas fabricado después de la guerra y pintado de color plata y verde. Pitt se fijó en el hombre mayor que estaba sentado al volante pegando un cartel de *SE VENDE* en el parabrisas.

—Aquí se acaba la protección —le dijo a Loren—. Vayamos rápido hacia los árboles.

Cogió la mano de su esposa y juntos echaron a correr a través del último tramo de

césped. Una densa fila de árboles rodeaba el parque, y Pitt estaba seguro de que por el oeste llegarían a la carretera de la costa.

No habían recorrido más de veinte metros cuando lo que vieron delante los obligó a detenerse en seco. Más allá de los árboles se alzaba un muro de piedra que cerraba la zona sur del parque. Como medida adicional para impedir la entrada de intrusos, la parte superior del muro estaba tachonada con afilados fragmentos de vidrio. Pitt sabía que ni siquiera ayudándole conseguiría que Loren escalase el muro con presteza y escapase de los perseguidores, y mucho menos que no acabase sangrando en el intento.

Se volvió y localizó de inmediato a los tres hombres. Seguían avanzando entre los coches; en cualquier momento convergerían en el lugar donde ellos se encontraban. Pitt tiró de la mano de Loren y la guió de nuevo hacia la hilera de vehículos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Loren, cada vez más asustada.

Pitt la miró con un destello malévolo en los ojos.

—Como dijo Monty Hall, es hora de negociar.

—¿Tiene la transmisión Cotal? —preguntó Pitt.

El hombre de barba se inclinó para abrir la puerta del conductor.

—Por supuesto —respondió con claro acento estadounidense—. ¿Conoce bien los Delahaye? —Se le iluminó el rostro al ver al hombre alto de pelo oscuro y a su atractiva esposa.

—Soy un viejo admirador de la marca —dijo Pitt—, y en particular de los vehículos con carrocería artesanal.

—Éste es un cupé descapotable, modelo 135, de 1948; la carrocería es del taller de Henri Chapron, en París.

El gran descapotable de dos puertas era de líneas limpias pero sólidas, propias de los diseños sencillos de las fábricas de coches poco después de la Segunda Guerra Mundial. Loren admiró la llamativa combinación de la pintura verde y plata, que conseguía que el vehículo pareciese todavía más grande.

—¿Lo restauró usted mismo? —preguntó.

—Sí, soy minero de profesión. Encontré el coche en una vieja dacha, en Georgia, cuando trabajaba en un proyecto en la costa del mar Negro. Estaba en bastante mal estado pero entero. Lo traje a Estambul y un carrocerero me ayudó a restaurarlo. No tiene la calidad necesaria para participar en un concurso de coches clásicos, pero está muy bien. Sabían cómo exprimir la máxima potencia del motor de seis cilindros, así que corre como un demonio. —Le tendió la mano a Pitt—. Por cierto, me llamo Clive Cussler.

Pitt le estrechó la mano, le dijo cómo se llamaba y le presentó a Loren.

—Es una belleza —comentó Pitt; su mirada, sin embargo, estaba puesta en la concurrencia. El hombre de las gafas de sol le observaba desde cinco coches más allá y avanzaba sin prisa en su dirección. Vio a los otros dos más lejos, acercándose por los flancos—. ¿Por qué lo vende? —preguntó al tiempo que hacía un sutil gesto a Loren para que se acercase a la puerta del pasajero.

—Me voy a Malta por una temporada y allí no tengo donde guardarlo —respondió el hombre con una mirada de desilusión. Cuando vio que Loren abría la puerta del pasajero, sonrió. Un perro salchicha negro y castaño que dormía en el asiento la miró enfadado, luego saltó del coche y se acercó a su dueño. Loren se sentó en el asiento tapizado en cuero, y saludó a Pitt con la mano—. Este coche le va de maravilla —añadió Cussler, utilizando los encantos del vendedor.

Loren le devolvió la sonrisa.

—¿Le parecería bien que diéramos una vuelta por el parque para probarlo? —preguntó.

—Por supuesto, encantado. La llave está puesta. —Cussler miró a Pitt—. ¿Sabe

cómo funciona la transmisión Cotal? Solo necesita utilizar el embrague para arrancar y frenar.

Pitt asintió y sin perder un instante se sentó al volante, a la derecha. Giró la llave de contacto y oyó complacido que el motor arrancaba en el acto.

—No tardaremos —le dijo al hombre al otro lado de la ventanilla.

Arrancó marcha atrás y a continuación giró hacia el final de la hilera de coches en exposición con la esperanza de eludir al hombre de las gafas de sol. El perseguidor apareció por detrás del último coche y vio a Pitt al volante justo cuando el Delahaye avanzaba hacia él. Pitt pisó el acelerador con suavidad para evitar que los neumáticos traseros patinasen en el césped mojado. El de las gafas de sol titubeó y luego le gritó que se detuviese. Pitt no hizo el menor caso. Los neumáticos tocaron el pavimento, el viejo cupé ganó velocidad de inmediato y el hombre se quedó atrás.

Pitt oyó más gritos y a continuación la advertencia de Loren. El ladrón de la camisa azul que los había espiado en el restaurante acababa de aparecer entre la hilera de coches diez metros por delante.

—¡Tiene un arma! —gritó Loren mientras el coche se acercaba a él.

Pitt vio que el hombre había sacado un arma y que intentaba disimularla apoyándola contra el muslo. Permanecía cerca de la parte de atrás de un Peugeot familiar con revestimiento de madera, a la espera de que el Delahaye pasase por delante.

Con el motor revolucionado al máximo, Pitt acercó la mano a la pequeña palanca de cambios montada en el salpicadero y puso segunda. Unos pocos metros más adelante, el hombre de la camisa azul levantó la mano que empuñaba la pistola.

—¡Agáchate! —gritó Pitt, y pisó el acelerador a fondo.

El motor, alimentado por tres carburadores, respondió con toda su potencia y Pitt y Loren dieron una sacudida hacia atrás contra el asiento. La súbita aceleración desconcertó al pistolero, que se apresuró a apuntar al parabrisas. Pitt se negó a darle una oportunidad.

Giró el volante a la derecha y apuntó el estilizado morro del Delahaye en línea recta al sorprendido pistolero. Como el Peugeot le impedía apartarse a un lado, solo le quedaba un movimiento. Desistió de intentar un disparo certero y retrocedió a la carrera para no convertirse en un adorno del capó.

El guardabarros delantero del Delahaye rozó el parachoques del Peugeot y luego atrapó la pierna del pistolero y lo embistió. Consiguió efectuar dos disparos antes de desplomarse junto al Peugeot y comenzar a retorcerse de agonía. Los dos disparos fueron altos: uno atravesó la capota de lona y el otro se perdió en el aire.

Pitt se apresuró a girar el volante para no chocar contra los otros coches. El Delahaye derrapó en la hierba y a punto estuvo de llevarse por delante la camioneta de un campesino cargada con melones. Los visitantes, atónitos, se apartaron de su

camino mientras Pitt tocaba el claxon para avisarles del peligro. Echó un vistazo al retrovisor y vio que el hombre de las gafas de sol y el iraní se acercaban al pistolero caído, pero ninguno de los dos llevaba armas a la vista.

Loren se asomó desde debajo de la guantera; estaba blanca como la nieve. Pitt le hizo un guiño para tranquilizarla.

—Ese tipo tenía razón —dijo con una ligera sonrisa—. Es un demonio.

Pitt hizo como si supiese hacia dónde se dirigía y en cuanto salió del parque giró a la izquierda por la carretera principal, rumbo al sur a lo largo del Bósforo, hacia Estambul. Los pistoleros no titubearon en iniciar la persecución y se apropiaron de la camioneta del campesino a punta de pistola. Cargaron primero al compañero herido y después salieron a toda velocidad del parque. Los melones volaron como balas de cañón cuando giraron para seguir a su presa.

A pesar de los años del Delahaye, Pitt y Loren contaban con ventaja. El origen del vehículo francés eran las carreras, y había competido con éxito en las pruebas de Le Mans antes de la guerra. Ocultos bajo la elegante carrocería, fabricada para los parisinos ricos y famosos, había unos motores de gran rendimiento. La suspensión dura y el motor de altas revoluciones, para los estándares de los años cincuenta, daban a Pitt la oportunidad de conducir a gran velocidad. Sin embargo, la carretera estrecha y sinuosa y el tráfico de la tarde eran factores en contra.

Pitt entraba en las curvas con el acelerador pisado a fondo al tiempo que sacaba el máximo provecho de la transmisión Cotal. Gracias al embrague electromagnético, la transmisión le permitía cambiar de marcha moviendo únicamente la pequeña palanca montada en el salpicadero. Estaba muy versado en la conducción de coches antiguos, él mismo tenía su propia colección en un hangar aeronáutico cerca de Washington. Era una pasión cercana a su amor por el mar, y se dio cuenta de que estaba disfrutando mucho, no de las circunstancias sino de llevar al viejo Delahaye al límite de su rendimiento.

Loren no dejaba de vigilar a través del parabrisas trasero del descapotable mientras zigzagueaban en una S muy cerrada. Advirtió que su marido miraba el salpicadero con el entrecejo fruncido.

—¿Pasa algo?

—El indicador de combustible está casi a cero —respondió—. Me temo que queda descartado un viaje de prueba hasta Estambul.

El aumento del tráfico comenzó a recortarles la ventaja, y en un tramo recto de la carretera Loren vio que la camioneta se les acercaba a gran velocidad.

—Necesitamos encontrar un lugar muy concurrido y darles esquinazo —comentó.

No tenían muchas opciones: la carretera atravesaba una zona donde solo había soberbias mansiones. El número de coches continuó aumentando a medida que se acercaban a la ciudad de Buyukdere, y Pitt adelantó a los vehículos más lentos a la

primera oportunidad. La camioneta había acortado poco a poco la distancia hasta ponerse a unos cuatrocientos metros; solo había un puñado de coches entre los dos.

Pitt consideró la posibilidad de entrar en la populosa ciudad, pero el tráfico lento taponaba la arteria de acceso. Dejó atrás la salida y continuó por la carretera, que de pronto cruzaba una vía de agua por un largo puente. Aprovechó que no venían coches por el carril contrario para acelerar a fondo y adelantar a una hilera de vehículos que circulaban a marcha lenta detrás de un camión. Había conseguido rebasar a la mayoría cuando salió del puente, y siguió por un tramo que pasaba por la versión turca de Embassy Row, donde numerosos consulados extranjeros ocupaban opulentas residencias veraniegas a lo largo de la costa del Bósforo.

—¿Qué tal le va a nuestra camioneta? —preguntó Pitt con la mirada fija en la carretera.

—Acaba de adelantar al camión; está a poco menos de un kilómetro —respondió Loren antes de que los vehículos que los seguían desaparecieran detrás de una curva.

El Delahaye verde y plata pasó como un rayo por delante de los jardines de la residencia de verano de la embajada inglesa y de pronto Pitt se vio obligado a reducir y pisar el freno a fondo. Delante, un camión semirremolque maniobraba sin éxito para entrar en un camino particular y cerraba el paso en los dos carriles.

—¡Apártate! —gritó Loren sin poder controlarse.

El camionero no la oyó, aunque tampoco hubiese servido de nada. Con toda tranquilidad, echó el camión un poco adelante para un segundo intento y no hizo el menor caso de los bocinazos de los coches atascados.

Pitt observó la carretera en busca de una salida y solo encontró una. Cambió de marcha, aceleró y entró por una verja abierta en una finca rodeada por un muro. El pavimento dio paso a la grava cuando entraron en una vieja mansión que una vez había sido propiedad de la familia real danesa. Un camino circular dividía el inmenso jardín antes de pasar por delante de la escalinata de la residencia principal, color salmón.

Un jardinero que se ocupaba de los rosales en la isla central los miró incrédulo cuando el viejo coche deportivo francés apareció ante sus ojos; por un momento tuvo la impresión de que se trataba de uno de los anteriores propietarios. Observó con curiosidad cómo el Delahaye reducía la velocidad y, en lugar de continuar hasta la escalinata, acababa aparcando detrás de un espeso seto. Unos segundos más tarde comprendió el motivo.

Precedida por el violento chirrido de los neumáticos, la vieja camioneta cruzó la verja de entrada. El conductor tomó la curva a una velocidad excesiva, y la parte trasera de la camioneta golpeó contra un pilar. El impacto hundió el guardabarros trasero izquierdo. Los pocos melones que quedaban en la caja salieron disparados y se estamparon contra el pilar, dejando un rastro de pegajosa pulpa naranja

deslizándose hacia el suelo.

El conductor recuperó el control en el acto y avanzó hacia el Delahaye, aparcado detrás del seto y con el motor al ralentí. Pitt se había parado allí para servir de cebo, pues no quería que la camioneta se detuviera y taponase la salida. Pisó el embrague y luego el acelerador a tope, y los neumáticos traseros levantaron una nube de polvo y gravilla cuando el coche salió disparado. La camioneta avanzaba muy rápido, pero Pitt consiguió llegar a la parte semicircular del camino que trazaba una curva por delante de la casa. Siguió acelerando mientras giraba a la izquierda para dejar atrás la mansión y entrar en la curva opuesta.

En la camioneta, una docena de metros atrás, el iraní se asomó por la ventanilla del pasajero con una Glock automática en la mano y abrió fuego contra el coche francés. Debido al ángulo de la curva, se vio obligado a poner el arma por delante del parabrisas para apuntar, sin demasiado éxito. Unos cuantos proyectiles atravesaron el maletero del Delahaye, pero los pasajeros y el motor salieron indemnes.

Pitt derrapó con el coche por la segunda curva y pisó el acelerador solo lo imprescindible para mantener la velocidad. En el borde exterior de la curva había una gran estatua de Venus con un brazo en dirección al cielo.

—¡Cuidado! —gritó Loren cuando el Delahaye derrapó hacia la estatua de mármol.

Pitt sujetó con firmeza el volante y pisó el acelerador un poco más. Las balas silbaron por encima de la capota mientras el coche seguía deslizándose hacia el borde del camino y la imponente estatua. Los neumáticos mordieron la grava suelta a medida que el impulso del coche levantaba los guijarros. Loren se sujetó al asiento con todas sus fuerzas al ver que el morro del Delahaye pasaba por encima de la hierba en un avance imparable hacia la escultura de mármol. Pero en el último momento los neumáticos traseros encontraron agarre y el morro del coche eludió la estatua por los pelos y volvió al camino. Pitt y Loren oyeron un fuerte chirrido cuando el guardabarros trasero rozó el pedestal de Venus y cesó en cuanto los cuatro neumáticos estuvieron en la grava.

—Le has arrancado el brazo —comentó Loren, que miraba la estatua a través del parabrisas trasero.

—Espero que el propietario de este coche tenga un seguro a todo riesgo —dijo Pitt sin mirar atrás.

El Delahaye continuó la carrera hacia la verja de entrada cuando la camioneta tomaba la segunda curva. El iraní seguía asomado por la ventanilla y disparaba contra el coche fugitivo al tiempo que gritaba al conductor que fuese más rápido. Sin embargo, con el centro de gravedad más alto y los neumáticos casi lisos, era imposible que la camioneta se comportase en la curva como el descapotable francés. En cuanto el conductor pisó el acelerador, el vehículo perdió tracción y comenzó a

desplazarse lateralmente hacia la estatua. El hombre de las gafas de sol, asustado al ver que se salían del camino, pisó el freno, lo que solo sirvió para que el desplazamiento aumentase.

El jardinero miró boquiabierto cómo la vieja camioneta se estampaba contra la Venus. La estatua desapareció en una nube de polvo mientras el vehículo comenzaba un trompo. Llegó al pavimento y dio otras tres vueltas antes de adentrarse entre un grupo de sauces jóvenes. La camioneta continuó en movimiento hasta que acabó chocando contra el grueso tronco de un castaño y los tres ocupantes salieron lanzados contra el parabrisas.

El hombre de las gafas de sol se echó hacia atrás en el asiento y se tocó el labio, hinchado por el golpe contra el volante. A su lado, el hombre de la camisa azul intentaba contener la sangre que chorreaba de su nariz, aplastada. Solo el iraní había salido ileso de la colisión porque se había sujetado a tiempo con el brazo que tenía libre.

Al oír que el motor continuaba funcionando sin problema, se volvió hacia el conductor.

—Sigamos tras ellos.

Su compañero sacudió la cabeza para despejarse, puso la marcha atrás y llevó la camioneta de vuelta al camino. En el interior de la cabina se oyó un fuerte estrépito cuando pisó el freno. El iraní miró por la ventanilla trasera y vio la cabeza de la Venus rodando de un lado al otro de la caja.

Cuando por fin volvieron al camino, Pitt ya había salido de la finca. Tal como esperaba, aquel rato de distracción había sido tiempo suficiente para que el camionero apartase su vehículo: la carretera de la costa volvía a estar despejada. No perdió ni un segundo en acelerar al máximo.

—Les hemos sacado un poco de ventaja —comentó—, pero nos estamos quedando sin gasolina.

Loren se inclinó para ver el indicador; la aguja oscilaba sobre la línea de vacío.

—Puede que aún estén en los brazos de Venus —dijo, esperanzada.

Después de rebasar la residencia veraniega de la embajada de Austria, la carretera se abrió ante ellos y vieron otro pueblo costero donde un transbordador cargaba coches y pasajeros para un recorrido por el Bósforo.

—Ese transbordador podría ser nuestra mejor oportunidad —dijo Pitt, que redujo un poco la velocidad porque la carretera bajaba en una pendiente muy pronunciada hacia la costa.

—Sí, para disfrutar del pacífico y relajante crucero que me habías prometido —farfulló Loren.

Una sonrisa traviesa apareció en los labios de Pitt.

—Pacífico, quizá, para algunos.

Pasaron delante de un cartel con el nombre de la ciudad, Yenikoy, y avanzaron entre el escaso tráfico hacia el muelle. Pitt se detuvo detrás de un camión abierto cargado con alfombras orientales que esperaba para embarcar. Echó un rápido vistazo a la calle cercana al muelle, donde había una hilera de bares y restaurantes en primera línea de mar, como en Sariyer.

—¡Ahí está la camioneta! —exclamó Loren de pronto.

Pitt miró hacia la carretera y vio que la camioneta se acercaba a la ciudad; se hallaba a casi un kilómetro de distancia. Se volvió hacia Loren y señaló una calle lateral con el pulgar.

—Quiero que vayas a aquel restaurante de la marquesina verde y me pidas una cerveza —dijo.

—¿Ese lugar deprimente con las ventanas sucias? —preguntó Loren, que miró más allá de varios restaurantes que parecían limpios y aceptables.

Pitt asintió.

—¿Qué pasa con nuestro crucero?

—Les cederemos los asientos a nuestros amigos —explicó Pitt—. Quédate allí hasta que yo aparezca. Ahora, ve —añadió, y la besó en la mejilla.

Observó a Loren bajar del coche, recorrer la calle a paso ligero y entrar en el poco tentador restaurante después de un momento de vacilación. Unos segundos más tarde, la camioneta apareció en el espejo retrovisor camino del muelle. Advirtió complacido que el guardabarros delantero estaba aplastado y tenía manchas de polvo de mármol blanco. Había perdido uno de los faros y el hueco parecía una cuenca vacía. Sin duda los perseguidores habían visto el coche francés: la desvencijada camioneta se puso en la cola de embarque tres coches por detrás de Pitt.

Cuando la rampa del transbordador quedó libre, el conductor del camión cargado con las alfombras se demoró en avanzar y Pitt no desaprovechó la oportunidad. Pisó el acelerador, sacó al Delahaye de la cola y lo adelantó, una maniobra que provocó un bocinazo del camionero, furioso. El camión le serviría de pantalla, y Pitt confiaba en que sería suficiente para ocultar que era el único ocupante del coche.

Pagó el peaje y entró en la cubierta de coches. Aparcó detrás de un coche pequeño ocupado por un grupo de jóvenes. Se apeó deprisa y miró atrás. El camión estaba detenido junto al cobrador y cerraba el paso a los demás vehículos; el conductor buscaba en los bolsillos el dinero para el peaje. Si alguno de los pistoleros se había bajado de la camioneta, no estaba a la vista. Pitt echó una ojeada al transbordador.

Tenía dos cubiertas. En la de abajo se cargaban los vehículos y los pasajeros ocupaban la superior. Se dirigía hacia una de las escalerillas cuando vio a un hombre que vendía palomitas a unos jóvenes. Tenía casi la misma altura y constitución que Pitt, y también el pelo oscuro y ondulado.

—Por favor —le gritó al hombre—, ¿podría vigilar mi coche mientras voy al lavabo? —Sacó un billete de diez liras turcas de la billetera.

El vendedor de palomitas vio el dinero y asintió con entusiasmo.

—Sí, claro, por supuesto.

Pitt apretó el billete en la mano del hombre, y luego le llevó hasta la puerta del conductor.

—Por favor, siéntese al volante —le pidió—. Nadie se interesará por mi coche si está ocupado.

El vendedor dejó el cajón de palomitas y, emocionado por poder sentarse en ese coche antiguo tan elegante, se apresuró a entrar.

—No tardaré —añadió Pitt con un guiño, y se alejó a paso rápido hacia la escalerilla.

Subió a la cubierta superior y se mezcló con los demás pasajeros en dirección a la popa. Cuando se asomó por la borda, la camioneta subía la rampa. Los tres pistoleros continuaban sentados en la cabina.

La camioneta fue el último vehículo en entrar, y el personal del muelle se apresuró a retirar la rampa mientras que la tripulación del transbordador levantaba la compuerta que cerraba la popa. Pitt notó la vibración de los motores en la sala de máquinas, y a continuación los tres pitidos de la sirena que anunciaba la inminente partida del buque. Fue hasta la borda de popa, esperó a que las hélices del transbordador comenzasen a girar, y miró a proa.

El hombre de las gafas de sol fue el primero en aparecer en lo alto de la escalerilla central, y sin demora comenzó a buscar entre la muchedumbre. Pitt solo podía imaginar las caras de sorpresa de los pistoleros cuando se acercasen al Delahaye y vieses al vendedor de palomitas sentado al volante. No se entretuvo mucho en la imagen porque la cubierta de pronto se sacudió bajo sus pies y las hélices batieron el agua.

Trepó rápidamente a la borda, con la consiguiente alarma de los pasajeros más cercanos, algo que atrajo de inmediato la atención del hombre de las gafas de sol. El pistolero echó a correr por la cubierta, pero Pitt desapareció de la vista. Se descolgó por un pescante hasta quedar con los brazos extendidos y luego se dejó caer en la cubierta inferior. Tocó el suelo con las rodillas flexionadas, se levantó en el acto para pasar por encima de la compuerta de popa, y a continuación saltó desde el travesaño en un enérgico intento por alcanzar el muelle.

El transbordador se había apartado casi un par de metros cuando saltó. Consiguió por los pelos apoyar un pie en la rampa de los coches y rodó hacia delante. Se detuvo al llegar al final de la rampa y se levantó despacio. El transbordador se alejaba por el canal; había unos seis metros de distancia entre la nave y el muelle.

Vio al hombre de las gafas de sol asomarse a la borda de la cubierta superior y

mirar desesperado cómo aumentaba la distancia entre el transbordador y la costa. El pistolero volvió la mirada hacia Pitt, y en un movimiento instintivo se llevó una mano al arma que ocultaba debajo de la americana, pero desistió.

Pitt le observó un momento y luego le saludó alegremente con la mano, como si fuera un viejo amigo. El hombre permaneció impertérrito, contemplando cómo el transbordador se alejaba poco a poco por el estrecho.

El sol poniente proyectaba un resplandor dorado en las olas del Mediterráneo que rompían en la costa israelí. Sophie miró el horizonte azul, agradecida porque las horas de más calor por fin habían pasado, y luego se volvió para entrar en la tienda donde se guardaban los objetos. El profesor Haasis, inclinado sobre un rollo de pergamino, tenía el rostro arrebolado mientras intentaba descifrar la escritura antigua. Sophie sonrió para sus adentros al pensar que parecía un niño en una tienda de golosinas.

—Dele un descanso a su cerebro, profesor —dijo—. Los pergaminos seguirán aquí por la mañana.

Haasis la miró con expresión avergonzada. En la larga mesa que tenía delante había una docena de cajas de cerámica, y cada una de ellas contenía varios rollos de papiro. Enrolló a regañadientes el pergamino que había estado estudiando y lo guardó en una de las cajas.

—De acuerdo, supongo que puedo hacer una pausa para comer —comentó—. Es que no puedo evitarlo. Es tanta la información que nos brindan... Este último pergamino, por ejemplo —apoyó una mano en la caja para mayor énfasis—, describe cómo una nave mercante de Anatolia cargada con trigo de Egipto se vio obligada a refugiarse aquí cuando se le rompió el mástil. Pequeñas gemas como estas aceleran los latidos de mi corazón.

—No creo que puedan equipararse con los manuscritos del mar Muerto —señaló Sophie con una carcajada.

—Bueno, puede que al hombre de la calle no le interesen gran cosa —replicó el profesor—, pero para aquéllos que hemos hecho de la historia nuestro trabajo, es como abrir una ventana al pasado que había estado cerrada.

Haasis se quitó los guantes blancos.

—Tengo que enviarlos al laboratorio de la universidad para que los analicen a fondo y los conserven como es debido, pero no he podido resistirme a echar una ojeada. —Para entonces ya había examinado el contenido de todas las cajas excepto de tres—. ¿Qué se ha hecho de Dirk? —preguntó—. No lo he visto desde que trajo la última caja.

Sophie se encogió de hombros. Intentaba fingir indiferencia pero la misma pregunta le rondaba por la cabeza desde hacía rato. La invitación para ir a cenar la había tenido emocionada toda la tarde. Incluso había aprovechado para ir a asearse y peinarse, enfadada por una vez en su vida por no haber cogido nada para maquillarse. El corazón le dio un brinco cuando alguien entró en la tienda. Se volvió de inmediato y se llevó una decepción al ver que se trataba de Sam.

—¿Preparados para la cena? Esta noche el menú consiste en espaguetis y

albóndigas —anunció; un rastro de salsa en la barbilla indicaba que ya había hecho una cata.

—Suenan bien —afirmó el profesor—. Venga, Sophie, vamos a cenar.

La agente de Antigüedades se dirigió a paso lento hacia la salida haciendo un gran esfuerzo por disimular su desilusión.

—Sam, ¿está todo dispuesto para esta noche? —preguntó.

Su ayudante asintió.

—Raban y Holder llegarán dentro de una hora. Les dije que vigilaré hasta medianoche.

—El profesor Haasis nos ha ofrecido una tienda, así que creo que me quedará a pasar la noche. Tú puedes volver a casa con los muchachos, si lo prefieres.

—Creo que sí. Dormir en el suelo ya no me parece tan divertido como cuando tenía trece años. —Sam se frotó la espalda.

Salieron de la tienda y se encontraron con Dirk, que esperaba con una toalla de playa sobre un brazo, como si fuese un camarero. Vestía pantalón y un polo, y Sophie no pudo evitar pensar que se había puesto guapo. Tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír.

—Creo que tenemos una cita para cenar —dijo Dirk con una leve inclinación.

—Casi lo había olvidado —mintió Sophie.

Él le ofreció el brazo y siguieron a Sam y Haasis en su camino hacia la tienda comedor. Sophie se disponía a entrar cuando de pronto Dirk tiró de ella en la dirección opuesta.

—¿No vamos a cenar con los demás? —preguntó.

—No, a menos que te apetezcan un montón los espaguetis de lata —respondió Dirk.

—No especialmente, no —dijo Sophie, y sacudió la cabeza.

—Muy bien. En ese caso vayamos a Cabo Pitt.

Llevó a Sophie hasta la costa y caminaron un trecho por la playa. Llegaron a unas rocas que se adentraban en el mar. Dirk la ayudó a subir por la pendiente, cubierta de piedras sueltas.

—Aquí había un palacio romano —dijo Sophie; recordaba una excavación anterior de una edificación con columnas griegas y una piscina decorada.

—Muchos creen que era del rey Herodes, que lo construyó después de acabar los rompeolas y las instalaciones portuarias —añadió Dirk; había estudiado la historia de Cesarea.

—No recuerdo que aquí hubiese un restaurante —dijo Sophie con una sonrisa traviesa.

—Está detrás de aquel muro.

Camaron entre las ruinas hasta la punta del promontorio. Al otro lado de los

restos del muro había un rincón protegido que ofrecía unas vistas al mar impresionantes. Sophie se echó a reír al ver una nevera portátil junto a una barbacoa con las brasas al rojo.

—El restaurante del rey Herodes acaba de abrir sus puertas —dijo Dirk—. Espero que no te importe comer al aire libre. —Extendió la toalla en la arena. Se apresuró a sacar una botella de vino blanco de la nevera y sirvió dos copas—. Por nosotros —brindó al tiempo que chocaba su copa contra la de ella.

Sophie se sonrojó y luego bebió un sorbo.

—¿Qué tenemos en el menú? —preguntó para cambiar de tema.

—Lubina fresca, pescada por un servidor esta tarde. Asada a la parrilla con limón y aceite de oliva y acompañada con pinchos de verduras de cultivo ecológico que venden en un kibutz que no está muy lejos. —Alzó un par de pinchos con pimientos, tomates y cebollas.

—Me alegra haber pasado de los espaguetis.

Dirk puso los pinchos de verdura y los filetes de lubina en la parrilla y en unos pocos minutos la cena estaba servida. A Sophie le pareció que todo estaba delicioso y devoró cuanto había en su plato.

—Riquísimo —comentó mientras dejaba en el suelo el plato vacío—. ¿Estás seguro de que no eres un cocinero profesional?

Dirk soltó una carcajada.

—Ni mucho menos. Méteme en una cocina y apenas haré nada más que sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Pero dame una parrilla y me volveré loco.

—Pues cuando te vuelves loco haces unas cosas buenísimas —señaló ella con una sonrisa.

Mientras Dirk cortaba un melón pequeño como postre, Sophie le preguntó si le gustaba trabajar en la NUMA.

—No podría desear un empleo mejor. Trabajo en el mar, en todo el mundo. La mayoría de nuestros proyectos, además de interesantes, tienen una importancia fundamental para la preservación de los océanos. Y, por si eso fuera poco, puedo trabajar con mi familia.

Al mencionar a su familia, advirtió un ligero sobresalto en el rostro de Sophie.

—Mi padre es el director de la NUMA —explicó—, y tengo una hermana melliza, llamada Summer, que es oceanógrafa en la NUMA. En realidad, pude venir a Israel gracias a mi padre. Me relevó en un proyecto que estamos realizando en la costa turca.

—El profesor Haasis me comentó que tiene varios viejos amigos en la NUMA y que siente gran respeto por la organización.

—Él está haciendo una gran labor en este país —señaló Dirk.

—¿Te quedarás mucho más en Cesarea?

—Me temo que no. Otras dos semanas, luego tengo que volver a Turquía. —Le pasó una bandeja con tajadas de melón—. Ahora te toca a ti. ¿Cómo te convertiste en una arqueóloga con pistola?

Sophie sonrió.

—Supongo que por el interés en la geología y la historia que me inculcó mi padre desde muy pequeña. Me encanta la arqueología y escarbar en el pasado, pero siempre me ha dolido el saqueo de nuestros tesoros culturales para obtener beneficios. Mi trabajo en la Autoridad de Antigüedades hace que sienta que de alguna manera ayudo a cambiar las cosas, pese a que los malos nos superan en número.

Dirk señaló la costa.

—Cesarea ha sido saqueada durante siglos. ¿Crees de verdad que las excavaciones del profesor corren algún peligro?

—Tu descubrimiento de hoy demuestra que aún quedan por descubrir muchas riquezas culturales. En realidad me preocupa más la excavación de la tumba, un reportero local cometió la idiotez de darle publicidad. Ayer vino alguien haciéndose pasar por un agente de antigüedades, y eso basta para que mi radar se active.

—Bueno, al menos no hemos encontrado oro o algún tesoro. Cualquier ladrón que venga a robarnos se llevará una decepción.

—Te sorprendería saber las cosas que interesan a los coleccionistas de antigüedades. Son muchos los que valoran las antigüedades culturales tanto como los tesoros, para perjuicio de todos. Los pergaminos que encontraste podrían valer una pequeña fortuna en el mercado negro. Me sentiré mucho más tranquila cuando el profesor Haasis envíe todos los objetos a la Universidad de Haifa. —Consultó su reloj—. Tengo que ir a coordinar la vigilancia nocturna.

Dirk le sirvió media copa de vino.

—¿Qué tal la última para el camino?

Sophie asintió y aceptó la copa mientras Dirk se sentaba a su lado con la suya. Las olas golpeaban las rocas a su alrededor y el azul profundo del crepúsculo se extendió por encima de ellos. Un momento tranquilo y romántico, ese tipo de momentos que la vida de Sophie rehuía desde hacía tiempo. Se volvió hacia Dirk y susurró:

—Lamento haberte gritado.

Él se inclinó para besarla suavemente y sus labios prolongaron el contacto.

—Quizá puedas compensarme en otro momento.

Apoyados el uno en el otro, se acabaron el vino y Sophie se obligó a dar por terminado aquel momento juntos. Cogidos de la mano, regresaron por la playa y subieron la colina hacia el campamento. Una hilera de bombillas, alimentadas por un generador, colgaba sobre las tiendas e iluminaba el campamento con un pálido

resplandor. Sam, sentado en un murete, conversaba con dos hombres vestidos con prendas oscuras.

—Estoy en la última tienda a la izquierda —le dijo Dirk a Sophie—. Asegúrate de que los ladrones de tumbas no perturben mi sueño, ¿de acuerdo?

—Buenas noches, Dirk.

—Buenas noches.

Dirk miró a Sophie, que fue a reunirse con sus colegas, y luego se dirigió hacia la hilera de tiendas. Antes de llegar a la suya, se acercó a la tienda grande donde guardaban los objetos; estaba iluminada. Encontró de nuevo a Haasis inclinado sobre un papiro con una lupa en una mano.

—¿Ha descubierto algún secreto importante? —preguntó el joven.

Haasis le miró por un instante y volvió a centrarse en el papiro.

—En éste no hay nada de peso, pero de todas maneras es fascinante. Echa una ojeada, creo que te gustará.

Dirk se acercó y miró por encima del hombro del profesor el fino rollo de papiro cubierto con una escritura firme y fluida.

—Todo esto es chino para mí —comentó.

—Oh, lo siento —se disculpó Haasis—. Te haré una traducción aproximada. El pergamino ofrece una descripción de la actividad portuaria alrededor del año 330, si no me equivoco. También cita un breve relato de una nave pirata chipriota averiada que iba a la deriva y fue capturada por un trirreme imperial romano. La remolcaron hasta Cesarea, donde las autoridades del puerto descubrieron que tenía las cubiertas teñidas de sangre y también cantidad de armamento romano a bordo. Muchos de los tripulantes presentaban heridas recientes de una batalla anterior.

—¿Eran piratas? —preguntó Dirk.

—Eso parece. El incidente causó mucho revuelo porque encontraron las armas de un centurión llamado Plautio. Se dice que era miembro de la *Scholae Palatinae*, sea lo que sea.

—Las consecuencias no debieron de ser muy agradables para la tripulación chipriota.

—No, no lo fueron —convino Haasis—. La nave entró en servicio como barco de carga de la flota imperial, y la tripulación fue ejecutada.

—Justicia rápida, desde luego —dijo Dirk. Cogió una de las cajas de cerámica—. ¿Todos los pergaminos contienen relatos tan apasionantes?

—Solo para un voyeur de antigüedades como yo —respondió el profesor con una sonrisa. Enrolló el pergamino y lo guardó en su caja—. Los he revisado casi todos; fundamentalmente son registros burocráticos de las tasas portuarias y cosas por el estilo. Nada extraordinario por separado, pero en conjunto ofrecerán una importante visión de la vida cotidiana de hace casi dos mil años.

Envolvió la caja en un paño, la dejó sobre un archivador y apagó la luz. Las demás cajas ya estaban envueltas y guardadas en cajones de plástico para su transporte hasta la universidad.

—Dejaré algo para leer por la mañana —dijo tras un bostezo—. ¿Crees que has sacado todo lo que había en la cámara?

—Creo que sí, pero mañana le pediré prestada una de sus paletas para echar otro vistazo, solo para estar seguros.

—Nunca imaginé que invitar a un ingeniero naval a un yacimiento arqueológico me daría tanto trabajo —dijo Haasis en el momento en que salían juntos de la tienda.

Vieron a Sophie en lo alto de la colina; recorría el perímetro con uno de sus agentes.

—Cuando vine a Cesarea, no imaginaba que podían hacerse tantos descubrimientos maravillosos —afirmó Dirk con un guiño, y luego se encaminó hacia su tienda para pasar la noche.

El tableteo de las armas automáticas hizo que Dirk se sentase de un brinco en el catre.

Los disparos sonaban muy cerca. Oyó gritos y a continuación los disparos de una pistola. Se puso rápidamente un pantalón corto y sandalias y salió tambaleante de la tienda mientras el tiroteo arreciaba por todo el campamento. Sus primeros pensamientos, todavía enturbiados por el sueño, fueron para Sophie, pero no tenía mucho margen para reaccionar. Escuchó, y un segundo más tarde divisó dos figuras que corrían sendero abajo, armadas con fusiles de asalto.

Se agachó de inmediato a un lado de la tienda y corrió hasta un *murete* de retención a poca distancia de la parte trasera de la tienda. Sin hacer el menor ruido, saltó el *murete* y, utilizándolo de pantalla, se alejó de las tiendas. Al fondo del campamento se hallaban las ruinas de varios edificios de la antigua ciudad portuaria. Avanzó entre las montañas de escombros hasta llegar a los restos de una esquina en un pequeño altozano. La sombra de la barrera de piedra le ofreció un lugar donde ocultarse y desde el que observar todo el campamento.

Había reaccionado rápido y había conseguido escapar, pero sus compañeros no habían sido tan afortunados. Sophie había sido la siguiente en reaccionar. Había salido de su tienda pistola en mano, pero uno de los asaltantes se encontraba a unos pocos pasos y la encañonó con un fusil de asalto antes de que ella pudiese quitarse las telarañas de los ojos. Observó el cañón que la apuntaba y no pudo hacer otra cosa que dejar caer al suelo su pistola. En respuesta, el pistolero la golpeó con el arma entre los omóplatos con tanta fuerza que Sophie cayó de rodillas.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó el profesor Haasis, que salió de su tienda a medio vestir.

—¡Cállese! —le ordenó el segundo pistolero, que acompañó la orden con un culatazo en las costillas del profesor.

Haasis cayó de bruces y soltó un gemido cuando su cuerpo chocó contra el suelo. Sophie se acercó, le ayudó a levantarse, y ambos se tambalearon ligeramente bajo el resplandor de las luces. Otro asaltante apareció por el sendero y se ocupó de vigilar a Sophie y Haasis mientras sus compinches sacaban a los estudiantes de las tiendas. Sophie miró hacia la tienda de Dirk y refrenó su reacción de sorpresa cuando uno de los asaltantes la encontró vacía.

En lo alto del sendero se oyeron voces y luego aparecieron varias figuras. Uno de los agentes de Antigüedades, con el brazo derecho sangrando, bajaba tambaleándose al tiempo que se esforzaba por sostener a Sam. El ayudante de Sophie presentaba un feo corte en la frente y arrastraba los pies, conmocionado. Los escoltaban dos pistoleros que empujaban a los heridos con los cañones de los fusiles.

—¡Sam!, ¿estás bien? —gritó Sophie.

Se acercó con cautela a los dos agentes, se hizo cargo de Sam y le ayudó a sentarse en el suelo, junto a los demás prisioneros. Una de las estudiantes atendió al agente Raban. Le vendó el brazo con un trozo de camisa mientras Sophie apoyaba la palma en la herida de Sam para restañar la hemorragia.

—¿Dónde está Holder? —le susurró a Raban.

El agente la miró con expresión grave y sacudió la cabeza.

Haasis, recuperado del golpe, se puso de pie y gritó a los asaltantes:

—¿Qué quieren? Aquí no hay nada por lo que valga la pena matar.

Sophie observó por primera vez al grupo de hombres armados. Parecían árabes; llevaban un tocado negro que les cubría la parte inferior del rostro. Sin embargo, no eran los típicos ladrones de tumbas que buscan monedas en los viejos cántaros. Vestían prendas oscuras de corte militar y botas negras que parecían casi nuevas. También llevaban modernos fusiles de asalto AK-74, la versión actualizada del venerado Kalashnikov AK-47. Se preguntó por un momento si podía ser un comando que había asaltado el campamento por error. Pero entonces uno de ellos respondió a la pregunta del profesor.

—El papiro. ¿Dónde está? —dijo el que a todas luces era el jefe del grupo, un hombre cejijunto con una profunda cicatriz en la mandíbula derecha.

—¿Qué papiro? —preguntó Haasis.

El hombre metió una mano debajo de la chaqueta y sacó una pistola SIG Sauer. Apuntó con calma a uno de los muslos del profesor y apretó el gatillo una vez.

La detonación arrancó un grito a uno de los estudiantes al mismo tiempo que Haasis caía al suelo y se sujetaba el muslo por encima de la herida sangrante. Sophie se apresuró a contestar.

—Están en la tienda grande —dijo, y señaló el camino—. No es necesario que nadie más resulte herido.

Uno de los pistoleros corrió hasta la tienda. Permaneció unos minutos en el interior y reapareció con una caja de cerámica en una mano y un rollo de papiro en la otra.

—Hay otro montón de pergaminos —informó—. Guardados en cajas de plástico, más de una docena.

—Que no quede ninguno —ordenó el jefe. Luego hizo un gesto hacia los prisioneros—. Llevadlos al anfiteatro —dijo a dos de sus hombres.

Los dos pistoleros movieron las armas para indicar a los prisioneros que se levantasen y echaran a andar. Sophie ayudó a Sam, y un par de estudiantes ayudaron al doctor Haasis. Con golpes y empujones, los cautivos siguieron el sendero que conducía a la playa. El hombre de la cicatriz se acercó a la tienda de los objetos y cogió el papiro de la mano de su subordinado. Lo observó durante unos minutos a la

luz de las bombillas colgantes y después cogió la caja de cerámica y ordenó al hombre que fuera a buscar el camión aparcado fuera del yacimiento.

Dirk vigiló desde su escondite hasta que se llevaron a Sophie y los demás del campo. Entonces avanzó con sigilo entre las ruinas, hacia la playa, por un camino paralelo al de los prisioneros. Su mente funcionaba a toda velocidad en el intento de idear un plan de rescate o encontrar algo que pudiese usar como arma, pero sus opciones eran escasas frente a unos hombres armados con fusiles de asalto automáticos.

No era una noche clara, y Dirk tuvo que avanzar con mucha precaución para no tropezar en el suelo rocoso. No perdía de vista la luz de una linterna que se balanceaba a su derecha en la mano del pistolero que encabezaba el grupo. La pendiente se niveló en un tramo corto cuando Dirk cruzó lo que antaño había sido una calzada empedrada. La luz de la linterna desapareció detrás de un muro, a unos dieciséis metros, pero Dirk siguió adelante, guiándose por el sonido de los pasos de los cautivos que bajaban por el sendero. Temeroso del sonido de sus propios pasos, se detuvo y permaneció agachado durante un par de minutos, hasta que la columna se alejó un buen trecho, y entonces se acercó al muro. Las piedras sueltas sonaron bajo sus pies a medida que se aproximaba a la barrera. Resiguiéndolo con la mano, llegó hasta el final y se asomó para buscar la luz de la linterna.

Un frío aro de acero le golpeó de pronto la garganta, muy cerca de la tráquea. Dirk sacudió la cabeza: uno de los árabes, con el rostro cubierto con un pañuelo, había aparecido al otro lado del muro y mantenía el cañón del fusil contra su cuello. Incluso en la penumbra, Dirk vio la maliciosa hostilidad en los oscuros ojos del asaltante.

—No se mueva o es hombre muerto —susurró el árabe.

El cañón del fusil no se apartó de la nuca de Dirk mientras volvía a subir por el sendero, de vuelta al campamento. Entró en la tienda de los objetos, donde uno de los árabes se apresuraba a apilar las cajas de plástico para llevárselas. El pañuelo se le había bajado, y Dirk se fijó en sus facciones de hurón. Un segundo más tarde, el jefe de los terroristas entró en la tienda.

—Tápate la cara —ordenó al hombre en árabe.

El subordinado se apresuró a subirse el pañuelo con una mirada de indignación. El jefe se volvió hacia Dirk y el otro guardia.

—¿Por qué has traído a este hombre aquí? —preguntó.

—Conté las tiendas ocupadas y faltaba una persona. Le vi siguiendo a sus amigos hacia la playa. —Levantó unas gafas de visión nocturna que le habían servido para detectarlo.

El jefe asintió y observó a Dirk de arriba abajo.

—¿Lo mato o lo llevo con los demás? —preguntó el guardia.

El jefe negó con la cabeza.

—Átale y llévale al camión. Un rehén podría sernos útil hasta que nos marchemos de aquí. —Desenfundó su pistola y apuntó a Dirk para que su secuaz pudiese maniatarlo.

El guardia cortó un trozo de una de las cuerdas de la tienda y le ató las muñecas y los brazos a la espalda. En cuanto acabó, encañonó de nuevo a Dirk y se lo llevó ladera arriba. Un centenar de metros más adelante, pasaron junto al cadáver de Holder: el agente de Antigüedades yacía boca abajo en un charco de sangre. Aparcado un poco más allá había un camión desvencijado que habían traído desde el aparcamiento hasta el sendero.

El guardia llevó a Dirk hasta la parte de atrás y con un tremendo empujón le tumbó boca abajo en la caja. Antes de que Dirk pudiese girarse, el hombre se apresuró a subir y le ató los tobillos con otro trozo de cuerda.

—No intentes escapar del camión, mi larguirucho amigo, o te mataré —dijo. Descargó un puntapié contra las costillas de Dirk y saltó de la caja.

Dirk no hizo caso del dolor mientras miraba al guardia regresar al campamento. Forcejeó con las ligaduras en las muñecas, pero estaban demasiado apretadas para que pudiera liberarse. Comenzó a deslizarse por la caja en busca de alguna herramienta o cualquier cosa que pudiera servirle, pero solo chocó con una pila de recipientes de plástico. Se arrastró una vez más para ponerse de cara a la puerta trasera, que permanecía abierta.

El vehículo tenía puertas dobles que dejaban una caída vertical al suelo. Dirk se asomó al borde de la caja y se fijó en el parachoques oxidado y en la pintura blanca

desconchada. El borde interior del parachoques era delgado y estaba gastado pero bien podía servir como instrumento cortante.

Para llegar al parachoques con las manos atadas a la espalda tuvo que hacer acrobacias, y durante el primer intento le faltó poco para caerse del camión. Consiguió apoyar las manos en un extremo del parachoques y después apoyó la cuerda para comenzar a moverla atrás y adelante contra el borde serrado. Apenas había conseguido desgastar la cuerda cuando oyó pasos en el sendero. Se apresuró a acomodarse de nuevo en la caja con las manos debajo del cuerpo.

El guardia y el hombre con cara de hurón llegaron cargados con más recipientes de plástico que dejaron dentro del camión. El tipo con cara de hurón saltó a la caja y apiló los recipientes junto a la cabina. Al pasar, aprovechó la oportunidad de superar a su compañero y descargó una patada contra la nuca de Dirk.

El joven exageró el dolor provocado por el golpe: gimió muy fuerte y se retorció como si no pudiese soportarlo. El árabe se rió y se marchó charlando alegremente con su compañero por el camino de regreso al campamento. Dirk no perdió ni un segundo en volver a su posición y seguir frotando la cuerda contra el borde del parachoques. La cuerda fue cediendo, hasta que de pronto sintió el borde serrado contra su muñeca. En un instante acabó de quitarse la cuerda de las muñecas y los brazos. Se sentó y, con las manos libres, comenzó a desatar la cuerda de los tobillos. Por un momento dudó: había oído el ruido de pasos en la gravilla del sendero. Un nudo demasiado prieto se le resistía. Relajó la tensión de las piernas y por fin lo consiguió. En cuanto la cuerda se soltó, volvió a tumbarse en la caja, con la cuerda envuelta alrededor de los tobillos y los brazos a la espalda.

Esta vez el árabe con cara de hurón se acercaba solo por el camino. Dirk sonrió para sus adentros al ver que el hombre llegaba cargado con una pila de cajas y no llevaba arma. Como antes, dejó los recipientes en la caja y a continuación subió para colocarlos con los demás junto a la cabina. Dirk comenzó de nuevo con los gemidos, al tiempo que se retorció para colocarse en una posición mejor. Esperó hasta que los recipientes estuvieron apilados y el árabe se giró para darle el puntapié de rigor. Pero en el instante en que el hombre levantó el pie, Dirk rodó hacia delante con todas sus fuerzas para chocar contra el otro tobillo.

El árabe, que se aguantaba en un solo pie, perdió el equilibrio de inmediato como consecuencia del impacto. En el momento en que caía, Dirk se levantó, le sujetó el pie alzado y tiró hacia arriba. El hombre, sorprendido por ese ataque inesperado, golpeó el suelo con la cabeza y los hombros, y tres recipientes de plástico volaron por los aires. El contenido de uno de ellos acabó a la vista a los pies de Dirk. El joven se apresuró a coger la caja de cerámica y se lanzó sobre su oponente. El árabe intentaba ponerse de rodillas cuando Dirk le estrelló la caja contra la sien. La caja se hizo añicos y el hombre cayó inconsciente.

—Lo siento, doctor Haasis —murmuró Dirk. Recogió el rollo de papiro aplastado y lo guardó en la caja de plástico. Luego ató al hombre con cara de hurón de la misma manera que le habían maniatado a él, y saltó del camión.

El sendero seguía en silencio cuando se acercó a la cabina con la intención de hacerse con las llaves de contacto, pero no estaban. Continuó caminando con paso lento y metódico hasta llegar a un campo vecino y entonces echó a correr. Receloso del pistolero con las gafas de visión nocturna, se dijo que su mejor oportunidad de que no le descubriesen era desaparecer de la vista cuanto antes.

Comenzó a bajar la ladera hacia la playa por las quebradas que le ofrecían mejor cobijo. Pensó en salir del yacimiento de Cesarea para buscar ayuda, pero comprendió que para cuando la policía apareciese, los ladrones ya se habrían ido y, con ellos, Sophie, Haasis y los demás.

Avanzó a tropezones entre las ruinas de una residencia de dos mil años de antigüedad y cruzó un viejo jardín que acababa en un acantilado con vistas a la playa. Abajo, a su izquierda, se alzaba la sombra del anfiteatro romano. Era una de las construcciones mejor conservadas de Cesarea, un imponente semicírculo de gradas de piedra casi intacto que seguía utilizándose para representaciones teatrales y conciertos. Los arquitectos romanos habían situado el lado abierto de cara a la playa para ofrecer una espectacular visión del Mediterráneo como telón de fondo.

Dirk siguió el acantilado hasta que se halló sobre las gradas más altas del anfiteatro. Los rayos de dos linternas cruzadas en el suelo alumbraban al grupo de cautivos, acurrucados en la playa detrás del escenario. Vio dos guardias armados que iban de un lado a otro y farfullaban por encima del estrépito de las olas. También se fijó en que se encontraban en un lugar al que no podría llegar sin que lo descubrieran: la playa abierta a ambos lados y la plana extensión del mar al frente.

Observó que las olas rompían en la playa y llegaban a menos de veinte metros del grupo antes de retirarse. Advirtió que faltaba poco para la marea alta. Cuando una segunda tanda de olas llegó a la playa, tomó una decisión. Los guardias que vigilaban a los prisioneros daban la espalda al mar; no esperarían un ataque desde esa dirección. Su única oportunidad era acercarse por el agua.

Recorrió la playa con la mirada y apenas alcanzó a ver la lengua de tierra que se adentraba en el agua en el lugar donde había encontrado los papiros. Pensó en la táctica que seguiría y maldijo que la mayor parte de su equipo de buceo estuviese en su tienda. Pero el hoyo de pruebas aún no estaba terminado. Quizá quedaban por allí algunas herramientas y también el generador y la manguera.

Lo pensó un momento y luego hizo una mueca.

—Bueno, mejor un plan descabellado que *ningún* plan —murmuró para sí, y comenzó a bajar el acantilado hacia el mar.

Sophie se había dado cuenta de que los ojos del pistolero no dejaban de mirarla en ningún momento. El más bajo de los dos guardias se paseaba como un tigre hambriento y sus ojos inyectados en sangre se clavaban en ella con cada paso. Sophie evitó cualquier contacto visual, atendía a Sam y a Raban, y en ocasiones fijaba la vista en el mar. Eso solo sirvió para incitar todavía más al guardia, que acabó por reclamar su atención.

—Tú —dijo, y la apuntó con el arma—. Levántate.

Sophie se levantó sin prisa y permaneció con la vista baja. El pistolero apoyó el cañón del arma debajo de su barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Déjala en paz —gritó Raban con voz débil.

El pistolero se le acercó y, sin mediar palabra, descargó un puntapié contra la barbilla del agente. Raban cayó tumbado, con los ojos velados por el dolor.

—Cobarde —dijo Sophie, que por fin miró al guardia con desprecio.

El hombre se le acercó. Levantó el fusil y le pasó la punta del cañón por la mejilla y la barbilla como si le hiciese una caricia.

—Mahmoud, ¿te gusta ésa? —le preguntó su compañero, que los miraba con expresión divertida—. Para ser judía es bonita. Y para ser una agente de Antigüedades aún más —añadió con una carcajada.

Mahmoud no respondió; sus ojos miraban a Sophie con lujuria. Movié el cañón del arma por el lado de su cuello, y siguió por el cuello abierto de la camisa, deslizando el metal por su piel. Cuando el cañón llegó al segundo botón, presionó hacia abajo. Al ver que no se desprendía, movió el cañón hacia un lado con la intención de verle el pecho izquierdo.

Sophie estaba deseando darle un rodillazo en la entrepierna, pero optó por un rápido puntapié en la espinilla para reducir la probabilidad de que decidiese matarla. Mahmoud retrocedió con un grito de dolor y comenzó a saltar sobre un solo pie. Su compañero se echó a reír y sus carcajadas aumentaron la humillación del guardia.

—Te has topado con una muy valiente. Creo que es demasiado descarada para ti —comentó.

Mahmoud se recuperó del golpe y se acercó a Sophie. Se acercó tanto que ella pudo oler su apestoso aliento.

—Ya veremos quién es más valiente —dijo con los ojos encendidos de furia.

Se volvió para entregarle el fusil a su compañero en el mismo momento en que el estrepitoso rugido de un generador sonó en la playa. Unos pocos segundos más tarde, un sonoro chapoteo, como el del agua de una fuente, llegó por encima de las olas. Todos se volvieron en aquella dirección y vieron un arco de plata que se alzaba contra el horizonte.

—Mahmoud, ve a ver qué pasa —ordenó el compañero, con una expresión de pronto grave.

Mahmoud se inclinó hacia el oído de Sophie.

—Me divertiré contigo cuando vuelva —susurró.

Sophie le dirigió una mirada furibunda mientras el árabe daba media vuelta y se alejaba por la playa con el fusil preparado. Un segundo más tarde, se dejó caer sentada en la arena e intentó ocultar el temblor de sus manos. Para tratar de calmarse, pensó una vez más en Dirk y se preguntó si podría tener algo que ver con aquel súbito alboroto.

La figura de Mahmoud desapareció en la oscuridad mientras el otro guardia empezó a pasearse inquieto delante de los prisioneros. Miró a un lado y a otro de la playa y a continuación pasó junto al grupo para alumbrar las gradas vacías del anfiteatro. Al no ver a nadie, volvió a su posición de espaldas al mar.

Sam, que hasta entonces yacía tumbado en la arena, acabó por recuperarse del golpe recibido en la cabeza y se sentó.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sophie.

—Mejor —respondió él con voz pastosa. Miró a los demás y poco a poco se fue reorientando. Su mirada se fijó en el pistolero; levantó un brazo tembloroso en su dirección y preguntó—: ¿Quién es éste?

—Uno de los terroristas que nos tienen prisioneros —contestó Sophie con un tono amargo. Pero en las últimas palabras casi se atragantó al mirar hacia el guardia y descubrir que Sam no se refería al árabe.

A unos diez metros del pistolero, una figura sombría había emergido de las olas y se acercaba al hombre desde atrás, en línea recta. Era alto, delgado y sujetaba un objeto contundente en las manos. A Sophie casi le estalló el corazón en el pecho cuando le reconoció.

Era Dirk.

El guardia permanecía de espaldas al mar, su mirada controlaba la zona del anfiteatro. Le hubiera bastado girar la cabeza para descubrir la presencia de Dirk y comenzar a disparar. Sophie comprendió que necesitaba retener su atención para que Dirk pudiese completar el ataque.

—¿Cómo... cómo te llamas? —tartamudeó.

El pistolero la miró con suspicacia y luego se echó a reír.

—¿Mi nombre? Puedes llamarme David, el pastorcillo que guarda su rebaño.

Orgullosa de su respuesta, miró a Sophie muy ufana. Ella intentó no mirar más allá del árabe mientras la figura oscura se acercaba.

—¿Qué harás con los objetos, David? —le preguntó para mantener su atención.

—Convertirlos en dinero, por supuesto —contestó el guardia con otra carcajada. Entonces detectó un movimiento detrás y se volvió, pero demasiado tarde.

La hoja de una pala le golpeó en la cabeza antes de que acabase el giro. Cayó de rodillas, atontado. Intentaba levantar el arma cuando Dirk descargó un segundo golpe de revés en el otro lado de la cabeza que le dejó inconsciente.

—¿Están todos bien? —preguntó, con el aliento entrecortado y chorreando agua salada.

Sophie se levantó de un salto y le cogió un brazo, contenta a más no poder de que estuviera allí.

—Estamos bien, pero hay otro pistolero que acaba de alejarse hacia la playa.

—Lo sé. Puse el generador en marcha y la manguera de presión para alejarle.

No había acabado de decirlo cuando el sonido del generador se apagó y el chorro de agua cesó.

—No tardará en volver —dijo Sophie, en voz baja.

Dirk echó una rápida ojeada al grupo de prisioneros. Sam, sentado con la mirada perdida, se apoyaba en el agente Raban, que se apretaba la herida. El doctor Haasis continuaba acostado con el vendaje en el muslo; parecía estar en estado de choque. Los estudiantes —tres mujeres y dos hombres— le miraban impotentes. Dirk comprendió en el acto que el grupo no estaba en condiciones para una huida rápida. Miró al pistolero inconsciente, luego se volvió hacia Sophie.

—Ayúdame a quitarle la chaqueta.

Dirk levantó el torso del guardia y Sophie le quitó la chaqueta negra. Después Dirk lo arrastró hasta detrás de los prisioneros.

—Enterradle las piernas en la arena, y poneos delante del tronco —les dijo a los dos chicos. Los estudiantes se apresuraron a taparle los pies y las piernas con arena, y a continuación se sentaron delante con las piernas cruzadas para acabar de ocultarle.

Dirk le quitó el pañuelo, se envolvió con él la cabeza y se puso la chaqueta negra. Volvió a situarse delante del grupo y cogió el fusil de asalto.

—Ahí viene —susurró alguien con voz asustada.

—Siéntate —le pidió Dirk a Sophie.

Comprobó el arma. Era un AK-74 fabricado en serie y sin duda entrado de contrabando desde Egipto. Estaba familiarizado con esa arma porque en una ocasión la había utilizado en un polígono de tiro. Buscó en el lado izquierdo el selector de tiro para asegurarse de que estaba en automático, y accionó el seguro. Preparado, levantó el arma y miró al grupo como si montase guardia.

Mahmoud apareció por la playa y se acercó al grupo con expresión de enfado.

—Alguien montó una fuente de agua con un generador —susurró—. El chorro llegaba a quince metros de altura.

Dirk no se movió, a la espera de que el otro se acercase. Se guió por el sonido de las pisadas y, en cuanto le tuvo cerca, se volvió despacio y el AK-74 quedó a la altura del pecho de Mahmoud.

—¿Has cuidado bien de la chica mientras yo no estaba? —preguntó el árabe, que de pronto se quedó de una pieza.

Acababa de descubrir que su silencioso compañero se había vuelto más alto, vestía unos pantalones cortos que estaban empapados, y le miraba furioso con un par de ojos verdes. Y el Kalashnikov apuntaba a su pecho.

—Suelta el arma —ordenó Dirk.

Sophie lo repitió en árabe, pero no era necesario. Mahmoud había entendido muy bien la orden de Dirk. El pistolero miró a Sophie, a los estudiantes, y de nuevo a Dirk. «Aficionados», pensó. Habían engañado a su compañero, Saheem, pero no podrían con él.

—Sí, sí —dijo al tiempo que asentía con la cabeza, y bajó el fusil hacia el suelo, pero de pronto se dejó caer sobre una rodilla, se llevó la culata al hombro y apuntó a Dirk.

El AK-74 en las manos de Dirk disparó primero. Cuatro proyectiles atravesaron el pecho de Mahmoud y le tumbaron de espalda antes de que llegase a apretar el gatillo. Un fuerte jadeo escapó de sus labios. Sus últimas palabras se perdieron bajo el grito de horror de una de las estudiantes. Sophie se levantó a la carrera y se acercó a Dirk.

—Era un cerdo asqueroso —comentó con la mirada puesta en el cadáver.

Dirk respiró hondo para calmar los nervios, y luego se acercó a Mahmoud para recoger su fusil. Desde lo alto de la colina, el sonido del claxon del camión resonó en la playa.

—Quizá sea la llamada a las armas —comentó Dirk—. Tenemos que salir todos de aquí y ocultarnos.

Fue hasta el grupo y llamó a uno de los estudiantes, un muchacho nervudo de piernas largas.

—Thomas, necesitamos que vayas a buscar ayuda. Hay una urbanización a menos de dos kilómetros, en la playa. Busca un teléfono, y a ver si consigues que la policía acuda pronto. Asegúrate de decirles a qué se enfrentarán.

El joven se levantó, miró a sus compañeros y luego se volvió y echó a correr por la playa. Dirk barrió con la mirada el lugar y a continuación se dirigió al grupo.

—Tenemos que irnos antes de que vengan a buscar a sus amigos. Vamos a intentar llegar a la parte de atrás del anfiteatro.

—Éste se mueve. —Uno de los estudiantes señalaba la figura tumbada de Saheem.

—Déjale estar —respondió Dirk. Se acercó a Sophie y le dio uno de los fusiles de asalto—. ¿Serviste en las fuerzas de defensa de Israel?

—Sí, cumplí mis dos años. —El servicio militar obligatorio en Israel incluye a las mujeres. Cogió el fusil sin vacilar.

—¿Puedes cubrirnos la retirada? —preguntó Dirk.

—Lo intentaré.

Dirk se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Mantente cerca de nosotros.

Dirk acudió en ayuda del doctor Haasis. Los ojos del profesor estaban opacos, y tenía la piel muy pálida por la pérdida de sangre y la conmoción. Con la ayuda de otro estudiante, le sostuvieron para cruzar la playa. Seguido por los demás, los guió por el escenario del anfiteatro en dirección al extremo más apartado de las gradas. Sophie, a unos pocos metros, cerraba la marcha, atenta a la aparición de cualquier figura en la oscuridad.

Casi sin aliento, Dirk cargó con el peso muerto del profesor hasta la parte de atrás de la imponente construcción. Muy cerca, en un lateral, había un almacén pequeño donde guardaban los equipos para los conciertos. Dirk llevó a Haasis detrás del almacén y le acostó en el suelo. Los estudiantes y los agentes heridos se tumbaron junto al profesor. Sophie apareció unos segundos más tarde.

—Nos atrincheraremos aquí a esperar a que llegue la policía —dijo Dirk, convencido de que el rincón ofrecía una buena posición defensiva.

—Dirk, veo unas luces que bajan por el sendero —avisó Sophie en voz baja.

Se asomaron por una esquina del almacén y vieron un par de luces débiles que se balanceaban por el sendero. Los rayos de luz se acercaban a la playa y de vez en cuando se oían gritos de llamada. Uno de los rayos enfocó a Saheem, que había conseguido levantarse pero se tambaleaba como un borracho. No tardaron en encontrar el cadáver de Mahmoud, y el tono de las voces aumentó. Una de las luces recorrió el interior del anfiteatro. Dirk rodeó a Sophie con un brazo y la echó hacia atrás.

—Perdona —susurró, y aflojó un poco la presión—. Llevan gafas de visión nocturna.

Sophie pasó un brazo por la cintura de Dirk y le devolvió el apretón. Permanecieron abrazados unos instantes, hasta que Dirk se asomó de nuevo. Para su alivio, las luces se alejaban por la playa y comenzaron a subir la colina. Unos minutos más tarde se oyó el ruido lejano del motor del camión que salía del parque arqueológico.

Diez minutos después oyeron el aullido de las sirenas y los destellos de las luces de emergencia. Dirk y Sophie subieron al campamento: un grupo de policías armados con linternas de gran potencia y pastores alemanes bajaban por el sendero. Condujeron a los policías al anfiteatro. Los camilleros se ocuparon de llevar a Haasis y a los agentes heridos hasta las ambulancias para evacuarlos de inmediato. Dirk observó con curiosidad que el cadáver de Mahmoud había desaparecido; sus camaradas lo habían cargado colina arriba para llevárselo en el camión junto con los objetos robados.

Después de responder a las numerosas preguntas de la policía, Dirk echó una ojeada a la tienda de los objetos. Tal como suponía, se habían llevado todas las cajas con los papiros. En cambio, todos los demás objetos hallados en el almacén seguían desparramados sobre las mesas, en distintas etapas de análisis y conservación. Al salir vio a Sophie que volvía del aparcamiento. La luz de las lámparas colgadas le permitió ver que tenía los ojos rojos y que parecía temblar. Se acercó deprisa y le cogió una mano.

—Acaban de llevarse a Arie —dijo Sophie. Arie era el agente Holder—. Lo han matado por un puñado de objetos estúpidos.

—Eran ladrones y asesinos expertos —comentó Dirk, con un gesto hacia la tienda—. Se han llevado los papiros, y han dejado todo lo demás.

El rostro de Sophie pareció endurecerse.

—El supuesto agente de Antigüedades les dio el soplo. Stephanie, una de las estudiantes, cree que era uno de los pistoleros de esta noche.

—¿Tienes alguna idea de quién emplearía tácticas propias de un comando para hacerse con antigüedades y venderlas en el mercado negro?

—Mis primeros sospechosos serían los Mulos —respondió Sophie—. Una banda de contrabandistas libaneses que se cree que tienen vínculos con Hezbollah. Por lo general se dedican al tráfico de armas y drogas, pero también se han metido en el campo de las antigüedades. Son los únicos que conozco que matarían por conseguir objetos.

—No creo que los papiros sean algo fácil de vender.

—Lo más probable es que ya los hayan cobrado. Esto tiene todo el aspecto de ser un trabajo contratado por un coleccionista rico que no conoce límites.

—Atrápalos —dijo Dirk.

—Lo haré por la memoria de Holder —afirmó Sophie con vehemencia. Contempló el mar por unos instantes, y después a Dirk con una expresión mucho más dulce—. No creo que ninguno de nosotros estuviera vivo ahora de no haber sido por tu aparición en la playa.

—Quería estar seguro de que conseguiría una segunda cita.

—Eso —dijo Sophie poniéndose de puntillas y dándole un beso en la mejilla— te lo garantizo ahora mismo.

Pitt, en la sala de embarque de la terminal, soltó un largo suspiro de alivio. Miró a través de la ventana cómo el avión con Loren a bordo se apartaba de la puerta y carreteaba para ponerse en la cola de aviones que esperaban para despegar del aeropuerto internacional Atatürk. Por fin podía relajarse porque sabía que su esposa estaba fuera de peligro.

Habían sido muchas horas de inquietud desde que en el muelle de Yenikoy había visto cómo los pistoleros se alejaban en el transbordador del Bósforo. Loren y él se habían apresurado a coger un taxi para volver a toda prisa a Estambul. Habían entrado en el hotel por la puerta trasera y pagado la cuenta. En otro taxi habían zigzagueado por toda la ciudad para asegurarse de que no los perseguían, y al final del día se habían alojado en un hotel modesto cerca del aeropuerto para pasar la noche.

—Tendríamos que haber ido a la embajada para comunicar lo sucedido —se quejó Loren al entrar en la habitación—. Al menos nos hubiesen asignado una custodia en un bonito hotel.

—Tienes razón —asintió Pitt—. Después de treinta y siete entrevistas con una docena de burócratas, seguramente nos habrían encontrado un lugar seguro para dentro de una semana. —No le sorprendía lo más mínimo que Loren no hubiese mencionado antes la ayuda diplomática. A pesar de sus muchos años en el Congreso, en muy contadas ocasiones utilizaba su rango para conseguir un tratamiento especial.

—El Departamento de Estado se va a enterar de esto —dijo Loren—. Esos tipos tienen que estar entre rejas.

—Hazme un favor: espera a llegar sana y salva a casa antes de levantar la liebre.

Cambiaron sus billetes, y Loren se marchó en el primer vuelo a Washington. Pitt, como tenía tiempo antes de tomar el avión que le llevaría a Chios, desayunó en un café del aeropuerto y llamó al doctor Ruppé. Se sorprendió cuando el arqueólogo respondió en el número de Roma que le había dado.

—¿Me llamas desde el aeropuerto? —preguntó Ruppé, que oyó el aviso de embarque que sonaba en un altavoz encima de la cabeza de Pitt.

—Sí. Acabo de despedir a Loren y estoy esperando a que salga mi vuelo.

—Creía que ibais a quedaros un día más.

Pitt le puso al corriente de la aventura vivida en el Bósforo.

—Demos gracias de que los dos estáis bien —dijo Ruppé, atónito por la historia—. Esos tipos tienen que estar muy bien relacionados. ¿Se lo has comunicado a la policía?

—No. Después de que descubrieran nuestro paradero con tanta facilidad no me pareció aconsejable.

—Una medida prudente. La policía turca tiene fama de corrupta. Si debo basarme en mis propias malas noticias, hiciste muy bien en actuar de esa manera.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado mi ayudante en el museo. Al parecer, alguien entró en mi despacho durante el día y lo puso patas arriba. La buena noticia es que no encontraron la caja de seguridad, así que tu corona de oro sigue a salvo.

—¿Y la mala?

—Se llevaron las monedas y algunos de mis documentos, entre ellos tu carta náutica con las coordenadas del naufragio. No puedo afirmarlo, pero tiene que haber una relación entre todos estos hechos. Nunca me había pasado algo así.

—¿Otro subproducto de las filtraciones de la policía turca? —preguntó Pitt.

—Podría ser. Mi ayudante ha presentado la denuncia, y están realizando una investigación. Como en el robo de Topkapi, afirman que trabajan sin ninguna pista.

—A estas alturas deberían tenerlas a montones —se lamentó Pitt.

—Supongo que no podemos hacer mucho más. Me ocuparé de analizar tu corona cuando regrese a Estambul.

—Cuídate, Rey. Te llamaré dentro de unos días.

Pitt colgó el teléfono con la ilusión de que en ese momento se acabase cualquier relación con los ladrones de Topkapi.

Pero en el fondo tenía la sensación de que no sería así.

La casa, de arquitectura marroquí, gozaba de una vista panorámica impresionante del Mediterráneo desde su ubicación en un promontorio rocoso de la costa turca. No era gigantesca, como algunas de las mansiones multimillonarias situadas cerca del mar, pero en cambio había sido construida con gran esmero en los detalles. El exterior estaba revestido de azulejos, y cúpulas pequeñas remataban las esquinas del tejado. La funcionalidad sobrepasaba a la opulencia, y se habían dedicado muchos recursos a garantizar la privacidad de la residencia. Un muro de piedra rodeaba el perímetro que daba tierra adentro para impedir la visión de la casa a los residentes locales y a los turistas que circulaban por la carretera de la costa en sus viajes de ida y vuelta a la vecina playa de Kuadasi.

Ozden Celik, desde uno de los ventanales, miraba más allá de las resplandecientes aguas azules del mar, hacia el borroso perfil de Samos, una isla griega a unos veinte kilómetros de distancia.

—Es indignante que las islas de nuestro litoral pertenezcan a otra nación —comentó con amargura.

Maria, sentada a un escritorio, repasaba una pila de documentos financieros. La habitación, decorada con el mismo estilo que el despacho del Bósforo, tenía alfombras artesanales en el suelo y objetos de la era otomana en las paredes y las estanterías.

—No te amargues pensando en los fracasos de hombres que murieron hace mucho tiempo —dijo.

—Esa tierra era nuestra cuando gobernaba Soleimán. Fue el gran Atatürk quien sacrificó nuestro imperio —dijo Celik con sarcasmo.

Maria no hizo caso del comentario; había escuchado infinidad de veces las diatribas de su hermano contra el fundador de la Turquía moderna. Celik se volvió hacia su hermana; sus ojos brillaban.

—No podemos olvidar nuestro linaje ni aceptar que nos nieguen nuestro legítimo destino.

Maria asintió.

—Hemos recibido la transferencia del jeque —dijo, y le mostró el recibo del banco.

—¿Veinte millones de euros?

—Sí. ¿Cuánto le prometiste al muftí?

—Le dije que esperábamos doce millones. Le daremos catorce y nos quedaremos el resto, como antes.

—¿Por qué tanta generosidad? —preguntó Maria.

—Es importante mantener su confianza. Además, me permitirá tener mayor

influencia a la hora de decidir en qué se gasta el dinero.

—Supongo que ya tienes una estrategia...

—Por supuesto. Los sobornos a jueces y abogados se llevarán una buena parte; hemos de tener la seguridad de que el Partido de la Felicidad, con el muftí Battal como cabeza de lista, participará en las próximas elecciones presidenciales. El resto de los fondos se emplearán en los gastos habituales de la campaña electoral: mítines, promoción, publicidad y recaudación de fondos.

—A la vista de cómo exprime a las mezquitas, sus arcas deben de estar llenándose muy deprisa, por no mencionar su creciente popularidad.

—El mérito es nuestro —afirmó Celik con orgullo.

Encontrar al líder islámico que le serviría para conseguir sus objetivos, y ganarse su confianza, le había llevado años. El muftí Battal tenía la combinación necesaria de ego y carisma para dirigir el movimiento, pero era maleable a los designios de Celik. Gracias a la muy bien orquestada campaña de sobornos y amenazas por parte de Celik, Battal había consolidado el apoyo de los grupos fundamentalistas islámicos por toda Turquía y poco a poco lo había transformado en un movimiento nacional. Celik, trabajando siempre entre bambalinas, se disponía a convertir el movimiento religioso en una fuerza política. Era lo bastante listo para saber que sus aspiraciones toparían con la resistencia de algunos sectores, por eso había enganchado su carro al líder populista.

—Según los comentarios de la prensa, la gente sigue muy indignada por el asalto de Topkapi —dijo Maria—. Lo consideran una tremenda afrenta a los fieles musulmanes. Seguro que la popularidad del muftí sube uno o dos puntos.

—Ése era el objetivo —replicó Celik—. Debo ocuparme de que haga una declaración pública condenando a los ladrones como sacrílegos —añadió con una sonrisa burlona.

Se acercó al escritorio y se fijó en las monedas que había en una caja junto a una pila de revistas y una carta náutica. Maria había robado aquellos objetos del despacho del doctor Ruppé cuando visitaba el museo fingiendo ser una turista.

—Un tanto arriesgado volver a la escena del crimen, ¿no? —preguntó Celik.

—No era la Cámara Privada de Topkapi. Me dije que había una posibilidad remota de que nuestra segunda bolsa con las reliquias de Mahoma hubiese acabado allí, hasta que me enteré de lo contrario por la policía. Entrar en ese despacho resultó de lo más sencillo.

—Además de las monedas, ¿hay algo interesante? —preguntó su hermano; había sacado una moneda del recipiente y la estaba admirando.

—Una caja de cerámica de Iznik. Según una nota del arqueólogo, data del reinado de Soleimán, como las monedas. Al parecer todo proviene de un pecio descubierto por el estadounidense.

El interés de Celik se reflejó en su rostro.

—¿Un pecio otomano? Quiero saber más.

Llamaron a la puerta del despacho y un segundo más tarde se abrió y apareció un hombre fornido que vestía un traje oscuro. Tenía la piel clara y unos ojos grises y fríos que sin duda conocían muy bien el lado oscuro de la vida.

—Sus visitantes han llegado —anunció con voz áspera.

—Hazlos pasar —le ordenó Celik—, y vuelve con otro jenízaro.

La palabra «jenízaro» tenía siglos de antigüedad y denominaba a los guardias personales y las tropas de élite de los sultanes otomanos. Un detalle curioso era que los primeros jenízaros que estuvieron al servicio del palacio islámico no eran musulmanes sino cristianos del área de los Balcanes. Reclutados en la niñez, los educaban y preparaban como sirvientes, guardaespaldas, e incluso como comandantes del ejército al servicio del imperio del sultán.

Los jenízaros de Celik eran cristianos reclutados en Serbia y Croacia, y la mayoría de ellos habían pertenecido a comandos militares. Sin embargo, Celik los había contratado estrictamente en calidad de guardaespaldas y mercenarios.

El jenízaro se retiró y al poco volvió con un compañero que escoltó a tres hombres hasta el interior del despacho. Se trataba de los asesinos que habían perseguido a Pitt y a Loren en el Bósforo. Entraron con recelo y evitaron el contacto visual directo con Celik.

—¿Eliminasteis a los intrusos? —preguntó Celik sin un saludo.

El más alto de los tres, el de las gafas de espejo, habló en nombre del grupo.

—Al parecer, ese tal Pitt y su esposa advirtieron nuestra presencia y escaparon en un transbordador a Sariyer. Volvimos a encontrarlos, pero consiguieron huir.

—O sea que fracasasteis. —Las palabras de Celik pendieron en el aire como el hacha del verdugo—. ¿Dónde están ahora, Farzad?

El hombre sacudió la cabeza.

—Dejaron el hotel. No sabemos si siguen en la ciudad.

—¿Qué hay de la policía? —le preguntó Celik a su hermana.

—No nos han notificado nada —contestó Maria.

—Ese Pitt... o es un hombre muy afortunado o tiene muchos recursos.

Celik se acercó al escritorio y cogió una moneda de oro.

—Sin duda volverá al barco naufragado. Un pecio otomano. —Enfatizó la última palabra. Se acercó a Farzad para mirarle a los ojos—. Me has fallado una vez. No toleraré una segunda.

Se apartó y se dirigió a los tres hombres.

—Se os pagará por vuestro trabajo. Podéis recoger la paga a la salida. Cada uno de vosotros deberá permanecer oculto hasta que se os llame para el próximo proyecto. ¿Está claro?

Los tres hombres asintieron en silencio. Uno de los jenízaros abrió la puerta, y se apresuraron a salir.

—Un momento —gritó Celik de pronto—. Atwar, quiero hablar contigo. Vosotros dos podéis ir.

El hombre de la camisa azul se quedó donde estaba mientras Farzad y el iraní abandonaban la habitación. El primer jenízaro cerró la puerta y se situó detrás de Atwar. Celik se acercó al iraquí.

—Atwar, permitiste que ese Pitt te dejara fuera de combate durante el robo en Topkapi. Como resultado, perdimos el manto sagrado del Profeta, que ya teníamos en nuestro poder. Y ayer permitiste que se escapase de nuevo...

—Nos pilló a todos por sorpresa —tartamudeó Atwar, que miró a Maria en busca de apoyo.

La joven permaneció en silencio mientras Celik abría un cajón y sacaba una cuerda de arco de noventa centímetros de longitud. Como sus antepasados otomanos, era su arma favorita para las ejecuciones.

—A diferencia de Farzad, tú me has fallado dos veces —dijo Celik. Hizo un gesto al jenízaro.

El guardia dio un paso y sujetó a Atwar por detrás con un abrazo de oso para impedirle cualquier movimiento de los brazos. El iraquí intentó resistirse, pero el jenízaro era mucho más fuerte.

—¡Fue culpa de ella! —gritó, con un movimiento de cabeza hacia Maria—. Nos ordenó que secuestráramos a la mujer. Nada de esto habría ocurrido si la hubiésemos dejado ir.

Celik no hizo caso de la acusación y se acercó poco a poco hasta quedar a unos centímetros del rostro del hombre, que no paraba de forcejear.

—Ya no volverás a fallarme —le susurró al oído.

Pasó la cuerda alrededor del cuello de Atwar y la apretó girándola con un cilindro de madera lacada.

Atwar gritó, pero su voz no tardó en apagarse a medida que la cuerda se apretaba alrededor de su garganta. Su rostro adquirió un color azulado y los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas mientras Celik continuaba aumentando la presión de la cuerda. Una mirada de deleite perverso apareció en sus ojos, fijos en el rostro del moribundo. Mantuvo la cuerda apretada hasta mucho después de que el cuerpo de su víctima quedase inerte, como si quisiera disfrutar del momento. Por fin aflojó el garrote, pero se tomó su tiempo para quitarlo de la garganta de Atwar antes de devolverlo al cajón.

—Esta noche lleva el cuerpo mar adentro y arrójalo al agua —le ordenó al jenízaro.

El guardia asintió y sin demora arrastró el cadáver fuera del despacho.

Después de aquel asesinato, Celik parecía mucho más animado, y comenzó a pasearse por la habitación cargado de energía. Volvía a tener la moneda de oro en la mano y la acariciaba como si fuese el juguete de un niño.

—No deberías haber contratado a esos imbéciles para hacer nuestro trabajo —le reprochó a Maria—. Mis jenízaros podrían haberlo hecho sin ningún problema.

—Nos sirvieron bien en el pasado. Además, como tú mismo acabas de demostrar, son prescindibles.

—No podemos cometer errores en nuestro avance —afirmó Celik—. Las apuestas son demasiado altas.

—Yo dirigiré en persona la próxima operación. ¿Estás seguro de que quieres que sea en Jerusalén? No me parece que los beneficios justifiquen el riesgo.

—Tiene el potencial para crear un gran impacto unificador. Además, incitar un poco más el miedo a los sionistas nos vendrá muy bien para conseguir otros veinte millones de euros de nuestros patrocinadores árabes. —Celik detuvo sus andares por la habitación y miró a su hermana—. Soy consciente del peligro. ¿Estás decidida a realizar la tarea?

—Por supuesto —respondió Maria, sin pestañear—. Mi contacto en Hezbollah ha llegado a un acuerdo con un profesional que me ayudará en la misión por un precio correcto. Si surge alguna dificultad, están dispuestos a asumir la responsabilidad.

—¿Hezbollah no se ha opuesto a la naturaleza de la misión?

—No les di todos los detalles —contestó Maria con una sonrisa astuta.

Celik se acercó a su hermana y le acarició la mejilla.

—Siempre has demostrado ser el mejor compañero que puede pedir un hombre.

—Tenemos un destino —afirmó Maria, como un eco de las palabras dichas antes por su hermano—. Cuando nuestro bisabuelo fue enviado al exilio por Atatürk en 1922, acabó el primer imperio otomano. El abuelo y nuestro padre vivieron marginados y no consiguieron hacer realidad su sueño de la restauración. Pero, por la gracia de Alá, un nuevo imperio está ahora al alcance de nuestras manos. No podemos hacer otra cosa que actuar, por el honor de nuestro padre y de todos los que le precedieron.

Celik permaneció en silencio, con lágrimas en los ojos, y apretó tanto la moneda de oro que el puño le tembló.

II.

EL MANIFIESTO

El sumergible amarillo limón se deslizó bajo las aguas de la piscina lunar y enseguida desapareció de la vista. El piloto descendió sin demora; no quería permanecer cerca de la nave nodriza mientras las fuertes corrientes rivalizaban con un viento de fuerza siete.

Las frías aguas frente a las islas Oreadas, al nordeste de Escocia, pocas veces estaban calmas. Los frentes de tormenta del Atlántico norte castigaban las rocosas islas con olas imponentes mientras un viento huracanado parecía soplar sin descanso. Pero a treinta metros por debajo de las aguas tempestuosas, los tres pasajeros del sumergible se olvidaron muy pronto del mal tiempo que reinaba en la superficie.

—Me daba un poco de miedo el descenso, pero es mucho más tranquilo que el cabeceo del barco —dijo Julie Goodyear desde el asiento trasero.

La historiadora de la Universidad de Cambridge, en su primera inmersión, había estado intentando no vomitar desde que había subido a bordo del *Odin*, el barco de investigación de la NUMA en Scapa Flow, tres días antes.

—Señorita Goodyear, le garantizo que disfrutará tanto de esta inmersión que no querrá volver a aquella bañera —replicó el piloto con acento texano.

Jack Dahlgren, un hombre de ojos color acero y bigote en forma de herradura, movía los mandos del sumergible con la precisión de un cirujano para controlar el descenso.

—Tal vez sí. A no ser que me entre claustrofobia... —dijo Julie—. No entiendo cómo ustedes dos pueden encerrarse aquí tan a menudo.

Aunque Julie era alta, Dahlgren y la mujer que ocupaba el asiento del copiloto le sacaban unos centímetros. Summer Pitt se volvió para dirigirle una sonrisa de ánimo.

—Si fijas la vista en el mundo exterior —dijo, y señaló hacia delante—, te olvidarás de lo apretujada que estás aquí dentro.

Con su largo cabello pelirrojo, sus brillantes ojos grises y su metro ochenta de altura, Summer era una mujer muy atractiva incluso vestida con un mono de inmersión manchado de grasa. La hija del director de la NUMA, y hermana melliza de Dirk, estaba muy acostumbrada a los espacios pequeños. Empleada como oceanógrafa de la agencia, pasaba muchas horas estudiando el fondo marino desde el reducido espacio de los sumergibles.

—¿Qué tal si ilumino un poco las cosas? —dijo Dahlgren, que levantó la mano y apretó un par de interruptores por encima de su cabeza. Un juego de faros dobles iluminó el mar verde oscuro que los rodeaba.

—Esto está mejor —afirmó Julie, que ahora podía ver a unos trece metros de distancia—. No tenía idea de que podríamos ver tan lejos.

—Estas aguas son muy claras —señaló Summer—. Hay mucha más visibilidad

que la que teníamos en Noruega. —Summer y la tripulación del *Odin* acababan de regresar de un proyecto de tres semanas frente a la costa noruega, donde habían estado controlando los cambios de temperatura en el mar y su impacto en la vida marina.

—Estamos a cincuenta metros de profundidad —anunció Dahlgren—. Debemos de andar cerca del fondo.

Ajustó los tanques de lastre del sumergible para obtener una flotación neutra cuando el fondo de arena apareció debajo de ellos. Conectó el motor eléctrico, dio marcha adelante y efectuó una ligera corrección del rumbo con la mirada puesta en el girocompás.

—Estamos muy abajo, y la corriente todavía nos empuja con una fuerza de dos nudos —señaló, al notar la presión contra el casco exterior del sumergible.

—No me gustaría bucear aquí —comentó Summer.

Avanzaron un poco y vieron un largo objeto cilíndrico por la ventanilla de babor.

—Una chimenea —dijo Dahlgren cuando pasaron por encima del enorme tubo.

—Qué grande... —exclamó Julie, emocionada—. Estoy acostumbrada a ver las chimeneas en proporción al barco, en viejas fotografías en blanco y negro.

—Al parecer se hundió con mucha fuerza —opinó Summer al ver que un extremo del cilindro oxidado estaba aplastado.

—Los testigos explicaron que el *Hampshire* se quedó con la proa al aire, dio la vuelta y se hundió —dijo Julie—. Las chimeneas debieron de soltarse en ese momento, o quizá antes.

Summer acercó la mano a la consola y puso en marcha un par de videocámaras de alta definición.

—Cámaras funcionando. Jack, parece que hay un campo de restos a nuestra izquierda.

—Estoy en ello —respondió Dahlgren, que guió el sumergible contra la corriente.

A poca distancia, más allá de la chimenea, una serie de objetos oscuros asomaban en la arena. La mayoría eran restos imposibles de identificar, debido a la corrosión, que habían caído del barco cuando se hundía hacia el fondo.

Summer vio el casquillo de bronce de un proyectil y un plato de cerámica mezclados con trozos inidentificables a medida que la concentración de objetos aumentaba. Luego, una imponente silueta negra se materializó delante del sumergible. Tenía la forma inconfundible de un pecio enorme.

Casi cien años bajo el agua habían causado estragos en el crucero británico de la Primera Guerra Mundial. La nave parecía una masa retorcida de acero oxidado; descansaba en el fondo con una inclinación muy marcada hacia estribor. Había partes casi hundidas en la arena debido a los efectos de la corriente. Summer vio que la superestructura se había hundido y que la cubierta de teca había desaparecido hacía

décadas. Habían desaparecido incluso secciones del casco. El gran crucero superviviente de *Jutlandia* no era más que una sombra de lo que había sido.

Dahlgren guió el sumergible por encima de la popa del *Hampshire* y se detuvo allí como un helicóptero. Luego siguió la eslora hasta llegar a la proa, hundida en parte en la arena porque el morro del barco había sido lo primero en chocar contra el fondo marino. Dio la vuelta y guió el sumergible varias veces más de un extremo al otro. Las cámaras de vídeo registraban las imágenes mientras una segunda cámara fija tomaba fotos que luego formarían un mosaico del barco naufragado.

Al volver hacia popa, Summer señaló un agujero con los bordes dentados cerca de la bodega de popa. Junto al agujero había una pila de restos de un par de metros de altura.

—Ese agujero es muy extraño —comentó—. No parece que tenga nada que ver con el hundimiento del barco.

—La pila de restos me dice que algún equipo de rescate estuvo a bordo —dijo Dahlgren—. ¿Alguien entró en el barco antes de que el gobierno lo declarase sitio protegido?

—Sí. Sir Basil Zaharoff descubrió el barco naufragado en los años treinta y se ocupó de recuperar parte de los objetos —contestó Julie—. Buscaban el oro que se decía llevaba a bordo. Debido a las corrientes traicioneras, no consiguieron rescatar gran cosa. Se cree que no encontraron mucho oro, si es que encontraron algo.

Dahlgren los llevó por la superficie curva de la popa hasta que dio con los dos agujeros de los ejes que sobresalían debajo. Ambos estaban vacíos.

—En cualquier caso, alguien se llevó las grandes hélices de bronce —señaló Dahlgren.

—El gobierno británico no confirmó el lugar del naufragio hasta 1973 —explicó Julie—. Desde entonces, nadie ha conseguido una autorización para bajar al pecio. Me llevó tres años obtener algo tan sencillo como el permiso para hacer una exploración fotográfica, y eso gracias a que mi tío es miembro del Parlamento.

—Nunca viene mal tener a un pariente bien situado —comentó Dahlgren, que le dirigió un guiño a Summer.

—Me alegró mucho que su agencia ofreciese los medios para ayudar —dijo Julie—. No creo que hubiera podido conseguir el dinero necesario para contratar un sumergible comercial y a su tripulación.

—En nuestro proyecto en Noruega contamos con la ayuda de un par de microbiólogos de Cambridge —dijo Dahlgren—. Aparecieron con unas cuantas botellas de Old Speckled Hen. Eran unos tipos muy agradables, así que fue un placer devolverles el favor.

—¿Old Speckled Hen? —preguntó Julie.

—Una cerveza inglesa —le explicó Summer, que puso los ojos en blanco—. La

verdad del asunto es que en cuanto Jack se enteró de que había un pecio de por medio, era imposible que no acudiésemos a ayudar.

Dahlgren sonrió mientras llevaba el sumergible unos pocos metros por encima del crucero.

—A ver si damos con el lugar donde chocó con la mina —dijo.

—Lo que hundió al *Hampshire*, ¿fue una mina o un torpedo? —preguntó Summer.

—La mayoría de los historiadores creen que chocó con una mina —respondió Julie—. Soplaban una fuerte tempestad la noche que se hundió. El *Hampshire* zarpó con la escolta de varios destructores, pero el estado del mar les impidió seguirlo y el crucero continuó sin ellos. La explosión ocurrió cerca de la proa, lo que apoya la versión del choque contra una mina. El submarino alemán U-75 estaba en la zona e informó de que había soltado una serie de minas a lo largo de la costa.

—Menuda tragedia —comentó Summer.

—El crucero tardó menos de diez minutos en hundirse. Solo arriaron un puñado de botes salvavidas que acabaron aplastados por el barco o zozobraron por el oleaje. Los hombres que pudieron mantenerse a flote tuvieron que vérselas con la bajísima temperatura del agua. La mayoría de ellos murieron de hipotermia mucho antes de llegar a la costa. De los seiscientos sesenta y cinco tripulantes, solo sobrevivieron doce.

—Lord Kitchener no fue uno de ellos —dijo Summer en voz baja—. ¿Encontraron su cadáver?

—No —contestó Julie—. El famoso mariscal de campo no subió a los botes salvavidas, se hundió con el barco.

Un silencio reflexivo llenó el submarino mientras observaban ese barco que se había convertido en la tumba de tantos hombres. Dahlgren avanzó por la banda de babor, cerca de la cubierta principal, hundida en algunos lugares un par de metros. Al acercarse a la proa, vio unas ondulaciones en las planchas del casco. Luego los faros iluminaron un boquete de casi tres metros de anchura cerca de la línea de flotación.

—No me extraña que se hundiese tan rápido —comentó Dahlgren—. Por ese agujero pasaría una camioneta.

Corrigió la posición del sumergible hasta que las luces enfocaron el interior del boquete y vieron una masa metálica retorcida que alcanzaba dos cubiertas. Un abadejo enorme salió del interior, miró con curiosidad las brillantes luces y desapareció en la penumbra.

—¿Las cámaras están grabando? —preguntó Julie—. Será un material de investigación excelente.

—Sí, seguimos grabando —contestó Summer—. Jack, ¿podrías acercarte un poco más al lugar del impacto? —preguntó mientras miraba con atención por la ventanilla

de babor.

Jack ajustó los controles de propulsión hasta que se situaron a unos treinta o cuarenta centímetros del agujero.

—¿Hay algo que te ha llamado la atención? —preguntó Julie.

—Sí. Echa un vistazo a los bordes del boquete.

Julie observó los bordes serrados y cubiertos de óxido y no vio nada extraño. En el asiento del piloto, los ojos de Dahlgren se abrieron como platos.

—Que me aspen. Aquel trozo del borde parece salir hacia fuera.

—Lo mismo ocurre con todo el perímetro —dijo Summer.

Julie los miró desconcertada.

—¿De qué hablan? —preguntó por fin.

—Creo que Summer está sugiriendo que acusaron falsamente a los alemanes —contestó Dahlgren.

—¿Por qué?

—Porque —Summer señaló el boquete— la explosión que hundió al *Hampshire* parece que se produjo en el interior del barco.

Noventa minutos más tarde, el trío estaba en la sala comedor del *Odin* viendo los vídeos del *Hampshire* en una gran pantalla plana. Dahlgren pasó deprisa las imágenes iniciales del pecio y redujo la velocidad cuando la cámara se acercó al agujero en la banda de babor. Julie y Summer, sentadas con la nariz casi pegada a la pantalla, observaban las imágenes con atención.

—Para ahí —pidió Summer.

Dahlgren detuvo el vídeo en un primer plano del casco destrozado.

—Aquí se ve con toda claridad —dijo Summer, y señaló el borde serrado de acero que se abría como los pétalos de una flor—. La fuerza de la explosión que hizo esto tuvo que venir del interior del barco.

—¿Pudo haberlo hecho el equipo de rescate de Zaharoff? —preguntó Julie.

—Es poco probable —afirmó Dahlgren—. Aunque seguramente usaron explosivos aquí y allá, lo más lógico es que se abrieran paso para acceder a los espacios interiores que les interesaban. No tenían motivos para abrir un agujero de entrada de este tamaño, y menos tan cerca de la cubierta principal. —Pulsó el botón de PLAY del monomando mientras hablaba—. Los bordes hacia fuera en todo el contorno del boquete son la prueba de una explosión interna; si Zaharoff solo intentó ampliar un agujero que ya existía, el resultado no sería éste.

—¿Y si las municiones explotaron debido al impacto de un torpedo o al choque con la mina? —preguntó Summer.

—No es lo bastante grande —contestó Dahlgren—. Por lo que vimos del interior, los daños eran considerables, pero todo se concentraba cerca del casco. Si la munición hubiese estallado, habría destrozado una sección mucho más grande.

—Entonces solo nos queda una explosión interna —aceptó Julie—. Quizá, después de todo, había algo de verdad en los viejos rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó Summer.

—La muerte de lord Kitchener en 1916 fue un hecho trascendental. Dos décadas antes había sido el héroe de Jartum, en Sudán, y se le consideraba el artífice principal de la eventual derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Por supuesto, puede que fuese más conocido por los carteles de reclutamiento que mostraban su imagen señalándote con un dedo para animarte a que te unieses al ejército. Cuando no encontraron su cadáver, comenzaron a circular las teorías de la conspiración que aseguraban que había sobrevivido al naufragio o que un doble había embarcado en su lugar. Otros afirmaron que el IRA había colocado una bomba a bordo cuando reparaban el barco en Belfast unos meses antes.

—Supongo que este descubrimiento pone un nuevo obstáculo en tu biografía —señaló Summer.

—¿Por eso quería explorar el *Hampshire*, debido a Kitchener? —preguntó Dahlgren.

Julie asintió.

—Documentar el estado del *Hampshire* fue una iniciativa del decano, pero la fuerza impulsora es, desde luego, mi biografía del mariscal de campo. Supongo que tendré que volver a la vieja finca que Kitchener tenía en Canterbury para echar otra ojeada a sus archivos.

—¿Canterbury? —preguntó Summer—. Eso no está muy lejos de Londres, ¿verdad?

—No, a menos de cien kilómetros.

—Londres es mi próxima parada después de que volvamos a Yarmouth.

—Yarmouth es nuestro próximo puerto después de que la dejemos en Kirkwall —explicó Dahlgren a Julie—. Cargaremos provisiones y unos cuantos de nosotros emprendemos viaje a Groenlandia para otro proyecto. —Miró con envidia a Summer.

—Yo volaré a Estambul la semana próxima para unirme a mi hermano en un proyecto en el Mediterráneo.

—Parece un lugar soleado y cálido —dijo Julie.

—Y que lo diga —gruñó Dahlgren.

—Quizá pueda ayudarte con tu investigación durante unos días, antes de que mi vuelo salga de Londres —se ofreció Summer.

—¿Lo harías? —exclamó Julie, sorprendida por el ofrecimiento—. Sumergirse en unos viejos libros polvorientos no es lo mismo que sumergirse en un pecio.

—No me importa. Siento curiosidad por saber qué le pasó al *Hampshire*. Diablos, es lo menos que puedo hacer después de abrir esta caja de Pandora.

—Gracias, Summer. Será maravilloso.

—No es ningún problema —dijo ella con una sonrisa—. Después de todo, ¿a quién no le atraen los misterios?

La tienda con el cartel *SALOMÓN BRANDY - ANTIGÜEDADES* estaba en una pequeña calle lateral de la Ciudad Vieja de Jerusalén, no muy lejos de la iglesia del Santo Sepulcro. Como los otros setenta y cuatro anticuarios del país, Brandy estaba oficialmente autorizado por el Estado de Israel para vender y negociar antigüedades, siempre que los objetos no fuesen bienes robados.

La estipulación legal era un impedimento menor para la mayoría de los anticuarios, que reutilizaban los números de identificación legítimos para vender otros objetos que llegaban por la puerta trasera. Lo curioso era que las leyes que regían la actividad en Israel habían propiciado una enorme demanda de reliquias, y falsificaciones, de Tierra Santa, pues permitían el tráfico de reliquias, una práctica prohibida por la mayoría de los países. Las antigüedades a menudo entraban de contrabando en Israel desde los países vecinos, donde pasaban a ser legales y se vendían a otros anticuarios y coleccionistas de todo el mundo.

Sophie Elkin entró en la bien iluminada tienda y se encogió ante el sonido del fuerte timbre que sonó al abrirse la puerta. En la pequeña sala no había nadie, pero estaba abarrotada de objetos que se amontonaban en las vitrinas de vidrio de las cuatro paredes. Se acercó a una urna central llena de pequeñas vasijas de cerámica con la etiqueta *JERICÓ*. El ojo experto de Sophie vio que eran falsificaciones; muy pronto las comprarían inconscientes turistas en su peregrinaje, una vez en la vida, a Tierra Santa.

Un hombre rechoncho y de ojos grandes salió de la trastienda con un sucio delantal sobre la ropa arrugada. Dejó una figurilla de arcilla en el mostrador y miró a Sophie con inquietud.

—Señorita Elkin, qué sorpresa —dijo en un tono que indicaba que no era bienvenida.

—Hola, Sal —contestó Sophie—. ¿Aún no han llegado los turistas?

—Es temprano. Visitan los lugares santos por la mañana y compran por la tarde.

—Tenemos que hablar.

—Mi licencia está vigente. Rellené el informe a tiempo —protestó él.

Sophie negó con la cabeza.

—¿Qué puedes decirme del robo y el tiroteo en Cesarea?

Brandy se relajó a ojos vista, y luego sacudió la cabeza.

—Una lamentable tragedia. ¿Mataron a uno de sus hombres?

—Arie Holder.

—Sí, lo recuerdo. Gritón y ruidoso. Si no recuerdo mal, una vez amenazó con estrangularme —dijo con una sonrisa.

Dos años antes, Sophie había pillado a Brandy en una emboscada aceptando gran

cantidad de objetos robados en Masada. Había retirado los cargos cuando él aceptó cooperar, en secreto, en el juicio contra los ladrones de objetos. Pero de vez en cuando la agente de Antigüedades utilizaba el viejo caso para sacarle información de otras investigaciones en marcha. Por lo general, Brandy eludía la mayoría de sus preguntas, pero en todos sus tratos con él nunca le había mentado descaradamente.

—Quiero al hombre que lo mató —dijo Sophie.

Brandy se encogió de hombros.

—Me temo que no puedo ayudarla.

—Tú oyes cosas, Salomón. ¿Fueron los Mulos?

Brandy miró nervioso hacia la ventana, atento a la posible presencia de algún extraño.

—Los Mulos son una organización peligrosa. Terroristas que actúan dentro de nuestras propias fronteras. No querrá acercarse demasiado a ellos, señorita Elkin...

—¿Fueron ellos?

Brandy la miró a los ojos.

—Hay sospechas —admitió en voz baja—. Pero no puedo decir con certeza más de lo que pueda decir usted.

—No sé de nadie más que robe objetos antiguos a punta de pistola y no tenga miedo de apretar el gatillo.

—Tampoco yo —asintió Brandy—. Al menos en nuestro país.

—Dime, Salomón, ¿quién podría haber contratado a semejante equipo?

—Desde luego, un anticuario no —afirmó, indignado—. No tengo que explicarle cómo funcionan las cosas en el mercado negro. La mayor parte de las excavaciones ilegales las hacen árabes pobres como las ratas que reciben una miseria por sus descubrimientos. Los objetos pasan luego por una serie de intermediarios, algunas veces anticuarios, otras no, hasta que acaban en manos de un coleccionista público o privado. Pero puedo decirle que ningún anticuario de Israel estará dispuesto a poner en peligro su modo de vida comprando objetos manchados de sangre. El riesgo es demasiado grande.

Aunque Sophie no tenía ninguna duda de que la mitad de los objetos de la tienda de Brandy procedían de excavaciones ilegales, sabía que tenía razón. La calidad de los inventarios de los mejores anticuarios se basaba en tratos secretos y oscuros que exigían confianza por ambas partes. El riesgo de negociar con los objetos equivocados era demasiado grande. Matar quedaba fuera de los dominios de los anticuarios que Sophie conocía.

—Creo que ningún anticuario espabilado se involucraría a sabiendas con tales asesinos —opinó la agente—. ¿Has oído de algún intento de vender papiros romanos del siglo IV?

—Así que eso es lo que robaron en Cesarea —dijo él con un asentimiento de

comprensión—. No, no tengo noticias de que hayan intentado vender esos artículos.

—Si no están en el mercado, ha tenido que ser un trabajo para un coleccionista privado.

—Eso creo yo también —convino Brandy.

Sophie se acercó al mostrador y cogió una figurilla de arcilla. Representaba un buey con un yugo. Observó la forma y el diseño con atención.

—¿Del período del Primer Templo? —preguntó.

—Tiene buen ojo —dijo el anticuario.

—¿Para quién es?

Brandy dudó un momento.

—Para un banquero de Haifa. Se especializa en la terracota israelí primitiva. Tiene una colección pequeña pero impresionante.

—¿Es de los que coleccionan papiros?

—No, no es su área de interés. Es más un aficionado que un experto. Los pocos coleccionistas que conozco interesados en papiros se centran en determinados textos o contenidos. Y ninguno es lo que uno llamaría un potentado.

—Entonces, dime, Sal, ¿quién podría ser un apasionado de los pergaminos y tener los medios para llegar a estos extremos?

Brandy miró el techo y reflexionó.

—¿Quién sabe? Conozco algunos coleccionistas ricos de Europa y Estados Unidos que estarían dispuestos a lo que sea para conseguir un objeto determinado. Pero sin duda hay docenas de coleccionistas de la misma categoría a los que nunca oí mencionar.

—Sabíamos de los pergaminos de Cesarea desde el día anterior —señaló Sophie—. No creo que un coleccionista occidental pudiese responder tan rápido. No, Salomón, creo que esto fue instigado por una fuente de la región. ¿Algún nombre que encaje en ese perfil?

Brandy se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Sophie no esperaba mucho más. Sabía que los coleccionistas ricos eran el alimento de los comerciantes como Brandy. Seguramente no tenía la menor pista de quién estaba detrás del ataque de Cesarea, pero desde luego no estaba dispuesto a levantar sospechas sobre ninguno de sus principales clientes.

—Si te enteras de algo, cualquier cosa, házmelo saber —dijo Sophie. Estaba a punto de irse cuando se volvió y le dirigió una mirada de advertencia—. Cuando encuentre a esos asesinos, y los encontraré, no tendré piedad con sus cómplices, ya sean por hecho o por conocimiento —afirmó.

—Tiene mi palabra, señorita Elkin —respondió Brandy sin inmutarse.

Sonó el timbre de la puerta principal y un hombre delgado de porte militar entró en la tienda. Era guapo, de facciones rectas, rubio, llevaba el pelo peinado hacia atrás,

y sus ojos azules se iluminaron al ver a Sophie. Vestido con prendas gastadas y un sombrero de Panamá, parecía un tipo muy apuesto con un toque de estafador.

—Vaya, si es la encantadora Sophie Elkin... —dijo con acento británico de clase alta—. ¿La Autoridad de Antigüedades está aumentando su colección de cosas bíblicas más allá de las adquiridas por confiscación?

—Hola, Ridley —respondió ella con frialdad—. La Autoridad de Antigüedades está en el negocio de coleccionar objetos. Preferimos que permanezcan en el contexto cultural adecuado.

Sophie se acercó a la vitrina que contenía las vasijas de Jericó.

—Solo he venido a admirar el último lote de falsificaciones del señor Brandy. Algo de lo que usted debería saber un par de cosas.

Eso había sido un golpe bajo para Ridley Bannister. El arqueólogo de Oxford se había convertido en una autoridad en historia bíblica tanto en la prensa como en la televisión. Si bien muchos de sus colegas arqueólogos lo consideraban más un actor que un erudito, nadie negaba que tenía un profundo conocimiento de la historia de la región. Además, parecía estar bendecido por la buena suerte. Sus colegas se maravillaban ante su infalible capacidad para hacer grandes descubrimientos incluso en las más oscuras excavaciones; había encontrado tumbas reales, importantes esculturas y sorprendentes joyas en excavaciones ya olvidadas. Siempre atento a la promoción, explotaba los contratos para los libros y las películas donde relataba sus descubrimientos y había conseguido una buena fortuna.

Sin embargo, su suerte acabó cuando un asistente le llevó una pequeña lápida con una inscripción en arameo datada en el año 1000 antes de Cristo. Bannister autenticó la lápida como una posible piedra angular del Templo de Salomón; no sospechaba que la piedra tallada era una falsificación destinada a facilitar una considerable suma al excavador. Bannister aceptó la caída; sin embargo, sus colegas profesionales se apresuraron a alimentar su vergüenza. Con la reputación manchada, enseguida desapareció de la luz pública y se vio trabajando en excavaciones secundarias e incluso de guía turístico en Tierra Santa.

—Sophie, usted sabe tan bien como yo que Salomón es el anticuario más reputado de todo Israel —dijo para cambiar de tema.

Sophie puso los ojos en blanco.

—Puede que sí, pero no es muy prudente para un arqueólogo reputado que se le vea frecuentando la tienda de un anticuario —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

—Lo mismo digo, señorita Elkin. Ha sido un placer verla de nuevo. Deberíamos quedar algún día para tomar una copa.

Sophie le dedicó una sonrisa glacial y salió de la tienda. Bannister la observó alejarse a través del cristal del escaparate.

—Una hermosa muchacha —murmuró—. Siempre he querido cultivar mi

relación con ella.

—¿En serio? —Brandy sacudió la cabeza—. No tardaría en meterlo entre rejas.

—Quizá valiera la pena —dijo Bannister con una carcajada—. ¿A qué ha venido?

—Investiga el robo y el asesinato de Cesarea.

—Un caso muy desagradable, desde luego. —Miró a Brandy con atención—. No tendrá nada que ver con eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Salomón, enfadado porque Bannister pudiese insinuar su participación.

—¿Sabe qué robaron?

—Elkin mencionó unos papiros romanos del siglo IV

La descripción captó el interés de Bannister, pero se esforzó por parecer despreocupado.

—¿Alguna idea de su contenido?

Brandy negó con la cabeza.

—No. No se me ocurre que puedan contener nada asombroso de aquel período.

—Probablemente tenga razón. Me pregunto quién financió el robo.

—Comienza usted a hablar como la señorita Elkin —dijo Brandy—. No sé nada en absoluto. Quizá debería usted preguntarle al Gordo.

—Ah, sí. La razón de mi visita. ¿Recibió los amuletos de mi socio Josh?

—Sí, con el mensaje de que debía retenerlos hasta que hablásemos.

Brandy fue a la trastienda y volvió con una caja pequeña. La abrió y sacó dos pendientes de piedra verde que mostraban la talla de un carnero.

—Un par de bonitos amuletos del período cananita —dijo Brandy—. ¿Vienen de Tel Arad?

—Sí. Uno de mis antiguos estudiantes dirige allí una excavación para una universidad estadounidense.

—Ese muchacho podría meterse en un buen lío por saquear antigüedades.

—Lo sabe de sobra, pero se trata de un caso excepcional. El chico es honesto a carta cabal. Sin saberlo, excavó en una tumba y encontró algunos objetos de primera. En realidad sacaron cuatro amuletos idénticos. Uno fue a la universidad y el otro fue donado al Museo de Israel. Josh me envió los otros dos como regalo por ayudarme en su carrera a lo largo de los años.

Brandy frunció el ceño.

—¿Quiere que los venda?

—No, amigo mío. —Bannister sonrió—. Sé que pueden valer mucho, pero no necesito el dinero. Quédese uno y haga con él lo que quiera.

A Brandy se le iluminaron los ojos.

—Es un regalo muy generoso.

—Ha sido un valioso amigo a lo largo de los años, y quizá necesite su ayuda en el

futuro. Recíballo con mi bendición.

—Shalom, amigo —dijo Brandy, y estrechó la mano de Bannister—. ¿Puedo preguntar qué hará con el otro amuleto?

Bannister lo recogió, lo miró un momento y se lo guardó en el bolsillo mientras se dirigía hacia la puerta.

—Se lo llevaré al Gordo —dijo.

—Sabia idea —afirmó Brandy—. Será quien mejor se lo pague.

Bannister se despidió con un gesto y salió a la calle sonriendo para sí. Estaba seguro de que el Gordo le pagaría por el amuleto, pero con algo mucho más valioso que el dinero.

Julie Goodyear pasó frente a unos gigantescos cañones navales de quince pulgadas que apuntaban al Támesis, y subió la escalinata hasta la entrada del Museo de la Guerra. La venerada institución nacional, en el barrio de Southwark, en Londres, ocupaba un edificio del siglo XIX que había sido construido originalmente como hospital para enfermos mentales. Famoso por su gran colección de fotos, arte y artefactos militares de la Primera y Segunda Guerra Mundial, el museo albergaba también un gran archivo de documentos de guerra y correspondencia privada.

Julie se acercó al mostrador de información en el vestíbulo principal, donde fue escoltada dos pisos más arriba en un ascensor minúsculo y después subió un tramo de escalera para llegar a su destino. La sala de lectura del museo era una impresionante biblioteca circular construida en el interior de la cúpula central del edificio.

Una mujer con un vestido marrón sonrió al reconocerla cuando se acercaba a su mesa.

—Buenas días, señorita Goodyear. ¿De vuelta para otra visita a lord Kitchener? —preguntó.

—Hola, Beatrice. Sí, me temo que los permanentes misterios del mariscal de campo me han traído hasta aquí una vez más. Llamé hace unos días para solicitar unos documentos específicos.

—Iré a ver si los han traído —respondió Beatrice, que fue hacia la sala de archivos privados.

Volvió unos minutos más tarde con una gruesa pila de carpetas bajo el brazo.

—Tengo la investigación del Almirantazgo sobre el hundimiento del HMS *Hampshire* y la correspondencia oficial de guerra del primer conde Kitchener del año 1916 —dijo la bibliotecaria, y le tendió unos recibos para que Julie los firmara—. Parece que todo lo que pidió está aquí.

—Gracias, Beatrice. No tardaré mucho.

Julie se llevó los documentos a una mesa en una esquina y comenzó a leer el informe del Almirantazgo sobre el *Hampshire*. No había mucha información. Había leído antes las acusaciones contra la Marina Real formuladas por los habitantes de las islas Oreadas, que afirmaban que la marina había tardado en enviar ayuda al barco después de haber comunicado su pérdida. El informe oficial ocultaba cualquier error por parte de la marina y descartaba los rumores acerca de que el buque se hubiese hundido por otra cosa que no fuese una mina.

La correspondencia de Kitchener solo aportaba un poco más de información. Había leído antes la correspondencia de guerra y la había encontrado de lo más mundana. Kitchener ocupaba el puesto de secretario de Guerra en 1916 y la mayoría de los escritos oficiales reflejaban su preocupación por el número de hombres y las

necesidades de reclutamiento del ejército británico. Una carta típica se quejaba al primer ministro de retirar a hombres del ejército para que trabajasen en las fábricas de municiones en la retaguardia.

Julie pasó deprisa las páginas hasta acercarse al 5 de junio, fecha de la muerte de Kitchener en el *Hampshire*. El descubrimiento de que el buque se había hundido por una explosión interna la había llevado a considerar la posibilidad de que alguien quería verle muerto. Esa idea le recordó una curiosa carta que había visto meses atrás. Cuando se acercó al fondo del archivo, sus dedos de pronto se inmovilizaron sobre el documento.

A diferencia de las antiguas y amarillentas cartas militares, esa aún era de un blanco brillante, escrita en un papel de hilo grueso. En la parte superior, el membrete decía *LAMBETH PALACE*. Julie leyó la carta muy despacio.

Señor:

A instancias de Dios y del país, le imploro por última vez que entregue el documento. La santidad de nuestra Iglesia depende de ello. Si bien usted está librando una guerra temporal con los enemigos de Inglaterra, nosotros estamos librando una eterna cruzada por la salvación de la humanidad. Nuestros enemigos son perversos y astutos. Si se apropiasen del Manifiesto, podría significar la desaparición de nuestra fe. Sostengo firmemente que la única salida es que usted acceda a la Iglesia. Espero la entrega.

RANDALL DAVIDSON

Julie reconoció al autor como el arzobispo de Canterbury. En el margen advirtió una nota a mano que decía: «¡Nunca!». Estaba escrita con la letra de Kitchener.

La carta la dejó perpleja en varios sentidos. Sabía que Kitchener era un hombre religioso y practicante. Las investigaciones de Julie nunca habían revelado ningún conflicto entre Kitchener y la Iglesia de Inglaterra, y mucho menos con el jefe de la Iglesia, el arzobispo de Canterbury. Y esa referencia a un documento o Manifiesto... ¿qué podía ser?

Si bien la carta no parecía guardar ninguna relación con el Hampshire, era lo bastante intrigante como para despertar su interés. Hizo una fotocopia y luego continuó buscando en el archivo. Cerca del final encontró varios documentos relacionados con un viaje de Kitchener a Rusia, incluida una invitación formal del consulado ruso y un itinerario para su visita a Petrogrado. Los fotocopió también y después devolvió el archivador a Beatrice.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó la bibliotecaria.

—No, solo alguna cosa aquí y allá.

—La clave para el descubrimiento de tesoros históricos es seguir rebuscando entre las piedras. Al final, acabas por llegar.

—Gracias por su ayuda, Beatrice.

Mientras salía del museo y se dirigía hacia su coche, Julie relejó la carta varias veces, luego fijó la vista en la firma del arzobispo.

—Beatrice tiene razón —murmuró—. Necesito rebuscar entre unas cuantas piedras más.

No tuvo que ir muy lejos. A menos de un kilómetro estaba el histórico Lambeth Palace. El conjunto de antiguos edificios de ladrillo se alzaba sobre la orilla del río Támesis y era la residencia histórica del arzobispo de Canterbury en Londres.

Lo que a Julie le interesaba especialmente era la biblioteca del palacio.

Sabía que el palacio no estaba abierto al público, así que aparcó en una calle cercana y fue hasta la entrada principal. Después de pasar el control de seguridad, se le permitió ir a la Gran Sala, un edificio gótico de ladrillos rojos y bordes blancos. En esa histórica estructura se hallaba una de las más antiguas bibliotecas de Gran Bretaña, y el depósito general de los archivos de la Iglesia de Inglaterra, que se remontaban al siglo IX.

Se acercó a la entrada y tocó el timbre. Esta vez un adolescente la acompañó hasta una pequeña pero moderna sala de lectura. Fue al mostrador de la bibliotecaria, rellenó dos peticiones de documentos y se las dio a una muchacha de pelo corto y rubio.

—Los documentos del arzobispo Randall Davidson de enero a julio de 1916 —leyó la muchacha con interés—, y cualquier archivo relacionado con el primer conde Horatio Herbert Kitchener.

—Comprendo que la última solicitud puede ser difícil, pero al menos quiero intentarlo —dijo Julie.

—Podemos realizar una búsqueda en nuestra base de datos —replicó sin entusiasmo la muchacha—. ¿Cuál es la naturaleza de su petición?

—Documentar una biografía de lord Kitchener —respondió Julie.

—¿Puedo ver su tarjeta de lectora?

Julie buscó en el bolso y le entregó la tarjeta; había utilizado los archivos de Lambeth en varias ocasiones. La muchacha copió el nombre y la información de contacto y luego miró el reloj de la pared.

—Me temo que no podremos encontrar estos documentos antes de la hora de cierre. Estarán a su disposición cuando la biblioteca abra el lunes.

Julie la miró con decepción; sabía que la biblioteca continuaría abierta una hora más.

—Muy bien. Volveré el lunes. Gracias.

La muchacha pelirroja conservó en la mano las tarjetas de solicitud hasta que

Julie salió del edificio. Después llamó al adolescente.

—Douglas, ¿podrías ocuparte del mostrador por un minuto? —le preguntó en tono urgente—. Tengo que hacer una llamada telefónica importante.

Su verdadero nombre era Oscar Gutzman, pero todos le llamaban el Gordo. El motivo del apodo era evidente a primera vista. Pesaba más de ciento treinta kilos y medía un metro cincuenta de estatura, con lo que casi parecía tan alto como ancho. Con la cabeza afeitada y unas orejas muy grandes, parecía haberse escapado de un circo. Sin embargo, su aspecto ocultaba el hecho de que Gutzman era uno de los hombres más ricos de Israel.

Había crecido mendigando en las calles de Jerusalén, buscando monedas en las tumbas de las laderas con muchachos árabes huérfanos y alimentándose en los comedores de beneficencia de los cristianos. Su contacto con las diversas religiones y culturas de Jerusalén, junto con su habilidad para sobrevivir en las calles, le fueron de gran ayuda cuando se convirtió en empresario. A partir de una pequeña empresa de construcciones había llegado a ser el mayor constructor de hoteles de Oriente Próximo; se convirtió en un multimillonario que trataba de igual a igual con los poderosos de toda la región. Sin embargo, su pasión por las antigüedades superaba su ansia de dinero y éxito.

El acontecimiento que cambió su vida fue la muerte de su hermana menor, muy joven, en un accidente de tráfico ocurrido delante de una sinagoga. Gutzman, como tantos otros que habían sufrido una trágica pérdida, inició entonces una búsqueda personal de Dios. Solo que su búsqueda pasó de lo espiritual a lo tangible en el intento de demostrar las verdades de la Biblia a través de pruebas físicas. Su pequeña colección de antigüedades de los tiempos bíblicos creció exponencialmente con su riqueza, y lo que había sido un pasatiempo se convirtió en una pasión vital. Sus objetos —cientos de miles— estaban guardados en almacenes de tres países. Con casi setenta años, Gutzman dedicaba todo su tiempo y sus medios a su búsqueda personal.

Ridley Bannister entró en un hotel situado en la zona más lujosa de la playa de Tel-Aviv. El vestíbulo estaba decorado al estilo minimalista, con varias sillas de cuero negro que parecían incómodas sobre un suelo de azulejos blancos. Bannister consideró que era un diseño logrado, aunque por lo general detestaba ese estilo. El recepcionista le saludó con amabilidad cuando se acercó hasta él.

—Tengo una cita con el señor Gutzman. Me llamo Bannister.

Después de la llamada telefónica de confirmación, fue escoltado por un fornido guardia de seguridad hasta un ascensor particular y luego hasta el último piso. Al salir del ascensor, el Gordo en persona, con un gran puro en la boca, abrió la puerta del ático.

—Ridley, pasa, muchacho, pasa —le saludó Gutzman con voz jadeante.

—Tienes buen aspecto, Oscar —dijo Bannister al tiempo que le estrechaba la mano antes de entrar en el apartamento.

Bannister volvió a quedarse maravillado ante la vivienda de Gutzman; parecía más un museo que una residencia. Por todas partes había estanterías y urnas llenas de cerámicas, tallas y otras reliquias, todas de miles de años de antigüedad. Gutzman le llevó por un pasillo con el suelo de antiguos mosaicos romanos que habían pertenecido a un baño público de Cartago. Pasaron bajo un arco de piedra de las ruinas de Jericó y entraron en un gran salón con vistas a la arena de la playa Gordon de Tel-Aviv y, más allá, el resplandeciente Mediterráneo.

Bannister se sentó en una silla con gruesos cojines; le extrañó que en la residencia solo hubiera una criada. En anteriores visitas siempre había coincidido con una multitud de anticuarios que intentaban vender sus más valiosos objetos al rico coleccionista.

—El calor... cada vez me parece más opresivo —comentó Gutzman, que jadeaba por el recorrido desde la puerta. Se sentó en una silla—. Martha, sírvenos por favor algunas bebidas frescas —gritó a la criada.

Bannister sacó el pendiente del bolsillo y lo puso en la mano de Gutzman.

—Un regalo para ti, Oscar. Es de Tel Arad.

Gutzman observó el pendiente y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Es muy bonito, Ridley, gracias. Tengo uno similar de Nahal Besor. Primitivo cananita, diría.

—Tienes razón, como siempre. ¿Es nuevo? —Bannister señaló un pequeño plato de cristal con el borde moldeado que se hallaba en la mesa de centro.

—Sí —respondió Gutzman con un brillo en los ojos—. Acabo de comprarlo. Hallado en Beth She'an. Cristal moldeado del siglo II, con toda probabilidad fabricado en Alejandría. Mira el pulido.

Bannister cogió el plato y lo observó con atención.

—Está muy bien conservado.

Martha les sirvió dos vasos de limonada y volvió a la cocina.

—Bueno, Ridley, ¿cuáles son los últimos rumores en el mundo de los descubrimientos arqueológicos legales? —preguntó Gutzman con una risita.

—Al parecer hay pocos proyectos nuevos para trabajos de campo durante el próximo año. El Museo de Israel patrocinará una excavación en las costas de Galilea en busca de un asentamiento primitivo, y la Universidad de Tel-Aviv ha aprobado nuevos trabajos de exploración en Megido. La mayoría de las inversiones académicas se centran en la continuación de los proyectos que ya están en marcha. Por supuesto, tenemos además todas las excavaciones patrocinadas por grupos teológicos extranjeros, pero, como sabemos, pocas veces son importantes.

—Quizá, pero al menos muestran más imaginación que las instituciones académicas —opinó Gutzman con desprecio.

—He examinado dos lugares que creo que podrían interesarte. Uno está en Beit

Jala. Si la tumba de Betsabé existe, creo que tiene que estar allí, en la ciudad donde nació, que entonces se llamaba Giloh. He redactado un resumen del lugar y el plan de excavación.

Gutzman le hizo un gesto para que continuase.

—El segundo lugar está cerca de Gibeon. Hay una probabilidad de demostrar que el palacio del rey Manasés se halla allí. Hace falta más documentación, pero creo que tiene gran potencial. Como en anteriores ocasiones, puedo conseguir los documentos necesarios para la excavación con los auspicios de la Iglesia anglicana, si tú estás de acuerdo en patrocinarla.

—Ridley, siempre me has pasado hallazgos muy interesantes, y he disfrutado mucho colaborando con tus excavaciones. Pero me temo que mis días de patrocinar excavaciones han acabado.

—Siempre has sido muy generoso, Oscar —afirmó Bannister; tuvo que controlar su furia por perder el apoyo del que había sido su benefactor durante años.

Gutzman miró por la ventana con expresión distante.

—He gastado la mayor parte de mi fortuna personal coleccionando objetos que apoyen las narraciones de la Biblia. Poseo ladrillos de adobe que se dice pertenecieron a la Torre de Babel. Tengo piedras que quizá soportaron el Templo de Salomón. Tengo un millón de objetos de los tiempos bíblicos. Sin embargo, hay un elemento de duda en todos y cada uno de mis objetos.

Sufrió un súbito ahogo y comenzó a toser y a jadear en busca de aire, hasta que se calmó con un sorbo de limonada.

—Oscar, ¿necesitas ayuda?

El Gordo sacudió la cabeza.

—El enfisema avanza cada día —jadeó—. Los doctores no son muy optimistas.

—Tonterías. Eres tan fuerte como David.

Gutzman sonrió y después se levantó poco a poco. El acto pareció darle nuevas fuerzas, caminó con paso firme hasta un armario, y volvió con un pequeño plato de vidrio.

—Echa un vistazo a esto —dijo.

Bannister cogió el plato y descubrió que en realidad eran dos platos pegados con un documento en medio. Lo sostuvo a la luz, y vio que el documento protegido era un trozo de papiro rectangular con una escritura horizontal.

—Un buen ejemplo de escritura copta —dijo.

—¿Sabes qué pone?

—Soy capaz de entender algunas palabras, pero sin mis materiales de referencia estoy un tanto perdido —reconoció Bannister.

—Es un informe del capitán del puerto de Cesarea. Detalla la captura de una nave pirata por una galera romana. Los piratas tenían en su posesión armamentos de un

centurión romano que pertenecía a la *Scholae Palatinae*.

—Cesarea —dijo Bannister con las cejas enarcadas—. Tengo entendido que entre los objetos robados allí hace poco se encontraban algunos papiros. Además del robo hubo un asesinato.

—Sí, algo muy desafortunado. El documento data con toda claridad de principios del siglo IV —continuó Gutzman, sin hacer caso de la deducción.

—Interesante —dijo Bannister, de pronto incómodo con su anfitrión—. ¿Y el significado?

—Creo que ofrece una posible confirmación de la existencia del Manifiesto, junto con una importante pista sobre el destino de la carga.

El Manifiesto. De eso se trataba, pensó Bannister. El viejo chivo estaba a punto de encontrarse cara a cara con la Parca y se jugaba la última carta en el intento desesperado de encontrar una prueba divina antes de que se le agotase el tiempo.

Bannister se rió para sus adentros. Se había embolsado gran cantidad de dinero de Gutzman y de la Iglesia de Inglaterra investigando la leyenda del Manifiesto. Quizá aún quedaba algo por ganar.

—Oscar, tú sabes que he buscado a fondo aquí y en Inglaterra y no he encontrado nada.

—Tiene que haber otro camino.

—Ambos llegamos a la conclusión de que es probable que ya no exista, si es que alguna vez existió.

—Eso fue antes de esto. —Gutzman tocó el plato de vidrio—. Llevo demasiado tiempo en este juego. Intuyo que aquí hay un vínculo. Es real y lo sé. He decidido dedicar todos mis recursos y mi persona a esto y nada más.

—Es una pista atrayente —admitió Bannister.

—Esta será la culminación de la búsqueda de mi vida —dijo el Gordo con voz cansada—. Confío en que puedas ayudarme a alcanzarla, Ridley.

—Puedes contar conmigo.

Martha apareció de nuevo, esta vez para recordarle a Gutzman que tenía una cita con el médico. Bannister se despidió y salió del apartamento. Al dejar el hotel, pensó en el papiro y se preguntó si las suposiciones de Gutzman podían ser ciertas. Debía admitir que el viejo coleccionista conocía a fondo el tema. Lo que preocupaba a Bannister era encontrar la manera de sacar tajada de la búsqueda del Gordo. Sumido en sus pensamientos, no advirtió la presencia de un joven con un mono azul que esperaba junto a su coche.

—¿Señor Bannister? —preguntó el joven.

—Sí.

—Tengo una carta para usted, señor —dijo, y entregó a Bannister un sobre largo.

Bannister subió a su coche y cerró las puertas antes de abrir la carta. Sacudió el

sobre para vaciar el contenido, y no pudo hacer otra cosa que menear la cabeza cuando un billete de avión de primera clase a Londres cayó en su regazo.

—¡Summer! ¡Aquí!

Summer, que acababa de bajar del tren de Great Yarmouth con una bolsa de viaje al hombro, tuvo que recorrer varias veces con la mirada el atestado andén hasta que por fin vio a Julie agitando las manos en el aire.

—Gracias por venir a buscarme —dijo mientras saludaba a la historiadora con un abrazo—. Creo que no habría conseguido salir de aquí —añadió, admirada por la impresionante arquitectura de la Liverpool Street Station, en el noroeste de Londres.

—En realidad es de lo más sencillo —respondió Julie con una sonrisa—. Basta con seguir a las otras ratas fuera del laberinto.

Dejaron atrás varios andenes, atravesaron el enorme vestíbulo de la terminal y llegaron a un aparcamiento cercano. Allí subieron a un Ford verde que parecía un insecto grande.

—¿Qué tal el viaje a Yarmouth? —preguntó Julie cuando circulaban entre el tráfico londinense.

—Horrible. Pillamos un frente de tormentas cuando dejamos Scapa Flow y vientos huracanados durante todo el viaje por el mar del Norte. Todavía estoy un poco mareada.

—Supongo que debería estar agradecida de haber podido volar desde Escocia.

—Bueno, ¿cuáles son las últimas novedades acerca del hundimiento del Hampshire? —preguntó Summer—. ¿Has establecido algún vínculo con lord Kitchener?

—Solo unos pocos cabos sueltos, y muy tenues en el mejor de los casos. Consulté la investigación oficial del Almirantazgo sobre el hundimiento del crucero, pero no era más que un Libro Blanco que echaba la culpa a una mina alemana. También analicé la afirmación de que el IRA había colocado una bomba en el barco, pero no merece credibilidad.

—¿Alguna posibilidad de que los alemanes colocasen la bomba?

—En los archivos alemanes que se conocen, no hay ninguna indicación al respecto, así que también es poco probable. Creían que una mina del U-75 causó el hundimiento. Por desgracia, el capitán del submarino, Kurt Beitzen, no sobrevivió a la guerra, y por lo tanto no tenemos ningún relato alemán del acontecimiento.

—Ése es un callejón sin salida. ¿Y cuáles son los cabos sueltos? —preguntó Summer.

—Repasé a fondo algunos de mis documentos sobre Kitchener y sus archivos de guerra. Encontré dos documentos que se salían de lo común. A finales de la primavera de 1916, Kitchener hizo una petición especial al ejército para que le asignasen, por una razón no especificada, dos guardaespaldas armados. En aquellos

tiempos los guardaespaldas eran una rareza, reservados quizá solo para el rey. El otro artículo es una extraña carta que encontré en sus archivos militares.

Se detuvo ante un semáforo en rojo y aprovechó para coger una carpeta en el asiento trasero y darle a Summer la fotocopia de la carta del arzobispo Davidson.

—Como he dicho, son dos cosas poco sólidas que quizá no signifiquen nada.

Summer leyó la carta y frunció el entrecejo.

—El Manifiesto al que se refiere... ¿es un documento de la Iglesia?

—No tengo ni idea —respondió Julie—. Por eso nuestra primera parada serán los archivos de la Iglesia de Inglaterra en Lambeth Palace. Pedí consultar los archivos personales del arzobispo con la esperanza de que pudiéramos conseguir algo más sustancial.

Cruzaron el río Támesis por el puente de Londres y entraron en Lambeth; Julie aparcó el Ford verde cerca del palacio. Summer admiró la belleza del antiguo edificio que se hallaba frente al río, con el palacio de Buckingham en la otra orilla.

Fueron a la Gran Sala, desde donde las acompañaron hasta la sala de lectura de la biblioteca. Cuando entraron, Summer se fijó en un hombre delgado y apuesto que les sonrió desde una fotocopidora.

La bibliotecaria tenía una pila de carpetas preparadas cuando Julie se acercó a la mesa.

—Aquí tiene los archivos personales del arzobispo. Me temo que no tenemos nada relacionado con lord Kitchener —dijo la joven.

—De acuerdo —dijo Julie—. Gracias por la búsqueda.

Las dos mujeres fueron a sentarse a una mesa, se repartieron las carpetas y comenzaron a revisar los documentos.

—El arzobispo era un escritor prolífico —comentó Summer, impresionada por la cantidad de material.

—Eso parece. Ésta es solo la correspondencia de la primera mitad de 1916.

Summer se fijó de nuevo en el hombre junto a la fotocopidora, que recogió unos cuantos libros y se sentó a una mesa detrás de ella. Su olfato detectó un olor a colonia con un ligero toque a almizcle pero agradable. Al echar una mirada rápida por encima del hombro, vio que llevaba un anillo de oro de aspecto antiguo en la mano derecha.

Fue pasando las cartas deprisa; la mayoría no eran más que áridos comentarios referentes a los presupuestos y la política dirigidos a los obispos subordinados de Inglaterra, junto con sus respuestas. Después de una hora, las dos mujeres habían examinado la mitad de las pilas.

—Aquí hay una carta de Kitchener —anunció Julie de pronto.

Summer la miró inquieta a través de la mesa.

—¿Qué dice?

—Parece la respuesta a una carta del arzobispo, porque está fechada solo unos

días más tarde. Es corta, así que te la leeré:

Excelencia:

Lamento no poder cumplir con su reciente petición. El Manifiesto es un documento de importantes consecuencias históricas. Exige que se haga público cuando la paz reine de nuevo en el mundo. Me temo que, en sus manos, la Iglesia enterrará la revelación con el propósito de proteger las actuales afirmaciones teológicas.

Le pido que llame a la retirada a sus subordinados, que continúan persiguiéndome a todas horas.

Su obediente servidor.

H. H. Kitchener

—¿Qué puede ser ese Manifiesto? —preguntó Summer.

—No lo sé, pero está claro que Kitchener tenía una copia y la consideraba importante.

—Es obvio que también la Iglesia.

Summer oyó que el hombre detrás de ella carraspeaba y luego se inclinaba hacia su mesa.

—Discúlpeme por escuchar, pero ¿ha dicho usted Kitchener? —preguntó con una sonrisa encantadora.

—Sí —respondió Summer—. Mi amiga Julie está escribiendo una biografía del mariscal de campo.

—Me llamo Baker —mintió Ridley Bannister, y gracias a las presentaciones supo cómo se llamaban ellas—. ¿Puedo sugerir que el Museo de la Guerra tal vez cuente con mejores fondos sobre los documentos históricos de lord Kitchener?

—Es muy amable por su parte, señor Baker —respondió Julie—, pero ya he realizado una búsqueda exhaustiva en sus archivos.

—¿Qué la trae entonces aquí? —preguntó—. Nunca hubiese esperado que la influencia de un héroe militar llegase hasta la Iglesia de Inglaterra.

—Solo busco la correspondencia que mantuvo con el arzobispo de Canterbury —respondió ella.

—Entonces éste es el lugar indicado —asintió Bannister con una gran sonrisa.

—¿Qué investiga usted? —le preguntó Summer.

—Me lo tomo como un pasatiempo. Estoy investigando las ubicaciones de unas cuantas viejas abadías que fueron destruidas durante la purga de monasterios de Enrique VIII. —Levantó un libro polvoriento titulado *Planos de las abadías de la vieja Inglaterra*, y de nuevo miró a Julie.

—¿Ha descubierto algún secreto sobre Kitchener?

—Ese honor pertenece a Summer. Ayudó a demostrar que el barco en el que viajaba lo hundieron con un explosivo colocado a bordo.

—¿El *Hampshire*? Creía que se había demostrado que había chocado con una mina alemana.

—El boquete indica que la explosión se originó dentro del barco —dijo Summer.

—Quizá el viejo rumor de que el IRA colocó una bomba a bordo fuera verdad.

—¿Conoce esa historia? —preguntó Julie.

—Sí —contestó Bannister—. El *Hampshire* fue enviado a Belfast para unas reparaciones a principios de 1916. Algunos creen que alguien colocó una bomba dentro del barco que detonó meses más tarde.

—Parece saber mucho del *Hampshire* —comentó Summer.

—Me apasiona la historia de la Primera Guerra Mundial —declaró Bannister—. ¿Adónde las llevará su investigación a partir de aquí?

—Iremos a Kent para echar otra ojeada a los documentos personales de Kitchener que se guardan en Broome Park —contestó Julie.

—¿Han visto su último diario?

—Vaya, no —dijo Julie, sorprendida por la pregunta—. Siempre se lo ha dado por perdido.

Bannister consultó su reloj.

—Oh, miren qué hora es. Me temo que debo marcharme ya mismo. Ha sido un placer conocerlas —dijo, se levantó y se inclinó un poco a modo de saludo—. Que su búsqueda del conocimiento histórico sea recompensada con plenitud.

Devolvió el libro a la bibliotecaria, y les hizo un gesto de despedida al salir de la sala de lectura.

—Un tipo muy guapo —comentó Julie con una sonrisa.

—Sí —convino Summer—. Parece saber mucho sobre Kitchener y el *Hampshire*.

—Es verdad. No creo que muchas personas sepan que el último diario de Kitchener se perdió.

—¿Pudo haberse hundido con el barco?

—Nadie lo sabe. Anotaba sus comentarios en pequeños libros encuadernados que abarcaban el período de un año. Sus escritos de 1916 no se han encontrado, pero siempre se ha dado por supuesto que se los llevó con él en el *Hampshire*.

—¿Qué opinas del comentario del señor Baker acerca de que el IRA pudo haber puesto una bomba en el *Hampshire*?

—Es una de las muchas afirmaciones descabelladas que surgieron después del hundimiento para la que no he hallado ninguna justificación histórica. Es difícil creer que el *Hampshire* llevase una bomba a bordo durante seis meses. El IRA, o los Voluntarios Irlandeses, como se los conocía entonces, no podían saber con tanta antelación que Kitchener iría en ese barco. En realidad, no se convirtieron en un

grupo militante hasta el levantamiento de Pascua, en abril de 1916, mucho después de que el *Hampshire* dejase Belfast. Más revelador aún es que nunca reivindicaron el naufragio.

—Entonces creo que lo mejor será que sigamos buscando —dijo Summer, que abrió una nueva carpeta con las cartas del arzobispo.

Trabajaron durante una hora hasta que las pilas se redujeron al mínimo. Al acercarse al final de la última carpeta, Summer de pronto se irguió; estaba leyendo una breve carta de un obispo en Portsmouth. La leyó por segunda vez y luego se la pasó a Julie.

—Mira esto —le pidió.

—«El paquete ha sido entregado y el mensajero despachado —leyó Julie en voz alta—. El objeto de interés dejará de ser un motivo de preocupación dentro de setenta y dos horas». Firmado, obispo Lowery, Diócesis de Portsmouth.

Julie dejó la carta y dirigió a Summer una mirada vacía.

—Me temo que no veo la relevancia.

—Mira la fecha.

Julie miró la parte superior de la carta.

—Dos de junio de 1916. Tres días antes del hundimiento del *Hampshire* —dijo, sorprendida.

—Al parecer, la trama se complica —opinó Summer en voz baja.

En cuanto salió de la biblioteca, Ridley Bannister cruzó los patios de Lambeth Palace hasta un pequeño edificio de ladrillo adyacente a las residencias principales. Abrió una puerta sin ningún rótulo y entró en una oficina atestada, donde un puñado de guardias de seguridad observaban las pantallas de vigilancia o trabajaban en los ordenadores de mesa. Sin hacer caso de la mirada curiosa de un hombre que estaba sentado cerca de la puerta, Bannister continuó hasta un despacho privado que había al fondo y entró.

Sentado a un escritorio, un hombre de ojos de halcón y pelo grasiento miraba en la pantalla de su ordenador una transmisión de vídeo en directo. Bannister vio las figuras de Summer y Julie sentadas en la sala de lectura. El hombre levantó la cabeza y lo taladró con la mirada.

—Vaya, Bannister, aquí está. Se suponía que debía hablar conmigo antes de que llegasen las señoras. Ahora ha descubierto su fachada.

Bannister se sentó en una silla de madera de cara a la mesa.

—Lo siento, amigo, olvidaron llamarme esta mañana en el Savoy. Quería darle las gracias por los billetes de avión. Me alegra que esta vez haya recordado enviarme billetes de primera clase.

El jefe de seguridad del arzobispo de Canterbury apretó los dientes en una mueca de disgusto.

—¿Ha hecho una purga de los archivos antes de que se los diesen a las mujeres? —preguntó, con un gesto hacia la pantalla del ordenador.

—Los he revisado, Judkins —respondió Bannister, que se quitó una pelusa de la americana—. No hay nada acusador en esos archivos.

El rostro de Judkins se encendió.

—Tenía órdenes de revisar y limpiar esos archivos.

—¿Órdenes? ¿Ha dicho órdenes? ¿Acaso, sin saberlo, he sido reclutado para el ejército privado del arzobispo?

Los dos hombres se habían caído mal desde el instante en que se conocieron, y con el tiempo la cosa había ido a peor. Pero Judkins era el contacto que habían asignado a Bannister, y ninguno de los dos podía hacer gran cosa al respecto. El arqueólogo le presionaba hasta donde podía sin poner en peligro sus arreglos contractuales con la Iglesia.

—Es un empleado del arzobispo y obedecerá sus peticiones como corresponde —afirmó el jefe de seguridad, con furia en los ojos.

—No soy nada de eso —replicó Bannister—. Soy un simple mercenario de la verdad histórica. Si bien es verdad que el arzobispo contrata mis servicios de vez en cuando, no tengo ninguna obligación de seguir órdenes ni de inclinarme en la

dirección del estimado arzobispo.

Judkins contuvo la respuesta y miró en silencio a Bannister mientras esperaba a que le bajase la presión sanguínea. Cuando su rostro perdió por fin el color rojo, habló en un tono de respeto.

—Aunque desde luego ésa no hubiese sido mi elección, el arzobispo ha decidido contratar sus servicios para que le informe y aconseje sobre los descubrimientos históricos, en particular en Oriente Próximo, que puedan tener relación con la doctrina de la Iglesia. Este supuesto Manifiesto, y su anterior asociación con la Iglesia, ha sido considerado sumamente peligroso. Nosotros, quiero decir, el arzobispo necesita saber por qué esa historiadora de Cambridge está investigando los archivos del arzobispo Davidson y si hay un riesgo para la Iglesia.

Bannister esbozó una sonrisa ante la forzada deferencia de Judkins.

—Julie Goodyear es una historiadora de Cambridge que ha escrito varias biografías excelentes sobre figuras importantes del siglo XIX. En la actualidad está escribiendo una biografía sobre lord Kitchener. Por lo visto, la señorita Goodyear y la muchacha estadounidense, Summer Pitt, han descubierto que el barco de Kitchener, el *Hampshire*, fue destruido por una explosión interior. Parecen creer que ahí podría haber una remota conexión con el difunto arzobispo Davidson.

Al oír la noticia, Judkins perdió el color.

—Mi querido Judkins, ¿le pasa algo?

—No —respondió el jefe de seguridad con una violenta sacudida de cabeza—. ¿Qué me dice del Manifiesto?

—El arzobispo sabe que hice una búsqueda eficiente del documento hace unos años. Debería añadir que a un coste considerable —dijo con un guiño—. Estoy bastante seguro de que desapareció con Kitchener en el *Hampshire*.

—Sí, eso es lo que cree el arzobispo. Pero puede haber algunos hechos históricos relacionados que podrían resultar, digamos, problemáticos para la Iglesia y embarazosos para el arzobispo. Quiero que siga a esas dos mujeres a partir de ahora mismo.

—¿Quiere? ¿Usted? —preguntó Bannister, con una ceja enarcada.

—El arzobispo. El arzobispo lo quiere —dijo Judkins furioso—. Sígalas de cerca y acabe con las cosas, si es necesario, antes de que se conviertan en un problema.

—Soy arqueólogo, no un asesino.

—Usted sabe lo que debe hacer. Hágalo. Tiene mi número.

—Sí. ¿Tiene usted el mío? —preguntó Bannister mientras se levantaba—. Me refiero al número de mi cuenta bancaria en las Bermudas.

—Sí —gruñó Judkins—. Ahora váyase.

El jefe de seguridad solo pudo sacudir la cabeza cuando Bannister le hizo una reverencia y luego salió del despacho como si fuese suyo.

El brillante sol de la mañana mediterránea había comenzado a calentar la cubierta del *Aegean Explorer* cuando Rudi Gunn salió al exterior con la primera taza de café del día. Le sorprendió ver un tramo de la costa turca, a un par de millas de la borda, que no le resultaba familiar. Oyó el zumbido de un motor fueraborda y forzó la vista hasta que vio la Zodiac del barco saltando sobre las olas en dirección a la playa.

Su mente somnolienta de pronto se concentró en el proyecto de investigación que les ocupaba, y corrió hacia la popa. Pasó junto a un sumergible blanco, y se llevó una desilusión al ver que el vehículo autónomo submarino estaba sujeto a su soporte acolchado. Un artefacto con forma de torpedo, el VAS, contenía diferentes sensores para tomar muestras del agua mientras navegaba fuera del barco. Cuando Rudi se había ido a la cama, seis horas antes, el *Explorer* rastreaba al VAS mientras recorría una gran cuadrícula a diez millas de la costa. Bebió un buen trago de café, dio media vuelta, y fue hacia proa, donde subió dos escalerillas hasta el puente. Allí encontró a Dirk Pitt examinando una carta de la costa con el capitán del barco, Bruce Kenfield.

—Buenos días, Rudi —le saludó Pitt—. Te has levantado temprano.

—Sentí el temblor de los motores debajo de mi litera —respondió Gunn—, ¿cómo es que nos hemos salido de la cuadrícula?

—Kemal recibió un aviso de que su mujer tuvo un accidente de tráfico. Al parecer no es grave, pero lo han llevado a la costa para que pueda ir a verla.

Kemal, un biólogo marino del Ministerio de Medio Ambiente turco, había sido destinado al barco de la NUMA para supervisar y ayudar en el proyecto de la toma de muestras de agua.

—Qué mala suerte —comentó Gunn—. Cuando vuelva la Zodiac, ¿cuánto tiempo tardaremos en regresar a la cuadrícula y reanudar las operaciones?

Pitt sonrió y sacudió la cabeza.

—En teoría no podemos reanudar la operación hasta que Kemal o su reemplazo estén a bordo. La invitación del gobierno turco especifica que un representante del Ministerio de Medio Ambiente debe estar siempre a bordo mientras realizamos los trabajos de exploración en aguas turcas. Todo apunta a que estaremos parados durante tres o cuatro días.

—Ya nos hemos retrasado respecto al programa. Primero se inundó el sensor y ahora esto. Quizá deberíamos alargar el proyecto para completar las zonas que acordamos explorar.

—Pues que así sea.

Gunn advirtió que Pitt no parecía compartir su preocupación. Eso era poco habitual en un hombre que, como bien sabía, detestaba dejar las cosas a medias.

—Desde que has vuelto de Estambul solo hemos trabajado dos días enteros en la

nueva cuadrícula —dijo Gunn—. Ahora estamos de nuevo mano sobre mano y ni siquiera pareces molesto. ¿Por qué?

—Es sencillo, Rudi —contestó Pitt—. Detener el trabajo en el proyecto sobre la proliferación de algas significa reanudar el trabajo en la excavación del pecio otomano. —Le hizo un guiño.

Menos de cuatro horas después de que la *Zodiac* estuviese de nuevo a bordo, el *Aegean Explorer* llegó a Chios y echó el ancla a cien metros de donde se hallaba el barco otomano naufragado. Habían dedicado poco tiempo al estudio del lugar tras la primera inmersión de Pitt y Giordino, y el arqueólogo submarino del barco, Rodney Zeibig, apenas había contado con un par de horas para colocar una cuadrícula de aluminio en la zona expuesta del pecio.

Zeibig se apresuró a formar en el arte de la exploración y la documentación submarina a un puñado de científicos con el título de buceadores, y luego coordinó una inspección minuciosa del pecio. Pitt, Giordino e incluso Gunn participaron en la rotación de buceo, y fotografiaron, midieron y abrieron pozos de prueba en diversos lugares alrededor del pecio. Recuperaron unos cuantos objetos, la mayoría cerámicas y algunos elementos de hierro, a medida que el esqueleto del barco quedaba a la vista.

Pitt, cerca de la borda de popa del *Aegean Explorer*, miraba las crestas blancas que punteaban el mar, levantadas por una brisa del oeste cada vez más fuerte. Una *Zodiac* vacía, sujeta a una boya que marcaba la posición del naufragio, cabeceaba sobre las olas. Un par de buceadores asomaron de pronto a la superficie y fueron hasta la neumática. Uno de ellos soltó el cabo de amarre, el otro puso en marcha el motor fueraborda y volvieron a toda velocidad junto al barco científico. Pitt bajó un cabo por la borda y ayudó a subir la *Zodiac* a cubierta con los dos hombres todavía sentados dentro.

Rudi Gunn y Rod Zeibig saltaron de la *Zodiac* y comenzaron a quitarse los trajes.

—Ahí abajo empezaba a ponerse un poco agitado —comentó Zeibig, un hombre optimista de ojos azules brillantes y pelo entrecano.

—He dado aviso de que suspendemos las inmersiones hasta que amaine el viento —informó Pitt—. Según la previsión meteorológica, por la mañana.

—Buena idea —dijo el arqueólogo—, aunque creo que Rudi estará en vilo hasta que vuelva abajo.

—¿Habéis encontrado algo interesante?

Gunn asintió con una mirada emocionada.

—Estaba acabando en el cuadrado C-1 y toqué una gran piedra tallada. Solo conseguí limpiar una esquina porque se nos acababa el tiempo de permanencia en el fondo. Creo que podría ser un monolito o una estela.

—Podría darnos una pista para identificar el barco —señaló Pitt.

—Solo espero que no tengamos que compartir el descubrimiento —dijo Zeibig, y

señaló hacia la borda de estribor.

A unas dos millas de distancia había un yate que se acercaba en línea recta al *Aegean Explorer*. Era de fabricación italiana, con un parabrisas ahumado envolvente y una gran cubierta de popa. La bandera turca roja con la media luna blanca y una estrella ondeaba en el mástil junto con una bandera roja más pequeña en la que había una luna creciente en dorado. Aunque no tenía las dimensiones de los yates de Montecarlo, Pitt vio que se trataba de una embarcación de lujo. Los tres hombres lo observaron acercarse hasta que a media milla se detuvo y se quedó cabeceando en las agitadas aguas.

—Yo no me preocuparía mucho por tu pecio, Rod —dijo Gunn—. No parece que hayan venido para realizar una excavación submarina.

—Es probable que sea alguien que viene a curiosear para saber por qué un barco científico está fondeado aquí —opinó Pitt.

—Quizá estamos tapando la vista a alguna mansión de la costa —murmuró Gunn.

Pitt daba por hecho que nadie, aparte de Ruppé, sabía de la ubicación del barco naufragado. Quizá ya lo había notificado al Ministerio de Cultura turco. Entonces recordó el robo en el despacho de Ruppé y que, junto con los demás objetos, se habían llevado su carta marina con la ubicación del lugar. Olvidó su preocupación cuando oyó que gritaban su nombre desde la proa. Se giró y vio que Giordino asomaba medio cuerpo por una puerta debajo del puente.

—¡Acaba de llegar una información de Estambul por cable! —gritó Giordino.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró Pitt—. ¡Ahora voy! —gritó en respuesta, y se volvió hacia los otros hombres—. Supongo que es el análisis del doctor Ruppé sobre los primeros objetos que recuperamos del pecio.

—Me gustaría ver los resultados —dijo Zeibig.

Los dos buceadores se apresuraron a cambiarse y después se reunieron con Pitt y Giordino en una pequeña habitación donde había varios ordenadores conectados al sistema de comunicaciones vía satélite. Giordino dio varias hojas impresas a Pitt y luego se sentó delante de uno de los ordenadores.

—El doctor Ruppé también ha enviado por e-mail un par de fotos que acompañan el informe —dijo, y tecleó para abrir un archivo electrónico. Una imagen en primer plano de una moneda de oro llenó la pantalla.

Pitt echó una rápida ojeada al informe y se lo pasó a Zeibig.

—¿Todavía estamos investigando un pecio otomano? —preguntó Gunn.

—Casi sin ninguna duda —contestó Pitt—. El doctor Ruppé encontró una moneda representativa de una ceca en Siria que cree idéntica a una de las monedas del cofre de Al. Data de alrededor de 1570. Por desgracia, Ruppé dice que ha tenido que confiar en su memoria porque robaron las monedas de su despacho.

—Estoy de acuerdo con él —dijo Giordino—. A mí me parece la misma moneda.

—Las marcas de acuñación se utilizaban entre 1560 y 1580 —comentó Zeibig, que leía el informe.

—Por lo tanto, sabemos que el naufragio no es anterior a 1560 —señaló Gunn—. Es una pena que robaran toda la caja de monedas, tal vez habrían precisado la datación un poco más.

—La otra pista para la datación era la caja de cerámica que guardaba la corona —dijo Pitt—. Tal como Loren y yo descubrimos en la mezquita Azul, el diseño indica que la cerámica provenía de los hornos de Iznik.

Giordino pasó las siguientes fotos, unas cuantas muestras de azulejos de Iznik.

—Por desgracia, la caja de cerámica también se la llevaron del despacho de Ruppé, así que una vez más estamos trabajando de memoria.

—El informe señala que la caja incorporaba dibujos y colores que eran populares con la cerámica de Iznik a finales del siglo XVI —señaló Zeibig.

—Al menos tenemos cierta coherencia —señaló Giordino.

—Por lo que vi de la estructura del pecio —intervino Zeibig— puedo afirmar que corresponde a un tipo de construcción naval típica del Mediterráneo en el siglo XVI.

—Son tres aciertos sobre tres —dijo Gunn.

—Eso nos lleva a la corona del rey Al —manifestó Pitt.

Giordino puso en pantalla una foto que mostraba una imagen detallada de la corona de oro. Limpia de incrustaciones marinas, era una corona resplandeciente que parecía recién salida del orfebre.

—Gracias a Dios mi preciosa estaba a buen recaudo en la caja de seguridad del doctor Ruppé —dijo Giordino.

—El doctor Ruppé afirma que es uno de los hallazgos más significativos que se han hecho en aguas turcas, así como uno de los más misteriosos. A pesar de una intensa búsqueda, la forma y el tamaño de la corona no le han aportado ninguna pista sobre su procedencia. Sin embargo, después de una buena limpieza ha conseguido leer la inscripción, apenas visible, grabada en el interior.

Giordino abrió una foto de la corona ampliada, mientras Zeibig buscaba la descripción en el informe.

—La leyenda está en latín —leyó Zeibig, y puso una cara divertida de sorpresa—. La traducción que nos da Ruppé es la siguiente: «Para Artrius, en agradecimiento por la captura de los piratas de las reliquias. Constantino».

—Ruppé encontró registros sobre el nombre de un senador romano llamado Artrius. Y por lo que parece vivió durante el reinado de Constantino —dijo Pitt.

—¿Constantino el Grande? —exclamó Gunn—. ¿El emperador romano? Anda ya. Constantino vivió mil años antes.

El silencio se apoderó de la habitación mientras todos miraban la foto. Ninguno había esperado semejante desvinculación con los otros objetos del naufragio, en

particular algo tan especial como la corona de oro. Sin embargo, no había ninguna pista de por qué estaba a bordo. Pitt se apartó de la pantalla, se levantó y rompió el silencio.

—Lamento decirlo —manifestó con una sonrisa—, pero creo que esto significa que el rey Al ha sido transferido a la legión romana.

Broome Park era la típica mansión antigua de Inglaterra. Adquirida por Kitchener en 1911, la imponente casa de ladrillo de estilo jacobino se había construido durante el reinado de Carlos I y estaba rodeada por doscientas treinta hectáreas de hermosos parques y terrenos. Durante el breve tiempo que la ocupó, Kitchener había trabajado a fondo para mejorar los jardines de la finca y había encargado la construcción de un par de elaboradas fuentes. Pero lo mismo que el frac y la chistera, o el carruaje y el caballo, la gracia y el encanto original de Broome Park pertenecía a una era anterior.

Noventa kilómetros al sudeste de Londres, Julie salió de Dover y siguió una corta carretera hasta la finca. A Summer le sorprendió ver a cuatro personas jugando al golf en un trozo de hierba solo un poco más allá del cartel de bienvenida a Broome Park.

—Es algo muy habitual en Inglaterra —explicó Julie—. Las mansiones históricas pasan de generación en generación hasta que una mañana el heredero se despierta y comprende que no puede pagar los impuestos y el mantenimiento. Lo primero que hacen es vender parte de la tierra, y luego ya toman medidas más desesperadas. Otras se convierten en hostales, las hay que se alquilan a empresas para conferencias o se utilizan para conciertos al aire libre.

—Y algunas incluso se convierten en campos de golf —dijo Summer.

—Así es. Broome Park ha sufrido probablemente el peor de todos los destinos. La mayor parte de la casa se ha vendido como alojamientos compartidos, y también hay habitaciones de alquiler, mientras que los terrenos se han reconvertido en un campo de golf. Estoy segura de que Horatio Herbert mira todo esto sumido en la vergüenza.

—¿La finca está todavía en manos de los herederos de Kitchener?

—Kitchener era soltero, pero dejó la mansión a su sobrino Toby. Ahora Aldrich, el hijo de Toby, administra el lugar, pero se está haciendo mayor.

Julie aparcó el coche en un amplio solar y caminaron hasta la entrada principal por un camino que atravesaba una rosalada mal cuidada. Summer no disimuló su admiración cuando entraron en el vestíbulo principal, donde había una enorme araña de cristal y un imponente retrato al óleo de Kitchener; sus severos ojos grises imponían su voluntad incluso desde la superficie plana del lienzo.

Un hombre delgado y de pelo blanco, sentado a una mesa leyendo un libro, alzó la mirada y sonrió al ver a Julie.

—Hola, señorita Goodyear —dijo, y se levantó al instante—. Recibí su mensaje de que vendría por la mañana.

—Tiene muy buen aspecto, Aldrich. ¿Sigue con la mansión llena?

—El negocio no va mal —respondió Aldrich—. Tengo un par de huéspedes que han llegado hoy mismo.

—Le presento a mi amiga Summer Pitt; me ayuda en la investigación.

—Me alegro de conocerla, señorita Pitt. —Aldrich le tendió la mano—. Seguramente querrán comenzar a trabajar de inmediato, así que ¿por qué no me siguen hasta la parte de atrás?

Las llevó por una puerta lateral hasta un ala privada que incluía las dependencias de Aldrich. Atravesaron un salón lleno de objetos del norte de África y Oriente Próximo adquiridos por Kitchener durante sus años de servicio en la región. Aldrich abrió otra puerta y las hizo pasar a un despacho con las paredes tapizadas de madera. Summer se fijó en que había una pared ocupada por completo por archivadores de caoba.

—Creía que ya se sabía los archivos de tío Herbert de memoria —le comentó Aldrich a Julie con una sonrisa.

—Desde luego, he pasado mucho tiempo con ellos —admitió Julie—. Solo queremos repasar parte de su correspondencia personal de los meses anteriores a su muerte.

—La encontrará en el último archivador a la derecha. —Se volvió y se encaminó hacia la puerta—. Si me necesita, estaré en la mesa de la entrada.

—Gracias, Aldrich.

Las dos mujeres se apresuraron a buscar en el archivador. Summer se alegró al ver que la correspondencia era más personal e interesante que los registros del Museo de la Guerra. Leyó poco a poco docenas de cartas de los parientes de Kitchener, junto con lo que parecía una correspondencia interminable con los contratistas, a los que Kitchener presionaba para que completasen las reformas de Broome Park.

—Mira qué monada —dijo, y alzó una tarjeta con una mariposa dibujada a mano por la sobrina de tres años de Kitchener.

—El viejo general tragasables estaba muy unido a su hermana, sus hermanos y sus sobrinos —dijo Julie.

—Leer la correspondencia personal de alguien es una manera excelente de llegar a conocerle, ¿no? —comentó Summer.

—Sí. Es una pena que la carta manuscrita se haya convertido en un arte perdido en la era del correo electrónico.

Buscaron durante casi dos horas y de pronto Julie se irguió en la silla.

—Dios, no se hundió con el *Hamsphire* —exclamó.

—¿De qué hablas?

—De su diario —respondió Julie con los ojos muy abiertos—. Ten, mira esto.

Era una carta enviada por un sargento del ejército llamado Wingate y fechada unos pocos días antes del hundimiento del *Hamsphire*. Summer leyó con interés que el sargento se lamentaba por no poder acompañar a Kitchener en su viaje y deseaba toda la suerte al mariscal de campo en su importante misión. Una breve posdata le llamó la atención.

—«Posdata. Recibí su diario. Lo guardaré bien hasta su regreso» —leyó en voz alta.

—¿Cómo pudo pasárseme por alto? —se lamentó Julie.

—Es una carta de lo más inocente, escrita con muy mala letra —dijo Summer—. A mí me habría ocurrido lo mismo. Pero es un descubrimiento fantástico. Qué maravilla que su último diario todavía exista.

—Sin embargo, no está aquí ni en los archivos oficiales. ¿Cómo se llamaba ese soldado?

—Sargento Norman Wingate.

—Me suena, pero no consigo ubicarlo —dijo Julie, que se exprimía el cerebro.

Un chirrido sonó en la otra habitación y poco a poco ganó en intensidad. Miraron hacia la puerta y vieron que Aldrich entraba en el estudio empujando un carrito de té con una rueda defectuosa.

—Disculpen la interrupción. Pensé que tal vez les gustaría hacer una pausa y disfrutar de un té. —Les sirvió una taza a cada una.

—Es muy amable por su parte, señor Kitchener —dijo Summer al tiempo que aceptaba una taza de té caliente.

—Aldrich, ¿por casualidad recuerda un amigo de lord Kitchener llamado Norman Wingate? —preguntó Julie.

Aldrich se frotó la frente mientras sus ojos miraban el techo en un esfuerzo por recordar.

—¿No era uno de los guardaespaldas de tío Herbert? —preguntó.

—Eso es —dijo Julie; lo había recordado de pronto—. Wingate y Stearns eran los dos guardaespaldas armados que autorizó el primer ministro.

—Sí —asintió Aldrich—. El otro tipo... ¿ha dicho que se llamaba Stearns? Se ahogó en el *Hamsphire* con tío Herbert. Pero Wingate no. Creo que estaba enfermo y no hizo el viaje. Recuerdo que muchos años más tarde mi padre comía con él a menudo.

Al parecer se sentía un tanto culpable por haber sobrevivido al incidente.

—Wingate escribió que tenía el último diario del mariscal de campo en su poder. ¿Sabe si se lo dio a su padre?

—No, en ese caso estaría aquí con el resto de sus documentos. Estoy seguro. Es probable que Wingate lo conservase como un recuerdo del viejo.

Se oyó un timbre lejano en la otra parte de la casa.

—Hay alguien en recepción. Que disfruten del té —dijo, y salió del estudio.

Summer volvió a leer la carta y luego miró la dirección del remitente.

—Wingate le escribió desde Dover —dijo—. ¿Eso no está cerca de aquí?

—Sí, a unos quince kilómetros —respondió Julie.

—Quizá Norman tenga parientes en la ciudad que sepan algo.

—Es un disparo a ciegas, pero supongo que vale la pena intentarlo.

Con la ayuda del ordenador de Aldrich y la guía de teléfonos de Kent, confeccionaron una lista de todos los Wingate que vivían en la zona. Después se fueron turnando y llamaron a cada nombre de la lista con la esperanza de encontrar a un descendiente de Norman Wingate.

Sin embargo, las llamadas telefónicas no dieron ningún resultado. Al cabo de una hora, Summer colgó, tachó el último nombre de la lista y sacudió la cabeza.

—Más de veinte nombres y ni una sola pista —dijo, decepcionada.

—Yo lo más cercano que tengo es un tipo que cree que Norman es su tío abuelo, pero no dijo nada más —comentó Julie; consultó su reloj—. Supongo que es hora de ir al hotel. Podemos acabar con los archivos por la mañana.

—¿No nos quedamos en Broome Park?

—Reservé una habitación en un hotel de Canterbury, cerca de la catedral. Me pareció que te gustaría verla. Además —su voz se convirtió en un susurro—, aquí la comida no es demasiado buena.

Summer se echó a reír, se levantó y estiró los brazos.

—No se lo diré a Aldrich. Me pregunto si podríamos hacer un alto en el camino.

—¿Dónde? —preguntó Julie con cara de extrañeza.

Summer cogió la carta de Wingate y leyó la dirección del remitente.

—En el número catorce de Dorchester Lane, Dover —contestó con una sonrisa.

El motociclista se puso un casco negro con visera oscura y luego espió desde la parte de atrás de un camión de jardinería. Esperó con paciencia a que Julie y Summer saliesen por la puerta principal de Broome Park. Con cuidado para que no le viesan, las observó subir al coche en el otro extremo del aparcamiento y dirigirse hacia la salida. Puso en marcha su Kawasaki negra, salió a la carretera y mantuvo una buena distancia entre su moto y el coche. Al ver que Julie giraba hacia Dover, dejó pasar unos cuantos coches, y después las siguió, siempre con el pequeño coche verde al alcance de la vista.

La Dover moderna es una bulliciosa ciudad portuaria muy conocida por el transbordador a Calais y los famosos acantilados de caliza blanca en la costa oriental. Entraron en el centro histórico y se detuvieron para pedir indicaciones. Encontraron Dorchester Lañe a unas pocas manzanas del muelle; era una tranquila calle residencial con casas pareadas construidas en la década de 1880. Aparcaron a la sombra de un imponente abedul y subieron los bien barridos escalones del número catorce. Tocaron el timbre y, tras una larga pausa, les abrió la puerta una joven despeinada de veintitantos años con un bebé dormido en los brazos.

—Oh, lamento mucho molestarla —susurró Julie—. Espero que no hayamos despertado al bebé.

La joven sacudió la cabeza y sonrió.

—Este pequeñín dormiría hasta en un concierto de U2.

Julie hizo las presentaciones.

—Buscamos información sobre un hombre que vivió en esta casa hace mucho tiempo. Se llamaba Norman Wingate.

—Era mi abuelo —respondió la chica—. Yo soy Ericka Norris. Wingate era el nombre de soltera de mi madre.

Julie miró a Summer y sonrió incrédula.

—Por favor, pasen —las invitó Norris.

Las llevó a una sencilla pero bien decorada sala y se sentó en una mecedora con el bebé dormido.

—Tiene una casa muy bonita —comentó Julie.

—Mi madre creció en esta casa. Creo que el abuelo la compró poco antes de la Primera Guerra Mundial. Mi madre vivió aquí la mayor parte de su vida porque ella y papá compraron la casa al abuelo.

—¿Su madre todavía vive?

—Sí, tiene noventa y cuatro años y sigue llena de vida. Desde hace unos meses vive en una residencia de ancianos donde recibe cuidados de enfermería. Insistió en que nos viniésemos aquí cuando el bebé estaba de camino. Al menos disponemos de más espacio.

—Quizá su madre pueda ayudarnos —señaló Julie—. Estamos buscando unos viejos registros de la guerra que tal vez su abuelo guardó en su poder.

Norris reflexionó un momento.

—Mamá acabó vendiendo todas las pertenencias de los abuelos. Sé que se desprendió de muchas de ellas a lo largo de los años. Pero quedan algunos libros viejos y fotos en la habitación del bebé; si quieren, pueden echarles un vistazo.

Las llevó escaleras arriba y entraron en una habitación pintada de azul claro con

una cuna de madera junto a una pared. Dejó al bebé en la cuna con mucho cuidado y el pequeño soltó un suave quejido pero no se despertó.

—Aquí están las cosas de mi abuelo —susurró la joven, y se acercó a una estantería de madera.

Libros viejos encuadernados en tela llenaban los estantes, y también fotos en blanco y negro de hombres vestidos de uniforme. Julie cogió una de las fotos donde aparecía un joven soldado junto a Kitchener.

—¿Éste es su abuelo?

—Sí, con lord Kitchener. ¿Sabía que fue comandante en jefe del ejército durante la guerra?

Julie sonrió.

—Sí. En realidad, ésa es la razón por la que estamos aquí.

—El abuelo decía a menudo que podía haber muerto con Kitchener cuando su barco se hundió durante una travesía a Rusia. Pero su padre estaba muy enfermo y Kitchener le excusó del viaje.

—Ericka, encontramos una carta de su abuelo en la que dice que Kitchener le envió su diario personal para que se lo guardase —explicó Julie—. Estamos intentando localizar ese diario.

—Si mi abuelo lo tenía, debería estar por aquí. Por favor, echen una ojeada.

Julie había leído otros diarios de Kitchener; siempre los escribía en cuadernos de tapas duras. Al mirar las estanterías, se quedó de piedra al ver un libro con una *encuadernación* similar en el estante más alto.

—Summer... ¿tú llegas a ese librito azul de ahí arriba? —preguntó, nerviosa.

Summer se puso de puntillas, cogió el libro y se lo entregó. El corazón de la historiadora se aceleró al ver que no había ningún título impreso en el lomo y la cubierta. Lo abrió despacio y buscó la página del título. Escrito con una letra muy pulcra ponía:

Diario de H H K

1 de enero de 1916

—¡Es éste! —exclamó Summer.

Julie pasó la página y comenzó a leer las primeras entradas; describían los esfuerzos del autor por aumentar las compensaciones para los nuevos reclutas. No tardó en llegar a la última entrada, a mitad del libro, con fecha de 1 de junio de 1916. Luego cerró el diario y miró a Norris, ilusionada.

—Este diario ha sido buscado con ahínco por los historiadores de Kitchener —dijo en voz baja.

—Si significa tanto para usted, adelante, lléveselo —ofreció Norris, que señaló el

libro como si no tuviese mayor importancia—. Nadie de por aquí va a leerlo en mucho tiempo —añadió con una sonrisa hacia el bebé dormido.

—Si alguna vez cambia de opinión, lo donaré a la colección Kitchener, en Broome Park.

—Estoy segura de que al abuelo le hubiera gustado enormemente saber que todavía hay personas que se interesan por Kitchener y la Gran Guerra, como solía llamarla.

Julie y Summer le dieron las gracias por el diario, luego bajaron la escalera y salieron de la casa.

—Desde luego tu parada en Dover ha resultado un inesperado golpe de buena suerte —comentó Julie con una sonrisa cuando subían al coche.

—La persistencia siempre lleva a la buena suerte —afirmó Summer.

Emocionada por el descubrimiento, Julie no se dio cuenta de que una moto negra las seguía desde Dorchester Lañe y por la carretera a Canterbury, siempre unos vehículos más atrás. Mientras Julie conducía, Summer ojeaba el diario y leía los pasajes más interesantes en voz alta.

—Escucha esto —dijo—. «3 de marzo. Recibí una carta inesperada del arzobispo de Canterbury reclamando que quería ver en privado el Manifiesto. El gato por fin ha escapado del saco, aunque no sé cómo. El difunto doctor Worthington me aseguró que mantendría el secreto en vida, pero quizá me falló en la muerte. No importa. Decliné la invitación del arzobispo, aun arriesgándome a su ira, con la esperanza de que el asunto se demore hasta el momento en que estemos de nuevo otra vez en paz».

—¿Has dicho el doctor Worthington? —preguntó Julie—. Era un arqueólogo de Cambridge muy conocido a finales del siglo pasado. Si la memoria no me falla, realizó varias excavaciones muy importantes en Palestina.

—Parece una conexión un poco extraña —opinó Summer; pasó unas cuantas páginas más—. Kitchener estaba en lo cierto en lo de que el arzobispo se enfadaría. Dos semanas más tarde escribió lo siguiente: «Esta mañana recibí la visita del obispo Lowery de Portsmouth, en nombre del arzobispo Davidson. Expresó con mucha elocuencia que desean enormemente que done el Manifiesto a la Iglesia de Inglaterra por el bien de toda la humanidad. No obstante, no supo explicar qué uso daría la Iglesia al documento. Desde el primer momento, puse mis esperanzas en una búsqueda benévola de la verdad. Ahora, por desgracia, es evidente que mi Iglesia reacciona con miedo y que la desaparición y el ocultamiento son sus objetivos principales. En sus manos, el Manifiesto podría desaparecer para la posteridad. Es algo que no puedo permitir, y así se lo dije al obispo Lowery, para su gran decepción. Aunque ahora no es el momento, creo que cuando este gran conflicto concluya, la presentación pública del Manifiesto ofrecerá una chispa de esperanza a la humanidad».

—Desde luego consigue que ese Manifiesto parezca algo muy profundo —dijo Julie—. Y ahora entra en escena el obispo Lowery. Su críptica carta a Davidson en junio ahora resulta mucho más interesante.

—Kitchener no da muchos detalles, pero su desencanto con la Iglesia va en aumento —señaló Summer—. En abril escribe: «Los planes para la ofensiva de verano en Francia están casi a punto. El constante acoso por parte de los servidores del arzobispo empieza a ser abrumador. El primer ministro ha aprobado mi petición de contar con un guardia de seguridad. Por fortuna, no tuve que especificar el motivo».

—Y aquí aparecen nuestros amigos Wingate y Stearns —dijo Julie.

Summer pasó las páginas más rápido a medida que llegaban a las afueras de Canterbury.

—En los pasajes de abril y mayo solo habla de los planes de guerra y de algún fin de semana con sus parientes en Broome Park. Espera, escucha esto: «15 de mayo. Recibí otra llamada amenazadora del obispo Lowery. Con sus viles maneras, creo que el país estaría mejor servido si dirigiese el Directorio de Inteligencia Militar en lugar de la diócesis de Portsmouth». Un día más tarde escribe: «Envuelto en una confrontación callejera con un miembro anónimo de la Iglesia de Inglaterra que reclamaba el Manifiesto. El cabo Stearns echó al rebelde sin mayores incidencias. Comienzo a lamentar haber descubierto esta maldita cosa en 1877... o dejado que el doctor Worthington la descifrara el año pasado. ¿Quién podía imaginar que un viejo trozo de papiro vendido por un mendigo durante nuestras exploraciones en Palestina podría tener semejantes consecuencias?». —Summer pasó a la página siguiente—. ¿La fecha te dice algo?

Julie pensó en sus primeros escritos sobre el militar.

—Es anterior a su famosa actuación en Jartum. Creo que en 1877 estaba destinado en Oriente Próximo. Más o menos por esa época llevó un grupo de cartógrafos del ejército al norte de Palestina, como parte del Fondo de Exploración de Palestina establecido por la reina Victoria.

—¿Trabajó como cartógrafo?

—Sí, y asumió el mando del equipo cuando el comandante cayó enfermo. Hicieron un trabajo de primera, a pesar de verse amenazados por los árabes en varias ocasiones. La mayoría de sus mapas de Palestina continuaron utilizándose hasta los sesenta. Pero en cuanto a ese papiro..., como Kitchener por entonces estaba viajando por Oriente Próximo, no se puede saber a ciencia cierta dónde lo compró. Por desgracia, no comenzó a escribir un diario hasta muchos años después.

—Si es un papiro, tiene que ser muy antiguo. —Summer llegó casi al final del diario y se detuvo en una entrada de finales de mayo—. Julie, ¡aquí está! —exclamó—. Escribe: «Otra clara advertencia recibida por parte del arzobispo. Me atrevería a

decir que no están dispuestos a parar mientes para obtener lo que desean. Tengo la certeza de que ya han entrado en Broome Park para echar una ojeada. Espero que mi respuesta los mantenga a raya. Les dije que me llevo el Manifiesto a Rusia y que lo dejaré en préstamo a la Iglesia ortodoxa de Petrogrado para que lo guarden hasta el final de la guerra. No quiero imaginar su furia si supiesen que en realidad lo he dejado a salvo con Sally, ante el ojo vigilante de Emily, hasta mi regreso».

—Así que no se lo llevó a Rusia —dijo Julie con la voz ahogada por la emoción.

—Eso parece. Escucha esto. El 1 de junio escribe: «Mi última entrada por ahora. Los espías parecen estar por todas partes. Siento una profunda inquietud por el viaje que voy a realizar, pero es vital que los rusos permanezcan con nosotros y no negocien un armisticio unilateral con Alemania. Dejaré este diario con el cabo Wingate para que lo guarde. H H K».

—Leí en otros relatos que se sentía inquieto cuando partió; parecía temer el viaje —dijo Julie—. Debió de tener una premonición.

—Es lo más probable, de lo contrario no hubiese dejado el diario en Inglaterra. Pero la gran pregunta es: ¿quién era Sally?

—Tuvo que ser alguien de mucha confianza, pero no recuerdo haber encontrado a nadie llamado Sally en mis investigaciones sobre Kitchener.

—¿No podría ser una vieja secretaria, o quizá la esposa de un colega oficial? —preguntó Summer.

Julie negó con la cabeza.

—Tal vez era el apodo de uno de sus ayudantes...

—No, supongo que tiene que haber alguna referencia en su correspondencia, pero no recuerdo haberla visto.

—No parece lógico que confiase el documento a un simple conocido. ¿Qué me dices del otro nombre, Emily?

Julie reflexionó un momento mientras esperaba para entrar en la rotonda que llevaba hacia el centro de Canterbury.

—Recuerdo a dos Emily. La abuela materna de Kitchener se llamaba Emily, pero en 1916 ya había muerto. Después está el hermano mayor de Kitchener, que tenía una nieta llamada Emily. Tendré que buscar en la genealogía cuando lleguemos al hotel para ver cuándo nació. El padre de esa Emily, el sobrino de Kitchener, se llamaba Hal. Visitaba Broome Park con frecuencia.

—Entonces, ¿la joven Emily sería prima de Aldrich? —preguntó Summer.

—Sí, exacto. Quizá podamos preguntarle a Aldrich mañana por la mañana.

Habían llegado al centro; Julie pasó lentamente por delante de la famosa catedral de Canterbury para que Summer la viera. Unas pocas calles más allá, aparcó en el hotel Chaucer, una de las antiguas posadas de la ciudad. Después de alojarse en habitaciones contiguas, las dos mujeres se reunieron para cenar en el restaurante del

hotel. Summer comió un abundante plato de pescado y patatas fritas; no se había dado cuenta del hambre que tenía después de la excursión. Julie casi igualó su apetito y dio buena cuenta de un copioso plato de pasta.

—Si quieres bajar la comida, podemos dar un paseo hasta la catedral —propuso Julie.

—Agradezco la oferta turística —respondió Summer—, pero la verdad es que prefiero dedicar más tiempo a analizar el diario de Kitchener.

Julie sonrió.

—Deseaba que dijeras eso. No he pensado en otra cosa desde que nos registramos en el hotel.

—Hay una sala tranquila junto al vestíbulo. ¿Qué tal si pedimos un té y volvemos a repasar el diario? Esta vez yo tomaré notas mientras tú lees —añadió con una sonrisa.

—Sería perfecto —dijo Julie—. Voy a buscar el diario y una libreta a mi habitación y nos reunimos en esa sala.

Subió la escalera hasta el segundo piso, entró en su habitación y se detuvo: sus papeles de trabajo estaban dispersos sobre la cama. De pronto la puerta se cerró tras ella y se apagaron las luces. Estaba a punto de gritar cuando una sombra se acercó y una mano enguantada le tapó la boca. Otro brazo le rodeó la cintura y la apretó contra el cuerpo del asaltante; parecía vestir prendas acolchadas. Luego una voz profunda susurró en su oído:

—No haga ningún ruido o no vivirá para ver el amanecer.

Summer esperó en el vestíbulo durante veinte minutos y luego llamó por teléfono a la habitación de Julie. Al no obtener respuesta, esperó otros cinco minutos, y después subió la escalera y llamó a la puerta. Su preocupación aumentó cuando vio el cartel de *NO MOLESTAR* colgado del pomo. Vio que una empleada del hotel, ocupada en abrir las camas para la noche, se acercaba por el pasillo y la convenció para que comprobase la habitación de Julie. Al abrir la puerta y encender la luz, la mujer soltó un grito ahogado.

Julie estaba sentada en el suelo con los brazos a la espalda y atados a la pata de la cama con una sábana. Otra sábana le envolvía los tobillos, y una funda de almohada le tapaba la cabeza. Los desesperados movimientos de los brazos y las piernas mostraban que estaba muy viva.

Summer le quitó la funda de la almohada de la cabeza. Los ojos de Julie, muy abiertos, miraron con alivio a Summer mientras le desataba la media utilizada como mordaza.

—¿Estás herida? —preguntó Summer, que comenzó a desatar la sábana que le ataba los brazos.

—No... estoy bien —tartamudeó, al tiempo que luchaba por contener las lágrimas de miedo—. Solo un poco asustada.

Recuperó muy pronto la compostura y una voz firme.

—En realidad fue muy amable. No creo que pretendiese hacerme daño.

—¿Era un hombre solo?

Julie asintió.

—¿Viste qué aspecto tenía?

—No, me temo que no. Creo que estaba oculto en el baño, y yo pasé por delante. Apagó las luces y después me puso la funda de la almohada en la cabeza. No tengo ni idea de qué aspecto tenía. Solo recuerdo que la ropa que llevaba parecía acolchada.

No tardó en aparecer el director, acompañado por un par de policías de Canterbury. Inspeccionaron a fondo la habitación, y luego tomaron declaración a Julie, a Summer y a la asistenta. La historiadora había dejado su bolso en la habitación, pero el ladrón no se lo había llevado. Julie miró a Summer con miedo al darse cuenta de que el único objeto que faltaba era el diario de Kitchener.

—El típico intento de robo en un hotel —oyó Summer que decía uno de los agentes al director, en el pasillo—. Ella le sorprendió en la habitación, y él decidió maniatarla antes de huir. No hace falta que le diga que las probabilidades de que lo encontremos son escasas.

—Sí, por desgracia ya he vivido esto antes —dijo el director—. Gracias, detective.

El director volvió a la habitación y se disculpó con Julie; prometió que aumentaría la seguridad en el piso toda la noche. En cuanto se marchó, Summer ofreció a Julie que durmiera en su habitación.

—Si a ti no te importa, sí, creo que me sentiré mucho más cómoda —dijo—. Espera, voy a coger el cepillo de dientes.

Julie entró en el baño y de pronto llamó a Summer.

—¿Qué pasa, Julie? —respondió Summer, que se apresuró a entrar.

Julie, muy seria, señalaba un pequeño espejo junto al lavabo. El ladrón le había dejado una advertencia escrita en el espejo con el lápiz de labios rosa de Julie. Clara y sucinta: «Deje estar a K».

Julie se despertó a la mañana siguiente, después de una noche de sueño intranquilo. El miedo y la ansiedad habían dejado paso poco a poco a un sentimiento de rabia por la intrusión. Se levantó y se dio cuenta de que estaba enfadadísima.

—¿Quién podía saber que habíamos descubierto el diario? —preguntó mientras se paseaba por la habitación—. Acabábamos de encontrarlo.

Summer estaba peinándose en el baño.

—Quizá no sabía nada del diario —respondió—. Quizá intentaba averiguar qué sabías y tuvo suerte.

—Supongo que es posible. Pero ¿por qué esa advertencia? ¿Qué pasa con la muerte de Kitchener para que casi un siglo después alguien todavía tenga miedo?

Summer se puso un poco de perfume, y luego se reunió con Julie en el dormitorio.

—Una cosa está clara. Tiene que ser alguien que sabe más de lo que sabemos nosotras sobre el Manifiesto o el hundimiento del *Hamsphire*.

—O las dos cosas —dijo Julie; olió el perfume de Summer—. Es una fragancia deliciosa.

—Gracias. Me lo regaló un amigo en la Columbia Británica.

—¡La colonia! —exclamó de pronto Julie—. Casi me olvidaba. El intruso que me ató anoche olía a colonia de hombre. Estoy segura de que era el mismo perfume que llevaba aquel tipo que encontramos en la biblioteca Lambeth.

—¿Te refieres al señor Baker? ¿Crees que era él? —Ahora mismo no estoy segura de nada, pero creo que podría ser él. ¿No le recuerdas? Nos preguntó por el diario. En aquel momento eso me pareció un poco extraño.

—Tienes razón. Iremos a la biblioteca en cuanto regresemos a Londres —dijo Summer—. Estoy segura de que el bibliotecario podrá identificarlo.

Julie se tranquilizó un poco, pero la revelación aumentó su curiosidad.

—Mientras tanto, propongo que vayamos a Broome Park y veamos qué sabe Aldrich acerca de su prima Emily.

Tomaron un desayuno rápido en el hotel, subieron al coche y fueron a Broome Park. Unos tres kilómetros después de Canterbury, el coche se metió en un profundo bache en la carretera.

—Algo va mal —dijo Julie; notaba una fuerte vibración en el volante.

El coche cogió otro bache, y las pasajeras sintieron una súbita sacudida seguida por un metal que chirriaba. Summer miró por la ventanilla y vio, atónita, que la rueda delantera derecha se había desprendido del coche y rodaba hasta el arcén. El coche se desvió bruscamente a la derecha, al carril contrario. Julie movió con fuerza el volante a la izquierda, para compensar, pero no hubo ninguna reacción.

El lado derecho rozó el asfalto en medio de una lluvia de chispas mientras el coche hacía un trompo. Los tres neumáticos del vehículo echaban humo y chirriaban, y el coche daba vueltas y vueltas y se deslizaba fuera de la carretera marcha atrás. Se saltó el arcén, resbaló por la hierba y chocó contra un terraplén. En cuanto el polvo se disipó, Julie apagó el motor y se volvió hacia Summer.

—¿Estás bien? —preguntó sin aliento.

—Sí. —Summer respiró hondo—. Menuda sacudida... Me atrevería a decir que hemos tenido suerte.

Vio que Julie estaba pálida y seguía con las manos aferradas al volante.

—Fue él —dijo en voz baja.

—Bueno, si es así, tendrá que mejorar mucho para acabar con nosotras —afirmó Summer, desafiante, en un intento de animar a Julie—. Veamos si podemos llevarlo de vuelta a la carretera.

Al abrir la puerta, una motocicleta negra apareció a gran velocidad por la carretera. El conductor aminoró la velocidad y observó el maltrecho coche. Después aceleró.

—No se ha molestado en ayudarnos —exclamó Summer mientras la silueta negra desaparecía detrás de una curva.

Caminó hasta la carretera y encontró la rueda suelta en el arcén. La puso vertical y la llevó rodando hasta el coche. Julie estaba sentada en un peñasco; todavía le temblaban las manos. Summer abrió el maletero, sacó el gato y lo colocó debajo del parachoques delantero. El suelo era duro y casi nivelado y le permitió levantar el chasis del suelo. A pesar de los daños, montó el neumático y lo atornilló con tres pernos que sacó de las otras ruedas. Comprobó que los pernos estaban bien ajustados y guardó el gato en el maletero.

—Summer, eres un hacha —la felicitó Julie. Tenía mejor aspecto y ya no temblaba—. Creí que no nos quedaría otra que llamar al servicio de ayuda en carretera.

—Mi padre me enseñó a hacer estas cosas en los coches antiguos —explicó con una sonrisa de orgullo—. Siempre dice que cualquier chica debe saber cambiar un neumático.

Julie observó la abolladura del guardabarros trasero y después le pasó las llaves a Summer.

—¿Te importa conducir el resto del camino? Tengo los nervios destrozados.

—En absoluto —contestó Summer—. Mientras no te importe que vaya despacio por los baches...

Cogió las llaves, se sentó al volante, puso el coche en marcha y lo llevó a la carretera. No notaron nada extraño, y muy pronto accedieron al aparcamiento de Broome Park. Las dos mujeres entraron en la finca y se encontraron a Aldrich

sirviendo cruasanes y té en el atrio del jardín. Julie no hizo ninguna mención al accidente cuando se lo llevó aparte.

—Aldrich, me pregunto si podría decirme algo sobre Emily Kitchener.

Los ojos del hombre se encendieron de inmediato.

—Vaya, Emily era una dama encantadora. Anoche precisamente estuve contándole cosas de ella a un huésped. Solía gustarle mucho pasear por el jardín a última hora de la tarde para oír cantar a los ruiseñores. Resulta difícil creer que ya hace diez años que murió.

—¿Vivía aquí, en la finca? —preguntó Summer.

—Sí. Mi padre le dio alojamiento cuando su marido murió en un accidente de tren. Debió de ser alrededor de 1970. Vivía en lo que ahora es la Windsor Suite, en la última planta.

—¿Por casualidad recuerda si tenía alguna amiga o conocida llamada Sally? —preguntó Julie.

—No recuerdo a ninguna Sally —respondió él.

—¿Alguna vez mencionó haber recibido documentos o papeles de lord Kitchener? —quiso saber Summer.

—A mí nunca me contó nada de eso. Por supuesto, ella debía de ser muy joven cuando el conde murió. Si les apetece, pueden echar un vistazo a sus cosas. Tengo unas cuantas cajas con sus posesiones en el sótano.

Summer miró a Julie con esperanza.

—Si no es mucha molestia... —dijo Julie.

—En absoluto. Ahora mismo las acompaño.

Aldrich las llevó a sus dependencias y abrió una puerta que daba a una escalera en un rincón. Bajaron los escalones y llegaron a un sótano mal iluminado que era poco más que un ancho pasillo que se extendía bajo una pequeña zona de la residencia. Había cajones viejos y muebles cubiertos de polvo amontonados junto a ambas paredes.

—La mayoría de estos muebles antiguos eran del conde —explicó Aldrich mientras avanzaba por el pasillo—. Un día de estos tengo que organizar una nueva subasta.

Al final del pasillo llegaron a una puerta cerrada con pestillo.

—Aquí había una despensa —comentó. Acercó la mano para quitar el pestillo y en eso vio que ya lo habían quitado—. La sellaron para que no entraran ratas.

Apretó el interruptor exterior, sujetó la manija y tiró de la pesada puerta; al otro lado había un espacio de unos tres metros de largo con estanterías a ambos lados y un armario de madera al fondo. Los estantes estaban llenos de cajas de cartón, la mayoría de ellas contenían documentos y escrituras.

—Las cosas de Emily tendrían que estar aquí mismo. —Fue hacia el fondo para

señalar un estante donde había tres cajas en las que se leía *E. J. KITCHENER*—. Emily Jane Kitchener —dijo Aldrich—. Quizá les resulte más fácil mirar las cajas aquí mismo. ¿Necesitarán que las escolte de vuelta arriba?

—Gracias, Aldrich, pero no será necesario —contestó Summer—. Cerraremos y encontraremos la salida.

—Espero que se queden a cenar con nosotros esta noche. Prepararemos pescado en el jardín. —El anciano dio media vuelta y salió de la despensa.

Summer sonrió mientras lo veía alejarse.

—Es un hombre encantador —comentó.

—Un caballero a la antigua —añadió Julie, y cogió dos cajas del estante—. Ya está, una para ti y una para mí.

Summer se acercó y quitó la tapa de la caja; no estaba sellada. El contenido era un revoltijo, como si alguien hubiese arrojado las cosas dentro de cualquier manera, o las hubiese revuelto. Sonrió al sacar una colcha de bebé que dejó en el estante. A su lado colocó unos cuantos vestidos de niña, una muñeca grande, y varias figurillas de porcelana. En el fondo de la caja encontró bisutería de fantasía y un libro de nanas.

—La caja número uno está llena de recuerdos de la infancia —dijo mientras guardaba con cuidado los objetos—. Me temo que nada de importancia.

—A mí no me ha ido mejor —dijo Julie mientras dejaba unas botas con lentejuelas en el estante—. Casi todo son zapatos, jerséis y varios vestidos. —Del fondo, sacó una fuente—. Y un poco de plata sucia —añadió.

Guardaron las dos cajas y abrieron juntas la tercera.

—Esta parece más prometedora —anunció Julie, que había sacado un pequeño paquete de cartas.

Comenzó a leerlas mientras Summer hacía inventario del resto. En su mayoría, libros de Emily y algunas fotos enmarcadas de ella y su marido. En el fondo de la caja, Summer encontró un sobre grande con fotos antiguas.

—No ha habido suerte —dijo Julie, que acabó de leer la última carta y la guardó en el sobre—. Son cartas de su marido. No hay ninguna mención a nuestra muchacha misteriosa. Supongo que nunca conoceremos el secreto de Sally.

—No olvides que fue un disparo a ciegas —replicó Summer.

Sacó las fotos del sobre y las colocó sobre el estante para que Julie las viese. Todas eran imágenes color sepia de casi un siglo atrás. Julie sostuvo en alto una foto de una mujer joven vestida de amazona que sujetaba las riendas de un caballo.

—Era una joven muy bonita —dijo Summer; se había fijado en su delicado rostro y sus penetrantes ojos, muy parecidos a los de su famoso tío.

—En esta sale con Kitchener. —Julie señalaba una foto tomada en un jardín.

Kitchener, vestido de uniforme, junto a una pareja con su hijita, que sujetaba una muñeca grande entre ellos. Summer reconoció a la pequeña como una versión

menuda de la Emily de la foto del caballo.

—Aquí parece que tenga cuatro años —comentó Summer; cogió la foto y le dio la vuelta para ver si había una fecha en el dorso. Casi se ahogó al leer la inscripción.

«Abril, 1916. Tío Henry con Emily y Sally en Broome Park».

Le pasó la foto a Julie. La historiadora leyó la inscripción, le dio la vuelta y observó la imagen con el entrecejo fruncido.

—Pero ésta es Emily con sus padres. Creo que su madre se llamaba Margaret.

Summer la miró y sonrió.

—Sally es la muñeca.

Para el momento en que a Julie se le hizo la luz, Summer ya estaba buscando en la primera caja de las posesiones de Emily Kitchener. En un instante, sacó la muñeca rubia con cara de porcelana y vestida con un delantal a cuadros. Sostuvo la muñeca en alto y la comparó con la de la foto.

Era la misma muñeca.

—Kitchener escribió que el Manifiesto estaba bien seguro con Sally —murmuró Julie—. ¿Y Sally es una muñeca?

Las dos mujeres observaron la muñeca, cuyas ropas y extremidades estaban muy gastadas por los juegos de una niña casi un siglo atrás. Con dedos temblorosos, Summer dio la vuelta a la muñeca y le quitó el delantal a cuadros y el vestido de algodón. A lo largo de la espalda había una gruesa costura que mantenía el relleno en el interior. Solo que era una costura burda y desigual y no se correspondía con las del resto del juguete.

—No parece el trabajo de una costurera experta —comentó Summer.

Julie buscó dentro de otra de las cajas y acabó por sacar un cuchillo de plata.

—¿Te encargas tú de la cirugía? —preguntó, nerviosa, mientras le pasaba el cuchillo.

Summer colocó la muñeca boca abajo, en el estante, y comenzó a cortar la primera puntada. El cuchillo estaba desafilado y no podía hacer gran cosa contra el duro hilo de tripa de gato, pero por fin cortó las primeras puntadas. Dejó el cuchillo, tiró de la tela para rasgar el resto de la costura y dejó abierta la espalda. Dentro había una masa de algodón apretada.

—Lo siento, Sally —dijo, y comenzó a quitar el relleno con mucho cuidado, como si la muñeca fuese un ser vivo.

Julie miraba ansiosa por encima del hombro de Summer, pero se apartó al ver que en el torso de la muñeca solo había algodón. Cuando Summer sacó un trozo de algodón como una pelota, Julie cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Una idea *ridícula* —murmuró.

Pero Summer no había acabado. Miró dentro del hueco y luego palpó con la punta de los dedos.

—Espera, creo que aquí hay algo.

Julie abrió los ojos y miró con atención cómo Summer buscaba dentro de la pierna izquierda de la muñeca y agarraba algo. Lo movió atrás y adelante hasta que sacó un cilindro de varios centímetros de largo envuelto en una tela. Julie se acercó mientras Summer dejaba el objeto en la estantería y apartaba la tela con delicadeza. En el interior había un trozo de pergamino enrollado. Summer sujetó la parte superior y lo desenrolló poco a poco. Las dos mujeres aguantaron la respiración.

El pergamino estaba en blanco. Pero muy pronto vieron que protegía otro pergamino más pequeño enrollado. Era un papiro de color bambú con una columna de escritura en el centro.

—Esto... esto tiene que ser el Manifiesto —dijo Julie en voz baja, con la mirada fija en el viejo documento.

—Parece una escritura antigua —comentó Summer.

Julie miró las letras y le recordaron a otras.

—Se parece algo al griego, pero no es nada que haya visto antes.

—Seguramente es griego copto —afirmó una voz masculina detrás de ellas.

Las dos mujeres dieron un brinco. Cuando volvieron la cabeza hacia la puerta, se quedaron estupefactas: Ridley Bannister estaba en el umbral. Vestía una chaqueta negra acolchada y pantalones de motocross. Pero ninguna de las dos prestó atención a su inusual vestimenta. Su atención se centraba en el revólver de cañón corto que sujetaba en la mano y les apuntaba al pecho.

—¡Usted es el que me atacó en la habitación! —exclamó Julie, que por fin reconoció las prendas de cuero.

—Atacar es una descripción bastante fuerte —respondió Bannister con tono despreocupado—. Prefiero creer que solo estábamos compartiendo información.

—Querrá decir robando —intervino Summer.

Bannister le dirigió una mirada dolida.

—En absoluto. Solo es un préstamo. Verá que el diario ha encontrado un nuevo hogar con el resto de los documentos privados de Kitchener en el piso de arriba.

—Oh, un ladrón arrepentido —replicó Summer, sarcástica.

Bannister no hizo caso de la pulla.

—Debo decir que sus actividades detectivescas me han dejado impresionado —dijo; tenía la mirada puesta en Julie—. El diario fue un descubrimiento maravilloso, aunque los comentarios del conde eran menos que sorprendentes. Pero después identificar a Sally... Una proeza.

—No fuimos tan chapuceras como usted —señaló Summer.

—Bueno, sí, tuve muy poco tiempo para revisar las posesiones de Emily Kitchener. Sea como fuere, han hecho un buen trabajo. Yo lo busqué durante diez años sin éxito. —Levantó el revólver y señaló—. Les importaría, señoras, tener la amabilidad de desplazarse hacia el fondo de la habitación. Tengo que marcharme con el Manifiesto.

—¿En préstamo? —preguntó Summer.

—Me temo que esta vez no —respondió Bannister con una sonrisa de tiburón.

Julie miró el pergamino y luego retrocedió poco a poco.

—Primero díganos una cosa. ¿Por qué es tan importante el Manifiesto?

—Hasta que no sea autenticado, nadie puede decirlo a ciencia cierta —contestó Bannister, que se acercó para recoger el pergamino con el papiro en el interior—. No es más que un viejo documento que algunos creen que podría sacudir los poderes teológicos. —Cogió el pergamino con la mano libre y lo guardó con cuidado en el bolsillo interior de la cazadora.

—¿A Kitchener le asesinaron por él? —preguntó Summer.

—Yo diría que sí. Pero eso es algo que tendrán que tratar con la Iglesia de Inglaterra. Ha sido un placer hablar con ustedes —añadió mientras retrocedía hacia la puerta—, pero me espera un avión.

Salió de la despensa y comenzó a cerrar la puerta.

—¡Por favor, no nos deje aquí! —suplicó Julie.

—No se preocupen —respondió Bannister—. Dentro de un día o dos llamaré a Aldrich y le haré saber que tiene un par de hermosas muchachas encerradas en su

sótano. Adiós.

La puerta se cerró con un susurro seguido por el sonido del pestillo. Bannister apagó la luz y las dejó en tinieblas. Subió la escalera hasta las dependencias de Aldrich y dejó el revólver Webley, descargado, en una vitrina que contenía las pertenencias militares de Kitchener, de donde lo había cogido minutos antes. Esperó a que no hubiese nadie en el vestíbulo para salir de la casa sin ser visto, y sin perder un segundo se alejó en su moto alquilada.

Tres horas más tarde llamó al jefe de seguridad de Lambeth Palace desde un teléfono del aeropuerto de Heathrow.

—Judkins, soy Bannister.

—Bannister —dijo el hombre en tono agrio—. Esperaba su informe. ¿Ha dado con esa tal Goodyear?

—Sí, ella y la estadounidense han estado en Broome Park curioseando en los documentos de Kitchener. En realidad, todavía están allí.

—¿Podrían ser un problema?

—Bueno, tienen sus sospechas y desde luego iban bien encaminadas.

—Pero ¿tienen algo que pueda perjudicarnos? —preguntó el jefe de seguridad con impaciencia.

—Oh, no. —Bannister sonrió de oreja a oreja y se palpó el bolsillo—. No tienen nada. Nada en absoluto.

Dentro de la despensa estaba tan oscuro como en una cueva. Summer apoyó una mano en la estantería para mantener el equilibrio y esperó unos segundos a que sus ojos se adaptasen a la súbita oscuridad. Pero sin una fuente de luz, no había nada que ver. Recordó que llevaba el móvil, lo sacó del bolsillo y la pantalla emitió un débil resplandor azul.

—Aquí abajo no hay cobertura, pero al menos tenemos algo de luz —dijo.

Utilizó el móvil como linterna para acercarse a la puerta, primero la empujó con el hombro y después le dio unas cuantas patadas. La pesada puerta no se movió en absoluto; comprendió que ni siquiera un luchador de sumo podría romper el pesado pestillo. Se acercó a Julie, la alumbró con el teléfono y vio que estaba asustada.

—Esto no me gusta nada —comentó Julie con voz temblorosa—. Creo que voy a gritar.

—¿Sabes, Julie?, es buena idea. ¿Por qué no lo hacemos?

Summer echó la cabeza hacia atrás y gritó con todas sus fuerzas. Julie la imitó de inmediato y juntas gritaron varias veces pidiendo ayuda.

Amortiguados por la gruesa puerta, los gritos solo se oyeron muy débiles en la planta baja. Los pocos huéspedes que los oyeron supusieron que alguien llevaba un iPod con el volumen demasiado alto. Los oídos del viejo Aldrich no registraron el sonido.

Las mujeres se tomaron un breve descanso y gritaron de nuevo. A medida que pasaban los minutos y que no había respuesta, tuvieron que aceptar que no las oían. Los gritos les habían servido para calmar la ansiedad del encierro. Julie, en particular, pareció recuperar la compostura que había estado muy cerca de perder.

—Supongo que ya que vamos a estar aquí durante un tiempo deberíamos ponernos cómodas —dijo, y colocó una caja grande en el suelo para usarla de asiento—. ¿Crees que llamará a Aldrich? —preguntó con voz sombría.

—Creo que sí —respondió Summer—. No actuó como un asesino profesional, y tampoco me pareció un psicópata. —En su interior no estaba tan segura—. Por lo que a mí respecta, preferiría no esperar a Aldrich —añadió—. Quizá en alguna de estas cajas haya algo que pueda ayudarnos a salir de aquí.

Bajo el débil resplandor del móvil, comenzó a abrir algunas de las otras cajas. Muy pronto quedó patente que solo contenían papeles, ropa y unos pocos objetos personales guardados en la antigua despensa. Desalentada, colocó una caja cerca de la de Julie, y se sentó.

—No sé si unos cuantos vestidos bonitos podrían ayudarnos a escapar.

—Bueno, si hace frío, tendremos con qué abrigarnos —dijo Julie—. Si al menos hubiera algo para comer...

—Me temo que en esta despensa no hay comida —replicó Summer. Luego pensó por un momento en lo que acababa de decir—. Aldrich dijo que esto servía como despensa auxiliar, ¿no? —preguntó.

—Sí —contestó Julie—, y demos gracias a que la hicieron a prueba de ratas.

—¿Sabes dónde está la cocina principal de la casa?

La investigadora reflexionó un momento.

—No la he visto nunca, pero está cerca del comedor principal, en el lado oeste de la casa.

Summer visualizó la orientación.

—Estamos en el lado oeste, ¿no?

—Sí.

—Por lo tanto, la cocina tendría que estar más o menos encima de nosotras.

—Sí, se supone que sí. ¿Adónde quieres ir a parar?

Summer se puso de pie y recorrió la despensa iluminando las paredes detrás de las cajas con la luz del móvil. Llegó hasta el final de la despensa y vio un grupo de cuatro armarios detrás de una pila de cajas. Le pasó el móvil a Julie para que lo sostuviese.

—Si fueras el cocinero de Kitchener y necesitases un saco de harina de la despensa, ¿lo cargarías por toda la casa? —preguntó al tiempo que apartaba las cajas. Acercó la mano a la puerta de los dos armarios de arriba e intentó abrirlas. Estaban cerradas.

—Son puertas falsas —dijo Julie, que sostenía la luz en alto mientras Summer intentaba meter las uñas por debajo de las puertas sin ningún resultado—. Prueba con las de abajo.

Julie apartó una caja del suelo para que Summer pudiese acceder a las puertas de abajo. Tiró de los bordes, y se sorprendió cuando las dos puertas se abrieron sin problemas. Detrás apareció un compartimiento vacío.

—Acerca la luz —pidió Summer.

Julie movió el móvil por el hueco e iluminó una gran bandeja en la base del compartimiento sujeta a dos rieles por la parte de atrás. A un lado había una polea con una cadena que subía más allá del armario superior. Julie alumbró hacia arriba y vieron un largo hueco vertical.

—Un montacargas —dijo Julie—. Por supuesto. ¿Cómo lo has sabido?

Summer se encogió de hombros.

—Mi aversión de siempre a hacer las cosas de la forma más fácil, supongo. —Observó el estante—. Es un poco pequeño, pero creo que podrá servir como ascensor. Lo siento pero tengo que pedirte que me prestes la luz.

—No puedes subirte a esa cosa —protestó Julie—. Te partirás el cuello.

—No te preocupes. Creo que quepo.

Summer cogió el móvil y pasó sus largas piernas por la abertura; pasó después el resto del cuerpo y se sentó en la bandeja con las piernas cruzadas. Un par de cuerdas gastadas colgaban junto a la polea utilizada para subir la bandeja, pero no se atrevió a probar su peso. Dejó el móvil en su regazo, y observó la cadena de bicicleta que pasaba por la polea. Luego asomó la cabeza por el hueco.

—Deséame suerte. Si todo va bien, me reuniré contigo en la puerta dentro de cinco minutos —dijo Summer.

—Ten cuidado.

Summer sujetó la cadena con las dos manos y tiró hacia abajo con fuerza. La bandeja se levantó de inmediato y Summer subió por el hueco. Julie se apresuró a coger una caja con ropa y la colocó en la base como cojín, no fuera a ser que Summer perdiera la sujeción y cayera.

Pero la atlética oceanógrafa no se hundió. Summer fue capaz de subir tres metros antes de que las manos y los músculos de los brazos comenzaran a debilitarse. Entonces se dio cuenta de que podía mover la bandeja hacia delante, encajar los pies en un lado del hueco y presionar con la espalda hacia el lado opuesto. Aguantando su propio peso de esa manera, pudo soltar los afilados bordes de la cadena durante un ratito. Descansó dos minutos, subió un poco más y luego hizo otra pausa.

Vio que la polea superior estaba bastante cerca de su cabeza e hizo un esfuerzo para llegar a la cima. Con las manos y los brazos doloridos, tiró de la cadena hasta ponerse a la misma altura que la polea; su cabeza rozaba el techo del hueco. La parte interior de la puerta de un armario apareció frente a ella, y se apresuró a empujarla con los pies. La puerta no se movió.

Sintió que se le aflojaban los brazos cuando empujó de nuevo, y esta vez percibió un pequeño movimiento en la puerta. Estaba demasiado arriba y demasiado cerca de la polea para poder apoyarse en la pared y notó que la sujeción se aflojaba. Al comprender que estaba a punto de caerse, se echó hacia atrás todo lo que pudo y después hacia delante y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

Con un estrépito tremendo, la puerta del armario se abrió y la luz entró en el hueco. El súbito cambio de luz la cegó por un momento. Summer se deslizó a través de la puerta, soltó la cadena y el impulso la dejó en una superficie pulida.

En cuanto sus ojos se adaptaron al cambio de luz, vio que estaba tumbada en un gran aparador de teca. La salita, pequeña pero muy iluminada, ocupaba una parte de la antigua cocina. Media docena de parejas mayores estaban tomando el té. La observaban en silencio, como si fuese una alienígena de la Osa Menor.

Se bajó del aparador y vio lo que había causado semejante estrépito. Dispersas por el suelo había cucharas, tazas y platos de un juego de té que había salido volando cuando abrió la puerta.

Avergonzada, deseó desaparecer y ocultó las manos manchadas de grasa mientras

sonreía a los curiosos.

—Detesto perderme la hora del té —comentó a modo de disculpa, y salió corriendo de la habitación.

Encontró a Aldrich en el vestíbulo, que iba camino de averiguar el motivo del estruendo, y le pidió que la acompañase para rescatar a Julie. Bajaron la escalera y abrieron la puerta de la despensa. Julie, mucho más tranquila, sonrió al ver a Summer.

—Oí un estrépito tremendo. ¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. —Summer sonrió—. Bueno, quizá le debo a Aldrich un juego de té.

—Tonterías —gruñó el anciano—. Ahora díganme otra vez quién las encerró.

Julie le describió a Bannister y sus prendas de motorista.

—Igual que ese tal Baker —dijo Aldrich—. Se marchó esta mañana.

—¿Qué sabe de él? —preguntó Summer.

—Me temo que muy poco. Dijo que era un escritor de Londres que había venido para jugar al golf. Pero le recuerdo vagamente de una visita anterior, quizá hace cuatro o cinco años. Recuerdo que le permití el acceso a los archivos. Sabía mucho acerca del conde. De hecho, fue él quien preguntó por Emily.

Julie y Summer se miraron con expresión de complicidad, y Summer entró de nuevo en la despensa.

—¿Quieren que llame a la policía? —preguntó Aldrich.

Julie lo pensó un momento.

—No, supongo que no será necesario. Tiene lo que vino a buscar, y no creo que vuelva a molestarnos. Además, estoy segura de que le dio un nombre y una dirección falsa en Londres.

—Pues si aparece por aquí de nuevo le cantaré las cuarenta —prometió Aldrich—. Pobrecillas. Por favor suban y tomen una taza de té.

—Gracias, Aldrich. Enseguida iremos.

Aldrich se marchó. Julie se sentó en un banco Reina Ana junto a otros muebles cubiertos y respiró hondo. Summer salió de la despensa un segundo más tarde y se dio cuenta de lo pálida que estaba su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. No me gusta admitirlo, pero tengo un poquito de claustrofobia. Espero no tener que repetir la experiencia.

Summer se volvió para cerrar la pesada puerta.

—No tenemos por qué volver a poner los pies aquí. ¿Dónde está Aldrich?

—Subió para prepararnos el té.

—Confío en que encuentre tazas...

Julie sacudió la cabeza; parecía decepcionada.

—No puedo creerlo. Teníamos en las manos la pista para aclarar la muerte de Kitchener y ese ladrón nos la arrebató antes de que pudiéramos descubrir su

significado.

—No estés tan deprimida. No se ha perdido todo —contestó Summer.

—Pero tenemos muy poco para seguir adelante. Es probable que nunca descubramos el verdadero significado del Manifiesto.

—Como dice Aldrich, tonterías —replicó Summer—. Todavía tenemos a Sally —añadió, y levantó la muñeca.

—¿De qué nos sirve?

—Nuestro amigo nos robó la pierna izquierda, pero nos queda la derecha.

Alzó la muñeca delante de Julie y sacó un trozo de algodón.

La historiadora miró dentro y vio la punta de otro rollo de papel, éste en la pierna derecha.

No dijo nada, sus ojos brillaban mientras Summer sacaba con delicadeza el objeto del interior de la muñeca. Cuando Summer lo dejó en el banco y lo desenrolló con cuidado, vieron que no era una hoja de pergamino o de papiro, como el otro rollo. Era una simple carta mecanografiada con, en la parte superior, el membrete *UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE - DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA*.

—Los buceadores siguen abajo —anunció Gunn.

De pie en el puente del *Aegean Explorer*, miró a través de los prismáticos la Zodiac vacía, amarrada a una boya cuya cadena bajaba hasta el pecio otomano. Cada pocos segundos dos grupos de burbujas rompían la superficie a un par de metros de la boya. Gunn desplazó los prismáticos más allá de la neumática y enfocó al yate azul italiano que había fondeado cerca. Se fijó con curiosidad que mantenía la proa en su dirección, perpendicular a la corriente. Una vista parcial de la cubierta de popa le permitió ver a varios hombres en movimiento, pero su visión quedó muy pronto oscurecida por la superestructura de la nave.

—Nuestro entrometido amigo todavía ronda por la vecindad —dijo.

—¿El *Sultana*? —preguntó Pitt, que había conseguido leer el nombre del yate italiano.

—Sí. Parece que se ha acercado un poco más al lugar del naufragio.

Pitt alzó la vista desde la mesa de cartas, donde estaba revisando algunos documentos.

—Debe de estar aburriéndose mucho.

—No entiendo qué pretende. —Gunn dejó los prismáticos a un lado—. Tiene los propulsores laterales en marcha para permanecer transversal a la corriente.

—¿Por qué no lo llamas por radio y se lo preguntas?

—Anoche el capitán intentó varias llamadas amistosas. No hubo respuesta.

Gunn se sentó frente a Pitt. En la mesa había dos pequeños botes de cerámica recuperados del pecio. Pitt comparaba los objetos con los que había rescatado de una nave mercante el famoso arqueólogo submarino George Bass.

—¿Has tenido suerte en la datación? —preguntó Gunn; cogió uno de los botes y lo miró con atención.

—Son muy similares a la cerámica encontrada a bordo de una nave mercante que se hundió cerca de Yassi Ada en el siglo IV —respondió Pitt, y le pasó una foto que acompañaba el informe.

—¿Así que la corona romana de Al no es una falsificación?

—Al parecer es auténtica. Tenemos un naufragio otomano que por alguna razón lleva objetos romanos.

—Un bonito hallazgo lo mires por donde lo mires. Me pregunto cuál será el origen de los objetos...

—El doctor Zeibig está analizando unas muestras de cereales que estaban incrustadas en un fragmento de cerámica; podrían indicar el punto de origen de la nave. Por supuesto, si nos permitieses desenterrar el resto de tu monolito, quizá daríamos con la respuesta.

—Oh, no —protestó Gunn—. Es mi hallazgo, y Rod dijo que podíamos sacarlo juntos en nuestra próxima inmersión. Tú ocúpate de mantener a Al bien lejos. Eso me recuerda —miró su reloj— que Iverson y Tang saldrán a la superficie en cualquier momento.

—Entonces iré a despertar a Al —dijo Pitt, y se levantó de la mesa—. Nos toca la siguiente inmersión.

—Creo que estaba durmiendo al lado de su nuevo juguete —dijo Gunn.

—Sí, se muere de ganas por probar el *Bala*.

En el momento en que Pitt cruzaba el puente, Gunn le hizo una última advertencia.

—No lo olvides. Ni se os ocurra tocar mi monolito —gritó, y sacudió un dedo en dirección a Pitt.

Pitt cogió una bolsa de inmersión de su camarote y después fue a la cubierta de popa. Encontró a Giordino durmiendo a la sombra de un aerodinámico sumergible blanco; llevaba el traje de inmersión hasta la cintura. La proximidad de Pitt fue suficiente para que Giordino abriese un ojo.

—¿Hora de hacer otro viaje a mi empapado yate real? —preguntó.

—Sí, rey Al. Nos toca revisar la cuadrícula C-2, que al parecer es una montaña de lastre.

—¿Lastre? ¿Cómo voy a ampliar mi colección de joyas con una montaña de lastre? —Se sentó para acabar de ponerse el traje de neopreno mientras Pitt abría la bolsa y sacaba el suyo. Unos pocos minutos más tarde apareció Gunn a la carrera con expresión preocupada.

—Dirk, los buceadores tendrían que haber salido hace diez minutos...

—Quizá estén haciendo una parada de descompresión de seguridad —opinó Giordino.

Pitt miró hacia la Zodiac vacía, amarrada a poca distancia. Iverson y Tang, los dos hombres que estaban en el agua, eran científicos y expertos buceadores.

—Cogeremos la auxiliar e iremos a echar una ojeada —dijo Pitt—. Échanos una mano, Rudi.

Gunn ayudó a bajar la pequeña neumática semirrígida que apenas tenía capacidad para los dos hombres y el equipo de buceo. Pitt se apresuró a ajustarse el chaleco, la máscara, y calzarse las aletas mientras Giordino ponía en marcha el motor fuera-borda y los llevaba a toda velocidad hacia la Zodiac. Cuando llegaron a la neumática no había ninguna señal de los dos buceadores.

La auxiliar aún reducía la velocidad cuando Pitt se dejó caer por la borda. Nadó deprisa hasta la boya y luego descendió a lo largo de la cuerda. Esperaba encontrar a los dos hombres sujetos al cabo a tres o seis metros de la superficie, haciendo la parada de descompresión, pero no los veía por ninguna parte. Pitt se destapó los oídos

cuando llegó a quince metros y movió las piernas con fuerza para seguir hasta el fondo. En las profundidades, veía débilmente la cuadrícula de aluminio amarilla clavada en el fondo de arena. Cuando se aproximó al final del cabo, donde la visibilidad no era más que una oscuridad verdosa, encendió una linterna submarina.

Inspeccionó brevemente el perímetro alrededor del cabo anclado y luego nadó por la cuadrícula siguiendo el pecio a lo largo. Al cruzar al cuarto cuadrante se detuvo: donde había estado el amado monolito de Gunn había un hueco profundo en la arena. Miró al frente y vio un objeto azul cerca de la montaña de lastre. Movié las aletas y avanzó deprisa hacia la figura acurrucada de uno de los buceadores.

El cuerpo estaba sujeto debajo de la cuadrícula de aluminio, con varias piedras de lastre sobre el pecho. Una mirada a los ojos inmóviles detrás de la máscara le dijo que el científico de la NUMA llamado Iverson estaba muerto. Pitt le revisó el equipo y vio que faltaba el regulador. Un par de metros más allá, lo vio en el fondo del mar; un corte limpio en el tubo indicaba que lo habían seccionado.

Pitt vio una luz por encima de él y dio gracias al ver la figura rechoncha de Giordino que bajaba. Giordino se acercó un par de metros y señaló el cuerpo de Iverson. Pitt respondió con una sacudida de cabeza y levantó en alto el tubo del regulador para mostrarle que lo habían cortado. Giordino asintió; a continuación apuntó hacia la popa del pecio y ambos fueron en esa dirección.

El cuerpo de Tang flotaba por encima del fondo con una aleta enganchada en la tablilla que lo mantenía sujeto. Se había ahogado, como Iverson, aunque al parecer Tang se había resistido más en los últimos momentos de su vida. La máscara, el cinturón de lastre, una de las aletas y el regulador cortado estaban desparramados en la arena. Pitt apuntó la linterna hacia el rostro del hombre y vio un gran morado en la mejilla derecha. El científico sin duda había visto lo que le había pasado a Iverson y había intentado defenderse, pensó Pitt. Solo que los atacantes habían sido muy fuertes o numerosos. Pitt movió la luz hacia las profundidades, pero allí no había nadie. Los atacantes ya habían regresado al yate italiano.

Tiró del chaleco de flotación de Tang y empujó el cadáver hacia arriba mientras Giordino le indicaba que recuperaría el cadáver de Iverson. Pitt subió poco a poco con su compañero muerto y fue hacia el cabo de la boya. Cerca de la superficie, oyó el rumor sordo de unos motores que se ponían en marcha. A medida que la intensidad del sonido aumentaba, dedujo con acierto que el yate aceleraba para huir de la escena.

Si bien la deducción de Pitt era correcta, nunca imaginó el rumbo del yate. Al acercarse, comprendió demasiado tarde que el rugido de los motores había aumentado mucho y que una sombra en la superficie se acercaba deprisa. Salió del agua junto a la Zodiac y la neumática auxiliar y se encontró a solo seis metros de distancia del imponente casco que avanzaba hacia él a toda máquina. El gran casco azul golpeaba la superficie al tiempo que un surtidor de agua blanca se alzaba de las

hélices a popa.

En un instante el yate alcanzó a las dos lanchas. La embestida y las hélices destrozaron la Zodiac, y la auxiliar salió volando sobre las olas como un insecto. La Zodiac se hundió de inmediato mientras el yate se alejaba hacia el horizonte como un rayo.

En la estela del yate, la boya volvió a la superficie después de verse arrastrada a las profundidades. Suelta del cabo, cabeceaba suavemente en el mar espumeante teñido de rojo de sangre humana.

Giordino vio pasar la sombra del yate por encima de su cabeza y salió a la superficie, arrastrando el cadáver de Iverson, a unos metros de la boya. Infló a mano el chaleco de flotación del muerto mientras observaba cómo se hundían los restos destrozados de la Zodiac. A lo lejos vio la otra neumática, medio deshinchada, alejarse deprisa empujada por una ligera brisa. Miró las aguas a su alrededor y no vio a Pitt por ninguna parte. Entonces divisó una mancha oscura cerca de la boya.

Temiéndose lo peor, Giordino soltó a Iverson y nadó hacia la boya con la intención de sumergirse y buscar a Pitt bajo el agua. Al llegar a la boya, sintió un nudo en el estómago: una mancha roja y brillante de sangre humana oscurecía el agua. De pronto en el centro de la mancha irrumpió un cuerpo con un traje de neopreno. El cuerpo flotaba boca abajo; la cabeza y las extremidades sumergidas ocultaban su identidad. El tronco mostraba con claridad la fuente de la sangre derramada en el agua. Cortado y destrozado como si lo hubiese arrollado una máquina cortacésped, la espalda era una mezcla de carne y neopreno mutilada por las hélices del yate.

Giordino contuvo el asco y nadó deprisa hasta el cuerpo. Aterrorizado por lo que podía encontrar, agarró el torso y sacó la cabeza fuera del agua.

No era Pitt.

Casi se quedó helado cuando sintió un golpe firme en el hombro. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Pitt, que había salido a la superficie detrás de él. Vio un débil rastro de pintura blanca en la capucha y el hombro de Pitt.

Giordino escupió el regulador.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien —respondió Pitt.

Giordino vio furia en los ojos de su amigo.

—¿Tang y tú estabais en el camino de ese tren expreso? —preguntó Giordino.

Pitt asintió.

—Tang me salvó la vida.

Cuando había salido a la superficie y se había encontrado en la trayectoria del yate, solo había tenido unos segundos para reaccionar. Se apresuró a pasar un brazo por el chaleco de Tang, tiró del muerto para colocarlo sobre su pecho, y luego se echó hacia atrás e intentó sumergirse. Para entonces, el yate ya se les había echado encima y golpeó a Tang con fuerza. Pitt estaba debajo. Juntos se vieron arrastrados por debajo del casco hasta que pasaron junto a las hélices, que giraban enloquecidas. Pitt logró a duras penas mantener a Tang en posición, y el cuerpo de su amigo recibió todo el impacto de las hélices.

Pitt sentía asco y furia por haber tenido que utilizar el cuerpo del científico como

escudo humano, pero sabía que de lo contrario habría acabado hecho jirones.

—Han matado a Tang dos veces —dijo Giordino con aire sombrío.

—Ellos... —murmuró Pitt con la mirada puesta en la silueta del yate que se alejaba hacia el horizonte. Su mente ya estaba dándole vueltas a la pregunta de quién cometería un crimen por un viejo pecio y por qué.

—Más vale que lo saquemos de aquí antes de que todos los tiburones del Mediterráneo se presenten a comer —propuso Giordino, al tiempo que aferraba un brazo de Tang.

El *Aegean Explorer* ya había levado el ancla y se acercaba a ellos. Un grupo de tripulantes bajó el cabo de una grúa, alzaron a los dos muertos a bordo y luego ayudaron a subir a Giordino y Pitt. El capitán y el médico del barco corrieron hacia allí, seguidos de cerca por Gunn. El director delegado de la NUMA parecía aturdido y se apretaba una bolsa de hielo en la cabeza.

—Ambos murieron en el agua —dijo Pitt cuando el doctor se arrodilló para un examen rápido de los cadáveres—. Ahogados.

—¿Un accidente? —preguntó el capitán.

—No —respondió Pitt mientras se quitaba el traje de neopreno. Señaló el tubo cortado que salía de la botella de aire de Iverson—. Alguien les cortó el aire.

—Los mismos que intentaron matarnos con la quilla de su lujoso barco italiano —añadió Giordino.

—Cuando vinieron a bordo, supe que mentían —dijo el capitán Kenfield, y sacudió la cabeza—. Pero nunca sospeché que recurrirían al asesinato.

Pitt se fijó en el chichón que Gunn tenía en la cabeza y que se frotaba con la bolsa de hielo.

—¿A ti qué te ha pasado?

Gunn hizo una mueca cuando apartó la bolsa.

—Mientras vosotros estabais abajo, el yate envió una neumática con matones armados. Afirmaron que eran del Ministerio de Cultura turco.

—¿Patrullaban el mar en un yate de lujo? —preguntó Giordino, escéptico.

—Les pedí que se identificasen, pero lo que recibí fue un culetazo —contestó Gunn, que volvió a ponerse la bolsa de hielo en el chichón.

—Nos dijeron en términos muy claros que no teníamos ninguna autoridad para explorar un barco naufragado del Imperio otomano —dijo el capitán.

—Resulta interesante que supiesen dónde estaba el pecio —señaló Giordino.

—¿Qué más querían? —preguntó Pitt.

—Exigieron que les diéramos todos los objetos que habíamos sacado del pecio —contestó Kenfield—. Les dije que se fueran de mi barco, y eso no les sentó bien. Nos llevaron a Gunn y a mí al puente y amenazaron con matarnos. La tripulación no tuvo más remedio que obedecer.

—¿Se lo llevaron todo? —preguntó Giordino.

Gunn asintió.

—Vaciaron el laboratorio y volvieron a su yate justo antes de que vosotros salieseis a la superficie.

—Pero antes nos ordenaron que abandonásemos el lugar y nos advirtieron que no hiciéramos contacto por radio —añadió Kenfield.

—Rudi, lamento decirte que no solo se llevaron lo que teníamos aquí —dijo Pitt—. También desenterraron tu monolito.

—Ésa es la menor de nuestras pérdidas —afirmó Gunn con voz grave—. Se llevaron a Zeibig.

—Preguntaron quién estaba a cargo de la excavación del pecio —intervino el capitán—. El doctor Zeibig se encontraba en el laboratorio, y se lo llevaron a punta de pistola.

—Después de lo que les hicieron a Iverson y a Tang, sabemos que no vacilarán en matarlo —dijo Giordino en voz baja.

—¿Has intentado ponerte en contacto con alguien? —preguntó Pitt al capitán.

—Acabo de hablar con el Ministerio de Cultura turco. Confirmaron que no tienen ningún yate ni ninguna vigilancia asignada a esta región. También hablé con la guardia costera turca. Por desgracia, no cuentan con ninguna embarcación en esta zona. Nos dijeron que llamásemos a su base en Izmir para presentar la denuncia.

—Mientras tanto los malos se llevan a Zeibig —dijo Pitt.

—Me temo que no podemos hacer mucho más —dijo el capitán—. El yate es por lo menos dos veces más rápido que el *Aegean Explorer*. No podríamos alcanzarlos. Una vez en el puerto, también podemos alertar a nuestro gobierno.

Giordino carraspeó con fuerza y se abrió paso.

—Sé de algo que puede correr tanto como ese yate.

Miró a Pitt y le hizo un guiño lleno de complicidad.

—¿Estás seguro de que está preparado? —preguntó Pitt.

—Tan preparado como un cocodrilo hambriento en un estanque lleno de patos —respondió Giordino.

Preparados para el lanzamiento, tardaron unos minutos en comprobar que todos los sistemas funcionaban y bajaron al agua el nuevo sumergible de Giordino. Sentados uno al lado del otro, Giordino hizo una rápida comprobación de seguridad mientras Pitt se comunicaba con el puente del *Aegean Explorer*.

—Explorer, deme la actual posición de nuestro objetivo —pidió.

—El radar muestra que mantiene un rumbo estable de 0-1-2 grados —respondió la voz de Rudi Gunn—. Ahora está a unas diez millas al norte de nosotros.

—Recibido, *Explorer*. Por favor, síganos a toda marcha mientras intentamos alcanzar al zorro. *Bala fuera*.

Pitt tenía sus dudas respecto a la persecución en un sumergible. Dado que por lo general los sumergibles de investigación dependían de la propulsión eléctrica, eran vehículos lentos, diseñados para corto alcance. Pero el *Bala* había roto las reglas del desarrollo de sumergibles.

Su velocidad, más que su forma, era lo que había dado nombre al *Bala*, basado en un diseño de Marión Hyper-Subs. El prototipo de la NUMA consistía en una cabina de acero sumergible unida al casco de una lancha rápida. Como sumergible, el *Bala* podía alcanzar profundidades de hasta trescientos treinta metros. En la superficie, los motores, instalados en un compartimiento presurizado junto con un tanque de combustible de dos mil cincuenta litros, permitían viajar a grandes distancias a gran velocidad. Gracias a su diseño, el *Bala* podía llegar a lugares de inmersión remotos sin la necesidad de contar con una nave de apoyo.

—Preparado para conectar la impulsión de superficie —anunció Giordino, y apretó los botones de arranque de los motores turbo diésel.

Un profundo rugido se oyó detrás de ellos cuando los dos motores, de quinientos caballos cada uno, se pusieron en marcha. Giordino observó los indicadores del panel de mandos y se volvió hacia Pitt.

—Listos para rodar.

—Veamos de qué es capaz —replicó Pitt, y movió con cuidado los mandos del acelerador.

De inmediato se vieron aplastados contra los asientos cuando los potentes motores diésel empujaron el sumergible hacia delante. En cuestión de segundos, la esbelta nave de color blanco volaba sobre las olas. Pitt notaba el cabeceo y la guiñada del sumergible sobre el mar encrespado, pero a medida que iba ganando confianza en la estabilidad fue añadiendo más potencia. Al estar la cabina cerca de la proa, le parecía que volaban por encima del agua.

—Treinta y cuatro nudos —anunció, con la mirada puesta en la pantalla de navegación—. No está mal.

Giordino asintió con una gran sonrisa.

—Creo que con el mar en calma puede superar los cuarenta.

Avanzaron hacia el norte, brincando por el mar Egeo durante casi veinte minutos, cuando vieron una mancha en el horizonte. Persiguieron al yate durante otra hora y redujeron la velocidad a medida que pasaban al norte de los Dardanelos y esquivaban un par de supertanques petroleros procedentes del mar Negro. La gran isla turca de Gókçeada apareció muy pronto ante ellos, y el yate cambió de rumbo hacia el este de la isla.

Pitt avanzó en zigzag para no dar la impresión de que seguían al yate, y aminoró la velocidad cuando se hallaban a unas pocas millas. El yate se apartó poco a poco de Gókçeada y se dirigió hacia el litoral turco, manteniéndose cerca de la costa a medida

que reducía la velocidad. Pitt viró para seguir un rumbo paralelo mar adentro, aunque siempre a la vista del yate de lujo. Desde la distancia, el *Bala*, al ser tan bajo, parecía una pequeña embarcación de placer que realizaba un crucero por la tarde.

El yate navegó varias millas más a lo largo de la costa occidental turca, y de pronto aminoró la marcha y viró en una bahía resguardada. Cuando la pasaron de largo, Pitt y Giordino vieron unos cuantos edificios y un muelle donde estaba amarrado un carguero pequeño. Pitt mantuvo el rumbo hasta que estuvieron un par de millas al norte de la bahía, fuera de la vista, y entonces se detuvo.

—Parece que tenemos dos opciones —dijo Giordino—. Podemos desembarcar en alguna parte y llegar hasta la bahía a pie. O podemos esperar a que anochezca y llevar el *Bala* hasta la bahía pero por abajo.

Pitt observó la abrupta costa a media milla de distancia.

—No parece que aquí abunden los lugares para desembarcar. Además, si Zeibig o alguno de nosotros resulta herido, el regreso podría ser problemático.

—Estoy de acuerdo. Entonces la bahía.

Pitt miró el dial naranja de su reloj de inmersión Doxa.

—Anochecerá dentro de una hora. Esperaremos.

La hora pasó deprisa. Pitt transmitió la posición al *Aegean Explorer* y le dijo a Rudi que acercase el barco de investigación a algún punto a diez millas al sur de la bahía.

Giordino aprovechó el tiempo para buscar una carta náutica digital de la costa y programar una ruta por debajo del agua hasta el centro de la bahía. Una vez sumergidos, el piloto automático los llevaría hasta el punto especificado utilizando el sistema informático.

A medida que oscurecía, Pitt llevó el *Bala* a media milla de la entrada de la bahía y apagó los diésel de superficie. Giordino selló y presurizó el compartimiento de máquinas, luego abrió las válvulas que permitían bombear el agua a los tanques de lastre. El tanque de proa se llenó primero, y el sumergible enseguida comenzó a hundirse.

Pitt desplegó las aletas de inmersión y conectó los propulsores eléctricos. Tuvo que quedarse con las ganas de encender los faros de la nave a medida que el mundo acuático, más allá de la burbuja de acrílico, se volvía negro. Llevó el submarino hacia delante a baja velocidad hasta que Giordino le dijo que soltase los controles.

—A partir de aquí, el piloto automático se encargará de llevarnos —dijo.

—¿Estás seguro de que esta cosa no se estrellará contra una roca sumergida o algún obstáculo? —preguntó Pitt.

—Lleva un sonar de alta frecuencia que lee a cien metros por delante de nosotros. El piloto automático hará las correcciones de rumbo para los obstáculos menores o nos avisará si hay algo más grande en nuestro camino.

—Le quita la diversión de un vuelo a ciegas —comentó Pitt.

Si bien Pitt no era enemigo de los ordenadores, cuando se trataba de pilotar era de la vieja escuela. Nunca se sentía del todo cómodo dejando que un ordenador llevase los controles. En la sensación de llevar los mandos de pilotaje había, tanto en el aire como bajo el agua, un matiz que ni siquiera el mejor de los ordenadores podía percibir. O eso pensaba él. Con las manos libres, vigiló atento el avance, preparado para coger los mandos al primer aviso.

El *Bala* se sumergió a diez metros de profundidad y conectó de forma automática los propulsores eléctricos. El sumergible avanzó despacio según el rumbo programado y compensó una ligera corriente cuando entró en la bahía. Giordino observó que la pantalla del sonar permanecía limpia mientras avanzaban hacia el centro de la bahía. Una luz parpadeó en el monitor, y los motores eléctricos se apagaron cuando llegaron al punto designado.

—Aquí concluye la parte automática del programa —anunció Giordino.

Las manos de Pitt ya estaban en los mandos.

—A ver si encontramos un lugar donde aparcar —dijo.

Vaciaron los tanques de lastre muy despacio y subieron lentamente hasta que la burbuja de acrílico de la cabina asomó a la superficie unos pocos centímetros. Arriba, el cielo mostraba los últimos vestigios del crepúsculo, mientras que el agua a su alrededor se veía negra. Giordino apagó todas las luces interiores y los paneles innecesarios, y vaciaron otro poco los tanques de lastre para subir unos centímetros más.

Los dos hombres se irguieron y miraron la costa. En la orilla norte de la bahía circular había solo tres edificios. Las estructuras daban a un embarcadero de madera perpendicular a la costa. El yate azul estaba amarrado al costado derecho del embarcadero, detrás de un pequeño remolcador. En el lado opuesto había un gran buque de carga oxidado. Una grúa móvil, en el embarcadero, realizaba las operaciones de carga en el buque iluminado por los focos instalados en tierra.

—¿Crees que Rod sigue a bordo del yate? —preguntó Giordino.

—Creo que es una buena suposición de partida. ¿Qué te parece si aparcamos en doble fila, junto a ellos, y echamos una mirada? No estarán esperándonos.

—Me parece que la sorpresa siempre es algo bueno. Vamos allá.

Pitt tomó una marcación, luego sumergió el *Bala* y avanzaron hacia el muelle. Giordino puso en marcha el sistema del sonar, que los ayudó a acercarse a unos pocos metros del yate. Salieron de nuevo a la superficie muy despacio; se encontraban a la sombra de la banda de babor. Pitt se disponía a colocarse junto al yate cuando advirtió unos movimientos en la cubierta de popa.

Tres hombres armados salieron del interior y se volvieron hacia el muelle. Un segundo más tarde apareció un cuarto hombre que avanzaba a empujones.

—Es Zeibig —dijo Giordino, que alcanzó a ver por un instante el rostro del científico.

Su posición, prácticamente bajo el agua, apenas les permitía ver a Zeibig, que llevaba las manos atadas a la espalda. Un par de pistoleros lo bajaron al embarcadero y le obligaron a avanzar hacia la costa. Pitt vio que uno de los pistoleros volvía al yate y se apostaba en la popa.

—Borra el yate —dijo Pitt en voz baja—. Creo que es hora de que nos hagamos invisibles.

Giordino ya había abierto las válvulas de los tanques de lastre, y el *Bala* desapareció de inmediato en las oscuras profundidades. Recorrieron de nuevo la bahía y salieron a la superficie detrás de la popa del buque de carga, casi pegados al espejo de popa. Era un lugar ideal, oculto por el buque desde la costa y por una pila de bidones de combustible desde el embarcadero. Giordino salió por la escotilla y ató un cabo al muelle. Pitt apagó el sistema eléctrico y se unió a él.

—Si este muchachote pone en marcha las máquinas, no será una escena muy agradable —dijo Giordino con la mirada puesta en el sumergible, que flotaba justo por encima de la hélice del carguero.

—Al menos tenemos su número de matrícula —respondió Pitt, que miraba la popa del barco. El nombre del barco estaba pintado con grandes letras blancas: *Osmanli Yildiz*, que significaba «Estrella Otomana».

Los dos hombres avanzaron por el embarcadero hasta la sombra de un gran generador colocado de través a la altura de la bodega de proa del carguero. Un puñado de trabajadores cargaban los grandes cajones de madera con la ayuda de la grúa. El yate azul, con el pistolero armado recorriendo la cubierta, estaba amarrado unos pocos metros más allá. Giordino miró con tristeza los brillantes focos que iluminaban el camino que debían recorrer.

—Me parece que desde aquí no va a ser fácil llegar hasta allí y recoger nuestro premio.

Pitt asintió y espió las instalaciones desde una esquina del generador. Vio un pequeño edificio de piedra de dos plantas flanqueado por dos almacenes prefabricados. El interior del almacén derecho estaba iluminado y por las puertas abiertas vio un par de toros que sacaban cajones y los llevaban hasta la grúa. En cambio, el almacén de la izquierda estaba oscuro, sin ninguna actividad visible.

Volvió a fijarse en el edificio de piedra que había en el centro. La brillante luz del porche iluminaba la fachada: un pistolero montaba guardia en la puerta principal.

—El edificio de piedra —susurró a Giordino—. Zeibig tiene que estar ahí.

Miró de nuevo y vio los faros de un coche que se acercaba desde una colina. El coche bajó por la empinada carretera de grava, entró en el muelle y se detuvo delante del edificio de piedra. A Pitt le sorprendió ver que era un Jaguar último modelo. Un

hombre y una mujer muy bien vestidos descendieron del coche y entraron en el edificio.

—Creo que tendremos que actuar de prisa —susurró Pitt.

—¿Alguna idea de cómo salir de este embarcadero? —preguntó Giordino, sentado en el borde de una escalera de mano apoyada contra el generador.

Pitt miró alrededor, luego observó a Giordino un momento y esbozó una sonrisa.

—Al, creo que estás sentado en ella —dijo.

Nadie prestó atención a los dos hombres vestidos con un mono turquesa desteñado que caminaban por el embarcadero con la cabeza gacha y cargados con una escalera de aluminio. Sin duda eran un par de tripulantes del carguero que devolvían el equipo prestado. Solo que nadie había visto antes a esos miembros de la tripulación.

Los hombres que trabajaban en el muelle estaban ocupados asegurando un cajón marcado con el rótulo *TEXTILES* al gancho de la grúa y no prestaron ninguna atención a Pitt y Giordino. Pitt advirtió que el guardia del yate los miraba un momento y luego se volvía.

—¿Hacia dónde vamos, jefe? —preguntó Giordino, que sujetaba la parte delantera de la escalera, cuando salieron del embarcadero.

El almacén iluminado y con las puertas abiertas estaba a solo unos metros a la derecha.

—Opino que evitemos las multitudes y vayamos a la izquierda —respondió Pitt—. Vamos al otro almacén.

Se desviaron, avanzaron por el muelle y pasaron delante del angosto edificio de piedra. Pitt dedujo que en su origen era una casa de pescadores y que ahora albergaba las oficinas administrativas de las instalaciones portuarias. A diferencia del pistolero del yate, el guardia que vigilaba la entrada los observó con suspicacia cuando pasaron por el porche de la casa. Giordino intentó que su paso resultara natural y comenzó a silbar «Yankee Doodle Dandy», en la suposición de que el pistolero turco no conocería la tonada.

No tardaron en llegar al segundo almacén, un edificio a oscuras con la gran puerta batiente de cara al mar. Giordino probó a mover la manija de la pequeña puerta lateral y resultó que estaba abierta. Sin vacilar, llevó a Pitt al interior y dejaron la escalera apoyada en una mesa iluminada por una bombilla colgada del techo. El interior estaba vacío excepto por unos cuantos cajones polvorientos en una esquina y un gran contenedor sellado cerca del muelle de carga posterior.

—Ha sido bastante fácil —comentó Pitt—, pero no creo que entrar por la puerta principal del edificio de al lado sea coser y cantar.

—Desde luego, el guardia nos miró como un halcón. ¿Crees que habrá una puerta trasera?

—Vamos a ver —dijo Pitt.

Cogió un mazo de madera que vio en la mesa, y cruzó el almacén con Giordino. Salieron por una puerta pequeña que daba al muelle de carga. Caminaron en silencio hasta la parte de atrás del edificio de piedra y descubrieron que no había ninguna puerta trasera o lateral. Pitt se acercó a una de las ventanas de la planta baja pero tenían las persianas cerradas. Se echó hacia atrás para mirar las ventanas del segundo

piso, y a continuación volvieron al almacén con el mismo sigilo.

—Por lo visto tendremos que intentarlo por la puerta principal —dijo Giordino.

—Yo estaba pensando en probar a entrar por arriba —respondió Pitt.

—¿Arriba?

Pitt señaló la escalera de mano.

—Ya que está a mano podemos utilizarla. En las ventanas de arriba no se ve luz, pero no parece que las persianas estén echadas. Si puedes hacer algo que sirva de distracción, yo podría subir y entrar por una de las ventanas. Intentaríamos sorprenderlos desde arriba.

—Como dije, la sorpresa siempre es buena. Iré a buscar la escalera mientras tú piensas en ello.

Giordino se alejó, y Pitt asomó la cabeza por la puerta de atrás y buscó algo que pudiera servir de distracción. Vio una posibilidad en un camión de caja plana que había detrás del otro almacén. Entró de nuevo cuando su compañero se acercaba con la escalera, pero de pronto miró con curiosidad más allá de Giordino.

—¿Qué pasa? —preguntó Giordino.

—Mira esto —respondió Pitt y se acercó al contenedor de acero.

Estaba pintado con los colores de camuflaje del ejército, pero lo que le había llamado la atención eran los rótulos negros. Había varias advertencias de *PELIGRO - EXPLOSIVOS*. Y debajo de las advertencias, el rótulo *DEPARTAMENTO DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS*.

—¿Qué demonios hace aquí un contenedor de explosivos del ejército? —preguntó Giordino.

—A mí que me registren. Pero estoy dispuesto a apostar que el ejército no sabe nada.

Pitt se acercó al contenedor, descorrió el cerrojo y abrió la pesada puerta de acero. En el interior había docenas de pequeños cajones de madera con las mismas advertencias en los costados, cada uno de ellos bien sujeto a unos estantes metálicos. Cerca de la puerta había un cajón abierto. Contenía varios recipientes de plástico del tamaño de un ladrillo.

Pitt cogió uno y le quitó la tapa de plástico. Dentro había un pequeño bloque rectangular de una sustancia en polvo de color claro y comprimido.

—¿Explosivos plásticos? —preguntó Giordino.

—No parece que sea C-4, pero de todos modos tiene que ser algo similar. Aquí hay suficiente para volar este almacén hasta la luna y volver.

—¿Crees que podría servir para una distracción? —comentó Giordino con una ceja enarcada.

—Creo que sí —respondió Pitt. Tapó el recipiente y se lo dio con cuidado a su compañero—. Hay un camión aparcado detrás del otro almacén. A ver si consigues

que explote.

—¿Qué harás tú? Pitt le mostró el mazo.

—Estaré llamando a la puerta en la planta de arriba.

Zeibig no había temido por su vida. Desde luego, le preocupaba que le hubieran secuestrado a punta de pistola, esposado y encerrado en el camarote de un yate de lujo. Al llegar a la bahía, había tenido sus dudas: le habían bajado a la playa sin miramientos y luego hasta un viejo edificio de piedra, donde le mandaron sentarse en una sala. Sus captores, todos hombres altos de piel clara y ojos oscuros de mirada dura, desde luego resultaban amenazadores. Sin embargo, hasta el momento no se habían mostrado violentos. Sus sentimientos cambiaron cuando un coche se detuvo delante del edificio y una pareja turca descendió y entró en la casa.

Zeibig advirtió que los guardias adoptaban de inmediato una actitud deferente hacia los visitantes. El arqueólogo los oyó hablar del carguero y su carga con un guardia árabe durante varios minutos y le sorprendió que la mujer llevase la voz cantante. En cuanto acabaron, la pareja entró en la sala, donde el hombre miró a Zeibig con un desprecio manifiesto.

—Así que usted es el responsable del robo de los objetos de Soleimán el Magnífico —dijo Ozden Celik; una vena le latía con fuerza en la sien.

Llevaba un traje muy caro, y Zeibig pensó que debía de ser un hombre de negocios al que le habían ido bien las cosas. Pero la ira en los ojos enrojecidos del hombre bordeaba la locura.

—Solo estamos realizando una investigación preliminar del pecio con los auspicios del Museo Arqueológico de Estambul —explicó Zeibig—. Debemos entregar al Estado todos los objetos recuperados, algo que teníamos la intención de hacer cuando regresáramos a Estambul dentro de dos semanas.

—¿Y quién le ha dado al Museo Arqueológico la propiedad del pecio? —preguntó Celik con una mueca.

—Eso es algo que deberá tratar con el Ministerio de Cultura turco —dijo Zeibig.

Celik no hizo caso y se acercó a la mesa con María a su lado. En la superficie de caoba había docenas de objetos recuperados por los submarinistas de la NUMA. Zeibig los miró mientras ellos observaban los objetos, y de pronto se quedó atónito al ver el monolito de Gunn en el extremo de la mesa. La curiosidad le llevó a estirar el cuello, pero estaba demasiado lejos para ver la inscripción.

—Más o menos, ¿qué fecha atribuye al naufragio? —preguntó María. Vestía pantalón negro, un suéter color ciruela y unos zapatos muy poco elegantes.

—Algunas monedas entregadas al museo indican que el barco se hundió alrededor de 1570 —contestó Zeibig.

—¿Es una nave otomana?

—Los materiales y la técnica de construcción concuerdan con las naves mercantes de cabotaje del Mediterráneo oriental de aquel tiempo. Es todo lo que

sabemos hasta el momento.

Celik observó con atención la colección de objetos, y admiró los fragmentos de platos y cuencos de cerámica de hacía cuatro siglos. Sus ojos de coleccionista experto le confirmaron que el pecio había sido datado con acierto, algo que confirmaban las monedas que tenía en su poder. Se acercó al monolito.

—¿Qué es esto? —preguntó al arqueólogo.

Zeibig sacudió la cabeza.

—Lo sacaron sus hombres.

Celik examinó la lápida y advirtió una inscripción en latín.

—Basura romana —murmuró, y continuó examinando los demás objetos. Luego se acercó de nuevo a Zeibig.

—Usted no volverá a saquear aquello que pertenece al Imperio otomano —dijo, y sus ojos oscuros miraron con locura las pupilas de Zeibig. Su mano se deslizó dentro del bolsillo de la americana y sacó un delgado cordón de cuero. Lo hizo girar delante del rostro de Zeibig y lo tensó poco a poco. Celik se movió como si fuese a apartarse de Zeibig, pero entonces se giró, azotó la cara del arqueólogo con el cordón y se situó detrás de él. El cordón se apretó de inmediato alrededor del cuello del arqueólogo y un firme tirón hacia arriba le obligó a levantarse.

Zeibig se retorció e intentó clavar los codos en Celik, pero un guardia le sujetó las muñecas esposadas y tiró de los brazos hacia delante mientras el cordón se ajustaba alrededor de su cuello. Zeibig notó que el cordón se clavaba en la carne y luchó por seguir respirando mientras la sangre latía en sus orejas. Oyó un fuerte chasquido y se preguntó si le habían reventado los tímpanos.

Celik también oyó el sonido pero no le hizo caso; sus ojos, sedientos de sangre, resplandecían. Pero de pronto un segundo estallido sacudió todo el edificio con la fuerza de un trueno. Celik casi perdió el equilibrio cuando el suelo tembló y en la planta alta estallaron los cristales. En un acto instintivo, aflojó el garrote del cuello.

—Ve a ver qué pasa —ordenó a Maria.

Ella asintió y se apresuró a seguir al capataz por la puerta principal. Celik volvió a tirar de inmediato del cordón de cuero mientras el guardia sujetaba con firmeza las muñecas de Zeibig.

El arqueólogo había conseguido respirar un par de bocanadas durante el interludio y renovó sus esfuerzos por soltarse. Pero Celik le clavó una rodilla en la espalda y se volvió para tirar del cordón con tanta fuerza que casi levantó al arqueólogo del suelo.

Con el rostro enrojecido y la cabeza a punto de estallarle en su lucha por respirar, Zeibig miró a los ojos del guardia, que le devolvió una sonrisa sádica. Pero entonces una mirada de desconcierto apareció en el rostro del guardia. Zeibig oyó un golpe sordo, y luego sintió que el cordón de cuero se deslizaba de su cuello.

El guardia soltó las muñecas de Zeibig y metió la mano debajo de la chaqueta.

Zeibig, a pesar de los recovecos de su cerebro privados de oxígeno, comprendió que el hombre buscaba un arma. Con un impulso súbito que a él le pareció que ocurría a cámara lenta, se movió hacia delante y agarró la manga del guardia. El hombre intentó librarse en el acto y empujó al arqueólogo con el brazo libre. En el momento en que empuñaba el arma que llevaba en la sobaquera, un objeto pasó volando y le golpeó en la cara. El guardia se tambaleó un instante y un segundo golpe le hizo caer al suelo, inconsciente.

Zeibig se volvió; tenía la visión borrosa, pero distinguió la figura de un hombre que aferraba un mazo de madera con cara de satisfacción. Todavía tosiendo y haciendo esfuerzos por respirar, Zeibig sonrió en cuanto se le aclaró la mirada y reconoció a Pitt.

—Amigo mío —dijo resollando por el dolor—, has llegado como un sople de aire fresco.

Casi todos los trabajadores del embarcadero habían corrido a la parte trasera del almacén, donde las llamas que consumían el camión iluminaban el cielo nocturno. Giordino no podía haber ideado mejor distracción. Y había sido de lo más sencillo.

En cuanto llegó al camión, había abierto sin ruido la puerta de la cabina y había inspeccionado el interior. Apestaba a tabaco y en el suelo había docenas de colillas y latas de gaseosa aplastadas. En el asiento, una libreta, unas cuantas herramientas y los huesos de un pollo asado envueltos en papel. Pero lo que llamó la atención de Giordino fue una vieja sudadera embutida debajo del asiento.

Cogió la sudadera y le arrancó una manga; luego buscó el encendedor en el salpicadero y lo apretó. Después fue hasta la parte de atrás del camión para quitar el tapón del depósito de combustible. Metió la manga en el depósito para que se empapara de gasolina, y a continuación tiró hacia fuera para dejar el extremo seco asomado por la boca. Dejó el extremo empapado dentro del tubo de llenado y colocó de nuevo el tapón para evitar que saliesen los vapores. Cuando oyó un chasquido, fue hasta la cabina, cogió el encendedor y se apresuró a prender fuego al extremo seco de la manga antes de que el encendedor se enfriase.

Apenas le dio tiempo a llegar corriendo hasta detrás del edificio de piedra antes de que la pequeña llama subiera por la manga y alcanzase el trozo empapado de combustible. Las llamas avanzaron enseguida por el tubo y encendieron los vapores en una explosión que destrozó el depósito de combustible.

Pero fue la carga de explosivo plástico, colocada encima del depósito, lo que causó verdaderos estragos un segundo más tarde. Incluso Giordino se quedó pasmado al ver la tremenda explosión que levantó al camión del suelo y destrozó toda la parte posterior.

Pitt había hecho todo lo posible por coordinar su entrada con el sonido de la explosión. En lo alto de la escalera, delante de una de las ventanas oscuras del primer piso, rompió el cristal con el mazo en el mismo momento en el que el edificio se sacudía. Se apresuró a entrar y se encontró en una habitación de huéspedes muy cómoda. Bajaba por la escalera del edificio cuando oyó los jadeos desesperados de Zeibig y echó a correr con el mazo para acabar con Celik y el guardia.

Zeibig recuperó las fuerzas y miró a Celik, inconsciente; tenía un gran chichón en un lado de la cabeza.

—¿Está muerto?

—No, está echándose una siesta —respondió Pitt, que vio que la figura tumbada comenzaba a moverse—. Propongo que nos larguemos de aquí antes de que se despierte.

Cogió a Zeibig de un brazo, y empezaron a caminar hacia la puerta principal,

cuando el arqueólogo se detuvo.

—Espera... la estela —dijo, y se acercó a la lápida de Gunn.

Pitt miró la piedra; tenía casi un metro veinte de altura.

—Es demasiado grande para llevárnosla de recuerdo, Rod —dijo.

—Dame solo un momento para que estudie la inscripción —le suplicó Zeibig.

Frotó la superficie con los dedos y leyó la inscripción en latín varias veces, para grabársela en la mente. Satisfecho de haberlo conseguido, miró a Pitt con una sonrisa débil.

—De acuerdo, ya está.

Pitt fue hacia la puerta principal, la abrió y se encontró con una mujer atractiva de pelo negro que se disponía a entrar. Pitt sabía que había visto ese rostro antes, pero las prendas que vestía lo despistaron. Maria, sin embargo, reconoció a Pitt de inmediato.

—¿De dónde sale usted? —preguntó.

La misma voz dura que le había amenazado en la cisterna de Yerebatan Sarnici, en Estambul. Verla de repente en ese lugar le sorprendió, pero entonces comprendió que todo tenía sentido. Los ladrones de Topkapi habían saqueado el despacho de Ruppé, y la carta náutica los había llevado hasta el pecio.

—Soy de la brigada antivicio de Topkapi —contestó Pitt en tono irónico.

—Entonces morirá junto a su amigo —replicó ella.

Al mirar más allá, Maria vio a su hermano y al guardia tumbados en el suelo de la sala. Una fugaz expresión de furia y miedo pasó por su rostro. Se apresuró a retroceder por el porche y se volvió hacia el almacén para gritar pidiendo ayuda. Pero sus palabras no llegaron a oírse.

Un brazo musculoso surgió de las sombras y la rodeó por la cintura mientras una mano le tapaba la boca. La mujer pataleó y agitó los brazos, pero era como una muñeca en las poderosas manos de Al Giordino.

La llevó de vuelta a la puerta, entró y saludó con alegría a Zeibig.

—¿Dónde quieres que la deje? —preguntó a Pitt.

—En una fétida celda turca. Pero supongo que por el momento tendremos que conformarnos con un armario.

Pitt encontró un armario de la limpieza en el hueco debajo de la escalera y abrió la puerta. Giordino metió dentro a Maria. Zeibig acercó una silla, y Pitt la encajó debajo del pomo después de que Giordino cerrase la puerta. Una descarga de gritos ahogados y furiosos puntapiés sonó inmediatamente desde el interior.

—Es un demonio —comentó Giordino.

—Más de lo que imaginas —señaló Pitt—. No vamos a darle una segunda oportunidad.

Los tres hombres salieron del edificio y fueron hacia el muelle, en el que reinaba

la oscuridad. El camión incendiado todavía concitaba la atención de todos, aunque unos pocos tripulantes volvían ya para continuar con las labores de carga. Los guardias armados vigilaban nerviosos la zona alrededor del fuego mientras el trío se alejaba de prisa por el muelle. Pitt encontró un saco de arpillera y cubrió con él las manos de Zeibig para disimular el hecho de que aún llevaba las esposas.

Pasaron junto a la grúa lo más rápido que pudieron pero sin llamar la atención. Se mantuvieron a la sombra del carguero, y pasaron por delante del yate y el remolcador, ambos amarrados. Pitt y Giordino hacían lo posible por ocultar a Zeibig. Cuando se alejaron de la sección más iluminada del embarcadero, y al ver que no había ningún trabajador cerca, se relajaron un poco. La costa permanecía tranquila. Cuando se acercaban a la popa del carguero, Pitt se dijo que los problemas se habían acabado.

—Próxima parada, el *Aegean Explorer* —murmuró Giordino.

Pero sus esperanzas se esfumaron cuando llegaron al final del embarcadero. Pitt y Giordino se acercaron al borde, miraron abajo, hacia el agua, y después miraron alrededor con incredulidad.

El *Bala* no se veía por ninguna parte.

Celik volvió en sí poco a poco, con un dolor de cabeza tremendo y un sonoro golpeteo en los oídos. Se levantó inseguro, primero sobre las rodillas y luego ya sobre los pies; se sacudió de encima el aturdimiento y comprendió que el origen del golpeteo se hallaba mucho más allá de su canal auditivo. Al detectar la voz ahogada de su hermana, se acercó al armario y apartó la silla de un puntapié. Maria casi salió disparada; tenía el rostro rojo de ira.

Al ver el aspecto aturdido de su hermano, se calmó de inmediato.

—Ozden, ¿estás bien?

Él se frotó el chichón de la cabeza con una mueca.

—Sí —respondió con voz ronca—. Dime qué ha pasado.

—El estadounidense del barco científico, otra vez. El y otro hombre hicieron estallar uno de los camiones y luego vinieron aquí para liberar al arqueólogo. Debieron de seguir al yate hasta la bahía.

—¿Dónde están mis jenizaros? —preguntó Ozden, que se balanceaba un poco.

Maria señaló a un guardia tumbado debajo de la mesa.

—Supongo que le atacaron al mismo tiempo que a ti. Los demás están investigando la explosión.

Cogió a Celik por un brazo, lo llevó hasta una silla tapizada en cuero, y luego le dio un vaso de agua.

—Será mejor que descanses. Avisaré a los demás. No pueden haber ido muy lejos.

—Tráeme sus cabezas —dijo él con esfuerzo. Se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos.

Maria salió al porche en el momento en que se acercaban dos de los guardias.

—Hemos apagado el incendio —informó uno de los hombres.

—Unos intrusos nos han atacado y se han llevado al prisionero. Buscad en el muelle y la costa. Que el yate zarpe y recorra la bahía. Sin duda han venido con una embarcación.

Mientras los hombres se alejaban a la carrera, Maria miró la oscura bahía y tuvo la sensación de que los intrusos seguían cerca. Una débil sonrisa asomó a sus labios, y su furia desapareció al pensar en la venganza.

En ese momento en particular, los hombres de la NUMA no tenían ni barco ni sumergible.

Giordino intentó ver a través del agua, por si el *Bala* se había hundido en su amarre. Luego se acercó a mirar el bolardo de hierro negro donde lo había amarrado. No había ninguna señal del cabo.

—Estoy seguro de que lo amarré bien —dijo.

—Entonces alguien lo hundió o lo movió —replicó Pitt. Examinó, pensativo, el embarcadero durante unos momentos—. Ese remolcador, ¿no estaba delante del yate cuando desembarcamos?

—Sí, tienes razón. Ahora está detrás. En el camino de regreso apenas lo vimos debido al generador. Quizá remolcó al *Bala* a alguna parte.

De pronto se oyeron los gritos de una voz femenina en la costa, seguida por los gritos de varios hombres. Pitt se asomó desde detrás de la popa del carguero y vio que varios pistoleros corrían hacia el embarcadero.

—Parece que la fiesta se ha acabado —dijo. Miró el agua y añadió—: Creo que ha llegado la hora de mojarnos.

Zeibig levantó las muñecas esposadas.

—No es que le tenga miedo al agua —dijo con una sonrisa sarcástica—, pero la idea de ahogarme no me entusiasma.

Giordino le apoyó una mano en el hombro.

—Ven por aquí, amigo mío, te encontraré una butaca de platea.

Giordino llevó a Zeibig hacia la pila de bidones vacíos junto al borde del embarcadero. Apartó unos cuantos y los apiló como barriles de cerveza hasta crear un hueco.

—Asiento de embarcadero para uno —dijo, y lo señaló con una mano.

Zeibig se sentó en el muelle y encogió las piernas.

—¿Puedo pedir un Manhattan mientras espero? —preguntó.

—Eso en cuanto acabe la función —contestó Giordino al tiempo que encajaba un bidón delante del arqueólogo—. No te vayas a ninguna parte hasta que volvamos —añadió, y puso unos cuantos bidones más alrededor de Zeibig, hasta que quedó oculto del todo.

—No te preocupes —respondió la voz amortiguada de Zeibig.

Giordino dispuso rápidamente unos cuantos bidones más, y se volvió hacia Pitt, que observaba el embarcadero. En la otra punta, un par de guardias cruzaban el muelle hacia el embarcadero.

—Creo que lo mejor será que nos evaporemos —dijo Pitt; se dirigió hacia el final del embarcadero, donde una escalerilla de acero bajaba al agua.

—Iré detrás de ti —susurró Giordino, y los dos hombres bajaron por la escalerilla y se deslizaron en silencio dentro del agua oscura.

Sin perder ni un segundo, se dirigieron hacia la orilla; nadaron entre los pilotes del embarcadero, ocultos de quien andara por arriba. Pitt ya estaba elaborando un plan de fuga, pero se enfrentaba a un dilema. Robar una embarcación parecía lo mejor, y podían escoger entre el remolcador y el yate. El remolcador sería más fácil de pilotar, pero el yate los alcanzaría de inmediato. Se preparó para la difícil tarea de capturar el yate sin armas cuando Giordino le tocó el hombro. Se detuvo y se volvió para mirar a su amigo.

—El *Bala* —susurró Giordino.

A pesar de la oscuridad, Pitt vio los dientes blancos de la amplia sonrisa de su compañero.

Al mirar entre los pilotes, Pitt vio el remolcador, el yate y, muy abajo, dentro del agua, detrás del remolcador, la cúpula del sumergible. Habían pasado junto al *Bala* cuando recorrían el embarcadero. Oculto por el generador, no lo habían visto porque tenían toda su atención puesta en ocultar a Zeibig de las miradas de cualquiera que estuviese a bordo del yate.

Los dos hombres se acercaron en silencio y vieron que el cabo de amarre del sumergible estaba atado a la popa del remolcador. El guardia suspicaz del yate había bajado al embarcadero después de que Giordino y Pitt pasaran cargados con la escalera de mano, y había encontrado la extraña embarcación detrás del carguero. Con la ayuda del patrón del remolcador, lo habían arrastrado junto al yate para poder verlo a la luz de los focos del embarcadero.

Pitt y Giordino nadaron hasta el *Bala*. Vieron al guardia armado en la cubierta de popa del remolcador y otro hombre en la timonera.

—Creo que nuestra mejor opción es aferrar el cabo de amarre y arrastrarlo a la bahía para sumergirlo —susurró Pitt.

Unos gritos llegaron desde la orilla cuando los jenízaros comenzaron a extender la búsqueda por el embarcadero.

—Sube al *Bala* y prepáralo para la inmersión —dijo Pitt, poco dispuesto a desperdiciar más tiempo—. Veré qué puedo hacer con el remolcador.

—Necesitarás ayuda con el guardia armado —señaló Giordino, preocupado.

—Mándale un beso cuando estés a bordo.

Pitt respiró hondo y desapareció debajo del agua.

El guardia no alcanzaba a entender a qué se debía el alboroto en la costa, pero vio que algunos de sus compañeros jenízaros se acercaban por el embarcadero. Había intentado comunicar por radio a su comandante el descubrimiento del sumergible; no sabía que el hombre yacía inconsciente en el edificio de piedra. Contempló la idea de volver al yate, pero le pareció mejor vigilar el sumergible desde la popa del remolcador. Estaba allí, con la mirada puesta en la costa, cuando una voz lo llamó desde el agua.

—Perdona, muchacho, ¿ésta es la estación del metro? —preguntó una voz ronca.

El guardia se acercó de inmediato a la borda de popa y miró el sumergible. Giordino, empapado hasta la médula, estaba de pie en el *Bala1*, con una mano se apoyaba en la burbuja de acrílico para mantener el equilibrio y con la otra saludaba alegremente al sorprendido pistolero. El pistolero ya había levantado el arma y comenzaba a gritar a Giordino cuando advirtió el sonido de unos pasos que se acercaban por detrás.

Se volvió demasiado tarde; Pitt se lanzó sobre él como sobre un muñeco en una práctica de bloqueo. Mantuvo los codos altos y golpeó al hombre en el costado, apenas por debajo del hombro. Con las piernas contra la borda, el guardia no tenía manera de mantener el equilibrio. Con una exclamación ahogada, cayó por la borda y se hundió en el agua.

—Compañía —gritó Giordino a Pitt mientras abría la escotilla y entraba en el sumergible.

Pitt se giró y vio a dos hombres que se acercaban por el embarcadero y le miraban alarmados. No les hizo caso; volvió su atención hacia la pequeña timonera del remolcador. Un hombre de mediana edad, de rostro regordete y con la piel bronceada, salió al oír el chapoteo y se quedó de piedra al ver a Pitt en la cubierta.

—¡Arouk! —llamó, pero el guardia estaba intentando salir a la superficie.

Los ojos de Pitt ya observaban la cubierta de popa. Sujeto a la borda, a unos pocos pasos, había un bichero de un metro ochenta de largo. Se acercó en un santiamén, lo sujetó por la base, y movió el afilado gancho de hierro hacia el patrón del remolcador.

—Al agua —ordenó, y movió el gancho afilado hacia la borda.

Al ver la decisión en los ojos de Pitt, el patrón no encontró ninguna razón para vacilar. Con las manos en alto, se acercó con calma a la borda, pasó las piernas por encima y se dejó caer al agua. Al otro lado de la embarcación, el tal Arouk había salido a la superficie y llamaba a sus compañeros del embarcadero.

Pitt no esperó a descifrar la conversación. Soltó el bichero, corrió a la timonera y puso el acelerador a tope. La embarcación se movió hacia delante con brío y luego se

frenó un poco cuando el cabo tiró del sumergible. El remolcador ganó poco a poco impulso y aceleró a lo que Pitt le pareció la velocidad propia de un caracol. Miró hacia el embarcadero a tiempo para ver que dos guardias se acercaban al borde y apuntaban sus armas hacia él. Sus reflejos fueron instantáneos: se arrojó a la cubierta un segundo antes de que abriesen fuego.

La timonera estalló en una lluvia de astillas y cristales rotos cuando dos largas ráfagas atravesaron la estructura. Pitt se sacudió de encima el manto de astillas y cristales y se arrastró hasta el timón. Sujetó la rueda y la giró tres cuartos de vuelta a estribor.

Con solo unos pocos metros de espacio, el remolcador acortaba muy rápido la distancia que le separaba del yate amarrado delante. Pitt podría haber virado a fondo hacia la bahía, pero entonces hubiera puesto a Giordino y al *Bala* en la línea de tiro. En la confusión ni siquiera sabía si Giordino había entrado en el sumergible antes de que se iniciara el tiroteo. Solo podía confiar en desviar la atención hasta que encontrasen un lugar seguro en la bahía.

Vio un almohadón en la silla del piloto, lo cogió y se arrastró hasta los restos de la ventana de babor. Lo arrojó al aire, y consiguió llamar la atención de los pistoleros, que acababan de recargar las armas. Una nueva descarga alcanzó el exterior de la timonera con tremendos resultados. En el interior, Pitt permanecía apretado contra la cubierta, con el cojín sobre la cabeza mientras más astillas y trozos de cristal volaban por la cabina. Las balas continuaron silbando hasta que los pistoleros acabaron los cargadores por segunda vez.

Cuando los disparos cesaron, Pitt levantó la cabeza y vio que el remolcador estaba pasando al lado del yate. Se arrastró hasta el timón, lo giró a estribor y lo mantuvo firme. Cuando llegó a la proa del yate, se arrodilló y giró la rueda a fondo.

El viejo remolcador navegaba ahora a ocho nudos y la proa se apartó bruscamente del yate y el embarcadero. Pitt oyó más gritos, pero con la maniobra había ganado unos preciosos segundos de seguridad, pues el yate ocultaba el objetivo de los pistoleros. Para conseguir un disparo limpio tendrían que subir a bordo del yate o moverse por el embarcadero y para entonces Pitt esperaba estar fuera de su alcance.

Se levantó un momento y asomó la cabeza por la puerta de la timonera. Vio al *Bala* brincando alegremente detrás. El débil resplandor de algunos instrumentos electrónicos le dijo que Giordino se encontraba a bordo y estaba poniendo en marcha el sumergible. Al mirar hacia el yate, vio que una nube de humo salía del tubo de escape a popa, por encima de la línea de flotación. Pitt había esperado escapar en el *Bala* antes de que el yate zarpase, pero su oponente estaba saltándose algunas etapas. Para empeorar las cosas, vio a dos pistoleros correr por la cubierta de popa del yate con las armas preparadas.

Pitt se agachó y movió el timón para llevar el remolcador hacia el centro de la

bahía y mantener el sumergible fuera de la línea de tiro directa. El tableteo de las metralletas precedió a una lluvia de balas, la mayoría de las cuales impactaron sin grandes daños en el espejo de popa. Deseó que el remolcador fuese más deprisa, pero ésa era la velocidad máxima a la que podía llegar el viejo trasto con el *Bala* a remolque.

Cuando calculó que estaban a unos cien metros del embarcadero, giró el timón todo a babor y redujo la velocidad. Mantuvo el timón en posición hasta que el remolcador dio una vuelta, y el yate apareció por la proa. Mientras el remolcador permanecía en la bahía al ralenti, Pitt se acercó a la popa y desató el cabo que amarraba al *Bala*. Lo arrojó hacia el sumergible, se inclinó hacia la borda y gritó a Giordino:

—¡Espérame aquí!

Pitt le indicó con las manos que permaneciese en ese lugar.

Giordino asintió y apoyó el pulgar en la burbuja de acrílico para que su compañero lo viese. Pitt volvió a la carrera a la timonera mientras nuevos disparos llegaban desde la costa e impactaban en la proa del remolcador. Al llegar a la timonera, Pitt aceleró a fondo y movió el timón para que apuntara al final del embarcadero.

—Quédate dónde estás, muchachote —murmuró con la mirada puesta en el yate de lujo.

Libre del sumergible, el remolcador ganó unos cuantos nudos más. Pitt mantuvo la proa apuntada hacia el final del embarcadero; no quería descubrir su jugada. Para los pistoleros del yate, era como si el remolcador estuviese realizando un gran círculo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Pitt mantuvo el engaño hasta que la embarcación quedó en paralelo al yate a una distancia de unos cincuenta metros, y entonces giró de nuevo el timón a fondo. Apuntó la proa al centro del yate, mantuvo firme el timón, y encajó un chaleco salvavidas en los rayos inferiores para que no se moviese. Sin hacer caso de una nueva descarga que alcanzó la proa, salió corriendo hacia popa y se lanzó al agua por encima de la borda.

El capitán del yate fue el primero en darse cuenta de que el remolcador iba a embestirlos y pidió a gritos ayuda para soltar las amarras. Un tripulante apareció en cubierta y bajó al embarcadero para soltar las amarras de proa. Uno de los pistoleros guardó su fusil y cruzó la cubierta hasta el cabo de popa. En vez de saltar al embarcadero para soltar el cabo, intentó desanudar el extremo opuesto, sujeto en un bolardo en la popa del yate.

El capitán vio que los cabos de proa estaban libres, y al darse la vuelta vio horrorizado que el remolcador se hallaba a menos de veinte metros. Llevado por el instinto, saltó al timón y accionó al máximo los aceleradores gemelos con la esperanza de que la amarra de popa estuviese suelta.

No lo estaba.

Los grandes motores diésel rugieron cuando las hélices dobles batieron el agua e impulsaron la embarcación hacia delante. Pero solo avanzó un par de metros, pues el cabo de popa se tensó y lo sujetó al embarcadero. El guardia se echó hacia atrás con un alarido y a punto estuvo de perder varios dedos cuando se tensó el cabo.

El agua borboteaba en la popa mientras el yate luchaba por soltarse. Y entonces, de pronto, se soltó; el tripulante del embarcadero por fin había conseguido desatar el cabo del noray y corría a ponerse a cubierto. El yate se movió como un potro salvaje que escapa del corral envuelto en una nube de espuma. El capitán miró por la ventanilla del puente y sujetó el timón con todas sus fuerzas: había comprendido que el intento de fuga había fallado.

El remolcador sin piloto embistió al yate por el flanco de estribor, apenas por delante de la popa. La proa achatada destrozó con facilidad el casco de fibra de vidrio y aplastó el lado opuesto contra los pilotes del embarcadero. El sonido del metal roto llenó el aire cuando se partieron el eje de transmisión, las tuberías hidráulicas y del combustible y los engranajes que giraban a gran velocidad. La suma de movimientos llevó a la popa contra el muelle, donde la hélice de babor acabó arrancada al golpear contra uno de los pilotes. El yate se movió hacia delante en un último esfuerzo, y consiguió desprenderse del remolcador y del embarcadero antes de que los motores se apagasen y continuase a la deriva hacia la orilla.

Pitt no se molestó en mirar la colisión, avanzó bajo el agua y solo salió a la superficie una vez para respirar. Siguió hasta que los pulmones le dolieron y el número de brazadas le indicó que se acercaba donde había soltado al *Bala*. Al salir a la superficie miró hacia el embarcadero mientras recuperaba el aliento. El éxito del ataque era evidente. Vio que el yate derivaba impotente hacia la orilla y que el remolcador, con el motor todavía acelerado, golpeaba una y otra vez contra el embarcadero mientras la proa destrozada se hundía poco a poco en el agua. Numerosas personas corrían por el embarcadero, veían la escena y gritaban confundidas. Pitt no pudo evitar sonreír cuando oyó una voz femenina en medio de aquel alboroto.

A salvo por el momento, se volvió hacia la bahía y miró con atención a la superficie del agua. Echó un vistazo a la costa para asegurarse de que se encontraba en la posición correcta, y luego miró alrededor. No vio más que pequeñas y oscuras olas, y de pronto se sintió muy solo.

Por segunda vez aquella noche, el *Bala* había desaparecido sin él.

Rod Zeibig hizo una mueca al oír la primera ráfaga de disparos. Cualquier esperanza de una fuga sigilosa pareció desvanecerse con el repiqueteo metálico de los casquillos que caían sobre el embarcadero de madera. Mucho más le preocupaba la seguridad de Pitt y Giordino, que sin duda eran el blanco de los disparos.

Le sorprendió que el tiroteo se prolongara durante varios minutos. La curiosidad por fin superó al miedo, y Zeibig se asomó al borde del embarcadero para mirar más allá de la pila de bidones. Cerca del extremo opuesto del muelle vio la superestructura del yate y a varios hombres que gritaban a tierra. En el embarcadero, vio que un tripulante intentaba por todos los medios soltar una de las amarras.

Zeibig volvió a agacharse en el momento en que el tiroteo se avivaba. Segundos más tarde, los disparos cesaron, y a continuación un tremendo estrépito sacudió el embarcadero e hizo temblar los bidones a su alrededor. Se oyeron más gritos, pero ya no hubo más disparos. En una melancólica conjetura, el arqueólogo se preguntó en silencio si Pitt y Giordino habrían muerto en ese último acto de rebelión.

Miraba la bahía pensando en su propio destino cuando de pronto advirtió un movimiento en el agua. Un débil resplandor verde apareció en las profundidades, y poco a poco se fue haciendo más claro. Zeibig vio incrédulo que la burbuja transparente del *Bala* asomaba a la superficie exactamente delante de él. Sentada a los controles se hallaba la robusta silueta de Al Giordino, con un puro apagado entre los dientes.

El arqueólogo no esperó una invitación formal para subir a bordo, se apresuró a bajar por un pilote cubierto de lapas y se lanzó al agua antes de que el sumergible acabase de emerger. Nadó hasta la popa, se montó en uno de los tanques de lastre exteriores y después fue hasta la escotilla de popa. Giordino la abrió de inmediato, le ayudó a entrar y la cerró a todo correr.

—Chico, me alegro de verte —dijo Zeibig, que se acomodó en el asiento del copiloto intentando no mojar ninguno de los aparatos electrónicos.

—A mí tampoco me apetecía volver a casa a nado —respondió Giordino. Se apresuró a llenar los tanques de lastre para sumergirse lo más rápido posible. Miró hacia arriba y observó la zona del embarcadero alrededor de los bidones para saber si alguien los estaba viendo.

—Nadie se quedó demasiado tiempo en esta parte del muelle —comentó Zeibig, que miraba cómo el agua cubría la parte superior de la burbuja de acrílico. Luego se volvió inquieto hacia Giordino—: Oí un estrépito tremendo, y después cesaron los disparos. ¿Dirk?

Giordino asintió.

—Robó el remolcador que había arrastrado el *Bala* hasta el otro lado del

embarcadero. Me remolcó, me soltó y luego puso rumbo al yate amarrado.

—Creo que tuvo éxito —dijo Zeibig en tono taciturno.

Giordino vio que el indicador de profundidad señalaba diez metros. Detuvo las bombas de lastre y apartó despacio el sumergible del embarcadero. Invertió la propulsión, puso rumbo hacia la bahía y miró a Zeibig con una sonrisa de ánimo.

—Conociendo a Dirk, no creo que se quedase en el remolcador hasta el final del viaje. Es más, me apuesto un mes de sueldo a que en este mismo momento está nadando unos largos en medio de la bahía.

Zeibig se animó de inmediato.

—Pero ¿cómo le encontraremos?

Giordino acarició con cariño el tablero de mandos.

—Confiaremos en los penetrantes ojos del *Bala*.

Con la mirada fija en la pantalla de navegación, llevó el sumergible a lo largo de un trayecto sinuoso que había registrado cuando Pitt le soltó del remolcador. El sistema de reconocimiento no le llevaría hasta la posición exacta, como lo haría un GPS, pero sí muy cerca.

Giordino siguió la senda a una profundidad de diez metros y fue subiendo poco a poco hasta tres a medida que se acercaba al punto de partida. Dejó de acelerar y flotaron en una posición estacionaria.

—¿Estamos fuera del alcance de los pistoleros? —preguntó Zeibig.

Giordino sacudió la cabeza.

—Hemos tenido suerte de que no nos disparasen antes. Tenían toda su atención puesta en detener al remolcador. No me apetece darles una segunda oportunidad. —Alzó una mano y apretó varios interruptores que se hallaban junto a un monitor—. Confiemos en que el jefe no se haya acercado demasiado a la costa.

Una imagen granulosa apareció en el monitor a medida que mostraba las lecturas del sonar. Giordino aumentó la frecuencia y consiguió una imagen más detallada, aunque el alcance de la exploración era menor. Ambos hombres estudiaron la pantalla con atención; solo veían sombras moteadas. Giordino utilizó uno de los impulsores laterales para hacer girar el submarino en el sentido de las agujas del reloj. No se apreciaron muchos cambios en la imagen mientras el sensor de proa escaneaba el centro de la bahía. Entonces Giordino vio una pequeña mancha en la parte superior de la pantalla.

—Hay algo pequeño a unos treinta metros —dijo.

—¿Dirk? —preguntó Zeibig.

—O una marsopa, o un kayak o cualquier otra cosa que flote —respondió.

Ajustó los impulsores y guió el sumergible hacia el objetivo, que aumentaba de tamaño a medida que se acercaban. Cuando la sombra comenzó a salirse de la parte superior de la pantalla del sonar, Giordino supo que estaban casi debajo mismo del

objeto.

—Es hora de echar un vistazo —dijo, y comenzó a vaciar lentamente los tanques de lastre.

Pitt flotaba boca arriba para recuperar energías después de la travesía a nado desde el remolcador, cuando notó un leve movimiento en el agua, debajo de él. Al volverse distinguió las suaves luces interiores del *Bala* que subían deprisa solo unos pocos metros más allá. Nadó hasta allí, se situó por encima de la burbuja de acrílico y ésta no tardó en llegar a la superficie. Giordino se apresuró a detener el ascenso; solo unos pocos centímetros del *Bala* asomaban por encima del agua.

Pitt yacía sobre la burbuja con los brazos bien abiertos. Debajo, Giordino le miraba con una sonrisa de alivio, y le preguntaba con un gesto si estaba bien. Pitt juntó el pulgar y el índice y los apoyó en el acrílico, luego señaló hacia el centro de la bahía. Giordino asintió y le indicó que se sujetase.

Pitt abrazó la burbuja con los brazos y las piernas mientras el sumergible empezaba a desplazarse hacia delante. Giordino movió los aceleradores muy lentamente para avanzar a solo unos pocos nudos de velocidad. Pitt tenía la sensación de estar haciendo esquí acuático sobre la barriga. Las pequeñas olas chapoteaban alrededor de su rostro, y cada pocos segundos tenía que echar la cabeza hacia atrás para respirar. Cuando las luces del embarcadero quedaron bien lejos, Pitt golpeó el acrílico con los nudillos lo más fuerte que pudo. El avance se detuvo de inmediato, y unos segundos más tarde el sumergible salió del todo a la superficie en medio de una nube de burbujas.

Pitt se deslizó del morro de acrílico para pasar a la estructura del *Bala* y de allí a la escotilla trasera. Se detuvo un momento para dirigir una última mirada a la costa. A lo lejos, vio el remolcador junto al embarcadero, hundiéndose por la proa. Cerca, unos hombres en una Zodiac intentaban pasar un cabo desde el embarcadero al yate antes de que acabase varado. Con cierto alivio, Pitt comprendió que la persecución del sumergible no se hallaba entre las prioridades urgentes de los tripulantes. Entonces la escotilla se abrió, justo a su lado, y Giordino le dio la bienvenida.

—Gracias por venir a recogerme —dijo Pitt con una sonrisa.

—El rey Al nunca deja tirado a nadie —afirmó Giordino—. Confío en que habrás mantenido entretenidos a nuestros anfitriones de la costa...

—El boquete en el casco los mantendrá fuera de servicio durante un rato —respondió—. Sin embargo, dado que ya has recuperado al doctor Zeibig no veo motivo para demorar nuestra partida.

Se sentó junto a Giordino y en cuestión de segundos volvieron a estar sumergidos. Salieron de la bahía a una profundidad segura y solo emergieron cuando se hallaban a media milla de la costa. Giordino reconfiguró el *Bala* para la navegación en superficie y, para asombro de Zeibig, muy pronto cruzaban el mar

Negro a una velocidad de treinta nudos.

Una rápida llamada por radio al *Aegean Explorer* confirmó que se encontraba en la punta sudeste de Gökçeada. Media hora más tarde, vieron las luces del barco científico en el horizonte. A medida que se acercaban, Pitt y Giordino divisaron otra embarcación más grande situada al otro lado del *Explorer*. Giordino redujo la velocidad y llevó el *Bala* a estribor del barco de la NUMA y se detuvo debajo del brazo de la grúa. Pitt vio que la segunda embarcación, que se mantenía en posición cerca de la banda de babor del *Explorer*, era una fragata de los guardacostas turcos.

—Por fin ha llegado la caballería —comentó Pitt.

—Le enseñaré con mucho gusto el camino hacia los malos —dijo Zeibig.

Un par de buceadores se acercaron en una Zodiac para enganchar el cable de la grúa al *Bala*, luego izaron el sumergible a bordo. Rudi Gunn, en la cubierta de popa, ayudó a amarrar el *Bala* y luego se acercó a la escotilla trasera. Su rostro lúgubre se iluminó al ver a Zeibig, que fue el primero en salir.

—Rod... ¿estás bien? —preguntó al tiempo que ayudaba al arqueólogo a bajar a cubierta.

—Sí, gracias a Dirk y a Al —respondió Zeibig—. Agradecería un poquito de ayuda para quitarme estas cosas. —Le mostró las manos esposadas.

—En el taller del barco te las quitarán —dijo Gunn.

—Al tiene la ubicación del yate y su tripulación —informó Pitt—. Una pequeña base de operaciones en la costa. Podemos pasar las coordenadas a los guardacostas turcos o acompañarlos hasta allí con el *Explorer*.

—Me temo que eso no figura en el programa —dijo Gunn con un encogimiento de hombros—. Nos han ordenado que en cuanto regresarais a bordo pusiéramos rumbo a *Çanakkale*, una ciudad portuaria en los Dardanelos.

Señaló la fragata turca, que se había acercado cuando el sumergible apareció a la vista. Pitt miró y se dio cuenta de que los marineros armados en la borda apuntaban al barco de la NUMA.

—¿A qué viene esa postura amenazadora? —preguntó—. Asesinaron a dos tripulantes y secuestraron a otro. ¿No te comunicaste antes por radio con la guardia costera?

—Lo hice —contestó Gunn, irritado—. Pero no están aquí por eso. Al parecer alguien los llamó antes que nosotros.

—Entonces, ¿por qué ese despliegue de armas?

—Porque —dijo Gunn, con los ojos enrojecidos por la furia—, nos han arrestado por saquear un tesoro cultural sumergido.

El atardecer había llegado al Mediterráneo oriental y teñía el cielo de un color rosa pálido cuando el *Estrella Otomana* cruzó la entrada del puerto de Beirut, al norte de la capital libanesa. El viejo carguero había navegado a toda máquina desde el Egeo para llegar a la ciudad portuaria en menos de cuarenta y ocho horas. Dejó atrás la moderna terminal de contenedores y fue hacia el oeste hasta entrar para el amarre en un viejo muelle de cargas generales.

A pesar de la hora tardía, muchos de los trabajadores del muelle se detuvieron para mirar el carguero que amarraba, y sonrieron ante el curioso espectáculo de cubierta. Bien encajado junto a la bodega de proa y apoyado sobre un soporte de madera de construcción precaria descansaba el yate averiado. Un par de trabajadores vestidos con mono estaban atareados reparando el gran boquete que el remolcador, ahora hundido, había hecho en el casco del yate.

Maria, sentada en silencio a un lado del puente, observaba cómo el capitán se ocupaba de atender a los funcionarios del puerto, de aduanas y de mercancías que habían subido a bordo en busca de papeles y dinero. Solo intervino cuando el distribuidor local de los textiles se quejó por la escasa carga.

—Nos vimos obligados a apresurar nuestra partida —dijo en tono seco—. Recibiré el resto con el siguiente envío.

El distribuidor asintió y se marchó en silencio, no tenía la menor intención de discutir con la terrible propietaria del barco.

Las grúas del muelle se pusieron en marcha y enseguida empezaron a descargar los contenedores metálicos cargados con textiles y otros productos turcos. Maria permanecía quieta en el puente; miraba la descarga sin prestar atención. Solo cuando vio que una vieja camioneta Toyota se acercaba y se detenía junto a la escalerilla se irguió alerta. Se volvió hacia uno de los guardias jenízaros que su hermano había enviado para que la acompañara en el viaje.

—Debo reunirme con un hombre que acaba de llegar al muelle. Por favor, cachéalo a fondo y después escóltalo hasta mi camarote —ordenó.

El jenízaro asintió y salió a paso ligero del puente. Le sorprendió que el conductor de la camioneta fuera un árabe que vestía con prendas campesinas y llevaba una *kufiya* andrajosa en la cabeza. No obstante, sus ojos oscuros brillaban y desviaban la atención de la larga cicatriz que tenía en la mejilla derecha, consecuencia de una pelea a navajazos en su adolescencia. El guardia lo cacheó a fondo, lo hizo subir a bordo, y lo escoltó hasta el amplio y lujoso camarote de Maria.

La turca lo midió con la mirada mientras le invitaba a sentarse, y luego despachó al jenízaro.

—Gracias por venir a reunirse conmigo aquí, Zakkar. Si es ese su nombre —

añadió.

El árabe esbozó una sonrisa.

—Puede llamarme Zakkar. O, si lo prefiere, elija otro nombre.

—Sus talentos han sido muy recomendados.

—Quizá ésa es la razón por la que muy pocos pueden pagarme. —Se quitó la *kufiya* y la arrojó a una silla.

Al ver que llevaba el pelo cortado al estilo occidental, Maria comprendió que las sucias prendas no eran más que un disfraz. Pensó que si se afeitara y vistiera un traje, pasaría perfectamente por un próspero empresario; no sabía que lo hacía muy a menudo.

—¿Tiene el pago inicial? —preguntó el árabe.

Maria se levantó y sacó un bolso de cuero del cajón de un armario.

—El veinticinco por ciento del total, como habíamos acordado. En euros. De acuerdo con sus instrucciones, el resto será depositado en una cuenta de un banco libanés.

Se acercó a Zakkar pero no soltó el bolso.

—La seguridad de esta operación tiene que ser absoluta —dijo—. No debe involucrarse a nadie que no sea de confianza total.

—No estaría vivo ahora si las condiciones fuesen otras —afirmó Zakkar en tono frío. Señaló el bolso—. Mis hombres están dispuestos a morir por la paga correcta.

—No será necesario —replicó ella, y le dio el bolso.

Mientras Zakkar examinaba el contenido, Maria se acercó a una mesa de escritorio y sacó varios mapas enrollados.

—¿Conoce Jerusalén? —preguntó al tiempo que dejaba los mapas en la mesa de centro.

—Opero en Israel buena parte del tiempo. ¿Debo transportar los explosivos a Jerusalén?

—Sí. Veinticinco kilos de HMX.

Zakkar enarcó las cejas ante la mención del explosivo plástico.

—Impresionante —murmuró.

—Necesitaré su ayuda para colocar los explosivos —dijo ella—. Quizá haya que realizar alguna excavación.

—Por supuesto. Eso no es problema.

Maria desenrolló el primer mapa; era antiguo y tenía el título en turco: «Rutas acuáticas subterráneas del antiguo Jerusalén». Lo dejó a un lado, y sacó una foto de satélite ampliada de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Recorrió con el dedo el lado este del muro hasta la colina que bajaba al valle de Kidron. El dedo se detuvo en un gran cementerio musulmán que había en la colina. La foto era tan nítida que se veían las lápidas blancas de cada tumba.

—Me reuniré con usted aquí, en este cementerio, pasado mañana a las once de la noche en punto.

Zakkar estudió la foto, se fijó en las calles cercanas, superpuestas en la imagen. Una vez que las guardó en su memoria, miró a Maria con expresión interrogante.

—¿Se reunirá con nosotros allí? —preguntó.

—Sí. El barco navegará desde aquí hasta Haifa. —Hizo una pausa y después añadió con firmeza—: Yo dirigiré la operación.

El árabe estuvo a punto de soltar una risotada de desprecio ante la idea de que una mujer fuera a estar por encima de él en una misión, pero luego pensó en la suculenta recompensa que recibiría por esa indignidad.

—Allí estaré con los explosivos —prometió.

Maria fue a su litera y sacó un par de cajas de madera que había guardadas debajo. Las pesadas cajas tenían asas metálicas en cada extremo y cada una llevaba un rótulo escrito en hebreo: *SUMINISTROS MÉDICOS*.

—Aquí tiene el HMX. Ordenaré a mis guardias que lo lleven a cubierta.

Se acercó al mercenario árabe y le miró a los ojos.

—Una última cosa. No admito acobardamientos ante nuestro objetivo.

Zakkar sonrió.

—Siempre que sea en Israel, no me importa qué o a quién se destruya. —Se volvió y abrió la puerta—. Nos vemos en Jerusalén. Que Alá la acompañe.

—Y a usted —murmuró Maria, pero el árabe ya se alejaba por el pasillo escoltado por el jenízaro.

Una vez que los explosivos estuvieron cargados en la camioneta del árabe, Maria se sentó y estudió de nuevo la fotografía de Jerusalén. Sus ojos se desplazaron desde el antiguo cementerio hasta el resplandeciente objetivo ubicado en lo alto de la colina.

«Esta vez sacudiremos el mundo», pensó; luego volvió a guardar la foto y los mapas en el armario.

Rudi Gunn iba de un lado a otro del puente como un felino enjaulado. El chichón había desaparecido hacía mucho, pero aún tenía un morado en la sien. Cada pocos pasos se detenía, observaba el viejo muelle de Çanakkale y buscaba una razón para calmarse. Como no la encontraba, sacudía la cabeza y echaba a andar.

—Esto es una locura. Llevamos tres días retenidos. ¿Cuándo nos van a dejar ir?

Pitt alzó la cabeza desde la mesa de cartas; estaba estudiando una carta de la costa turca con el capitán Kenfield.

—Nuestro consulado en Estambul me ha asegurado que nuestra liberación es inminente. Por lo visto, mientras nosotros estamos hablando, el papeleo necesario sigue recorriendo las mesas de la burocracia local.

—Toda esta situación es un escándalo —se quejó Gunn—. A nosotros nos detienen y a los asesinos de Tang e Iverson los dejan escapar.

Pitt no podía discutirse, pero comprendía el dilema. Mucho antes de que el *Aegean Explorer* se pusiera en contacto con los guardacostas turcos, la autoridad marítima había sido alertada por dos llamadas de radio. La primera informaba de que el barco de la NUMA estaba recuperando ilegalmente objetos de un antiguo pecio turco protegido por el Ministerio de Cultura. La segunda informaba de que dos buceadores habían muerto durante la operación. Los turcos se negaron a identificar la fuente de las llamadas y actuaron antes de recibir la petición del *Aegean Explorer*.

Una vez que la nave de la NUMA fue escoltada al puerto de Çanakkale e incautada, el caso fue trasladado a la policía local, algo que había aumentado la confusión. Pitt llamó de inmediato al doctor Ruppé, en Estambul, para documentar la autorización de su presencia en el lugar del naufragio, y después telefoneó a su esposa. Loren llamó al Departamento de Estado para que agilizara la liberación incluso después de que la policía hubiese registrado el barco y, al no encontrar ningún objeto, acabara por entender que no había razón para retenerlos.

Rod Zeibig asomó la cabeza por la puerta y calmó los ánimos.

—¿Tenéis un minuto?

—Claro —respondió Gunn—. No tenemos otra cosa que tirarnos de los pelos.

Zeibig entró con una carpeta en la mano y fue hacia la mesa de cartas.

—Quizá esto te alegre un poco. Tengo información sobre tu monolito.

—Ya no es mío —murmuró Gunn.

—¿Has conseguido recordar la inscripción en latín? —preguntó Pitt; se apartó para que Gunn y Zeibig pudieran sentarse.

—Sí. La escribí en cuanto volvimos a bordo, pero con todo este jaleo la dejé a un lado. Esta mañana por fin la he estudiado y he hecho una traducción rigurosa.

—Dime que es la lápida de la sepultura de Alejandro Magno —dijo Gunn,

ilusionado.

—Eso sería falso por dos razones. Esa piedra no es una lápida sino una estela conmemorativa. Y no hay ninguna mención a Alejandro.

Abrió la carpeta y dejó a la vista una página con el texto en latín que había apuntado después de ver el monolito. La página siguiente contenía una traducción mecanografiada; se la entregó a Gunn. Él la leyó primero en silencio y después en voz alta.

En recuerdo del centurión Plautio.

Scholae Palatinae y leal guardián de Helena.

Perdido en la batalla en el mar en este punto.

Fe. Honor. Fidelidad.

Cornicular Trajano

—Centurión Plautio —repitió Gunn—. ¿Es una estela en memoria de un soldado romano?

—Sí —respondió Zeibig—, lo que añade verosimilitud a que la corona de Al sea de origen romano, un regalo del emperador Constantino.

—Un *Scholae Palatinae* leal a Helena —dijo Pitt—. Si no recuerdo mal, la *Scholae Palatinae* era la guardia de élite de los últimos emperadores romanos, como la guardia pretoriana. Helena debe de ser Helena Augusta.

—Exacto —convino Zeibig—. La madre de Constantino I, que gobernó a principios del siglo IV. Helena vivió del año 248 al 330; es de suponer que la piedra y la corona pertenezcan a esa época.

—¿Alguna idea de quién es este Trajano? —preguntó Gunn.

—Un *cornicular* era un oficial militar, por lo general un cargo delegado. Busqué Trajano en algunas bases de datos romanos pero no encontré nada.

—Entonces supongo que el gran misterio permanece: ¿de dónde vinieron la corona y el monolito y por qué estaban en un pecio otomano?

Miró más allá de Zeibig, y vio que dos hombres de uniforme azul se acercaban por el muelle hacia el barco.

—Bueno, bueno, vuelven los polis locales —dijo, más animado—. Espero que traigan los papeles de nuestra libertad condicional.

El capitán Kenfield recibió a los dos agentes en el muelle y los escoltó a bordo; Pitt y Gunn se reunieron con ellos en la sala.

—Tengo aquí la orden para su puesta en libertad —afirmó el oficial de más edad en un inglés muy claro. Tenía el rostro redondo, orejas caídas y un grueso bigote negro—. Su gobierno ha sido muy persuasivo —añadió con el principio de una

sonrisa—. Pueden marcharse.

—¿Qué pasa con la investigación de los tripulantes asesinados? —preguntó Kenfield.

—Hemos reabierto el caso como posible homicidio. Sin embargo, por el momento no tenemos ningún sospechoso.

—¿Qué pasa con el yate, el *Sultana*? —preguntó Pitt.

—Sí, ese yate estuvo a punto de hacer añicos a Pitt —insistió Gunn.

—Hemos rastreado dicho barco hasta su propietario, quien nos informó que sin duda están ustedes equivocados —respondió el oficial—. El *Sultana* se halla realizando un crucero frente a las costas del Líbano. Esta mañana hemos recibido por correo electrónico las fotos del yate amarrado en el puerto de Beirut.

—El *Sultana* acabó gravemente dañado —replicó Pitt—. Es imposible que haya navegado hasta allí.

El otro agente abrió un maletín, sacó varias fotos y se las entregó a Pitt. Mostraban la proa y la banda de babor del yate azul amarrado en un muelle. Pitt se fijó en que no había ninguna foto del flanco de estribor, donde el remolcador lo había embestido. La última foto mostraba en primer plano un periódico libanés con la fecha del día y el yate al fondo. Gunn miró la foto por encima del hombro de Pitt.

—Parece el mismo barco —admitió Rudi de mala gana. Cuando Pitt le mostró la foto de un salvavidas con el nombre del yate no le quedó más remedio que asentir.

Pitt no encontró ningún indicio de que las fotos hubiesen sido manipuladas.

—De todos modos —dijo—, eso no desmiente el hecho de que uno de nuestros científicos fue capturado y llevado en el yate hasta la costa.

—Nuestro departamento se puso en contacto con el jefe de la policía local en Kirte, quien envió a un inspector para que investigara la instalación portuaria que usted nos describió.

Se volvió e hizo un gesto a su ayudante; éste sacó un grueso sobre del maletín y se lo dio a su jefe.

—La copia del informe que se realizó en Kirte. Lo he traducido para usted. —El oficial le entregó el sobre y miró a Pitt con expresión de disculpa—. El inspector informó de que esos barcos que usted describió no estaban en el puerto; de hecho, en el muelle no había ninguna embarcación.

—Se las han ingeniado para no dejar rastro —comentó Gunn.

—Los archivos del puerto indican que un carguero similar al que usted describió amarró a primera hora de la mañana para cargar una partida de textiles. Sin embargo, también indican que ese barco zarpó por lo menos ocho horas antes de que usted llegara al puerto. —El oficial miró a Pitt con pesar—. Lamento que no podamos hacer nada más por el momento, a la espera de más pruebas —añadió.

—Comprendo que esto se ha convertido en un incidente un tanto confuso —dijo

Pitt, que ocultó su enfado—. Me pregunto si usted podría decirme quién es el propietario de esas instalaciones portuarias.

—Pertenece a una compañía privada llamada Anatolia Exports. La información de contacto aparece en el informe. —Miró a Pitt con expresión pensativa—. Si puedo prestarle algún otro servicio, le ruego que me lo haga saber.

—Gracias por su ayuda —contestó Pitt en tono seco.

Los dos policías bajaron del barco y Gunn sacudió la cabeza.

—Increíble. Dos asesinatos y un secuestro y no hay culpables, solo nosotros.

—Algo duro de aceptar —dijo el capitán Kenfield.

—Estamos jugando contra cartas marcadas —señaló Pitt—. Todo apunta a que Anatolia Exports tiene comprada a la policía de Kirte. Creo que nuestro oficial lo sabe.

—Supongo que toda la situación es un tanto embarazosa para ellos; tal vez solo estén tratando de salvar la cara —opinó Kenfield.

—Pues deberían estar más preocupados por hacer su trabajo —protestó Gunn.

—Creí que cuando les dijeras que habías visto a la mujer del robo de Topkaki se tomarían este asunto muy en serio —dijo Kenfield a Pitt.

—No la mencioné —replicó Pitt.

—¿Por qué no? —preguntó Gunn, incrédulo.

—No quería volver a poner en peligro el barco mientras estuviésemos en aguas turcas. Hemos visto de primera mano lo que son capaces de hacer. Sean quienes sean. Además, tengo la incómoda sospecha de que no llegaremos a ninguna parte con la policía local.

—En eso probablemente no se equivoca —dijo Kenfield.

—Pero no podemos dejar que se vayan de rositas —protestó Gunn.

—No —dijo Pitt con firmeza—. No lo haremos.

Soltaron las amarras y el *Aegean Explorer* empezó a separarse del muelle cuando vieron que se acercaba un destartado taxi amarillo. El oxidado vehículo se detuvo junto a la orilla, la puerta trasera se abrió y una mujer alta y delgada saltó del coche.

Pitt estaba en el puente cuando vio a su hija corriendo por el muelle.

—¡Es Summer! —gritó al capitán—. ¡Detén el barco!

Pitt corrió a la cubierta principal y se agachó cuando una bolsa grande de lona salió volando y cayó a sus pies. Un segundo después, unas esbeltas manos se asomaron a la borda, seguidas por una cabellera roja. Summer saltó por encima de la borda y aterrizó en la cubierta de proa. Pitt se acercó, con la bolsa en la mano, y le dio un fuerte abrazo.

—¡Volvíamos a buscarte! —dijo con una carcajada.

Al ver que el barco había dado marcha atrás y se acercaba al muelle, Summer miró a su padre como quien pide disculpas.

—Lo siento —dijo, con la respiración agitada—. Cuando llamé al barco desde Londres, Rudi me dijo que probablemente estarías aquí un par de días. Pero cuando el taxi se acercó al muelle, vi que te alejabas y me entró pánico. No quería por nada del mundo perder el barco.

Pitt se volvió e hizo un gesto hacia el puente en señal de que podían marcharse. Luego acompañó a Summer a su camarote.

—No esperaba verte hasta dentro de unos días.

—Tomé un vuelo temprano en Londres y me dije que, viniendo de Estambul, sería más fácil alcanzarte aquí, en Çanakkale. —Su rostro se volvió sombrío cuando añadió—: Sé lo del naufragio... y lo que les pasó a Tang y a Iverson.

—Hemos tenido unos cuantos problemas —dijo él cuando entraron en el camarote y dejó la bolsa en la litera—. ¿Qué tal si tomamos un café en el comedor y te lo cuento todo?

—Perfecto, papá. Y yo te contaré lo que he estado haciendo en Inglaterra.

—¿No me digas que tú también tienes un misterio? —preguntó Pitt, con una sonrisa.

Summer dirigió a su padre una mirada entusiasta y contestó:

—Y mayor de lo que puedas imaginar.

III.

LA SOMBRA DE LA MEDIA LUNA

—Sophie, creo que tengo algo importante para ti.

Sam Levine casi tropezó cuando entró como una tromba en el despacho de la directora de Antigüedades. La mayoría de los cortes y las magulladuras de su rostro, de cuando el incidente en Cesarea, casi habían desaparecido, pero en la mejilla aún tenía una buena herida de su encuentro con los ladrones árabes. Sophie, sentada a su escritorio, estaba leyendo un informe de la policía de Tel Aviv sobre el saqueo de una tumba, pero alzó la mirada con interés.

—Vale, te escucho.

—Uno de los informantes de nuestra red, un chico árabe llamado Tyron, ha notificado una posible excavación esta noche en el cementerio musulmán de Kidron.

—¿Kidron? Está apenas pasada la muralla de la Ciudad Vieja. Alguien se está volviendo muy atrevido.

—Tyron no es muy de fiar en cuestión de soplos.

—¿Quiénes se supone que manejarán las palas?

—Solo le he sacado un nombre, un ladrón de poca monta llamado Hassan Akais —respondió Sam, que se sentó en una silla al otro lado del escritorio de Sophie.

—No me suena —dijo Sophie después de pensar en el nombre—. ¿Debería conocerle?

—Le detuvimos hace unos años en una operación en Jaffa. No teníamos pruebas suficientes para presentar cargos, así que quedó en libertad. Desde entonces tiene las manos limpias. Nuestro informante le cuida unas ovejas y al parecer el chico oyó una charla sobre una operación esta noche.

—Suena a algo de poca monta.

—Lo mismo pensé yo. Pero también tenemos esto —dijo Sam, y le pasó una hoja—. Busqué su nombre en el sistema y, alucina, el Mossad sospecha que tiene posibles vínculos con los Mulos.

Sophie se inclinó hacia delante y miró la hoja con renovado interés.

—En el mejor de los casos, sus vínculos no son muy fuertes —añadió Sam—, pero supuse que querías saberlo.

Sophie asintió mientras acababa de leer el informe.

—Me gustaría hablar con el tal Hassan —dijo por fin.

—Estamos un tanto escasos de personal para realizar una operación esta noche. Lou y su grupo están en Haifa hasta mañana, y Robert está de baja por gripe.

—Entonces iremos tú y yo, Sammy. ¿Alguna objeción?

Sam negó con la cabeza.

—Si este tipo tuvo algo que ver con Cesarea, quiero atraparlo.

Hicieron planes para el encuentro de la noche, y luego Sam se levantó y salió del

despacho. Sophie volvió a la lectura del informe de la policía hasta que de pronto sintió que alguien la miraba. Alzó la mirada, sorprendida, y vio a Dirk, de pie en el umbral, con un gran ramo de lilas.

—Perdón, busco al jefe de los pistoleros de por aquí —dijo con una sonrisa radiante.

Sophie casi saltó de la silla.

—Dirk, creía que no estarías libre hasta la semana próxima. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—La universidad suspendió la excavación en Cesarea por el resto de la temporada, así que por ahora mi trabajo se ha acabado —explicó Dirk al tiempo que dejaba las flores en la mesa. Luego le dio un fuerte abrazo y la besó—. Te he echado de menos —susurró.

Sophie se dio cuenta de que se ponía roja, y después recordó que la puerta de su despacho estaba abierta.

—Puedo tomarme un descanso —tartamudeó—. ¿Vamos a comer?

En cuanto él asintió, le llevó a un patio cercano, lejos de las miradas curiosas de la oficina.

—Conozco un lugar precioso para un picnic en la Ciudad Vieja. De camino podemos comprar algo para comer —propuso.

—Me parece perfecto —dijo Dirk—. No he visto mucho de Jerusalén. Pasear por las calles siempre es la mejor manera de captar la esencia de una ciudad interesante.

Sophie le cogió de la mano y lo condujo fuera de los muy bien cuidados jardines del Museo Rockefeller. Un poco más allá se alzaba la puerta de Herodes, una de las entradas a la Ciudad Vieja de Jerusalén. Con poco más de un par de kilómetros cuadrados, la Ciudad Vieja es el corazón religioso de Jerusalén, pues alberga lugares históricos como la iglesia del Santo Sepulcro, la Muralla Occidental y la Cúpula de la Roca. Una imponente muralla de piedra, construida por los turcos otomanos hacía más de cuatrocientos años, rodea todo el perímetro de la sección histórica.

Al cruzar la puerta y entrar en el barrio musulmán, Dirk admiró la antigua belleza de la piedra caliza, que parecía ser la base de todos los monumentos, tiendas y residencias de la ciudad, por muy en mal estado que estuvieran. Pero le divertía más ver la variopinta muchedumbre que caminaba por las angostas calles y callejones. Cuando vio a un judío armenio que esperaba en un paso de peatones al lado de un etíope con túnica blanca y un palestino con *kufiya*, comprendió que estaba pisando un suelo único en el mundo.

Sophie le condujo por un oscuro y polvoriento callejón que llevaba a un bullicioso mercado al aire libre, lo que en árabe llaman *souk*. Lo guió sin problemas a través de la multitud de vendedores y solo se detuvo para comprar falafel, kebabs de cordero, pasteles y una bolsa de frutas en los distintos puestos.

—Dijiste que querías un poco de color local, y aquí lo tienes —se burló Sophie, y le pasó las bolsas con la comida.

Caminaron unas pocas calles más y entraron en el patio de la iglesia de Santa Ana. Un magnífico edificio de piedra construido por los cruzados; su ubicación, en el centro del barrio musulmán, era una de las muchas peculiares yuxtaposiciones de la ciudad antigua.

—¿Una bonita muchacha judía me lleva a una iglesia cristiana? —preguntó Dirk con una risita.

—En realidad vamos a la parte de atrás de la iglesia. Me parece que a un explorador de las profundidades marinas le puede gustar. Además, es un lugar perfecto para una comida al aire libre. —Le guiñó un ojo.

Entraron en la propiedad y continuaron hasta la parte de atrás, donde encontraron una zona sombreada por altos sicomoros. Un corto sendero llevaba hasta una sima, rodeada por una cerca, que bajaba como una mina al aire libre. Restos de paredes de ladrillo, columnas de piedra y antiguas arcadas se alzaban desde la base seca del hueco.

—Ésta era la piscina de Bethesda —explicó Sophie mientras se asomaban a las polvorientas profundidades—. En su origen fue un depósito de agua para el Primer y Segundo Templo, luego construyeron los baños. Por supuesto, era más conocida como un centro de salud después de que se dijo que Jesús había curado aquí a un inválido. Me temo que no queda mucha agua.

—Quizá sea mejor así —señaló Dirk—. De lo contrario, ahora estaría lleno de turistas dispuestos a darse un baño.

Se sentaron en un banco aislado, debajo de un imponente sicómoro, y comenzaron a comer con apetito lo que habían comprado.

—Dime, ¿qué tal está el doctor Haasis? —preguntó ella.

—Muy bien. He ido a verlo esta mañana antes de viajar a Jerusalén. Está haciendo reposo en su casa pero se muere de ganas de volver al trabajo. La herida de la pierna no es grave; dentro de un par de semanas podrá caminar sin las muletas.

—Pobre hombre. Siento mucho lo ocurrido.

—Él me ha dicho que lo siente mucho por ti. Cree que fue culpa suya que tus agentes se viesan envueltos en una situación tan peligrosa.

—Eso es ridículo. No tenía manera de saber que una banda de terroristas armados nos atacaría.

—Es un buen hombre. —Dirk probó un higo de la bolsa de frutas—. Por cierto, la Agencia de Seguridad israelí me ha interrogado a fondo durante los últimos días. Espero que puedas decirme que estás muy cerca de atrapar a los malos.

—El Shin Bet, como se los conoce, se ha hecho cargo de la investigación, pero me temo que les han perdido el rastro. El camión de los asaltantes resultó ser un

vehículo robado. Lo encontraron en el mar, cerca de Nahariyya. El Shin Bet cree que los ladrones cruzaron al Líbano poco después de dejar Cesarea. Suponen que están vinculados con un grupo de contrabandistas que se sabe tienen relaciones con Hezbollah. Me temo que les costará mucho identificarlos, y no hablemos de capturarlos.

—¿Alguna idea de para quién podrían estar trabajando?

—La verdad es que no. Hice muchas investigaciones y tengo unas cuantas sospechas, pero ninguna prueba real. Sam y yo hacemos todo lo posible. —La voz de Sophie se apagó cuando sus pensamientos la llevaron al fallecido agente Holder.

Dirk le cogió una mano y la apretó con fuerza.

—Nunca creí que tendría que enfrentarme a algo así —añadió ella, con lágrimas en los ojos. Miró a Dirk y le devolvió el apretón—. Estoy muy contenta de que estés aquí. —Se inclinó y le dio un beso.

Permanecieron abrazados durante mucho tiempo; Sophie volvió a sentirse segura en los brazos de Dirk. Miró la piscina vacía de Bethesda y acabó por recuperar la voluntad de enfrentarse de nuevo a su trabajo. Respiró hondo y sonrió con los ojos húmedos.

—¿Hueles el jazmín en el aire? —preguntó ella—. Es una fragancia que siempre me ha encantado. Me recuerda a cuando era pequeña y todos los días estaban llenos de felicidad.

—Volverán a estarlo —prometió Dirk.

—Tengo que volver —susurró Sophie al fin, pero sus brazos no soltaron a Dirk.

—Te estaré esperando —contestó él.

De pronto Sophie recordó la operación que había planeado con Sam para esa noche.

—Podremos cenar juntos, pero me temo que esta noche tengo que trabajar. Una vigilancia. Hemos recibido un soplo; parece que un ladrón de objetos, con presuntas vinculaciones con los contrabandistas libaneses, intentará saquear una tumba.

—¿Puedo acompañaros?

Sophie comenzó a negar con la cabeza, pero después accedió.

—Andamos un poco escasos de personal. Solo Sam y yo. Nos vendría bien un poco de apoyo. Pero esta vez nada de heroicidades.

—Seré un observador silencioso. Te lo prometo —dijo él con una sonrisa.

Se levantaron al mismo tiempo y echaron una última mirada a la piscina seca. Sophie se sintió indecisa, aunque no sabía por qué. Por fin cogió la mano de Dirk y se alejaron lentamente de la piscina; un torbellino de emociones agitaba su corazón.

El *Estrella Otomana* entró despacio en el puerto israelí de Haifa; el viejo carguero se dirigió hacia un amarre al final de la poco activa terminal oeste. Solo les quedaba descargar una pequeña cantidad de textiles; la tripulación turca podría haber vaciado las bodegas del barco en unas pocas horas, pero tenían órdenes estrictas de demorar la descarga y no completar el trabajo hasta bien entrada la noche.

Tras presentar unos pasaportes falsos al oficial de aduana del puerto, María y uno de los jenizaros alquilaron un coche y salieron de Haifa. Cual una pareja de vacaciones, podrían recorrer la mayor parte del país sin que nadie se fijase en ellos. Pero a la hora de ir a Jerusalén tomaron precauciones. María eligió una ruta más larga para no entrar en Cisjordania y evitar que los controles de seguridad encontraran la riñonera que había debajo de su asiento, en la que llevaba un arma, dinero y unas gafas de visión nocturna.

María sabía de sobra que transportar los explosivos HMX dentro del país era otro asunto. Zakkar y sus socios de los Mulos correrían ese riesgo; la recompensa bien valía la pena. El contrabandista árabe le había explicado con detalle que los explosivos se transportarían en camión, luego a pie, e incluso atados a la panza de un rebaño de ovejas, y de ese modo conseguirían que llegaran a su destino sin que las fuerzas de seguridad israelíes los descubrieran.

Pero eso era solo la mitad del desafío. La turca tenía que realizar en persona otros asuntos de la misma importancia. Con la ayuda de un mapa turístico, entraron en las bulliciosas calles de Jerusalén y pasaron junto a la Ciudad Vieja en su camino hacia uno de los barrios más nuevos del oeste. Una vez que encontraron el hotel Waldorf Astoria, inaugurado hacía poco, aparcaron el coche y caminaron por la manzana siguiente en dirección sur. En una hilera de elegantes tiendas para turistas, encontraron un salón de té minúsculo, con cortinas de cuentas que tapaban las ventanas, y entraron.

En un rincón del local, poco iluminado, María vio que un hombre barbudo se levantaba y le sonreía, dejando a la vista un diente con una funda de oro. María se le acercó; el jenizaro la seguía.

—¿Al-Jatib? —preguntó.

—A su servicio —respondió el palestino con una ligera inclinación de cabeza—. ¿Quiere sentarse?

María asintió; el jenizaro se sentó a su lado. Al-Jatib tomó asiento enfrente de ellos y les sirvió té. María se fijó en su piel morena y sus manos encallecidas, propias de un experto saqueador de tumbas, justo lo que era.

—Bienvenida a Jerusalén —dijo el hombre a modo de brindis.

—Gracias —respondió María; echó una ojeada al local para asegurarse de que

nadie espiaba la conversación—. ¿Ha completado la tarea para la que se le contrató? —preguntó en voz baja.

—Sí, ha sido fácil —respondió el palestino; sonrió de nuevo—. El acueducto estaba exactamente donde usted dijo que estaría. Es una asombrosa comprobación histórica. ¿Puedo preguntar dónde consiguió la información?

Esta vez le tocó sonreír a María.

—Como sabrá, la muralla que rodea la Ciudad Vieja fue construida por Soleimán el Magnífico a principios del siglo xv. Sus ingenieros marcaron la ruta con detalle y señalaron la ubicación de las construcciones existentes. Sus mapas, que adquirimos en Turquía, están llenos de acueductos abandonados y de otras construcciones de la época de Herodes que se habían perdido o estaban ocultas.

—Un descubrimiento maravilloso; me encantaría tener ocasión de verlos —dijo al-Jatib con gran interés.

—Lamento no haber traído esos documentos en este viaje —mintió ella—. Mi familia tiene una gran colección de objetos otomanos, y los mapas formaban parte de una compra mayor. —Prefirió no mencionar que los habían robado de un museo de Ankara.

—Sin duda son documentos históricos de gran valor. ¿Puedo preguntar cuál es el propósito de la excavación?

María no hizo caso de la pregunta.

—¿Pudo ampliar la abertura alrededor del acueducto? —preguntó a su vez.

—Sí, hice lo que me pidió. Amplié la abertura y después cavé un par de metros en la ladera. La entrada está bien camuflada con arbustos.

—Excelente. —María metió la mano en la mochila y sacó un sobre lleno de dinero israelí. Cuando deslizó el grueso sobre por encima de la mesa, al-Jatib abrió mucho los ojos—. Hay una gratificación por el trabajo bien hecho.

—Le estoy muy agradecido —dijo el palestino al tiempo que se apresuraba a guardarse el sobre en el bolsillo.

María se acabó la taza de té.

—Ahora nos mostrará el lugar —dijo.

Al-Jatib consultó su reloj con preocupación.

—No tardará en oscurecer, pero esta noche habrá una luna muy brillante.

Entonces vio la mirada fría y decidida de María y se apresuró a dar marcha atrás.

—Por supuesto, si ése es su deseo —tartamudeó—. ¿Tiene coche?

El palestino pagó la cuenta, y el trío salió a la calle y se dirigió hacia el coche de alquiler. María, siguiendo las indicaciones de al-Jatib, rodeó el extremo sur de la Ciudad Vieja y después giró al norte, hacia el valle de Kidron. El palestino la guió hasta el borde de un viejo cementerio musulmán, donde María ocultó el coche detrás de un almacén de piedra al que le faltaba poco para venirse abajo.

Sus sombras desaparecieron en el crepúsculo mientras el jenízaro sacaba del maletero del coche un pico y una bolsa con linternas. María y él siguieron al palestino cuando saltó un murete y avanzó por el cementerio polvoriento. El lugar estaba desierto a esa hora tardía, pero el grupo se mantuvo en la remota sección occidental, bien lejos de una mezquita que se hallaba en el centro y de una carretera lateral al este. El jenízaro hacía lo posible por ocultar el pico debajo del brazo mientras caminaba.

Al este se elevaba el Monte de los Olivos, dominado por un gran cementerio judío y varias iglesias y jardines. En lo alto de una ladera, al oeste, se hallaba la imponente muralla de piedra que rodeaba la Ciudad Vieja. Por encima de la muralla se encontraba el Monte del Templo, que los musulmanes llaman al-Haram ash-Sharif, el Noble Santuario. En el centro del terreno sagrado se levantaba la Cúpula de la Roca, una gran estructura que albergaba la piedra donde Abraham preparó el sacrificio de su hijo. En la tradición islámica, dicha piedra se consideraba también el punto de partida de Mahoma en su visita al cielo durante su Viaje Nocturno, señalado por la huella de su pie en la piedra. María solo alcanzaba a ver la parte superior de la gran cúpula dorada del templo musulmán, de un color marrón arce a la luz del crepúsculo.

Al-Jatib llegó a la sencilla lápida de un emir musulmán muerto en el siglo XVI y giró hacia la izquierda. Caminó hasta el final de una hilera de tumbas y comenzó a trepar por la rocosa ladera que subía abruptamente hacia la Ciudad Vieja. María cogió una linterna de la mochila pero no la encendió, avanzó dando tumbos entre las rocas y la maleza hasta llegar a una pequeña plataforma. Al-Jatib había aflojado el paso.

—Estamos cerca —susurró el palestino.

Encendió su linterna y continuaron subiendo, hasta que por fin se detuvieron junto a un par de arbustos. María, que jadeaba por el esfuerzo, vio que los arbustos estaban muertos, con las raíces hundidas en un pequeño montículo de tierra. Detrás de los arbustos secos había un montón de piedras bien dispuestas.

—Está aquí detrás —explicó al-Jatib; enfocó la luz hacia las plantas. Se volvió y miró intranquilo arriba y abajo de la ladera para asegurarse de que nadie los observaba—. De vez en cuando pasan patrullas de seguridad por esta zona —advirtió.

María sacó las gafas de visión nocturna y observó el entorno con atención. Los cercanos sonidos de la ciudad bajaban al valle, y un manto de luces brillaba por las colinas circundantes. Pero en el cementerio no había un alma.

—Por aquí no hay nadie —confirmó.

Al-Jatib asintió, después se arrodilló y comenzó a apartar las piedras. Cuando apareció una pequeña abertura, María ordenó al jenízaro que le ayudase. Los dos hombres no tardaron en despejar una entrada que dejaba a la vista un angosto pasillo de casi un metro cincuenta de altura. Después de quitar todas las piedras, el palestino se levantó y descansó.

—El acueducto era bastante pequeño —dijo a Maria al tiempo que juntaba las manos para mostrarle el diámetro—. Tuve que cavar mucho para ampliarlo.

Maria miró al hombre pero no sintió ninguna compasión; pensaba en la historia de la construcción original. La abertura del acueducto encontrada en la colina no era más que la salida de una obra de ingeniería mucho más complicada. Casi dos mil años antes, los ingenieros romanos al servicio de Herodes habían construido una serie de acueductos desde las lejanas colinas de Hebrón que suministraban agua potable a la ciudad y a la Fortaleza Antonia, edificada en el lugar del Monte del Templo. «Los acueductos eran construidos a mano por obreros que se hallaban en mejores condiciones físicas que el regordete palestino que tengo delante», pensó la joven.

Apuntó la linterna a la boca del pasaje y la encendió. La luz reveló un angosto túnel que se adentraba un metro y medio en la ladera. Al fondo, vio que el acueducto asomaba a nivel del suelo y se adentraba en el muro de piedra. El túnel estaba bien excavado, y María tuvo la certeza de que al-Jatib había trabajado con habilidad.

—Ha hecho un buen trabajo —dijo al hombre, y apagó la linterna. Cogió el pico de manos del jenízaro y se lo entregó al palestino—. Necesito que cave un metro más.

El bien pagado ladrón de reliquias asintió bien dispuesto; esperaba recibir una gratificación adicional y sentía curiosidad por la tarea encomendada. Cogió la linterna que le ofrecía el jenízaro, gateó hasta el fondo del túnel y comenzó a cavar en la pared rocosa. El jenízaro se acercó y, con las manos enguantadas, fue apartando la tierra suelta y los cascotes que se amontonaban alrededor de los pies de al-Jatib.

Mientras Maria hacía guardia cerca de la entrada, el palestino trabajó sin parar durante casi veinte minutos y consiguió avanzar casi un metro más. Con la respiración agitada, descargó otro fuerte golpe en la ladera y notó una extraña ligereza a través del mango del pico. Al retirar la herramienta, vio que había hecho un agujero que daba a un espacio abierto detrás de la pared de tierra. El palestino, sorprendido, levantó la linterna. Solo vio una negra extensión vacía a través del pequeño agujero, pero se quedó atónito al sentir la corriente de aire fresco que pasaba a través.

Con energías renovadas, atacó con furia la barrera y en cuestión de minutos abrió un agujero del tamaño de un hombre. Apartó los escombros, pasó por la abertura con la linterna en alto y entró en una amplia caverna con el techo muy alto.

—Alabado sea Alá —exclamó, tiró el pico a un lado y observó las paredes a lo lejos.

La luz de las linternas las hacía brillar con un color blanco alabastro y revelaba incluso hileras de marcas de escoplo. El ojo experto de al-Jatib vio que se trataba de piedra caliza, y las marcas indicaban los lugares donde habían cortado y retirado los grandes bloques.

—Una cantera como la cueva de Sedecías —dijo cuando Maria y el jenízaro

entraron con otro par de linternas.

—Sí —asintió Maria—. Solo que ésta se perdió en la historia cuando destruyeron el Segundo Templo.

Debajo de los muros de la Ciudad Vieja, a poco más de un kilómetro de distancia, había otra caverna enorme, abierta por los esclavos que cortaban bloques de piedra caliza para los muchos proyectos de construcción de Herodes el Grande. Llevaba el nombre del último rey de Judea, que al parecer la había utilizado como escondite para huir de los ejércitos de Nabucodonosor.

Gracias a la luz de las tres linternas, vieron que la cantera se abría en múltiples pasajes, como los dedos de una mano en la oscuridad. Al-Jatib miró el túnel más grande, que se extendía en dirección este hasta donde alcanzaba la vista.

—Este túnel debe de pasar por debajo de Haram ash-Sharif —dijo, intranquilo.

Maria asintió con un gesto.

—¿Y la Cúpula de la Roca? —La voz del palestino reflejó su nerviosismo.

—La piedra sagrada de la Cúpula se halla sobre una base de roca, pero el túnel principal pasa por debajo de la estructura. Otro túnel se dirige hacia la mezquita al-Aqsa y a otros puntos de la zona. Eso suponiendo que los planos de Soleimán sean correctos, como lo han demostrado hasta el momento.

El palestino se puso pálido; el entusiasmo inicial había sido barrido por el miedo.

—No deseo caminar por debajo de la roca sagrada —dijo en un tono solemne.

—No será necesario —replicó Maria—. Su trabajo ha terminado.

Metió la mano en la riñonera, sacó una pistola Beretta y apuntó al atónito palestino.

A diferencia de su hermano, Maria no sentía entusiasmo ni emoción al quitarle la vida a una persona. De hecho, no sentía nada en absoluto. Matar a alguien era el equivalente emocional a cambiarse los calcetines o a comer un plato de sopa. Estaban en diferentes extremos de la escala psicopática, producto de una infancia de sufrimientos y homogeneidad genética, pero ambos se habían convertido en asesinos implacables.

La pistola disparó dos veces y dos balas atravesaron el pecho de al-Jatib mientras el eco de las detonaciones resonaba con fuerza en la caverna. El ladrón de reliquias cayó de rodillas, una momentánea mirada de incompreensión apareció en sus ojos, y se desplomó muerto. Maria se acercó con calma, sacó el sobre con el dinero del bolsillo y se lo guardó en la riñonera. Luego consultó su reloj.

—Nos queda menos de una hora para que entreguen los explosivos —dijo al jenízaro—. Vamos a explorar la cantera y a seleccionar los lugares donde los pondremos.

Pasó por encima del cadáver, recogió la linterna del palestino, y se adentró deprisa en la oscuridad.

Eran casi las diez cuando Sophie entró en un pequeño aparcamiento de tierra fuera de la muralla nordeste de la Ciudad Vieja y aparcó detrás de una tienda de ropa cerrada. Al otro lado de la carretera, bajando una colina, se hallaba el extremo norte del cementerio musulmán, que se extendía al sur por una garganta que formaba parte del valle de Kidron. Apagó el motor y se volvió hacia Dirk, que la miraba desde el asiento del copiloto.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó—. La mayoría de las operaciones nocturnas son un aburrimiento total.

Dirk sonrió.

—No soy de los que desperdician la oportunidad de dar un paseo con una chica bonita a la luz de la luna.

Sophie contuvo la risa.

—Eres el único que conozco capaz de ver algo romántico en una vigilancia.

Sin embargo, tuvo que admitir que ella sentía lo mismo. Habían disfrutado de una cena íntima en un tranquilo café armenio junto a la Puerta de Jaffa, y a medida que avanzaba la noche había sentido un deseo cada vez mayor de cancelar la vigilancia e invitarle a su apartamento. Apartó esa idea porque sabía que la perspectiva de obtener una información útil sobre los asesinos del agente Holder era mucho más importante.

—No es propio de Sam llegar tarde —comentó después de consultar su reloj y echar un vistazo por la ventanilla.

Un minuto más tarde sonó su móvil y ella respondió en hebreo.

—Era Sam —dijo después de colgar—. Ha tenido un accidente de tráfico.

—¿Está bien?

—Sí. Por lo visto una camioneta que llevaba a peregrinos cristianos se saltó una curva y chocó contra él. Él está bien, pero su coche está destrozado. Cree que unos pocos turistas mayores podrían estar heridos, así que tardará en organizar las cosas. No cree que llegue aquí hasta dentro de una hora.

—Supongo que podemos comenzar sin él —dijo Dirk; abrió la puerta y salió del coche.

Sophie le siguió. Abrió el maletero, sacó unos prismáticos de visión nocturna y se los colgó al cuello. Luego se inclinó para abrir una maleta de cuero que había en el fondo del maletero. Contenía un fusil de asalto Tavor TAR-21. Lo cargó, accionó el cerrojo para meter una bala en la recámara y se colgó el arma al hombro.

—Ya veo que esta vez irás armada hasta los dientes —comentó Dirk.

—Después de lo de Cesarea, más me vale —dijo ella en un tono decidido.

—Si sospechas que están implicados los contrabandistas libaneses, ¿por qué no dejas que el Shin Bet se ocupe de la vigilancia?

—Lo pensé —admitió ella—, pero ese soplo no es muy de fiar. Lo más probable es que nos las veamos con un grupo de ladrones adolescentes, y quizá ni siquiera aparezcan.

—Por mí perfecto. —Dirk le guiñó un ojo y la cogió de la mano.

Cruzaron la carretera y bajaron por el terraplén que llevaba hasta el cementerio. Sophie se detuvo y barrió el terreno con los prismáticos.

—Deberíamos bajar un poco más —susurró.

Bajaron otra docena de metros y se detuvieron en un pequeño altozano que ofrecía una vista despejada de casi todo el cementerio. Las lápidas musulmanas resplandecían blancas a la luz de la luna cual dientes dispersos sobre una manta de color arena. Sophie se sentó en un saliente de piedra y observó la zona baja con los prismáticos de visión nocturna. Al otro lado de la pared occidental vio unos cuantos chicos que jugaban al fútbol, pero el cementerio parecía desierto. Estaba estudiando el este cuando sintió que el cuerpo de Dirk se deslizaba junto al suyo y un brazo le rodeaba la cintura. Bajó los prismáticos despacio.

—Me estás distraendo de mi trabajo —protestó ella sin convicción, luego le rodeó la nuca con la mano y le besó con pasión.

Permanecieron abrazados durante varios minutos, hasta que el débil sonido de unos pasos interrumpió su intimidad. Sophie se apresuró a mirar colina abajo.

—Tres hombres con mochilas muy grandes —susurró—. Dos de ellos parecen llevar palas, o quizá sean armas, no estoy segura. —Dejó los prismáticos y miró colina arriba—. Necesitamos a Sam —protestó.

—Todavía tardará media hora en llegar —dijo Dirk después de consultar su reloj.

El sonido de los pasos de los tres hombres se oía con mayor claridad a medida que se acercaban al centro del cementerio. Sophie desenfundó su pistola Glock y se la dio a Dirk.

—Los detendremos —susurró—. Después llamaré a la policía de Jerusalén para que se los lleve.

Dirk asintió, cogió la pistola y verificó la carga. Dejaron su punto de observación y bajaron despacio por la ladera. Intentaban que las lápidas más grandes los taparan, y así poco a poco avanzaron hacia la derecha. Al acercarse a una tumba elevada que les ofrecía cobijo, se colocaron detrás y se arrodillaron, a la espera.

Los minutos parecían eternos mientras los tres supuestos ladrones de tumbas se acercaban. Sophie sujetó la linterna al cañón del Tavor, y luego permaneció completamente quieta: los hombres pasaron a un par de metros de distancia. Le hizo un gesto a Dirk y se levantó. Se colocó detrás de los hombres, encendió la linterna y gritó en árabe:

—¡Alto! ¡Manos arriba!

Los tres hombres se volvieron y se quedaron de piedra ante la súbita emboscada;

la linterna de Sophie les alumbraba la cara. Dos de los hombres, cada uno de ellos armado con un *AK-74* que apuntaba al suelo, le lanzaron una mirada amenazadora. Uno de ellos era bajo, iba mal vestido y tenía los párpados caídos; Sophie reconoció a Hassan Akais; el soplón estaba en lo cierto. El segundo iba igual de desastrado y tenía una nariz prominente y torcida. Sin embargo, fue al ver al tercer hombre cuando Sophie sintió que un escalofrío le recorría la espalda. El jefe del trío, que la miraba con ojos inquisidores, tenía una profunda cicatriz en el lado derecho de la mandíbula. Era el mismo hombre que la había fulminado con la mirada en Cesarea y que había dirigido el asalto que había concluido con el asesinato del detective Holder.

Al reconocerle, las manos de Sophie temblaron y el rayo de luz de la linterna osciló alrededor del rostro del terrorista. Al notar su titubeo, Akais levantó rápidamente el arma y apuntó a Sophie. Cuando su dedo alcanzó el gatillo, una sonora detonación rompió el silencio del cementerio. Una mancha roja apareció en la muñeca del pistolero: una bala de nueve milímetros le había atravesado el antebrazo.

El hombre hizo una mueca de dolor, soltó el gatillo y se sujetó el brazo que sangraba con la mano libre. Miró desconcertado a Sophie, hasta que vio a Dirk unos pasos por detrás, a un lado, con los brazos extendidos y sujetando una pistola automática con ambas manos.

—Arrojen las armas o la próxima vez apuntaré un poco más alto —ordenó Dirk.

El otro árabe, de barba larga y desordenada, se apresuró a arrojar su *AK-74*, pero el hombre herido no se movió. Miró a Dirk con odio. Entonces, de pronto, su rostro se suavizó, y apretó los dientes en una mueca de desafío mientras su mirada iba más allá del hombro de Dirk.

—Mucho me temo que los que vais a arrojar las armas vais a ser vosotros —dijo una dura voz femenina desde la oscuridad—. Y levantad las manos donde pueda verlas.

Dirk se volvió hacia la voz: una mujer de pelo corto se hallaba detrás mismo de Sophie y apuntaba una pistola a su cabeza. Vestía prendas oscuras informales y llevaba unas gafas de visión nocturna sobre la frente. Dirk intuyó otra presencia; estiró un poco el cuello y vio la sombra de otro hombre que le apuntaba a la cabeza.

Sophie le lanzó una mirada de disculpa mientras dejaba el Tavor en el suelo. Sin otra elección, Dirk sonrió con candor a la mujer turca, y después arrojó la pistola a una tumba cercana.

Dirk y Sophie fueron llevados a punta de pistola colina arriba y por un angosto pasaje. Como los terroristas árabes que los seguían, se quedaron estupefactos al ver la enorme cantera que los esperaba al otro lado, ahora iluminada por el pálido resplandor de varias linternas. Sophie había estado varias veces en la caverna de Sedecías, y encontrar otra cantera igual de grande debajo del Monte del Templo la dejó perpleja. Su asombro se convirtió en miedo cuando vio el cuerpo ensangrentado de al-Jatib, que yacía boca abajo junto a una de las linternas. Su miedo aumentó al reconocer al jefe terrorista árabe.

—El tipo alto... dirigió el ataque a Cesarea —susurró a Dirk.

Dirk asintió; había comprendido que ese contingente tan bien armado iba en busca de algo más importante que una vieja tumba. El jenízaro los empujó hacia un pequeño saliente de piedra, donde se sentaron, siempre con un arma apuntándolos, cerca del palestino muerto.

Maria recogió las pesadas mochilas de los tres árabes.

—¿Aquí está todo? —preguntó a Zakkar.

—Sí, los veinticinco kilos, con mechas y detonadores —respondió el árabe. Miró hacia el alto techo—. ¿Pretende volar la Cúpula de la Roca?

Maria le miró con frialdad.

—Sí, y también la mezquita al-Aqsa. ¿Algún problema?

El árabe sacudió la cabeza.

—Provocará una ira enorme en nuestras tierras. Pero quizá sea para mayor bien de Alá.

—Será para un bien mayor —le cortó Maria.

Se arrodilló, realizó un rápido inventario de los explosivos, y volvió a levantarse. Al ver que Sophie y Dirk observaban sus movimientos, su rostro se agrió.

—Ha estado a punto de poner en evidencia nuestra misión —reprochó a Zakkar.

—Son policías arqueólogos, persiguen a los ladrones de tumbas —explicó el árabe; no dijo que ya conocía a Sophie y a Dirk—. Era una vigilancia al azar. ¿Por qué no los matamos ahora mismo? —Hizo un movimiento de cabeza en dirección a la pareja.

—¿Ha dicho arqueólogos israelíes? —Maria pensó en sus palabras—. No, no los mataremos. Morirán «accidentalmente» en la explosión —añadió con una sonrisa perversa—. Serán unos chivos expiatorios perfectos.

Hizo un gesto al jenízaro para que se acercara, y luego se volvió otra vez hacia Zakkar.

—Que dos de sus hombres monten guardia. —Miró su reloj—. Es hora de colocar los explosivos; quiero que estallen a la una.

Recogió una linterna mientras el jenízaro levantaba dos de las mochilas. Zakkar habló con sus dos hombres, luego cogió la otra mochila y la linterna, y siguió a Maria, que se alejaba por uno de los túneles.

—La destrucción de la Cúpula desatará un horrible derramamiento de sangre —susurró Sophie a Dirk.

—¡Silencio! —gritó el árabe barbudo, que apuntó su arma en dirección a Sophie.

Su compañero, el hombre herido llamado Akais, se sentó en una roca cercana sujetándose el brazo. La bala no había alcanzado ninguna arteria importante; la *kufiya*, bien envuelta alrededor del brazo, contenía el flujo de sangre. Aunque había subido la colina sin problemas y había entrado en la cantera por su propio pie, estaba sufriendo los efectos de la pérdida de sangre.

En algunos momentos miraba a Dirk con furia y después sus ojos adquirían una expresión distante.

Dirk observó la cantera con atención; buscaba una manera de huir sin recibir una bala en la espalda. Pero parecía haber muy pocas posibilidades. Se fijó en el palestino muerto y tomó nota de las dos linternas restantes. Una estaba en el suelo, cerca del muerto, a unos tres metros de Dirk. El pistolero barbudo caminaba alrededor de la otra linterna, colocada sobre una roca al otro lado de la caverna.

Dirk llamó la atención de Sophie y con un movimiento despreocupado señaló hacia el guardia barbudo. Después se pasó el dorso de la mano por la boca y susurró:

—La linterna... ¿Puedes apagarla?

Sophie miró la linterna y al guardia, y asintió con un leve movimiento y una mirada firme. Luego observó con atención las paredes de la caverna examinando las marcas de escoplo que alcanzaba a ver en la penumbra. En una pared, más allá del guardia, encontró lo que buscaba: una marca irregular a partir de la cual inventaría una historia.

Miró ese punto como si la tuviera fascinada hasta que el guardia advirtió su mirada y se volvió para ver qué le llamaba tanto la atención. Sin dejar de mirar la pared, Sophie se levantó con cuidado y dio un paso adelante.

—No se mueva —ordenó el árabe, que se volvió hacia ella.

Sophie hizo lo posible por no prestarle atención y no recibir un tiro.

—Esta cantera tiene dos mil años de antigüedad y se halla justo debajo de la Cúpula de la Roca —murmuró—. Creo que allí hay una señal del Profeta.

El guardia la miró con suspicacia, y después miró a Dirk. El ingeniero de la NUMA le respondió con la expresión más despistada y desinteresada de que fue capaz. El árabe cogió la linterna y retrocedió despacio hacia la pared, con el fusil de asalto apuntando a la pareja. Al llegar a la pared, echó varios vistazos rápidos a la piedra tallada. Un par de incisiones paralelas recorrían la superficie a la altura de los ojos, y entre las incisiones se veía una marca borrosa hecha con carbonilla. El

pistolero lo miró sin entender qué podía representar, y a continuación miró a Sophie.

—Sí, sí que lo es —añadió la muchacha, y dio otro paso adelante.

Al ver que el guardia no reaccionaba, continuó caminando hacia él a un paso cauteloso.

—Cualquier treta, y su amigo será el primero en morir —dijo el árabe, con el arma apuntando a Dirk. Luego se volvió y gritó a su compañero—: Hassan, mantente alerta.

El pistolero herido asintió lentamente con la cabeza.

—Bien, enséñemelo —dijo el guardia a Sophie al tiempo que se apartaba de la pared.

Sophie llegó a la pared y colocó una mano en la piedra, cerca de las incisiones y la marca. Había visto incisiones similares en las paredes de la caverna de Sedecías; sabía que solo eran marcas preliminares en una laja de piedra caliza que por alguna razón no llegaron a cortar. Los desvaídos rastros de carbonilla seguramente no eran más que una señal numérica o de ubicación de la piedra no utilizada. Sin embargo, ella le sacó jugo.

—Como su huella en la piedra sagrada de la Cúpula, creo que este podría ser un indicio de la partida de Mahoma en su Viaje Nocturno —explicó, en una referencia a la visita de Mahoma a los cielos montado en un corcel alado—. Con esta luz apenas se ve. ¿Me presta la linterna?

En ningún momento miró al guardia, fingió estar absorta en las marcas de la pared mientras extendía una mano hacia él. El hombre reaccionó por instinto, le pasó la linterna y desvió el cañón en su dirección. Sophie cogió la linterna y alumbró la pared; su mirada continuaba clavada en la marca de carbonilla.

—Mire esto de aquí —dijo en voz baja, y con la mano libre señaló la piedra. Su otra mano se deslizó hacia la base de la linterna, donde sus dedos buscaron el interruptor. Cuando su índice lo encontró, apagó la linterna y se quedó quieta.

Con el resplandor amarillo de la linterna lejana seguía siendo bien visible para el árabe. Éste comenzó a gruñir una orden, pero se interrumpió al advertir un súbito movimiento con el rabillo del ojo.

Dirk había estado esperando ese momento. En el instante en que la linterna de Sophie se había apagado, él había saltado de la piedra. Sabía que las balas llegarían de inmediato, así que dio dos pasos y se lanzó hacia la luz.

Le salió bien. El pistolero barbudo movió el arma y disparó al instante. Pero Dirk ya había chocado contra el suelo, y las balas silbaron muy por encima de su cabeza. Con un brazo extendido mientras caía, aferró la linterna con una mano. No se molestó en buscar el interruptor, simplemente golpeó la linterna contra el suelo y destruyó el cristal y la bombilla.

La caverna quedó sumida en una oscuridad total, que se vio rota muy pronto por

los fogonazos que salían del fusil de asalto del árabe. El furioso pistolero disparó varias ráfagas en dirección a Dirk, y las detonaciones resonaron como un trueno por toda la cantera mientras las balas rebotaban en las paredes de piedra caliza.

Los disparos apuntaban a la última posición de Dirk, pero él ya se había alejado de la linterna y se movía por el suelo como un cangrejo hacia el pasaje de entrada. Después de avanzar unos seis metros, se detuvo, y dio la vuelta palpando el suelo con las manos. Los disparos habían cesado y él había encontrado lo que buscaba: el cadáver del palestino. O, mejor dicho, el pico que yacía junto a los pies del muerto.

Un tenso silencio reinó en la caverna. El olor a pólvora flotaba en el aire. El pistolero árabe, convencido de que había matado a Dirk, se volvió y disparó hacia el punto donde Sophie había estado momentos antes. Pero con el resplandor de los fogonazos vio que la muchacha ya no estaba allí.

La astuta Sophie, rozando la pared con una mano para guiarse, había corrido hacia el pistolero y lo había dejado atrás mientras disparaba a Dirk. Cuando los disparos cesaron, Sophie se detuvo, con la linterna todavía en la mano, y deseó con toda su alma que el corazón no le latiese tan fuerte.

—Hassan, ¿tienes una linterna? —gritó el árabe.

El pistolero herido recuperó poco a poco los sentidos y se levantó tambaleante.

—Estoy aquí, junto a la entrada. No dispares en esta dirección —suplicó con voz débil.

—¿La linterna? —gritó su compañero.

—Está en mi mochila, pero no la encuentro —respondió Akais, que buscaba alrededor de sus pies.

—Las mochilas se las han llevado los otros —dijo el otro, furioso.

Dirk aprovechó la distracción de la conversación para acercarse y atacar. Con el pico al hombro, avanzó hacia la entrada y hacia la voz del pistolero herido. Estaba débil, así que sería el más fácil de derribar. Con un poco de suerte, Dirk podría cambiar el pico por un fusil de asalto y dispararle antes de que el otro se diese cuenta de lo que sucedía.

Cuando la conversación cesó, Dirk se hallaba todavía a un par de metros del hombre herido. Tendría que golpear a ciegas; no podía revelar su posición. Deslizó un pie hacia delante con el mayor sigilo posible y después otro. Pero a pesar de su debilidad, Akais detectó una presencia cercana.

—¿Salaam? —preguntó de pronto.

La voz sonó cerca, lo bastante cerca, se dijo Dirk, como para decidirse a golpear. Había dado otro paso adelante y levantado el pico cuando una linterna apareció de pronto al otro lado de la caverna. Al girarse vio a Maria con una linterna en una mano y una pistola en la otra. Miró a Dirk y movió la pistola a la izquierda, hacia el corazón de Sophie, que seguía agachada contra la pared solo unos metros más allá.

—O sueltas el pico o la mato —dijo la turca.

Sophie miró a Dirk con desesperación cuando él dejó caer el pico al suelo a regañadientes. Sus ojos muy abiertos y llenos de miedo fue lo último que vio antes de que Hassan descargase un golpe con la culata de su fusil en la nuca de Dirk y él cayese al suelo sumergido en un mar de tinieblas.

Un taxi blanco destartalado entró en el aparcamiento de tierra y se detuvo junto al coche de Sophie. Sam Levine pagó enseguida al taxista y salió del coche. Mientras el taxi se perdía en la noche. Sam llamó a Sophie. No le sorprendió que no contestase; le envió un mensaje de texto diciéndole dónde estaba. Tampoco recibió respuesta, así que fue hacia el cementerio; sabía que su jefa solía desconectar el móvil durante una operación de vigilancia.

Cruzó la calle con una leve cojera; el costado y la cadera le dolían por el accidente de coche. En la confusión, había olvidado las gafas de visión nocturna en el maletero del coche destrozado, pero llevaba una pistola en la sobaquera. Avanzó despacio y en silencio; suponía que Sophie lo vería antes de que él desbaratara la vigilancia.

Bajó por el terraplén; se dijo que si avanzaba despacio no tendría problemas. Hizo una mueca cuando una zancada le produjo un dolor punzante en la pierna, y decidió bajar con pasos cortos por la pendiente que llevaba al cementerio.

El cementerio estaba en silencio y desierto mientras él pasaba con sigilo entre las antiguas tumbas. Cada pocos metros se detenía para mirar y aguzar el oído, a la espera de que Sophie apareciera en silencio en la oscuridad y le diese un golpecito en el hombro. Pero no apareció.

Dio unos cuantos pasos más, se detuvo de nuevo, y esta vez oyó un ruido distante. Sonaba como si estuviesen apilando piedras, y provenía del centro del cementerio. Sam, siempre en silencio, avanzó unos metros más y se detuvo detrás de un murete de contención. El ruido continuó llegando desde más abajo. Se asomó con cautela por encima del murete, alumbrado por la luz de la media luna, y vio unas cuantas figuras imprecisas que se movían alrededor de una tumba, cerca de una pequeña farola de piedra que había dejado de iluminar hacía décadas.

El agente de Antigüedades desenfundó la pistola, y luego se sentó y esperó. Pasaron varios minutos mientras se preguntaba dónde estaba Sophie y por qué no los detenía. Pensó que quizá hubiera abandonado la vigilancia, pero eso no le impedía a él cumplir con su deber.

Pasó por encima del murete con una mueca de dolor, y fue cojeando ladera abajo hacia los ladrones de tumbas. El ruido de piedras cesó, y vio que varias figuras se dirigían hacia el extremo sur del cementerio. Intentó correr, pero el dolor en las articulaciones le obligó de nuevo a *aflojar* el paso. Con una creciente sensación de desesperación, se detuvo y gritó:

—¡Alto!

La orden tuvo el efecto contrario. En vez de detener a los intrusos, los animó a huir deprisa. Sam oyó sus pasos acelerados cuando atravesaban a la carrera el

cementerio y marcha retumbó en la noche, seguido por el fuerte chirrido de los neumáticos cuando los dos automóviles partieron a toda velocidad.

Sam sacudió la cabeza, desconsolado, mientras veía alejarse las luces traseras de los coches. Después pensó de nuevo en su jefa.

—Sophie, ¿estás ahí? —gritó.

Solo le respondió el silencio del cementerio vacío.

Se acercó hasta la farola, y se detuvo junto a la tumba que había al lado, convencido de que encontraría un agujero excavado a toda prisa. En cambio, le sorprendió ver un montón de piedras bien dispuestas que tapaban la tumba. Era poco habitual que los ladrones ocultaran su trabajo. Llevado por la curiosidad, levantó unas cuantas piedras del montículo. Casi se cayó de espaldas cuando una mano humana apareció bajo la luz de la luna.

Apartó con cuidado unas cuantas piedras más hasta que quedaron a la vista el torso y la cabeza ensangrentados del palestino asesinado. Miró el cadáver con repugnancia y se preguntó qué clase de ladrones retorcidos podían haber ido al cementerio para dejar un cadáver.

Una luz tenue pareció abrasar los párpados de Dirk, aunque tenía los ojos bien cerrados. Sin embargo, no había nada tenue en el dolor que le atravesaba la cabeza.

Con un esfuerzo tremendo, se obligó a abrir poco a poco los ojos y se encogió mientras intentaba enfocar la vista en una linterna que había a unos centímetros de su rostro. Recuperó la conciencia y notó el duro y frío suelo de piedra caliza debajo de su cuerpo. Sus brazos temblaron un poco cuando sus manos palparon el suelo en busca de apoyo.

Tras respirar hondo, hizo fuerza con los brazos, levantó el torso, recogió las piernas y consiguió sentarse. Una explosión de estrellas bailó ante sus ojos y le faltó poco para perder de nuevo el conocimiento; logró mantenerse a flote respirando hondo. Descansó unos minutos, hasta que pasaron el mareo y la náusea, y advirtió una humedad fría en la nuca. Al pasar la mano por encima notó un bulto cubierto de sangre seca.

Los engranajes de su mente comenzaron a funcionar poco a poco mientras reconocía el entorno. No había nadie más en la caverna; de inmediato llamó a Sophie con voz débil. Solo el silencio resonó en sus oídos doloridos. Cogió la linterna y, sintiendo un dolor tremendo, se levantó; el martilleo en su cráneo alcanzó nuevas proporciones mientras avanzaba tambaleándose como si estuviera borracho.

Mientras recorría la caverna recuperó poco a poco la fuerza y el equilibrio; luego salió por el pasaje. El cementerio estaba oscuro y silencioso, así que se apresuró a entrar otra vez en la cantera.

Gritó de nuevo el nombre de la joven, y esta vez su voz retumbó en la caverna. Desde el interior de uno de los túneles le pareció oír un débil golpe de respuesta. Aunque el oído le fallaba, el sonido, si era real, parecía provenir del túnel más largo a su derecha. Era el mismo túnel por el que Maria y sus hombres se habían adentrado con los explosivos.

Se agachó un poco, el túnel tenía un metro ochenta de altura, y avanzó todo lo rápido que le permitió el dolor de cabeza. No lo sabía, pero el túnel se adentraba más de ciento ochenta metros en la ladera y pasaba justo por debajo de Haram ash-Sharif. Para los terroristas tenía mucha más importancia la proximidad a la Cúpula de la Roca, pues el túnel la atravesaba por debajo a unos pocos metros de la piedra sagrada.

Aquel pasillo subterráneo tenía varias vueltas y revueltas y de vez en cuando cruzaba pequeñas cámaras de las que se habían extraído bloques de piedra caliza. Tras una curva cerrada distinguió el débil brillo de una luz en la galería que tenía delante. El corazón le dio un vuelco; se obligó a redoblar la marcha a pesar de los martillazos que sentía en la cabeza con cada paso que daba.

El brillo de la luz aumentó a medida que él avanzaba por una pequeña cámara

rectangular y después seguía por una sección recta. Guiándose por el resplandor, salió del túnel y entró en una última cámara de paredes curvas, cual una ponchera. En el centro había una linterna. A la derecha, pegada a la pared, vio una masa de un material transparente que parecía masilla y varios detonadores colgados en el centro. A su izquierda, Sophie se debatía con una mordaza en la boca y con los pies y las muñecas atadas con las correas de una de las mochilas. Le habían puesto una roca sobre las rodillas para que no pudiera levantarse del suelo. Cuando vio a Dirk, el terror en sus ojos brillantes desapareció.

—Veo que estás intentando pasarlo bomba sin mí —dijo él con una sonrisa cansada.

Pero no le dio oportunidad de responder. Apartó la roca que le sujetaba las piernas, cargó a la muchacha al hombro y luego cogió las dos linternas con la mano libre. Con renovadas fuerzas, enfiló el túnel en el sentido inverso, con cuidado de no golpear la cabeza de Sophie contra el techo.

Había recorrido más de la mitad de la distancia que los separaba de la caverna principal cuando el mareo reapareció con toda su fuerza. Al llegar a la cámara pequeña, dejó a Sophie en el suelo, le quitó la mordaza e intentó recuperar el aliento.

—Tienes un aspecto terrible —dijo ella—. ¿Estás herido?

—Estoy bien —respondió Dirk—. La que tenía de qué preocuparse eras tú.

—¿Qué hora es? —preguntó Sophie en un tono apremiante.

Dirk miró su reloj.

—La una menos cinco.

—Los explosivos. Esa mujer dijo que explotarían a la una.

—Pues que estallen. Salgamos de aquí.

—No.

Su tono de voz lo sorprendió. No era una petición sino una orden.

—Si destruyen la Cúpula y la mezquita, las consecuencias para mi país serán desastrosas. Habrá una guerra como nunca hemos tenido.

Dirk miró los ojos oscuros de Sophie y vio en ellos determinación, esperanza, amor y angustia. Los segundos corrían; comprendió que no podía ganar una discusión sobre ese asunto.

—Creo que podré quitar los detonadores —dijo al tiempo que le desataba las manos—. Pero tú sal de aquí. Toma una linterna. Desátate los pies y ve hacia la salida.

Se volvió para echar a correr por el túnel, pero Sophie le agarró de la camisa y le dio un rápido y apasionado beso.

—Ten cuidado —dijo—. Te quiero.

Dirk echó a correr con su mente hecha un torbellino. Las palabras de Sophie parecieron apagar todos sus dolores; se dio cuenta de que estaba corriendo por el

túnel como un velocista. En cuestión de segundos, entró en la última caverna y se acercó a los explosivos plásticos.

Como ingeniero naval, tenía conocimientos básicos sobre explosivos y había trabajado en algunos proyectos de rescate bajo el agua donde se habían llevado a cabo demoliciones. Aunque no conocía el explosivo HMX, la tecnología de detonación que tenía delante presentaba la configuración habitual. Un único reloj electrónico conectado a una serie de detonadores metidos dentro de los explosivos.

Consultó su reloj y vio que faltaban tres minutos para la hora.

—No estalléis antes de tiempo —murmuró mientras apuntaba la luz a la pared.

Examinó de prisa los explosivos plásticos en busca de más detonadores; no sabía que la cantidad de HMX que tenía delante bastaba para derrumbar un rascacielos. Solo encontró un fusible, y lo cogió y lo arrancó de la pared. El fusible y los detonadores asociados se desprendieron del explosivo. Dirk echó a correr de vuelta por el túnel con el fusible y los detonadores en la mano.

No tardó en llegar a la caverna rectangular, y al encontrarla oscura y vacía dio gracias de que Sophie hubiese seguido su consejo de escapar sin demora. Se detuvo por un momento, arrojó el fusible y los detonadores hacia la pared más lejana, y luego continuó su carrera. Con una sensación de alivio y menos adrenalina en la sangre, entró en la caverna principal, donde reapareció su amigo el dolor de cabeza. Cruzó la oscura caverna y por fin se dio cuenta de que el cadáver del palestino ya no estaba allí.

Se adentró a gatas por el pasaje de la entrada y en cuanto salió al exterior respiró hondo el aire fresco de la noche. Miró a un lado y a otro en busca de Sophie. Al no ver a la muchacha ni la linterna, apagó la suya y gritó su nombre. Ni la luz ni su voz le respondieron.

De pronto un horrible presentimiento lo sacudió como un puñetazo en el vientre. La mezquita. Sophie había dicho que la explosión destruiría la mezquita y la Cúpula. Debía de haber una segunda carga de explosivos para la mezquita, y Sophie estaba dentro intentando desactivarla.

Dirk se metió otra vez por el pasaje como una flecha. En la caverna principal había tres pequeños túneles excavados en la pared a la izquierda del túnel de la Cúpula. Corrió a la entrada de cada uno y gritó el nombre de Sophie por los pasillos a oscuras. En el último túnel oyó una respuesta confusa y reconoció la voz suave de Sophie que gritaba a lo lejos. Entró en el túnel y echó a correr.

Había dado solo unos pocos pasos cuando oyó un estallido en la distancia, como cuando explota una traca. Los detonadores que había arrancado de debajo de la Cúpula habían explotado sin causar daño en la cámara rectangular.

Los latidos del corazón de Dirk resonaron en su pecho como martillazos cuando comprendió que la segunda carga estallaría en cualquier momento.

—¡Sophie, sal de ahí! —gritó entre jadeos.

Más adelante vio el débil resplandor de una luz, y supo que se estaba acercando. Entonces oyó otra serie de pequeños estallidos y se lanzó al suelo con el corazón en un puño.

La explosión sacudió el suelo como un terremoto acompañado por un estruendo ensordecedor. Segundos más tarde, la onda expansiva recorrió el túnel en una ráfaga atronadora precedida por una nube de gases, polvo y rocas. Dirk sintió que su cuerpo se levantaba del suelo, chocaba contra una pared y se quedaba sin respiración. Golpeado por las rocas y enterrado bajo una manta de polvo asfixiante, el mundo a su alrededor de nuevo se volvió negro.

Cuando Dirk había salido brevemente del pasaje en busca de Sophie, Sam estaba de espaldas a la ladera, observando al palestino muerto. Al oír que alguien más gritaba el nombre de la muchacha, el agente se había vuelto y le había dado tiempo de ver la linterna de Dirk, que se internaba de nuevo en el pasaje. Una vez más, sacó el móvil, llamó a Sophie, y luego subió poco a poco la colina.

Estaba a unos pocos metros de la cantera cuando los explosivos detonaron. Desde su posición, fue un sonido apagado seguido de un leve temblor debajo de sus pies. Segundos más tarde, una nube de humo y polvo salió por el pequeño pasaje.

Se acercó a la entrada y, mientras esperaba a que el aire se despejase, encontró una linterna abandonada entre los arbustos. La encendió y se adentró con cautela en el pasaje. Cuando entró en la caverna principal, se quedó atónito; parecía increíble que nadie supiera de la existencia de una cantera tan grande debajo del Monte del Templo.

El aire aún estaba cargado de humo y polvo; Sam se cubrió la nariz con una manga y observó el interior. Asomó la cabeza a cada uno de los cuatro túneles; una espesa nube salía del último, y de pronto oyó el ruido de piedras que caían.

Penetró con cuidado en el túnel y al poco percibió el resplandor de una luz mucho más adelante. Aceleró el paso y encontró una pila de escombros que se habían desprendido de las paredes. Los rodeó con cuidado y continuó avanzando hacia las profundidades de la montaña. El oscuro túnel seguía en línea recta durante varios metros más, y de pronto Sam vio una linterna que brillaba con fuerza al fondo.

El sudor, producto de los nervios, le bañaba el rostro mientras tosía y soplaba con fuerza por la nariz para sacar el polvo que le taponaba los orificios nasales. Pasó junto a un peñasco dentado y entró tambaleándose en una gran caverna iluminada por una linterna colocada sobre una piedra. Parecía una cantera subterránea; había montones de rocas por todas partes. En el techo, justo por encima de una montaña de escombros, se abría un gran agujero irregular, consecuencia del estallido. Una densa bruma blanca lo cubría todo y dificultaba la visibilidad a pesar de la luz.

Sam advirtió un leve movimiento en el lado opuesto de la caverna.

—¡Sophie! —llamó, y echó mano a la culata del arma.

Una figura apareció entre la bruma como un espectro. Con una sensación de alivio momentánea, Sam reconoció a Dirk en la penumbra. El alivio desapareció en cuanto vio que Dirk llevaba en sus brazos el cuerpo inerte de Sophie.

—¿Está bien? —preguntó en voz baja.

Se acercó con paso titubeante; Dirk había cubierto la cabeza y el torso de la muchacha con una chaqueta. Fue entonces cuando Sam advirtió que los miembros laxos de Sophie estaban deformados y cubiertos por una gruesa capa de sangre y

polvo.

Miró a Dirk para pedir una explicación y de inmediato se estremeció. Cualquier esperanza de que Sophie estuviese bien quedó eliminada al instante por el aspecto devastado de Dirk. El joven permanecía allí de pie, mirándolo, con el rostro magullado, ensangrentado, y los ojos perdidos, sin alma. Parecía como si le hubiesen arrebatado la vida, y Sam supo en el acto que Sophie estaba muerta.

Antes de que el humo se despejase quedó claro que la explosión debajo de Haram ash-Sharif casi había fracasado. La Cúpula de la Roca era el objetivo primario de Maria, y era allí donde había colocado la mayor parte de los explosivos. Pero no habían estallado porque Dirk había arrancado los detonadores. La segunda carga, mucho menor, colocada debajo de la mezquita de al-Aqsa, sí explotó, pero su efecto fue mínimo.

El suelo de la mezquita del siglo VIII se sacudió y sus ventanas temblaron, pero no surgió de la tierra una bola de fuego y la consumió. Segundos antes de que los explosivos detonasen, Sophie había retirado gran parte de ellos, los había arrojado hacia el túnel y después había intentado quitar los detonadores del material restante. La débil explosión solo produjo una grieta en la base de una fuente detrás de la mezquita. Los cuidadores palestinos de Haram apenas se percataron de ello, pues creyeron que la explosión había tenido lugar en otra parte de Jerusalén.

En el interior de la cantera, Sam Levine había actuado sin demora. La policía y las ambulancias llegaron enseguida. Los sanitarios atendieron las heridas de Dirk y se llevaron el cadáver de Sophie a la morgue. Los agentes de seguridad del Shin Bet no tardaron en hacer acto de presencia. Habían revisado la cantera a fondo y retirado los explosivos restantes. Todo el complejo quedó clausurado antes de que los ocupantes de Haram ash-Sharif se enterasen siquiera de lo sucedido.

La noticia del ataque frustrado no tardó en difundirse por Jerusalén y provocó un gran alboroto. Los musulmanes condenaban el asalto y los judíos de la ciudad se mostraban horrorizados ante la profanación del Monte del Templo. Cada facción culpaba a la otra y los ánimos se caldeaban en los dos bandos. El gobierno israelí, públicamente a la defensiva, mientras en privado aumentaba la seguridad alrededor de la ciudad, llevó con discreción a los líderes musulmanes a la cantera y acordaron cerrarla de forma permanente para evitar nuevas intrusiones.

La furia en las calles se mantenía al rojo, pero los arranques de ira fueron pocos y se evitó la violencia. En cuestión de días, las tensiones disminuyeron. Ningún grupo aceptó la responsabilidad de los ataques, y los verdaderos terroristas desaparecieron sin dejar rastro.

El general Braxton leyó el informe de la CIA sin decir palabra. Solo un esporádico movimiento de su bigote reveló un indicio de emoción. Al otro lado de la mesa, el oficial de inteligencia O'Quinn y un especialista de la CIA en temas israelíes se miraban los zapatos en silencio. Se irguieron en el acto en sus sillas al ver que Braxton se quitaba las gafas redondas.

—A ver si lo he entendido bien —dijo el general con su voz rasposa—. Unos chiflados estuvieron a punto de volar la mitad de Jerusalén, y ni el Mossad ni el Shin Bet tienen ni idea de quién fue. ¿Ésa es la verdad o solo es lo que nos han dicho los israelíes?

—Es obvio que los israelíes no confían en la investigación —respondió el hombre de la CIA—. Creen que una red libanesa de traficantes de drogas y armas, conocida como los Mulos, son en parte responsables. Se sabe que los Mulos tienen vínculos con Hezbollah, y por lo tanto es posible que usen Jerusalén como objetivo en represalia por los continuados ataques de Israel en Gaza. El estadounidense involucrado en el incidente identificó a uno de los terroristas como participante en un atentado reciente en el yacimiento arqueológico de Cesarea.

—¿El estadounidense es uno de nuestros agentes? —preguntó Braxton.

—No, es un ingeniero naval que trabaja en la NUMA. Se está recuperando de heridas leves en un hospital militar israelí, en Haifa.

—¿Un ingeniero naval? ¿Y qué rayos estaba haciendo en Jerusalén?

—Al parecer tenía una relación sentimental con la agente de Antigüedades que resultó muerta en la explosión. La acompañó para una vigilancia rutinaria y se vio envuelto en la refriega. Lo cual resultó algo muy afortunado, pues él fue el que evitó que la carga principal de explosivos detonase debajo de la Cúpula de la Roca.

—La verdad es que nos hemos librado de una buena, señor —intervino O'Quinn—. Había explosivos suficientes para arrasar la estructura de la Cúpula y buena parte de la Ciudad Vieja. Hubiese provocado un conflicto regional sin precedentes. Estoy seguro de que, si hubieran destruido el santuario, ahora habría misiles volando sobre Israel.

Braxton gruñó y su mirada taladró a O'Quinn.

—Ya que hemos entrado en el tema de los explosivos, creo que tiene algunas conexiones locales poco agradables que añadir a la mezcla.

—Obtuvimos una muestra de los explosivos de los israelíes, y las pruebas de laboratorio han confirmado que es HMX. Lo fabricó una empresa local contratada por el ejército estadounidense —respondió O'Quinn, muy serio.

—¿Esos malditos explosivos son nuestros? —gritó el general.

—Eso me temo. Hemos hecho algunas averiguaciones, y al parecer la muestra de

Jerusalén concuerda con un envío de HMX de máxima potencia que se vendió en secreto a Pakistán para su uso en el programa de armas nucleares a principios de los noventa. Los paquistaníes confirmaron que un contenedor de HMX desapareció poco después de recibirlo. Se cree que alguien del mercado negro, relacionado con los militares, lo vendió a compradores de fuera del país, pero hasta este año no se había encontrado ninguna prueba de su uso.

—Un contenedor de HMX. Increíble —dijo Braxton.

—Un contenedor con alrededor de cuatro mil kilos de explosivos. Eso representa un poder destructivo considerable.

El general cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Supongo que este ataque está vinculado con los recientes atentados contra las mezquitas... —dijo sin abrir los ojos.

—Sabemos que se utilizó HMX en la mezquita al-Azhar, en El Cairo, y en la mezquita Yesil, en Bursa, Turquía. Nadie ha reivindicado esos atentados. Al parecer, las mismas circunstancias se repiten en Jerusalén.

—¿Qué se sabe del palestino muerto que encontraron en el cementerio?

—Era un vulgar ladrón de tumbas sin ninguna vinculación terrorista conocida —contestó el hombre de la CIA—. Quizá tuvo algo que ver con el descubrimiento de la cantera, pero no se cree que haya participado en el ataque.

—Eso nos lleva de nuevo a la pregunta sin respuesta de quién y por qué.

O'Quinn miró al general con expresión afligida.

—Nadie ha reivindicado ninguno de los ataques, y no tenemos ninguna pista firme —dijo—. Como Joe puede confirmar, las agencias de inteligencia están investigando a sospechosos de todas partes, desde las sectas marginales cristianas y judías hasta al-Qaeda y otros grupos musulmanes fanáticos. Dependemos de las agencias de inteligencia extranjeras, y hasta el momento ellas tampoco han encontrado ninguna conexión sólida.

El hombre de la CIA asintió.

—General, los objetivos han sido todos lugares de importancia teológica para los musulmanes suníes —explicó—. Creemos que es muy posible que los ataques tengan su origen en una fuente chiita. La posible vinculación de Hezbollah en el ataque en Jerusalén confirma la teoría. Debo decir que dentro de la agencia cada vez son más los que creen que los iraníes están intentando distraer la atención de su programa de armamento.

—Es una motivación viable —convino Braxton—, pero si los pillan con las manos en la masa estarán jugando con fuego.

O'Quinn negó ligeramente con la cabeza.

—No estoy de acuerdo, señor —dijo—. Esos atentados no tienen la marca de los iraníes. Sin duda representarían un grado de extremismo exterior que no hemos visto

antes.

—No me está aportando gran cosa para seguir adelante, O’Quinn —gruñó el general—. ¿Qué me dice de aquel turco, el muftí Battal, que tanto le preocupaba?

—Entró en la carrera presidencial, tal como suponíamos. El y su partido se beneficiarán de cualquier protesta que estos atentados puedan provocar entre la comunidad fundamentalista. Cabe la posibilidad de que estos ataques estén relacionados con unos objetivos políticos específicos, más que con una táctica terrorista general. En lo que se refiere a Battal, estamos vigilando sus actividades de cerca, pero hasta ahora no hemos visto ningún patrón de tácticas coercitivas. De momento no tenemos ninguna prueba en firme de que exista un vínculo.

—O sea que por ahí no hay nada. Quizá la pregunta que deberíamos plantearnos es dónde atacarán de nuevo.

—Cada vez eligen objetivos de mayor relevancia —señaló O’Quinn.

—Y en el último fracasaron. Lo que sea que estén planeando debería asustarnos.

—La Kaaba, en La Meca, podría ser un objetivo. Me ocuparé de avisar a los saudíes de que aumenten la seguridad —dijo O’Quinn.

—Tenemos a los analistas trabajando las veinticuatro horas del día en este asunto —aportó el hombre de la CIA. En una expresión de impotencia típica de Washington, añadió—: Estamos haciendo todo lo posible.

Braxton descartó el comentario con una mirada fulminante.

—Permítanme que les diga lo que van a hacer. —El general se inclinó sobre la mesa y miró a los dos hombres con verdadera furia—. Parar todo esto es de lo más sencillo. Lo único que tienen que hacer —elevó el tono de voz— ¡es encontrar el resto de los explosivos!

El *Estrella Otomana* entró en la bahía al norte de los Dardanelos a última hora de la tarde y atracó en el largo y vacío muelle. Bajo las olas, el remolcador continuaba hundido en el fondo de arena, a la espera de que una grúa en tierra y un equipo de buceadores lo sacara de las profundidades.

Maria, en el puente del barco, se llevó una sorpresa al ver el Jaguar de su hermano aparcado en el muelle. Celik observó cómo el barco se acercaba al muelle y, en cuanto ataron las amarras, salió del asiento trasero del Jaguar. Se acercó a paso rápido, con un maletín debajo del brazo, y subió a bordo.

—No esperaba encontrarte aquí, Ozden —dijo Maria a modo de saludo.

—El tiempo apremia —respondió él, y miró en derredor con expresión inquieta.

El capitán y el timonel advirtieron su mirada y se apresuraron a retirarse para dejar a Celik a solas con su hermana.

—Me han dicho que la policía entró en las instalaciones después de que nos marcháramos —comentó Maria—. ¿No es peligroso para ti estar aquí?

—La policía local está bien pagada para que cuide de nuestros intereses —respondió Celik en un tono burlón—. Hicieron una visita rápida y nosotros nos mantuvimos apartados de los depósitos. —Pensar en los investigadores de la policía le recordó el asalto por parte de los hombres de la NUMA y sin darse cuenta se pasó la mano por la cabeza, justo donde Dirk le había golpeado—. Esos estadounidenses pagarán cara su intromisión —añadió en un tono gutural—. Pero antes tenemos que ocuparnos de asuntos más importantes.

Maria se preparó para la reprimenda por el fracaso en Jerusalén; sin embargo, su hermano no estalló en el arrebato de rabia que ella esperaba. Celik miró a través de la ventana delantera y contempló el muelle vacío.

—¿Dónde está el *Sultana*?

—Lo dejé en Beirut para que acabasen las reparaciones. La tripulación lo llevará a Estambul dentro de unos días.

Celik asintió, y luego se acercó a su hermana.

—Ahora, dime, Maria, ¿por qué fracasó la misión?

—Ni siquiera yo lo sé —admitió ella con calma—. La carga principal no explotó. Puse varios detonadores, y estoy segura de que los coloqué correctamente. Tuvo que haber una interferencia exterior. Incluso la carga secundaria tendría que haber provocado más daño. Sospecho que la arqueóloga israelí que murió en la explosión consiguió desconectar alguna de las cargas.

—Los resultados han sido muy decepcionantes —Celik evitó mostrar su malhumor habitual—, pero doy gracias de que has regresado sana y salva.

—En el viaje de regreso desembarcamos a los contrabandistas libaneses en

Trípoli, así que los israelíes no tienen dónde investigar ni ningún rastro que seguir.

—Siempre se te ha dado muy bien el no dejar rastro, Maria.

A pesar de la tranquilidad poco habitual que mostraba, la joven vio angustia en su rostro.

—¿Qué tal le va al muftí? —preguntó.

—Está haciendo la campaña como un político profesional y se ha ganado el apoyo público de varios miembros importantes de la Asamblea Nacional. Pero aún continúa cinco puntos por detrás en las encuestas, y solo quedan unos pocos días para las elecciones. —Miró a su hermana con reproche—. El atentado de Jerusalén no nos ha dado el empuje que necesitábamos para ganar.

—Quizá eso quede fuera de nuestro control —dijo Maria.

Sus palabras liberaron de pronto la cólera que Celik mantenía reprimida.

—¡No! —gritó—. Estamos muy cerca. Tenemos que aprovechar esta oportunidad. La restauración del imperio de nuestra familia está en juego. —Casi saboreaba ya el poder que esperaba conseguir. Sus ojos de loco brillaron, y su rostro enrojeció de furia—. No podemos permitir que esta ocasión se nos escape de las manos.

—¿El Cuerno de Oro?

—Sí —contestó él. Abrió el maletín y sacó un mapa—. La interceptación se realizará mañana por la noche. —Le dio una carpeta—. Dentro está el horario y la ruta del barco que es nuestro objetivo. ¿Podrás hacerlo?

Maria miró a su hermano con inquietud.

—Sí, creo que sí —respondió en voz baja.

—Bien. Un equipo de jenízaros aguarda para subir a bordo. Actuarán como soporte de la operación. Cuento contigo.

—Ozden, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Maria—. Los riesgos son muy altos. Significará la muerte de muchísimos de nuestros compatriotas. Temo las repercusiones si no tenemos éxito.

Celik miró a su hermana con una mirada nacida de la locura y después asintió con firmeza.

—Es el único camino.

Abel Hammet observó los rayos del sol poniente que resplandecían como bolas de fuego sobre las olas del Mediterráneo. De pie en el ala descubierta del puente, el capitán del barco israelí observó cómo el sol se escondía bajo el horizonte y daba paso a una bienvenida brisa vespertina. Respiró hondo el aire fresco y se dijo que podía detectar el olor de los pinos en la costa turca. Al mirar más allá de la distante proa del barco, solo alcanzó a ver unos pequeños puntos de luz en la costa sur de Turquía. Sintiendo como nuevo, entró en el puente del *Dayan* para completar su guardia.

Con poco menos de cien metros de eslora, el *Dayan* era un buque tanque relativamente pequeño, minúsculo en comparación con los superpetroleros que transportaban crudo desde el golfo Pérsico. Si bien compartía la mayor parte de las características de los buques que llevaban petróleo, había sido construido para transportar una carga ligeramente diferente: agua potable. El gobierno israelí, animado por un reciente acuerdo comercial, contaba con tres barcos idénticos construidos para transportar agua a sus secas y polvorientas orillas.

Turquía, a ciento cincuenta millas de Israel a través del Mediterráneo, era uno de los pocos países de esa árida región que contaba con un excedente de agua potable. El control de las cabeceras del Tigris y el Éufrates, además de otros caudalosos ríos en las tierras altas, suponía una reserva estratégica que ganaría en importancia en las décadas venideras. Explotando ese recurso como nueva exportación, el país había decidido vender una pequeña cantidad de su agua a Israel en una operación de prueba.

El *Dayan* cargaba cuatro millones de litros, y Hammet sabía que su contribución al suministro de agua de Israel era una insignificancia, pero dos viajes por semana a través del Mediterráneo acababan sumando. Era un trabajo fácil, y él y los nueve hombres de su tripulación disfrutaban con la tarea.

En el centro del puente, observó el avance del barco en el monitor de navegación.

—Máquina atrás dos tercios —ordenó al timonel—. Estamos a cuarenta millas de Manavgat. No servirá de nada que lleguemos antes del amanecer; la planta de bombeo no abrirá antes.

El timonel repitió la orden mientras reducía la velocidad en el único motor del barco. Cabalgando en el mar con las bodegas vacías, el buque tanque redujo de dos a ocho nudos. Cuando llegó la medianoche, el primer oficial apareció en el puente para relevar al capitán. Hammet echó un último vistazo a la pantalla del radar y luego se volvió.

—Se acerca un barco por detrás, por la banda de babor, pero por lo demás el mar está despejado —dijo Hammet a su segundo—. Simplemente manténnos apartados de

la playa, Zev.

—Sí, capitán —respondió el hombre—. Nada de baños a medianoche.

Hammet se retiró a su camarote, en la cubierta de abajo, y se durmió de inmediato. Pero se despertó poco después porque había notado algo extraño. Se despejó del todo y se dio cuenta de que el motor del barco no hacía vibrar la cubierta como siempre que estaba en marcha. Le pareció extraño que nadie hubiese ido a despertarle si había algún contratiempo en la navegación o algún problema mecánico en el barco.

Se puso la bata, salió del camarote y subió hasta el puente. Entró en el puente en penumbra y se detuvo, atónito. A unos pasos de él, el primer oficial estaba tendido boca abajo en un pequeño charco de sangre.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó al timonel.

El timonel le miró con los ojos muy abiertos y en absoluto silencio. En la penumbra del puente, Hammet vio que un corte muy feo le cruzaba la cara. La mirada del capitán se dirigió de pronto a la ventana de proa, donde vio que las luces de otro barco brillaban peligrosamente cerca de la banda de babor del buque tanque.

—¡Todo a estribor! —gritó al timonel, sin hacer caso del crujido que se oyó a su espalda.

Una figura alta, vestida de negro y con un pasamontañas negro, avanzó desde la pared de atrás. Sujetaba un fusil de asalto, y lo levantó a la altura del hombro. El timonel no obedeció la orden de Hammet; miraba fijamente al pistolero que se acercaba. Hammet se volvió justo a tiempo para ver que el fusil se abalanzaba hacia su cara. Oyó el golpe de la culata contra su mandíbula y un instante después un fogonazo de dolor le atravesó como un rayo. Notó que se le aflojaban las rodillas, y luego todo se volvió negro, se desplomó en la cubierta, junto a su primer oficial, y el dolor desapareció.

—Ridley, amigo mío, pasa, pasa.

La voz del Gordo sonó como la arena en una batidora cuando recibió a Bannister en su apartamento de Tel Aviv por segunda vez en dos semanas.

—Gracias, Oscar. —El arqueólogo entró con un aire de confianza que sin duda no tenía en su última visita.

Gutzman le llevó hasta un salón; un árabe delgado y bien vestido, sentado a un escritorio cercano, leía unos documentos. Alzó la cabeza y observó a Bannister con suspicacia.

—Es Alfar, uno de mis conservadores —explicó Gutzman con un ademán desdeñoso. Al advertir la expresión de cautela de Bannister, añadió—: No te preocupes. Sus oídos están sellados.

Gutzman llegó a su silla preferida y se sentó sin la menor delicadeza.

—Bueno, ¿qué es tan importante para que vengas a verme de nuevo tan pronto?

Bannister habló en voz baja; preparaba a su víctima para la estafa.

—Oscar, sabes tan bien como yo que la caza de la historia es en el mejor de los casos un negocio especulativo. Podemos buscar durante días, semanas o incluso años un descubrimiento monumental y seguir con las manos vacías. Por supuesto, es posible que a lo largo del camino demos con algún hallazgo importante y, de vez en cuando, con algún objeto fascinante que despierta nuestra imaginación. La mayoría de las veces todo ese esfuerzo no sirve para nada. Pero alguna vez sucede que los planetas se alinean y uno tiene la grandísima suerte de encontrar un regalo excepcional caído del cielo. —Se inclinó hacia delante en la silla para añadir efecto y miró a los ojos del Gordo—. Oscar, creo que estoy muy cerca de ese hallazgo.

—Bien, ¿de qué se trata, muchacho? —jadeó Gutzman—. No juegues conmigo.

—Acabo de volver de Londres, una visita corta, y fui a ver a un anticuario al que conozco desde hace años. Hace poco compró un alijo de objetos robados años atrás de los archivos de la Iglesia de Inglaterra —mintió, y de nuevo hizo una pausa.

—Continúa.

—El lote contenía obras de arte, joyas y objetos traídos de Tierra Santa durante las Cruzadas. —Bannister miró con cautela a un lado y a otro de la habitación, y luego añadió en voz baja—: Y también una copia original del Manifiesto.

A Gutzman casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Hablas... en serio? —preguntó con voz ronca. Intentó contener la emoción, pero su rostro enrojeció de entusiasmo.

—Sí. —Bannister sacó una fotocopia intencionadamente borrosa del papiro—. No he visto el original, pero me han asegurado que es auténtico.

Gutzman examinó la página sin decir palabra durante varios minutos. Solo el

crujir del papel en sus dedos temblorosos rompía el silencio.

—Existe —dijo por fin en un susurro—. Cielo santo, no puedo creerlo... —El viejo miró a Bannister muy serio—. Ese anticuario, ¿me lo vendería?

Bannister asintió.

—Dada la naturaleza de su compra, tiene que venderlo cuanto antes. Ésa es la razón por la que solo pide cinco millones de libras.

—¡Cinco millones de libras! —exclamó Gutzman, y comenzó a toser. Cuando recuperó el aliento, miró a Bannister a los ojos—. No pienso pagar esa cantidad —dijo, esta vez con voz firme.

Bannister perdió un poco el color, no esperaba esa respuesta.

—Supongo que el precio puede negociarse, Oscar —tartamudeó—. Y el anticuario dijo que él asumiría el coste de la datación por carbono.

Gutzman, que había comprado objetos tanto a ladrones de tumbas como a políticos, sabía de qué manera conseguir su precio. Por supuesto, también sabía cuándo le tomaban el pelo, y el titubeo en la voz de Bannister no le pasó desapercibido.

—Quédate aquí. —El Gordo se levantó con dificultad y salió del salón.

Volvió enseguida; llevaba una gruesa carpeta. Se sentó, abrió la carpeta y quedaron a la vista varias fotografías guardadas en fundas de plástico. Objetos antiguos de diversas épocas y estilos, grandes y pequeños, aparecían en las fotos. Bannister vio estatuas, tallas y cerámicas que sabía valían cientos de miles de dólares. Gutzman seleccionó el último apartado de la carpeta, sacó varias fotos y se las dio a Bannister.

—Echa un vistazo a estas —dijo el Gordo.

—¿Parte de tu colección?

—Sí, de mi almacén en Portugal.

Bannister observó las fotos. La primera mostraba una pequeña colección de espadas y puntas de lanzas oxidadas. En la segunda un casco de hierro que Bannister reconoció como del tipo romano Heddernheim. Un delgado panel de bronce con la imagen de un águila, un escorpión y varias coronas aparecían en la siguiente foto. La última imagen era de un objeto que Bannister no reconoció. Parecía una gran masa angular de metal, retorcida y aplastada en un lado.

—Menuda colección de armamento romano... —comentó Bannister—. Supongo que los relieves del águila y el escorpión son parte de un estandarte de batalla...

—Exacto, Ridley. Pero no de un estandarte cualquiera, sino del emblema de la *Scholae Palatinae*, la guardia romana de élite de Constantino el Grande. ¿Qué me dices del último objeto, amigo mío?

Bannister observó la foto de nuevo pero negó con la cabeza.

—Debo admitir que no sé qué es.

Gutzman, contento por el pequeño triunfo, sonrió.

—Es un ariete de bronce de una galera imperial. Por el tamaño, es probable que perteneciese a un birreme liburno.

—Sí, ahora lo veo. La punta resultó aplastada en una embestida. ¿Dónde demonios lo encontraste?

—Estaba clavado en el casco de otra nave, un barco pirata chipriota del siglo IV, si hemos de hacer caso a la historia. El barco averiado embarrancó y se hundió en una zona de sedimento blando. Había muchos objetos muy bien conservados. Los buceadores locales no tardaron en expoliar el pecio, mucho antes de que los arqueólogos del Estado llegasen a la escena. Un coleccionista rico compró la mayoría de los objetos antes de que las autoridades se enterasen de que los habían sacado.

—Deja que adivine quién era ese rico coleccionista —dijo Bannister con una risita.

Gutzman soltó una carcajada.

—Gracias a un afortunado chivatazo —admitió con una sonrisa.

—Son unas piezas magníficas, Oscar. Pero ¿por qué me las enseñas?

—Compré estos objetos hace muchos años. Y desde entonces no he dejado de pensar en el rumor sobre el Manifiesto. ¿Es verdad? ¿Existió la carga? Entonces, una noche, tuve un sueño. Soñé que tenía el Manifiesto en mis manos, algo así como cuando hace un rato tenía tu copia en mis manos. Y, en mi mente, vi las armas romanas y los otros objetos a mi alrededor. Pero no unos objetos cualesquiera. Vi estos objetos. —Gutzman señaló las fotos.

—A menudo soñamos con la realidad que buscamos —opinó Bannister—. ¿De verdad crees que hay una vinculación entre el Manifiesto y estas reliquias romanas? ¿No podrían proceder de cualquier otra operación naval?

—Ninguna otra operación naval habría implicado a la *Scholae Palatinae*. Verás, eran los sucesores de la guardia pretoriana, barrida por Constantino en la batalla del puente Milvio, donde derrotó a Majencio y consolidó el imperio. Para mí está *muy* claro que el barco pirata chipriota se enfrentó con una galera de la flota imperial.

—¿El barco data de esa era?

Gutzman sonrió de nuevo.

—La nave, así como el armamento y los objetos, datan aproximadamente del año 330. Y además tenemos esto. —Señaló un viejo escudo romano de una de las fotos.

Bannister vio, junto a las puntas de flecha, un escudo que antes se le había pasado por alto: mostraba la cruz Chi-Rho en el centro.

—La cruz de Constantino —murmuró.

—Y no solo eso. El papiro de Cesarea añade peso a esta teoría —dijo Gutzman—. El sueño es real, Ridley. Si tu Manifiesto es auténtico, yo oí la voz de Helena a través de mis objetos.

Los ojos de Bannister se iluminaron ante la posibilidad de que todo eso fuese verdad.

—Dime, Oscar, ¿dónde descubrieron ese pecio? —preguntó deliberadamente.

—Cerca del pueblo de Pissouri, en la costa sur de Chipre. Quizá no sea descabellado suponer que la carga del Manifiesto esté enterrada en los alrededores —aventuró con las cejas enarcadas—. Ese sí sería un regalo de los dioses, ¿verdad, Ridley?

—Desde luego —admitió el arqueólogo, y los engranajes de su mente funcionaron a toda velocidad—. Sería un descubrimiento de primera magnitud.

—Sí, pero nos estamos adelantando. Primero debo examinar el Manifiesto y ver si es auténtico. Dile a tu amigo de Londres que estoy dispuesto a pagar cien mil libras por él. Pero antes quiero la datación por carbono y examinarlo personalmente —dijo, y se levantó.

—¿Cien mil libras? —exclamó Bannister, y esta vez fue su voz la que sonó rasposa.

—Sí, ni un penique más.

El viejo coleccionista le dio unos golpecitos en el hombro.

—Gracias por venir a mí primero, Ridley. Creo que estamos en el camino de encontrar cosas maravillosas.

De camino hacia la puerta, Bannister solo pudo asentir, decepcionado.

En cuanto bajó en el ascensor, Gutzman volvió al salón y se acercó a Alfar.

—¿Ha escuchado nuestra conversación?

—Sí, señor Gutzman. Hasta la última palabra —respondió el árabe, con un fuerte acento—. Pero no entiendo por qué no compra el Manifiesto.

—Es muy sencillo, Alfar. Estoy seguro de que no lo tiene un anticuario de Londres sino Bannister. Está intentando esquilmarme, y quizá aún lo consiga.

—Entonces, ¿por qué le habló de sus objetos romanos?

—Para plantar la semilla. Verá, Bannister tiene un don para los descubrimientos. Ahora se marcha desilusionado porque no me ha vendido el Manifiesto, pero también desconcertado, como lo estoy yo, ante la posibilidad de que esos objetos existan de verdad. Estoy seguro de que su orgullo le llevará allí de inmediato. Tal vez sea una jugada tonta, pero ¿por qué no intentarlo? Es un hombre con recursos y muy afortunado. Si alguien lo puede encontrar es él. Así que, ¿por qué no dejar que lo encuentre para nosotros?

—Es usted un hombre muy inteligente, señor Gutzman. Pero ¿cómo controlará a Bannister?

—Póngase en contacto con Zakkar. Dígale que tengo una sencilla tarea de vigilancia para él, y que le pagaré muy bien.

—Afirmó que, a poder ser, no quería pisar Israel durante varios meses.

—Siente la presión, ¿no? —dijo Gutzman con una risita—. No importa. Dile que no se preocupe, el trabajo no será en Israel. Es en Chipre donde tendrá que ganarse la paga.

Hammet torció el gesto ante el resplandor de los tubos fluorescentes que recibieron sus primeros esfuerzos por abrir los ojos. Esa molestia no era nada en comparación con el tremendo dolor que notaba en la nuca. Se obligó a abrir los ojos de nuevo y luchó por identificar el lugar donde se hallaba. La primera respuesta fue: tumbado boca arriba mirando las luces del techo.

—Capitán, ¿cómo se siente? —preguntó la voz del primer oficial del *Dayan*.

—Como si me hubiese arrollado una locomotora. —Hammet levantó la cabeza para mirar alrededor.

A medida que su visión se aclaraba, vio que estaba tumbado en una mesa del comedor del barco, y una pila de servilletas de lino le servía de almohada. Los miembros de la tripulación le rodeaban; había miedo y preocupación en sus rostros. De pronto, le avergonzó estar en esa posición, así que se irguió apoyándose en los codos y se bajó de la mesa. El primer oficial le ayudó a sentarse en una silla. Sintió una oleada de náuseas, miró al oficial y le dio las gracias con un gesto.

Se dio cuenta entonces de que el primer oficial llevaba un vendaje ensangrentado alrededor de la cabeza y que estaba mucho más pálido de lo normal.

—Temí que hubiera muerto —dijo Hammet.

—He perdido un poco de sangre, pero me las apañaré. Usted sí que nos tenía preocupados... Ha dormido toda la noche.

El capitán del buque tanque miró hacia un ojo de buey cercano por el que entraban los primeros rayos de sol de la mañana. De pronto se percató de que el motor del barco no estaba en marcha y que la nave estaba amarrada. Un par de metros más allá del mamparo, le sorprendió ver a dos hombres vestidos de negro sentados cada uno a un lado de la puerta. Llevaban un fusil automático y lo vigilaban con una mirada amenazadora.

—¿Cómo subieron a bordo? —preguntó Hammet en voz baja.

—No estoy seguro —contestó el primer oficial—. Debieron de venir en una embarcación pequeña desde el carguero. Un grupo de hombres armados irrumpió en el puente antes de que nos diésemos cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Consiguió enviar una llamada de socorro?

El primer oficial sacudió la cabeza con expresión grave.

—No me dio tiempo.

Hammet contó a los tripulantes que se hallaban sentados a su alrededor y advirtió que faltaba el tercer oficial.

—¿Dónde está Cook?

—Se lo llevaron al puente hace horas. Creo que lo han puesto al timón.

Poco después se abrió la puerta del comedor, y el tercer oficial fue arrojado

bruscamente al interior por otro pistolero. Con un gran morado en la mejilla, el joven oficial se acercó a Hammet.

—Me alegra ver que está bien, capitán.

—¿Qué noticias nos trae? —preguntó Hammet.

—Señor, me obligaron a punta de pistola a pilotar el barco. Navegamos con rumbo norte a toda velocidad durante toda la noche, detrás de un carguero negro llamado *Estrella Otomana*. Poco antes del alba, amarramos a su lado en una pequeña bahía protegida. Seguimos estando en aguas turcas, a unas diez millas al norte de los Dardanelos.

—¿Alguna idea de quién es esta gente?

—No, señor. Hablan turco pero no han planteado ninguna exigencia. No acierto a imaginar por qué alguien querría secuestrar un buque tanque de agua vacío.

Hammet asintió y se preguntó en silencio lo mismo.

La tripulación del buque tanque israelí fue retenida a bordo durante otras veinticuatro horas; se les permitió el acceso a la cocina y poco más. Hammet se acercó varias veces a los guardias con preguntas o peticiones, pero cada vez fue rechazado en silencio por el cañón de un arma. A lo largo del día y de la noche, oyeron ruido de trabajadores y máquinas en la cubierta de proa. Hammet espía por un ojo de buey y vio que una grúa trasladaba cajones desde el carguero al buque tanque.

Por fin, a última hora del día los hicieron desembarcar; llegaron más guardias y les ordenaron que ayudasen a cargar el barco. Mientras bajaban al muelle, a Hammet le sorprendió ver lo que habían hecho al *Dayan*. Los asaltantes habían abierto un par de agujeros enormes en la cubierta de proa. Los dos tanques de almacenaje de proa, con una capacidad de casi seiscientos mil litros de agua cada uno, estaban abiertos como una lata de sardinas. El capitán vio que los cajones que había visto descargar del carguero ahora se hallaban alineados junto a los mamparos de cada depósito abierto.

—Esos idiotas han convertido nuestro buque tanque en un barco de carga —maldijo mientras los llevaban a tierra.

Su desesperación creció cuando los obligaron a entrar en el almacén sur y les ordenaron que transportasen las pequeñas cajas de explosivos plásticos que había en un contenedor del ejército.

De nuevo en el buque, depositaron los explosivos en el centro de los dos tanques abiertos. Hammet se tomó un momento para observar los cajones ya cargados a bordo, y vio que estaban llenos de sacos de veinte kilos con el rótulo: *AMMONIUM NITRATRE - FUEL OIL*.

—Van a volar el barco —le susurró al primer oficial cuando volvían para recoger una segunda carga de HMX.

—Imagino que con nosotros dentro —comentó el primer oficial.

—Uno de nosotros debe intentar escapar. Tenemos que encontrar ayuda y detener esta locura.

—A usted, siendo el capitán, sería al primero que echarían de menos.

—Con ese vendaje en la cabeza, usted tampoco llegaría muy lejos —señaló Hammet.

—Yo lo intentaré —ofreció una voz detrás de ellos. Era el piloto del buque tanque, un hombre bajo llamado Green.

—El almacén está a oscuras, Green —dijo Hammet—. A ver si puede escabullirse en la penumbra.

Pero los guardias estaban preparados para evitar cualquier fuga, y cada vez que Green se demoraba o intentaba apartarse de los otros, le ordenaban que volviera a la fila. A regañadientes, se unió a los que cargaban los explosivos.

La tripulación continuó su trabajo forzado hasta que en el contenedor no quedaron explosivos. Hammet se fijó en una mujer de ojos oscuros, y vestida con chándal, que había controlado sus progresos desde la cubierta del buque tanque y que luego había subido al puente. Cuando volvieron al almacén para la última carga, Hammet se volvió hacia el timonel.

—Intente quedarse atrás, en el contenedor —susurró.

El capitán corrió la voz al resto de la tripulación, que se apresuró a rodear el contenedor antes de que un guardia les gritara que se apartasen. Pero a Green le dio tiempo de ocultarse en el fondo del contenedor. Se apresuró a subir al estante superior y luego se tendió contra la pared; su pequeño cuerpo apenas se veía desde abajo. Hammet dejó que el resto de los tripulantes cargasen las últimas cajas, y luego salió del contenedor con las palmas levantadas.

—No hay más —dijo al guardia más cercano, y luego siguió a los demás al almacén.

Mientras caminaba a paso rápido, no pudo evitar volver la cabeza cuando el guardia se acercó para mirar en el interior del contenedor. Satisfecho al verlo vacío, el guardia se volvió y cerró la puerta. Hammet se alejó, contenía la respiración y rezaba para que hubiera silencio. Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando el cerrojo se cerró con un golpe desconsolador que Hammet sintió hasta en la punta de los dedos de los pies.

Los neumáticos del avión levantaron una nube de polvo cuando tocaron la pista seca del aeropuerto de Çanakkale, a poca distancia al sudeste de los Dardanelos. El avión giró hacia la terminal designada y frenó poco a poco hasta que las hélices gemelas se detuvieron. Summer, detrás de la barrera, vio que su hermano bajaba del avión con los últimos pasajeros. Caminaba con una ligera cojera y llevaba unos cuantos vendajes, pero por lo demás parecía estar bien. Sin embargo, cuando lo tuvo cerca, Summer vio que su hermano llevaba la peor de las heridas dentro de sí.

—Veo que sigues entero —dijo, y le dio un abrazo—. Bienvenido a Turquía.

—Gracias —contestó él en voz baja.

Su energía positiva y su disposición animosa habían desaparecido. Summer pensó que incluso sus ojos parecían más oscuros. No tristes y dolidos, como cabía esperar, sino fríos y casi furiosos. Nunca había visto así a su hermano. Le cogió del brazo con delicadeza y le llevó hacia la recogida de equipajes.

—Leímos las noticias del ataque a la Cúpula de La Roca; en ningún momento imaginamos que estabas allí —comentó en voz baja—. Luego papá se enteró por radio macuto de que ayudaste a evitar la explosión.

—Solo impedí que estallase una de las cargas —respondió él con un tono amargo—. Las fuerzas de seguridad israelíes mantuvieron mi nombre fuera de las noticias mientras me curaban en un hospital militar. Supongo que no querían que la presencia de un estadounidense complicase la política local.

—A Dios gracias no resultaste herido de gravedad. —Summer hizo una pausa y le miró preocupada—. Lamento lo de tu amiga israelí.

Dirk asintió pero no dijo nada. No tardaron en llegar a la sección de equipajes, donde Dirk recogió su maleta. Mientras se dirigían hacia una pequeña furgoneta en el aparcamiento, Summer dijo:

—Tenemos que recoger algo más.

Fueron hasta el extremo opuesto del aeropuerto, y aparcaron delante de un almacén ruinoso con un cartel en el que ponía *TRANSPORTE AÉREO DE MERCANCÍAS*. Pidió un paquete a nombre de la NUMA, le dieron dos cajas y luego dos hombres aparecieron con una carretilla cargada con un cajón pequeño. Lo metieron todo en la parte de atrás de la furgoneta.

—¿Qué hay en ese cajón? —preguntó Dirk cuando se alejaban.

—Una lancha neumática de recambio. El *Aegean Explorer* perdió dos neumáticas durante una refriega por un pecio.

Summer le contó todo lo que sabía sobre el descubrimiento de un naufragio otomano, la muerte de dos científicos de la NUMA, y el secuestro de Zeibig.

—¿Los turcos no detuvieron a los tipos del yate? —preguntó Dirk.

Summer sacudió la cabeza.

—Papá está furioso por la respuesta de las autoridades locales. El *Explorer* permaneció detenido varios días y los culparon de las muertes de Tang e Iverson.

—La justicia sirve a aquéllos que tienen el poder. Qué pena lo de Tang e Iverson. Trabajé con ellos en otros proyectos. Eran buenas personas —dijo Dirk, y su voz se apagó porque hablar de la muerte lo llevó a pensar en Sophie.

—Para colmo, el estudio del florecimiento de las algas se ha ido a pique. El representante de Medio Ambiente turco, que debía estar a bordo, tuvo que ausentarse por una urgencia familiar. Mientras tanto, Rudi y Al tienen problemas con el nuevo VAS. —Quería añadir que la llegada de Dirk animaría a todos, pero viéndolo tan deprimido eso le pareció imposible.

Fueron hasta los muelles de *Çanakkale*; el *Aegean Explorer* estaba amarrado detrás de varios barcos pesqueros. Summer llevó a su hermano a bordo y hasta la sala de mapas, donde Pitt, Gunn y Giordino discutían el plan de navegación con el capitán Kenfield. Recibieron con alegría al joven Dirk cuando entró con su hermana.

—¿Acaso tu padre no te enseñó que no hay que jugar con explosivos? —dijo Giordino al tiempo que le estrechaba la mano con la fuerza de unas tenazas.

Dirk se obligó a sonreír, luego abrazó a su padre y se sentó a la mesa.

—Summer me ha dicho que habéis encontrado un pecio otomano. —El tono de su voz indicó que su mente estaba en otra parte.

—Y nos ha causado un montón de problemas —respondió Pitt—. Es de alrededor de 1570, y llevaba a bordo algunos objetos romanos poco habituales.

—Por desgracia, todo lo que tenemos de esos objetos son unas cuantas fotos —añadió Gunn con tristeza.

—Nada en comparación con el descubrimiento de Summer —añadió Pitt.

Dirk se volvió hacia su hermana.

—¿Qué has encontrado?

—¿No te lo ha contado? —exclamó Giordino.

—Nos faltó tiempo —dijo Summer, avergonzada.

—Cuánta modestia —opinó Gunn, que buscó entre una pila de papeles que había sobre la mesa—. Ten, hice una copia del original de Summer. —Entregó una hoja a Dirk.

Él la sostuvo y la leyó con atención.

Universidad de Cambridge

Departamento de arqueología

Traducción (griego copto):

Navío imperial Argón

Manifiesto especial de entrega al emperador Constantino Bizancio

Manifiesto:

Artículos personales de Cristo, incluido un pequeño cofre con:

Capa

Mechón de pelo

Carta a Pedro

Efectos personales

Lápida grande

Altar de la iglesia de Nazaret

Pintura contemporánea de Jesús

Osario de J.

Asignado a la decimocuarta legión, en Cesarea.

Septario, gobernador de Judea.

—¿Esto es verdad? —preguntó Dirk.

—El original está escrito en un papiro. Lo vi un momento —respondió Summer—, y sé que existe. Ésta es una traducción que realizó en 1915 un famoso arqueólogo y etimologista de Cambridge.

—Es increíble —dijo Dirk; el documento había captado toda su atención—. Todos estos objetos están relacionados personalmente con Jesús. Los romanos debieron de recogerlos después de su muerte y destruirlos.

—Todo lo contrario —replicó Summer—. Los consiguió Helena, madre de Constantino el Grande, en el año 327. Los objetos del Manifiesto eran sagrados, y lo más probable es que se los enviaran a Constantino para celebrar la conversión del Imperio romano al cristianismo.

—Sigo sin entender que, entre todos los sitios posibles, lo encontrases en Inglaterra —dijo Gunn.

—Todo gracias a nuestra inmersión en el HMS *Hampshire* —explicó Summer—. Al parecer, el mariscal de campo Kitchener consiguió los papiros mientras realizaba una exploración en Palestina en 1870. Por lo visto, su significado no se comprendió hasta que se realizó una traducción décadas más tarde. July Goodyear, una autoridad en lo que se refiere a Kitchener y con la que encontré el Manifiesto, cree que la Iglesia de Inglaterra pudo haber matado a Kitchener para ocultar su existencia.

—Supongo que sus temores son comprensibles —comentó Giordino—. Encontrar los huesos de Jesús echaría abajo unas cuantas teorías.

—Es una conexión interesante con los objetos romanos que encontramos en el pecio otomano, que también data de los tiempos de Constantino y Helena —observó Gunn.

—Entonces, ¿los objetos de Jesús fueron cargados en una nave romana que zarpó de Cesarea? —preguntó Dirk.

Summer asintió.

—Se sabe que Helena hizo un peregrinaje a Jerusalén, donde afirmó haber descubierto la Vera Cruz. Hay fragmentos de la cruz en iglesias de toda Europa. Un relato muy conocido narra cómo los clavos de la cruz fueron fundidos e incorporados a un casco y una brida de Constantino. Por lo tanto, Helena y la cruz hicieron un viaje hasta Bizancio. Sin embargo, no hay ninguna mención de estos objetos. —Señaló la lista—. Debieron de enviarlos por separado y al parecer se perdieron para la historia siglos atrás. ¿Os imagináis qué impresionante sería ver una imagen contemporánea de Jesús?

En la sala se hizo el silencio mientras todos fantaseaban con cómo podía ser esa imagen de Jesús. Todos excepto Dirk. Su mirada permanecía fija en el final del Manifiesto.

—Cesarea —dijo—. El cargamento zarpó de Cesarea bajo la custodia de legionarios romanos.

—Allí es donde estuviste trabajando, ¿no? —preguntó su padre.

Dirk asintió.

—Supongo que no grabaron en una piedra el rumbo que iban a seguir, ¿verdad? —comentó Giordino.

—No, pero tuvimos la suerte de descubrir unos cuantos papiros de esa época. El más interesante describía la captura y ejecución de unos piratas chipriotas. Lo interesante es que los piratas, según parece, se habían enfrentado en el mar a una tropa de legionarios poco antes de que los capturasen. El doctor Haasis, con quien trabajé en Cesarea, dijo que los legionarios romanos formaban parte de un grupo llamado *Scholae Palatinae*, al mando del centurión Platus, si no recuerdo mal.

Gunn casi se cayó de la silla.

—¿Qué... qué nombre has dicho? —tartamudeó.

—Platus, o quizá era Platius.

—¿Plautio? —preguntó Gunn.

—Sí, ése. ¿Cómo lo sabes?

—Era el nombre de mi estela, perdón, la estela que encontramos en el barco naufragado. Era en memoria de Plautio, que al parecer murió en una batalla naval.

—Pero ¿no tienes ni idea de dónde provenía esa estela? —preguntó Dirk.

Gunn sacudió la cabeza, pero el rostro de Zeibig se iluminó.

—Dirk, ¿antes has dicho que los piratas eran de Chipre?

—Eso ponía en el papiro.

Zeibig buscó entre unos papeles y sacó una hoja.

—El doctor Ruppé envió una documentación histórica que indicaba que el

senador romano Artrio, cuyo nombre aparece grabado en la corona de oro, sirvió como gobernador de Chipre durante un tiempo.

Una sonrisa apareció en el rostro de Pitt.

—Chipre era la pista que nos faltaba. Si los archivos históricos de Chipre están intactos, estoy seguro de que encontrarías que Trajano, el nombre que aparece en el monolito, también estuvo en Chipre. Quizá incluso servía al gobernador Artrio.

—Claro —convino Giordino—. Es muy probable que Trajano recibiese la orden del gobernador de erigir un memorial después de recibir la corona de oro.

—Pero ¿qué pintaban en un pecio otomano una corona y una estela romanas? —preguntó Dirk.

—Creo que tengo una teoría al respecto —dijo Zeibig—. Si no me falla la memoria, Chipre permaneció históricamente bajo el gobierno veneciano mucho después de la caída del Imperio romano. Pero luego los otomanos invadieron y se apoderaron de la isla alrededor de 1570, que resulta ser la fecha más o menos aproximada de nuestro pecio. Me pregunto si la corona de oro y la estela de piedra no formarían parte de un antiguo botín de guerra enviado para el sultán en Constantinopla.

—A partir del Manifiesto, podemos suponer que a Plautio se le encomendó llevar las reliquias religiosas en nombre de Helena —señaló Gunn—. La estela del pecio y los papiros que halló Dirk confirman que Plautio perdió la vida luchando contra los piratas cerca de Chipre. ¿Es posible que todos esos acontecimientos ocurriesen en el mismo viaje?

—Seguramente los miembros de esa *Scholae Palatinae*, como la guardia pretoriana, solo se alejaban del emperador en circunstancias excepcionales —dijo Pitt.

—Como, por ejemplo, escoltar a su madre en su viaje a Jerusalén —señaló Summer.

—Eso podría explicar la presencia de la corona de oro —intervino Giordino—. Tal vez se la otorgaron a Artrio cuando era gobernador de Chipre, enviada por Constantino como reconocimiento por la captura de los piratas que asesinaron a Plautio.

—¿Los mismos piratas que robaron las reliquias? —preguntó Gunn—. Ésa es la pregunta. ¿Quién acabó quedándose con las reliquias?

—Hice una rápida investigación histórica sobre los objetos citados en el Manifiesto —dijo Summer—. Si bien se dice que hay fragmentos de la Vera Cruz en docenas de iglesias de toda Europa, no he encontrado ningún registro firme de que ninguno de los objetos citados en el Manifiesto se haya exhibido en el pasado o en la actualidad.

—Por lo tanto, desaparecieron con Plautio —opinó Gunn.

—El registro de Cesarea señala que los piratas fueron capturados y llevados a puerto en su propia nave —explicó Dirk—. Las cubiertas estaban manchadas de sangre y había armas romanas a bordo. Si bien parece que combatieron contra Plautio, no queda claro qué pasó con su nave. Ni con las reliquias.

—Lo que probablemente significa que la galera romana de Plautio se hundió —dijo Pitt.

Los demás que se hallaban en la sala se animaron ante esa idea; sabían que si un hombre podía encontrar un pecio importante, era el tipo delgado de ojos verdes que tenían delante.

—Papá, ¿podríamos intentar buscarlo después de acabar con el proyecto turco? —preguntó Summer.

—Eso podría ser antes de lo que crees —dijo Gunn.

Summer lo miró perpleja.

—El Ministerio de Medio Ambiente turco nos ha informado que han descubierto que una gran empresa química ubicada en Çiftlik, una ciudad cerca de Chios, descarga en el mar una cantidad considerable de residuos —explicó Pitt—. Rudi ha hecho un estudio de las corrientes, y al parecer la relación con la zona muerta que estamos cartografiando cerca del pecio otomano está clara.

—La probabilidad supera el noventa y cinco por ciento —confirmó Gunn—. Los turcos nos han pedido amablemente que volvamos dentro de un año para recoger nuevas muestras, pero llegados a este punto ya no tiene sentido que prolonguemos nuestro trabajo.

—¿Significa eso que podemos volver al pecio otomano? —preguntó Summer.

—El doctor Ruppé está organizando una excavación formal bajo los auspicios del Museo Arqueológico de Estambul —dijo Pitt—. Hasta que él no reciba los permisos del Ministerio de Cultura, nos ha aconsejado que evitemos cualquier nueva exploración en el lugar.

—Entonces, ¿podemos buscar la galera romana? —quiso saber Summer, emocionada.

—Nos hemos comprometido a estudiar una pequeña zona justo al sur de aquí —contestó Pitt—. Tendríamos que haber terminado ese trabajo en dos o tres días. Siempre y cuando nuestro VAS funcione —añadió, y miró a Gunn de reojo.

—Eso me recuerda que te he traído tus recambios —dijo Summer.

Le dio los dos paquetes a Gunn, que se apresuró a abrir el primero.

—Nuestro circuito de recambio —exclamó, contento—. Con esto podremos volver al agua.

Miró el otro paquete y se lo pasó a Pitt.

—Este va dirigido a ti, jefe.

Pitt asintió y después miró a todos los que se hallaban alrededor de la mesa.

—Si el VAS vuelve a estar operativo, acabemos cuanto antes nuestro proyecto de exploración turco —dijo con una sonrisa irónica—. El viaje hasta Chipre es largo.

Una hora más tarde, el *Aegean Explorer* se apartó despacio del muelle de Çanakkale. Pitt y Giordino observaban desde el puente mientras el capitán Kenfield guiaba el barco a través de la boca de los Dardanelos, y luego hacia el sur siguiendo la costa turca. Una vez que el *Explorer* dejó atrás el concurrido estrecho, Pitt se sentó y abrió el paquete.

—¿Galletas caseras? —preguntó Giordino, que se sentó delante de Pitt.

—No exactamente. Le pedí a Hiram que hiciese algunas investigaciones sobre el *Estrella Otomana* y el *Sultana*.

Hiram era Hiram Yaeger, el director de la sección informática de la NUMA. Desde el cuartel general de la NUMA en Washington, Yaeger dirigía un sofisticado centro informático que recibía datos oceanográficos y meteorológicos de todo el mundo. Era un pirata informático muy hábil, tenía un don para descubrir secretos, y no le importaba utilizar fuentes de datos autorizadas y no autorizadas cuando lo necesitaba.

—Dos naves que me gustaría encontrar en el fondo del mar —comentó Giordino—. ¿Yaeger ha conseguido encontrar algo?

—Eso parece —respondió Pitt mientras pasaba las páginas del documento—. Los dos barcos están registrados en Liberia a nombre de una compañía fantasma. El rastreo de Yaeger lo ha llevado hasta una empresa turca privada llamada Anatolia Exports, la misma que mencionó la policía. Esa empresa tiene un largo historial en el transporte marítimo de textiles y otros productos turcos a diferentes países del Mediterráneo. Es propietaria de un almacén y un edificio de oficinas en Estambul, además de una instalación portuaria en la costa, cerca de la ciudad de Kirte.

—Ah, sí, ese lugar lo conozco muy bien —dijo Giordino en tono de burla—. ¿Quién dirige todo este montaje?

—Los registros de propiedad citan a una pareja llamada Ozden Celik y Maria Celik.

—No me digas más... Conducen un Jaguar y les gusta arrollar a la gente con un barco.

Pitt le pasó una foto de Celik que Yaeger había conseguido de una conferencia de comercio turca. Y luego una serie de fotos de las propiedades de Celik tomadas desde los satélites.

—Es nuestro muchacho —dijo Giordino después de mirar la primera foto—. ¿Qué más sabemos de él y su esposa?

—Maria es su hermana. La información es un tanto escasa. Yaeger indica que los Celik son personas muy reservadas que se exhiben muy poco. Dice que tuvo que escarbar mucho para encontrar algo.

—¿Y lo consiguió?

—Escucha esto. Un rastro genealógico sitúa a los Celik como tataranietos de Mehmed VI.

Giordino sacudió la cabeza.

—Me temo que no sé quién es.

—Mehmed VI fue el último sultán reinante del Imperio otomano. El y su familia fueron expulsados del trono y del país cuando Atatürk asumió el poder en 1923.

—Y ahora el pobre chico no tiene nada que exhibir, excepto un viejo carguero. No me extraña que esté tan cabreado.

—Al parecer tiene mucho más que eso —señaló Pitt—. Yaeger cree que esa pareja son dos de las personas más ricas del país.

—Supongo que eso explica el fanatismo por el pecio otomano.

—Y el atrevimiento del robo en Topkapi. Aunque podría haber otros motivos.

—¿Por ejemplo?

—Yaeger encontró un posible vínculo financiero con un gabinete de comunicación de Estambul. Ese gabinete se encarga de promover la candidatura del muftí Battal en las próximas elecciones presidenciales. —Pitt dejó la página que estaba leyendo—. En Estambul, Rey Ruppé nos habló de ese muftí. Cuenta con numerosos seguidores fundamentalistas, y algunos círculos lo consideran peligroso.

—Nunca viene mal tener amigos con dinero. Me pregunto cuál puede ser el interés de Celik...

—Una pregunta que quizá tenga una respuesta esclarecedora —dijo Pitt.

Dejó el último informe y pensó en el millonario turco y su salvaje hermana mientras Giordino echaba un vistazo a las fotos por satélite.

—Veo que el *Estrella Otomana* ha vuelto al puerto de origen —comentó—. Me pregunto qué hace un buque tanque griego a su lado.

Deslizó las fotos por la mesa para que Pitt las viese. El director observó la conocida bahía y vio el carguero en el muelle. Al otro lado había un pequeño buque tanque; la bandera azul y blanca apenas era visible en lo alto del mástil, pero le llamó la atención. La observó unos instantes y luego cogió una lente de aumento de la mesa de cartas.

—No es una bandera griega —dijo—. Ese buque tanque es de Israel.

—Algo había oído de que los israelíes tenían una flota de buques tanque —comentó Giordino.

—¿Has dicho algo sobre un buque tanque israelí? —preguntó el capitán Kenfield, que había oído la conversación desde el otro lado del puente.

—Al ha encontrado uno amarrado en la bahía de nuestros amigos turcos —dijo Pitt.

Kenfield se puso pálido.

—Mientras estábamos en el puerto llegó la alerta sobre un buque tanque israelí desaparecido frente a las costas de Manavgat. En realidad ese buque tanque transporta agua.

—Recuerdo haber visto uno hace unas semanas —señaló Pitt—. ¿Cuáles son las medidas del barco desaparecido?

—El buque se llamaba *Dayan*, si no me equivoco —contestó el capitán, que se acercó a un terminal informático y realizó una búsqueda rápida—. Tiene un registro bruto de ochocientas toneladas y una eslora de ciento tres metros.

Giró la pantalla del ordenador hacia Pitt y Giordino para que viesen la foto del barco. Eran clavados.

—Estas fotos tienen menos de veinticuatro horas —dijo Giordino, que leyó la hora y fecha en el marco.

—Capitán, ¿qué tal funciona su sistema de comunicación segura vía satélite? —preguntó Pitt.

—Del todo operativo. ¿Quiere hacer una llamada?

—Sí —contestó Pitt—. Creo que ha llegado la hora de llamar a Washington.

—O’Quinn, le agradezco que haya venido. Por favor, entre y siéntese.

Al oficial de inteligencia le sorprendió que el vicepresidente de Estados Unidos le recibiese en el vestíbulo del primer piso del edificio Eisenhower y le acompañase en persona a su despacho. El protocolo de Washington sin duda establecía que un secretario o un ayudante de menor rango hiciese de escolta hasta la guarida sacrosanta del número dos. Pero James Sandecker prescindía de tanta ceremonia.

Sandecker, un almirante de la marina retirado, había sido el responsable de la fundación de la NUMA décadas atrás y de convertirla en una unidad oceanográfica de primera fila. Sorprendió a todos al pasar las riendas a Pitt y aceptar la vicepresidencia, desde donde esperaba favorecer la protección de los océanos del mundo. Bajo, muy individualista, de cabello rojo y perilla, Sandecker era conocido en la capital como un hombre abierto y sin pelos en la lengua que sin embargo era muy respetado. Durante las sesiones de inteligencia, a O’Quinn le divertía ver la rapidez con que el vicepresidente podía analizar un tema o a un individuo para llegar al corazón del asunto.

Al entrar en el despacho, O’Quinn admiró la colección de antiguos óleos de veleros y yates de carreras que cubrían las paredes. Siguió a Sandecker hasta su escritorio y se sentó al otro lado.

—¿Echa mucho de menos el mar, señor vicepresidente?

—No hay día en que no preferiría estar navegando en vez de sentado en un despacho. —Sandecker metió la mano en un cajón, sacó un puro de gran tamaño y se lo llevó a la boca—. ¿Está al corriente de los acontecimientos en Turquía? —preguntó sin más rodeos.

—Sí, señor. Es parte de mi cometido regional.

—¿Qué sabe de un chiflado llamado Ozden Celik?

O’Quinn tuvo que pensar un momento.

—Es un empresario turco relacionado con miembros de la familia real saudí. Pensamos que podría estar involucrado en la financiación del Partido de la Felicidad del muftí Battal, fundamentalista. ¿Por qué lo pregunta?

—Al parecer también está metido en otros asuntos. ¿Está enterado de que un buque tanque israelí desapareció hace dos días?

O’Quinn asintió; recordaba que ese incidente se había mencionado en la reunión diaria informativa.

—Esa nave ha sido vista en una pequeña instalación portuaria controlada por Celik a unas pocas millas al norte de los Dardanelos. Tengo información fiable de que el tal Celik se halla detrás del reciente robo de reliquias en Topkapi. —Sandecker deslizó sobre la mesa la foto satélite del buque tanque.

—¿Topkapi? —repitió O’Quinn, que enarcó las cejas como dos puentes levadizos —. Creemos que podría haber un vínculo entre el robo en Topkapi y los recientes ataques a las mezquitas en al-Azhar y la Cúpula de la Roca en Jerusalén.

—El presidente está enterado de esa posibilidad.

O’Quinn estudió la foto.

—Si me lo permite, señor, ¿puedo preguntarle cómo consiguió esta información?

—A través de Dirk Pitt, de la NUMA. Dos de sus científicos fueron asesinados por hombres de Celik y un tercero fue secuestrado y llevado a esas instalaciones. —Sandecker señaló las fotos—. Pitt rescató a su hombre y descubrió un contenedor de explosivos plásticos en un almacén portuario. Para ser exactos, un suministro de HMX del ejército.

—El HMX es el explosivo utilizado en los atentados de las mezquitas —dijo O’Quinn con emoción.

—Sí, lo recuerdo de su informe al presidente.

—Celik debió de actuar en representación del muftí Battal. Para mí está claro que los ataques anónimos a las mezquitas, utilizando nuestros explosivos, pretendían incitar la furia fundamentalista en todo Oriente Próximo, y en particular en Turquía. Es de suponer que su objetivo es cambiar la opinión pública para que voten a Battal y convertirlo en presidente.

—Es un motivo lógico. Por eso el secuestro del buque tanque israelí es motivo de preocupación.

—¿Nos hemos puesto en contacto con el gobierno turco?

—No. —Sandecker sacudió la cabeza—. Al presidente le preocupa que cualquier acción por nuestra parte pueda interpretarse como una intervención estadounidense en el resultado de las elecciones. La verdad es que no sabemos hasta dónde llegan los tentáculos de Battal en el actual gobierno. Las apuestas son muy altas, y la carrera está muy disputada; no podemos arriesgarnos a una reacción que favorezca a su partido en los comicios.

—En cualquier caso, según nuestros analistas, el muftí tiene posibilidades de ganar.

—El presidente lo comprende. Sin embargo, ha ordenado que Estados Unidos se mantenga completamente al margen hasta después de las elecciones.

—Podemos utilizar otros canales —protestó O’Quinn.

—Ya se han considerado como un riesgo excesivo. —Sandecker se quitó el puro de la boca y miró el extremo masticado—. Son órdenes del presidente, O’Quinn, no mías.

—Pero no podemos limitarnos a hacer la vista gorda...

—Por eso le pedí que viniera. Supongo que tiene contactos de inteligencia en el Mossad...

—Sí, por supuesto. —O'Quinn asintió.

Sandecker se inclinó sobre la mesa, y la mirada de sus brillantes ojos azules se clavó en el oficial de inteligencia.

—Entonces le aconsejo que los llame y les diga dónde está el buque tanque desaparecido.

Rudi Gunn acabó las reparaciones de los sensores averiados del VAS al anochecer, poco antes de que el *Aegean Explorer* llegase a la cuadrícula de búsqueda, a unas veinte millas al sudeste de Çanakkale. Lanzaron el sumergible autónomo al agua, y la tripulación reanudó su operación de rastreo de veinticuatro horas al día. Cuando a medianoche cambió el turno de guardia, en el puente solo quedaban el segundo oficial y el timonel.

El barco navegaba a baja velocidad rumbo norte; de pronto el timonel echó otro vistazo a la pantalla del radar y se quedó perplejo.

—Señor, acaba de aparecer una nave por la banda de babor, a menos de un cuarto de milla —informó, nervioso—. Juro que no estaba allí hace un minuto.

El segundo oficial miró la pantalla y vio un pequeño punto de luz amarilla que casi convergía con el punto central que correspondía al *Aegean Explorer*.

—¿De dónde demonios ha salido? —exclamó—. Veinte grados a estribor —ordenó deprisa, temeroso de que la nave desconocida llevase un rumbo perpendicular.

El timonel giró el timón, y el oficial se acercó a la ventana de babor para mirar al exterior. La luna y las estrellas quedaban ocultas por las nubes bajas, cubriendo el mar con un manto de oscuridad. El oficial esperaba ver con claridad las luces del otro barco, pero solo vio oscuridad.

—El muy idiota lleva las luces de navegación apagadas —dijo mientras buscaba sin éxito una sombra en el mar—. Intentaré comunicarme por radio.

—No se lo aconsejo —espetó una voz con un ligero acento israelí.

El oficial se volvió, sorprendido, y se encontró con dos hombres vestidos con ropa de camuflaje negra que entraban en el puente por la banda de estribor. El más alto de los dos se adelantó; tenía un rostro anguloso y la barbilla en punta. El intruso se detuvo a unos pasos del oficial y le apuntó al pecho con un subfusil.

—Dígale a su timonel que retome el rumbo —ordenó; la mirada severa de sus ojos oscuros reflejaba su determinación—. No hay ningún peligro para su barco.

El oficial asintió de mala gana hacia el timonel.

—Retome el rumbo original —dijo. Luego se volvió hacia el hombre armado—. ¿Qué están haciendo en nuestro barco?

—Busco a un hombre llamado Pitt. Tráigalo al puente.

—No hay nadie a bordo con ese nombre —mintió el oficial.

El hombre se acercó un paso.

—Entonces me llevaré a mis hombres y hundiré su barco —amenazó en voz baja.

El oficial se preguntó si era un farol. Pero una mirada a sus ojos duros no le dejó ninguna duda de que era una posibilidad. El oficial relevó a regañadientes al timonel y le pidió que fuese a buscar a Pitt. El segundo hombre armado siguió al timonel

cuando bajó por la escalerilla trasera.

Unos minutos más tarde, Pitt entró en el puente; en sus ojos somnolientos había furia.

—¿Señor Pitt? Soy el teniente Lazlo, de las fuerzas especiales de la marina israelí.

—Perdone si no le doy la bienvenida a bordo, teniente —dijo Pitt en un tono seco.

—Le pido disculpas por la intrusión, pero necesitamos su ayuda en una misión delicada. Sé que fuentes de su gobierno al más alto nivel han aprobado su cooperación.

—Comprendo. En ese caso, ¿a qué viene toda esta pantomima nocturna?

—Estamos operando en aguas turcas sin autorización. Es esencial que no nos descubran.

—De acuerdo, teniente, baje las armas y explíqueme de que va todo esto.

El hombre bajó el arma de mala gana e indicó a su compañero que hiciese lo mismo.

—Nos han ordenado que rescatemos a la tripulación del buque tanque israelí *Dayan*. Se nos ha dicho que usted conoce las instalaciones donde el barco está retenido.

—Sí, en una bahía al norte de los Dardanelos. ¿Continúa allí?

—Los informes de inteligencia de las últimas diez horas lo han confirmado.

—¿Por qué no se utilizan los canales diplomáticos para rescatarlos? —exigió saber Dirk.

—Su gobierno ha informado de que podría haber una vinculación entre los secuestradores y el reciente ataque a la Cúpula de la Roca, en Jerusalén. El informe de un arsenal de explosivos en las instalaciones hace que nuestros especialistas de inteligencia teman otro ataque.

Dirk asintió; sabía que perseguir a Celik a través de los canales oficiales podría traducirse en una peligrosa demora. Era obvio que los turcos no estaban por la labor, y Dirk estaba deseando quitárselo del medio.

—Muy bien, teniente, los ayudaré. —Se volvió para mirar al segundo oficial—. Rogers, por favor informe al capitán que he dejado el barco. Por cierto, teniente, ¿cómo subió a bordo?

—Tenemos una pequeña neumática amarrada en la banda de estribor. Nuestra partida será más fácil si su barco reduce la velocidad.

Rogers así lo hizo; luego, desde el ala del puente, observó cómo Pitt y varias sombras pasaban por encima de la borda y desaparecían silenciosamente en la noche. Unos minutos más tarde el timonel le pidió que se acercara a la pantalla del radar.

—Ha desaparecido —dijo el timonel.

Rogers miró la pantalla azul del radar, ya vacía, y asintió. En algún lugar del mar

abierto, Dirk había desaparecido de la superficie junto con el misterioso *navío*. Deseó con todas sus fuerzas que fuera solo una desaparición momentánea.

El *Tekumah* se apresuró a volver a las profundidades. El submarino, de la clase Dolphin, construido en los astilleros HDW en Kiel, Alemania, era uno de tantos de los submarinos de la marina israelí. Con motores diésel y de tamaño relativamente pequeño, disponía de los más sofisticados equipos electrónicos y de un armamento que lo convertía en un formidable enemigo bajo el agua.

La neumática apenas había tocado el casco del submarino cuando varios tripulantes ayudaron a Pitt y a los dos hombres armados a subir a cubierta y los instaron a meterse rápidamente por la escotilla mientras ellos guardaban la neumática en un compartimiento estanco. Pitt no había acabado de sentarse a la mesa, en el pequeño comedor de oficiales, cuando sonó la orden de inmersión.

Lazlo dejó las armas, llevó un par de cafés a la mesa y se sentó en frente de Pitt. Buscó en una carpeta y sacó una foto de satélite de las instalaciones portuarias de Celik, idéntica a la que Pitt había recibido de Yeager.

—Entraremos con dos equipos pequeños —explicó el israelí—. Uno se ocupará del buque tanque y el otro de las instalaciones portuarias. ¿Qué puede decirme de los edificios?

—Antes asegúreme que los acompañaré —contestó Pitt.

—No tengo autorización para eso.

—Escuche, teniente —dijo Pitt, que lo miró con frialdad—. No vine con usted para dar un paseo en submarino. Los hombres de Celik mataron a dos de mis científicos y secuestraron a un tercero. Su hermana secuestró a mi esposa a punta de pistola. Dentro de las instalaciones hay explosivos suficientes para comenzar la Tercera Guerra Mundial. Comprendo que quiera rescatar a los tripulantes del *Dayan*, pero aquí hay muchas otras cosas en juego.

Lazlo permaneció en silencio. Pitt no era el hombre que esperaba encontrar a bordo del barco de investigación. Lejos de ser un intelectual tímido, Pitt iba a por todas.

—Muy bien —asintió Lazlo en voz baja.

Pitt cogió la foto y le explicó con detalle la distribución de los dos almacenes y el edificio de piedra de la administración.

—¿Qué puede decirme de la seguridad? —preguntó Lazlo.

—Funciona como una instalación portuaria, pero nosotros nos topamos con personal armado. Sospecho que la mayoría son miembros de la guardia personal de Celik, pero probablemente haya unos cuantos asignados al lugar. Imagino que encontraremos un grupo de seguridad pequeño pero fuertemente armado. Teniente, ¿sus hombres están entrenados en demoliciones?

Lazlo sonrió.

—Perteneceemos al Shayetet 13. Las demoliciones son una parte importante de nuestro entrenamiento.

Pitt había oído hablar de la unidad de fuerzas especiales israelíes; eran el equivalente de los SEAL de la marina estadounidense. Los llamaban «Murciélagos» porque el emblema que lucían en el uniforme eran unas alas de murciélago.

—Mi gobierno está muy preocupado por un contenedor de explosivos plásticos HMX que encontramos en el almacén. —Pitt señaló la foto.

Lazlo asintió.

—Nuestras órdenes se limitan al rescate, pero eliminar esos explosivos sería algo de mutuo interés. Si aún están allí, nos ocuparemos de ellos —prometió.

Un hombre con uniforme de oficial entró en el comedor y los miró muy serio.

—Lazlo, llegaremos a la zona de desembarco en cuarenta minutos.

—Gracias, capitán. Le presento a Dirk Pitt, del barco de investigación estadounidense.

—Bienvenido a bordo, señor Pitt —dijo el capitán con frialdad. Volvió de inmediato su atención a Lazlo—. Disponen de dos horas de oscuridad para completar su misión. Se lo advierto, no quiero estar en la superficie cuando amanezca.

—Capitán, le haré una promesa —afirmó Lazlo con tranquila arrogancia—. Si no estamos de vuelta en noventa minutos, podrá marcharse sin nosotros.

Lazlo no se equivocaba en cuanto a la duración de la misión, pero sí en lo que esperaba encontrar.

El *Tekumah* salió a la superficie a dos millas al noroeste de la bahía y desembarcó a su comando por segunda vez aquella noche. Vestido con prendas de color negro, Pitt se unió a los ocho hombres del equipo de rescate, embarcaron en un par de lanchas neumáticas y se alejaron del submarino a gran velocidad. Se detuvieron antes de entrar en la bahía, apagaron los motores fueraborda y reanudaron la navegación con los motores eléctricos.

Cuando entraron en la bahía, Dirk miró decepcionado el muelle.

—Ya no está —susurró a Lazlo.

El israelí maldijo en voz baja en cuanto vio que Dirk tenía razón. El buque tanque se había ido, pero además todo el muelle estaba desierto. No había luces en los edificios; parecían deshabitados.

—Equipo Alfa, cambie el punto de desembarco para unirse al reconocimiento en tierra —comunicó a la otra lancha—. El objetivo asignado es el almacén este.

Quedaba la posibilidad de que la tripulación del buque tanque estuviese prisionera en tierra, pero sabía que era una esperanza vana. Sabía por años de experiencia que el éxito de cualquier operación encubierta siempre dependía de la calidad de la información. En esta ocasión, la información parecía haber fracasado.

Las dos neumáticas llegaron a tierra al mismo tiempo, a pocos metros del muelle, y sus ocupantes desembarcaron como fantasmas silenciosos. Pitt siguió al grupo de Lazlo cuando se acercaron al edificio de piedra y a continuación irrumpieron en él. Pitt, que observaba desde el patio delantero, dedujo por los sonidos que el edificio estaba desierto, como el resto de las instalaciones portuarias. Fue hacia el almacén oeste y oyó los pasos ligeros de Lazlo cuando llegó a la puerta.

—Aún no hemos registrado este edificio —le susurró el israelí en un tono duro.

—Está tan vacío como los otros. —Pitt abrió la puerta y entró.

Lazlo vio que Pitt tenía razón en cuanto encendió las luces del interior; en el enorme almacén solo había un gran contenedor metálico junto a la pared del fondo.

—¿Los explosivos? —preguntó.

Pitt asintió.

—Confiemos en que todavía esté lleno.

Cruzaron el almacén hasta el contenedor. Pitt descorrió el cerrojo. Al tirar de la manija, de pronto una figura se le echó encima con un trozo de cajón en la mano. Pitt alcanzó a esquivar el golpe y luego se volvió para descargar un puñetazo. Pero antes de que pudiese golpear, la punta de la bota de Lazlo apareció de la nada y se enterró en el estómago del atacante, que salió volando contra un costado del contenedor.

Soltó el arma improvisada al tiempo que el cañón del subfusil de Lazlo se le clavaba en la mejilla.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Levi Green. Soy marinero del buque tanque *Dayan*. Por favor, no dispare —suplicó.

—Idiota —murmuró Lazlo, y apartó el fusil—. Estamos aquí para rescatarlos.

—Lo... lo siento —se disculpó el marinero y miró a Pitt—. Creí que era uno de los trabajadores del muelle.

—¿Qué hacía en este contenedor? —preguntó Pitt.

—Nos obligaron a cargar su contenido, cajas de explosivos, en el *Dayan*. Me escondí aquí con la esperanza de escapar, pero cerraron la puerta y me quedé atrapado.

—¿Dónde están los otros tripulantes? —preguntó Lazlo.

—No lo sé. Supongo que en el barco.

—El buque tanque ya no está aquí.

—Modificaron el barco —explicó Green, con los ojos todavía muy abiertos por el miedo—. Abrieron los tanques de proa y los llenaron con sacos de combustible. A continuación, nos obligaron a colocar las cajas de explosivos en el interior.

—¿Qué quiere decir con «sacos de combustible»? —quiso saber Pitt.

—Había cajones y cajones de lo que fuese en sacos de veinte kilos. Llevaban un rótulo de una mezcla de combustible. Amonio o algo así.

—¿Nitrato de amonio? —preguntó Pitt.

—Sí, eso es.

Pitt miró a Lazlo.

—Nitrato de amonio-fuel oíl, más conocido como ANFO. Es un explosivo barato pero muy efectivo. —Pitt recordó los efectos devastadores de un camión cargado con ese material en el atentado contra el edificio federal Murrah, en Oklahoma City, en 1995.

—¿Cuánto tiempo llevaba encerrado en el contenedor? —preguntó Lazlo al marinero.

Green consultó su reloj.

—Poco más de ocho horas.

—Eso significa que nos llevan cien millas de ventaja —calculó Pitt al momento.

Lazlo se agachó para agarrar a Green por el cuello de la camisa y lo levantó.

—Usted se viene con nosotros. Vamos.

Dos millas mar adentro, el capitán del *Tekumah* se tranquilizó al ver que los Murciélagos se acercaban al punto de encuentro menos de una hora después de la partida. Su ánimo cambió cuando Lazlo y Pitt le informaron de que el *Dayan* ya no estaba ahí. Revisaron deprisa los registros del radar del submarino y accedieron a la

señal del sistema automático de identificación del *Dayan*, pero ninguna de las dos cosas aportó una indicación del paradero del buque tanque. Los tres hombres se sentaron y observaron un mapa del Mediterráneo oriental.

—Avisaré al comando naval —dijo el capitán—. Podrían hallarse a unas horas de Haifa o Tel-Aviv.

—Opino que ésa es una suposición equivocada —señaló Pitt—. Si la historia se repite, lo que pretenden es volar el barco en un sitio musulmán para que parezca un atentado israelí.

—Si su objetivo es una ciudad importante, Atenas parece la más cercana —opinó Lazlo.

—No, Estambul está un poco más cerca —afirmó Pitt, con la mirada puesta en el mapa—. Y es una ciudad musulmana.

—Pero no van a atacar a su propia gente —dijo el capitán, en tono despectivo.

—Hasta el momento, Celik no ha demostrado la menor piedad —replicó Pitt—. Si ya ha volado mezquitas en su país y por toda la región, no hay razón para dudar de que sea capaz de matar a miles de sus compatriotas.

—¿Tan peligroso puede ser el buque tanque? —preguntó el capitán.

—En 1917, un carguero francés que transportaba explosivos sufrió un incendio y estalló en la bahía de Halifax. En la explosión murieron más de dos mil habitantes. El *Dayan* lleva a bordo diez veces la potencia explosiva de aquel carguero francés. Si se dirige a Estambul, entrará en una ciudad de más de doce millones de personas. —Sobre el mapa, Pitt trazó con un dedo la ruta a Estambul—. A una velocidad de doce nudos, en estos momentos se hallará a dos o tres horas de la ciudad.

—Demasiado lejos para nosotros o nuestras embarcaciones para atraparlo —dijo el capitán—; además de que no estoy dispuesto a navegar por los Dardanelos. Me temo que lo mejor que podemos hacer es avisar a las autoridades griegas y turcas mientras salimos de sus aguas territoriales. Los satélites de inteligencia deberían averiguar cuál es su posición exacta.

—¿Qué pasa con los tripulantes del buque tanque? —preguntó Lazlo.

—Teniente, no podemos hacer nada más —afirmó el capitán.

—Tres horas —murmuró Pitt, que seguía observando la ruta a Estambul—. Capitán, si quiero tener una probabilidad de alcanzarlo, necesito regresar a mi barco de inmediato.

—¿Alcanzarlo? —preguntó Lazlo—. ¿Cómo? No vi ningún helicóptero a bordo de su barco.

—No es un helicóptero —contestó Pitt con voz decidida—. Es algo casi tan rápido como una bala.

El *Bala* se deslizaba por el agua como un hidroplano de carreras. Pitt, que llevaba el timón con mano firme mientras los motores turbo diésel aullaban a plena potencia detrás de él, dirigió a Giordino una rápida mirada desde el asiento del piloto.

—Te equivocaste sobre la velocidad punta —dijo, casi a voz en cuello para hacerse oír.

Giordino giró la cabeza hacia la pantalla de navegación, donde el velocímetro indicaba que viajaban a cuarenta y tres nudos por hora.

—Siempre es mejor quedarse corto en las promesas y dar más a la hora de la verdad —respondió con una sonrisa.

El teniente Lazlo, sentado detrás de ellos, no parecía muy contento. Mientras el *Bala* saltaba y cabeceaba por encima de las olas, tenía la sensación de estar dentro de una coctelera. Tras muchos esfuerzos por mantenerse quieto en el asiento, por fin encontró el cinturón de seguridad; se lo puso bien apretado e intentó no marearse.

Pitt había tenido suerte cuando el *Tekumah* le llevó a *Aegean Explorer*. El *Bala* ya tenía los depósitos de combustible a tope, preparado para el lanzamiento. Despertó a Giordino y embarcaron sin demora. En cuanto Lazlo comprendió que Pitt tenía una oportunidad real de dar caza al buque tanque, insistió en acompañarlos.

Se encontraron navegando por el estrecho de los Dardanelos en medio de la noche, esquivando los barcos, en una desesperada carrera hacia Estambul. Pitt necesitó de toda su concentración y energía para mantener el *Bala* en el rumbo correcto mientras se movía entre los buques tanques y los cargueros que navegaban en ambas direcciones. Los faros de xenón ayudaban a mejorar la visibilidad, mientras los ojos de Giordino se esforzaban en detectar posibles embarcaciones pequeñas o restos en el agua.

No era así como a Pitt le habría gustado atravesar ese histórico estrecho. Gracias a su pasión por la historia, sabía que tanto Jerjes como Alejandro Magno habían llevado a sus ejércitos en direcciones opuestas a través del estrecho que entonces se conocía como el Helesponto. No muy lejos de Çanakkale, en la costa sudoeste, se alzaba Troya, escenario de la guerra descrita por Homero. Más al norte, en la orilla opuesta, se encontraban las playas de desembarco donde tuvo lugar la fallida campaña aliada de Gallipoli en la Primera Guerra Mundial. Pitt solo vio una imagen borrosa de las playas y las colinas peladas; su mirada se movía constantemente entre la pantalla de navegación y las olas negras que desaparecían bajo la proa.

Muy pronto, el estrecho paso de los Dardanelos desembocó en las aguas abiertas del mar de Mármara. Pitt se relajó un poco, pues tenía más espacio para maniobrar entre los barcos, y dio gracias de que las aguas estuvieran calmas. Pasaron por el extremo norte de la isla de Mármara, y el sonido de la voz tranquila de Rudi Gunn en

la radio desvió su atención.

—*Aegean Explorer* llamando a *Bala* —dijo Gunn.

—Aquí *Bala*. ¿Qué tienes para mí, Rudi? —respondió Pitt por el micrófono.

—Te daré una confirmación provisional. Hiram encontró una fotografía de satélite actualizada donde al parecer se ve el buque en cuestión entrando en los Dardanelos.

—¿Sabes a qué hora fue eso?

—Alrededor de las once de la noche, hora local —dijo Gunn.

—Podrías llamar a Sandecker.

—Ya lo he hecho. Dijo que despertará a unas cuantas personas de por aquí.

—Más le vale. Puede que no quede mucho tiempo. Gracias, Rudi.

—Ten cuidado y mantente a flote. *Explorer* cambio y corto.

—Confiemos en que Celik no tenga también en el bolsillo a la marina turca y la guardia costera —murmuró Giordino.

Pitt se preguntó hasta dónde llegaría el poder de corrupción de Celik, pero en ese momento no podía hacer nada al respecto. Miró la pantalla de navegación y vio que avanzaban a cuarenta y siete nudos; el *Bala* ganaba velocidad a medida que los depósitos de combustible se vaciaban.

—¿Podemos darles alcance? —preguntó Lazlo.

Pitt consultó su reloj. Eran las cuatro de la mañana. Un rápido cálculo mental le dijo que ambas embarcaciones, a sus máximas velocidades respectivas, llegarían a Estambul al cabo de una hora.

—Sí —respondió.

Pero sabía que sería muy justo. Muy, muy justo.

«Esta vez no se repetiría lo de Jerusalén», se dijo Maria. Alumbrada por las luces de cubierta del buque tanque, colocó con mucho cuidado una docena de detonadores en varios bloques del explosivo plástico HMX. Después conectó cada detonador a relojes electrónicos individuales. Consultó la hora, y se levantó para mirar más allá de la proa del barco. En el horizonte había un manto de puntos blancos parpadeantes bajo un brumoso cielo negro. Las luces de Estambul estaban a menos de diez millas. Arrodillada en cubierta, programó cada reloj para al cabo de dos horas, y los puso en marcha.

Colocó las cargas en una caja pequeña y bajó a la sección abierta del tanque de babor. El suelo del tanque estaba cubierto con cajas de ANFO, y tuvo que abrirse paso entre un laberinto de palés para llegar al centro. En un rincón atestado, encontró una pila de cajas de madera que contenían mil quinientos kilos de HMX. Metió uno de los detonadores en la caja del medio, y luego otros cuatro en las cajas más cercanas. A continuación fue al tanque de estribor, repitió el proceso con los restantes detonadores, y se aseguró de que estuviesen bien escondidos.

Subía al puente cuando sonó su móvil. Vio que le llamaba su hermano y no pareció sorprendida.

—Ozden, te has levantado temprano —dijo.

—Voy camino del despacho, quiero ser testigo presencial de la ocasión.

—No te acerques demasiado a la ventana, quién sabe qué potencia tendrá la explosión.

Maria oyó la risa de su hermano.

—Estoy seguro de que esta vez no habrá decepciones. ¿Lo tienes todo a punto?

—Sí, todo va de acuerdo con lo previsto. Ya tenemos a la vista las luces de Estambul. Lo he programado para dentro de dos horas.

—Excelente. El yate va de camino; no tardará en reunirse contigo. ¿Vendrás aquí?

—No —respondió Maria—. Creo que será mejor que la tripulación y yo desaparezcamos con el *Sultana* durante un tiempo. Llevaremos el yate a Grecia, lo dejaremos allí, y yo volveré a tiempo para las elecciones.

—Nuestro destino está cerca, Maria. No tardaremos en saborear los frutos de nuestro esfuerzo. Adiós, hermana.

—Adiós, Ozden.

Maria colgó y pensó por un momento en su extraña relación. Habían crecido juntos en una apartada isla griega y, por naturaleza, habían estado muy unidos, y más todavía cuando su madre murió muy joven. Su exigente padre había tenido grandes expectativas para ambos, pero siempre había tratado a Ozden como si fuese el príncipe heredero. Quizá por eso ella había sido siempre la más dura de los dos, con

los puños preparados se había abierto paso a través de la juventud a fuerza de coraje; para su padre había sido, más que una hija, un segundo hijo. Incluso ahora, mientras su hermano iba a sentarse en su lujoso despacho, era ella quien mandaba en el barco y dirigía la misión. Había sido siempre la guerrera en la sombra mientras su hermano ocupaba el escenario. Pero no estaba resentida; sabía que Ozden no era nada sin ella. En el puente, mirando por encima de la ancha proa del buque tanque, sintió que tenía todo el poder en sus manos y que estaba decidida a disfrutarlo a fondo.

Pero su armadura se resquebrajó un poco cuando la radio del barco la sacó de sus ensoñaciones.

—Guardia Costera de Estambul al buque tanque *Dayan*.

Guardia Costera de Estambul al buque tanque *Dayan*. Responda, por favor.

Una mueca de furia cruzó su rostro. Se volvió y ordenó al piloto:

—Reúna a los jenízaros.

Sin hacer caso de la llamada, observó en silencio la pantalla del radar y se preparó mentalmente para la tarea que la esperaba.

Los avisos diplomáticos de emergencia recibidos a medianoche desde Israel y Estados Unidos fueron transmitidos a la Guardia Costera turca, donde el comandante de la base de Estambul garantizó que detendrían a todos los buques tanque y los revisarían a fondo bien lejos de la ciudad. Se envió una patrullera y una lancha de la policía de Estambul para que montasen guardia al sur del *Bósforo*.

La tensión aumentó cuando un barco grande no identificado apareció en la pantalla con rumbo norte. Las sospechas crecieron inmediatamente cuando el sistema de identificación automática del barco no respondió por estar desactivado. Al ver que las repetidas llamadas por radio no recibían respuesta, enviaron a investigar a la lancha de la policía, pequeña y muy rápida.

Acercándose a toda velocidad al barco, la policía no tardó en comprobar, por su silueta y las luces de navegación, que se trataba de un buque tanque del tamaño del *Dayan*. La lancha pasó junto a los costados del buque tanque y luego dio la vuelta por la popa. El capitán tomó nota de la bandera israelí que ondeaba en el mástil y leyó el nombre del barco pintado en letras blancas en el espejo.

—Es el *Dayan* —comunicó a la patrullera de los guardacostas.

Fueron sus últimas palabras.

Las luces de cubierta y de navegación del *Dayan* se apagaron un segundo antes de que comenzasen los disparos. Una fila de jenízaros armados apareció en el borde de popa del buque tanque y abrió fuego contra la pequeña lancha de la policía. El capitán fue el primero en morir, atravesado por una ráfaga que destrozó el parabrisas del puente. Otro oficial de policía en cubierta cayó un instante después por un disparo en la espalda. Otro hombre en cubierta, un sargento veterano, reaccionó en el acto, se tumbó detrás de la borda y devolvió el fuego con su pistola automática. Pero murió en cuanto la lancha se apartó y, al quedarse sin protección, los jenízaros concentraron los disparos en él.

El tiroteo cesó por un momento cuando el cuarto y último hombre de la lancha subió a cubierta. Al ver a sus camaradas muertos, caminó hacia la cubierta de popa con las manos levantadas. Era un joven novato, había ingresado hacía poco en el cuerpo, y su voz tembló cuando les suplicó que no disparasen. Pero su súplica recibió por respuesta una ráfaga y se unió a sus camaradas en la muerte.

La lancha de la policía vagó sin rumbo fijo detrás del buque tanque durante unos minutos, como un cachorro perdido. En la timonera sonaban las repetidas llamadas de la patrullera de los guardacostas, llamadas que cayeron en oídos muertos. La estela del gran buque tanque desvió por fin la proa de la lancha, y la morgue flotante continuó su viaje hacia el horizonte de poniente.

El sonido de los disparos fue la señal que Hammet esperaba para entrar en acción. El capitán del buque tanque israelí llevaba ya muchas horas de angustia, desde que él y su tripulación habían sido obligados a entrar en el comedor después de cargar a bordo los explosivos plásticos y zarpar. Sabía que esos turcos armados, fueran quienes fuesen, habían convertido su barco en una bomba suicida, y que probablemente la tripulación israelí moriría en la explosión.

El capitán y el primer oficial habían discutido planes de fuga, pero sus opciones eran escasas. El par de guardias que los vigilaban desde la puerta parecían cada vez más alertas y los reemplazaban cada dos horas. Habían dejado de darles de comer, y no se les permitía acercarse al mamparo para mirar por el ojo de buey.

A aquella hora tardía, la mayor parte de la tripulación estaba durmiendo en el suelo. Hammet estaba tumbado junto a sus hombres, pero el sueño se hallaba muy lejos de su mente. No obstante, fingió dormir cuando la puerta se abrió y un hombre habló en susurros nerviosos a los guardias. Los dos hombres salieron de inmediato, y la tripulación israelí se quedó momentáneamente sin vigilancia.

Hammet se levantó en el acto.

—Todo el mundo arriba —ordenó en voz baja al tiempo que zarandeaba al primer oficial y a los que estaban a su alrededor. Mientras la somnolienta tripulación se

levantaba, Hammet los reunió cerca de la puerta y les explicó su plan—: Zev, llévese a los hombres e intente llegar a la balsa de salvamento de popa sin que le vean —ordenó al primer oficial—. Yo iré a la sala de máquinas para ver si puedo detener el motor. Le ordeno que baje la balsa sin mí si no aparezco en diez minutos.

El primer oficial abrió la boca para protestar, cuando sonaron los disparos en la popa del barco.

—Cambio de planes —dijo Hammet deprisa—. Llévese a los hombres a cubierta e intente utilizar el bote salvavidas de babor.

Vamos a toda velocidad, quizá baste con lanzarla por encima de la borda.

—Será un salto muy duro para algunos hombres.

—Si cogen cabos y chalecos salvavidas se las apañarán. ¡En marcha, ya!

Hammet sabía que solo disponían de minutos, quizá segundos, y urgió a los hombres a que abandonaran el comedor. En cuanto el último marinero pasó por su lado, el capitán salió a cubierta y cerró la puerta. Estaban cerca de la base de la alta superestructura de popa. El primer oficial guió a la tripulación hacia delante y a través de la superestructura; avanzaban pegados a la pared para que no los vieran desde el puente. Hammet se volvió y siguió en dirección contraria, donde un pasillo llevaba a la sala de máquinas.

El sonido de los disparos continuaba resonando, y cuando llegó a la parte de atrás de la superestructura vio media docena de hombres armados, inclinados sobre la borda de popa, disparando al agua. Agachado, corrió hasta una puerta lateral que daba a una escalerilla. Con el corazón en la boca, bajó por la escalerilla y pasó por tres cubiertas antes de salir a un amplio pasillo. La puerta de la sala de máquinas estaba delante; se acercó con cautela y la abrió poco a poco. Le recibieron una ráfaga de aire caliente y un sonoro traqueteo mecánico. Entró y miró atento alrededor.

Hammet había confiado en que los secuestradores no hubiesen dejado un mecánico de guardia para ese viaje sin retorno, y había acertado. La sala de máquinas estaba vacía. Bajó por una escalera de rejillas y se detuvo junto al enorme motor diésel preguntándose qué debía hacer. Podía apagar el motor de varias maneras, pero una súbita pérdida de potencia provocaría la alarma inmediata. Necesitaba un efecto retardado para que la tripulación tuviese tiempo de escapar sana y salva.

Miró más allá del motor, hacia los dos grandes tanques de combustible que parecían silos horizontales.

—Claro —murmuró, y corrió hacia los tanques con un brillo en los ojos.

Menos de diez minutos después, Hammet estaba de nuevo en lo alto de la escalerilla y miraba la cubierta de popa. El tiroteo había cesado hacía tiempo; no vio a ninguno de los jenízaros, y eso lo inquietó. Más allá de la borda de popa, atisbo la sombra de una embarcación pequeña que se alejaba del buque tanque y sospechó con certeza que había sido el objetivo de los disparos.

Pegado a la pared posterior de la superestructura, avanzó a paso rápido hasta la banda de babor. Al llegar a la esquina, asomó la cabeza y respiró tranquilo: estaba desierta. Vio un par de cabos que colgaban por encima de la borda y deseó que la tripulación hubiera conseguido escapar. Pero el corazón le dio un vuelco cuando vio el bote salvavidas todavía sujeto en los soportes, junto al mamparo. Se acercó con cautela, y se asomó por encima de la borda para ver si había alguien colgado del cabo, pero solo vio agua.

Primero oyó el disparo y luego lo sintió, una única detonación de una pistola cercana. Un reguero de sangre se deslizó cálido por su pierna y un dolor punzante le abrasó el muslo. La pierna perdió fuerzas, y Hammet cayó sobre la otra rodilla al tiempo que una figura aparecía entre las sombras del mamparo.

Maria se acercó con calma; la pistola apuntaba al pecho de Hammet.

—Es un poco tarde para dar un paseo, capitán —dijo con frialdad—. Quizá lo mejor sea que se reúna con sus camaradas.

Hammet la miró decepcionado.

—¿Por qué hace esto? —gritó.

Maria no hizo caso de la pregunta; un par de jenízaros, alertados por el disparo, se acercaban a la carrera. A una orden suya, sujetaron a Hammet y lo arrastraron por la cubierta hasta el comedor del barco. Allí encontró a su desconsolada tripulación, sentada en el suelo con caras largas mientras un guardia iba de un lado al otro con el fusil preparado.

Los jenízaros arrojaron al capitán al suelo y ocuparon sus posiciones junto a la puerta. El primer oficial del *Dayan* ayudó a Hammet a sentarse y el enfermero se ocupó de la herida de la pierna.

—Esperaba no encontrarlos aquí —dijo Hammet con una mueca de dolor.

—Lo siento, capitán. Esos hombres dejaron de disparar justo cuando acabábamos de arrojar los cabos por la borda. Nos vieron antes de que pudiésemos lanzar el bote salvavidas.

Habían detenido la hemorragia en la pierna, pero Hammet notó que su cuerpo entraba en shock. Respiró varias veces hondo e intentó relajarse.

—¿Tuvo suerte en su propósito? —preguntó el oficial.

El capitán se miró la pierna herida, y luego consiguió asentir.

—Supongo que sí —respondió con los ojos vidriosos y un hilo de voz—. De una manera u otra, creo que nuestro viaje se acerca a su fin.

Tres millas al norte, la patrullera de los guardacostas turcos llamó repetidamente al *Dayan* y a la lancha de la policía y no recibió respuesta. Cuando comunicaron al puente que habían visto fogonazos, el capitán de la patrullera ordenó que interceptasen de inmediato el buque tanque.

La patrullera avanzó a toda velocidad hacia el buque tanque, mientras los servidores de la pieza de artillería de 30 mm instalada a proa ocupaban sus puestos y un pequeño grupo de abordaje se preparaba. La patrullera dio una vuelta rápida al buque israelí y, al no ver la lancha de la policía, se acercó a la banda de estribor. El capitán llamó al *Dayan* por el altavoz.

—Aquí la embarcación de la Guardia Costera SG-301. Se le ordena detenerse y prepararse para un abordaje —gritó.

El capitán de los guardacostas estaba a la espera de ver si el *Dayan* reducía la marcha cuando le llamó su primer oficial.

—Señor, otra embarcación se acerca por estribor.

El capitán miró a estribor y vio un yate de lujo de color oscuro que aparecía por delante de la patrullera y luego se situaba a popa.

—Comuníqueme que se aleje si no quieren saltar por los aires —ordenó el capitán. Su atención se dirigió de nuevo al buque tanque, donde una figura había aparecido junto a la borda.

Le sorprendió que fuera una mujer; les hacía señas y les gritaba algo. El capitán salió al ala del puente.

—Acérquenos, no puedo oírla —ordenó al timonel.

Maria sonrió para sí cuando la patrullera se acercó a un par de metros del buque tanque. De pie junto a la borda, por encima de la otra embarcación, veía el puente de la patrullera sin ningún obstáculo.

—¡Necesito su ayuda! —gritó al par de oficiales.

Sin esperar respuesta, cogió una bolsa pequeña junto a sus pies y la arrojó por la borda. El lanzamiento fue casi perfecto: la bolsa voló hacia uno de los oficiales, que la cogió en el aire sin problemas. Maria esperó un segundo a que el oficial abriera la bolsa, y luego se tumbó en cubierta y se cubrió la cabeza.

La explosión iluminó el cielo nocturno con un brillante destello seguido por un estruendo tremendo. Maria esperó hasta que los fragmentos de la patrullera aterrizaron y luego se asomó por la borda. El puente de la patrullera era un caos. La explosión había hecho polvo la superestructura y a todos los hombres que estaban allí. El humo de una docena de pequeños incendios que consumían los equipos electrónicos se elevaba hacia el cielo. En lo que quedaba de la embarcación, el resto de los marineros, atontados y con graves quemaduras, se levantaban después de que

la onda expansiva los tumbara en la cubierta.

Maria se arrastró por el pasillo hasta una puerta abierta.

—¡Ahora! —gritó.

El pequeño equipo de jenízaros salió por la puerta y corrió a la borda para abrir fuego contra los atontados marineros. El tiroteo fue breve: los artilleros del cañón de proa fueron eliminados deprisa, y después cayeron los miembros del grupo de abordaje. Unos pocos marineros consiguieron recuperarse y devolver el fuego. Pero se vieron forzados a disparar desde un ángulo incómodo que les impedía buscar refugio. Su resistencia duró solo unos minutos. La cubierta de la embarcación turca quedó sembrada de hombres heridos y muertos.

Maria ordenó a los jenízaros que cesaran el fuego, y luego se comunicó por radio. Segundos más tarde, el yate azul apareció a toda máquina junto a la patrullera, redujo la velocidad y comenzó a empujar la proa de la patrullera. Bastaron unos pocos empujones para que la embarcación de los guardacostas comenzase a rozar y a golpear el costado del buque tanque. Sin potencia, la patrullera fue perdiendo impulso y se deslizó hacia atrás sin separarse del buque israelí.

El yate continuó reduciendo la velocidad hasta situarse por delante de la patrullera, al tiempo que la mantenía prisionera contra el *Dayan* hasta que llegó a popa. Siempre en posición, el yate esperó hasta que la punta de la proa de la patrullera cruzó el espejo de popa, y a continuación lo embistió con toda su potencia. La patrullera viró a la izquierda y acabó atravesada en las aguas mansas de la popa del buque tanque. Un golpe sordo surgió de debajo de la superficie cuando la enorme hélice de bronce del *Dayan* golpeó el casco de la patrullera.

Con la cubierta llena de sangre y la superestructura envuelta en una columna de humo, la patrullera dio un bandazo y escoró hacia estribor. Solo unos cuantos gritos atravesaron la noche en el momento en que la proa se alzó en el aire; luego toda la embarcación se meció sobre la popa y desapareció bajo las olas como si nunca hubiese existido.

La fatiga física y mental comenzó a hacer mella en Pitt después de dos horas de navegación a máxima velocidad en la oscuridad. Habían viajado hasta más allá del centro del mar de Mármara, donde encontraron grandes olas que levantaban el *Bala* cada pocos segundos. En el asiento de atrás, Lazlo por fin había conseguido calmar su estómago, pero estaba cada vez más dolorido por el incesante golpeteo contra el casco del sumergible.

Se sintieron más animados cuando captaron las transmisiones de la patrullera de los guardacostas en el canal internacional de socorro.

—Creo que han llamado al *Dayan* —dijo Giordino al tiempo que subía el volumen de la radio VHF por encima del rugido de los motores del *Bala*.

Durante los minutos siguientes escucharon con atención; las repetidas llamadas al *Dayan* no eran respondidas. Luego la radio calló. Unos minutos más tarde, Giordino vio un pequeño destello blanco en el horizonte.

—¿Lo has visto? —preguntó a Pitt.

—He visto un destello.

—A mí me ha parecido una bola de fuego.

—¿Una explosión? —preguntó Lazlo, que inclinó la cabeza hacia delante—. ¿Es el buque tanque?

—No, no lo creo —contestó Pitt—. No parecía lo bastante grande. Pero estamos demasiado lejos para saberlo a ciencia cierta.

—Podría estar a diez millas —señaló Giordino. Miró la pantalla de navegación con la entrada del *Bósforo* cerca de la parte superior del mapa digital—. Eso sería muy cerca de Estambul.

—O sea que todavía llevamos unos quince minutos de retraso —dijo Pitt.

En la cabina, tanto los tres hombres como la radio guardaron silencio. Pitt, como los demás, solo podía suponer que las autoridades turcas habían fracasado en su intento de detener el buque tanque. Evitar la catastrófica explosión que mataría a decenas de miles de personas tal vez dependía solo de ellos. Pero ¿cómo podían conseguirlo tres hombres en un sumergible?

Pitt apartó ese pensamiento, golpeteó las palancas de los aceleradores para asegurarse de que estaban a tope, y puso rumbo hacia las luces de Estambul.

Maria iba de un lado a otro del puente del buque tanque; la ira que la embargaba hacía que sus facciones parecieran labradas en piedra.

—No contaba con el desafío de la Guardia Costera —dijo—. ¿Cómo sabían que nos acercábamos?

Al timón del buque, un hombre bajo y de rostro ceniciento sacudió la cabeza.

—Saben que el *Dayan* ha desaparecido. Es posible que algún barco nos identificase y lo comunicase a la Guardia Costera. Quizá eso nos beneficie. Las autoridades sabrán de inmediato que los israelíes son los responsables del ataque.

—Supongo que tiene razón. De todos modos, no podemos permitirnos nuevas interferencias.

—La radio ha permanecido en silencio. No creo que les diese tiempo de avisar a nadie —dijo el capitán—. Además, en el radar no aparece ninguna embarcación delante de nosotros.

Miró por la ventana lateral y se fijó en las luces del yate azul, visibles a unos pocos metros de la borda del buque tanque.

—El *Sultana* avisa de algunos daños menores provocados por la embestida contra la patrullera —informó—, pero están preparados para recogerlos al primer aviso.

—¿Cuánto falta para que podamos salir de aquí?

—Reduciré la velocidad cuando entremos en el canal oriental del *Bósforo*. Puede prepararse para salir mientras pongo rumbo al Cuerno de Oro y conecto el piloto automático. Calculo que el barco estará en posición en unos quince minutos.

Maria consultó su reloj. Las espoletas electrónicas estaban programadas para detonar en poco más de una hora.

—Muy bien —dijo con voz calma—. No nos demoremos.

Unas bandas de color rosa claro cruzaban el cielo gris oscuro cuando el sol se preparaba para su diaria ascensión por encima del horizonte oriental. Por todo Estambul, los fieles musulmanes se levantaban temprano para participar en una copiosa comida antes del amanecer. Los muecines no tardarían en convocar a los fieles a las mezquitas para la oración del alba. Las mezquitas estarían más llenas que de costumbre porque, según el calendario islámico, era la última semana del Ramadán.

El Ramadán abarca el noveno mes del calendario islámico, cuando la tradición señala que los primeros versos del Corán fueron revelados a Mahoma. Durante ese tiempo, los musulmanes intentan acercarse a Dios a través del estricto cumplimiento del ayuno en las horas diurnas. La purificación individual se consigue no solo con el ayuno sino realizando buenas obras hacia los demás. Se obsequia a los amigos y parientes con comidas especiales y regalos, y se ofrece caridad y ayuda a los pobres. Pero a unos pocos kilómetros de las históricas mezquitas de la ciudad, Maria Celik se preparaba para descargar lo que ella entendía por caridad.

El buque tanque israelí entró en la boca del *Bósforo*, muy cerca de la costa asiática. Cuando apareció a la vista el Cuerno de Oro a través del estrecho, el piloto del barco redujo la potencia.

—Ha llegado la hora —comunicó a Maria.

La rápida corriente del *Bósforo*, que fluía hacia el sur desde el mar Negro, no tardó en reducir la velocidad del buque tanque al mínimo. Maria reunió a varios hombres en la borda de estribor y estos bajaron una escalerilla de acero por la amura. El yate se acercó de inmediato y se detuvo al pie de la escalerilla.

—Encerrad a los prisioneros. Que desembarquen el resto de los hombres —ordenó Maria, ya con un pie en la escalerilla, a varios jenízaros.

Bajó los peldaños metálicos y uno de los tripulantes del yate la ayudó a subir a bordo. Fue al puente, donde la esperaban los dos matones iraquíes a los que había contratado. Farzad llevaba sus habituales gafas de sol incluso con la luz grisácea del alba.

—¿Os habéis encargado de los preparativos en Grecia? —preguntó.

—Sí —respondió Farzad—. Podemos entrar con discreción por Thios. Hay un amarre cubierto para el *Sultana*, y un coche la llevará a Atenas. Su vuelo a Estambul está reservado para dentro de tres días.

Maria asintió mientras miraba cómo los jenízaros bajaban por la escalerilla y saltaban al yate. Los guardias que se habían encargado de vigilar a la tripulación del buque tanque habían trabado la puerta del comedor con una cadena y habían desembarcado.

En el puente del *Dayan*, el piloto esperó hasta que el último jenízaro hubo desembarcado, y luego indicó al yate que se disponía a cambiar de rumbo. El *Sultana* se apartó un poco del costado del buque tanque, y el piloto del *Dayan* aumentó las revoluciones del motor a media velocidad, pero antes apuntó la proa hacia el oeste. Puso rumbo hacia la mezquita de Süleymaniye, programó el piloto automático y lo conectó.

Estaba a punto de salir del puente cuando advirtió un destello en la consola. Miró la luz de aviso, y se limitó a sacudir la cabeza.

—Ya no puedo hacer nada —murmuró. Bajó la escalerilla a toda prisa, saltó al yate que le esperaba y dejó que el enorme *Dayan* se las arreglara solo.

Mientras entraba en el estrecho del *Bósforo*, el *Bala* levantaba tras la popa un chorro de agua blanca que parecía una cola de gallo. Unos cuantos pescadores madrugadores miraron asombrados el híbrido sumergible-lancha rápida que atravesaba como un rayo la luz gris de la aurora.

Pitt inspeccionaba el horizonte con la mirada cuando vio una embarcación que se acercaba a gran velocidad.

—Ese perfil me suena —comentó a Giordino.

Cuando el yate italiano pasó a toda máquina con rumbo sur, las dos embarcaciones se cruzaron a poca distancia.

—Es el yate de Celik —confirmó Giordino.

—Se aleja de la escena del crimen.

—Lo que probablemente significa que no queda mucho tiempo. —Giordino dirigió a Pitt una mirada de cautela.

Pitt no dijo nada. Apartó de su mente el pensamiento de que acercarse al barco bomba era un acto suicida y comenzó a preparar un plan para detenerlo.

—Tiene que ser ése de ahí. —Lazlo señalaba a proa por la banda de babor.

A dos millas de distancia vieron la popa de un buque tanque que desaparecía detrás de una elevación en la costa occidental.

—Lo envían al Cuerno de Oro —dijo Pitt, que no tenía ninguna duda en cuanto a la misión del buque tanque.

La famosa bahía, el corazón acuático de Estambul desde hace más de dos mil años, está rodeada por algunos de los barrios más densamente poblados de la ciudad. Dirigido hacia la mezquita de Süleymaniye, a solo dos manzanas del frente marítimo, la explosión del buque tanque no solo destruiría la histórica estructura, sino que acabaría con medio millón de personas que vivían en un radio de un kilómetro y medio de la zona de impacto.

Sin embargo, el *Dayan*, guiado por el piloto automático, aún no había llegado allí. Acababa de salvarse por los pelos de una colisión con un transbordador de primera hora cuando el *Bala* se le acercó por detrás. Pitt vio que el capitán del transbordador, ajeno a que en el puente del buque tanque no había nadie, sacudía un puño en el aire y hacía sonar la bocina en señal de protesta.

—No se ve nadie a bordo. —Giordino había echado la cabeza hacia atrás para ver la superestructura y la cubierta.

Pitt dio una pasada por la banda de babor del *Dayan* en busca de un medio de acceso, luego lo adelantó por la proa para dirigirse a la banda de estribor. Giordino se apresuró a señalar la escalerilla que colgaba cerca de la popa.

—Mucho mejor que trepar por un cabo —dijo.

Pitt acercó el sumergible a la escalerilla.

—El timón es tuyo, Al. Quédate por aquí... pero no demasiado cerca.

—¿Estás seguro de que quieres subir a bordo?

Pitt asintió con una mirada firme. Se volvió hacia el teniente.

—Lazlo, con su experiencia intentaremos quitar los detonadores de los explosivos. Si no lo conseguimos, procuraré desviar el buque hacia el mar de Mármara y nos largaremos.

—No os entretengáis contemplando las vistas —les recomendó Giordino mientras salían por la escotilla trasera.

—Si te necesito, te llamaré por el canal 86 —añadió Pitt antes de saltar.

—Seré todo oídos —replicó Giordino.

Pitt avanzó por el pontón de babor hasta llegar a la escalerilla, se agarró al pasamanos y subió. Lazlo le pisaba los talones. Pitt llegó arriba, saltó a bordo y miró hacia la enorme cubierta de proa. Vio de inmediato los dos grandes agujeros que Green había descrito: ahí donde estaba la mezcla de materiales explosivos.

«Danos tiempo —se dijo a sí mismo mientras Lazlo le seguía a la carrera hacia los tanques—. Solo danos tiempo».

El jenízaro se acercó a Maria con algo de recelo, poco deseoso de interrumpir su conversación con el capitán del yate. Al ver que se les acercaba, la joven por fin se volvió.

—¿Qué pasa? —le espetó.

—Señorita Celik, la embarcación que acabamos de ver navegando en la dirección opuesta... creo que podría ser la misma que utilizaron los intrusos en el puerto de Kirte.

Maria se quedó boquiabierta, pero solo un momento. Miró por la ventanilla de atrás y alcanzó a ver el *Bala* cuando rodeaba el risco hacia el Cuerno de Oro. Miró al capitán del yate con los ojos encendidos por la furia.

—¡Vire de inmediato! —gritó—. Volvemos.

Pitt no sabía por dónde empezar. El tanque de proa por la banda de babor parecía un laberinto. Por todas partes había palés de casi dos metros de altura cargados con las bolsas de ANFO. Escondidas por allí en medio tenían que estar las cargas de HMX. Pitt esperaba que los detonadores estuvieran más o menos a la vista.

Le había dicho a Lazlo que tenían cinco minutos para encontrar y desactivar los explosivos. Lazlo le había explicado lo que debía buscar y se había adentrado en el tanque de estribor. Cuando había pasado la mitad del tiempo que se habían dado, Pitt llegó al centro del tanque y descubrió docenas de bloques de explosivo plástico apilados en varios cajones de madera. Con los segundos resonando en su cabeza, abrió a toda prisa los cajones, uno tras otro, y fue arrojando los explosivos a un lado; no había ningún detonador a la vista. Pero cuando llegó al último cajón encontró un reloj eléctrico conectado a un pequeño detonador metido en un bloque de explosivo plástico. Asintió con esperanza y se apresuró a arrancar el mecanismo del HMX; luego volvió sobre sus pasos a través del laberinto.

Habían pasado cinco minutos cuando subió la escalerilla del tanque y llegó a la cubierta. Lazlo acababa de subir del tanque de estribor y corrió hacia Pitt con un par de detonadores en la mano. Pitt levantó el suyo y se lo dio.

—Encontré esto en el grupo principal de HMX —dijo Pitt.

—No sirve de nada —manifestó Lazlo con expresión grave—. Escondieron varios detonadores por el todo el tanque. Encontré este por casualidad metido en una caja de ANFO. Estoy seguro de que hay más.

Miró el temporizador de Pitt y lo comparó con los dos que tenía en la mano.

—Faltan catorce minutos para que estallen —explicó al tiempo que los arrojaba por encima de la borda—. No podemos encontrarlos todos.

Pitt asimiló las palabras de Lazlo.

—Intente dar con la tripulación —le dijo—. Me encargaré de poner el barco

rumbo al estrecho.

Sin esperar respuesta, Pitt echó a correr hacia el puente. La cubierta vibró bajo sus pies y de pronto sintió que todo el barco se sacudía. Al llegar a una escalerilla lateral, lanzó un rápido vistazo a popa y deseó no haberlo hecho.

Por el este se acercaba el yate azul de Ozden Celik.

Giordino, situado a popa del buque tanque, ya había visto que el yate había cambiado de rumbo. Sintetizó el canal 86 en la radio e intentó avisar a Pitt, pero no obtuvo respuesta del puente del *Dayan*. Aceleró los motores, se apartó del buque tanque y se dirigió al centro del canal mientras se ponía paralelo a la superestructura del *Dayan*. Desde su posición, demasiado baja, no podía ver si había alguien en el puente, pero sí vio a Lazlo avanzando por la cubierta.

Al mirar atrás le sorprendió descubrir que el yate se acercaba al *Bala* a gran velocidad. Comprendió que no le habían visto dejar a Pitt y a Lazlo en el buque tanque. A pesar de la débil luz de primera hora de la mañana, atisbo dos figuras encaramadas en la borda de proa del yate. Sabía que aferraban armas automáticas que le apuntaban.

Aceleró el sumergible de inmediato. El *Bala* casi saltó del agua y salió disparado. Giordino pasó por delante de la proa del buque tanque y luego se acercó a la costa norte. A poca distancia estaba el puente de Gálata, e imaginó que podía darle cobijo. Pero un rápido vistazo atrás le reveló que el yate se hallaba a menos de cincuenta metros, acortaba distancia mientras el *Bala* aceleraba. Giordino maldijo en voz alta al ver un fogonazo de luz amarilla en la proa del yate.

La descarga impactó en el agua, a un palmo del casco del sumergible, aunque Giordino ni vio ni oyó el impacto de las balas.

No obstante, movió el timón a fondo a la izquierda y luego bruscamente a la derecha. El ágil sumergible respondió de inmediato y avanzó en zigzag por la superficie. La acción bastó para desbaratar la puntería de los pistoleros del yate.

De pronto, el puente de Gálata estaba ahí delante, y Giordino pasó por debajo como un rayo. Viró de nuevo a fondo y miró atrás: el yate acababa de atravesar el puente. El *Bala*, más rápido y maniobrable, por fin estaba mostrando sus virtudes, y poco a poco la distancia entre las dos embarcaciones comenzó a aumentar. Pero eso se tradujo en más disparos desde el yate.

Giordino siguió navegando en zigzag, atento al otro puente, el Atatürk, a menos de media milla. Un golpe súbito por encima de su cabeza le obligó a agacharse involuntariamente, y al mirar arriba vio tres agujeros de bala en la burbuja acrílica del sumergible. Cualquier idea de ocultarse detrás de un obstáculo e intentar sumergirse desapareció en el acto, así que fijó la mirada en el puente.

En busca de refugio, se dirigió hacia los gruesos pilares que emergían del canal para soportar el puente. Rodear los pilares y avanzar en zigzag le permitiría entretener al yate y evitar ofrecer una línea de tiro clara. Pero su preocupación por salvarse disminuyó cuando pensó en Pitt y en el buque tanque cargado de explosivos.

A poco más de una milla, el *Dayan* sin duda continuaba su marcha letal. Giordino

tenía que estar preparado para recoger a sus dos compañeros, y cuanto antes mejor. En ese momento no tenía manera de saber si Pitt y Lazlo albergaban alguna esperanza.

Se volvió para mirar atrás y descubrió que el yate de pronto había desaparecido.

Lazlo solo tuvo que guiarse por el oído para encontrar a la tripulación cautiva del *Dayan*. En cuanto los guardas se marcharon, el capitán Hammet, aunque débil por la pérdida de sangre, puso a sus hombres a buscar una salida. No tardaron en comprobar que era imposible romper la pesada cadena que cerraba la puerta del comedor, así que cambiaron de objetivo. Estaban rodeados por mamparas de acero: solo había una manera de salir, y era por el techo.

Con cuchillos que habían cogido de la cocina, la tripulación comenzó a quitar los paneles del techo con la idea de trepar a un conducto de ventilación y llegar a la cubierta superior. Lazlo oyó el repiqueteo desde un almacén donde estaba buscando y de inmediato corrió a la puerta del comedor. Quitó la cadena, sujeta solo con un simple nudo, y abrió la puerta con una patada. Los tripulantes, subidos a las mesas y con los cuchillos en las manos, interrumpieron su trabajo y le miraron con sorpresa.

—¿Quién está al mando aquí? —gritó Lazlo.

—Soy el capitán del *Dayan* —respondió Hammet, sentado en una silla cercana y con la pierna apoyada en un taburete.

—Capitán, el barco explotará dentro de unos minutos. ¿Cuál es la manera más rápida de que usted y su tripulación salgan de aquí?

—El bote salvavidas de popa —respondió Hammet, que se levantó con una mueca de dolor—. ¿No ha podido desactivar los explosivos?

Lazlo sacudió la cabeza.

—Todos al bote salvavidas —ordenó Hammet—. En marcha.

Los tripulantes salieron a la carrera. Lazlo y el primer oficial ayudaron a Hammet. Al salir a cubierta, Hammet sintió una vibración poco habitual debajo de los pies y miró más allá de la borda. El capitán israelí se quedó boquiabierto al ver que los minaretes de la mezquita de Süleymaniye se alzaban a corta distancia delante de ellos.

—¿Estamos en Estambul? —tartamudeó.

—Sí —contestó Lazlo—. Venga, nos queda poco tiempo.

—Pero debemos virar el buque tanque y sacarlo de aquí —protestó.

—Alguien está ocupándose de eso en el puente.

Hammet comenzó a seguir a los demás hacia popa pero, cuando la cubierta se sacudió de nuevo, vaciló.

—Oh, no —gimió con una mueca de dolor—. Lo he dejado sin combustible.

Pitt se había dado cuenta de lo que pasaba en ese mismo instante. Al entrar a la carrera en el puente no hizo caso de las luces rojas que parpadeaban en la consola central y se centró en buscar el control que desconectaba el piloto automático. El buque tanque se acercaba al puente de Gálata, en línea recta al arco central, cuando Pitt recuperó el control del timón. El pilar a babor de la proa no le dejaba espacio suficiente para virar el gran buque. Primero tendría que pasar por debajo del puente, y luego virar, pasar otra vez por debajo del puente y salir del Cuerno de Oro.

En el momento en que la proa se acercó al puente, vio que el arco que tenía delante le quedaba casi a la altura de los ojos y se preguntó si la superestructura pasaría. Mientras esperaba, miró por fin las luces rojas. Desesperado, vio que no quedaba combustible en los depósitos principales y auxiliares. Cuando Hammet había bajado a la sala de máquinas, había abierto las válvulas de descarga de los depósitos que vaciaban el combustible a la sentina y, de allí, al mar. La pérdida de potencia del motor a medida que consumía los últimos restos de combustible era una prueba evidente de que los depósitos se habían vaciado.

Pitt comprendió con una súbita certeza que no tenía ninguna posibilidad de llevar al buque tanque hacia el mar de Mármara, donde explotaría sin causar daños. Alejarlo de la ciudad era una esperanza perdida. Cualquiera que hubiera estado en ese momento en el puente, convertido en una bomba de relojería, habría caído presa del pánico. Solo habría pensado en escapar cuanto antes, abandonar el barco de la muerte e intentar salvar el propio pellejo.

Pero Pitt no era como la mayoría. Su pulso apenas se aceleró un poco más de lo normal mientras observaba con serenidad la línea de la costa. Sus nervios estaban en calma, pero su mente funcionaba a tope y analizaba todas y cada una de las soluciones viables. Entonces una posibilidad apareció al otro lado de la bahía. Era arriesgado y una locura, pensó, pero era una solución. Sintetizó el canal 86 en la radio del puente y cogió el micrófono.

—Al, ¿dónde estás? —llamó.

La voz de Giordino sonó de inmediato en el altavoz.

—A una milla por delante. He estado jugando al gato y al ratón con el yate, pero creo que se han cansado de mí. *Mantén* los ojos bien abiertos: van a toda velocidad en tu dirección. ¿Lazlo y tú estáis preparados para que os vaya a recoger?

—No, te necesito en otra parte —contestó Pitt—. En un barco draga que hay en la esquina sudeste del puente.

—Allá voy. Corto.

La superestructura del buque tanque acababa de pasar por debajo del puente cuando sonó otra sacudida del motor. En la luz de la mañana, Pitt vio que el yate azul

se acercaba al *Dayan*; se hallaba a menos de cien metros. Haciendo caso omiso del *Sultana*, viró todo a babor; luego se acercó a la ventana de atrás y se preguntó cómo le estarían yendo las cosas al teniente Lazlo.

El teniente israelí ayudaba a llevar al capitán Hammet al bote salvavidas cuando sonaron disparos a poca distancia. Un segundo más tarde trozos de cristal cayeron sobre cubierta desde lo alto. Lazlo miró hacia arriba y vio que los disparos se concentraban en las ventanas del puente. Apenas veía los mástiles de radio del yate cuando pasó junto a la borda de estribor.

—Rápido, al bote —urgió Lazlo a los marineros.

Seis de los tripulantes ya estaban a bordo del bote salvavidas de fibra de vidrio. Estaba colocado en ángulo por encima de la borda de estribor, con la popa apuntando al agua. El primer oficial y otro hombre ayudaron a Hammet cuando entró por detrás. Se abrochó el cinturón de seguridad y ordenó a los tripulantes que hiciesen lo mismo. Luego miró a Lazlo, que se disponía a cerrar la entrada desde el exterior.

—¿No viene con nosotros? —preguntó Hammet, sorprendido.

—Mi trabajo aún no ha acabado —respondió el teniente—. Lance la embarcación al agua de inmediato y diríjase a la costa. Buena suerte.

Hammet iba a darle las gracias, pero Lazlo se apresuró a cerrar la puerta y saltó de la embarcación. Cuando toda la tripulación estaba bien sujeta a los asientos, el capitán se volvió hacia el primer oficial.

—Abajo, Zev.

El primer oficial tiró de la palanca que soltaba la sujeción a estribor y el bote salvavidas comenzó a deslizarse. La embarcación salió de la rampa y cayó al agua, unos doce metros más abajo; la proa se hundió un par de metros debajo de la superficie. El bote salvavidas apenas había salido a flote cuando el yate azul se acercó y se escuchó una ráfaga de metralleta. Solo que esta vez los disparos no provenían del yate.

Oculto en la popa, Lazlo disparó dos rápidas ráfagas con su fusil de asalto M-4. Apuntó a los dos hombres armados que estaban en la proa del yate, y la ráfaga mató a uno de ellos, cuyo cuerpo inerte cayó por la borda. El segundo pistolero se salvó por los pelos y corrió a retirarse a la cabina principal.

De pie en el puente, Maria presenció el incidente llena de furia. Consultó su reloj.

—¡Todavía queda tiempo! —gritó al capitán del yate—. ¡Llévenos junto a la escalerilla!

—¿Qué pasa con el bote salvavidas? —preguntó el capitán.

—Olvídelos. Nos ocuparemos de ellos más tarde.

El yate avanzó y desapareció de la vista de Lazlo rumbo a la rampa. Maria ordenó de inmediato a dos de los jenízaros que subiesen.

—Yo me encargo del puente —se ofreció el iraquí Farzad. Sacó la pistola Glock que llevaba en la sobaquera y fue hacia la puerta de la cabina.

—Ocúpate de que el buque tanque vaya hacia la orilla —dijo Maria—. ¡Deprisa!

Lazlo había cruzado la popa y espiaba por encima de la borda cuando el yate se apartaba de la escalerilla. Una descarga de uno de los pistoleros del yate hizo blanco en la borda y obligó a Lazlo a lanzarse sobre la cubierta. Al alzar la cabeza, maldijo: dos jenízaros que habían llegado a lo alto de la escalerilla, saltaron a cubierta y se protegieron detrás de un mamparo cerca de la superestructura.

Sin levantarse, Lazlo rodó contra la borda, y luego retrocedió hasta un gran imbornal que vaciaba la cubierta de agua de mar. Se metió en el interior y encontró refugio detrás de una paleta plana delante del imbornal. No era una posición defensiva óptima, pero no creía que le hubiesen visto y podría sorprender a los asaltantes.

Tenía razón. Esperó pacientemente mientras los dos jenízaros avanzaban juntos hacia popa. En el momento en que ambos reaparecieron en cubierta, Lazlo levantó el fusil y disparó. No falló: cuatro disparos atravesaron el pecho del primer hombre, que cayó muerto en el tanque. El segundo se tiró al suelo y rodó detrás de un poste antes de que Lazlo pudiese apuntarle.

Ambos se mantenían quietos en sus posiciones defensivas. De vez en cuando disparaban una ráfaga con la ilusión de que un disparo afortunado acabase con su oponente.

En el puente, Pitt intentaba hacer caso omiso de los disparos mientras mantenía el timón girado a fondo. Aun así, no quitaba ojo al yate y seguía sus movimientos. En el momento en que echó un vistazo por la ventana posterior vio a un tercer hombre que subía detrás de los jenízaros y desaparecía en dirección a la cubierta de proa momentos antes de que Lazlo comenzase a disparar.

Mientras el tiroteo continuaba, Pitt miró alrededor en busca de algo que pudiese servirle de arma, y rebuscó en la caja del equipo de emergencias que había sobre la mesa de cartas. Al asomar la cabeza un instante por la ventana lateral vio que el jenízaro superviviente que se enfrentaba a Lazlo se hallaba casi debajo mismo de él. Fue hasta el equipo y volvió con un extintor en la mano. Se asomó a la ventana, apuntó y lo dejó caer.

El improvisado misil rojo no cayó sobre la cabeza del jenízaro sino en su hombro. Ante el inesperado ataque, el pistolero soltó un grito, más de sorpresa que de dolor, y en un gesto instintivo se giró y levantó la cabeza en busca del origen del ataque.

A menos de veinte metros, Lazlo apuntó al hombre y apretó el gatillo. La rápida descarga no produjo ningún grito ni derramamiento de sangre. El jenízaro cayó muerto en el acto y de pronto reinó en el barco un silencio incómodo.

El puente del buque tanque parecía desierto cuando Farzad entró con paso cauto por la escalerilla trasera. Al ver que la costa de Sultanahmet se deslizaba horizontalmente por delante de la proa, se acercó al timón para detener el giro. Cuando encontró los controles del timón, bajó la pistola y acercó las manos.

—Suelta eso ahora mismo.

Pitt emergió de detrás de una consola junto al mamparo de babor. En la mano sujetaba una pistola lanza bengalas que había cogido del equipo de emergencias.

Farzad miró a Pitt y se llevó una sorpresa al ver quién era; la sorpresa se tornó en cólera y la cólera en burla cuando vio el arma de Pitt.

—Estaba deseando volver a verle —dijo Farzad con un marcado acento.

En el momento en que intentó levantar la pistola, Pitt apretó el gatillo del lanza bengalas. El proyectil atravesó el puente y alcanzó a Farzad en el pecho con una nube de chispas. Sus prendas se incendiaron al momento mientras la bengala caía al suelo, giraba como una rueda de fuego y acababa en un rincón. Un segundo más tarde, la bengala estalló y proyectó una lluvia de llamas y fuego por todo el puente.

Pitt ya se había tirado al suelo y se había cubierto la cabeza cuando las chispas le pasaron por encima. Farzad estaba intentando apagar las llamas de sus prendas cuando el estallido lanzó la segunda oleada de fuego. Envuelto en una nube de humo y chispas, se apartó de la erupción y jadeó en busca de aire. Pitt se levantó como un resorte y echó a correr con la intención de tumbar al hombre antes de que pudiese ver y disparar. Pero el mercenario seguía siendo consciente de la presencia de Pitt y volvió la Glock en su dirección.

Un disparo resonó por todo el puente, pero Pitt sabía que Farzad no había apretado el gatillo. El cuerpo del pistolero salió disparado hacia el timón y luego se deslizó al suelo, dejando un rastro de sangre en la consola.

Lazlo, con el fusil apuntando al cuerpo tendido y humeante de Farzad, entró en el puente.

—¿Está bien? —preguntó al tiempo que miraba a Pitt con el rabillo del ojo.

—Sí, aquí disfrutando de los fuegos artificiales —contestó Pitt entre toses; el aire estaba cargado de humo—. Gracias por la oportuna entrada.

Lazlo sujetaba debajo de un brazo el extintor de incendios abollado.

—Tenga, quizá le sirva. Le agradezco el apoyo aéreo.

—Acaba de devolverme el favor —dijo Pitt, y se ocupó de inmediato de apagar los pequeños incendios que había provocado la bengala.

—No vi a este tipo subir a bordo —comentó Lazlo, tras asegurarse de que Farzad estaba muerto.

—Subió detrás de los otros dos.

—Imagino que lo intentarán de nuevo.

—Queda poco tiempo —señaló Pitt—. Pero más vale que levante la escalerilla.

—Buena idea. ¿Qué pasa con nosotros?

—Tenemos el tiempo justo. Confío en que sepa nadar.

Lazlo puso los ojos en blanco y asintió.

—Nos vemos abajo —dijo, y desapareció por la escalerilla.

El humo de la bengala salía por las ventanas destrozadas del puente cuando Pitt volvió al timón y calculó la posición. El *Dayan* había superado la mitad de su amplia curva y la popa apuntaba poco a poco al extremo sur del puente de Gálata. Pitt retocó la posición del timón para guiar al gran buque tanque lo más cerca posible de la costa mientras completaba el giro y aumentó las revoluciones del motor. El traqueteo y las trepidaciones que llegaban desde la sala de máquinas eran peores que antes, y Pitt intentó obtener la máxima velocidad del motor sin combustible.

Observó las aguas costeras en busca del *Bala*, pero no le vio por ninguna parte. Después de la llamada por radio de Pitt, Giordino había ido a toda prisa hacia el barco draga y ya había pasado bajo el puente de Gálata. Como si supiese que Pitt le estaba buscando, de pronto llamó al *Dayan* por la radio.

—Aquí el *Bala*. He pasado el puente y estoy junto al barco draga de color verde. ¿Qué quieres que haga?

Pitt le explicó su plan, que suscitó un silbido de Giordino.

—Espero que hoy hayas tomado tus cereales —añadió—. ¿Cuánto tiempo te queda?

Pitt consultó su reloj.

—Unos seis minutos. Deberíamos estar a la par en la mitad de ese tiempo.

—Gracias por traer el barril de pólvora hacia mí. No tardes —dijo Giordino, y cortó la comunicación.

Para entonces, el *Dayan* había completado su giro y el extremo sur del puente de Gálata se alzaba a menos de cuatrocientos metros. Pitt anhelaba que el barco fuese más deprisa mientras contaba el paso de los segundos y el puente parecía estar siempre en el mismo lugar. Tenían el tiempo justo, pero ya no podía hacer nada al respecto.

Entonces el indeseado sonido del silencio llegó desde las entrañas del buque tanque. Debajo de sus pies, el traqueteo y la trepidación desaparecieron y la consola se iluminó como un árbol de Navidad. Sin combustible, el motor del *Dayan* había dado su último suspiro.

Maria, que seguía al *Dayan* a unas docenas de metros de la banda de estribor, lo observó a través de los prismáticos. Para su desilusión, el gran buque tanque había continuado apartándose de la costa y se disponía a pasar de nuevo por debajo del puente de Gálata. Comprendió la razón cuando examinó el puente y atisbo a Pitt al timón.

—Han fracasado —dijo; su voz sonó casi ronca por la furia—. Que mis últimos hombres suban a bordo de inmediato.

El capitán del yate la miró, inquieto.

—¿No deberíamos apartarnos? —preguntó.

Maria se le acercó para que nadie más en el puente pudiese oírla.

—Nos apartaremos en cuanto los hombres estén a bordo —susurró con frialdad.

Los últimos jenizaros se reunieron en la cubierta cuando el yate se acercó al flanco del *Dayan*. En el momento en que el *Sultana* estaba casi a punto de rozar la escalerilla para desembarcar a los pistoleros, ésta de pronto se alzó del agua. Lazlo, en la borda, había accionado los controles hidráulicos de la escalerilla.

—¡Disparadle! —gritó Maria, al ver al teniente.

Los jenizaros, sorprendidos, apuntaron de inmediato a Lazlo y dispararon. El israelí estaba controlando la reacción de los hombres y se volvió para apartarse de la borda. Sin embargo, en su deseo por mantener la escalerilla fuera del alcance de los jenizaros, se demoró una fracción de segundo en los controles. Ese instante de vacilación le costó caro: la ráfaga de una de las armas le alcanzó en el hombro.

Lazlo perdió el equilibrio, cayó sobre los controles y luego se deslizó hasta la cubierta para evitar las balas. Tenía entumecido el brazo izquierdo y sentía un dolor punzante en el hombro, pero sus sentidos funcionaban al máximo cuando oyó un fuerte estrépito más abajo. Con el fusil en una mano, se arrastró hasta la borda, se puso en cuclillas y se asomó. Para su decepción, la parte inferior de la escalerilla quedaba justo por encima del *Sultana*. Luego, al mirar con más atención, comprendió que en realidad se había clavado en el yate. Lazlo, al caer sobre los controles, había soltado, sin pretenderlo, el cable retráctil. La pesada escalerilla de acero había caído como una flecha, pero en vez de golpear en el agua, se había estrellado contra la cubierta de proa del yate y había acabado hundida más de un metro.

A pesar del daño y la pronunciada inclinación, dos jenizaros ya habían saltado a la escalerilla e intentaban subir a la carrera. Lazlo apoyó el arma en la borda y disparó una larga ráfaga que mandó a los dos hombres al agua.

De pronto, mareado por la pérdida de sangre, Lazlo volvió a sentarse en la cubierta y buscó el botiquín en su mochila de combate. Intentó no dejarse vencer por el deseo de tumbarse y dormir, y se dijo que solo necesitaba mantener el yate

apartado unos pocos minutos más. Miró hacia el puente y se preguntó cuánto tiempo necesitaría Pitt.

En ese momento, el tiempo era el peor enemigo de Pitt. La última vez que había consultado el reloj, faltaban menos de seis minutos para la detonación, pero intentó no pensar en ello. Su meta era llevar el buque tanque un poco más allá del puente.

El motor ya no funcionaba; el barco avanzaba por pura inercia. Los múltiples generadores de a bordo suministraban la potencia auxiliar que Pitt necesitaba para mover el timón, pero la enorme hélice había dado su última vuelta. La suave corriente del Cuerno de Oro empujaba la nave por la popa; Pitt confiaba en que bastaría para mantener la velocidad unos pocos minutos más. De haber tenido más tiempo, la corriente habría acabado por llevar el buque tanque hasta el mar de Mármara. Pero el tiempo seguía el mismo camino que el combustible del barco.

Con una lentitud desesperante, el tramo sur del puente de Gálata fue llenando la ventana de proa del puente; Pitt se tranquilizó un poco al ver que el *Dayan* continuaba moviéndose a unos siete nudos. Unas descargas esporádicas llamaron de nuevo su atención, y se atrevió a echar un rápido vistazo por la ventana. El yate estaba tan cerca del costado del *Dayan* que solo alcanzaba a verlo en parte. Vio a Lazlo tumbado cerca de la entrada de la escalerilla, y tuvo la certeza de que por el momento el buque seguía siendo seguro.

La parte inferior del puente de Gálata cubrió poco a poco con un manto de sombra la cubierta y el puente. Pitt cogió el timón y ajustó los controles con dedos nerviosos. El resto correspondía a Giordino, pensó.

—Solo espero que puedas cumplir tu parte del trabajo, compañero —dijo en voz alta; luego observó cómo la sombra proyectada por el puente desaparecía por detrás.

Con ciento cuarenta metros de eslora, el *Ibn Battuta* era uno de los barcos draga más grandes que Giordino había visto. Perteneía a la compañía belga Jan De Nul, que poseía un puñado de dragas de corte y succión. A diferencia de las dragas de succión habituales, que absorben el fango del fondo marino arrastrando un largo tubo de vacío, la draga de corte y succión disponía de un mecanismo de excavación o cabezal de corte giratorio. En el caso del *Ibn Battuta*, el cabezal era una bola de dos metros de diámetro con unos dientes de carburo de wolframio que giraban en direcciones opuestas y eran capaces de cortar la roca. Fija a un brazo que se podía bajar hasta el fondo marino, el cabezal de corte parecía las mandíbulas abiertas de un tiburón presto a morder.

La draga había estado trabajando a quince metros de la orilla sujeta por un par de escoplos que sobresalían por la cubierta de proa. El barco se hallaba perpendicular a la orilla, con la popa de cara al canal, lo que favorecía las intenciones de Pitt.

Giordino, que se acercaba al barco por la popa, vio una pesada cadena que colgaba por encima de la borda de estribor. Acercó el *Bala*, y apagó los motores. Se apresuró a salir de la cabina, amarró el sumergible a la cadena, luego trepó por la cadena, se agarró a la borda del barco y saltó a bordo.

El *Ibn Battuta*, que llevaba el nombre de un explorador marroquí del siglo XIV, representaba un posible riesgo en el canal, y por lo tanto estaba iluminado de un extremo a otro por docenas de focos. Giordino paseó la mirada de proa a popa y vio que no había nadie en cubierta, la tripulación todavía dormía en sus literas. Un solitario marinero montaba guardia en el puente, y ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de Giordino.

Avanzó deprisa hacia la popa en busca de los controles de la draga, y rogó porque no estuviesen en el puente. En el centro de la cubierta de popa, más allá de una gran grúa puente y mucho más allá del aparato de corte, vio una caseta elevada con grandes ventanas. Subió los escalones, entró y tomó asiento en la silla del operario, encarada hacia popa. Agradeció que un solo hombre bastase para manejar ese mecanismo, pero se encogió al ver que los rótulos del panel de control estaban en holandés.

—Bueno, al menos no es turco —murmuró mientras echaba un rápido vistazo al tablero de mandos.

Encontró un interruptor en el que ponía «Dinamo» y lo puso en la posición «Macht». Un profundo retumbar sacudió la cubierta en cuanto el enorme generador de la draga se puso en marcha. En el puente, el marinero que montaba guardia corrió a la ventana trasera al oír el ruido y vio a Giordino en la caseta de control. Su voz nerviosa sonó enseguida en el altavoz de la radio sujeto a la pared de la caseta.

Giordino, sin inmutarse, apagó la radio y miró a la izquierda.

La enorme proa del buque tanque dejaba atrás el puente de Gálata, a unos cien metros de distancia. Giordino abandonó sus esfuerzos por descifrar los rótulos en holandés y comenzó a apretar con frenesí todos los botones. De pronto se oyó un sonido chirriante delante de él; le satisfizo ver que los dientes del cabezal de corte giraban con un aullido amenazador. El brazo de soporte se extendía horizontalmente por la popa de la draga y sujetaba el cabezal unos seis metros por encima del agua. Estaba demasiado alto para lo que Pitt tenía en mente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó una voz profunda junto a Giordino.

Giordino se volvió: un hombre rechoncho de pelo revuelto subía a la caseta. El mecánico encargado de las bombas del *Ibn*

Battuta, todavía con el pijama debajo de un abrigo sucio, se acercó y apoyó una mano en el hombro del intruso. Giordino, sin perder la calma, levantó un dedo y señaló a través de la ventana.

—¡Mire! —dijo.

El mecánico miró y se quedó atónito al ver que el *Dayan* se acercaba directo hacia la draga. Se disponía a decir algo cuando Giordino le propinó un tremendo rechazazo. Los nudillos de Giordino le golpearon en la barbilla, y el hombre se dobló como un fideo cocido. Giordino se apresuró a sujetarlo y lo depositó con suavidad en el suelo.

—Lo siento, amigo. No es momento para gentilezas —dijo al mecánico inconsciente antes de volver a la consola.

Intuyó la sombra del buque tanque sobre la caseta mientras inspeccionaba a toda prisa el panel de control. Vio una palanca pequeña a un costado, estiró la mano y la bajó. Con profundo alivio, vio que el extremo del brazo descendía hacia el agua. Mantuvo la palanca bajada hasta que el cabezal de corte estuvo casi sumergido: los dientes giratorios levantaron una nube de espuma en la superficie.

Soltó la palanca y miró el buque tanque. La proa se hallaba a menos de seis metros. Con una sensación de impotencia, consciente de que no podía hacer nada más, se levantó y observó cómo se aproximaba.

Pitt sabía que era una jugada desesperada, pero se le habían acabado las opciones. No había tiempo para llevar el buque tanque a mar abierto, y con el motor parado no había ninguna posibilidad de evitar las pobladas costas de Estambul. Aunque el *Dayan* detonase en el centro del Cuerno de Oro, morirían miles de personas. La única esperanza era intentar sumergir por lo menos parte de los explosivos y minimizar la fuerza destructora.

Y allí entraba en juego el *Ibn Battuta*. Pitt sabía que el cabezal de corte podía cortar el acero del buque como un abrelatas. Para que el plan funcionase, la maniobra fundamental era ponerlo en el sitio adecuado. Si entraba demasiado justo, rompería el brazo que lo sujetaba a la draga. Si se abría mucho, perdería cualquier posibilidad de contacto con el cabezal.

Mientras se deslizaba sin potencia bajo el puente de Gálata, miró la draga a proa. Aunque el cabezal de corte aún se hallaba por encima de la superficie, vio que los dientes giraban y supo que Giordino estaba en los controles. Rectificó apenas el rumbo y se acercó a la ventana de estribor para asomar la cabeza. Desde tanta altura, no alcanzaba a ver la parte de abajo de los costados del barco, lo que hacía aún más difícil la alineación. Intentó no pensar en el hecho de que tenía una, y solo una, posibilidad.

Más cerca de la draga belga, le tranquilizó ver que el brazo de popa bajaba y el cabezal de corte se hundía en el agua. Unos segundos más tarde vio que Giordino, cerca de la borda de popa, le hacía señas de que se acercase todavía más. Pitt corrió de vuelta al timón, lo movió unos grados a estribor, y luego esperó a que la proa respondiese. Cuando el buque tanque se acercó un poco más, Giordino alzó los dos pulgares.

Pitt dejó el timón y volvió a la ventana lateral para observar el impacto. Detrás, oyó de pronto el rugido de unos motores acelerados al máximo y los agudos gritos de una mujer. Al mirar abajo, vio que Lazlo continuaba acurrucado en la cubierta, junto a la escalerilla. Había un pequeño charco de sangre cerca de su pecho. Más allá del teniente, vio que el yate se sacudía adelante y atrás y que incluso chocaba contra el flanco del *Dayan*.

Pitt se preguntó por qué el yate seguía allí. Pero en ese momento no valía la pena preocuparse de eso. Se volvió para enfrentarse a la draga y al momento de la verdad.

—¡Apártenos! —gritó Maria por tercera vez.

La tirana, siempre tan calma, estaba aterrorizada y miraba su reloj una y otra vez. Solo faltaban unos minutos.

El sudor perlaba la frente del capitán, que movía el timón a un lado y a otro en el intento desesperado de librarse de la escalerilla empotrada. Después de pasar por

debajo del puente de Gálata había puesto marcha atrás para luchar contra la inercia del buque tanque. Sin embargo, la escalerilla permaneció encajada en la cubierta del *Sultana* como un anzuelo en la boca de un pez espada furioso.

Los motores del yate aullaron mientras el capitán daba plena potencia para intentar separar la embarcación. No lo sabía, pero las ruedas inferiores y el eje de la plataforma se habían enganchado en la cadena del ancla y ahora estaban enredadas irremediabilmente.

La escalerilla ya no era más que un montón retorcido de acero, pero no se rompía.

Con las hélices girando enloquecidas y levantando una nube de agua en la popa, el yate era arrastrado por el buque tanque como un cachorro con la correa corta. El capitán miró la draga y esperó que el *Dayan* se apartase del barco belga. Pero a medida que se acercaba, llegó a la terrible conclusión de que el buque tanque no se apartaría.

Con renovada urgencia, movió el yate a un lado y a otro, e incluso chocó contra el costado del buque y luego se apartó. Sin embargo, la escalerilla continuaba sin romperse. La proa del *Dayan* estaba ahora por delante de la draga, pero vio que había un pequeño hueco entre las dos embarcaciones y que el brazo metálico tenía el extremo sumergido en el agua.

Señaló la draga a Maria, que no le quitaba ojo de encima.

—El brazo cortará la escalerilla —dijo—. Muy pronto estaremos libres.

La alineación de Pitt no era perfecta, pero no por mucho.

La proa del *Dayan* pasó a un par de metros del cabezal de corte antes de que los dientes giratorios hicieran contacto con el casco. Aunque un tanto apagado por el agua, el cabezal emitió un aullido chirriante cuando los dientes toparon con las planchas de acero. A lo largo de un par de metros, el cabezal hizo una profunda hendidura en el costado del buque. Luego la fila continua de dientes pilló una soldadura y abrió un agujero.

Una vez perforado, no había marcha atrás. El cabezal de corte fue royendo el casco como un castor hambriento, ayudado por el impulso hacia delante del buque de ocho mil toneladas. Los dientes de wolframio mordieron el casco y llegaron a los tanques de acero inoxidable destinados al transporte de agua potable. Pero esta vez no había agua potable sino el agua verdosa del *Bósforo* que había empezado a llenar los tanques.

Desde su elevada posición, Pitt veía que el agua iba llenando el fondo del tanque de estribor. Solo podía confiar en que las aguas se derramasen al tanque de babor y disminuyesen la fuerza de las pilas de explosivos. Pero el tiempo no estaba de su lado.

Al observar la cubierta del *Ibn Battuta*, vio que Giordino se dirigía ya hacia el sumergible de la NUMA. En la borda de popa había varios hombres de la tripulación de la draga. Despertados por el estrépito, miraban atónitos el destrozo que su barco estaba haciendo en el enorme buque tanque que se hallaba a solo un par de metros de ellos.

En el momento en que el cabezal de corte llegó al nivel del puente, Pitt se acercó al timón y desvió el rumbo quince grados a babor. Calculó que, demorado por la inundación, el buque tanque avanzaría otra media milla antes de explotar, y quería asegurarse de que se dirigiese hacia el centro del canal. El cabezal continuaba pulverizando el casco con un chirrido metálico cuando Pitt abandonó el puente y bajó la escalerilla a toda prisa para recoger a Lazlo y desembarcar. No esperó a presenciar el destino del yate.

Con Maria todavía gritándole al oído, el capitán llevó el *Sultana* contra el casco del buque tanque para evitar la colisión directa con la draga. De inmediato notó el sutil desvío del barco israelí hacia babor, lo que le daba una pequeña posibilidad de escape. El giro le permitiría pasar apartado del brazo que salía del *Dayan*, pero no había manera de escapar del cabezal.

La bola mordedora alcanzó la proa del yate y golpeó el casco por la banda de estribor. Arrastrado como un muñeco de trapo, el yate acabó colocado delante mismo de los afilados dientes. El cabezal cortó sin problemas un tajo de un metro ochenta de

ancho en la parte inferior del casco de fibra de vidrio y luego destrozó las hélices gemelas. Cuando la sala de máquinas se inundó, los motores se apagaron y la nave comenzó a hundirse por la popa.

El capitán, con las manos todavía sujetas a la rueda del timón, se quedó petrificado. Pero Maria no se mostró tan comedida. Sacó la Beretta de su bolso, se acercó al capitán, apretó el cañón contra su oreja y disparó.

Sin esperar a que el cadáver cayese al suelo, fue hasta la proa del yate para liberarlo del buque tanque de una vez por todas.

Cuando Pitt llegó a la cubierta principal, el buque tanque ya escoraba claramente. El cabezal de corte había abierto una vía de sesenta metros de longitud a lo largo de los tanques de estribor. Ni siquiera una tripulación completa provista de bombas de achique hubiese podido contener la inundación por mucho tiempo. Eso era exactamente lo que Pitt quería, pero ahora tenía que encontrar la manera de que él y Lazlo se pusieran a salvo.

Mientras el buque tanque escoraba deprisa a estribor, Pitt calculó que sería un salto corto desde la escalerilla o, si era necesario, desde la borda. Su sorpresa al acercarse a Lazlo fue ver que el yate seguía allí. La posición escorada de la cubierta, le permitió ver sin obstáculos que la escalerilla del buque tanque estaba enganchada al yate. Más interesante aún era la presencia de Maria en la proa, pistola en mano. Disparó varias veces contra el retorcido eslabón de acero que sujetaba la escalerilla y luego vio a Pitt a corta distancia por encima de ella.

—¡Morirá con el barco! —gritó, al tiempo que apuntaba a Pitt y apretaba el gatillo.

Pitt fue una fracción de segundo más rápido: se lanzó a la cubierta junto a Lazlo cuando la bala silbó por encima de su cabeza.

—Vamos, teniente, es hora de que encontremos otra salida.

Lazlo hizo un esfuerzo tremendo para volverse y miró a Pitt con ojos vidriosos que apenas conseguía mantener abiertos.

Pitt tomó conciencia de pronto de la gravedad de la herida al ver el hombro ensangrentado que Lazlo había conseguido tapar con un vendaje. Cada segundo contaba, así que Pitt agarró por detrás el cuello del uniforme de Lazlo.

—Aguante, compañero —dijo.

Sin hacer caso de Maria, Pitt se levantó de un salto y retrocedió por la cubierta escorada arrastrando a Lazlo. Maria abrió fuego en el acto. Los proyectiles impactaron cerca, pero Pitt consiguió ocultarse de la vista. Lazlo, sacando fuerzas de flaqueza, le pidió a Pitt que le pusiese de pie. Su cazadora estaba empapada de sangre y un rastro rojo le había seguido a lo largo de la cubierta.

De pronto el buque tanque se sacudió debajo de sus pies y escoró casi treinta grados a estribor. Pitt comprendió en el acto que el peligro más inmediato no eran los explosivos.

—¿Puede subir conmigo? —preguntó a Lazlo.

El duro teniente asintió y, con un brazo alrededor de Pitt, avanzó tambaleante por la cubierta.

Detrás de ellos, Maria continuaba disparando; su objetivo volvía a ser la escalerilla. Varios disparos certeros en la unión de la escalerilla por fin debilitaron el

metal, doblado por el hundimiento del buque tanque. Comenzó a darle patadas hasta que la unión por fin se rompió y la parte superior de la escalerilla golpeó con fuerza contra el barco.

Libre por fin, Maria observó el buque tanque desde la proa medio hundida del yate. El *Dayan* se apartaría antes de explotar, y quizá a ella le diera tiempo de llegar a nado hasta el puente y salvarse. Por lo menos, pensó, Pitt y Lazlo morirían con el barco.

Podría haber estado en lo cierto, su error fue no tener en cuenta la furia vengativa del *Dayan*.

Desde el piso veinte del rascacielos donde tenía su despacho, en la costa este del *Bósforo*, Ozden Celik observaba los acontecimientos con una preocupación cada vez mayor. A la débil luz del alba apenas había conseguido distinguir la sombra del buque tanque en su aproximación hacia Estambul. Pero la lenta blancura del cielo había ampliado poco a poco su visión panorámica hasta que los imponentes minaretes de la mezquita de Süleymaniye se vieron claramente al otro lado de las aguas del estrecho.

Con los prismáticos montados en un trípode, enfocó al *Dayan* en el momento en que el bote salvavidas era lanzado por la popa. Observó con desesperación que el buque tanque pasaba por debajo del puente de Gálata, que el *Sultana* aparecía a su lado y que tenía lugar un tiroteo. Celik notó que se le aceleraba el corazón al ver que el buque tanque completaba una amplia vuelta y volvía a pasar por el extremo más lejano del puente.

—¡No! ¡Tienes que embarrancar junto a la mezquita! —gritó, furioso, a la nave.

Su desesperación aumentó cuando las repetidas llamadas a Maria no recibieron respuesta. Perdió de vista al yate en el momento en que el *Dayan* acabó el giro y su perfil ocultó a la embarcación más pequeña. Celik, conteniendo la respiración, confió en que el yate hubiese virado para escapar por el Cuerno de Oro y salvarse de la inminente explosión. Pero los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando el *Dayan* pasó cerca de la draga, viró hacia el canal y dejó a la vista el yate en la banda de estribor.

Enfocó los prismáticos y vio a su hermana, en la proa del *Sultana*, disparando con una pistola primero al buque tanque y luego a la escalerilla de metal. Advirtió que el buque escoraba precariamente por encima de ella.

—¡Huye! ¡Huye! —gritó Celik a su hermana, que estaba a más de tres kilómetros.

Los oculares se le clavaban en las cejas mientras miraba la escena, horrorizado. Maria por fin consiguió soltar el yate de la escalerilla, pero la nave no se alejó. Celik no sabía que la embarcación se había quedado sin hélices y se estaba hundiendo. Atónito ante la escena, no entendía por qué el yate permanecía junto al buque tanque escorado.

Desde su posición al otro lado del estrecho, Celik no oía la sinfonía de crujidos y chirridos que salían de las entrañas del buque tanque a medida que su centro de gravedad cambiaba. La tremenda entrada de agua a lo largo de la eslora del *Dayan* aumentó el escorado hacia estribor hasta que la cubierta parecía una ladera empinada. El ruido de cosas que se rompían resonaba por todo el buque a medida que la vajilla, los muebles y los equipos perdían la lucha contra la gravedad y chocaban contra los mamparos de estribor.

Cuando la borda de estribor tocó el agua, el barco acabó de tumbarse del todo y

permaneció en esa posición unos segundos. Podría haberse partido, o, simplemente, haberse hundido por ese lado, pero se mantuvo entero y reanudó su giro final con elegancia.

Maria, todavía de pie en la proa del yate, sintió sobre su cuerpo la sombra del buque mientras el barco comenzaba a dar la vuelta. A solo unos metros del inmenso *Dayan*, el yate se hallaba en su trayectoria. No había manera de escapar de su golpe mortal.

Maria miró hacia lo alto y levantó un brazo, como si así pudiera impedir el golpe del gigantesco buque tanque. Fue aplastada como un insecto. El *Dayan* golpeó la superficie del agua, se tragó el yate y levantó una ola de tres metros de altura que fue hacia la costa y sacudió al *Ibn Battuta* como si fuese una barca de remos. El casco del buque tanque, oscuro y cubierto de lapas, llenó el horizonte; su enorme hélice de bronce giraba inútilmente en el cielo de la mañana. Los golpes sordos de los mamparos del *Dayan* mezclados con el correr de las aguas resonaron en todo el casco mientras comenzaba a hundirse poco a poco por la proa.

Celik sujetaba los prismáticos con manos temblorosas mientras veía morir a su hermana bajo el peso del buque tanque naufragado. Conmocionado, siguió mirando sin pestañear hasta que las emociones se desbordaron. Arrojó el trípode a la otra punta del despacho con un grito, se *desplomó* en la alfombra, se tapó los ojos y lloró desconsolado.

Celik no era el único que miraba horrorizado el hundimiento del buque tanque. Giordino estaba subiendo al *Bala* cuando oyó detrás un estrépito tremendo, se giró y vio cómo el *Dayan* caía sobre el yate. Se apresuró a cerrar la escotilla trasera cuando la ola golpeó al *Ibn Battuta* y arrastró al sumergible lejos de la draga.

Giordino puso en marcha los motores diésel y se dirigió hacia el buque tanque. Sus pensamientos estaban puestos en Pitt, que le había hecho señas desde el puente unos minutos antes. Pero ahora el puente estaba sumergido; lo único que quedaba a la vista era la fría e inerte quilla del barco israelí.

Sabía que el buque podía explotar en cualquier momento, pero Giordino se acercó al lado más próximo. Para su sorpresa, quedaban pocos restos flotando en el agua después de que el barco volcase, así que pudo recorrer a buena velocidad la eslora en busca de cuerpos en el canal. Sabía que Pitt, en el agua, era como un delfín. Si había logrado sobrevivir al naufragio, al menos había una posibilidad de que hubiese conseguido apartarse nadando.

Al acercarse a la proa sumergida, Giordino dio la vuelta y volvió a pasar muy cerca del casco; no sabía, o no le importaba, que faltaban menos de dos minutos para que los explosivos estallaran. Las aguas frente a él permanecían sin nadie a la vista cuando se acercó a la popa. Con el corazón en un puño consideró a su pesar la posibilidad de que su viejo amigo no hubiese sobrevivido.

Aumentó la velocidad y comenzaba a virar cuando vio unos cabos tendidos sobre el casco. Por curioso que fuese, los cabos parecían ir desde la borda de babor sumergida, pasar por encima del casco y llegar hasta la quilla a corta distancia de la hélice. Con un brillo de esperanza en los ojos, Giordino aceleró de nuevo y dio la vuelta alrededor del ancho espejo de popa, que se alzaba sobre el mar.

Al llegar al otro lado, vio que los cabos colgaban muy altos desde la quilla pero que el casco estaba desierto. Entonces, a menos de cincuenta metros de allí, atisbo algo en el agua. Dio la vuelta en el acto, se acercó a toda velocidad y vio con alegría que era Pitt, que arrastraba a Lazlo, herido, lejos del barco.

Giordino se acercó y en una rápida maniobra dio marcha atrás y se situó a un lado. Pitt subió a Lazlo a uno de los flotadores y, al ver que Giordino se disponía a abrir la escotilla, gritó:

—¡No hay tiempo! ¡Sácanos de aquí!

Giordino asintió, esperó a que Pitt subiese al flotador y sujetase a Lazlo, y aceleró. Los dos hombres se vieron sacudidos como peleles mientras el *Bala* surcaba a gran velocidad las aguas del estrecho. Giordino dio la vuelta y se dirigió hacia el puente de Gálata; era el refugio que tenían más a mano.

Se hallaban a menos de cien metros del puente cuando un profundo retumbar

recorrió el canal. Parte de los explosivos habían caído al fondo del mar cuando el *Dayan* naufragó, pero casi la mitad del combustible del barco y la mayor parte del HMX continuaban en los dos tanques de proa. No obstante, el barco se hundía por la proa, los tanques inundados estaban casi sumergidos del todo, y eso disminuyó considerablemente las consecuencias de la explosión.

Se oyó una rápida sucesión de estallidos sordos procedentes de los detonadores y siguió una explosión enorme que destrozó el casco de metal y que resonó por las colinas y las calles de Estambul como un estampido sónico. Una fuente de agua blanca surgió de la parte interior del buque y elevó a treinta metros de altura trozos de acero y restos que cayeron en un radio de cuatrocientos metros como una lluvia letal.

No obstante, la terrorífica explosión casi no causó daños. Debido al ángulo del buque tanque en pleno hundimiento, la fuerza del estallido se dirigió hacia delante y el *Bósforo*. Pitt había cambiado de rumbo en el último segundo, lo que había desviado la onda expansiva lejos de la costa y hacia un amplio sector de agua despejada.

Mientras los restos del barco caían a la bahía, un fuerte crujido resonó en el barco cuando una sección perforada se separó. La diezmada proa se hundió de prisa hasta el fondo del canal mientras el casco se elevaba un segundo más en la superficie antes de sumergirse.

Detenido bajo uno de los arcos del puente de Gálgata, Giordino salió de la cabina del *Bala* para ver cómo estaban sus pasajeros.

—Gracias por recogerlos —dijo Pitt mientras ayudaba a Lazlo.

—Muchachos, esta vez habéis tirado demasiado de la cuerda —replicó Giordino.

—Tuvimos suerte. Maria Celik se había empeñado en hacer prácticas de tiro con nosotros en la borda de estribor, así que trepamos a la cubierta. Encontramos un par de cabos que bajaban por la banda de estribor, y estábamos descolgándonos cuando el barco zozobró. Conseguimos pasar por encima de la quilla y luego deslizamos al otro lado y eludir el yate.

—No tenías que haberte preocupado —dijo Giordino con una sonrisa—. Acabó aplastado como una cucaracha.

—¿Algún superviviente?

Giordino negó con la cabeza.

—Lazlo necesita atención médica —dijo Pitt—. Será mejor que le llevemos a la costa.

Ayudaron al teniente a entrar en el sumergible, y luego pusieron rumbo a la costa sur.

—Menuda explosión —comentó Giordino—. Pero podría haber sido muchísimo peor.

Pitt asintió en silencio; tenía la mirada puesta más allá del parabrisas.

Delante de ellos, los sólidos restos del buque tanque israelí se elevaban por la

popa. El buque permaneció casi vertical, desafiante, hasta que se hundió bajo las olas con un ruido de succión. En algún lugar, no muy lejos del estrecho, los retorcidos sueños de una renovada dinastía otomana se hundieron con él.

La explosión del buque tanque sacudió a Estambul más política que físicamente. La pérdida confirmada de la lancha de la policía y de la embarcación de la Guardia Costera debido a un ataque puso a las fuerzas armadas del país en estado de máxima alerta. En cuanto se supo que el buque tanque era el *Dayan*, una oleada de acusaciones de alto nivel entre Turquía e Israel recorrió los canales diplomáticos. Las protestas de los aterrorizados ciudadanos casi provocaron una respuesta militar, pero los temores de un conflicto turco-israelí se disiparon cuando las autoridades encontraron a los tripulantes del *Dayan*.

En entrevistas públicas, los tripulantes detallaron el secuestro y el cautiverio a manos de pistoleros desconocidos. La opinión de los turcos cambió en cuanto los hombres explicaron que los habían obligado a cargar explosivos a punta de pistola y que habrían muerto a bordo del barco de no haber sido porque los rescataron en el último momento. Pitt y Giordino, después de dejar a Lazlo en un hospital, informaron en privado a las autoridades turcas de su participación en el hundimiento del *Dayan*.

Cuando el servicio de inteligencia de Estados Unidos aportó en secreto las pruebas que demostraban que los explosivos utilizados en los ataques contra las mezquitas de Bursa, El Cairo y Jerusalén era HMX, las fuerzas turcas actuaron de inmediato. Se realizaron redadas secretas en la casa, las oficinas y las instalaciones de Celik, y el *Estrella Otomana* fue localizado en aguas griegas y confiscado. A medida que aumentaba la presión pública por saber quién y por qué habían cometido los ataques, se hizo más difícil mantener la investigación oficial en secreto.

Tras la publicación de sus nombres, Ozden y Maria Celik se convirtieron en parias y en una vergüenza nacional. Más tarde, cuando se descubrió que habían organizado el robo en Topkapi, la vergüenza y la furia nacional se transformaron en rabia pura y dura. Investigadores y periodistas escarbaron en el pasado de la pareja y sacaron a la luz sus vínculos con la última familia reinante otomana y, también, con el bajo mundo y los traficantes de drogas que habían ayudado a poner en marcha los negocios de Celik.

Como no podía ser de otra manera, los *trapicheos* financieros de los Celik con la realeza árabe quedaron al descubierto y así se supo que millones de dólares habían ido a parar a las arcas del muftí Battal. El objetivo de los ataques de los Celik se hizo de inmediato patente, y la ira del pueblo recayó en el muftí y su Partido de la Felicidad. Si bien no se encontró ninguna prueba de que el muftí estuviera involucrado, o tuviese siquiera conocimiento de los ataques terroristas, el daño estaba hecho.

La confirmación inapelable de la culpabilidad de los Celik llegó cuando los buceadores bajaron al fondo del Cuerno de Oro y encontraron los restos destrozados

del *Sultana* no muy lejos del casco del buque tanque. Un equipo de salvamento sacó el yate hundido a la superficie, donde los forenses de la policía se encargaron de retirar el cuerpo aplastado de Maria Celik de la cubierta del yate.

Desprestigiado, con sus fondos confiscados y el cadáver de su hermana en la morgue de Estambul, del imperio de Ozden Celik solo quedaba el hombre.

Sin embargo, por lo visto él había desaparecido sin dejar rastro.

La oración del viernes al mediodía, llamada *khutbah*, era el servicio religioso que más fieles reunía en toda la semana. Era el momento en que el imán residente de la mezquita ofrecía un sermón imbuido de fe antes de dirigir las plegarias.

En la mezquita de Fatih, en Estambul, la sala de plegarias permanecía curiosamente vacía a pesar de la reciente llamada a la oración. Por lo general, a la hora de la *khutbah* estaba llena hasta los topes, y docenas de personas se quedaban en la entrada y en el patio con la ilusión de alcanzar a ver al muftí Battal mientras escuchaban sus palabras de esperanza. Pero no ese día.

Apenas había cincuenta fervientes seguidores cuando el muftí Battal entró en la sala y subió a una tarima cerca del mihrab. El que fue un poderoso muftí había envejecido veinte años en la última semana. Tenía los ojos hundidos y fríos; la piel, pálida y sin vida. La arrogancia y el orgullo que habían impulsado su ascenso al poder habían desaparecido por completo. Al ver la escasa concurrencia, se estremeció ligeramente y reprimió la sencilla emoción de la furia.

Comenzó su homilía hablando en voz baja contra los peligrosos y descontrolados poderes del gobierno. De manera inusitada, empezó a divagar incoherencias y lanzó una letanía de ataques contra supuestos males y amenazas. Los rostros sombríos que le miraban desencantados por fin le llevaron a controlar su diatriba. Acabó el sermón de forma abrupta, recitó un breve pasaje del Corán que hablaba de la redención, y luego dirigió a los fieles en la plegaria.

Poco dispuesto a mezclarse con los fieles, Battal se apresuró a abandonar la sala de oraciones y entró en una pequeña habitación donde tenía un despacho. Le sorprendió ver a un hombre barbudo sentado frente a su escritorio. Vestía prendas gastadas propias de un peón y llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría en parte el rostro.

—¿Quién le ha dejado entrar? —preguntó Battal.

El desconocido se puso en pie, levantó la cabeza para mirarle a los ojos, y después se arrancó la barba postiza.

—Entré por mi cuenta, Altan —respondió la voz desconsolada de Ozden Celik.

Debajo de su disfraz de peón, su aspecto no distaba mucho del de Battal. El mismo rostro tenso y demacrado y la piel grisácea. Pero sus ojos brillaban con una intensidad cercana a la locura.

—Me pones en peligro al venir aquí —protestó Battal. Corrió a la puerta trasera, la abrió con cautela y asomó la cabeza para echar un vistazo—. Ven, *sígueme* —dijo y salió del despacho.

Recorrieron un pasillo y entraron en un almacén que se usaba muy poco y que se hallaba al fondo del recinto de la mezquita. En un rincón había una lavadora y un

montón de toallas viejas puestas a secar en un tendedero. En cuanto Celik entró, Battal cerró la puerta con llave.

—¿Por qué has venido? —preguntó, impaciente.

—Necesito tu ayuda para salir del país.

—Sí, tu vida ya ha terminado en Turquía. Prácticamente como la mía.

—Lo he sacrificado todo por ti, Altan. Mi riqueza, mis propiedades. Incluso a mi hermana —añadió Celik con voz temblorosa—. Todo lo hice con el objetivo de que llegases a presidente.

Battal miró a Celik con descarado desprecio.

—Me has destruido, Ozden —dijo con el rostro arbolado por la furia—. En las elecciones me aplastaron. Mis patrocinadores han desaparecido. Mi congregación me ha abandonado. Todo porque tú has manchado mi reputación. Y ahora esto.

Sacó una carta del bolsillo y se la arrojó. Celik no le hizo ni caso, se limitó a sacudir la cabeza mientras la carta caía planeando al suelo.

—Es de la Diyanet —dijo Battal—. Me han relevado de mi cargo como muftí de Estambul. —Miraba a Celik con los ojos muy abiertos—. Me has destruido completamente.

—Todo se hizo para conseguir nuestro destino —afirmó Celik en voz baja.

Battal fue incapaz de seguir controlándose. Agarró a Celik por la camisa y lo arrojó a la otra punta de la habitación. Celik chocó contra la colada, el cordel se rompió y cayó al suelo envuelto en toallas. Intentó levantarse, pero Battal ya se le había echado encima. El muftí cogió el cordel, lo enrolló alrededor de la garganta de Celik y apretó. Celik se resistió con todas sus fuerzas lanzando puñetazos contra el muftí. Pero Battal era demasiado grande y fuerte, y estaba sediento de venganza. Dio rienda suelta a su ira, hizo caso omiso de los golpes de Celik y apretó más la cuerda. Celik tomó conciencia del horror de estar a punto de morir estrangulado. Mientras luchaba por respirar y la vida abandonaba lentamente su cuerpo, vio el desfile de las víctimas a las que había estrangulado. En un último intento desesperado por soltarse, miró al muftí con una combinación de miedo y desafío, luego sus ojos se velaron y su cuerpo se aflojó. Battal mantuvo la presión mortal durante otros cinco minutos, no por seguridad sino llevado por una furia psicótica. Por fin soltó el cordel, se apartó poco a poco del cuerpo, y salió de la habitación con manos temblorosas y con la mente desquiciada para siempre.

A última hora de la mañana siguiente, el cuerpo de Celik fue descubierto por un pescador del *Bósforo*. Arrojado a las aguas de la bahía, había flotado por el Cuerno de Oro durante la mayor parte de la noche y había acabado en la playa de Sarayburnu o cabo del Palacio.

El cadáver de Ozden Celik, el último otomano del mundo, fue hallado a unos pocos pasos de los muros de Topkapi, a la sombra de la gloria de sus legendarios

antepasados.

Pitt y Giordino encontraron a Lazlo en el tercer piso del Istanbul Hospital, en una habitación cómoda y muy vigilada con vistas al *Bósforo*. El teniente, tumbado en la cama, leía un ejemplar de hacía tres días del periódico israelí *Haaretz* cuando les permitieron entrar.

—No me diga que sigue ocupando la primera página de los diarios de su país —dijo Pitt cuando le estrechó la mano.

—Me alegro de verlos, amigos —respondió Lazlo al tiempo que, un tanto avergonzado, dejaba el periódico a un lado—. Sí, en Israel continuamos siendo noticia de primera plana. Sin embargo, lamento informarles de que al parecer yo me llevo todos los méritos. Pero fue usted quien detuvo el buque tanque —dijo a Pitt—. Y nada hubiese sido posible sin el *Bala* —añadió para Giordino.

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que fue un trabajo de equipo —replicó Pitt.

—Entre otras cosas, los tres hemos mejorado un montón las relaciones de mi país con Turquía —se ufanó Lazlo.

—Por no hablar de vuestra ayuda a mantener la visión de Atatürk de un gobierno turco laico durante unos cuantos años más —señaló Pitt.

—Creo que alguien debería proponer nuestros nombres para el premio Nobel —se burló Giordino.

—Me he enterado de que esta mañana encontraron el cadáver de Celik —dijo Lazlo.

—Sí, al parecer lo estrangularon y después arrojaron el cuerpo al Cuerno de Oro —explicó Pitt.

—¿Se me adelantó?

Pitt sonrió.

—Esta vez no. Según nos ha informado un detective de la policía, están bastante seguros de que el muftí Battal es el responsable. Un agente de paisano asignado a la mezquita de Battal comunicó haber visto a un hombre que se ajustaba a la descripción de Celik más o menos a la hora de su muerte.

—Menudo par de demonios —opinó Lazlo.

Una atractiva enfermera entró en ese momento en la habitación para darle su medicación y luego se marchó seguida por su atenta mirada.

—¿Está deseando volver a casa, teniente? —preguntó Giordino.

—No especialmente —contestó Lazlo con una sonrisa—. Por cierto, ahora soy el comandante Lazlo. Acaban de informarme de mi ascenso.

—Deje que sea el primero en felicitarlo —dijo Giordino, y le pasó una botella de whisky que había entrado a escondidas en el hospital—. Quizá encuentre por aquí

alguien con quien compartirlo —añadió con un guiño.

—Ustedes, los estadounidenses, son la monda —afirmó Lazlo con una sonrisa.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó Pitt.

—Me intervendrán en Tel Aviv dentro de una semana, y luego me esperan varias semanas de terapia. Pero la recuperación será total; espero volver al servicio antes de final de año.

Los interrumpió la entrada de un hombre en silla de ruedas con una pierna escayolada.

—Hombre, Abel... —saludó Lazlo—. Es hora de que conozcas a los hombres que ayudaron a salvarte la vida.

—Abel Hammet, capitán del *Dayan* o, mejor dicho, ex capitán. —Saludó a Pitt y Giordino con afecto—. Lazlo me ha contado todo lo que hicieron. Se metieron en un buen lío..., mi tripulación y yo les estaremos eternamente agradecidos.

—Lamento que su buque tanque acabase hundido —replicó Pitt.

—El *Dayan* era un buen barco —dijo Hammet con nostalgia—. Pero la buena noticia es que nos darán un buque nuevo. El gobierno turco se ha comprometido a construirlo; al parecer lo pagarán con los fondos requisados a un tal Ozden Celik.

—¿Quién dice que no hay justicia en este mundo? —preguntó Giordino.

Mientras se reían, Pitt consultó su reloj.

—El *Aegean Explorer* zarpará dentro de una hora —dijo—. Me temo que debemos marcharnos.

Estrechó la mano de Hammet y se volvió hacia Lazlo.

—Comandante, me alegrará tenerlo a mi lado cuando se presente la ocasión.

—Para mí sería un honor —afirmó Lazlo.

Cuando Pitt y Giordino se dirigían ya hacia la puerta, Lazlo les preguntó:

—¿Adónde van? ¿Vuelven al pecio?

—No —respondió Pitt—. Nos vamos a Chipre.

—¿A Chipre? ¿Qué los aguarda allí?

Pitt le miró con una sonrisa enigmática.

—Espero que una revelación divina.

IV.
DESTINO MANIFIESTO

St. Julien Perlmutter acababa de sentarse en su sillón de cuero cuando sonó el teléfono. Su asiento de lectura favorito estaba hecho a medida para que pudiese acomodarse en él su corpachón de casi doscientos kilos. Miró el reloj de péndulo y vio que era casi medianoche. Deslizó la mano junto a una copa de oporto que había en la mesa auxiliar y cogió el teléfono.

—Julien, ¿cómo estás? —preguntó una voz conocida.

—Vaya, pero si es el salvador de Constantinopla —respondió Perlmutter con voz resonante—. Lo pasé muy bien leyendo tus hazañas en el Cuerno de Oro, Dirk. Espero que no resultases herido.

—No, estoy bien —dijo Pitt—. Por cierto, ahora lo llaman Estambul.

—Pamplinas. Se llamó Constantinopla durante seiscientos años. Es ridículo cambiarlo ahora.

Pitt se rió; su viejo amigo pasaba la mayor parte de su tiempo viviendo en el pasado.

—Espero no haberte pillado en la cama.

—No, en absoluto. Acababa de sentarme con un ejemplar de los documentos del capitán Cook en su primer viaje al Pacífico.

—Un día de estos tendríamos que buscar lo que queda del *Endeavor* —comentó Pitt.

—Esa sería una noble misión —afirmó Perlmutter—. ¿Dónde estás, Dirk, y cómo es que me llamas a estas horas?

—Acabamos de amarrar en Limassol, en Chipre, y tengo un misterio en el que me vendría bien tu ayuda.

Los ojos del hombre barbudo brillaron. Era uno de los principales historiadores marítimos del mundo, y su afición por los enigmas náuticos superaba su apetito por la comida y la bebida. Conocía a Pitt desde hacía años, y sabía que cuando su amigo le llamaba era porque se traía entre manos algo apasionante.

—Por favor, cuéntame —pidió Perlmutter con su voz de bajo.

Pitt le habló del pecio otomano y de los objetos de la época romana, y a continuación le soltó la historia del Manifiesto y su lista de contenidos.

—Santo cielo, eso es una carga épica —dijo Perlmutter—. La pena es que no debe de haber sobrevivido casi nada después de dos mil años bajo el mar.

—Sí, el osario podría ser el mejor de los hallazgos.

—Sin duda removerías un avispero —señaló Perlmutter.

—Si todavía queda algo, merece ser encontrado —afirmó Pitt.

—Por supuesto. Incluso sin la carga, una galera romana intacta sería toda una perla. ¿Tienes un punto de partida para la búsqueda?

—Por eso te he llamado. Espero que conozcas algunos pecios no identificados en la costa sur de Chipre. Cualquier información sobre las rutas comerciales históricas alrededor de la isla sería también de mucha ayuda.

Perlmutter pensó un momento.

—En las estanterías tengo algunas cosas que podrían ayudar. Dame un par de horas, a ver qué puedo conseguir.

—Gracias, Julien.

—Oye, Dirk —añadió Perlmutter antes de colgar—, ¿sabes que Chipre producía los mejores vinos del Imperio romano?

—No me digas.

—He oído decir que una copa de Commandaria tiene el mismo sabor que hace dos mil años.

—Te conseguiré una botella, Julien.

—Eres un buen hombre, Dirk. Hasta luego.

Perlmutter colgó el teléfono y bebió un sorbo de su oporto, saboreando su profundo y dulce sabor. Luego levantó su corpachón y se acercó a unas estanterías altas hasta el techo y llenas de libros náuticos. Comenzó a canturrear mientras buscaba entre los títulos.

Menos de dos horas más tarde sonó el teléfono en el *Aegean Explorer* con la llamada de Perlmutter.

—Dirk, hasta ahora he encontrado muy poco, pero podría ser un principio —dijo el historiador.

—Todo ayuda —manifestó Pitt.

—Es un barco naufragado del siglo IV. Lo descubrieron unos buceadores aficionados en los años sesenta.

—¿Romano?

—No estoy seguro. El informe arqueológico aporta una datación, pero indica que encontraron algunas armas romanas entre los objetos recuperados. Como sabes, Chipre nunca tuvo gran importancia militar para los romanos, pero sí como fuente de abastecimiento de cobre y cereales. Y también vino, por supuesto. Por lo tanto, la existencia de armas en el pecio puede ser significativa.

—Aunque sea un disparo a ciegas, vale la pena echarle una ojeada. ¿Dónde se encuentra el pecio?

—Lo localizaron frente a una ciudad llamada Pissouri, cerca de donde estás tú, en la costa sur. El barco se halla a unos cuatrocientos metros de la playa pública. He encontrado una referencia posterior que indica que el lugar fue excavado parcialmente en los noventa y que los objetos se exhiben en el Museo Arqueológico de Limassol.

—Eso nos pilla muy a mano —dijo Pitt—. ¿La ubicación concuerda con las rutas

comerciales romanas?

—Los barcos mercantes de la época que navegaban desde Judea seguían la costa de levante de camino a Constantinopla. Lo mismo vale para las galeras romanas, que por lo general navegaban de cabotaje para aprovechar las aguas calmas. Pero nuestro conocimiento de las prácticas marítimas de la época es limitado.

—Tal vez no pretendían navegar a Chipre —señaló Pitt—. Gracias, Julien, investigaremos ese pecio.

—Continuaré buscando. Mientras tanto, buena caza.

En el momento en que Pitt colgaba el teléfono, sus dos hijos entraron en el puente, cada uno de ellos con una pequeña mochila a la espalda.

—¿Abandonáis el barco antes de que comencemos la búsqueda? —preguntó Pitt.

—¿Tienes un punto de partida? —preguntó Summer a su vez.

—El bueno de Perlmutter acaba de ayudarme para que diseñe una cuadrícula de búsqueda.

—Le he pedido a Dirk que me ayude a buscar en los archivos locales —dijo Summer—. Podríamos encontrar algunas referencias locales al Manifiesto, o quizá sobre la historia de la piratería local. ¿No te importa si nos reunimos contigo dentro de un par de días?

—No, parece buena idea. ¿Cuál es vuestra primera parada?

—La verdad es que no sabemos de ninguna fuente local. No tendrás por casualidad alguna sugerencia...

Pitt no pudo evitar sonreír mientras miraba el papel en el que había tomado notas durante la conversación con Perlmutter.

—Resulta —dijo guiñándoles un ojo— que sé exactamente adónde deberíais ir.

Summer y Dirk encontraron el Museo Arqueológico de Limassol en un edificio moderno situado al este del centro de la ciudad, no muy lejos de los bonitos jardines municipales. Una amplia colección de cerámicas y objetos de la larga historia de Chipre, algunos anteriores a 2000 a. de C., se exhibían en sencillas urnas de cristal en las tres salas del edificio.

Summer admiró una exposición de figurillas de animales de terracota del período arcaico mientras esperaban al conservador del museo.

—Soy Giorgos Danellis. ¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó un hombre de cara redonda y acento griego.

Summer se presentó.

—Nos interesa un pecio del siglo IV que se descubrió cerca de Pissouri —explicó.

—Sí, el pecio Pissouri —asintió Danellis—. Se exhibe en la sala tres. —Mientras los guiaba hasta la sala, preguntó—: ¿Pertenece al Museo Británico?

—No, trabajamos para la National Underwater and Marine Agency —contestó Dirk.

—Ah, perdón —dijo el conservador—. Hace unos días estuvo aquí un hombre que preguntó por la misma cuestión. Creí que estaban relacionados.

Se acercó a una gran urna de cristal que contenía docenas de objetos. Summer vio que la mayoría eran recipientes de cerámica, junto con algunos trozos de fragmentos de madera con molduras de hierro oxidadas.

—¿Qué puede decirnos del barco? —preguntó.

—Data de la primera mitad del siglo IV —respondió el conservador, y señaló una moneda de plata corroída en un estante inferior—. Este denario romano encontrado en el naufragio muestra al emperador Constantino con laureles, lo que indica que la nave se hundió alrededor del año 330.

—¿Era una galera romana? —preguntó Dirk.

—Se barajaron varias hipótesis en ese sentido cuando lo descubrieron, pero la mayoría de los expertos creen que era una galera mercante. Los análisis de las muestras de madera indican que se construyó con pino del Líbano, y eso apoya la hipótesis. —Señaló un dibujo colgado en la pared de una galera con la proa muy alta y velas cuadradas—. Los arqueólogos creen que era un barco mercante que transportaba cereales o aceite de oliva.

Dirk señaló una empuñadora de espada que había detrás de una vasija de arcilla.

—¿Llevaba armas a bordo?

—Al parecer había muchas más, pero ese fragmento de espada es lo único que recuperamos —explicó el conservador—. Los arqueólogos tuvieron que realizar una excavación urgente cuando se descubrió que el pecio estaba siendo saqueado

sistemáticamente por ladrones. Se dice que muchas armas ya habían desaparecido del pecio cuando llegaron los arqueólogos.

—¿Cómo explica la presencia de tantas armas en una nave mercante? —preguntó Summer.

El conservador se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Quizá formaban parte de la carga. O quizá un oficial de alto rango viajaba a bordo.

—Hay otra posibilidad —intervino Dirk.

Danellis y Summer le miraron, curiosos.

—En mi opinión, esta nave bien podría ser un barco pirata. Me recuerda el relato que leí en Cesarea de la captura de un barco pirata chipriota que llevaba armas romanas a bordo.

—Sí, podría ser el caso —admitió el conservador—. Algunas de las pertenencias de la tripulación eran bastante lujosas para la época —añadió, y señaló un plato de cristal y una elegante copa de cerámica.

—Señor Danellis, ¿se conocen otros naufragios de aquellos años en aguas chipriotas? —preguntó Summer.

—No. Se sospecha que en la costa norte hay un pecio de la Edad del Bronce, pero hasta el momento éste es el más antiguo del que tengo conocimiento. ¿Qué les interesa exactamente?

—Estamos investigando una galera romana que navegaba en representación de Constantino y que pudo haberse perdido en aguas chipriotas. Debió de ser más o menos por la misma época que el pecio de Pissouri.

—No sé nada al respecto —reconoció el conservador—. Pero quizá quieran hacer una visita al monasterio de Stavrovouni.

Summer le dirigió una mirada escéptica.

—¿Por qué un monasterio?

—Aparte de su hermosa ubicación, el monasterio alojó a la madre de Constantino, Helena, en su viaje de regreso de Tierra Santa con la Vera Cruz.

El *Aegean Explorer* se acercó poco a poco a la costa y luego viró y se dirigió de nuevo a mar abierto al mismo ritmo lento. Un cable delgado se extendía tenso por la popa y desaparecía debajo de la superficie. Cincuenta metros más allá, el cable tiraba de una pequeña cápsula con forma de puro que se deslizaba por el agua a un par de metros del fondo. Dos transductores instalados en el interior enviaban ondas sonoras que rebotaban en el fondo y grababan el tiempo de retorno. Los procesadores a bordo del barco convertían las señales del sonar en una imagen visual del relieve del fondo marino.

Pitt, sentado en el puente, observaba en una pantalla de vídeo las imágenes del sonar: una superficie ondulada y sembrada de rocas. Giordino dejó de mirar por encima del hombro de Pitt y examinó la playa con unos prismáticos.

—¿Disfrutando de las vistas? —preguntó Gunn.

—No están mal —respondió Giordino—. Un par de bellas jovencitas refugiándose del sol en una cueva marina...

La playa de Pissouri era una estrecha franja de arena con altos acantilados y, arriba, el pueblo del mismo nombre. Aunque muy popular entre los soldados británicos de la cercana base de Akrotiri, esa playa todavía era una de las más tranquilas de la costa sur.

—Por lo que parece, pronto nos quedaremos sin frente marítimo —comentó Giordino al ver que el barco se alejaba hacia el este en su rastreo por la cuadrícula de búsqueda.

—Eso solo puede significar que nos acercamos al pecio —manifestó Pitt, optimista.

Como una respuesta a sus palabras, el pecio de Pissouri apareció en la pantalla unos minutos más tarde. Giordino y Gunn se acercaron para ver la imagen. Más que una nave parecía un montículo alargado con pequeñas secciones de la quilla y del armazón que el movimiento de la arena dejaba a la vista. Sin embargo, que quedasen esos restos de un barco de mil setecientos años de antigüedad era un milagro.

—Desde luego, parece un pecio muy antiguo —opinó Gunn.

—Es el único que hemos encontrado frente a Pissouri, tiene que ser la nave del siglo IV de Perlmutter —dijo Giordino—. Me sorprende que no esté más cerca de la orilla —añadió al ver que se habían alejado casi un kilómetro de la playa.

—No olvides que hace dos mil años el Mediterráneo era menos profundo —comentó Gunn.

—Eso lo explicaría —admitió Giordino—. ¿Vamos a bajar? —preguntó a Pitt.

—No es necesario —respondió—. En primer lugar, porque ya lo dejaron limpio. Y segundo, porque no es nuestro pecio.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Gunn.

—Me llamó Summer. Dirk y ella vieron los objetos expuestos en el museo de Limassol. Los arqueólogos que los recuperaron están seguros de que no es una galera romana. Dirk cree que podría ser una segunda nave pirata que participó en el ataque a los romanos. Quizá valdría la pena hacer una inmersión más tarde, pero Summer me dijo que el pecio había sido saqueado antes de que llegaran los arqueólogos.

—Entonces, ¿lo utilizamos como punto de partida? —preguntó Gunn.

—Es el dato más seguro que tenemos —dijo Pitt—. Si el barco pirata se hundió aquí, cabe esperar que el barco romano se halle por los alrededores.

Giordino se sentó cerca de la pantalla y se puso cómodo.

—Bien, pues sigamos buscando. Como dijo aquél, Roma no se construyó en un día.

Summer salió rumbo al este por la carretera principal de la costa desde Limassol; Dirk prefería que condujera ella porque acababa de volver de Inglaterra. Chipre, que había sido colonia inglesa durante la primera mitad del siglo XX, aún conservaba vestigios de la antigua dominación británica. El inglés se hablaba casi en todas partes, la moneda en el área griega, el sur del país, se llamaba libra, y se conducía por la izquierda.

El coche de alquiler giró tierra adentro, hacia Nicosia, por una carretera bien pavimentada. La carretera comenzó a subir poco a poco cuando se acercaban a los extremos orientales de las montañas Trodoos. Atravesaron colinas desoladas y se desviaron por una angosta carretera asfaltada. A partir de ahí, la pendiente era muy pronunciada y avanzaba en un trazado sinuoso que ascendía por una pequeña montaña. En lo alto se hallaba el monasterio de Stavrovouni. Summer dejó el coche en un pequeño aparcamiento al pie del monasterio. Cruzaron la entrada desierta y se dirigieron hacia la escalera de madera que llevaba a la cumbre. Un mendigo vestido con andrajos y un sombrero de ala ancha estaba sentado por allí cerca; tenía la cabeza gacha, parecía dormido. Los hermanos lo pasaron de largo de puntillas y subieron hasta el monasterio. El lugar ofrecía unas vistas imponentes de todo el sudeste de la isla. Atravesaron por un patio abierto y se acercaron a un monje de rostro severo y hábito de lana que estaba junto a la entrada del monasterio.

—Bienvenidos a Stavrovouni —dijo con reservas, y miró a Summer—. Quizá no lo sepa, pero aquí somos devotos de san Atanasio el Atónita. No permitimos la entrada de mujeres en el monasterio.

—Por lo que yo sé, usted no estaría aquí si no fuese por una mujer —respondió ella en tono agrio—. ¿El nombre de Helena no le suena?

—Lo siento mucho.

Summer puso los ojos en blanco y se volvió hacia Dirk.

—Creo que me quedaré aquí y miraré los frescos. —Señaló las paredes pintadas del patio—. Disfruta de la visita.

Dirk se inclinó hacia su hermana.

—Si no he vuelto dentro de una hora —susurró—, es que he decidido ingresar en esta orden.

Dejó que su hermana rabiase y siguió al monje a través de una puerta de madera abierta.

—¿Puede hablarme del papel que Helena tuvo en este monasterio y de la historia del lugar? —preguntó Dirk.

—En tiempos muy antiguos, en esta cumbre había un templo griego. Llevaba muchos años abandonado y se hallaba en un estado ruinoso cuando Helena llegó a

Chipre después de su peregrinaje a Jerusalén. Se dice que la santa puso fin a los treinta años de sequía que asolaron esta tierra. Mientras estaba en Chipre, tuvo un sueño en el que se le decía que construyese una iglesia en nombre de la venerable cruz. Stavrovouni, por si acaso no lo sabe, significa Montaña de la Cruz. Helena construyó aquí la iglesia y dejó la cruz del ladrón arrepentido que había traído de Jerusalén y un fragmento de la Vera Cruz.

El monje llevó a Dirk a la pequeña iglesia, dejó atrás el gran iconostasio de madera y llegó al altar, donde había una gran cruz de madera revestida de plata. Un pequeño marco de oro incrustado en la cruz protegía un fragmento de madera mucho más pequeño.

—La iglesia ha sufrido la destrucción y el vandalismo a lo largo de los siglos —explicó el monje—. Primero a mano de los mamelucos y más tarde de los otomanos. Me temo que, salvo por este trozo sagrado de la Vera Cruz —señaló el fragmento en el marco de oro—, queda muy poco del legado de Helena.

—¿Sabe de alguna otra reliquia de Jesús que Helena pudiera haber dejado en Chipre? —preguntó Dirk.

El monje se rascó la barbilla.

—No, yo no sé de ninguna, pero debería hablar con el hermano Andros. Es nuestro historiador. Vamos a ver si está en su despacho.

El monje llevó a Dirk por un pasillo en el que había varias habitaciones austeras para huéspedes. Un par de pequeños despachos ocupaban el fondo; Dirk vio a un hombre delgado que se despedía de un monje y luego se encaminaba hacia ellos.

Cuando se cruzaron, Dirk preguntó:

—¿Ridley Bannister?

—Vaya, sí —respondió Bannister, sorprendido; miró a Dirk con recelo.

—Me llamo Dirk Pitt. Acabo de leer su último libro sobre sus excavaciones en Tierra Santa. Lo he reconocido por la foto de la solapa. Debo decirle que disfruté leyendo sobre sus descubrimientos.

—Muchas gracias —dijo Bannister, y le estrechó la mano. Luego, una mirada indecisa apareció en su rostro—. ¿Ha dicho que se apellida Pitt? ¿No tendrá por casualidad una pariente llamada Summer?

—Sí, mi hermana. Se ha quedado en la entrada. ¿La conoce?

—Creo que nos conocimos en una conferencia sobre arqueología hace algún tiempo —tartamudeó Bannister—. ¿Qué le trae a Stavrovouni? —preguntó para cambiar de tema cuanto antes.

—Hace poco, Summer encontró pruebas de que Helena pudo haber enviado algo más que la Vera Cruz desde Jerusalén, y que dichas reliquias pudieron haberse perdido en Chipre. Confiamos en encontrar pistas del paradero de la galera romana que transportaba esos objetos.

La penumbra del pasillo disimuló la súbita palidez de Bannister.

—Un proyecto fascinante —opinó—. ¿Tienen algún indicio de dónde pueden hallarse esas reliquias?

—Hemos empezado por un pecio bien conocido que está cerca de un lugar llamado Pissouri. Pero, como sabe, las pistas de hace dos mil años son difíciles de encontrar.

—Por supuesto. Bien, debo marcharme. Ha sido un placer conocerle, señor Pitt. Buena suerte en su búsqueda.

—Gracias. No olvide saludar a Summer cuando salga.

—Lo haré.

Bannister, por supuesto, no tenía tal intención. Recorrió rápidamente el pasillo, entró de nuevo en la iglesia y encontró una salida lateral en la pared opuesta. Salió a la luz del sol, avanzó con cautela hasta el patio y vio que Summer estaba contemplando un fresco. Esperó hasta que le dio la espalda, y entonces cruzó el patio con mucho sigilo. Llegó a la escalera sin que Summer lo viera.

Al bajar la escalera a toda prisa casi tropezó con el mendigo. Fue hasta su coche y condujo lo más rápido que pudo por la sinuosa carretera; cuando llegó a la autovía aparcó detrás de un grupo de algarrobos y se quedó a la espera de que pasasen Dirk y Summer.

Segundos después de que Bannister saliese del aparcamiento del monasterio, otro coche se puso en marcha, avanzó hasta el pie de la escalera, se detuvo y aguardó a que el sucio mendigo se levantara y subiera al coche. Al quitarse el sombrero, el mendigo dejó a la vista una larga cicatriz en el lado derecho de la mandíbula.

—Deprisa —ordenó al chófer—. No permita que lo perdamos de vista.

Summer estaba en el otro extremo del patio cuando Dirk salió del monasterio.

—¿Qué tal en el club de los chicos? —preguntó con una pizca de amargura.

—No es el fiestorro que estás imaginando.

—¿Has tenido suerte?

Dirk le contó lo que le habían explicado sobre la historia de la iglesia y el trozo de la Vera Cruz.

—Hablé con el historiador, pero tenía muy poco que añadir en cuanto a la visita de Helena a Chipre. El lugar ha sido saqueado muchas veces, no se conservan archivos históricos. En resumen: salvo por la Vera Cruz, nadie sabe nada de las reliquias.

—¿No sabía nada de la flota de Helena?

Dirk negó con la cabeza.

—Hasta donde se sabe, Helena llegó y zarpó de Chipre sin incidentes.

—Entonces Plautio y su galera debieron de ser atacados antes de la llegada de Helena.

Summer cogió a Dirk del brazo y lo llevó hacia una de las paredes del patio.

—Mira esto.

Señalaba un trío de grandes frescos pintados en una sección lineal de la pared en sombras. A primera vista los frescos parecían desvaídos, casi invisibles. Dirk se acercó y observó el primero. Era la típica representación de la Virgen y el Niño: Jesús infante con una aureola en brazos de María. Ambas figuras tenían los ojos muy grandes y estaban representados sin perspectiva, como todas las pinturas de muchos siglos atrás. El siguiente panel mostraba una escena de la crucifixión, Jesús en la cruz, su cabeza colgando en agonía. Dirk se fijó en algo poco habitual: los dos ladrones aparecían colgados en las cruces vecinas.

Después se acercó al tercer fresco, donde Summer aguardaba con expresión complacida. Mostraba a una mujer coronada, representada de perfil, que señalaba hacia la esquina superior del fresco. El dedo apuntaba a una imponente montaña verde con, en lo alto, un par de cruces. No había duda de que aquélla era la colina de Stavrovouni.

—¿Helena? —preguntó Dirk.

—Tiene que serlo... —respondió Summer—. Y ahora mira abajo.

Dirk observó con atención la parte inferior del fresco, y vio una sección de un azul descolorido que representaba el mar. Las tres naves representadas en el agua apenas se veían debajo del perfil de Helena. Era una representación burda; las naves tenían todas más o menos el mismo tamaño y eran impulsadas por velas y remos. Con la perspectiva correcta, Dirk vio que dos de los barcos parecían perseguir al tercero.

Sin apartar la mirada de la pintura, señaló las dos naves perseguidoras.

—Esta parece estar hundiéndose por la popa —comentó—, mientras que la otra vira hacia mar abierto.

—Mira la vela del barco que va en cabeza —dijo Summer.

Dirk forzó la mirada y vio un símbolo borroso en la vela de la nave. Parecía una «X» con, en el centro, una «P» con un palo muy largo.

—Es el monograma Chi-Rho utilizado por Constantino —explicó la joven—. Era un símbolo divino; se dice que se le apareció en sueños antes de su victoria en la batalla del puente Milvio. A partir de entonces lo utilizó en su estandarte de batalla y como emblema de su gobierno.

—Entonces esta pintura representa la llegada de Helena a Chipre con una escolta... —comenzó Dirk.

—O la galera de Plautio escapando de dos naves piratas chipriotas —le interrumpió Summer para acabar la frase.

Un desconchado en el fresco ocultaba el rumbo de la galera, pero la continuación de la línea de la costa en la parte inferior indicaba que se dirigía hacia tierra. Un poco por encima del horizonte había una imagen pequeña de una mujer desnuda que emergía del mar con un delfín a cada lado.

—No entiendo qué significa esto —dijo Summer mientras Dirk examinaba la imagen.

En aquel momento, el monje de expresión severa pasó junto a ellos con un par de turistas franceses de camino a la iglesia. Dirk le detuvo y le preguntó por los frescos.

—Sí, son muy antiguos —dijo el monje—. Los arqueólogos creen que datan de la era bizantina. Algunos afirman que estas paredes forman parte de la iglesia original, pero nadie lo sabe a ciencia cierta.

—Este último fresco —intervino Summer—, ¿representa a Helena?

—Sí —confirmó el monje—. Llegó por mar y tuvo la visión de la iglesia en la cumbre del Stavrovouni.

—¿Sabe quién es esta figura? —Summer señaló la mujer desnuda.

—Tiene que ser Afrodita. Verá, el monasterio se construyó sobre las ruinas de un templo a Afrodita. Tal vez el artista quería rendir homenaje al lugar antes de que Helena ordenase la construcción de la iglesia.

Summer le dio las gracias y siguió al monje con la mirada hasta que hubo cruzado la puerta del monasterio.

—Bueno, estamos cerca —opinó—. Al menos ya sabemos que había dos barcos piratas.

—La escena parece indicar que la nave romana seguía a flote después del combate contra los piratas. Iba a alguna parte. —Dirk no apartó la vista hasta que los ojos se le nublaron. Por fin se separó del fresco y acompañó a Summer hacia la

salida.

—Creo que hemos conseguido todo lo que se podía encontrar aquí —comentó—. Por cierto, ¿has hablado con Ridley Bannister?

—¿Ridley qué? —repitió ella cuando descendían la escalera hacia el aparcamiento.

—Ridley Bannister, el arqueólogo británico. Dijo que te conocía.

La mirada de Summer reflejaba que no tenía ni idea de a quién se refería, así que Dirk le describió su encuentro en el monasterio.

—No sé quién es —dijo ella. Entonces los engranajes de la sospecha comenzaron a girar en su cabeza—. ¿Qué aspecto tiene?

—Delgado, de complexión mediana, pelo rubio. Diría que a las mujeres debe de parecerles atractivo.

Summer se detuvo en seco.

—¿Te fijaste si llevaba un anillo?

Dirk reflexionó un momento.

—Sí, creo que sí. En el dedo anular derecho. Me di cuenta cuando nos dimos la mano. Era de oro, con un diseño curioso, como algo sacado de la Edad Media.

El rostro de Summer enrojeció de furia.

—Es el tipo que nos robó el Manifiesto, a Julie y a mí, a punta de pistola. Nos dijo que se llamaba Baker.

—Es un arqueólogo muy conocido y respetado —replicó Dirk.

—¿Respetado? —exclamó Summer, furiosa—. Me juego lo que quieras a que ya está buscando la galera.

—Uno de los monjes me dijo que Bannister estaba escribiendo un libro sobre Helena.

Cuando llegaron al coche, Summer estaba que echaba chispas. La imagen de Bannister robándole el Manifiesto en el sótano de la mansión de Kitchener llenaba su mente. Enfiló con agresividad la sinuosa carretera; su furia se reflejaba en su manera de conducir. Al entrar en la carretera principal, no se le pasó por la cabeza que la fuente de su ira estaba en el coche que los seguía.

Su enfado se atenuó cuando llegaron a las afueras de Limassol. Cuando se acercaron a los muelles, se sentía animada.

—Si Bannister está aquí, es que la galera existe —le dijo a su hermano.

—Y todavía no la ha encontrado —afirmó él.

Summer asintió satisfecha. «Quién sabe —pensó—, quizá estamos más cerca de lo que creemos».

—¿Ya nos vamos? —preguntó Summer.

En el puente del *Aegean Explorer*, Summer miraba cómo un par de tripulantes recogían la amarra de proa. Había pasado menos de una hora desde que el barco había amarrado en el muelle de Limassol y Dirk y ella habían subido a bordo.

Pitt se encontraba cerca del timón, con una taza de café en la mano.

—Tenemos que volver a la parte occidental de la península de Akrotiri para vigilar el VAS de Rudi —respondió.

—Creía que estabais realizando el sondeo con el sonar lateral.

—Así es. Hemos acabado nuestra primera cuadrícula frente a Pissouri y vamos a empezar una nueva por el oeste. Pero Rudi reconfiguró el VAS para que trabajase como un sonar lateral, y lo hemos puesto a trabajar. Ahora está recorriendo una cuadrícula mayor al este de Pissouri. Nosotros seguiremos hacia el oeste con el *Explorer* y así cubriremos el doble de terreno.

—Tiene sentido —convino la muchacha—. ¿Cuánto tiempo estará sumergido el VAS?

—Otras dieciocho horas. Eso nos da un margen bastante amplio para trabajar por nuestra cuenta antes de venir a recogerlo.

—Papá, siento que no hayamos encontrado nada más prometedor para seguir adelante.

—El fresco parece confirmar que el pecio de Pissouri era uno de los barcos piratas. Si la galera existe, tenemos posibilidades de encontrarla.

El *Aegean Explorer* puso rumbo al sur, rodeó la rechoncha península de Akrotiri y luego viró al noroeste, hacia Pissouri, a unas veinte millas. Pronto los sensores del barco de investigación hicieron contacto con un par de boyas transductoras, las cuales retransmitían los datos que enviaba el VAS en su recorrido por encima del fondo marino, a sesenta metros de profundidad. Mientras Gunn y Giordino revisaban los resultados del VAS, Pitt lanzó el sonar lateral por la borda del *Explorer* y compartió las tareas de control con Dirk y Summer.

Eran las nueve de la mañana siguiente cuando Summer subió al puente con una taza de café caliente, preparada para relevar a su padre delante de la pantalla.

—¿Alguna novedad en la película?

—Hasta ahora es una repetición —respondió Pitt; se puso de pie y se estiró—. La misma roca y la misma arena durante toda la noche. Aparte del pequeño pesquero hundido que vio Dirk, poca cosa más.

—Acabo de hablar con Al —dijo Summer al tiempo que se sentaba en el asiento de Pitt—. Dice que hasta ahora han tenido los mismos resultados con el VAS.

—Estamos casi al final de esta cuadrícula —le informó Pitt—. ¿Debemos seguir

buscando hacia el oeste?

—Cuando se trata de encontrar un pecio, sé que debo confiar en tu instinto —dijo Summer con una sonrisa.

—Pues decidido, al oeste —afirmó Pitt con un guiño.

El capitán Kenfield se acercó desde el timón y desplegó sobre la mesa una carta náutica de la zona.

—¿Dónde quiere configurar la nueva cuadrícula? —preguntó a Pitt.

—Solo ampliaremos la cuadrícula actual y nos acercaremos todo lo posible a la costa. Vayamos otras dos millas al oeste, hasta este punto de aquí. —Señaló un pequeño promontorio costero en la carta.

—Me parece bien —asintió Kenfield—. Trazaré las coordenadas de Petra tou Romiou, como pone en la carta, o la Roca de Afrodita.

Summer se irguió en la silla.

—¿Ha dicho la Roca de Afrodita?

Kenfield asintió, luego cogió una guía de Chipre muy usada del estante de detrás de la mesa de cartas.

—Lo leí anoche. Petra tou Romiou, o Roca de Romiou, tomó su nombre de un héroe popular bizantino que se dice arrojó enormes peñascos al mar para mantener alejados a los piratas. Las formaciones rocosas todavía se ven cuando baja la marea. Sin embargo, el lugar también se conoce desde tiempos antiguos como el emplazamiento donde Afrodita, la diosa patrona de Chipre, emergió del mar en una nube de espuma.

—Papá, eso es —dijo Summer que se levantó de un salto—. La imagen de Afrodita estaba en el fresco. No representa el templo en Stavrovouni, donde se levanta el monasterio. Sino hacia donde iba la galera romana. Alguien en la orilla, o quizá los mismos piratas, vieron que la galera huía hacia las rocas.

—Eso queda más o menos a la vista desde donde se halla el pecio de Pissouri —observó Kenfield.

—Vale, lo creo —manifestó Pitt con una sonrisa ante el entusiasmo de su hija—. Vamos a la Roca de Afrodita. Veamos si la diosa nos muestra un poco de amor.

Poco más tarde llegaron al final del recorrido de la cuadrícula y recogieron la cápsula del sonar. En el momento en que el barco cambió de rumbo para continuar la investigación a lo largo de la costa, en el puente reinaba el optimismo. Dominados por el entusiasmo, nadie se fijó en una motora que los seguía a media milla y desde la que Ridley Bannister vigilaba el barco turquesa con unos prismáticos pegados a los ojos.

Seis horas más tarde, la diosa Afrodita mostraba a la gente de la NUMA cualquier cosa menos amor. En el fondo marino alrededor de Petra tou Romiou no había ni rastro de ningún artefacto hecho por el hombre. Dirk, de nuevo de turno, miraba la interminable sucesión de piedra y arena en la pantalla, mientras Summer y Pitt merodeaban por allí con la esperanza de que sonara la flauta. Giordino entró en el puente y se dio cuenta de que el entusiasmo de Summer había dado paso a la desilusión.

—El VAS emergerá dentro de unos cuarenta y cinco minutos —informó a Pitt.

—Solo nos faltan unos minutos para acabar este sondeo —dijo Dirk.

—De acuerdo, cuando crucemos el punto final, apágalo, luego iremos a recoger el gran pez —dijo Pitt.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Giordino.

—Si te gustan los jardines de piedras, este fondo marino te encantará —contestó Dirk.

Giordino se acercó al timón y miró por la ventana de proa. Al ver que estaban cerca de la costa, cogió unos prismáticos y observó la playa cubierta de cantos rodados que se hallaba al oeste de una gran formación rocosa.

—¿Alguna diosa griega tumbada por allí? —preguntó Summer con una pizca de desdén.

—No, las diosas han abandonado la playa en esta soleada tarde. Incluso las oscuras cuevas marinas están vacías de espíritus.

Pitt se le acercó con una mirada interrogante.

—¿Me dejas echar una ojeada?

Mientras Pitt observaba la costa, Dirk anunció que habían llegado al final del sondeo.

—Al, ¿puedes ayudarme a recoger el sonar? —preguntó al tiempo que apagaba el sistema.

—A tu servicio —contestó Giordino, y los dos hombres fueron hacia popa.

Pitt mantuvo la mirada fija en la costa, y luego se volvió hacia Kenfield.

—Capitán, llévenos un poco más cerca de la playa, en un rumbo de veinte grados.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Summer.

—Solo exploro la posibilidad de que el rey Al haya descubierto oro una vez más.

En cuanto el *Aegean Explorer* entró en aguas poco profundas, Pitt pudo ver mejor la costa. Desde una playa de cantos rodados alrededor de Petra tou Romiou, el terreno ascendía con brusquedad hacia el este y se elevaba en blancos acantilados de varios cientos de metros de altura. Las olas del Mediterráneo golpeaban la base de los acantilados con gran estruendo y alzaban la espuma contra los peñascos que

bordeaban el agua. En la parte baja del acantilado había hendiduras en la piedra caliza donde el mar había abierto un agujero o una cueva marina, como Giordino la había llamado. Eran las cuevas lo que había llamado la atención de Pitt, y las observó una tras otra con atención. Por fin se centró en una en particular: una pequeña abertura negra, apenas por encima del agua, con rocas alrededor de su perímetro.

—Sonar a bordo —anunció Dirk, que entró otra vez al puente con Giordino.

Pitt bajó los prismáticos.

—Capitán, ¿cuál es la altura de la marea en este momento?

—La marea alta acaba de pasar —contestó Kenfield—. Aquí la amplitud de la marea es mínima, de unos sesenta centímetros.

Pitt asintió con una leve sonrisa y se volvió hacia Gunn.

—Rudi, tú has hecho algunos mapas oceánicos. ¿Cuánto crees que ha cambiado el nivel del Mediterráneo en los últimos mil setecientos años?

Gunn se rascó la cabeza.

—El nivel del mar es dos o tres metros mayor que hace dos mil años. Puedo darte una estimación más ajustada si consulto la base de datos de la NUMA.

—No es necesario. —Pitt volvió a mirar la cueva marina—. Creo que cabría por allí —murmuró.

—Tenemos que ir a recuperar el VAS ya —insistió Gunn.

—Vale, pero antes de que te vayas, necesito que nos bajes a Summer y a mí en la Zodiac. Dirk, si quieres venir...

—No, gracias, papá. Ya he cumplido mi cuota de búsquedas inútiles con Summer. Iré a ayudar con el VAS.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Summer.

—A ese acantilado, claro. —Pitt señaló la costa y sonrió—. ¿En qué otro lugar vamos a encontrar una galera romana?

El *Aegean Explorer* partió hacia el este para recoger el VAS, y Pitt aceleró el motor fueraborda de la Zodiac nueva y se dirigió a la costa. Summer iba sentada en la proa, con su larga cabellera pelirroja flotando al viento y una expresión animada en el rostro mientras se acercaban a la caverna marina. La baja abertura al borde del agua reflejaba poca luz, y Pitt dedujo que la cueva se adentraba bastante en el acantilado.

Al acercarse, Pitt vio que la entrada era lo bastante grande para que la Zodiac pasara. Si bien había marea baja, las olas hacían que el paso por la abertura fuese un tanto arriesgado. Al ver un grupo de piedras planas a la derecha, colocó la neumática de costado, y esperó a que una ola los acercara hasta ahí. Summer se apresuró a saltar y amarró el cabo a un peñasco.

—Por lo visto tendremos que mojarnos —dijo Pitt, que cogió una linterna y desembarcó de la Zodiac.

Avanzaron por las piedras hasta que no les quedó más remedio que meterse en el agua cerca de la entrada. Unas piedras sumergidas formaban un saliente, y Pitt lo siguió hasta la entrada, donde una pequeña ola lo empapó. Encendió la linterna y la sostuvo en alto. Vio que a lo largo de seis metros la cueva entraba como un túnel y luego se ampliaba en la penumbra.

Se detuvo a esperar a que Summer acabase de recorrer los resbaladizos peñascos y le agarró la mano cuando estuvo a punto de caerse.

—Nadando sería más fácil —jadeó la muchacha.

—He visto una repisa seca ahí delante —dijo Pitt, al tiempo que alumbraba a uno y otro lado.

Sin separarse de la pared, avanzaron poco a poco y resultó que la repisa sumergida por la que avanzaban se elevaba suavemente hasta que quedaron fuera del agua. El techo alcanzó una altura extraordinaria cuando el túnel dio paso a una inmensa caverna.

El agua pasaba a través de un canal curvo con la forma de una «U» grande, una indicación de que volvía hacia el mar. Pitt advirtió que las aguas no parecían estancadas sino que fluían con una ligera corriente.

Avanzaron unos pocos metros más hasta llegar a un gran montículo arenoso. A Pitt le sorprendió que una luz suave iluminara la caverna. Al mirar hacia lo alto vio que unos rayos de sol se filtraban por una fisura en la cara del acantilado.

De pronto, Pitt notó que la mano de Summer le sujetaba el brazo con fuerza.

—¡Papá! —gritó ella.

Vio que su hija tenía la mirada clavada en el frente. Al volverse, esperaba ver un murciélago, o quizá una serpiente en el suelo. Pero lo que vio fue el casco de un barco antiguo.

La nave estaba clavada en posición vertical en un banco de arena y, en aquella débil luz, parecía muy poco dañada. Al acercarse vio que era un diseño antiguo. La proa en ángulo se alzaba en un arco muy alto que volvía sobre sí mismo hasta quedar por encima de la cubierta. En los lados, por encima de la línea de flotación, había una docena de pequeños agujeros redondos, y dedujo que eran las aberturas para los remos. No había ningún remo a la vista, solo trozos de madera que colgaban de algunos de los agujeros.

Al acercarse a la nave cubierta de polvo, vieron que su único mástil estaba partido cerca de la base, caído sobre la cubierta de popa. Pitt alumbró la popa elevada y alcanzó a ver el esqueleto de un hombre tumbado sobre el timón.

—Es una galera —dijo Pitt con una sonrisa—. Muy antigua, por lo que se ve. Seguramente el mástil se partió cuando entró en la caverna.

Summer, impresionada por el hallazgo, guardó silencio. Se acercó a la proa y por fin encontró las palabras para llamar a su padre.

—Papá, mira esto.

La proa de la galera era una masa de maderas destrozadas a la altura de la línea de flotación. Al mirar con más atención, vieron varias puntas de cobre retorcidas que asomaban horizontales a cada lado.

—Es el único daño real que presenta el casco —comentó Summer—. Tuvieron que chocar contra el acantilado unas cuantas veces antes de conseguir meterse en la gruta.

—Es posible que en algún momento aquí llevase montado un espolón —murmuró Pitt.

Subió por la proa utilizando las puntas como peldaños y saltó por encima de la borda. Lo que vio a bordo casi lo dejó sin aliento. Toda la cubierta estaba sembrada de esqueletos vestidos con restos de túnicas descoloridas, algunos con espadas todavía sujetas a los huesos de las manos. Había escudos y lanzas dispersos por todas partes; una imagen terrible de una sangrienta lucha a muerte.

—¿Algún indicio de que sea romana? —preguntó Summer desde abajo.

—Por supuesto que lo es.

Summer se quedó de piedra. Pero no por el tono frío con que se habían dicho esas palabras, sino porque no las había pronunciado Pitt.

Se giró y vio que la figura de Ridley Bannister salía de la oscuridad, con la ropa empapada del pecho para abajo. Sujetaba una pequeña cámara de vídeo. La puso en marcha y una luz azul iluminó la caverna.

—Vaya, si es el muy respetado arqueólogo Ridley «Baker» Bannister —se mofó Summer cuando él se acercó—. ¿Esta vez trae su pistola?

—Oh, no. Ése era el revólver del mariscal de campo Kitchener. Lamento decirle que no tenía balas. —Levantó la cámara de vídeo para que ella la viese—. Me alegra

verla de nuevo, señorita Summer. Ahora, si es tan amable de apartarse, procederé a documentar mi descubrimiento.

—¿Su descubrimiento? —Summer notó que la sangre comenzaba a hervirle en las venas—. Cerdo mentiroso, usted no ha encontrado nada.

—Pues ahora es mío. Supongo que debo decirle que tengo muy buena relación con el director de Antigüedades de Chipre. Poseo los derechos en exclusiva de la película y los libros sobre el descubrimiento que usted con tanta amabilidad me ha ayudado a conseguir. No olvidaré dejar nota de su generosa contribución.

Bannister se acercó la cámara a un ojo y comenzó a filmar el exterior de la galera.

—Por cierto, ¿el Manifiesto está a bordo? —preguntó al tiempo que filmaba el costado de la nave.

Al enfocar la proa dañada, no advirtió que Summer echaba a correr en su dirección hasta que fue demasiado tarde. Le arrancó la cámara de las manos y la arrojó contra las piedras. Se oyó el ruido de las lentes al romperse, pero la luz azul externa de la cámara permaneció encendida.

Bannister miró la cámara rota y poco a poco montó en cólera. Sujetó a Summer, más alta que él, por las solapas de la camisa y comenzó a sacudirla, furioso. Summer, que practicaba judo, se preparaba para tumbarle cuando una ráfaga de disparos resonó por toda la caverna.

La muchacha notó que los dedos de Bannister soltaban su camisa. El arqueólogo le dirigió una mirada de dolor y luego cayó muy lentamente al suelo. Allí tirado, Summer vio que de los pantalones del hombre brotaban manchas de sangre en varios lugares.

Al mirar más allá, divisó a tres hombres en lo alto del montículo. Pese a la penumbra, vio que parecían árabes. El más alto de los tres estaba en el centro; del cañón de su metralleta Uzi salía humo. Sin prisa, dio un paso adelante; mantenía el arma apuntando fijamente a Summer mientras recorría la galera con la mirada.

—Así que ha encontrado el tesoro —dijo Zakkar en un inglés vacilante.

Summer permaneció inmóvil mientras los tres hombres se acercaban. A sus pies, Bannister se sujetaba las heridas con una mirada de sorpresa e incomprensión. Zakkar bajó la Uzi; tenía toda su atención puesta en la galera.

—Gutzman estará contento —dijo en árabe a su cómplice más cercano, Salaam, el pistolero barbudo del ataque a la Cúpula de La Roca.

—¿Qué hacemos con estos dos? —Salaam alumbró a Summer y Bannister con una linterna pequeña.

—Mátalos y arroja sus cuerpos al mar. —Zakkar pasó la mano por el casco de la antigua nave.

Bannister, que había comprendido la conversación en árabe, se arrastró por el suelo, gimiendo de dolor, e intentó ponerse detrás de Summer. Salaam no le hizo caso, se acercó a Summer y le apuntó a la cabeza.

—¡Corre!

El grito de Pitt desde la cubierta de la galera pilló a los árabes por sorpresa. Summer vio que el pistolero que tenía delante alzaba la cabeza hacia el barco y que en sus ojos aparecía de pronto una mirada de horror.

Una *pilum*, la pesada jabalina romana con punta de hierro, volaba hacia él. Salaam no tuvo tiempo de apartarse y la afilada jabalina se le clavó en el pecho. El arma, trabajada con precisión, le atravesó el torso, y la punta salió por la espalda, por debajo del riñón. El hombre, atónito, escupió una bocanada de sangre y cayó muerto en el acto.

En el momento en que la jabalina atravesaba a Salaam, Summer ya estaba calculando sus opciones. Decidió en el acto que podía o coger el arma del pistolero, correr y zambullirse en el agua, o intentar unirse a su padre en el barco. La adrenalina inundaba sus venas y reclamaba una respuesta a su cerebro. Pero Summer dejó que la lógica se impusiese antes de hacer ningún movimiento. Razonó que la pistola no serviría de nada contra la Uzi de Zakkar. Y si bien el corazón le decía que corriese para unirse a su padre, la razón le dictaba que el agua estaba mucho más cerca.

Controló sus impulsos emocionales, dio un rápido paso a la derecha y saltó. Los disparos resonaban en el aire cuando sus manos extendidas rompieron la superficie del agua y el resto de su cuerpo la siguió. La pendiente de arena se hundía bruscamente, y Summer se zambulló en las profundidades sin partirse el cuello.

El instinto la empujó a sumergirse siguiendo la suave corriente, que la apartó de la entrada de la cueva. Era una buena nadadora, y la adrenalina la ayudó a bajar aún más, hasta que su mano tocó el suelo del canal a cinco metros de profundidad. Ahí abajo estaba oscuro como boca de lobo, así que intentó utilizar la corriente para que la guiase hacia delante, tocando de vez en cuando las paredes de roca.

Nadó con fuerza una docena de brazadas, impulsándose con suavidad a través del agua. Cuando el aire comenzó a acabársele empezó a subir hacia la superficie; confiaba en que se había alejado lo suficiente de los pistoleros para salir a respirar. Los pulmones comenzaban a dolerle, levantó un puño por encima de la cabeza, al modo de los submarinistas, y movió las piernas. Subió unos cuatro metros, y la mano alzada de pronto tocó roca. Una sensación de inquietud la dominó mientras palpaba la áspera superficie. Poco a poco, acercó la cara a su mano hasta que la mejilla tocó la piedra, con la corriente de agua ondeando contra su rostro.

El corazón le dio un vuelco cuando comprendió que el canal se había convertido en un túnel sumergido; no había aire.

La Uzi de Zakkar abrió fuego en el instante en que Summer se zambulló en la piscina de la gruta. Sin embargo, había apuntado a la galera, y una costura de plomo recorrió la borda un segundo después de que Pitt se hubiese tumbado detrás. Pitt corrió un par de metros por la cubierta y cogió un escudo redondo de madera que había cerca de sus pies. Lo agarró con fuerza y luego lo arrojó hacia Zakkar como si fuese un Frisbee con la esperanza de mantener su atención apartada de Summer. Zakkar esquivó el escudo, disparó de nuevo y a punto estuvo de alcanzar a Pitt con una breve ráfaga.

En un vistazo fugaz por encima de la borda, Pitt había visto a Summer lanzarse al canal y había oído el chapoteo. El agua permanecía en calma, y como los pistoleros no malgastaban proyectiles en el canal, creyó que su hija se había apartado del peligro.

Bannister también demostró que era capaz de eludir las balas. Aprovechando la confusión que había causado el ataque de Pitt, se arrastró hasta detrás de unas rocas y permaneció allí escondido mientras recobraba y perdía el conocimiento como consecuencia de las heridas. En cualquier caso, los árabes no le prestaban atención. Les preocupaba más vengar la muerte de su compañero.

—¡Sube por la popa! —gritó Zakkar a su cómplice después de mirar al pistolero muerto—. Yo iré por la proa.

Cogió la linterna del muerto y fue hacia la proa de la galera, siempre atento a la presencia de Pitt en la cubierta.

Pitt solo había visto entrar en la cueva a tres hombres armados, y confiaba en que no hubiese más. No tenía ni idea de quiénes eran, pero su predisposición para matar era más que evidente. Pitt sabía que tenía que liquidarlos antes de que lo liquidaran a él.

En la penumbra, observó la cubierta principal de la galera, y vio las escalerillas que bajaban a cada lado a la cubierta de los remeros. Fue hasta la escalerilla de popa y cogió una espada y otro escudo de los restos de la batalla que había diseminados por cubierta. Notó el escudo muy pesado, y al darle la vuelta vio que tenía clavados tres dardos muy gruesos. Eran dardos arrojadizos, los que llevaban los soldados romanos a finales del imperio. Cada dardo tenía unos treinta centímetros de longitud, un pesado peso de plomo en el centro y una punta con lengüeta de bronce en el extremo. Pitt se puso el escudo bajo el brazo y luego pasó por encima del mástil caído que atravesaba la cubierta de popa.

Cuando avanzaba hacia la sección elevada de popa, oyó los ruidos de los dos pistoleros mientras intentaban subir por los dos extremos de la nave. Al acercarse al centro tropezó con el esqueleto de un legionario romano y a punto estuvo de caer por

la escotilla abierta a la cubierta inferior. Se maldijo por el estrépito, pero el accidente le dio una idea.

Cogió la espada y la clavó en la cubierta, para que se mantuviese vertical. Luego levantó el torso del esqueleto y lo colgó en la cruz de la espada. A continuación lo envolvió con los restos de una capa que había debajo de los huesos, y entonces vio cerca una lanza rota. Pasó la lanza entre las costillas del esqueleto, y luego ocultó la base en la capa mientras que la punta afilada asomaba de forma amenazadora. En la penumbra, el viejo guerrero casi parecía estar vivo.

Por encima de él, Pitt oyó el golpe contra el suelo cuando el pistolero que subía por el espejo de popa saltó a la cubierta elevada. Se retiró con sigilo hasta el mástil caído, pasó por encima del grueso tronco y se ocultó en las sombras. En silencio quitó los tres dardos del escudo y luego buscó una moneda en su bolsillo. Encontró una, la apretó en el puño y esperó.

El pistolero avanzó con cautela y observó con detenimiento la cubierta principal, atento a cualquier movimiento. Luego descendió por una de las dos escalerillas que había a cada lado de la escotilla de los remeros. Por suerte para Pitt, eligió la escalerilla más próxima a él.

Pitt permaneció en las sombras hasta que oyó que los zapatos del hombre golpeaban la cubierta principal. Levantó la mano, giró la muñeca y arrojó la moneda muy alto. Cayó justo donde Pitt había apuntado, cerca de la base del esqueleto, y su tintineo sonó muy fuerte en el silencio de la cubierta.

El pistolero se volvió, sorprendido, hacia el ruido y vio una figura con una capa sujetando una lanza. De inmediato efectuó dos disparos con su pistola automática y observó perplejo que el esqueleto se desintegraba en una nube de polvo. Su sorpresa fue efímera, pues Pitt ya se había levantado y le lanzaba uno de los dardos desde seis metros de distancia.

Pitt, que ya se había dado cuenta de que la antigua arma estaba sorprendentemente bien equilibrada, acertó al primer lanzamiento y alcanzó al hombre cerca de la cadera. El pistolero gimió de dolor al sentir la punzada del afilado proyectil, y se volvió en el momento en que un segundo dardo pasaba junto a su pecho. Mientras intentaba quitarse el primero, miró a Pitt y vio que un tercer dardo volaba en su dirección. Demasiado abrumado para disparar, en un movimiento instintivo se apartó para eludir el dardo. Pero no había cubierta bajo sus pies.

Cayó donde Pitt no lo había hecho, y se hundió por la escotilla abierta con un gemido. El desagradable sonido de los huesos al partirse resonó desde la cubierta de los remeros un segundo más tarde, seguido por un silencio siniestro.

—¡Alí! —gritó Zakkar desde la proa.

Pero no hubo respuesta a su llamada.

Por segunda vez en pocos minutos, Summer se vio enfrentada a una decisión de vida o muerte. ¿Debía volver o seguir adelante? No tenía idea de a qué distancia se había sumergido el techo. Podían ser dos metros o quince. Pero nadar contra la corriente, por ligera que fuese, podía hacer que quince metros parecieran un kilómetro. Esta vez se dejó llevar por el instinto y tomó una decisión instantánea. Seguiría adelante.

Se impulsó con brazadas y patadas, y en más de una ocasión los brazos y la cabeza golpearon contra la piedra. Con cada brazada levantaba un brazo por encima de la cabeza con la esperanza de salir a una bolsa de aire. Sintió que el corazón le latía más fuerte y luchó contra el súbito reflejo de exhalar mientras el pánico comenzaba a dominarla. ¿Cuánto tiempo llevaba bajo el agua? ¿Un minuto? ¿Dos minutos? Le parecía una eternidad. Fuera cual fuese la respuesta, ¿cuántos segundos más podría aguantar?

Intentó mover las piernas con más fuerza, pero le parecía que nadaba a cámara lenta porque su cerebro reclamaba oxígeno. Notaba una extraña sensación ardiente en los brazos y las piernas a medida que los efectos de la hipoxia castigaban sus músculos. El agua negra parecía aún más oscura delante de sus ojos, y ya no notaba en ellos el escozor del agua salada. Una voz interna le gritaba que no desfalleciese, pero ella sentía que se estaba dejando ir.

Entonces lo vio. Un leve resplandor verde apareció en el agua delante de ella. Quizá solo era una trampa de sus ojos o las primeras etapas del desvanecimiento, pero no le importó. Exhaló el poco de aire que le quedaba en los pulmones, y recurrió a los últimos restos de energía para dirigirse hacia la luz.

Las extremidades le ardían y notaba un ruido ensordecedor en los oídos. Le parecía que su corazón estaba a punto de estallar y los pulmones amenazaban con reventar. No hizo caso del dolor, las dudas y el impulso de abandonar, y continuó avanzando a través del agua.

El resplandor verde se convirtió poco a poco en una luz cálida, lo bastante intensa para mostrar partículas y sedimentos en el agua. Justo por encima, un resplandor plateado le llamó la atención; parecía un cuenco lleno de mercurio. Casi sin energía, pateó hacia arriba con la última y desesperada descarga de fuerza.

Summer emergió del agua como un delfín en el Sea World, se elevó en el aire y cayó de nuevo con un fuerte chapoteo. Nadó jadeando hasta una piedra cercana y se agarró a la superficie cubierta de lapas mientras su cuerpo privado de oxígeno intentaba recuperar la normalidad. Descansó unos cinco minutos, hasta que sintió que volvía a tener fuerzas para moverse. Entonces oyó los disparos a lo lejos y pensó en su padre.

Intentó orientarse y vio que se encontraba en un afloramiento rocoso semisumergido a unos cien metros al oeste de la cueva. No tardó en ver la Zodiac de la NUMA, amarrada en los peñascos junto a otras dos embarcaciones pequeñas. Se soltó de la piedra, dio la vuelta alrededor de los peñascos y nadó hacia las embarcaciones.

Pronto notó que los brazos le pesaban como plomo, y en varias ocasiones las olas la arrastraron hacia las rocas de la costa, pero consiguió llegar hasta las embarcaciones. En la Zodiac no había radio, así que fue hasta la cubierta de la embarcación más próxima, una barca de madera de la que Zakkar se había apropiado. En el interior de la pequeña timonera encontró una radio y llamó de inmediato al *Aegean Explorer*.

Giordino, Dirk y Gunn estaban en el puente cuando la voz frenética de Summer sonó en la radio.

—Summer, aquí el *Explorer*. Adelante —respondió Gunn con calma.

—Rudi, encontramos la galera dentro de la cueva. Aparecieron tres hombres armados. Yo escapé, pero papá sigue allí e intentan matarlo.

—Tranquila, Summer. Ya estamos de camino. Procura permanecer escondida hasta que llegemos, y no te expongas a ningún peligro.

Kenfield ya había virado el *Explorer* y aceleraba a máxima velocidad cuando Gunn colgó el transmisor. Dirk se acercó a mirar por la ventana del puente.

—Estamos a seis o siete millas —dijo a Gunn—. No llegaremos a tiempo.

—Dirk tiene razón —convino Giordino—. Detén el barco.

—¿Qué quieres decir con «detén el barco»? —gritó Gunn.

—Danos dos minutos para lanzar el *Bala* y llegaremos allí en un instante.

Gunn lo pensó un momento. Pitt era más que un jefe para él, era como un hermano. Si la situación hubiese sido a la inversa, sabía muy bien qué habría hecho Pitt.

—De acuerdo —aceptó con ciertas reservas—. Pero no dejéis que os maten.

Dirk y Giordino corrieron de inmediato hacia la puerta.

—Al, me reuniré contigo en cubierta —dijo Dirk—. Tengo que recoger algo.

—Ni se te ocurra perder el autobús —respondió Giordino y desapareció por la popa.

Dirk bajó hasta la cubierta inferior, donde estaban los alojamientos de la tripulación. Corrió al camarote de su padre, entró y se detuvo junto a una mesa pequeña. Encima había un estante con libros. Dirk buscó entre los libros. Su mirada se posó sobre un volumen encuadernado en cuero de *Moby Dick*, de Hermán Melville. Sacó el libro y abrió la tapa.

—A la gran bestia blanca, Ismael —murmuró, luego se metió el libro bajo el brazo y salió corriendo del camarote.

Pitt casi se había olvidado de Zakkar, que por fin había subido por la proa y estaba llamando a su compañero a gritos. Al no obtener respuesta, encendió la linterna de Salaam y alumbró hacia la cubierta de popa. El rayo de luz pasó por la figura de Pitt, que estaba de pie con un escudo en la mano y una sonrisa en el rostro.

Pero cuando Zakkar disparó su Uzi, Pitt ya se había camuflado al otro lado del mástil y las balas pasaron por encima de su cabeza y alcanzaron la cubierta del timón. Pitt no esperó a que Zakkar mejorase su puntería: se deslizó como una serpiente por la cubierta y bajó la escalerilla mientras Zakkar echaba a correr tras él.

El cuerpo de Alí apenas se veía en el pequeño cuadrado de luz que llegaba a la cubierta inferior desde lo alto. Pitt vio que la cabeza presentaba un ángulo poco natural, signo de que se había partido el cuello en la caída. Se arrodilló de inmediato junto al cuerpo y buscó el arma en el suelo, pero no estaba allí. Alí la había soltado durante la caída y el arma había rebotado y acabado debajo de alguno de los bancos de los remeros. Pitt había dejado la linterna en la cubierta superior cuando había arrojado la *pilum*; no tenía ninguna posibilidad de encontrar el arma en la oscuridad.

Al mismo tiempo que Zakkar corría a popa, Pitt avanzaba hacia proa a tientas a lo largo del pasillo central que separaba los puestos de los remeros. Todas las armas romanas estaban en cubierta, no tenía con qué defenderse en ese espacio a oscuras. Su única esperanza era llegar a la escalerilla de proa mientras Zakkar bajaba por la popa.

Sin embargo, Zakkar sabía que huía de él y no titubeó en bajar por la escalerilla. Pitt le oyó bajar y, al ver delante un débil rayo de luz que entraba por la escotilla de proa abierta, apuró el paso.

Zakkar llegó a la cubierta inferior, dedicó solo un instante a observar el cuerpo de Alí y luego barrió la cubierta con el haz de la linterna. Detectó un movimiento en el extremo más lejano y la luz se detuvo sobre Pitt, que intentaba llegar a la escalerilla de proa. Zakkar apuntó y disparó una ráfaga.

Pitt se tiró al suelo en el mismo momento en que las balas se hundían en las maderas de alrededor. Había varios cajones apilados cerca de la base de la escalerilla, y se arrastró deprisa para colocarse detrás, a cubierto. Zakkar avanzó y disparó de nuevo; los proyectiles destrozaron la esquina de uno de los cajones, unos centímetros por encima de la cabeza de Pitt.

Desarmado, Pitt se encontraba en una situación desesperada. Su única posibilidad era conseguir subir por la escalerilla antes de que Zakkar se acercase más. De nuevo buscó un arma, pero solo vio otro esqueleto cerca. El cuerpo de otro legionario romano, pues una coraza y un casco cubrían los huesos. El soldado muerto debía de haber caído por la escotilla cuando lo mataron en el combate, se dijo Pitt. Observó la

armadura y, de pronto, alargó la mano y la arrancó de los huesos secos.

En el siglo IV, los soldados romanos utilizaban el hierro en la mayor parte de su blindaje. Enormemente pesado, podía soportar las lanzas más afiladas y las más fuertes espadas, y quizá, pensó Pitt, resistiría las balas de una metralleta Uzi de nueve milímetros. Se puso el pesado casco circular; en la parte de atrás tenía una pieza añadida para proteger el cuello. Después estudió el peto. Conocido con el nombre de *cuirass*, era una plancha de hierro moldeada con la forma del pecho de un hombre y una espaldera a juego. Pitt vio que la habían hecho para un hombre más bajo que él.

Sin perder tiempo en ponerse la *cuirass*, se echó las dos placas a la espalda y las ató alrededor del cuello con una correa de cuero. Se arrastró hasta el pie de la escalerilla, miró hacia la cubierta superior, respiró hondo, y luego subió lo más rápido que se lo permitieron los brazos y las piernas.

Zakkar, todavía a unos quince metros de distancia, corría por el pasillo con la linterna apuntada a la escalerilla cuando vio subir a Pitt. El experimentado asesino se detuvo de inmediato y levantó el arma. Sujetó la linterna debajo del cañón con la mano izquierda, apuntó a Pitt y apretó el gatillo.

Las maderas alrededor de Pitt estallaron en una lluvia de astillas cuando las balas impactaron en el travesaño que sujetaba la escalerilla. Sintió tres golpes fuertes en la espalda, como los golpes de un ariete, que le empujaron hacia delante, pero pudo seguir subiendo. Impulsándose con los brazos y las piernas, saltó a la cubierta superior una fracción de segundo antes de que la siguiente ráfaga destrozase los peldaños superiores de la escalerilla donde habían estado sus pies.

Pitt, sorprendido de haber conseguido salir ileso de la cubierta inferior, corrió hasta la borda. Sin quitarse la armadura romana, se preparó a saltar por encima de la borda cuando vio en la cubierta una *pilum* idéntica a la que le había lanzado al primer pistolero. Decidido a tomar la ofensiva, recogió la lanza y se acercó a la escotilla.

Zakkar ya estaba al pie de la escalerilla y, como medida de prudencia, había apagado la linterna. De pronto reinó un silencio letal en la galera; los dos hombres permanecían inmóviles en la oscuridad. Zakkar comenzó a subir la escalerilla centímetro a centímetro. Como no podía sujetar al mismo tiempo la linterna y el arma mientras subía, sujetó la linterna con los dientes y mantuvo la Uzi apuntada hacia arriba.

Solo había asomado la cabeza a la cubierta cuando vio que Pitt se movía a un par de metros de distancia. La *pilum* abandonó la mano de Pitt y rotó en espiral en su vuelo hacia el árabe. Pero el blanco era pequeño. Zakkar agachó la cabeza y la *pilum* se clavó en el marco de la escotilla sin mayores consecuencias.

Zakkar sacó la Uzi y abrió fuego sin apuntar, para cubrirse mientras acababa de subir, y siguió disparando hasta vaciar el cargador.

Pitt ya estaba en la borda y saltó por el costado cuando las balas silbaron a su

alrededor. Pero los disparos le hicieron perder el equilibrio y aterrizó con torpeza en la arena, unos cinco metros más abajo. Un estallido de dolor le atravesó el tobillo cuando se levantó y dio un paso; decidió descargar todo el peso en el otro pie. Con el tobillo torcido, de pronto le pareció que el canal de agua estaba muy lejos. En cambio el cuerpo de Salaam estaba muy cerca. Solo a unos pocos pasos. Pitt sabía que llevaba una pistola.

Se acercó a la pata coja, se inclinó sobre el cadáver y buscó alrededor de las manos.

—¿Busca esto? —preguntó una voz burlona desde la galera.

Pitt miró titubeante por encima del hombro y vio que Zakkar le apuntaba a la cabeza con el arma del pistolero muerto.

Pitt no entendió por qué el árabe no le disparó de inmediato. Zakkar permaneció inmóvil durante unos segundos y entonces Pitt se dio cuenta de que estaba mirando más allá de él. Con cautela, siguió la mirada hacia el canal, donde una perturbación poco habitual aparecía en el agua. Debajo de la superficie se veía un resplandor mortecino que poco a poco aumentaba de intensidad mientras una masa de burbujas agitaba el agua. Lo primero que emergió de las profundidades fue una hilera de faros de xenón, seguida por una cabina de acrílico y luego un largo casco blanco. Pitt sonrió cuando el *Bala* salió a la superficie y se quedó flotando en el canal de la gruta.

Dirk y Giordino, sentados a los controles, miraban con verdadero asombro la gran caverna y la galera romana en el centro. Entonces vieron a Pitt apuntado por el arma de Zakkar, los dos iluminados por los faros del sumergible. Cuando Dirk reconoció al árabe, casi se ahogó.

—Es el terrorista de Jerusalén —tartamudeó—. No dejes de alumbrarlo.

Antes de que Giordino pudiese responder, Dirk había saltado del asiento y abierto la escotilla de popa. En un instante, pasó por encima del tanque de lastre con el libro de Hermán Melville en la mano. El sumergible estaba a casi tres metros de la orilla cuando Giordino lo viró para encararlo a la galera, pero Dirk no esperó a que se acercase más. Corrió por el tanque de lastre, saltó al canal y nadó hasta la costa con el libro por encima de su cabeza.

En la cubierta de la galera, Zakkar miró la escena con inquietud. Movié la pistola hacia Pitt, disparó y lo vio caer en la arena. Entonces dedicó su atención al sumergible. Aunque oyó el chapoteo de Dirk al saltar al agua, no pudo verle salir a la orilla debido a las luces cegadoras del *Bala*. Apuntó con cuidado, disparó, destrozó uno de los faros, y luego disparó varias veces contra la burbuja de acrílico y rompió otro faro. Entonces vio una figura alta que aparecía en la costa con los brazos extendidos hacia delante.

Zakkar disparó de inmediato y una bala rozó la oreja izquierda de Dirk. El joven continuó avanzando en línea recta, hacia el árabe, sin parpadear. Las emociones corrían por su cuerpo, de amorosos pensamientos dedicados a Sophie a tórridas descargas de furia y venganza. Pero en ningún momento sintió miedo.

Apuntó a Zakkar con el Cok 45 que sujetaba al final de sus brazos extendidos, y apretó el gatillo. Ni la detonación ni el retroceso de la 45 demoró su paso: siguió avanzando y apretando el gatillo a cada paso, como un soldado autómatá.

El primer disparo de Dirk arrancó un trozo de la borda delante de Zakkar; el terrorista titubeó y su disparo de respuesta salió demasiado alto. No tuvo una segunda oportunidad. La siguiente bala de la 45 de Dirk atravesó el hombro de Zakkar y casi le arrancó el brazo. Giró sobre sí mismo, cayó sobre la borda y recibió otro disparo en

el costado.

Tumbado sobre la borda mientras la vida se le escapaba, a Zakkar no se le permitió una muerte lenta. Dirk siguió avanzando y disparó otras cinco balas, hasta dejar una desagradable masa de carne sanguinolenta que chorreaba por el casco de la galera. Permaneció mirando el cuerpo del terrorista muerto y el silencio reinó en la caverna durante unos segundos, y luego Dirk oyó un chapoteo detrás de él y se giró.

Summer, que había ayudado a guiar al *Bala* en la entrada de la caverna, se acercaba ahora por la cornisa sumergida. Al llegar a tierra firme, corrió jadeante hacia Dirk.

—¿Dónde está papá?

Dirk señaló con gesto sombrío la figura con casco y armadura romana, tumbada junto al primer pistolero muerto. Giordino había acercado el sumergible a la orilla y había bajado para unirse a Dirk y Summer en la carrera hacia Pitt.

El director de la NUMA se movió poco a poco, abrió los ojos y dedicó a sus hijos una sonrisa cansada.

—Papá, ¿estás bien? —preguntó Summer.

—Estoy bien. Solo un poco mareado. Ayudadme a levantarme.

Dirk y Summer le ayudaron y Giordino observó la armadura con una sonrisa.

—Ave, César —dijo, y se golpeó el pecho con el puño.

—Tendría que dar las gracias a César —respondió Pitt al tiempo que se quitaba el casco. Lo sostuvo en alto y mostró la mella en el metal cerca de la sien, donde la bala de Zakkar había pasado rozando.

—Ha tenido que hacerte sonar la campana —comentó Giordino.

Pitt se quitó la coraza de la espalda y la examinó. Tres agujeros de bala habían atravesado el peto, pero solo habían dejado una mella en la placa de la espalda. Pitt había salvado la vida gracias a la armadura.

—Esto dice mucho en favor de la ingeniería romana. —Pitt dejó caer la armadura al suelo y miró a Dirk y la 45 que todavía empuñaba—. Esa Colt me suena.

Dirk le entregó el arma a regañadientes.

—Una vez me dijiste que Loren te había enviado un arma a Mongolia oculta en un ejemplar hueco de *Moby Dick*. Busqué en tu camarote y lo vi en el estante. Espero que no te importe.

Pitt sacudió la cabeza y miró los restos ensangrentados que quedaban de Zakkar.

—Le has hecho trizas.

—Ese malnacido dirigió los ataques en Cesarea y Jerusalén —informó Dirk con frialdad; no mencionó que Zakkar era responsable indirecto de la muerte de Sophie.

—Es muy curioso que acabase aquí —intervino Summer.

—Sospecho que tu amigo británico tuvo que ver algo al respecto —dijo Pitt, y señaló a Bannister.

El arqueólogo se había levantado apoyándose en las rocas y los miraba con la mirada perdida.

—Iré a ver cómo está —ofreció Giordino—. ¿Por qué no os ocupáis de ver qué hay a bordo?

—¿Has encontrado la carga del Manifiesto? —preguntó Summer, esperanzada.

—Estaba demasiado ocupado para entretenerme —replicó Pitt—. Venga, que alguien ayude a un débil viejo a subir a bordo.

Con la ayuda de Dirk y Summer, Pitt subió a la galera y después bajó por la escalerilla a la oscura cubierta inferior. Fue a la pata coja hasta la pila de cajones que antes había utilizado como defensa.

—Propongo empezar por aquí.

Cogió uno de los cajones más pequeños, le quitó la capa de polvo y lo alumbró con la linterna. Un desvaído símbolo Chi-Rho pintado de rojo apareció en la madera.

—Summer, es tu cruz de Constantino —dijo Dirk.

Summer cogió la linterna de la mano de su padre, observó la imagen y asintió emocionada.

El cajón presentaba algunos desperfectos en un lado donde una ráfaga de la Uzi de Zakkar había destrozado el borde. Pitt utilizó la culata de la 45 para golpear con cuidado el borde roto y abrir el cajón. La angosta tabla se desprendió e hizo que la tapa frontal también saltara. Un par de sandalias de cuero muy gastadas cayeron del cajón abierto a la cubierta. Summer alumbró las sandalias con la linterna y vio un pequeño trozo de pergamino sujeto a una de ellas. Acercó la luz e iluminó unas palabras manuscritas en latín:

Sandalii Christus

Nadie necesitó una traducción. Estaban mirando las sandalias de Jesús.

V.

LOS SALVADORES

La multitud se había congregado delante de las puertas de Santa Sofía en una cola que se extendía a lo largo de más de seis manzanas. Píos cristianos se mezclaban con devotos musulmanes mientras peregrinos de ambas religiones esperaban anhelantes a que las puertas se abriesen y pudieran entrar en la exposición. El venerado edificio había sido testigo de innumerables hechos históricos en los mil cuatrocientos años que llevaba dominando el perfil de Estambul. No obstante, pocos acontecimientos del pasado habían provocado el tipo de emoción que embargaba a esa muchedumbre que clamaba por tener la oportunidad de entrar.

Muy pocos prestaron atención al viejo Delahaye descapotable verde que estaba aparcado delante de la entrada. De haberse fijado, quizá habrían visto los agujeros de bala en el maletero, que el nuevo propietario del coche todavía no había reparado.

En el interior del edificio, un pequeño grupo de personalidades cruzaba con respeto la plaza de la Coronación mientras admiraban las dos exposiciones dispuestas bajo la imponente cúpula de Santa Sofía, sesenta metros por encima de sus cabezas. A la derecha estaba la muestra dedicada a la vida de Mahoma, donde se exhibía el estandarte de batalla robado, un verso del Corán manuscrito y otros objetos de la colección particular de Ozden Celik. A la izquierda, las reliquias de Jesús encontradas en la galera de Chipre. Docenas de guardias armados comenzaron a formar alrededor de las vitrinas de ambas exposiciones, preparándose para la apertura formal al público.

Giordino y Gunn conversaban con Loren y Pitt cerca de la urna de cristal que contenía el osario cuando el doctor Ruppé se unió a ellos.

—¡Es magnífico! —afirmó Ruppé—. No puedo creer que hayáis conseguido esto. Una exhibición conjunta donde se exponen las reliquias de la vida de Jesús y la de Mahoma. Y en este entorno...

—Santa Sofía, con su legado histórico como iglesia y mezquita, parece el lugar perfecto para exponer estos objetos —señaló Pitt—. Supongo que podría decirse que el alcalde de Estambul me debe una —añadió con una sonrisa.

—Desde luego ayudó que la gente de Chipre aceptase ceder en préstamo los objetos de Jesús mientras construyen un lugar permanente para las reliquias y la galera —dijo Gunn.

—No olvidemos las contribuciones del difunto señor Celik —comentó Giordino.

—Sí, las reliquias de Mahoma ahora pertenecen al pueblo de Turquía —añadió Pitt.

—Otra tarea bien hecha —afirmó Ruppé—. El público estará encantado. En realidad, combinar las historias religiosas es una lección extraordinaria de tolerancia. —Miró a Pitt con una ceja enarcada—. ¿Sabes?, si me gustaran las apuestas, diría que

estás intentando mejorar tus posibilidades en la otra vida.

—Nunca está de más contar con un seguro —replicó Pitt con un guiño.

Al otro lado de la plaza, Julie Goodyear estaba delante de una pequeña urna que contenía varias hojas de papiro desteñidas.

—Summer, ¿no es alucinante? —dijo, emocionada—. Es una carta escrita por Jesús a Pedro.

Summer sonrió al ver el entusiasmo que se reflejaba en el rostro de la historiadora.

—Sí, debajo está la traducción. Al parecer le pide a Pedro que se encargue de los preparativos para una gran asamblea. Algunos arqueólogos bíblicos dicen que podría ser una referencia al Sermón de la Montaña.

Después de mirar el documento durante unos instantes, Julie se volvió hacia Summer y sacudió la cabeza.

—Es increíble. El hecho de que estos objetos estuviesen anotados en un documento que ha sobrevivido hasta el presente es como mínimo sorprendente. Pero además haber encontrado todos los objetos en excelentes condiciones es poco menos que un milagro.

—Con un poco de trabajo duro y algo de suerte —dijo Summer con una sonrisa. Al ver a Loren y a Pitt al otro lado, añadió—: Ven, quiero que conozcas a mi padre.

Mientras iban hacia allá, la historiadora se detuvo un momento en el primer objeto de la exposición de Jesús. Dentro de una urna blindada estaba el Manifiesto original. Debajo había una pequeña cartela en la que se leía: «Cedido en préstamo por Ridley Bannister».

—Es bonito ver de nuevo el original, aunque, la verdad, me sorprende que Bannister aceptase prestarlo a la exposición —comentó Julie.

—Estuvo a punto de morir en la cueva de Chipre, y me atrevería a decir que la experiencia le convirtió en otro hombre. Fue él quien propuso incluir el Manifiesto en la exposición, y ha aceptado exhibirlo de forma permanente, junto con las otras reliquias, en Chipre. Por supuesto, se las ha apañado para publicar un libro y realizar un documental sobre el Manifiesto —añadió en tono de guasa.

Se acercaron a Pitt y los demás, y Summer les presentó a su amiga.

—Es un placer conocer a la joven responsable de todo este histórico tesoro —dijo Pitt con amabilidad.

—Por favor, mi participación fue minúscula —afirmó Julie—. Fueron usted y Summer quienes descubrieron las reliquias. En especial el objeto más enigmático. — Julie señaló por encima del hombro de Pitt la lápida de piedra caliza.

—Sí, el osario de J —dijo Pitt—. En un primer momento produjo gran sensación. Pero, después de un cuidadoso análisis, los epigrafistas descifraron la inscripción en arameo y resulta que pone «José», no «Jesús». Varios expertos afirman que se trata de

José de Arimatea, pero supongo que nunca lo sabremos a ciencia cierta.

—A mí me parece una hipótesis muy probable. Era lo bastante rico como para tener una tumba y un osario elaborados. ¿Por qué si no Helena lo hubiese incluido en la colección? Es una pena que los huesos se perdieran.

—Ese misterio lo dejo para usted —dijo Pitt—. Por cierto, Summer me ha dicho que ha encontrado una nueva pista en cuanto a lord Kitchener y el *Hampshire*.

—Así es. Supongo que Summer le ha explicado que encontramos las cartas de un obispo llamado Lowery que persiguió a Kitchener para que éste le entregase el Manifiesto poco antes del hundimiento del *Hampshire*. Lowery quedó minusválido en un accidente de coche poco tiempo después y, en un ataque de depresión, acabó suicidándose. Encontré una nota de suicidio en los documentos de la familia en la que admite su participación en el desastre del *Hampshire*. El barco fue hundido con toda intención porque se sospechaba que Kitchener llevaba el Manifiesto a Rusia para hacerlo público. En un momento en que la Primera Guerra Mundial se hallaba en punto muerto, la Iglesia de Inglaterra estaba aterrorizada por su contenido, en particular respecto al osario de Jesús y la paradoja de la resurrección.

—Supongo que la Iglesia tendrá que dar unas cuantas explicaciones.

Mientras hablaban, Loren se acercó a una pequeña pintura que se exhibía detrás de unos cordones de terciopelo. Sin duda iba a convertirse en el objeto más popular de la exposición: un retrato contemporáneo de Jesús pintado sobre madera por un artista romano. Aunque carecía de la habilidad de un Rembrandt o un Rubens, el artista había conseguido crear un retrato muy realista de un hombre pensativo. De rostro delgado, pelo oscuro y barba, su mirada tenía una fuerza sorprendente. Eran los ojos, decidió Loren. Los ojos de color verde oliva, brillantes con una mezcla de intensidad y compasión, casi saltaban de la madera.

Loren observó la pintura durante varios minutos y luego llamó a Summer.

—La única imagen contemporánea que se conoce de Jesús —dijo Summer con respeto mientras se acercaba—. ¿No es extraordinario?

—Desde luego que sí.

—La mayoría de las pinturas romanas que han sobrevivido de aquella época son frescos; un retrato independiente es bastante raro. Uno de los expertos cree que pudo haberlo pintado el mismo artista que pintó un fresco muy conocido en Palmira, Siria. Es probable que ese artista pintase frescos en las casas de los ricos de Judea y se sacase unos ingresos más pintando retratos. Los historiadores parecen creer que pintó a Jesús en el momento álgido de su ministerio, poco antes de que fuese arrestado y crucificado.

Siguió la mirada de Loren y se fijó en el retrato.

—Es lo que se dice un hombre mediterráneo, ¿verdad? —dijo Summer—. Un hombre del sol y el viento.

—Desde luego no tiene nada que ver con las imágenes de los grandes pintores medievales que representaron a Jesús como si hubiese nacido en Suecia —comentó Loren—. ¿No te recuerda a alguien? —preguntó, hechizada por la imagen.

Summer inclinó la cabeza mientras observaba el cuadro y luego sonrió.

—Ahora que lo mencionas, sí que se parece.

—¿A quién se parece? —preguntó Pitt, que se acercó a ellas.

—Tiene el pelo oscuro y ondulado, el rostro delgado y la tez muy bronceada —contestó Loren—. Las mismas facciones que tú.

Pitt miró la pintura y luego sacudió la cabeza.

—No, sus ojos no son tan verdes. Y, a juzgar por el fondo, seguramente no medía más de un metro sesenta ni pesaba más de cincuenta kilos. Además, hay otra gran diferencia entre nosotros —añadió con una ligera sonrisa.

—¿Cuál? —preguntó Loren.

—Él caminaba sobre el agua. Yo nado en ella.

El calor de la tarde había pasado su cénit y el sol proyectaba largas sombras en el edificio de los juzgados del distrito de Jerusalén cuando se procedió a la lectura del veredicto final. La televisión y los reporteros de la prensa fueron los primeros en salir, ansiosos por escribir sus relatos sobre el juicio. Los habituales a los juicios que habían llenado la sala salieron después, comentando entre ellos el veredicto. Luego les siguieron los testigos y los abogados, agradecidos de que por fin el largo juicio hubiese acabado. El gran ausente, no obstante, era el acusado. Oscar Gutzman no saldría libre por la puerta principal. Esposado y bajo una fuerte vigilancia, fue escoltado con discreción hasta una puerta trasera y le hicieron subir a un furgón de la policía que le llevó a la prisión de Shikna, donde cumpliría la sentencia.

Dirk hijo y Sam Levine, antes de salir a la luz del sol, se demoraron en el vestíbulo para dar las gracias a los fiscales por su buen trabajo.

En el rostro de ambos se reflejaba la alegría amarga de la justicia, conscientes de que el veredicto nunca podría compensar la muerte de Sophie y su colega.

—Quince años por ayudar e instigar en la muerte del agente Holder en Cesarea —dijo Sam—. No podíamos haber conseguido más.

—Esperemos que muera en prisión —manifestó Dirk, impasible.

—Tiene muy mala salud. Me sorprendería que sobreviviera al primer año.

—Entonces será mejor que te des prisa si quieres que lo juzguen por otros cargos —dijo Dirk.

—En realidad, hemos llegado a un acuerdo con sus abogados. Si bien tenemos un caso bien fundado contra él por traficar con antigüedades robadas, añadir unos pocos años más a su sentencia sería de muy poca utilidad.

—Entonces, ¿qué habéis conseguido?

—Se retirarán todos los cargos a cambio de que colabore en la actual investigación sobre las fuentes de los objetos robados de su colección. Además —dijo Sam con una sonrisa—, Gutzman ha aceptado donar a su muerte toda su colección al Estado de Israel.

—Es un buen golpe.

—Eso creemos —dijo Sam cuando llegaron al pie de la escalinata—. Suavizará un poco nuestra pena por los amigos perdidos.

—Sienta bien saber que algo bueno saldrá de todo esto —afirmó Dirk. Estrechó la mano de Levine—. Mantén la lucha, Sam. Sophie habría querido que siguieras adelante.

—Así lo haré. Cuídate, Dirk.

Mientras Sam iba hacia el aparcamiento, Dirk oyó que alguien le llamaba por su nombre. Al girarse vio que Ridley Bannister bajaba la escalinata con la ayuda de un

bastón.

—¿Sí, Bannister?

—Si tiene un momento —dijo el arqueólogo al tiempo que se acercaba cojeando—. Solo quiero decirle que antes del juicio no sabía nada de su relación con la señorita Elkin. Digamos que era una colega profesional, aunque no siempre éramos del mismo parecer. No obstante, quiero que sepa que siempre la consideré una mujer extraordinaria.

—Comparto sus sentimientos —dijo Dirk en voz baja—. Por cierto, gracias por participar en el juicio. Su testimonio fue muy importante para condenar a Gutzman.

—Sabía que compraba objetos robados, pero nunca imaginé que fuera capaz de contratar a terroristas para aumentar su colección. No es difícil verse atrapado por el encanto de los objetos, yo mismo tengo muchos pecados en este punto. Pero al final del día hay que hacer lo correcto. Usted y su familia me mostraron el camino y me salvaron la vida. Por eso, les estaré siempre agradecido.

—¿Durante cuánto tiempo necesitaré eso? —Dirk señaló el bastón.

—Solo unas pocas semanas más. Los médicos de Chipre hicieron un trabajo espléndido.

—Fue muy amable por su parte aceptar prestar el Manifiesto para el nuevo museo.

—Debe estar con los otros objetos que entregó la NUMA —manifestó Bannister—. Quizá eso repare un poco el daño que le hice a su hermana. Por cierto, Summer es una joven muy atractiva. Por favor, dígame que me sentiré honrado si algún día decide cenar conmigo.

—Se lo diré. ¿Cuál es su próximo plan?

—El Arca de la Alianza. He descubierto una pista que apunta que puede estar oculta en una cueva de Yemen. Parece prometedor. ¿Qué hará usted?

—Creo que mi trabajo en el Mediterráneo ha terminado —dijo Dirk en voz baja.

—Bueno, le deseo lo mejor allí donde vaya. Deles mis saludos a su padre y a Summer.

—Buena suerte, Bannister. Ya nos veremos.

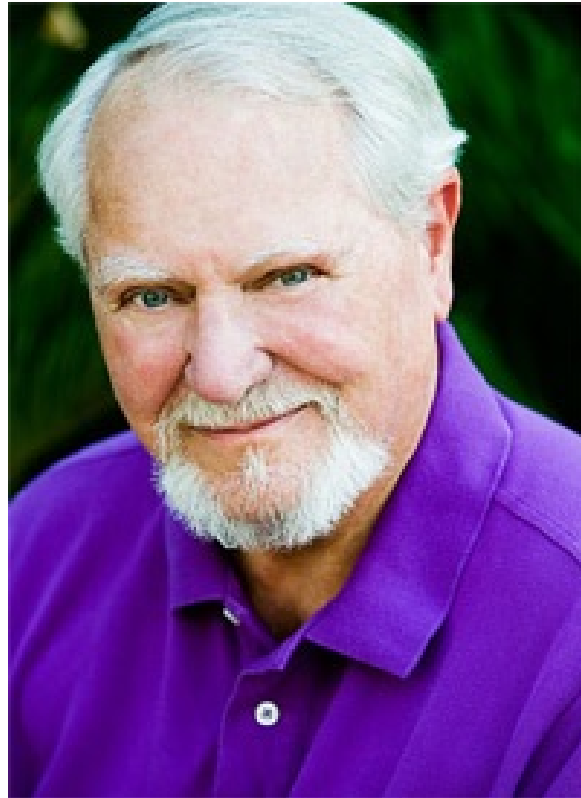
Dirk observó cómo el arqueólogo se dirigía cojeando hasta la parada de taxis y llamaba a uno. El hotel de Dirk estaba muy cerca, así que decidió ir a pie. Mientras caminaba por las calles de Jerusalén oeste, parecía completamente ajeno al denso tráfico y las concurridas aceras; su mente vagaba en una niebla emocional.

Pasó el hotel de largo, continuó durante otro kilómetro y medio y entró en la Ciudad Vieja por la Puerta de Herodes. Caminó ausente por las angostas calles; una brújula invisible lo guiaba hacia el este.

Al seguir a una monja que cruzaba una calle lateral, descubrió que se encontraba en los jardines de la iglesia de Santa Ana. Mientras iba hacia la parte de atrás y la

piscina de Bethesda, notó que le inundaba la calma.

El banco donde había compartido la comida con Sophie estaba vacío; se sentó a la sombra de los sicomoros. Perdido en sus pensamientos, miró la piscina vacía hasta mucho después de que el sol se ocultase detrás del horizonte. Continuaba sentado en silenciosa contemplación cuando una fresca brisa trajo el dulce aroma del jazmín a través de los antiguos jardines.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la

que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] Organización del Tratado del Atlántico Norte. (N. del T.) <<